

# **UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA**

**Departamento de Sociología V**

**(Teoría Sociológica)**



## **TESIS DOCTORAL**

**Los conocimientos situados de Donna Haraway como recurso  
epistemológico para la investigación crítica  
Cuatro escenarios para analizar los ensamblajes entre ciencias sociales  
y política en el Chile de la postdictadura**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

**María Angélica Cruz Contreras**

Director

Fernando J. García Selgas

**Madrid, 2015**

LOS CONOCIMIENTOS SITUADOS DE DONNA HARAWAY  
COMO RECURSO EPISTEMOLÓGICO PARA LA INVESTIGACIÓN  
CRÍTICA.  
CUATRO ESCENARIOS PARA ANALIZAR LOS ENSAMBLAJES  
ENTRE CIENCIAS SOCIALES Y POLÍTICA EN EL CHILE DE LA  
POSTDICTADURA.

MARÍA ANGÉLICA CRUZ CONTRERAS

DPTO. SOCIOLOGÍA V (TEORÍA SOCIOLOGICA)  
FAC. CC. POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA  
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

DIR.: FERNANDO J. GARCÍA SELGAS

TESIS DOCTORAL  
MADRID, 2014



*Para Theo....*

*Mi pequeño Principito*

## AGRADECIMIENTOS

Ahora que por fin logro terminar este trabajo quiero agradecer a las muchas personas e instituciones que me han apoyado para lograrlo.

En primer lugar a mi familia. A mi pequeño hijo Theo por las horas de juego afectadas, a mi madre por su amor y confianza incondicional en que lo conseguiría y por todos sus cuidados para conmigo y mi pequeño, especialmente durante el tiempo dedicado a la escritura. A mi compañero Félix Aguirre por aguantar el mal humor, acogerme, leer y corregir varios borradores, pero sobre todo por el querernos como hemos logrado hacerlo. A mi hermana Elizabeth que pacientemente revisó y editó gran parte del texto. A mi hermano Raúl, por nuestros vinos compartidos que me hacían recordar que también había que saber descansar.

A mis amigos/as por toda su complicidad y cariño, Claudio, Ingrid, Lucho, Juan, Claudia, María José, Elizabeth, Kena, Alicia.

He tenido el privilegio de ser estudiante, colaboradora y amiga de Manuel Antonio Garretón, Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales 2007, quien con su cariño y exigencia me empujó siempre a pensar por mí misma y apostar por una sociología rigurosa y comprometida políticamente. Esta tesis en gran parte fue posible gracias a su invitación a trabajar con él como co-investigadora en dos proyectos Fondecyt, cuyos resultados generosamente me ha facilitado usar.

A Elizabeth Jelin, probablemente la más importante investigadora en temas de memorias sociales de las dictaduras del Cono Sur en Latinoamérica. Formarme junto a ella en el Programa Memoria fue un tremendo aprendizaje y su acompañamiento durante los años siguientes ha sido un gran estímulo, apoyo y confianza para seguir estudiando en los temas de memoria.

A María José Reyes y Marcela Cornejo, mis compañeras del Proyecto Fondecyt sobre las memorias de la dictadura en Chile que aquí también uso, además de autorizar que utilizara parte de nuestro trabajo conjunto para el argumento de esta tesis, fueron compañeras generosas en la discusión y en los soportes materiales que significaba sacar adelante esta tesis en paralelo a nuestra investigación. Más allá de eso, la amistad y las confianzas que logramos son un regalo que permanece.

A la Universidad de Valparaíso, casa de estudios que me ha acogido en los últimos años y que, a través de la Beca Término de Tesis de Doctorado del “Convenio de Desempeño Humanidades, Artes y Ciencias Sociales”, permitió que destinara parte de mi jornada a la escritura del texto final y financió mi estadía en Madrid para la defensa de la tesis. Asimismo, el Instituto de Sociología ha facilitado que en diversos años pudiera combinar la docencia con la investigación vinculada a este trabajo. Y muy especialmente al Decano Carlos Martel, cuya gestión he acompañado en los últimos dos años como Secretaría de la Facultad, por permitirme compatibilizar las funciones del cargo con el término de la tesis, alentándome en todo momento a que esto siguiera siendo mi primera prioridad. Quiero también expresar mi reconocimiento a Marianela Sepúlveda, quien ha sido en este cargo mi secretaria, sin su eficiencia, cariño y complicidad para cuidar “los tiempos de la tesis” habría sido muy difícil respetar ese espacio en la vorágine del trabajo cotidiano.

Muchos de mis estudiantes, tesistas y asistentes de investigación han sido fundamentales para discutir las ideas que aquí desarrollo, sacar adelante el trabajo de campo que han supuesto las diversas investigaciones que nutren esta tesis y corregir los primeros borradores. Quiero en los nombres de Francisco Espinoza, Marcela Gutiérrez, Carolina Grimaldi, Marián Llantén, Gian Franco Romano y Valeska Morales reconocer y agradecer el compromiso con este trabajo.

Diversos colegas se convirtieron en un espacio de contención y debate, así como también de diferentes contribuciones a los borradores de este texto. Agradezco especialmente a Luis Henríquez, Elizabeth Simbürger y Manuel Cárdenas por todo ello.

A María Ignacia Banda, quien primero como estudiante, y luego como tesista, asistente, amiga y compañera feminista trabajó con enorme generosidad en diferentes tareas fundamentales para el desarrollo de esta investigación, especialmente en la revisión y traducción de los textos en inglés y la reconstrucción del movimiento feminista en Chile.

A las diversas personas que participaron como colaboradoras en las investigaciones que aquí se usan. Sus experiencias no son meros “datos” sino una generosa complicidad con mis intereses y búsquedas. En particular, quiero encarnar en los nombres de Teresa Valdés, Ximena Valdés, Lorena Fries, Virginia Guzmán y Ximena Díaz –quienes autorizaron participar en las entrevistas sin compromiso de anonimato- mi reconocimiento no sólo a las reflexiones que compartieron conmigo para esta tesis, sino a las diversas formas en que sus vidas se entrelazaron a las luchas

feministas durante la dictadura en Chile y las búsquedas por apuntalar proyectos de mayor justicia social en el país.

Finalmente a mi profesor guía Fernando García Selgas, quien primero como profesor de los cursos de doctorado y luego como director de este trabajo final ha sido un pilar sin el cual no habría podido concluir. No sólo porque gran parte de lo que aquí defiendo está en deuda con su obra intelectual que uso como supuestos básicos una y otra vez, sino especialmente porque le debo a este extraño académico cyborg haberme introducido en el compromiso académico y político con el feminismo, con un nivel de exigencia ineludible, pero también con una implicación afectiva y política con mi trabajo, mis dificultades personales e inseguridades varias, ayudándome a ver de lo que era capaz: podía epistemologizar.

Como muchas veces me dijo un amigo las tesis no se terminan, se abandonan, y uno siempre siente que no fue suficiente, pero en ese recorrido las personas, cariños, cuerpos, deseos, alientos y esperanzas permanecen sin que tenga muchos recursos para fijarlas. Este trabajo ha sido para mí un tremendo aprendizaje, pero eso, como el anhelo feminista, no es nunca un logro en solitario ni un mérito únicamente personal, es una red de aciertos y desencuentros, un riesgo en el que afortunadamente nunca estuve sola. Gracias también a todos los que no alcanzo a nombrar.

Santiago de Chile, 2014.

*Y pensé: no habré de dar tantas explicaciones  
traducidas penosa y dificultosamente  
al plano de la lógica, del razonamiento sociológico;  
a lo obvio de categoría universal. Así cumpliré  
con el feminismo y con su postulado más liberador.  
No hay separación entre sujeto (mujer)  
que investiga y realidad (las mujeres) investigadas.  
Soy yo, una mujer, desde las mujeres, la que indaga,  
busca, intenta comprender. Sólo que hay que explicitarlo.*

Julieta Kirkwood, Manuscrito,

Santiago de Chile, 1984.



## Índice

<b>AGRADECIMIENTOS .....</b>	<b>4</b>
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>14</b>
<b>1. CAPÍTULO UNO: FORMULACIÓN DEL PROBLEMA .....</b>	<b>19</b>
1.1. Presentación.....	19
1.2. Sobre los desafíos que impone la postmodernidad a las ciencias sociales .....	20
1.3. La Sociología Crítica en Chile.....	24
1.4. El aterrizaje epistemológico.....	29
1.5. Preguntas de investigación y objetivos .....	36
<b>PARTE PRIMERA: EL LENTE TEÓRICO-EPISTEMOLÓGICO .....</b>	<b>38</b>
<b>2. CAPÍTULO DOS: PARA UNA CRÍTICA DE LAS RELACIONES CIENCIA-SOCIEDAD .....</b>	<b>38</b>
2.1. La insuficiencia de la teoría social para abordar críticamente las relaciones entre ciencia y sociedad.....	38
2.1.1 Los clásicos de la sociología: la implicación con la sociedad de su tiempo .....	38
2.1.2. La Teoría Social Contemporánea: Luhmann y Bourdieu como formas de pensar la autonomía científica.....	41
2.2. De la Sociología de la Ciencia a la Teoría del Actor Red .....	49
2.3. El Feminismo como punto de partida.....	60
2.4. La paradoja de una posible sociología crítica en la postmodernidad .....	61
2.5. Las Epistemologías Feministas .....	70
2.5.1. Reapropiación Feminista de la Ciencia: la relevancia del sujeto y la política .....	74
2.5.2. Epistemologías Feministas para una Teoría Social Crítica .....	77
<b>3. CAPÍTULO TRES: LOS CONOCIMIENTOS SITUADOS COMO SALIDA CLÍNICA A LA PARADOJA DE LA INVESTIGACIÓN CRÍTICA.....</b>	<b>81</b>
3.1. Donna Haraway .....	81
3.1.1. Lecturas del contexto histórico contemporáneo: la semiótico-materialidad de la tecnociencia y su relación con las posibilidades de la crítica.....	83
3.1.2. La reapropiación y resignificación de la ciencia.....	87
3.1.3. Los Conocimientos Situados como condición de posibilidad para la crítica.....	89
3.1.3.1. Parcialidad frente al relativismo .....	89

3.1.3.2. Objetividad como encarnación .....	91
3.1.3.3. Aparatos ópticos .....	94
3.1.3.4. Sobre la figura Cyborg: apresto para la redefinición de los sujetos/objetos de conocimiento .....	95
<b>3.2. Reconfiguración del Proceso de Producción del Conocimiento: Sujeto, Objeto y Difracción .....</b>	<b>96</b>
3.2.1. Para visibilizar al sujeto de investigación como co-autor responsable de la creación de conocimiento: las imposibilidades del testigo modesto.....	97
3.2.1.1. La recreación del género en la práctica experimental moderna .....	97
3.2.1.2. De la objetividad moderna a la objetividad fuerte .....	101
3.2.1.3. Ciencia y política (re)vinculadas de otro modo .....	107
3.2.1.4. El punto de vista subalterno para imaginar sujetos de investigación interesados .....	108
3.2.2. Redefinición del Objeto .....	112
3.2.3. Una nueva relación sujeto-objeto: de la epistemología de la representación a la epistemología de la articulación .....	115
<b>3.3. Volviendo a la relación ciencia y política .....</b>	<b>120</b>
<b>3.4. Enlace.....</b>	<b>122</b>
<b>3.5. La Ontología Múltiple de Mol como recurso para la investigación situada: supuestos ontológicos y consecuencias políticas desde la epistemología de la articulación.....</b>	<b>123</b>
3.5.1. Problematicando al método y a la teoría como dispositivos de investigación.....	126
3.5.2. Desplazamientos en los supuestos epistemológicos del conocimiento científico .....	129
3.5.2.1. Relación entre lo particular y lo universal como conexiones diversas .....	130
3.5.2.2. En vez de relativismo, implicación .....	133
3.5.2.3. Asumir el conocimiento como encarnado, contingente y material-semiótico .....	134
3.5.3. Consecuencias epistémico-políticas .....	136
3.5.3.1. Los costos de la delimitación disciplinaria .....	136
3.5.4. Consecuencias para una disciplina que se pretende crítica: praxiología que evita los recortes disciplinarios y entiende los objetos como entes activos.....	139
3.5.4.1. Sobre cómo se relacionan las ciencias .....	140
3.5.5. De la política del quién a la del qué .....	142
<b>4. CAPÍTULO CUATRO: METODOLOGÍAS DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL Y LA POSIBILIDAD DE UNA OBJETIVIDAD SITUADA.....</b>	<b>146</b>
<b>4.1. La ISCUAL y la reivindicación de la subjetividad.....</b>	<b>146</b>
4.1.1. Investigación social y relaciones sociales y políticas .....	148
4.1.2. Crítica al positivismo y la apelación a la validez social y ética del conocimiento .....	149
4.1.3. Relevancia social de la investigación según su impacto en provecho de una comunidad .....	153

4.1.4. Reflexiones metodológicas autocríticas: el caso de la etnografía .....	155
4.1.5. En torno a la Epistemología Feminista y la investigación crítica .....	157
<b>4.2. El Método como Objeto de Estudio.....</b>	<b>160</b>
4.2.1. El ensamblaje metodológico de Law .....	160
4.2.1.1. Disputando el método de los hábitos metodológicos modernos .....	164
4.2.1.2. El método tampoco es inocente .....	177
4.2.2. La etnografía postmoderna .....	181
<b>4.3. A modo de síntesis provisoria .....</b>	<b>196</b>
<b>PARTE SEGUNDA: ESCENARIOS DE OBSERVACIÓN DE LAS RELACIONES CIENCIA-SOCIEDAD. 198</b>	
<b>5. CAPÍTULO CINCO: EL “CONOCIMIENTO EXPERTO” Y LA FORMULACIÓN DE POLÍTICAS PÚBLICAS A PROPÓSITO DE LOS CONSEJOS ASESORES PRESIDENCIALES DURANTE EL PRIMER GOBIERNO DE MICHELLE BACHELET.....</b>	<b>198</b>
5.1. Introducción .....	198
5.2. Antecedentes sobre los Consejos Asesores Presidenciales.....	202
5.3. Resultados del Análisis .....	206
5.3.1. Tipo de representación y carácter no vinculante de los CAPs.....	206
5.3.2. Diferentes concepciones del saber experto y de la política .....	210
5.3.3. Los contextos de mediación entre producción de conocimiento experto y de diseño de políticas públicas.....	214
5.3.4. La figura del experto .....	216
5.3.5. El riesgo de la tecnocracia.....	218
5.3.6. Participación social, conocimiento experto y políticas públicas en los Consejos Asesores Presidenciales .....	219
5.4. Cómo interpretar este escenario desde los conocimientos situados.....	222
<b>6. CAPÍTULO SEIS: LAS INVESTIGADORAS FEMINISTAS COMO “EXPERTAS” PARA EL SERNAM .....</b>	<b>231</b>
6.1. Introducción .....	231
6.2. Antecedentes: El Movimiento Feminista en Chile como telón de fondo .....	235
6.2.1. Entre 1910-1930 .....	236
6.2.2. “Triunfo, auge y caída”, o hacia un primer silencio feminista .....	239
6.2.3. Resurgimiento en dictadura.....	241
6.2.4. Nudos del Movimiento Feminista chileno hacia la transición y la postransición .....	243

<b>6.3. Resultados del Análisis .....</b>	<b>245</b>
6.3.1. La situación: La política de investigación en SERNAM .....	245
6.3.2. Cómo se encargan las investigaciones en SERNAM.....	247
6.3.3. El uso de las investigaciones en SERNAM .....	249
6.3.3.1. Conocimiento para la generación y gestión de las políticas .....	250
6.3.3.2. Uso para las relaciones internas y externas al Ministerio.....	254
6.3.4. Relación de las investigadoras feministas con el Estado: Una forma de pesquisar la parcialidad.....	256
6.3.4.1. Investigadoras fundadoras, testigos privilegiados e influyentes de las políticas de género .....	257
6.3.4.2. Desde la producción de investigaciones “irrelevantes” .....	262
6.3.4.3. Relación de “bisagra” .....	265
6.3.4.4. La Investigadora “académica decepcionada” .....	267
6.3.5. “Yo soy feminista no tengo remedio”: Qué es la investigación feminista.....	271
6.3.6. Parcialidades de un conocimiento crítico y situado .....	280
<b>6.4. ¿Cómo interpretar a las investigadoras feministas desde nuestro lente teórico?: posiciones de sujeto parciales .....</b>	<b>285</b>
6.4.1. Testigos modestos visibles e implicados.....	285
6.4.2. EL objeto redefinido.....	295
<b>6.5. Cuestiones abiertas y algunas conclusiones.....</b>	<b>297</b>
 <b>7. CAPÍTULO SIETE: INVESTIGACIONES SOBRE MEMORIAS SOCIALES DE LA REPRESIÓN POLÍTICA EN EL CONO SUR COMO CONOCIMIENTO SITUADO .....</b>	 <b>307</b>
<b>7.1. Presentación.....</b>	<b>307</b>
<b>7.2. Antecedentes.....</b>	<b>309</b>
<b>7.3. Resultados: El diálogo entre los conocimientos situados y el programa memoria.....</b>	<b>312</b>
7.3.1. Aparato visual .....	313
7.3.1.1. Qué ver.....	313
7.3.1.2. Hay que aprender a ver .....	316
7.3.2. Tipo de sujeto .....	322
7.3.2.1. Sujeto que no se deja ver .....	322
7.3.2.2. Sujeto que se muestra .....	325
7.3.2.3. Sujeto- sujeto .....	326
7.3.3. Concepción del objeto .....	329
7.3.3.1. Objetos complejos .....	329
7.3.3.2. Objetos históricos .....	330

7.3.4. Objeto material-semiótico .....	332
7.3.4.1. La materialidad y semiótica de las prácticas .....	332
7.3.4.2. La materialidad y semiótica de las personas-papeles .....	333
7.3.5. Mundo activo .....	336
7.3.6. Conocimiento como encarnación .....	340
7.3.6.1. El Programa Memoria como materialidad de la encarnación .....	340
7.3.7. Crítica .....	345
7.3.7.1. Crítica teórica .....	346
7.3.7.2. Crítica sustantiva .....	349
7.3.7.3. Crítica estética .....	352
7.3.7.4. A vueltas con la paradoja de la crítica .....	354
<b>7.4. Conclusiones .....</b>	<b>356</b>
<b>8. CAPÍTULO OCHO: “NOSOTRAS LAS DE ENTONCES YA NO SOMOS LAS MISMAS”, MEMORIAS DE LA DICTADURA EN CHILE COMO CONOCIMIENTO SITUADO .....</b>	<b>363</b>
<b>8.1. Presentación .....</b>	<b>363</b>
<b>8.2. La objetividad/subjetividad en la investigación social .....</b>	<b>364</b>
<b>8.3. La dialogía intergeneracional en la construcción de memorias sociales sobre la dictadura militar chilena .....</b>	<b>368</b>
<b>8.4. El proyecto de investigación y la emergencia de los autorrelatos de las investigadoras .....</b>	<b>371</b>
8.4.1. Los autorrelatos de las investigadoras como abordaje de la subjetividad del sujeto que conoce .....	372
<b>8.5. Resultados: implicancias de los autorrelatos en el proceso de investigación .....</b>	<b>374</b>
8.5.1. Implicancias respecto al objeto de estudio .....	374
8.5.1.1. Uno mismo y el otro: el destinatario .....	375
8.5.1.2. La memoria habitada por otros .....	377
8.5.1.3. La toma de posición .....	378
8.5.2. Implicancias respecto al diseño metodológico .....	379
8.5.2.1. El sujeto investigador como sujeto investigado .....	379
8.5.2.2. Rediseño en la producción e interpretación de los datos .....	381
<b>8.6. A modo de conclusiones: reflexividades epistemológicas de los conocimientos situados .....</b>	<b>382</b>
<b>CONCLUSIONES .....</b>	<b>389</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>402</b>
<b>Extended Summary .....</b>	<b>427</b>

<b>ANEXOS METODOLÓGICOS.....</b>	<b>439</b>
----------------------------------	------------

## INTRODUCCIÓN

En el contexto del debate sobre los desafíos que imponen a la Teoría Social los procesos ligados a la postmodernidad, esta tesis aporta argumentos que permiten sostener que el conocimiento científico-social puede ser objetivo, en tanto riguroso y comprometido con la búsqueda de un saber que nos permita comprendernos a nosotros mismos y a nuestro entorno, al mismo tiempo que se reconoce como parcial.

Nuestra investigación no sigue la ruta habitual trazada por las discusiones teóricas que sobre este tema pueden revisarse en las tradiciones de la Teoría Social, la Epistemología, la Teoría Política, la Sociología y los Estudios Sociales de la Ciencia. Más bien se trata de analizar, desde el crisol que aportan esos diferentes lentes teóricos, algunos espacios donde tales preocupaciones tengan que lidiar con el oficio de las ciencias sociales, particularmente el de las prácticas de la investigación sociológica, que es aquél en el que me he formado y en el que me desempeño. Concretamente, pretendemos describir no sólo cómo algunos de los debates teóricos desafían la noción de objetividad positivista en el ámbito de la investigación social empírica, sino las implicaciones que se derivan de participar en la producción de un conocimiento que se reconoce como situado y que al mismo tiempo pretende sustentarse sobre alguna forma de objetividad, como proyecto de verosimilitud con una realidad que constituimos y que nos constituye.

Son múltiples las alternativas que se presentan para abordar este tema. Desde la teoría de sistemas y su renuncia a cualquier posibilidad de mirar la realidad sin verla constituida al mismo tiempo por sus esquemas observadores, a los estudios sociales de la ciencia y su problematización sobre las condiciones, efectos y articulaciones en las cuales se produce el conocimiento científico, pasando por las discusiones en el campo de la metodología de la investigación social y su pregunta constante y revisitada sobre las relaciones entre conocimiento social y subjetividad. Y, por supuesto, los movimientos y proyectos políticos que han buscado en el conocimiento científico alianzas para fortalecer sus reivindicaciones, luchas y promesas de transformación, entre otros, los postcoloniales, feministas y medioambientales.

De todos ellos nuestro referente es el movimiento feminista, principalmente en su vertiente epistemológica. Una tradición que ha debido afrontar el desafío de mirarse crítica y deconstructivamente en la búsqueda de fortalecer nuevas formas de objetividad fuerte y parcial. Desde esa opción llegamos a la cuestión de la ciencia en el feminismo que han problematizado ciertas epistemólogas feministas, en particular Donna Haraway y su apuesta por los

Conocimientos Situados (en adelante CS) como proyecto de objetividad política y cognoscitiva. Nuestro interés aquí es doble. Primero, poner a prueba la epistemología de la articulación de Haraway en el ámbito de las prácticas de investigación de las ciencias sociales. Segundo, responder a una pregunta que opera como trasfondo: ¿puede la sociología crítica, en el Chile de la postdictadura, aprender del feminismo como un saber crítico a la vez que riguroso, objetivo a la vez que parcial?

En el primer capítulo de este trabajo se expone la construcción y justificación del problema de investigación, en el contexto de los debates teóricos que lo vuelven pertinente. Describiremos cómo las ciencias sociales se han visto afectadas en sus cimientos más básicos tras los cambios asociados a la crisis de la modernidad, y, junto con ello, expondremos los dilemas que enfrenta la sociología crítica para el caso de Chile.

La primera parte, integrada por los capítulos dos al cuatro, presenta las coordenadas teóricas y epistemológicas que harán las veces de lente para interpretar los escenarios empíricos a través de los cuales investigaremos el problema que nos convoca. Primero se exponen las razones que nos han hecho descartar algunos de los recursos de la teoría social contemporánea para entender las relaciones entre ciencias sociales y sociedad como esferas autónomas, ejemplificado a través de Luhmann y Bourdieu. Acto seguido presentamos la sociología de la ciencia, específicamente la propuesta de Latour como punto de partida necesario, pero insuficiente. Luego, desarrollamos el principal supuesto de esta tesis anclado en lo que asumimos es la paradoja que enfrenta la teoría crítica en los tiempos postmodernos. Tras ello entramos de lleno al desarrollo de nuestro lente teórico que incluye la propuesta de la epistemología de la articulación (García Selgas, 2008) basado en el programa teórico de Donna Haraway (1995, 1997, 1999), al que sumaremos otras perspectivas complementarias con las que el mencionado programa dialoga, tales como los postulados de Sandra Harding (1996) sobre la objetividad fuerte y la ontología múltiple de Annemarie Mol (2002). Para terminar, incluiremos algunos de los debates más cercanos a nuestra propuesta desde los que se han venido tratando los temas de las prácticas de investigación crítica; entre otros, las propuestas de Law (2007), las discusiones recientes de las metodologías cualitativas y las reflexiones de la etnografía postmoderna.

Tratando de fundamentar la pertinencia de aplicar la epistemología de los Conocimientos Situados propuesta por Haraway, en los cuatro capítulos siguientes que componen la segunda parte, muestro algunas formas que nos permiten estudiar la situacionalidad del conocimiento



producido por las prácticas de investigación científico social que se pretenden críticas. Con ese afán, hemos trabajado una re-visión de nuestro propio oficio de investigadora, sirviéndonos de diferentes proyectos en los que hemos participado, desde una observación de segundo orden que busca mirar esas prácticas y preguntar por las posibilidades que ofrece la propuesta de Haraway para fortalecer la vocación crítica de la sociología latinoamericana, particularmente la que se ha practicado en Chile. El hilo común ha sido focalizar la pregunta teórica más amplia acerca de los ensamblajes entre las preocupaciones científicas y las político normativas. Para ello operamos en una suerte de búsqueda de situaciones que nos permitan mirar esa pregunta en distintos escenarios que hacen las veces de figuras que posibilitan ilustrar el argumento de esta tesis. Así, asumimos que la epistemología no es sólo una cuestión abstracta, sino que también puede aterrizar en diversos espacios donde el conocimiento científico social se valida y circula (escenario uno); donde se usa (escenario dos), se difunde (escenario tres) y se produce y autocomprende (escenario cuatro) como una forma de diversificar lo más posible los ámbitos de aplicación de esta epistemología.

De este modo, en el capítulo cinco presentamos el primer escenario destinado a mostrar la participación de los conocimientos científicos, vehiculizados en las figuras de los “expertos” en ciencias sociales y económicas, en los Consejos Asesores Presidenciales (CAPs) que se organizaron durante el primer gobierno de Michelle Bachelet, con el propósito de debatir una serie de reformas en los ámbitos de la educación, la previsión social y el salario digno. Usar este escenario como una forma de observar los modos en que el conocimiento científico se valida nos permite exponer el problema de mantener la moderna epistemología de la representación, que iguala la objetividad científica con la neutralidad, de manera que los “expertos”, como vehiculizadores de la tecnociencia social y económica, aparecen como sujetos autónomos y desinteresados, que sólo participan en los procesos de discusión de tales reformas desde su compromiso técnico. Con ello, podemos observar el polo opuesto de la epistemología de los CS desde donde la ciencia niega sus vínculos con lo político y resulta incapaz de mostrarse responsable en las disputas por promulgar la realidad, incluidos los debates sobre cómo mejorarla. Como se detalla en el respectivo capítulo, este escenario se basa en parte de una investigación del Concurso Regular Fondecyt desarrollada junto a Manuel Antonio Garretón y Félix Aguirre entre el 2009 y 2010.

El capítulo seis presenta el segundo escenario donde analizamos los discursos de diversas investigadoras feministas sobre su práctica de colaboración con el Estado, específicamente con el

Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM), que se concreta en la realización de múltiples estudios de género a lo largo de los gobiernos de centro izquierda de la Concertación de Partidos por la Democracia que sucedieron a la dictadura militar en Chile, entre 1990 y 2005. Allí se problematiza cómo tales investigadoras feministas han sido convocadas por el Estado como “expertas en estudios de género”, de manera que sus investigaciones sirvieran de insumos para la producción y gestión de políticas públicas de género. Se trata, por lo tanto, de una figura que nos permite analizar los modos de uso del conocimiento científico social. Como mostraremos al analizar la forma en que tales investigadoras conciben su práctica y ponerla en diálogo con cómo desde el Estado se han usado tales estudios, con este escenario nos apartamos del sujeto moderno de la epistemología tradicional, en tanto dichas investigadoras muestran que han estado fuertemente implicadas normativa y políticamente en su quehacer como científicas y como feministas. Junto con ello, describiremos cómo, durante el Chile de la postdictadura, los estudios de género han alterado el propio constructo de “género” como objeto científico y social, y cómo esta dislocación abre una serie de preguntas y desafíos para el feminismo como objeto múltiple (Mol, 2002). Tal como se describe en el citado capítulo, los resultados aquí trabajados son parte de otra investigación Fondecyt también desarrollada junto a Manuel Antonio Garretón sobre los usos del conocimiento científico social por parte del Estado, desarrollada entre los años 2007 y 2008.

El tercer escenario que se relata en el capítulo siete se sumerge en las prácticas de investigación para mostrar que en ellas asumirse como investigador/a comprometido no es suficiente para producir textos que, buscando influir en un público no sólo académico, puedan ejercer su capacidad crítica. Para ello analizamos algunas investigaciones publicadas en una colección que fue parte de un programa de formación de investigadores jóvenes en memorias sociales sobre las dictaduras militares del Cono Sur de Latinoamérica, como parte de los procesos de transición y democratización de los regímenes políticos a principios de la década del 2000, programa en el que participé como becaria. Se trata de una forma relativamente tradicional de entender el vínculo entre conocimiento científico y la política, cual es la de investigar lo que se asume como “temas comprometidos” o “sensibles”, que pudieran ser en general los que dan cuenta de situaciones de opresión, de sujetos “subalternos” y de “proyectos emancipadores”. Con ello buscamos aplicar la epistemología de los CS en las formas de producción y difusión del conocimiento. Nos acercamos aquí a la lógica de la “epistemología del punto de vista” (Harding, 2004) con la que dialogan los CS; en este caso, puntos de vista de memorias subalternas con

relación a las memorias oficiales o dominantes sobre la violencia política. Los resultados aquí expuestos corresponden al trabajo que quedó parcialmente expuesto en un libro colectivo a publicarse durante el 2015 (Cruz M. A., *La investigación en memorias de las dictaduras militares del Cono Sur como conocimiento situado*, 2015) y que me condujo a la suficiencia investigadora del programa de doctorado en el año 2004.

En el capítulo ocho presentamos un cuarto escenario, esta vez mucho más relacionado con la producción del conocimiento intencionalmente realizado desde la epistemología de los CS. Se trata de una investigación sobre las formas de transmisión intergeneracional de las memorias de la dictadura chilena en los últimos años. Con ello pudimos estudiar más en profundidad un objeto de investigación que fuera capaz de desplegarse como un ente activo en los procesos de investigación, mediante un dispositivo metodológico que hizo que las investigadoras tomáramos el lugar de “objeto” de estudio a través de la producción de autorrelatos sobre nuestras propias memorias. En ese capítulo podremos ver en acto cómo se despliegan los supuestos de la epistemología de la articulación que sostiene a la propuesta de los CS, en tanto se asume que el sujeto y el objeto son activos y parciales, y que la relación que los vincula es más una difracción que un reflejo de la realidad. Como también se detallará, este ejercicio es parte de otra investigación Fondecyt esta vez realizada junto a María José Reyes y Marcela Cornejo, entre el 2011 y el 2012.

En el último capítulo dedicado a las conclusiones, argumento que la epistemología de la articulación puede ser aplicada a las prácticas de investigación de las ciencias sociales; logra dar condiciones de posibilidad para aquellas que se pretenden críticas; y, en tal sentido, se vuelve un recurso potente para renovar los proyectos de sociologías críticas. A ello se suman las cuestiones que quedaron abiertas, las limitaciones y las proyecciones de este trabajo, como un pretexto para reflexionar sobre las posibilidades de renovar y justificar la sociología crítica en Chile desde sus prácticas de investigación situada<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Para simplificar la lectura hemos incluido todos los detalles metodológicos en anexos.

# 1. CAPÍTULO UNO: FORMULACIÓN DEL PROBLEMA

## 1.1. Presentación

Esta investigación retoma algunos de los desafíos que traen aparejados a la teoría social los procesos ligados a la postmodernidad. Nuestra preocupación se ha centrado en describir cómo esos desafíos impactan también las prácticas de investigación sociológica, particularmente, las posibilidades y límites que tales cuestiones suponen para la sociología crítica que se produce en el Chile de la postdictadura.

Uno de los recursos para enfrentar los retos de la postmodernidad (García Selgas & Monleón, 1999) es el aporte de algunas epistemólogas feministas a la discusión sobre ciencia y feminismo, que en términos más generales puede ampliarse a la relación entre lo científico y lo político. De esa tradición nos interesa en particular la propuesta de Donna Haraway (1995, 1997, 1999, 2004) sobre la responsabilidad de las ciencias a través de los CS. En este caso, nuestro interés se focaliza en la responsabilidad de las prácticas de investigación de las ciencias sociales con énfasis en la sociología, concretamente en los recursos que ofrece la propuesta epistemológica de los CS al ámbito de la validación, uso, difusión y producción del conocimiento científico social.

Con ese horizonte, y tal como anunciamos en la introducción, revisaremos cuatro *escenarios empíricos* donde poder observar dichas prácticas. Es por ese motivo que el área de investigación de este estudio corresponde a la epistemología aplicada, entendida como una reflexión sobre determinadas prácticas de investigación desde un modelo epistemológico particular. A su vez, participamos en las investigaciones implicadas en esas prácticas, por lo que se trata también de un ejercicio de reflexividad de la propia experiencia de investigación forjada durante diez años.

Nuestro modelo epistemológico se fundamenta en la *epistemología de la articulación* (García Selgas F. , 2008) que sostiene a los CS propuestos por Donna Haraway. El sentido es comenzar a revisar las posibilidades de operativizar ese modelo en las investigaciones sociales empíricas como recurso para su función crítica.

En síntesis, esta tesis se ubica en la conjunción de tres ámbitos teóricos –los desafíos de la postmodernidad, las epistemologías feministas y las relaciones entre ciencia y políticas– desde los que se busca aportar abordando una pregunta teórica: ¿cómo pueden estar operando las relaciones entre ciencia y política, vistas desde la propuesta de los CS?, una interrogante que empíricamente aterriza en el análisis de los cuatro escenarios mencionados, propuestos como

contextos específicos donde se encarnan las relaciones entre las prácticas de investigación científico social y los compromisos político-normativos.

Antes de entrar en una definición más operativa del problema de estudio, vamos a revisar algunos de sus principales antecedentes que nos permiten contextualizar su relevancia.

## **1.2. Sobre los desafíos que impone la postmodernidad a las ciencias sociales**

El debate sobre la postmodernidad es uno de los puntos centrales todavía en la teoría social. Aquí no entraremos a repetir los argumentos sobre si todavía es vigente o no el proyecto moderno (Ej. Lyotard, 1984; Habermas J., 1989; Luhmann N., 1998; Latour B., 1993; Touraine, 1993; Rodríguez, 1999). Para la epistemología con la que trabajaremos es un supuesto que la época actual no puede seguir caracterizándose como moderna. Siguiendo a García Selgas y Monleón (1999), nuestra postura es que estamos ante un cambio de época, que entendemos como postmoderna, que sucede a la modernidad y que incluye determinadas realidades históricas y su expresión en determinadas condiciones teóricas (Lasch, 1997; Jameson, 1996; Anderson, 1999; Beck, Giddens, & Lash, 1997; Giddens A., 1995; Bauman Z., 1997). Ello supone que no hay una sola forma de entender la postmodernidad y que muchas de las reticencias que causa el discurso postmoderno tienen que ver con su grado de cinismo, especialmente sobre las posibilidades de transformación del orden vigente<sup>2</sup>. No es esa la vía que aquí seguiremos. Haraway se ubica precisamente en la pista contraria. Su posición postmoderna, feminista y de izquierdas (Haraway, 1995) le hace asumir los desafíos del contexto histórico actual entendido como postmoderno o más bien como no moderno (Latour B. , 1993), pero sin renunciar a la vocación progresista ni al poder de la ciencia.

Así, se trata de aceptar la postmodernidad como un fenómeno y una postura que implica ciertos retos para todos los saberes, lo que no conlleva negar la modernidad sino asumir que muchos de

---

<sup>2</sup> Tal molestia no es independiente de cuestiones generacionales. En España, la generación de científicos sociales que ronda entre los 55 y los 70 años que fue la que luchó contra la dictadura, se resiste a la postmodernidad porque cuestiona el sueño moderno que los guio, entre otros, la confianza en alcanzar una igualdad y libertad universales, o porque lo postmoderno aparece solo como una amenaza (García Selgas, F., & Monleón, J., 1999). Algo similar ocurre en Chile por los mismos motivos asociados a la dictadura militar, pero se agrega además el reclamo de los autores latinoamericanos respecto de que si la región no ha visto consolidarse aún la modernidad, menos todavía puede hablarse de postmodernidad.

sus supuestos ya no se sostienen (García Selgas & Monleón, 1999). Para nuestros efectos importa tener en mente precisamente esos desafíos llevados al plano de las ciencias sociales, particularmente de las condiciones de posibilidad de la crítica, especialmente dos de esos desafíos.

Primero, reiterar que para la modernidad era central romper con la tradición y afirmar el progreso. Su motor era la transformación de la sociedad tradicional guiada por la repetición y el conservadurismo. La sociedad moderna debía orientarse por el cambio y el progreso; por la fe en el futuro y el valor de lo nuevo. Sin embargo, después de la crisis energética de 1973 y las consecuencias de la modernización (los desastres ecológicos, el peligro de devastación nuclear, la gulag comunista y la creciente desigualdad social) las utopías se vuelven más difíciles de sostener. A partir de ese momento pareciera necesario *pensar globalmente y actuar localmente*, así como reconocer que la tradición, en tanto defensa de unas creencias que incluyen paradigmas y epistemes, es una primera condición que posibilita nuestro conocimiento. No se trata de volver a la tradición, pero si asumir que nunca se rompió del todo con ella y que sin ella no se puede avanzar (García Selgas & Monleón, 1999).

Lo anterior tiene al menos dos posibles vinculaciones con nuestro problema de investigación. Por el lado del mapa epistemológico que utilizaremos, hay que señalar que a los CS de Haraway (1995), como al proyecto de ciencia sucesora de Harding (1996), no se llega sin el recorrido que antes han hecho otras mujeres, en y sobre la ciencia, pues lo situado de un tipo de conocimiento pasa por las tradiciones políticas, epistemológicas, culturales y materiales, que forman parte del trasfondo que posibilita conocer y comenzar a desafiar lo conocido. Una insinuación que dialoga también con los desarrollos de García Selgas (1999) sobre el trasfondo del sentido de la acción y la noción de experiencia de Teresa de Lauretis (1992).

Respecto de los sueños utópicos, como veremos con más detalle, están en el centro de la propuesta de los CS, aunque ya no imaginados como “utopía”. Por el lado de las investigaciones empíricas que pondremos en juego con ese mapa epistemológico, la tradición tiene mucho que ver con el tema de tales estudios. Por ejemplo, en las luchas por las memorias sociales (escenarios tres y cuatro), donde lo acontecido con toda su carga de tradición no es un mundo fijo, las disputas son por dar sentido al pasado en función del presente (Jelin E. , 2002), por lo que entendemos que lo tradicional y lo nuevo se van articulando contingentemente. Luego, esas luchas tienen que ver con proyectos de construcción de futuro. Mientras que los estudios de

género desarrollados por las investigadoras feministas chilenas durante los años 90' y la primera década del siglo XXI (escenario dos), no pueden desprenderse de la tradición feminista –política y teórica- que ha alimentado el movimiento de mujeres en Chile.

El segundo desafío de la postmodernidad remite a la conocida tesis sobre una modernidad que había permitido articular la universalidad del individuo y de la razón con la diversidad de convenciones y épocas que marcarían un proceso teleológico de la historia. La idea se constituyó sobre el frágil soporte de tres supuestos básicos de la mirada moderna del científico social que hoy son desafiados: a) la existencia de un sujeto individual y autónomo que ahora se reconoce como ligado a la consolidación clasista, patriarcal y colonizadora, y a la posterior disolución de la conciencia burguesa (por ej. con el feminismo); b) la existencia de una razón universal, que aparece cuestionada en su universalidad por su propia dialéctica, por su conexión con la dominación totalizadora, y por la imposibilidad de enunciar metarrelatos fundantes que se reconozcan en la naturaleza sociohistórica del conocimiento; y c) una visión de la historia como un proceso encadenado de hechos orientados hacia la emancipación humana, cuyo ordenamiento se ha desvanecido al desaparecer un punto de destino (utopía) que sirviera de referencia. Así, la deconstrucción postmoderna no solo cuestiona los llamados “metarrelatos”, sino también nuestros saberes y discursos científicos (García Selgas & Monleón, 1999). Como veremos, los CS son una forma de responder constructivamente a estos dos desafíos.

Por otra parte, la ciencia no es una esfera autónoma que solo crea conocimientos verdaderos dentro del régimen científico que ella genera, sino una práctica discursiva que desencadena saberes con efectos de poder, en virtud de los cuales la ciencia se produce, se usa y se articula. Tales efectos vinculan a la ciencia con un determinado orden, pues el ejercicio del poder necesita aparatos de saber para nutrir sus técnicas y tácticas de dominación, cuestión a la que ha contribuido un saber científico dispuesto a apuntalar una gubernamentalidad moderna que incluye nuevas tecnologías que derivan en un modo de gestión o de gobierno de las conductas que se sustenta y entrelaza decisivamente con conocimientos científicos, en particular de las ciencias sociales (Ramos Zincke, 2012, pág. 119). Esto es otra forma de apuntar al diagnóstico de época que realiza (Haraway, 2004) cuando indica que vivimos en sociedades tecnocientíficas donde la ciencia y la política están mucho más relacionadas que lo que nuestros supuestos modernos nos permiten aceptar.

Ahora bien, aun cuando las distintas formas de disciplinamiento derivaron en diversas variantes de gubernamentalidad, tales terminaron en la hegemonía de la gubernamentalidad neoliberal; en ella, la crítica ha ido perdiendo terreno o incluso desmantelándose (Boltansky & Chiapello, 2002, citado por Ramos Zincke, 2012, pág. 219).

Así el itinerario del pensamiento y la movilización social que venía fraguándose desde finales del XIX hasta los años 60', inspirado en el marxismo y en sus diversas traducciones, en las últimas décadas decae de manera vertiginosa sin que surjan ni discursos ni dispositivos con posibilidades de sustentar una crítica capaz de enfrentar las condiciones creadas por la gubernamentalidad neoliberal y de ofrecer alguna alternativa. Ello no supone la eliminación total del pensamiento crítico, en tanto la propia desregulación de la gubernamentalidad dominante posibilita espacios donde ésta puede surgir (Donzelot & Gordon, 2008, pág. 56, citado por Ramos Zincke, 2012, pág. 209). El problema es que no logran articularse, a pesar de algunos planteamientos críticos integrativos, como las apuestas por una democracia radical de Mouffe y Laclau (1985) y Hardt y Negri (2005), todavía en proceso embrionario (citados por Ramos Zincke, 2012).

Este diagnóstico se repite para la ciencia social, donde los desarrollos críticos no sobrepasan los esfuerzos locales; sin embargo, hay prácticas de investigación, especialmente algunas vinculadas a la metodología cualitativa (Denzin & Lincoln, 2005), que parecen estar alimentando de nuevo una ciencia social crítica y comprometida con el cambio social.

En América Latina también podemos observar esta tendencia. Entre finales del XIX y los años 50', bajo el influjo del positivismo, el uso de la ciencia social produjo un relato crítico que aportó narrativas legitimadoras de la gubernamentalidad estatal, en lo que se conoce como la sociología de cátedra (Ramos Zincke, 2012). Mientras que entre los 50' y 70' la fuerza que adquiere la necesidad de un cambio social hace que se sucedan las llamadas sociologías del desarrollo en su versión cepalina y "científica", y luego en la marxista y "crítica", demandando ambas una fuerte injerencia estatal. En tales contextos las ciencias sociales aportan una metanarrativa que ayuda a deslegitimar el orden vigente y sirve de justificación a diversos proyectos de cambio estructural que fueron interrumpidas violentamente con las dictaduras cívico militares que se instalaron en el Cono Sur (Garretón M. A., 2007).

Para el caso de Chile, durante la dictadura, la sociología es duramente castigada como ícono de las ciencias sociales críticas, teniendo que refugiarse en los Centros Académicos Independientes (CAI) opositores al gobierno de facto (Garretón M. A., 1982). Con la recuperación del régimen



democrático lo que prima es una producción de conocimientos orientada a las políticas públicas con una escasa producción de estudios posibles de enmarcar en algún paradigma crítico (Ramos C. , 2005) y una aún más escasa reflexión sobre sus condiciones de producción (Ramos Zincke, 2012), constatándose una ruptura generacional entre lo que fue la sociología crítica de los 60' y lo que hoy se practica: investigaciones con una escasa perspectiva crítica y que adolecen de una falta reflexividad de sus posiciones.

### **1.3. La Sociología Crítica en Chile**

El itinerario de la sociología en Chile ha estado fuertemente asociado al contexto político. Desde sus orígenes, la sociología ha producido un tipo de conocimiento mucho más centrado en “la” sociedad que en “lo” social (Garretón M. , 1993). Y aunque hoy enfrenta el estallido de su objeto de estudio asociado a la globalización y al aumento de las identidades “adscritas” (genéricas, étnicas, locales, religiosas, por ejemplo), aquí nos interesa especialmente la crisis de su dimensión como proyecto intelectual crítico (Garretón M. , 2000).

Se pueden establecer tres períodos en el análisis de la disciplina en Chile (Garretón M. A., 2007). El primero, de creación, institucionalización y profesionalización, entre mediados de los años cincuenta hasta 1973; el segundo coincide con la dictadura (1973-1989) mientras que el tercero corresponde al posterior régimen democrático.

A la primera etapa contribuyó el clima de una sociedad que se sentía en profunda transformación, ligado a los procesos de modernización y democratización progresiva que rompían con la dominación oligárquica. Así, se reconocía la necesidad de contar con un tipo de experto encargado de conocer lo nuevo y comprometido con proponer alternativas. Asimismo, había un alto grado de legitimidad respecto de la reflexión sobre la práctica histórica de una sociedad, reivindicando para las ciencias sociales un carácter de “conciencia” de los proyectos sociohistóricos y su inserción en ellos para la formulación de su visión ideológica y programática (Garretón M. A., 2007).

En esta primera etapa, tras una institucionalización incipiente que conllevó la creación de las primeras escuelas de sociología (1950-60), vino una consolidación disciplinaria que terminó en una fuerte politización (1960-1973) asociada a la radicalización política que se vivía en un país en el que se acercaban las elecciones presidenciales de 1970 que llevarían al poder a Salvador Allende, y a su proyecto de socialismo marxista y democrático.

Sumariamente, durante esta primera etapa se sucedieron dos modelos. El primero, conocido como “sociología científica”, se articuló en torno a la modernización científica y la especialidad disciplinaria; se orientaba teóricamente por un funcionalismo con marcos analíticos ligados a la modernización, enfatizando el uso de metodologías cuantitativas para análisis de aspectos particulares de la realidad ligados al tema del “desarrollo” (estructura agraria, integración urbano-marginal, formulación y diseño de políticas estatales sectoriales, entre otros). El segundo, identificado como “sociología crítica”, giró en torno del rol crítico de las ciencias sociales y enfatizaba el carácter integrador por encima de las diferentes disciplinas, mientras reconocía en el marxismo su fuente de inspiración teórica y utilizaba el marco analítico de la entonces tan en boga Teoría de la Dependencia (Dos Santos, 2011; Cepal, 1998), para concentrarse en los problemas de una sociedad que caracterizaban como de un “capitalismo dependiente” o “en transición al socialismo”.

La transición de un modelo a otro no fue independiente del contexto social. La crisis del primer modelo se vio influenciado por la crisis del proyecto de “revolución en libertad” del gobierno demócratacristiano de Frei y la formulación alternativa de la “vía no capitalista de desarrollo” que lideró Allende. A su vez, el cambio de modelo trajo aparejado un cambio en la inserción profesional. Si durante el primero primaban los investigadores científicos que se desempeñaban en la academia y en el Estado, en la sociología crítica hay una diferenciación sucesiva de las formas de inserción social: desde el investigador académico al experto en nuevos problemas sociales, pasando por el tecnócrata, el intelectual y el ideólogo militante (Garretón M. A., 2007). Además, con el cambio de modelos y el uso de enfoques más integrados se crearon diversos centros interdisciplinarios de investigación sobre áreas de problemas o enfocados en análisis globales de la sociedad, contribuyendo a disminuir el rezago de la investigación empírica (Brunner J. J., 1986).

Por otro lado, en Chile hubo una gran receptividad ante la difusión de modelos institucionales y teóricos de producción académica externa, lo que en parte se compensó con la proliferación de investigaciones empíricas sobre la realidad nacional, pero enmarcadas dentro de modelos tomados acríticamente. Hubo así, una deficiente conexión entre teoría e investigación (Garretón M. A., 1982).

Con el golpe de Estado de 1973 se produjo un profundo viraje en el país con efectos definitorios en el desarrollo de las ciencias sociales. La sociología fue duramente reprimida dada su

vinculación con los proyectos de transformación social ligados al gobierno derrocado. Además, se eliminó su base institucional, que eran las universidades, clausurando o interrumpiendo carreras y centros de investigación, disminuyendo drásticamente los recursos públicos que las financiaban bajo la política del autofinanciamiento y más tarde “liberalizando el mercado educativo” con la creación de universidades privadas. Todo ello afectó a la formación y a la investigación, reduciéndolas a problemáticas muy puntuales y parciales, oficialmente desprovistas de enfoques teóricos críticos (Garretón M. A., 2007).

Como contraparte, tras la primera fase desarticuladora de la dictadura, comenzaron a crearse Centros Académicos Independientes (CAI) de carácter extrauniversitarios, donde se insertaban los académicos expulsados de las universidades. Tales centros funcionaban con financiamiento internacional y se dedicaban a la investigación y a una producción intelectual casi siempre centrada en la descripción, el análisis y a la interpretación de la realidad chilena emergente a partir de 1973, desde una perspectiva crítica al régimen militar.

Así, pasada una primera etapa de mera sobrevivencia, se reconoce que entre 1976-1980 emerge un nuevo modelo de ciencias sociales que se consolida en los 80'. De las muchas características de ese nuevo modelo nos interesa destacar dos. En primer lugar, la internacionalización bajo el régimen militar siguió dos tendencias: la formación en el extranjero de sociólogos exiliados y la cooperación financiera y académica con los CAI. Ello impactó el contenido de la sociología, transmitido en gran parte por quienes regresaron del exilio, así como por los frecuentes viajes a encuentros internacionales de los que trabajaban en los CAI. La sociología se abrió así a los debates sobre la crisis de los paradigmas y, especialmente del marxismo, permitiendo que nuevas corrientes, más parciales y menos totalizadoras, fueran utilizadas para el estudio de las realidades nacionales. El tipo de reflexión se orientó progresivamente hacia una crítica de la determinación estructural, permitiendo el desarrollo de nuevos temas (actores y movimientos sociales, democracia, dimensiones culturales, comunicaciones, entre otras) tratadas desde diversos ángulos y metodologías (Garretón M. A., 2007).

Junto a ello, el férreo control del régimen militar sobre las universidades, la interrupción de los estudios, la expulsión y el exilio de estudiantes y profesores produjo una importante brecha intergeneracional, atenuada en parte con la formación en el extranjero. En adelante y pese a que con los años se va legitimando en el medio intelectual la presencia de los CAI, en casi todos ellos

sigue ausente la docencia, aumentando la distancia generacional en las ciencias sociales (Brunner J. J., 1986).

En 1990, con el regreso de un régimen democrático incompleto y que mantiene la presencia de enclaves autoritarios en los tres poderes del Estado, comienza la reformulación de un nuevo modelo de ciencias sociales que no satisface del todo las expectativas de las luchas antidictadura. Por una parte, la recuperación democrática de las universidades públicas no significó un cambio institucional en la educación superior, permaneciendo los problemas de financiamiento, fortalecimiento institucional, equidad en el acceso y conexión entre universidad y contexto social. A pesar de que las ciencias sociales fueron las disciplinas más castigadas por la dictadura, todavía hoy ello no se ha resuelto con algún tipo de apoyo especial para su recuperación. Con todo, el cambio de régimen político modificó el contenido de las ciencias sociales, con la reinscripción de las disciplinas en las universidades y la incorporación de muchos sociólogos en puestos gubernamentales que facilitaron la emergencia de nuevas tendencias en la sociología, pero manteniéndose el rasgo definitorio impuesto durante la dictadura en el que predominó la construcción de un conocimiento segmentado. Con el término de la dictadura y los nuevos requerimientos del Estado, la sociedad y el mercado, los CAI fueron perdiendo su vigencia, quedándose en muchos casos reducidos solo a consultoras privadas y ONGs, sin lograr mantenerse como centros académicos independientes y críticos (Garretón M. A., 2007).

En este contexto podemos decir que la vocación crítica de la sociología, tanto en la etapa de fundación y consolidación como durante la dictadura, se tradujo en ser aliada de los proyectos de transformación del orden vigente; del “subdesarrollo” -hasta el golpe de Estado- y de la recuperación democrática durante la dictadura.

Sin embargo, a partir de 1997 parece abrirse un debate más crítico sobre la sociedad, con la discusión de nuevos temas, como el carácter de la modernidad, la calidad de la democracia y los fenómenos de la dominación y la resistencia a ella. Esta producción durante todo el período post-autoritario, aunque modificada en parte en los últimos años, se caracteriza por el cambio desde estudios o ensayos más globales e interpretativos sobre la sociedad, hacia estudios empíricos más monográficos y sectoriales, con un especial énfasis en las dimensiones metodológicas y técnicas, tanto de la recolección de datos como de su análisis, dando cuenta con ello de un fenómeno más profundo que se insinúa ya desde la época de la dictadura: las ciencias sociales y la reflexión más general sobre la sociedad dejan de tener una teoría crítica de la sociedad en su conjunto que sea a

la vez desciframiento de sus tendencias y proyección de la sociedad deseable. Es lo que antes se asumía como la función intelectual de las ciencias sociales. La brutalidad y aberración de la dictadura misma y la voracidad del modelo económico que se implantó hicieron tan evidente la crítica global a la sociedad que ocultaron otras transformaciones que fueron quedando obsoletas o reducidas a la parcialidad de la que hacían gala las clásicas teorías críticas de la sociedad moderna, industrial o capitalista. Para las nuevas formas de dominación, opresión o alienación de la vida social e individual, no existe ya una teoría que dé cuenta en conjunto de ellas y que provea los sujetos y medios para superarla en una síntesis utópica. La sociedad parece desgajada o fragmentada en diversas esferas en que la idea de totalidad, inseparable de la dimensión intelectual crítica clásica, parece haber desaparecido. Ya no hay una esfera de la sociedad que ordene el conjunto de ella o que determine las otras esferas, con lo que cada crítica aparece como parcial, permitiendo solo cambios graduales y mínimos. La complacencia que arriesga insinuar la ausencia de un debate global, explica en buena medida que la crítica social suela ser casi siempre parcial, y que la especialización y ciertos fundamentalismos atávicos hayan terminado por reducir de manera dramática los espacios en los que antaño se desarrollaba la dimensión intelectual crítica de la disciplina (Garretón M. , 2000).

Frente a un campo profesional que hoy día refleja una multiplicidad de oficios y tecnologías sociales, el “oficio” sociológico de los 60’ se centraba en la integración siempre problemática de las dimensiones intelectual, científica y profesional. Se asumía entonces que la profesión se basaba en una ciencia que tenía como misión principal tratar de comprender las contradicciones de la sociedad y acompañar a los actores sociales que luchaban por transformarla (Garretón M. A., 2007).

Nuestra investigación vuelve la mirada al modo en que se combinan las tres dimensiones que antes señalábamos –científica, intelectual y profesional - en algunas prácticas de investigación empírica recientes, si se asume la parcialidad y la responsabilidad del conocimiento que reclama Haraway (1995). En tal sentido, lo que hemos denominado como Escenario 3 y 4, hacen referencia fundamentalmente al cruce entre las dimensiones científica e intelectual (en tanto abordan la producción de conocimientos vinculados a las memorias sociales de la dictadura en el Cono Sur y en Chile), mientras que los Escenarios 1 y 2 hacen más visible la forma de incluir también la dimensión profesional, en tanto la participación de los expertos en los CAPs, como los estudios realizados por las investigadoras feministas que consideraremos, se orientan a la formulación, gestión y reformas de las políticas públicas.

#### **1.4. El aterrizaje epistemológico**

Como hemos advertido que esta investigación se mueve en el terreno de la epistemología aplicada, conviene explicitar su diferencia con las investigaciones epistemológicas más comunes en sociología. A modo de ejemplo, se suele aceptar que el dominio de los fenómenos que estudia la epistemología en nuestra disciplina supone tres niveles de análisis que facilitan la formulación del objeto de estudio: un primer nivel que corresponde al dominio de los hechos y de los procesos sociales que, se reconoce, son interpretaciones de tales hechos y procesos; un segundo nivel donde el/la sociólogo/a, teniendo ya alguna versión aceptada de los hechos históricos, se enfocaría en aquellos que son significativos para su propósito y teorizaría con ellos; finalmente, un tercer nivel, el específicamente epistemológico, en el que las descripciones y teorizaciones del nivel previo se toman como referente empírico -como lo que “está dado”- y sobre la base de este material se analizan los conceptos utilizados, su fundamentación, los supuestos y la estructura de las teoría(s), entre otros (García, 2001).

Un esquema como este resulta bastante clarificador respecto a qué analizar cuando estudiamos epistemológicamente la sociología. No obstante queda pendiente el problema de si este tipo de análisis se hace externamente y cuáles son sus criterios de corrección. En otras palabras, este tipo de investigaciones epistemológicas son más cercanas al positivismo que defiende una versión internalista de la ciencia (Harding, 1998) que asume que el conocimiento se corrige internamente, aunque ubicándose más cerca del constructivismo que avanza, respecto del modelo anterior, al reconocer que los datos y las interpretaciones no son del todo independientes del contexto social. Como veremos, la epistemología con la que nosotros trabajaremos va más allá del construccionismo. Sin embargo, la idea de diferenciar estos tres niveles como campo del análisis epistemológico aplicado a la sociología nos facilita aclarar lo que en este estudio se investigará y lo que no.

Por lo que se refiere al primer nivel, nuestro análisis se concentrará en la dimensión empírica de los cuatro escenarios; vale decir, los discursos de los consejeros de los CAPS sobre el rol que en ellos jugaron los expertos; la experiencia de las investigadoras feministas y los/as funcionario/as de SERNAM respecto del uso de los estudios de género en las políticas públicas; los textos que difundieron algunas de las investigaciones del programa de memorias de la represión política, y el dispositivo metodológico que utilizamos en el estudio sobre transmisión de las memorias

sociales de la dictadura en Chile. Sin embargo, nuestro interés no son tanto los datos empíricos en sí mismos sino cómo en esos escenarios podemos poner en acto la epistemología de los CS.

Esta investigación también se relaciona con el segundo nivel referido al tipo de teorizaciones que se ponen en juego en esos diversos escenarios, pero –de nuevo- más que el contenido de tales interpretaciones, sus conceptos y premisas, nos interesa revisarlos desde la forma en que Haraway sugiere que debe ser entendida la teoría, como teoría “encarnada”. Se trata de avanzar en conocer cómo esa encarnación está comprometida en la práctica de la investigación.

El tercer nivel, el propiamente epistemológico, también está presente, pues el tipo de análisis que se hará sobre la relación sujeto-objeto en los cuatro escenarios que proponemos no es otra cosa que mostrar si los marcos epistémicos que allí se despliegan nos ofrecen la posibilidad de fundamentar un conocimiento social crítico.

De esta forma estamos intentando poner en juego las herramientas teóricas de ciertas epistemologías feministas, no ya para centrarnos en los problemas de las mujeres en la ciencia, sino más bien para mostrar cómo la disputa, la deconstrucción, la crítica y los diferentes aportes que las epistemólogas feministas han hecho a los fundamentos del conocimiento científico - particularmente en la disputa sobre la forma hegemónica de entender la objetividad como saber universal y neutro- puede aportarnos una nueva mirada a los espacios donde el saber científico social tiene que vérselas con el desafío simultáneo de argumentar determinadas formas de comprender la realidad que sean rigurosas, pero también críticas de los saberes dominantes, a la vez que responder a ciertas configuraciones que componen específicas formas de situacionalidad del conocimiento; desde las condiciones institucionales de producción de la investigación, hasta la encarnación de los saberes en las biografías de los y las investigadoras, entre otros.

Los diferentes escenarios tienen la ventaja de permitirnos ver modos de plantear nuevas preguntas para dar cuenta de “la realidad” y cómo co-construir versiones (Mol, 2002) de ella que nos permitan comprenderla, desde posiciones políticas no solo conscientes sino también encarnadas, y sin tener que recurrir a voluntarismos, panfletos o arbitrariedades para las cuales no necesitamos acudir a la práctica científica (Latour B. , 2008). Dicho de otro modo, cómo aportar a una objetividad fuerte que se sabe parcial, pero que no renuncia a la necesidad de abrimos a la sorpresa que nos supone una realidad que no comprendemos de manera transparente y frente a la cual tampoco buscamos ser meros espectadores, sino que nos posicionamos como investigadores críticos. Aplicado especialmente a los escenarios tres y cuatro, ello supone, por ejemplo,

asumirnos investigadores comprometidos con la defensa de los derechos humanos vulnerados durante los regímenes dictatoriales y autoritarios que azotaron el Cono Sur Latinoamericano, y la reivindicación de una memoria que fortalezcan la democracia, la justicia y el pluralismo. También la crítica sustantiva a la implantación de transformaciones a los modelos de desarrollo en la región y el derrocamiento de proyectos políticos progresistas. Del mismo modo, implica nuestra solidaridad con los movimientos sociales que lucharon no solo por la recuperación democrática sino por su mutación a un orden social abierto a las nuevas identidades y sensibilidades políticas de finales del siglo XX y principios del XXI, y todo ello sin renunciar a aquello que nos hizo buscar en las ciencias sociales herramientas de indagación, comprensión, crítica y transformación social; vale decir, sin dar la espalda a la *promesa* a que nos convocaba Mills (1964) en su apelación a la *imaginación sociológica*. Asimismo –con el escenario dos- se trata de mirar las dificultades que tienen –tenemos- las investigadoras cuando para ejercer el oficio de investigadoras -siempre teñido de la militancia feminista- son demandadas por el Estado como colaboradoras “expertas” en género, capaces de aportar a la formulación de políticas públicas en este ámbito.

Para todos estos casos los investigadores/as no operamos solo desde una posición ideológica, sino desde un saber “experto” que debe ser riguroso y a la vez no termina de resolver cómo reconocerse posicionado. En otras palabras, en ambos no son evidentes las formas de fundamentar posiciones críticas que asuman que en los tiempos que corren el voluntarismo no basta.

¿Por qué las epistemologías feministas pueden ser un aporte a este ejercicio? Creemos que porque han asumido la deconstrucción postmoderna, esto es, una posición crítica con las asunciones de la modernidad como un desafío a nuestros saberes clásicos, al tiempo que no han renunciado a la ciencia como una herramienta poderosa para los proyectos de transformación a favor de los grupos más vulnerados. Porque los estudios de género y la teoría feminista, a pesar de las molestias que ocasionan, han sido irrefutablemente productivas en la comprensión de los órdenes que nos constituyen y que constituimos con marcas de género, clase, etnia, sexo, entre otras, y sus consecuentes aportes a la denuncia y la transformación de los diversos anclajes de la dominación. Porque la teoría feminista es un saber riguroso y es parte de las ciencias, pero no olvida su génesis y permanente articulación con los movimientos sociales feministas que la han acompañado. No puede, por tanto, negar la parcialidad; no puede negar que se trata de un saber que se sabe manchado, y al mismo tiempo no puede tampoco renunciar a la objetividad fuerte si



quiere seguir ejerciendo la responsabilidad científico-política. Y eso es lo que aparece hoy como una tarea difícil para los y las investigadores/as que se asumen “comprometidos” con “objetos” más abiertamente políticos –mujeres, indios, pobres, víctimas de la represión política, etcétera– frente a los cuales tenemos una gran dificultad para argumentar la objetividad de nuestros saberes científicos más allá de lo evidentemente “político” de nuestros objetos-sujetos de investigación. No encontramos cómo fundamentar que lo que observamos de la realidad la constituye y nos constituye apasionadamente. No sabemos cómo dar cuenta de nuestras posiciones sin tener que confeccionar una suerte de credencial de militancias que adelanten nuestra escritura, y sabemos que la situacionalidad del conocimiento es más que eso.

Esta tesis busca entonces adentrarse en la aventura de mirar las prácticas de investigación en las que hemos participado, en diálogo con otras que nos resultan pertinentes, acompañadas por una propuesta teórica que nos ofrece esa “promesa” de monstruos (Haraway, 1999): buscar marcas que nos faciliten mirar la responsabilidad que nos cabe como científicas sociales. He ahí la complejidad y novedad de este estudio, y también lo preliminar de sus resultados. No se trata de hacer una investigación epistemológica en el sentido ejemplificado arriba, revisando las investigaciones de los cuatro escenarios citados en sus niveles empírico, teórico y epistemológico, aunque hay elementos de estos tres niveles cruzados, sino que se trata más bien de poner a jugar algunos elementos de un modelo epistemológico distinto de lo aceptado en la epistemología conocida en Chile. Nuestro interés no es evaluar las investigaciones de los *escenarios*, sino servirnos de ellos para empezar a revisar si los postulados de Haraway tienen alguna posibilidad y potencialidad de ser usados en la investigación crítica de las ciencias sociales, más allá del campo de los estudios de género y de los estudios culturales de la ciencia donde Haraway es reconocida.

Si logramos demostrar que no solo sirven sino que además mejoran la capacidad crítica de las investigaciones, será el momento de avanzar hacia una mayor claridad conceptual y práctica sobre cómo pueden funcionar los CS en la investigación empírica crítica.

En tal sentido, esta investigación sigue la pista recomendada por (Bourdieu, Chamboredon, & Passeron, Introducción: Epistemología y Metodología, 1994, pág. 12) respecto de la necesidad de rechazar la disociación del método científico de la práctica de la investigación, para apartarse del discurso sobre el método -que los autores veían crecer a principios de los años setenta- que amenazaba con imponer a los investigadores una “imagen desdoblada del trabajo científico”,

donde o se ensañan con la “impureza original de la empiria” o se presentan como “sumos sacerdotes” del método que el resto de los investigadores deberían seguir. Lo común a ambas posturas es que disocian el método o la teoría respecto de las “operaciones de investigación” o disocian la teoría del método o la teoría de la teoría. La inquietud por el riesgo de esa disociación –que aún sigue vigente- es una de las preguntas que motivaron esta investigación, tal como lo expusimos en la presentación; a saber, las respuestas de la teoría social a los desafíos de la postmodernidad que ofrece Haraway y su vinculación con la práctica de la investigación empírica.

En ese sentido, la relevancia de esta investigación debe entenderse a partir de su aporte a tres áreas: a) la aplicabilidad de las epistemologías feministas más allá de los estudios de género; b) el diálogo entre las investigaciones sociales y las reflexiones sobre el conocimiento proveniente de las ciencias naturales; y c) el desafío de cómo pensar nuevas formas de resolver las inquietudes de los investigadores en Chile interesados por desarrollar una sociología crítica, tras la crisis de los grandes metarrelatos y la discontinuidad de la transmisión intergeneracional de la sociología crítica.

En un primer sentido, esta investigación pretende aportar entonces a la reflexión sobre los recursos epistemológicos del feminismo para las prácticas de la ciencia. Las epistemologías feministas tratan sobre la cuestión de la ciencia, en y desde el feminismo. Desde esa preocupación han ido avanzando desde el empirismo feminista que inicialmente reclamaba ciertas demandas metodológicas para terminar con los sesgos sexistas en la actividad científica, hacia propuestas sobre diversas formas para lograr una “mejor” ciencia, incorporando aspectos ético-políticos. En el centro de sus cuestionamientos, como ocurre también con los estudios sociales de la ciencia (Latour B., 1995; Latour B., 1987; Latour & Woolgar, 1986; Woolgar, 1991) está el carácter neutral, universal y autónomo de la ciencia como maquinaria de producción de saber, pero sin abandonar la búsqueda de una mejor ciencia dado el poder que ella tiene en la producción de la realidad, incluidas sus exclusiones sociales. De ahí la necesidad de que la epistemología provea y prescriba una mejor forma de conocimiento. En esa línea entran, entre otras propuestas, los trabajos de Haraway (1995) y Harding (1998): “¿cómo incrementar la objetividad de la investigación a partir de una indagación tan politizada?; ¿cómo desarrollar una doctrina de la objetividad que reconozca la parcialidad, las diferentes diferencias y dé cuenta de las desiguales distribuciones de poder en que se conforman?, lo que no es otra cosa que preguntarse por ¿cómo generar epistemología feminista?” (García Dauder, 2003, págs. 28-29).

A partir de esta premisa, podemos aludir a múltiples estudios que han establecido diversas clasificaciones sobre las complejas posiciones teóricas que desde los años noventa se observan dentro de las epistemologías feministas, marcadas por una serie de desplazamientos generales epistémico-políticos sobre los estudios sociales de la ciencia (García Dauder, 2003, págs. 30-31). De todos ellos, para nuestros efectos, el que más nos interesa es el rechazo de las epistemologías feministas a los criterios totalizantes, tanto del universalismo como del relativismo. Frente a *la mirada conquistadora desde ninguna parte* de los varones blancos invisibilizados, Donna Haraway (1995) va a defender un proyecto de ciencia feminista que abogue por un modelo de objetividad encarnada y CS.

En segundo lugar, esta investigación pretende aportar a un diálogo más fructífero de las investigaciones sociales con las ciencias naturales y los problemas del conocimiento científico en general, más allá de la particularidad de las ciencias sociales. Se trata de avanzar en un diálogo con las reflexiones epistemológicas que han partido en el campo de las llamadas “ciencias de la vida”. Hay una larga discusión sobre la pertinencia de traer a las ciencias humanas lo que se espera de las “ciencias duras”, y, ciertamente, la epistemología que aquí usaremos ha sido pensada desde el terreno de la ciencia en general, pero concentrada en las ciencias naturales. Las impugnaciones a la ciencia de Haraway, quien proviene, como ya sabemos, de la biología, y se viene ocupando de problemas propios de la filosofía de la ciencia, no excluyen a las ciencias sociales. Algo similar podemos decir de Harding (1998). Ambos casos tienen que ver con que la preocupación de las epistemólogas feministas más abiertas a los desafíos que abre postmodernidad a la ciencia, se ha centrado en reflexionar sobre el fenómeno de la tecnociencia, como una cultura que envuelve y constituye a las sociedades del siglo XXI, donde las tecnologías literarias, sociales y científicas se combinan como recursos de poder que tanto constriñen como posibilitan, y donde la propia concepción de “naturaleza” es de carácter artefactual (Haraway, 1999).

Bourdieu, en su introducción a *El Oficio del Sociólogo*, recuerda que aunque se acepta que el método se diferencia de las técnicas precisamente por su mayor generalidad, lo que lo hace válidos para todas las ciencias, tal supuesto debe arriesgar una revisión de los análisis más clásicos de la epistemología de las ciencias de la naturaleza. Pero para ello los sociólogos deberían primero acordar los principios que son evidentes para los expertos en ciencias de la naturaleza o en la filosofía de las ciencias, de modo de:

...salir de la anarquía conceptual a la que están condenados por su indiferencia ante la reflexión epistemológica. En realidad, el esfuerzo por examinar una ciencia en particular a través de los principios generales proporcionados por el saber epistemológico se justifica y se impone especialmente en el caso de la sociología: en ella todo conduce, en efecto, a ignorar este saber desde el estereotipo humanista de la irreductibilidad de las ciencias humanas hasta las características del reclutamiento y la formación de investigadores, sin olvidar la existencia de un conjunto de metodólogos especializados en la reinterpretación selectiva del saber de las otras ciencias (Bourdieu, Chamboredon, & Passeron, 1994, págs. 13-14).

Por eso nuestra apuesta es que también es necesario que el diálogo con la epistemología general (o más pensada para ciencias de la naturaleza) deba actualizarse en aquello que viene cuestionándose en tales reflexiones, en este caso, desde la epistemología feminista postmoderna. En ese sentido, este estudio intenta avanzar en cómo se puede practicar la vigilancia epistemológica que recomienda Bourdieu, que enfatiza vigilar los presupuestos más básicos que la epistemología internalista no es capaz de reconocer, pues, como el mismo señala “...es necesario someter las operaciones de la práctica sociológica a la polémica de la razón epistemológica, para definir, y si es posible inculcar, una actitud de vigilancia que encuentre en el completo conocimiento del error y de los mecanismos que lo engendran uno de los medios para superarlo” (Bourdieu, Chamboredon, & Passeron, Introducción: Epistemología y Metodología, 1994, pág. 14).

Uno de tales errores pudiera ser la neutralidad inocente o la objetividad débil que critican las epistemólogas feministas (Harding, 2004). La epistemología –a diferencia de la metodología– intenta captar la lógica del error para construir la lógica del descubrimiento de la verdad entendida como polémica contra el error; como un esfuerzo para someter a rectificación metódica y permanente las verdades de la ciencia y sus métodos. Esa polémica de la razón científica necesitaría apoyarse además en un análisis de las condiciones sociales de la producción sociológica y a ello contribuye la sociología del conocimiento como herramienta de “vigilancia epistemológica” que permite precisar el conocimiento del error y de las condiciones que lo posibilitan (Bourdieu, Chamboredon, & Passeron, Introducción: Epistemología y Metodología, 1994, pág. 14). Tras ese presupuesto, este estudio indaga cómo esa vigilancia puede operar desde los aportes de la epistemología feminista, una de las más fructíferas y generosas a la hora de mostrar los “errores” que no solo invalidan el conocimiento, sino que también contribuyen a mantener, cuando no profundizar, las situaciones históricas de dominación.

Finalmente, esperamos contribuir a pensar nuevas formas de resolver las búsquedas de los investigadores en Chile que, interesados por desarrollar una sociología crítica a través de la teoría social y la práctica de la investigación, no encuentran marcos que ofrezcan salidas a la paradoja

de la teoría crítica formulada por (García Selgas F. , 2002). Tal paradoja adopta la forma de un dilema que presupone el reconocimiento de la implosión de una serie de dicotomías que sostenían el pensamiento moderno, y que se desmoronaron en la postmodernidad, no solo en las representaciones sino que en la propia realidad<sup>3</sup>. Como detallaremos en el capítulo siguiente, es la paradoja de encontramos arrastrados por una necesidad de crítica que, aunque se sabe imposible de satisfacer, se vive como algo que no se puede eludir.

### **1.5. Preguntas de investigación y objetivos**

Teniendo en cuenta los antecedentes que hemos expuesto, el problema de investigación de este estudio funciona como una suerte de juego de doble espejo que permite mirar algunos de los elementos de una cierta epistemología -la de los CS de Haraway- por una parte; y, cuatro escenarios de investigación empírica por la otra.

El interés no es evaluar ni el modelo epistemológico ni los programas empíricos, sino más bien investigar qué características tienen, qué implicaciones y qué visiones ofrece cada uno al otro.

La delimitación del problema de investigación como algo posible de resolver en este trabajo nos lleva a elegir una parte del modelo epistemológico. Dado que la propuesta de Haraway cruza un amplio campo de la discusión epistemológica, hemos optado por centrarnos en su defensa de la objetividad como algo no neutral, a través de los Conocimientos Situados, particularmente en lo que se refiere a la relación entre sujeto de investigación y objeto de estudio (S-O) que se plasma en la epistemología de la articulación (García Selgas F. , 2008).

Dicha epistemología será desarrollada en detalle en el capítulo cuatro. Por ahora diremos que ella asume que el conocimiento científico se produce en una relación de articulación entre un sujeto activo y parcial y un objeto también activo, a través de la cual la realidad resulta difractada en vez de reflejada. Para ilustrar cómo opera esta lógica, los dos primeros escenarios que

---

<sup>3</sup> Entre otras, dejan de sostenerse dicotomías como las de hombre-mujer y centro-periferia, impugnadas por los estudios y movimientos sociales ligados al feminismo y el postcolonialismo (Harding, 1998), o como la moderna dicotomía naturaleza-sociedad, vista hoy no solo como obsoleta sino como aquella que permite la diferenciación de esferas y el discurso autónomo e independiente de la ciencia y el análisis de la realidad social, como lo han mostrado la sociología simétrica (Doménech & Tirado, 1998) y los estudios de la ciencia ligados a la Teoría del Actor Red (Latour B., 1999; Latour B., 1987; Latour & Woolgar, 1986).

analizaremos ponen el acento en el sujeto; el primero de ellos negando su parcialidad y el segundo reconociéndola, mientras que el tercero se acerca a una problematización del objeto. Solamente en el cuarto escenario podemos mostrar que el objeto opera como un ente activo, y que la relación entre sujeto y objeto difracta la realidad.

Con eso en mente, el problema de investigación apunta a conocer hasta qué punto la epistemología de los CS, en lo referente a la relación S-O, puede dar razón de ciertos espacios de validación, uso, difusión y producción del conocimiento científico de las ciencias sociales que ponen en evidencia las relaciones entre lo científico y lo político. A partir de esa problematización proponemos una pregunta general de investigación, cuya respuesta constituiría nuestro objetivo general del que se derivan una serie de objetivos específicos. Tal pregunta queda formulada del siguiente modo: *¿Cómo pueden operar los supuestos de los CS relativos a la relación sujeto-objeto, en determinadas prácticas de investigación que evidencian los ensamblajes entre ciencias sociales y política?*

En tal sentido, el objetivo general se propone comprender cómo la epistemología de los CS puede ser condición de posibilidad para argumentar la función crítica de las investigaciones científico-sociales empíricas, que se asumen “críticas” y/o comprometidas políticamente, sin renunciar a una forma de objetividad científica y rigurosa, pero no neutral. Un objetivo así puede descomponerse en una serie de propósitos más específicos que pretenden indagar en cómo se incluye la dimensión crítica en los cuatro escenarios seleccionados; explorar cómo se expresa y construye la objetividad defendida por los CS; revisar cómo opera la lógica de la encarnación/distanciamiento debatida por los CS; analizar cómo funciona la relación sujeto conocedor-objeto conocido propuesta por los CS, y, especialmente, comprender cómo funciona la pretensión de inocencia/responsabilidad del conocimiento discutida por los CS en los tres escenarios seleccionados.

## **PARTE PRIMERA: EL LENTE TEÓRICO-EPISTEMOLÓGICO**

### **2. CAPÍTULO DOS: PARA UNA CRÍTICA DE LAS RELACIONES CIENCIA-SOCIEDAD**

#### **2.1. La insuficiencia de la teoría social para abordar críticamente las relaciones entre ciencia y sociedad**

##### **2.1.1 Los clásicos de la sociología: la implicación con la sociedad de su tiempo**

Como hemos presentado, nuestro problema de investigación se inserta en la discusión más amplia sobre las relaciones entre ciencia y sociedad, especialmente para el caso de la sociología. Como introducción a ese vínculo, partiremos con un breve excursus sobre cómo los autores clásicos de la disciplina lo experimentaron.

Numerosas lecturas de los clásicos de la sociología (Giddens A., 1991; Aron, 2004; Giddens & Turner, 2001; Alexander, 2001; Canales, Avendaño, & Atria, 2012) coinciden en reconocer una ligazón estrecha y mutuamente influyente entre tales autores y la sociedad en la que elaboraron sus teorías. Los conflictos sociales, los debates políticos y las corrientes de pensamiento en boga en la Europa del siglo XIX dieron a Marx, Durkheim y Weber material suficiente para definir categorías sociológicas de notoria influencia en el posterior desarrollo de la disciplina, categorías que los sitúan como hijos de su tiempo a la vez que forjadores del mismo.

Marx, Durkheim y Weber practican unas sociologías orientadas, casi fijadas, por la sociedad histórica y local que vivieron, que ayudaron a construir y que, cómo no, les constituyó. (...) No partieron de una ciencia para observar su objeto local e histórico, sino que construyeron una ciencia capaz de observar –las preguntas o cuestiones de– aquella sociedad y todas las que tuviesen con ellas un parecido estructural (Canales, 2012, pág. 11)

Al recorrer el contexto socio-político de estos autores y revisar las formas en que se involucraron en su debate, se observa que ninguno de ellos se mantuvo neutral, aun cuando las formas en que lo asumen difieren. Como es sabido, Marx es el único que trabaja con idearios políticos específicos y un compromiso, ante todo, con la emancipación de la clase obrera. Solo como correlato de esa implicación es que se reconocen sus aportes a la sociología como disciplina (Avendaño, 2012).

La trayectoria intelectual de Marx incluyó la participación en una serie de debates y polémicas que se dieron en el plano político con los socialistas utópicos, los anarquistas y las distintas corrientes del socialismo al interior de la Primera Internacional, así como en el seno de la izquierda alemana luego de la Guerra Franco-Prusiana. De hecho, fueron varios sus escritos que se hicieron en función de la coyuntura, como ocurrió con algunos acontecimientos de corte revolucionario y las acciones

emprendidas por el movimiento obrero en los más variados países europeos (Avendaño, 2012, pág. 25).

De esta forma, se suele ubicar a Marx como el teórico clásico que, a diferencia de Comte y Durkheim, no estaba preocupado por establecer los fundamentos para el desarrollo de una disciplina científica políticamente desinteresada, sino que orientado a descomponer críticamente los elementos constitutivos de la sociedad capitalista.

En cuanto a Durkheim, su sociología estuvo muy marcada por las transformaciones que vivió Francia a partir de la Tercera República. Su objetivo se orientó a instalar una ciencia de la moral y de las instituciones en una sociedad que experimentaba una prolongada crisis en ambas esferas. Para él, el esfuerzo científico solo tenía sentido si contribuía a la realización de reformas sociales y políticas, evitando los ejercicios metafísicos y la exclusiva búsqueda de méritos académicos (Sidicaro, 2011, pág. 217).

Sin embargo, al menos en Chile, se suele asociar a Durkheim con una sociología políticamente neutral. A pesar de ello, fue un autor comprometido abiertamente con su contexto sociohistórico. Mucho del desconocimiento sobre su rol político en la Francia de la Tercera República y la Primera Guerra Mundial se debe a la interpretación que de él hiciera Parsons. Giddens, en cambio, sostendría en 1972 que Durkheim, lejos de divergir de Marx respecto a la importancia de estudiar el poder y la acción contingente, coincidía con él en su interés prioritario por las cuestiones económicas e institucionales (Alexander, 2001). Contrario también a esa imagen de un Durkheim como el pensador de las estructuras, se destaca su posicionamiento en el *Affaire Dreyfus*, sus estudios sobre el anti-semitismo, y su rol como creador de la *Ligue pour la defense des droits de l'homme et du citoyen*, de la cual fue el primer secretario. Cercano en su juventud al radicalismo, fue más tarde simpatizante socialista sobresaliente, abogó por la abolición del derecho de herencia, y decía abrigar la “firme esperanza en un socialismo francés que recuperara la tradición de que provenía y se convirtiera en salvador de la nación” (Ramos Torre, 2011, pág. 18).

Aún más, en su obra se ocupa también del problema de la actuación de la autoridad al estudiar los procesos en los que el poder constituye lo social convirtiendo lo arbitrario y contingente en autoridad sagrada. Se acerca así a un análisis del poder en “un sentido foucaultiano” (Ramos R. , 2011, pág. 15).



De esta forma, podríamos encontrar en Durkheim importantes guiños para fundamentar lo que en esta investigación tomaremos de la epistemología feminista: el rigor académico y su apelación a la objetividad, no tiene por qué igualarse con la neutralidad. En Durkheim la opción por una politización del trabajo intelectual le obliga a actuar con la mayor rigurosidad posible.

Como Durkheim no desenvolvía su actividad intelectual solo en tranquilas bibliotecas universitarias y ponía notas de politización incluso al tratar objetos de análisis susceptibles de ser mantenidos exclusivamente en el campo de la discusión erudita, esa voluntad de no separarse de su tiempo le exigía mantener un alto rigor conceptual aun cuando hablaba de cuestiones estimadas menos nobles, como eran las políticas (Sidicaro, 2011, pág. 218).

La ciencia era para Durkheim la vía adecuada para generar las discusiones políticas que el momento exigía, en tanto su visión sociológica y política le hacía reclamar contra la tiranía de la opinión a la que signaba como ignorante. Asimismo, Durkheim mantuvo relaciones con los altos dirigentes políticos republicanos o radicales convencidos de la función de los científicos sociales como consejeros de quienes tomaban decisiones públicas (Sidicaro, 2011).

El caso de Weber tampoco es inmune a los problemas de su contexto histórico. Así por ejemplo, buscó comprender la dinámica del proceso de transformación capitalista de la agricultura, algo que ocurría en su propio país; como tampoco guardó silencio frente al “affaire Dreyfus”, mientras seguía con atención los eventos revolucionarios que ocurrían en Rusia en 1905 y en 1917 (Atria, 2012). Como se ha señalado (Aron, 2009, pág. 9), apasionadamente preocupado por lo público durante toda su vida, mantuvo siempre una especie de nostalgia de la política, como si la finalidad última de su pensamiento hubiera sido participar en la acción.

Sus juicios científicos, que se plasman en la defensa teórica al sistema político de liderazgo/plebiscitario con base en una dominación carismática que se apoya en la realidad de los mecanismos burocráticos; se adecuan muy bien a la práctica de la actividad política que Weber desplegó en vida a través de la defensa de un proyecto de sistema parlamentario para Alemania. Actividad política y teórica muestran a un hombre identificado con un ideal liberal no clásico, crítico del derecho natural; pesimista en cuanto a la acción de la burocracia, que quiere contener buscando fórmulas que neutralicen su poder de hacer rígida la sociedad; pero cuyo ideal liberal lo supedita a la aspiración de una nación alemana convertida en una potencia mundial. Weber no escapa al conflicto alemán entre nacionalismo y liberalismo burgués de su clase (Freitas, 2005, pág. 238).

De este modo, si bien se esforzó por hacer una separación clara entre ciencia y política, su inspiración y vinculación con el entorno social y las coyunturas de su época son innegables (Canales, Avendaño, & Atria, 2012; Freitas, 2005; Aron, 2009). Weber habría desdeñado la aparición de juicios de valor en el trabajo científico, pero no habría sido neutral respecto de las investigaciones que realizaba. Al respecto, hay matices sobre la diferencia entre un juicio de valor y el compromiso con determinados valores:

Un sociólogo que metiera en el mismo saco a Washington y a Hitler, a Boulanger y a Charles de Gaulle, a un político interesado únicamente en el poder y a un hombre de estado apasionado por la grandeza de su patria, terminaría por confundirlo todo con el pretexto de no tomar partido. (...) En la narración o la interpretación de los acontecimientos o las obras el historiador no puede dejar de incluir juicios de valor, en la medida en que estos son internos al universo de acción o de pensamiento, constitutivos de la realidad misma (Aron, 2009, págs. 46-47).

Por lo mismo, el legado weberiano a la sociología política se basa en la unidad entre la acción del científico y del político, a contrapelo de lo que el propio Weber defendió para el discurso científico.

Su clara afiliación al orden político capitalista no demerita la monumentalidad de su obra y contribución a la sociología política, aunque sí desmitifica algunas de las tesis defendida por él en el discurso, como la llamada neutralidad axiológica (Freitas, 2005, pág. 239)

Para Weber la ciencia histórica o la ciencia ‘de la cultura’ debía orientarse a comprender cómo los hombres habían vivido, el sentido que habían dado a sus existencias y la jerarquía de valores que los había orientado; mientras que la acción política correspondía al esfuerzo, en circunstancias no elegidas, para promover tales valores, constitutivos de la comunidad y del propio ser (Aron, 2009, pág. 13). Con todo, la cita final de este excuso es una muestra del centro de la tensión que aquí vamos a debatir: la articulación entre ciencia y parcialidad.

No son la subjetividad y la relatividad de la ciencia las que hacen necesaria la elección, sino el carácter parcial de las verdades científicas y la pluralidad de los valores (Aron, 2009, pág. 17).

### **2.1.2. La Teoría Social Contemporánea: Luhmann y Bourdieu como formas de pensar la autonomía científica**

La teoría social contemporánea es diversa. Expondremos cómo Luhmann y Bourdieu conciben las relaciones entre ciencia y sociedad, tanto porque son quienes abordan directamente esas relaciones, como porque corresponden a los autores más influyentes en la investigación sociológica de la última década en Chile<sup>4</sup>, contexto que es parte del trasfondo personal, teórico y político de esta tesis. Siguiendo principalmente a Ramos (2012), mostraremos que ambos son

---

<sup>4</sup> De acuerdo a una investigación empírica sobre las publicaciones sociológicas en Chile durante el período 2000-2004, los grandes teóricos contemporáneos más utilizados por los investigadores son Luhmann (4,2% de las investigaciones), Bourdieu (3,8%), Giddens (2,7%), Habermas (2,5%) y Foucault (1,8%); también figura la teoría feminista (2%) pero como conjunto (Ramos C. , 2005). Particularmente para el caso de Luhmann hay que considerar que en Latinoamérica se reconoce a la Teoría de Sistemas Constructivista como un campo de estudios relativamente nuevo, pero en vías de consolidación (Osorio, 2004). En Chile hay importantes referentes tanto en lo que se refiere a la Cibernética de Segundo Orden vinculada a Francisco Varela y Humberto Maturana en el área de la biología del conocimiento, como a la Teoría de Sistemas Sociales impulsada por diversos exponentes de las ciencias sociales y las humanidades (entre los más reconocidos Marcelo Arnold y Darío Rodríguez) que han logrado conformar una masa crítica en esta línea con la creación del *Magíster en Análisis Sistemico Aplicado a la Sociedad*, fundado en 1997, y que a la fecha goza de un muy buen nivel de reconocimiento académico, difusión (Ej. Revista MAD) y conexiones con el resto de la región.

útiles para comprender y promover a la ciencia como ámbito autónomo, pero insuficientes para nuestro interés en sus interdependencias con lo sociopolítico.

Para Luhmann (1996) la ciencia es un subsistema de la sociedad equivalente a otros sistemas funcionales diferenciados de ella. En tanto el sistema es independiente, se configura y reproduce en su autopoiesis y fundamenta su unidad en un código propio (Luhmann N. , 1998) que, en este caso, es la distinción verdad/no verdad. De esta manera la ciencia no posee un acceso privilegiado a la sociedad, solo construye una observación diferente. Como sistema, opera recursivamente aplicando sus operaciones al producto de las operaciones previas, siendo su unidad y operación epistemológica básica la comunicación científica (Luhmann N. , 1996). Pero, por otro lado, “los científicos no son (...) un elemento del sistema de la ciencia, ni son su ‘sujeto epistemológico’, sino que, en cuanto sistemas psíquicos, son elementos del entorno que se encuentran acoplados al sistema” (Ramos Zincke, 2012, pág. 33).

Desde este enfoque las comunicaciones de los científicos sobre sus investigaciones son observaciones de primer orden. La ciencia corresponde a la observación de segundo orden mediada por las publicaciones que aseguran, mediante la aplicación del código, que las nuevas comunicaciones se suman a las ya acumuladas. Así, la autopoiesis del sistema no requiere más que de la continuidad de las comunicaciones sobre la verdad/falsedad de las comunicaciones previas. Con ello, Luhmann se distancia tanto del positivismo como de las perspectivas que apelan al consenso entre los científicos, en sus formas de entender la correspondencia entre conocimiento científico y “realidad”. A su vez, el entramado recursivo de las comunicaciones va desarrollando el límite que define lo que el sistema observa, cerrándose así frente al entorno; de esta forma el sistema se clausura, ya que para modificar sus estados propios solo acepta operaciones propias. La autopoiesis incluye la autodescripción y autoreflexión del sistema como formas de regulación de la autoproducción, y es en ese sentido que se podría entender la sociología de la ciencia como una observación de los observadores para mejorar la reflexividad de la ciencia (Ramos, 2012).

La crítica de Ramos a Luhmann nos permite argumentar que su propuesta resulta insuficiente para responder al problema de investigación que nos ocupa. En un primer sentido, dado su concepto de clausura, las cuestiones normativas o los intereses sociales no tienen lugar en la ciencia concebida como sistema. No orientan su actividad y aunque Luhmann reconoce que podrían ser tematizados internamente y que la ciencia puede autopurificarse usando el código que

le es propio, no queda claro cómo opera tal purificación. Con relación al código, también es posible objetar que la noción de verdad no es unívoca y aun cuando Luhmann sabe de su evolución histórica, pareciera asumirla de manera fija y homogénea en la ciencia moderna como medio de comunicación simbólicamente generalizado; así, el problema sería a lo sumo analizar cómo se aplica un código homogéneo, pero no el sentido del código (Ramos, 2012). Como veremos más adelante, esta discusión es clave para nuestros intereses centrados en la distinción objetividad/parcialidad como criterio de validez científica.

Desde la perspectiva que nos orienta (Haraway, 2004) ni las metáforas ni las lógicas que sostienen los entramados teóricos son neutras. Es posible que la propuesta de Luhmann permita entender a la ciencia como un sistema autónomo y cerrado sobre sí mismo; no obstante, con ella se renuevan viejas metáforas –como la pureza- y lógicas –como la abstracción universalista- que nos alejan de nuestra preocupación sobre las formas en que la ciencia y las relaciones sociopolíticas se conectan de manera situada y subterránea, y en cómo anhelamos que se conecten de otro modo (Harding, 2008). En otras palabras, nuestro tema son las interferencias o las “perturbaciones” como algo endémico, aun cuando sea de manera contingente. En cambio, en esta perspectiva, las interferencias externas vienen a ser “irritaciones” cuyo efecto en el sistema solo es posible si llegan a procesarse a través de las operaciones comunicativas que le son propias. Interpretar de ese modo las interferencias de la economía o de la política en la ciencia supondría un nivel tal de irritación que lo vuelve una “comezón generalizada, permanente, congénita, crónica, ineludible, necesaria, y al fin de cuentas constitutiva” (Ramos Zincke, 2012, pág. 204), con lo cual decir que están “fuera” no resulta muy convincente<sup>5</sup>.

Junto con ello hay silencios sobre temas relevantes para entender el vínculo entre ciencias sociales y sociedad. Para Luhmann es a través de la investigación que la ciencia se preocupa de actualizar verdades y no verdades para estructurar el dominio de posibles proposiciones basándose en programas de decisión que incluyen a la teoría y al método. No obstante, su análisis prácticamente no se detiene en el método en cualquiera de sus fases. Tal ausencia afecta a los seguidores de esta perspectiva a la hora de hacer investigación sistémica, sea porque asumen los

---

<sup>5</sup> La propuesta de Ramos para comprender las relaciones entre ciencia y sociedad combinan el modelo que ofrece Latour con los enfoques de la performatividad de la ciencia, más la tesis de Foucault sobre la gubernamentalidad desde la cual argumenta que “las formas económicas y políticas modernas están embebidas de conocimientos científicos y que la ciencia social ha nacido y se ha desarrollado en esta relación simbiótica” (Ramos Zincke, 2012, pág. 205).

métodos tradicionales sin cuestionarlos o porque las facetas metodológicas de sus trabajos resultan una incógnita<sup>6</sup>. Tampoco se atiende al rol que cumplen los instrumentos en la investigación científica a pesar de la relevancia que tienen las tecnologías en la producción de conocimiento científico. A su vez, pese a su trayectoria en el análisis organizacional, no aborda tal dimensión de la ciencia aun cuando ella ofrece un amplio espacio para analizar restricciones y posibilidades políticas de diverso orden; las organizaciones, para Luhmann, solo pueden ser tematizadas como parte de los problemas del entorno que merecen atención cuando generan perturbaciones que provoquen el interés interno de la ciencia (Ramos, 2012).

En otro sentido, hay que considerar que para Luhmann la principal forma de conexión de la ciencia con su entorno se basa en el supuesto de que para construir sus conocimientos el sistema-ciencia “descansa en el mecanismo simbiótico de la percepción, que opera a través de los sistemas de conciencia de los científicos, acoplados estructuralmente al sistema de las comunicaciones” (Ramos Zincke, 2012, pág. 45). Con relación a las conexiones hacia el entorno, la ciencia prestaría un servicio a otros sistemas –ej. el político, el económico- pero tales servicios operan en sus respectivos sistemas y por lo tanto su uso solo se regula dentro de ellos. Los científicos solo deben practicar la ciencia y dejar a los expertos de otros sistemas las decisiones de sus respectivos ámbitos. De ser así, nos mantenemos en una concepción moderna de la ciencia que, por una parte, asume que el conocimiento se produce solo en un nivel cognitivo –en los sistemas de percepción de la conciencia- y por tanto desencarnado (García Selgas, 2008); mientras que por la otra, renuncia a evaluar su responsabilidad sobre el uso de los conocimientos que produce (Haraway, 2004) siendo miope con relación a cómo la producción de conocimientos se ensambla en redes que atraviesan y redefinen los límites de cada sistema (Latour B. , 2008).

En definitiva, en la evaluación de Ramos a la que adherimos, el mérito de este modelo es cómo entiende la dinámica cognitiva interna de la ciencia y su proceso de autonomización y

---

<sup>6</sup>Con todo, en Latinoamérica y particularmente en Chile se ha venido intentando consolidar la llamada epistemología constructivista vinculada a la propuesta luhmanniana. Los exponentes de esta corriente, preocupados por el amplio uso del concepto constructivismo en la región, pero la aún débil difusión de la teoría de sistemas constructivista aplicada al ámbito de las ciencias sociales –o Teoría de la Sociopoiesis - comparada con las teorías sociales más tradicionales han impulsado la reflexión colectiva sobre la investigación en habla española orientada por el constructivismo que muestre al menos quiénes están investigando desde esta perspectiva, desde dónde lo hacen, “qué metodologías se derivan del constructivismo” y cuáles han sido sus ámbitos de aplicación (Osorio, 2004, pág. 5). De manera particular nos importan aquellas reflexiones que se preguntan por las derivas metodológicas que supone esta teoría y la epistemología constructivista en la que se sostienen en tanto podría ser un punto de futuro diálogo con lo que defenderemos en esta tesis.

diferenciación; plausible para comprender la red de publicaciones científicas como red comunicativa autopoiética. Mientras que su debilidad más importante es todo lo que deja como entorno que opera casi como un *ceteris paribus*. Asimismo, si la relación entre ciencia y sociedad es interpretada a través de la noción de acoplamiento estructural entre sistemas sociales autopoiéticos funcionalmente diferenciados, el carácter autopoiético “estanco” de los sistemas sociales no permite mayor interpelación (Ramos Zincke, 2012, pág. 205)<sup>7</sup>.

En un sentido muy distinto, aunque compartiendo ya no la confianza, pero si la expectativa de una ciencia autónoma Bourdieu ofrece conceptos que mejoran la comprensión luhmanniana de la ciencia, pero permanece en una línea de la que nosotros nos apartamos.

Análogamente a como Luhmann equipara el sistema científico con otros sistemas, Bourdieu entiende a la ciencia como un tipo de campo equivalente a otros. El campo científico viene a ser uno de producción simbólica cuyos productos son las verdades científicas. En tanto campo social incluye relaciones de fuerza, monopolios, luchas, estrategias, intereses y beneficios que le permiten cuestionar las interpretaciones idealistas sobre la comunidad científica (Bourdieu, 1999). Las luchas de poder en el campo son las que lo configuran tras la disputa por el *capital científico*, tipo de capital simbólico que circula fundamentalmente al interior del campo. A su vez, la estructura del campo –las relaciones de fuerza entre los científicos- está determinada por la estructura de la distribución del capital que varía entre científicos e instituciones. Esto deriva en que existan posiciones dominantes y subordinadas con diversas estrategias que incluyen desde sus opciones teóricas hasta los espacios de publicación, por citar algunos. Por otra parte, la estructura de un campo depende de la historia de disputas previas, mientras que la selección de

---

<sup>7</sup> Mascareño (2010), aventajado discípulo chileno de Luhmann, señala que el carácter concéntrico de la diferenciación funcional en Latinoamérica ha estado marcado por la influencia e imposición del sistema político sobre los demás. Si ello fuera así, reclama Ramos, en la región no operaría el carácter autopoiético de los sistemas sociales y si a eso se suma que la teoría de Luhmann supone una sociedad única y mundial, se debería desprender que se “refuta” el “cierre autopoiético de los sistemas sociales diferenciados en la modernidad” (Ramos Zincke, 2012, pág. 206). Hay pruebas suficientes para describir cómo los sistemas económico, político o legal de los países centrales también han sido infiltrados por otros sistemas o fuerzas de distinto orden. Mascareño y Chernilo identifican, como uno de los obstáculos epistemológicos que afecta a la sociología latinoamericana, el que la generación del conocimiento sociológico no se vea como un fin en sí mismo, sino un medio para justificar su utilización como instrumento de la modelación política de las sociedades de la región. Ambos autores representarían la pretensión de una ciencia que puede y debe ser pura y autónoma (Mascareño y Chernilo 2009, citado por Ramos Zincke, 2012, pág. 268) concordantemente con la visión luhmanniana sobre la ciencia cuyo pleno desarrollo supone la generación de conocimientos universales que han debido enfrentar obstáculos epistemológicos como el señalado. Para Ramos esto es una visión altamente idealizada de la ciencia. Para nosotros, ni siquiera se trata de una visión idealizada porque no compartimos que la pureza sea un ideal.

un nuevo integrante está condicionada por su trayectoria biográfica, particularmente su disponibilidad de otros tipos de capital (Bourdieu, 2003).

Uno de los temas que podría dialogar con nuestros intereses es que la lucha más importante del campo científico es aquella por mantener o cambiar “las reglas que definen la forma legítima de jugar el juego científico” (Ramos Zincke, 2012, pág. 51), pues, de ser así y más allá de que lo permanente fuera el interés por producir conocimientos validados y obtener por ello reconocimiento (capital científico), la forma en que se viene reinterpretando la ciencia, incluida la forma de comprender la objetividad y sus vínculos sociales y políticos, sería parte de las disputas por cambiar el juego.

Sin embargo, si bien interpretar a la ciencia como un campo de disputas resulta verosímil, nuestra distancia con Bourdieu es su manera de seguir apegado al ideal de autonomía que es el núcleo de la crítica y reapropiación feminista de la ciencia. Para Bourdieu aun cuando se trata de una autonomía relativa dadas las presiones externas y las tensiones internas del campo, debiera ser una conquista permanente<sup>8</sup>.

Por otra parte, si bien reconoce que los límites del campo científico siempre están en juego en tanto terminan allí donde cesan sus efectos; ello nos vuelve a dejar concentrados en un análisis de la ciencia más preocupado por cómo se cierra que por cómo se abre e interconecta con lo modernamente considerado como “no científico”. De ahí que sin rechazar sus tesis se hace patente su escasa utilidad para nuestros propósitos.

Otro eje de su propuesta que podría haber sido un recurso para nuestros intereses es su conocido concepto de *habitus* y su relación con el campo. La ventaja de Bourdieu es que reconoce la relevancia de los individuos y no solo de las comunicaciones. Ellos son considerados como portadores de diversos tipos de capital y de particulares disposiciones internalizadas como *habitus*. Tal concepto, suerte de historia subjetivizada consistente en esquemas durables y transportables de percepción, apreciación y acción, que opera como un sentido corporeizado no muy consciente sobre el mundo y nuestro lugar en él, se aplica en diferentes campos (Bourdieu, 2007). De ser así, las tecnologías semiótico-materiales del género podrían ser concebidas como parte del *habitus* científico y no científico, y así Bourdieu podría haber sido parte de los recursos

---

<sup>8</sup> En tal sentido, Bourdieu es crítico tanto del Programa Fuerte (Bloor, 1976; Barnes, 1977) como del modelo sociocultural (Pickering, 1992; Knorr Cetina, 2005) y de Latour (1995).

de esta tesis. Sin embargo, para él los científicos con el poder que les provee el capital que poseen y su posición en el campo son a su vez fuentes del campo, al tiempo que están guiados por el habitus científico producto de su socialización en el campo científico. De aquí que termine llevando a que “el sujeto de la ciencia es el campo” (Mialet, 2003 citado por Ramos Zincke, 2012, pág. 52). Puede que ello opere así, pero solo en la medida que silenciemos las diferentes posiciones de sujeto históricas, culturales, políticas y sociales que ayudan a configurar ese campo y que son configuradas por éste. Nuestro interés está precisamente en esas mediaciones.

Por otra parte, para Bourdieu la construcción del objeto científico opera a través del habitus científico que los investigadores internalizan en el campo y no fuera de él; pese a que reconoce que ellos reciben influencias “externas” a través del habitus no-científico asociado a su origen y trayectoria. Nuestra distancia con esta concepción es que no resulta plausible seguir pensando en un habitus científico como algo completamente diferente del no científico, como algo a lo sumo influido por elementos externos al campo. Como defenderemos no se trata solo de influencias sociales hacia la ciencia sino más bien de imbricaciones constitutivas entre ciencia y sociedad. Por lo tanto, pese a lo útil que han resultado los conceptos aportados por Bourdieu para hacer sociología de la ciencia, nos resultan insuficientes para los intereses que aquí nos guían.

A su vez, nos distanciamos de su apelación a la racionalidad como ideal<sup>9</sup> regulatorio. Para Bourdieu la producción de conocimientos debe responder a criterios teórico-metodológicos racionalmente defendibles. Ello es problemático precisamente porque hay poderes institucionales en el propio campo, por la presencia del habitus no científico y de otros elementos tácitos del habitus científico que el propio Bourdieu reconoce. Con todo, se trataría de un ideal iluminista como él también confiesa. Como salida, al menos en las ciencias sociales, Bourdieu propone la vigilancia epistemológica para tratar de objetivar al sujeto que objetiva, a la vez que apela a una sociología de la sociología sostenida lo más colectivamente posible. Frente a ello, defenderemos

---

<sup>9</sup> Para las epistemologías feministas la apelación a la razón ya no resulta defendible inmediatamente. Requiere ser argumentada pues está bajo sospecha. Siendo “el hombre” el objeto y sujeto de análisis, aquellos conocimientos que comprenden las humanidades y ciencias sociales difícilmente son capaces de reconocerse a sí mismos y restringir sus bases en términos “de perspectiva”: “Si el sujeto del conocimiento es un ‘punto ciego’ en la producción y valoración del conocimiento, todo el conocimiento está necesariamente contaminado por un componente irreductiblemente irracional en su núcleo”. No se trata, por lo tanto, de una enmienda en el marco de la razón, sino de un intento por desentenderse de los determinantes tradicionales del conocimiento científico, no pudiendo estos aspectos de la hegemonía de la razón ser meramente subsanados por un ejercicio reflexivo, sino únicamente por un desplazamiento hacia los elementos corporales en la práctica del conocimiento. Aquellos intentos de recomponer o parchar las aspiraciones universalistas de la razón, ya sea mediante la reinterpretación de las mismas o la inclusión de sujetos supuestamente ‘olvidados’ en el conocimiento, resultan a lo menos poco confiables (Grosz, 1993, pág. 192).



como recurso epistémico-político la reflexividad fuerte de epistemólogas feministas como Harding (2008)<sup>10</sup>.

Con todo, un punto de diálogo con nuestra propuesta que dejamos abierto para futuros trabajos es la forma en que Bourdieu defiende la vocación crítica de la sociología. Para él se hace difícil enfrentar las presiones externas al campo de las ciencias sociales y mantener su autonomía en tanto el objeto científico refiere a una “realidad social” que también es una construcción resultado de luchas previas en las cuales las ciencias sociales han participado. Así, inevitablemente “la sociología es parte de las luchas que describe” (Bourdieu, 2001, pág. 172 citado en Ramos Zincke, 2012, pág. 57). El sentido crítico se desprende de la defensa de Bourdieu sobre lo que debiera ser el principal aporte de la sociología a la sociedad: iluminar las formas de dominación y reproducción de la desigualdad. Sin embargo, tal vocación crítica nos evoca la idea de vanguardias intelectuales modernas que cuentan con el privilegio epistemológico y político de develar lo que otros no ven (Latour B. , 2008). De manera contraria, nos parece más desafiante modificar la forma de concebir las metáforas visuales que han atravesado la lógica de la representación en lo que –en adelante- veremos resituado en la figura de la difracción y la articulación que se proponen desde ciertas epistemologías feministas (García Selgas, 2008).

Para cerrar este tema, podemos sumarnos a la comparación de Ramos sobre Luhmann y Bourdieu desde nuestra preocupación por cómo se concibe la dimensión transformadora de la ciencia

---

<sup>10</sup> La reflexividad, concepto polifónico referido por varios autores, es definida desde un trasfondo común: la necesidad de volver la atención a lo relacional, pasando por una especie de bucle que complejiza las relaciones sociales antes definidas en forma lineal. A modo general, alude a las cavilaciones sobre la noción de sujeto no solo como aquél que reflexiona, sino como aquél que vuelve sobre sí mismo de manera crítica. Algunos de los más representativos exponentes de la sociología contemporánea se han ocupado de la reflexividad en forma extensa. Anthony Giddens la ha relacionado con los conceptos de la sociedad del riesgo y el desarrollo del yo, puntos claves de su definición de la modernidad tardía, en la cual los pensamientos de los individuos interactúan reflexivamente sobre un contexto social de cambio permanente. Niklas Luhmann, por su parte, sitúa la reflexividad como núcleo de su teoría del sistema social, considerando la observación del actor el fundamento de la complejidad social. En Pierre Bourdieu, “la reflexividad está presente tanto en la teoría como en su propia práctica intelectual, desde sus estudios en la pequeña aldea de los Pirineos donde creció, hasta la investigación de su propio mundo universitario, la sociología representa para él un auto-análisis, como una reflexión de la realidad socio-histórica y la posibilidad de la interrelación entre ciencia y sociedad” (Mejía, 2003, pág. 3). La reflexividad viene a ser parte de las discusiones sobre la objetividad como principio básico sobre el que descansa el discurso filosófico moderno y su correlato epistemológico, el cual entiende que el conocimiento científico supone una relación donde el sujeto que conoce busca aprehender la realidad con independencia de su subjetividad. En ese sentido, vemos que se trata de un giro importante respecto de las clásicas nociones de objetividad que incluso hoy habitan el campo de la ciencia, en el que a muchos “lo que antes se consideraba como 'objetivo' sin cuestionamiento, ahora nos parece construido y, visto desde otra posición, construible de manera diferente” (Breuer, 2004, pág. 5). Más adelante presentaremos nuestra forma de asumir la reflexividad desde las epistemologías feministas como reflexividad fuerte (Harding, 2008; Haraway, 2004).

social. En Luhmann, ello solo aparece en un nivel muy abstracto en la medida que las autodescripciones sociológicas de la sociedad son parte de su autopoiesis. Para Bourdieu, la ciencia social tiene la potencialidad de generar conciencia crítica e impulsar movilizaciones colectivas que puedan cambiar el orden. Sin embargo, para ambos la ciencia sigue siendo concebida como productora de conocimientos verdaderos dentro del régimen propio que ella genera en las diversas disciplinas o campos y su capacidad crítica o se diluye o se convierte en un imperativo moral externo a esa producción de verdades.

## **2.2. De la Sociología de la Ciencia a la Teoría del Actor Red**

Históricamente la ciencia era objeto de estudio prioritario de la filosofía –particularmente de la epistemología– más que de las ciencias sociales. En ese contexto, y para lo que aquí nos importa, hay que recordar que para el positivismo lógico el científico era el encargado de aplicar el método para asegurar un conocimiento científico objetivo y universal (Jiménez, 1997).

Sin embargo, en los años treinta comienzan las primeras revisiones de tales supuestos al entender a la ciencia como una actividad socialmente influida. A partir de los trabajos de (Fleck, 1986), que antecede el giro kuhniano, se argumentará que la mayor parte de los contenidos científicos estaban condicionados histórico-conceptual, psicológica y sociológicamente, y se negará el carácter individual del conocimiento científico al situarlo como una actividad social ubicada dentro de la comunidad científica. Asimismo, hubo otros que también adelantaron los aportes de Kuhn, abriendo el espacio a la sociología y la psicología social de la ciencia, entre ellos, Schutz, Elías y Mills (Valero, 2004).

Como es sabido, en la sociología, Robert Merton (1973) es el primer antecedente del estudio de la ciencia en tanto institución, inaugurando la llamada Escuela Mertoniana o de Columbia, que fue paradigma de la sociología de la ciencia hasta los años 70', y que se concentra en las prácticas científicas interesándose por los usos, costumbres, organización, carreras, ambiciones, etc. de los científicos, y no por los contenidos o resultados de las investigaciones considerados racionales, los que debían ser tratados por la lógica y la filosofía (Valero, 2004). Nuestra distancia con esta perspectiva está en que para la escuela mertoniana la ciencia permanece como un sistema social autónomo, y por lo tanto, inmune a influencias que no respondan al *ethos* científico (Merton, 1973).

Se suele contraponer a la escuela anterior el llamado “Programa Fuerte” o “Escuela de Edimburgo” (Barnes, 1977; Bloor, 1976; entre otros), del cual también nos apartamos pues a pesar de sus importantes aportes sobre la influencia social y política en la práctica científica (Iranzo & Blanco, 1999), hace depender excesivamente los conocimientos científicos de tales influencias, en una asimetría que deja al objeto de estudio, particularmente lo no humano, como un campo pasivo y únicamente socialmente construido (Latour B. , 1991/1998).

Especialmente a partir de los años 70’, han surgido nuevas corrientes dentro de la sociología de la ciencia<sup>11</sup>, tanto perspectivas posmertonianas (ej. Valero, 2004); posturas más o menos cercanas al “Programa Fuerte” (ej. Martín, 2003; Torres Alberó, 1994) y otras mucho más irreverentes como los llamados *nuevos estudios sociales de la ciencia* (ej. Biagioli, 1999; Jasanoff, Markle, Petersen, & Pinch, 1995; Hackett, Amsterdamska, Lynch, & Wajcman, 2008 citados por Ramos Zincke, 2012) que incluyen a Latour, Woolgar, Callon, Mulkay, entre los más importantes (Latour & Woolgar 1995; Woolgar, 1991; Callon & Latour, 1990 y Mulkay 1993). En la misma década y la siguiente se confrontan posiciones que ven a la ciencia como conocimiento y como práctica (ej. Pickering, 1992). Entre tales perspectivas Latour es nuestro interlocutor más cercano, en tanto ha aportado con estudios sobre cómo opera la “ciencia en acción” como un proceso de mutuas influencias entre ciencia y sociedad<sup>12</sup> y, además, ha problematizado esta relación específicamente para las ciencias sociales (Latour B. , 2008).

---

<sup>11</sup> Si se trata de sistematizar el debate desde una preocupación por cómo dar cuenta de los entrelazamientos involucrados en el proceso de producción de los conocimientos científicos, se reconocen cuatro grandes modelos en disputa: Bourdieu y los campos científicos; el sociocultural expresado por Shapin, Knorr-Cetina, Pickering, Lynch y Traweek; los estudios sociales de la ciencia y la tecnología con Latour, Callon y Law como los principales representantes, y el modelo sistémico de Luhmann, este último –a diferencia de los anteriores- hasta ahora sin repercusiones en la investigación empírica (Ramos Zincke, 2012). Callon (1995 citado por Ramos Zincke, 2012) identifica cuatro modelos, excluyendo al luhmanniano, pero agregando el que entiende a la ciencia como conocimiento racional desde la perspectiva mertoniana-popperiana. Para nosotros, más bien hay seis: los cuatro que reconoce Ramos, el que agrega Callon en tanto hay que reconocer las posiciones herederas de la perspectiva mertoniana, más los estudios feministas de la ciencia.

<sup>12</sup> Latour es crítico tanto de la filosofía de la ciencia convencional como de ciertas tendencias post-positivistas en los estudios de la ciencia, sea el Programa Fuerte u otras perspectivas construccionistas dentro de la sociología del conocimiento científico, en tanto parecen dar poco crédito a la naturaleza para la legitimidad de las afirmaciones científicas. Se distancia del argumento sobre la construcción social de la naturaleza porque termina dejando a la naturaleza fuera del dominio de lo social y lo político, centrándose únicamente en cómo los humanos interpretan o representan este 'afuera' de la ciencia (Latour B. , 2004, págs. 32-42). Esta crítica es coherente también con la que nosotros seguimos, en tanto la naturaleza debe tener un papel más importante en la producción del conocimiento científico del que los construccionistas sociales parecen estar dispuestos a reconocer (Haraway, 1995). Para Latour los constructivistas sociales apoyan un mero multiculturalismo que establece un marco conceptual relativista de mundos inconmensurables en los que las diferentes culturas simplemente tienen diferentes creencias sobre la naturaleza y las relaciones sociales. El multiculturalismo se basaría entonces en el compromiso con un orden natural

La relevancia de las historias, sociologías, etnografías y textual studies que componen el campo de los nuevos estudios sociales de la ciencia está en que no solo han abordado los hitos en la historia de las ciencias occidentales, sino también las relaciones entre la búsqueda del conocimiento y los proyectos sociales, culturales, económicos, políticos, e incluso psíquicos de una era (Harding, 2008).

Sin embargo, si bien tales estudios han avanzado en desacralizar a la ciencia como institución absolutamente autónoma, no son suficientes si nos interesa fortalecer y repensar la capacidad de la ciencia para construir un conocimiento riguroso y crítico. Así, se les ha rebatido que muchos de sus autores (ej. Latour) son indiferentes al problema de la verdad o falsedad de la ciencia (Valero, 2004) aunque es una crítica discutible<sup>13</sup>. Para nuestros fines, nos basaremos en la crítica de epistemólogas feministas que defienden la noción de “objetividad fuerte” (Harding, 1998) – que más adelante desarrollamos en extenso- como recurso capaz de visibilizar nuestros supuestos ontológicos más básicos –ej. el androcentrismo– asociados a la relación mutuamente constitutiva entre determinadas formaciones sociohistóricas y el desarrollo científico; a la vez que capaz de aliarse con proyectos políticos democratizadores que han empujado movimientos sociales como el feminismo, el ecologismo o el postcolonialismo (Harding, 2008).

Los estudios de laboratorio de Latour y Woolgar son ya ampliamente conocidos (Latour B., 1995, 1988; Latour & Woolgar, 1986; Woolgar, 1991) en sus análisis de las prácticas científicas y las redes sociales a través de las cuales se produce el conocimiento científico. Más que repetir sus hallazgos en este campo, aquí nos interesa comentar la lógica teórica que ha seguido la ANT que parte de los estudios de la ciencia, pero que se postula como una nueva teoría sobre lo social.

---

configurado “a priori, sin ningún componente social o político, lo que hace imposible un juicio sobre qué creencias son mejores y cuál es el mejor mundo posible para vivir e impidiendo la posibilidad de un mundo común (Latour, 2004 citado por Harding, 2008, pág. 31).

<sup>13</sup> Latour se opone a las estrechas y distorsionadas prácticas de la modernidad, a la ilusión e ideal de modernidad y por ende podría ser considerado posmoderno. Sin embargo, él mismo estima que los análisis posmodernos simplemente se han rendido y disfrutado de la confusión del momento, sin intentar mejorar las ciencias que tenemos o sus ontologías defectuosas. Debiéramos pensar, según propone Latour, en términos de lo no-moderno o lo a-moderno. Una ciencia más competente como el trabajo político de construir relaciones sociales democráticas requieren de la unión de dos aspectos del mundo que la modernidad ha mantenido separados: la mitad de nuestra política se construye sobre la ciencia y la tecnología, mientras que la otra mitad de la naturaleza se construye en las sociedades; su propuesta es unir ambas de manera que la tarea política pueda reiniciarse desde un nuevo punto de partida. Para Latour es en el campo emergente de los estudios de la ciencia que se han desarrollado los recursos para comprometerse en tal empresa, en la medida que dichos estudios brindan supuestos científicos sistemáticos y métodos para la descripción y explicación de los híbridos y redes que constituyen la realidad (Harding, 2008).

En tal sentido, la propuesta de Latour a través de la ANT (Latour B., 1999, 2008) es fructífera para entender los ensamblajes entre ciencia y sociedad, toda vez que se ocupa de las redes de construcción de los hechos científicos como encadenamientos fluctuantes que sobrepasan los límites de lo que se ha definido como espacio científico; por lo tanto, son redes que no pueden definirse “a priori”. De este modo, se logra una teoría que analiza lo que las otras solo han rozado: la constitución del conocimiento científico que se produce (Ramos Zincke, 2012).

Se trata de una teorización que busca reconstruir el proceso de producción del conocimiento sin subordinarlo a los elementos sociales como hacía el Programa Fuerte, argumentando a su favor que lo hace desde la investigación empírica. Desde nuestra perspectiva, efectivamente hay una vasta acumulación de investigación empírica sustentada en este enfoque. Sin embargo, también es un modelo insuficiente para nuestros propósitos en tanto si bien es muy relevante la investigación empírica para sustentar una teoría, ella no es el único ni el último juez de su validez y capacidad heurística; ella no se hace desde ningún lugar ni desde ninguna posición ni sus resultados son inocentes, por el contrario, tiene orígenes, intermediaciones y consecuencias vinculadas a las relaciones sociales y políticas. Buscar formas de pensar esas relaciones de manera crítica es a lo que apunta nuestro trabajo. La ANT, en cambio, no parece muy interesada en tales (im)posibilidades críticas de su propuesta.

Latour presenta un proyecto ambicioso que va más allá de los estudios de la ciencia, aunque parte de ellos, para proponer una teoría social –la ANT– y una provocadora relectura y defensa de lo que debiera ser el objeto y método de la sociología como disciplina: centrarse en las “asociaciones”. En vez de dividir el dominio de lo social en partes de algo ya predefinido, habría que volver a preguntarse qué lo compone, para lo cual aborda diversas “controversias” sobre la naturaleza de los grupos, de las acciones, de los objetos, de los hechos y de los tipos de estudio que se hacen en las ciencias sociales (Latour, 2004).

Tras esa pista argumentará que se debe dejar que los actores –y no el analista– expliquen cómo lograron establecerse en los mundos que ellos mismos despliegan. De ahí que, al menos en principio, esta propuesta podría ser coherente con una preocupación que ha sido parte central de las apuestas más críticas del enfoque interpretativo en sociología y/o las defensas de una ciencias sociales basadas en metodologías –especialmente cualitativas críticas– capaces de escuchar al actor y *devolverle la voz* silenciada por las homogenizaciones estadísticas (Denzin & Lincoln, 2005). Sin embargo, la cuestión no es reproducir la perspectiva de los actores, sino más bien del

trabajo de “rastrear relaciones *entre* las controversias mismas en vez de tratar de decidir cómo resolver cualquier controversia dada” (Latour B. , 2008, pág. 42). Ello no implica abandonar la búsqueda de un orden, sino que para recuperar algún sentido del mismo hay que hacer ese trabajo de rastreo. No hay por lo tanto un abandono del trabajo de investigación social, sino un llamado a repensarlo.

Para nosotros lo importante es que se trata de un tipo de investigación y conceptualización que comulga bastante bien con los llamados embates postmodernos en términos de asumir que las relaciones no están predefinidas, la realidad puede ser ontológicamente aceptada como fluida y ello no supone negar las objetivaciones sino dar cuenta también de cómo ellas son instalaciones contingentes que deben sortear flujos inestables, a la vez que reconocer que en cada condensación hay solidificaciones más débiles y otra más tozudas (García Selgas F. , 2007). Así entendemos que la apuesta de Latour permite rastrear relaciones más robustas a la vez que descubrir “patrones más rebeldes” buscando formas de registro de los vínculos entre marcos de referencia inestables y cambiantes en vez de seguir intentando marcos estables. En otras palabras, la ANT sería un intento de “construir el mundo social” absteniéndose de “interrumpir el flujo de las controversias”, lo que se presenta como una forma más efectiva de enfrentar la realidad social como un “fluir sobre los datos” en vez de “ahogarse en ellos” como ocurriría con el relativismo (Latour B. , 2008, págs. 43-44). Todo ello, claro está, supone abandonar nuestras categorías de sentido común científico social.

Sin embargo, Latour también argumenta que el obstáculo que han enfrentado las ciencias sociales para desarrollarse como tales se sostiene en una mezcla basada en la negativa a ser suficientemente teórico y de un intento equivocado de aferrarse al sentido común, combinado con un deseo inoportuno de relevancia política. Nuestra distancia con este juicio es doble: se instala en una separación entre lo cognitivo y lo político y rechaza el interés político como inoportuno.

Con todo, Latour reconoce que el lugar de los investigadores al rastrear redes no es independiente del objeto que se estudia. No se trata por tanto de observadores totalmente externos y neutrales frente al objeto toda vez que un problema para la sociología es decidirse por un grupo “privilegiado”; pero, sabemos que hay múltiples enrolamientos a cuya formación los científicos sociales también contribuyen. Frente a ello su propuesta es seguir a los actores, y no a los teóricos sociales, rastreando las huellas que deja la actividad de formar y dismantelar grupos. Más que defender el derecho de los científicos a delimitar su objeto, apuesta por partir de las

controversias sobre los objetos, por ejemplo, los grupos sociales. La cuestión es si “¿se permite que los conceptos de los actores sean más fuertes que los de los analistas o es el analista el que habla solamente?” (Latour B. , 2008, pág. 51)

Como veremos más adelante, se trata de un punto interesante por el cual Haraway (1999) también se pregunta al abordar los problemas políticos de la epistemología de la representación cuestionando quién habla por el objeto (en su caso lo grafica con el problema que supone interrogarse por quién lo hace por el feto en los debates sobre el aborto). Sin embargo, no encontramos pistas en Latour con relación a cómo incluir las marcas y categorías de los analistas, incluido él mismo, cuestión que suele aparecer en los debates acerca del fundamento epistémico que sustenta las declaraciones de que toda observación está asentada en un observador. Latour rechaza el relativismo del todo vale o las posturas arbitrarias que postulan un solo punto de vista para defender un “relativismo científico” que supone aprovechar las controversias. Sin embargo, nos parece que identificar controversias es también algo que se hace desde un cierto punto de vista y no algo que exista a priori, con lo cual volvemos recursivamente al mismo dilema entre objetivo/relativo.

Reconocer y problematizar ese punto de vista es el tema central del enfoque teórico de nuestra tesis, basado en conceptos como los conocimientos situados (Haraway, 1995, 1997, 1999, 2004), la praxiología y la ontología múltiple (Mol, 2002; Mol & Law, 2002) y la reflexividad fuerte (Harding, 1998). En Latour, tal reconocimiento podemos identificarlo cuando se aparta de la perspectiva tradicional que entiende a los científicos en general –y a los sociólogos en particular– como parte de una ciencia “desinteresada”. Por el contrario, “cualquier estudio de cualquier grupo llevado a cabo por cualquier científico social es parte ineludible de lo que hace existir, durar, descomponerse o desaparecer al grupo” (Latour B. , 2008, pág. 56). Más aún, en el mundo desarrollado difícilmente un colectivo no tiene adosado algún tipo de instrumento de las ciencias sociales.

Por lo tanto, con Latour hay un punto de encuentro interesante respecto de nuestro enfoque teórico que –como veremos– aboga por des-invisibilizar al sujeto cognoscente. No obstante, nuestra distancia con él radica en que reconociendo que el científico es un actor, no es uno equivalente a los no científicos dado el poder (como limitación y como posibilidad) que implica

la ciencia<sup>14</sup>; a la vez que –como desarrollamos al final de este apartado- para él se trata de “analistas”, “actores” y “voceros” sin una vocación crítica comprometida con los proyectos de democratización de la ciencia a los que nos sumamos, particularmente desde la crítica feminista.

Con todo, Latour está a la base de uno de los enfoques que serán parte de nuestro lente teórico: la perspectiva performativa de la ciencia desde Annemarie Mol (2002) y su ontología múltiple. Ese sentido performativo se sostiene en su argumento sobre los agregados sociales como entidades que no obedecen a una definición ostensiva sino performativa, vale decir, “están constituidos por diversos modos y maneras en que se dice que existen” (Latour B. , 2008, pág. 57). En tanto hay que explicar cómo es que algo se mantiene en vez de darlo por hecho se requieren a su vez instrumentos capaces de conseguirlo<sup>15</sup>. Se defiende así un cambio de giro para el análisis sociológico capaz de reconocer que “lo social es solo un movimiento”<sup>16</sup> que puede aprehenderse indirectamente cuando hay un pequeño cambio en una asociación más antigua que se transforma en una más nueva.

Si aplicamos esta performatividad de lo social a la ciencia y particularmente a la ciencia social y sus diversas formas de ensamblarse con la sociedad mediante variadas conexiones, disponemos de un marco conceptual potente para entender ya no solo como la ciencia es influida por la sociedad –como reclamaba el Programa Fuerte- sino también para de manera más simétrica (Doménech & Tirado, 1998) pesquisar las formas en que la ciencia influye, colabora, resiste, entre muchas otras posibilidades, a la sociedad; aún más, permite analizar cómo las ciencias sociales no solo crean objetos científicos sino también objetos sociales (Ramos Zincke, 2012).

Latour repite el argumento que ya mostrara Foucault sobre las relaciones entre ciencia y sociedad (Ramos Zincke, 2012) para el caso de las ciencias sociales, recordando que la sociología

---

<sup>14</sup> Nuestra preocupación más bien es qué consecuencias puede tener igualar a un científico social y un actor no científico en tiempos donde la política cada vez más se funda en saberes expertos que, bajo el argumento de la experticia técnica, desacreditan cualquier debate, propuesta o impugnación “no experta”. En otras palabras, ¿estamos los científicos sociales en pie de igualdad con los demás actores sociales o –sin ser más iluminados- tenemos una responsabilidad específica y desigual cuando hablamos en tanto científicos-expertos? Este será el tema del capítulo cinco de este trabajo.

<sup>15</sup> Si bien no hay una especificidad metodológica se apela a la etnografía como forma de acercarse a lo social epistémica y metodológicamente, en tanto la ANT se postula como recurso para que los miembros de la sociedad contemporánea puedan tener el margen para definirse a sí mismos tal como lo ofrece la etnografía.

<sup>16</sup> Para Latour el actor-red no es la fuente de acción sino “el blanco móvil de una enorme cantidad de entidades que convergen hacia él” (Latour B. , 2008, pág. 73).



moderna no reconoce la paridad entre sociólogos y actores sociales porque desde sus inicios se vio involucrada con la “ingeniería social”. Al afirmar que su tarea era definir de qué estaba hecho el mundo social los sociólogos de mediados del s. XIX se hicieron cargo de la tarea de la política (Latour B. , 2008, pág. 65).

En este contexto, hay que señalar que Latour en reiterados momentos es muy crítico de lo que asume ha sido la sociología crítica, en tanto la interpreta como una corriente que “no escucha con atención” a los actores ni los reivindica, pasa por alto los “datos” que informan sobre cómo ellos definen lo social y los reemplaza por fuerzas ya ensambladas o, de lo contrario, se vuelve “vampírica” más que crítica (Latour B. , 2008, págs. 76-79). Para la sociología crítica los actores son informantes incapaces de ver su contexto, algo que solo los sociólogos logran develar en tanto hacen “reflexivamente” lo que los demás realizan solo “inconscientemente”, con lo cual la reflexividad queda limitada a una “virtud epistemológica que protege al sociólogo de la falta de objetividad” (Latour B. , 2008, pág. 55).

Esta forma de entender la sociología crítica la deja encapsulada en la caricatura de un marxismo determinista, unos proyectos identitarios esencialistas o alguna otra forma cerrada de impugnar las posiciones dominantes. Podemos compartir su rechazo a dicho privilegio epistemológico, pero ello no es suficiente para renovar la vocación crítica de la sociología en tiempos postmodernos desde sus prácticas de investigación, tema que nos ocupa en esta tesis. Por ello, nos hacemos parte del balance crítico de Harding sobre la propuesta de los nuevos estudios sociales de la ciencia sintetizados en Latour.

Sandra Harding (2008) rescata en varios aspectos el aporte de las revisiones de Latour (2004) sobre las nociones de ciencia y política y sus modos de relación. En tal sentido, vale la pena valorarle su reclamo acerca del problema ontológico que afecta a la modernidad y su ciencia: conceptualizan nuestro conocimiento de la naturaleza como escindido de nuestros intereses, de la justicia, y del poder, cuando son asuntos inseparables.

Así, el mundo que experimentamos consiste en redes que enlazan aspectos de la naturaleza, los legados culturales, estados, naciones, agencias, institutos, corporaciones, políticas oficiales y extra oficiales, prácticas de hecho, mecanismos y otros artefactos materiales (...) La modernidad, sus epistemologías, sus filosofías de la ciencia y sus ciencias representan [en cambio] un mundo de redes rotas e híbridos desmembrados – no aquellas en que vivimos o acerca de las cuales queremos explicaciones. Sus ciencias [de la modernidad] se encuentran intencionalmente aisladas de la realidad que necesita ser explicada (Harding, 2008, pág. 29).

No vivimos, por lo tanto, en el mundo moderno que las epistemologías y filosofías de la ciencia que la modernidad imaginan, es en tal sentido que *nunca habríamos sido modernos* (Latour, 1993).

Harding reconoce la ventaja de la crítica de Latour al mito platónico de la caverna que esboza una naturaleza libre de elementos políticos y sociales. Este mito está a la base de la distinción hecho/juicio de valor, la cuestión sería cómo preservarlas aún abandonando dicha distinción. Para Latour la tarea más importante de esta distinción es resguardarnos contra los modos en que las ideologías vienen a dar forma a las prácticas científicas:

Si fuésemos a mostrar, por ejemplo, que la inmunología se encuentra completamente contaminada de metáforas bélicas, [o] que la neurobiología se alimenta, en enormes cantidades, de los principios organizativos de los negocios, (...) estaríamos denunciando a un grupo de contrabandistas de encubrir valores discutibles bajo el paraguas de los asuntos de hecho. A la inversa, si fuésemos a denunciar el uso que un partido político está haciendo de la genética poblacional, o el uso que un novelista hace de los fractales y el caos (...) o el uso que los industriales hacen de leyes económicas “férreas”, estaríamos denunciando a los contrabandistas del otro lado, a quienes se esconden tras el nombre de la ciencia, y se escabullen en ciertas afirmaciones que no se atreverían a expresar abiertamente, por miedo a impactar a su público, pero que obviamente pertenecen al mundo de las preferencias –esto es, los valores (Latour, 2004 en Harding, 2008, pág. 33).

Lo anterior tiene relación con cómo se ha entendido el “adentro” y el “afuera” de la ciencia y de la sociedad que Latour reconceptualiza. En el relato moderno, solo los hechos y cualidades primarias son permitidas en el adentro de la ciencia (Latour B. , 2004).

Ahora bien, como critica Harding, aunque sus elaboraciones se encuentran con las preocupaciones feministas y postcoloniales, Latour no considera importante ni valioso comprometerse con los análisis de estos movimientos, aun cuando ellos se enfocan en cuestiones que a él le importan. El problema está en que malentende los proyectos de estos movimientos, al menos en parte, debido a cómo concibe las formas deseables de la política (Harding, 2008). Hay que recordar que para Latour la política se define como la composición progresiva de la vida colectiva (Latour, B., 2004).

De esta forma, falla en su compromiso con la crítica feminista, anti-racista o postcolonial, tanto en las ciencias naturales y sus filosofías como en la filosofía política. Esto no es solo un descuido, más bien es una ausencia de compromiso que tiene consecuencias negativas para su análisis, pues se origina en supuestos que conducen a malinterpretaciones de estos movimientos y sus demandas. Considérese el siguiente párrafo de Latour (los corchetes son de Harding):

La cámara baja [en el nuevo tipo de gobierno democrático que propone] hace la pregunta ‘¿Quiénes somos nosotros?’ Este ‘nosotros’ es variable en su geometría; cambia en cada iteración. A menos que estemos tratando con colectivos repetitivos que ya saben y siempre han sabido de qué están

conformados –pero estos colectivos, ya sea a la derecha o a la izquierda, ya sea basados en la identidad racial, la naturaleza de las cosas, el humanismo o la arbitrariedad del signo, no pertenecen al mundo de la ecología política. Todos ellos provienen del Antiguo Régimen, en tanto, para ellos, dos dominios distintos de la realidad ordenan por adelantado todos los hechos y valores. Su metafísica no es experimental si no basada en la identidad. Solamente estamos interesados en los colectivos cuya composición va a ser modificada en cada iteración –incluso si tienen que reinventarse a sí mismos en orden a seguir siendo los mismos (Latour 2004, pág. 173 en Harding, 2008, págs. 36-37).

Seguramente, señala Harding, Latour entiende que estos movimientos eligen apelar a las identidades para nombrarse a sí mismos precisamente en contra del antiguo régimen que los definió como determinados en forma a-priori e invocó como un hecho científico su identidad como grupos inferiores (“mujeres”, “salvajes”, “subdesarrollados”, etc.). Lo que no parece captar es que estos “movimientos de identidad” dan vida a tales grupos en un sentido distinto: para ellos mismos, como agentes colectivos autoconscientes de la historia y del conocimiento (Harding, 2008, pág. 37). Dicho entendimiento permite comprender a las instituciones dominantes en una forma en que Latour, a partir de su rechazo de tales puntos de vista, no comprende, dañando su propio proyecto.

Más aún, Latour no incorpora los análisis sociológicos de las identidades que las entienden como formas en que la sociedad civil otorga significado a la vida social, que cambian, se expanden y contraen, no son reservas estancas. Identidades clásicas –católico, protestante, obrero, por ejemplo- fluyen constantemente y están siempre recomponiéndose. Latour parece conceptualizar estos grupos a través del antiguo concepto de culturas como comunidades aisladas, sin tiempo y estáticas, hablantes de lenguas que solo ellos entienden, en definitiva, las ciñe a identidades fijas y esencialistas.

Sin embargo, la mayor dificultad es acelerar un cierre al falso dilema de tener que elegir entre absolutismo/relativismo que lo deja encerrado en una propuesta insuficiente para el reconocido interés feminista y poscolonial en la diferencia.

Latour se ve demasiado ansioso sobre las dificultades de localizar o construir un ‘terreno común’ necesario para la discusión sobre cómo transformar la ciencia y la política de cara a sus errores. Parece querer una unidad que él pueda definir y contra la cual nadie tenga reparos en el terreno político (Harding, 2008, pág. 40).

Harding se pregunta ¿por qué tendríamos que querer o necesitar esa unidad? ¿No deberían la ciencia, la política, y sus filosofías abordar cómo crear, en lugar de fantasías sobre falsas unidades, sociedades que puedan reconocer la necesidad de diferentes intereses y creencias sobre la naturaleza y las relaciones sociales y aun así crear modos pluricéntricos y democráticos de actuar en conjunto?: “La preocupación de Latour en la consecución de unidad y un mundo

común lo ciega a la importancia cognitiva y política de las diferencias en los mundos en que vivimos” (Harding, 2008, pág. 41).

En definitiva, Latour ofrece argumentos convincentes contra la comprensión moderna y postmoderna (cínica) de las relaciones entre la ciencia y la política. Demuestra cómo la ciencia se ha apropiado de proyectos políticos mientras la política anti-democrática se ha refugiado en la legitimación científica de su propia política pública –algo que aquí criticaremos bajo la lógica del saber experto- y da argumentos para comprender cómo la ciencia y la política se encuentran inextricablemente unidas y, por ende, deben ser transformadas en forma conjunta. Gran parte de la plausibilidad de su argumento descansa precisamente en su crítica del binario hecho/valor como principal culpable de la fusión entre ciencia y política. Ahora bien, como presentaremos más adelante, los estudios feministas de la ciencia –aliados con el movimiento social feminista- tienen más que ofrecer al momento de pensar en reapropiarnos de la ciencia, exigir y comprometernos con su responsabilidad.

Los movimientos sociales pro-democráticos que Latour critica han señalado que hay dos tareas difíciles para los grupos dominantes. Primero, deben aprender a escuchar a estos “Otros” lo mejor posible para captar dónde piensan que pueden encontrarse y construirse fundamentos en común. Segundo, deben aprender a vivir con los elementos residuales de la ‘diferencia’, que no puede ni ser negada ni ser apropiada por la concepción de los grupos dominantes. De hecho, debemos aprender a ver algunas de tales diferencias como inmensamente valiosas para la política y la ciencia. De acuerdo a Latour, tales exigencias de diferencia constituyen un caos cognitivo y moral intolerable. Sugiero en cambio que estas se traducen en un reconocimiento intolerable para la parte de los grupos sociales dominantes en que Latour se posiciona a sí mismo y su análisis y que la agencia cognitiva y política activa de los Otros –personas que realmente son Otros que nosotros- es crucial para el éxito de nuestros propios proyectos. Latour se equivoca en que las alternativas a las que estamos enfrentados se limitan a la filosofía moderna de la ciencia, la propuesta de Latour o el caos cognitivo y político. Existen otras posibilidades producidas por los movimientos sociales pro-democráticos (Harding, 2008, págs. 47-48).

Por lo tanto, y a modo de cierre, diremos que la teoría sociológica contemporánea –ejemplificada aquí en Bourdieu y Luhmann-y la sociología de la ciencia, incluidos los nuevos estudios sociales de la ciencia encarnados en Latour son buenos puntos de partida, pero resultan insuficientes para el problema que nos ocupa: fundamentar que un tipo de parcialidad, que no renuncia al rigor del trabajo científico, pero sí a su validación a través de la apelación a la objetividad como sinónimo de neutralidad, es una manera fecunda de comprender las relaciones entre ciencia y política, teniendo como horizonte, el fortalecimiento de la sociología que se pretende crítica. Para ese problema, nuestro lente teórico se funda en el feminismo, específicamente en ciertas epistemologías feministas.

Antes de entrar de lleno a la exposición de ese lente teórico, es necesario explicitar cómo estamos entendiendo el feminismo.

### **2.3. El Feminismo como punto de partida**

Pensar la relación entre ciencia y feminismo no es pensar dos cuestiones autónomas como se solía imaginar el vínculo entre ciencia y política. Ello porque el significado mismo del feminismo incluye al conocimiento y a los diferentes saberes como parte de sus componentes más básicos. En tal sentido el feminismo refiere a las prácticas históricas de un movimiento social como es el de las mujeres; la producción teórica de tales mujeres y el trabajo crítico de disputar hegemonías. No necesariamente estos tres componentes suponen posiciones excluyentes en la práctica de quienes nos asumimos feministas, aunque primen más unos que otros (Richard, 2008, pág. 7).

Nelly Richard es una de las mejores representantes del esfuerzo del pensamiento latinoamericano por avanzar en una reflexión sobre los componentes antes señalados (movimiento, teoría y crítica). Para el caso chileno, desde donde parte esta investigación, su aporte permite entender tal contexto en tres frentes relativos a los componentes del feminismo que antes mencionamos : a) “el feminismo como vector de acción política desplegado en lo social” correspondiente al movimiento de mujeres durante la dictadura y el “repliegue feminista” una vez recuperada la democracia; b) “el feminismo como fuerza de intervención teórica que cuestiona la organización simbólica del pensamiento dominante” que alude a los debates sobre igualdad/diferencia que activa el postestructuralismo y las filosofías de la deconstrucción; y c) desde la crítica, el feminismo opera “como potencia estética de descalce y alteración de las codificaciones sociales, el estallido de los signos del arte y de la literatura que perforan la comunicación seriada” (Richard, 2008, págs. 7-8). Nuestra apuesta es que la teoría epistemológica feminista –no solo la estética– puede ser también un recurso crítico, y el que hasta ahora no haya sido vista así tiene relación con cómo el saber feminista se ha encapsulado en la imagen de un saber experto “*de género*” higiénico y despolitizado. De este modo, asumimos que:

El feminismo hace bien en sospechar de las clausuras monológicas que amarran los términos “mujer”, “género”, “identidad”, “diferencia”, etc. a un sentido finalizado y totalizado, en base a los supuestos metafísicos del naturalismo sexual. Pero al mismo tiempo, y pese a la desestabilización crítica del “yo” y del “nosotras” que hoy dejaron de ser los referentes absolutos de identidades homogéneas, estos textos plantean que el feminismo debe seguir impulsando nuevas formas de subjetividad política capaces de intervenir en las múltiples luchas de poderes que se dan entre cuerpos, prácticas e instituciones (Richard, 2008, pág. 8).

De ahí que el feminismo se asienta no tanto en lo ya resuelto como en lo que justamente permanece en tensión: la articulación entre una suerte de identidades pragmáticas, relacionales y situadas para la lucha política y el juego encarnado de la diferencia como posibilidad de crítica permanente, inapropiable e inapropiada.

La fuerza renovadora del feminismo como uno de los instrumentos más poderosos de la crítica contemporánea surge de esta tensión –nunca resuelta– entre, por un lado, la necesidad política de configurar identidades prácticas (relacionales y situacionales) para combatir las formas de subordinación y marginalización sociales que agencia la desigualdad de género, y por otro, el juego plural de las diferencias que se vale de lo ambiguo para fisurar internamente las oposiciones binarias (por ejemplo, la oposición masculino/femenino) y descentrar las pertenencias de identidades fijas y lineales. Ni lo “femenino” ni lo “feminista” son concebidos aquí como contenidos predeterminados, sino como estrategias de enunciación y puntos de vista que usan la diferencia genérico-sexual para de construir valores y reconstruir significados en torno a las constelaciones fluctuantes de la identidad, la diferencia y la alteridad (Richard, 2008, pág. 8).

## **2.4. La paradoja de una posible sociología crítica en la postmodernidad**

Antes de entrar de lleno en el lente teórico de esta investigación, partiremos explicitando su principal supuesto: la situación en que ha quedado la teoría social crítica tras los retos de la postmodernidad entendida como cambio histórico, postulado que tomamos de Fernando García Selgas (2008<sup>17</sup>).

Junto al citado autor, asumimos que la actual es una sociedad postmoderna básicamente porque involucra directamente el quehacer de las ciencias sociales, porque implica realzar la situación de post-ilustración y porque refuerza una caracterización que no adelanta, sino que cierra algo, conduciéndonos a un dilema, paradoja o contradicción profundamente enraizados en nuestra forma de vida. Ello no quiere decir que la sociedad actual no tenga características de postindustrial (Bell, 1991; Touraine, 1993), neotecnológica (Castells, 1999), del riesgo o reflexiva (Beck, Giddens, & Lash, 1997), de la contingencia (Luhmann N. , 1998), tardomoderna (Habermas J. , 1989) o del consumo (Jameson, 1996), pero ninguna de tales conceptualizaciones pone el acento en lo que aquí nos convoca: los dilemas que afectan a la teoría social crítica.

Reynoso (2003) siguiendo los pronósticos de Bell sobre la sociedad posindustrial recuerda ciertas transformaciones en las relaciones entre ciencia y política que ya se anunciaban en 1973.

---

<sup>17</sup> Todo este apartado se basa en la misma fuente, salvo que se indique otra de manera expresa, por lo que solo la repetiremos cuando se trate de citas textuales.

Primero, los cambios que supuso pasar de una economía productora de mercancías a una productora de servicios que implican un nuevo tipo de tecnología y de *intelectualidad*. Segundo, los científicos e ingenieros habían crecido de manera exponencial al menos en EEUU. Tercero, la importancia que cobró el desarrollo teórico como recurso para la innovación y formulación política de la sociedad asociado a la relevancia que adquiere para las empresas el conocimiento teórico especializado (investigación). En ese contexto cobra relevancia una quinta transformación –la cuarta es el aumento del control sobre las nuevas tecnologías –que nos lleva directamente a repensar los desafíos de la crítica. Ante el aumento de la “complejidad organizada” había surgido un nuevo campo para ocuparse de la complejidad: la teoría de la información, la cibernética y la teoría de la decisión; esto supondría la creación de una nueva “tecnología intelectual” que desafiaba la noción de ideología. Para Bell, las “complejas teorías en torno a la toma de decisiones técnicas, en un sistema que se identifica como más complejo, viene a ser la “contrapartida de las ideologías” (Reynoso, 2003, pág. 14).

En el momento actual el debate sobre modernidad y postmodernidad aún involucra múltiples aristas, aquí nos interesa cómo afecta las posibilidades de la teoría social crítica y cuáles son las posibles vías que se han abierto para poder sostener su vigencia.

Tanto la situación histórica vigente con sus procesos económicos, sociales y políticos, como lo que ocurre en la confluencia de los tres tipos de dinámicas a través de las cuales se mueve la teoría social –empírica, epistemológica y teórica- la llevan a tener que romper con los supuestos modernistas que la han sostenido. A partir de esa ruptura necesitamos su reemplazo por nuevas coordenadas que permitan un aporte para superar la paralización en la que nos deja el derrumbe de los supuestos que nos han constituido. Entre tales, junto con la antropología asimétrica y los estudios sociohistóricos de la ciencia, se ubica el feminismo postmoderno de Haraway (García Selgas, 1996).

La teoría crítica se ha visto alterada no solo por cambios en el contexto histórico, sino por la propia noción de contexto. Por un lado la han afectado fenómenos como la caída de los socialismos reales, la tendencia a ver el mundo social en caracteres económicos y el pesimismo sobre el cambio ligado a la transformación del capitalismo. Por el otro, Jameson (1996 citado por García Selgas, 2002) argumenta que las transformaciones económicas han hecho que la realidad sea cada vez más simbólica, sin que por eso pierda su carácter material, de manera que lo simbólico se vuelve también material. Así, en la postmodernidad resulta más difícil establecer

que está dentro y qué fuera porque hay una interdependencia donde el texto deviene en contextual y viceversa. Todo ello afecta a la crítica, aun cuando la teoría social sigue teniendo cierta lógica propia desde la cual podemos preguntarnos por sus condiciones de posibilidad.

Hasta los años 70' la crítica se distribuía en tres lógicas, cada una con un particular concepto de teoría. Por un lado la crítica formal, estaba asimilada al positivismo, desde donde la teoría era la teoría científica, por lo que la crítica aparecía como la fundamentación de ese tipo de conocimiento. Por el otro, la crítica material sustantiva amparada en el reconocimiento del ámbito cultural que había mostrado la Escuela de Frankfurt, tras la sospecha marxista que cuestionaba el orden, la bondad y la verdad, pero ubicando su sustento en la propia sociedad; desde aquí, la teoría no estaba tanto para reproducir la sociedad sino para cuestionarla de un modo sustantivamente racional orientado por los valores emancipatorios. Ambas críticas se han apoyado en los mismos supuestos imputados a la modernidad y a las ciencias sociales (razón universal, centralidad del sujeto, emancipación articulada por la idea de progreso, entre otras) y por lo tanto se ven afectadas por su desmoronamiento. Finalmente teníamos la crítica estética como el análisis de los méritos o desméritos de una obra, invocando una cierta sensibilidad común más allá del gusto personal; sin embargo, desde los años 80' y 90', el antipositivismo que caracteriza a la semiótica, la teoría feminista y los análisis de discursos, por ejemplo, han acercado cada vez más la crítica estética a la crítica sustantiva, desplazando la primera a lo social y a todo artefacto simbólico, con lo que pasa a ser central para cualquier teoría social, y más aún para la teoría crítica.

A partir de ello, y mientras se aclaraban los desmoronamientos que afectan a la crítica formal y sustantiva, la crítica se refugió en otros espacios, por ejemplo, en el de los estudios culturales. No obstante, ha habido también otros intentos de hacer teoría científica y crítica, entre ellos, la crítica estética textual y la teoría social con ciertos aportes de Bourdieu y Giddens y la Escuela de Frankfurt.

Con eso en mente, García Selgas desde hace años viene trabajando las condiciones, medios y posibilidades de que dispone actualmente la teoría social científica que pretende mantener un espíritu crítico asumidos los desafíos que ha supuesto el postmodernismo.

Ello supone reconocer que la teoría social y los tres ámbitos en que se ha desarrollado la crítica son constitutivos de la modernidad y se han sostenido sobre sus supuestos.



El surgimiento de las ciencias sociales se sostuvo en la creencia sobre el carácter histórico (teleológico y transformable) de la realidad humana. Mientras que su desarrollo tuvo como idea guía el cruce de la ciencia y el humanismo como creaciones occidentales modernas, sostenidas a su vez en el supuesto que asume la existencia de un sujeto centrado y central y una razón universal. A su vez, tales supuestos se nutrieron y legitimaron en la idea de progreso donde la valoración de lo nuevo atraviesa a la ciencia (como principio de innovación y provisionalidad del conocimiento), la práctica política (orientada por la utopías) y el arte (bajo el principio de creación e innovación como criterios de valor). Con los embates postmodernos esos tres supuestos, y la idea de progreso sobre la que se articulaban se vuelven insostenibles, al menos como bases para la actitud crítica que se alojaba en las tres citadas prácticas. No vamos a detallar cómo se desmoronan tales supuestos, porque nos desvía de lo que nos interesa y porque es un debate ya ampliamente documentado (Bauman, 1997; Butler, 2001; García Selgas y Monleón, 1999; Lasch, 1997); no obstante, resumimos la postura que aquí opera como supuesto.

En resumen, sobre la crítica a la razón instrumental que planteó la Escuela de Frankfurt, y las evidencias de Auschwitz e Hiroshima, se añadieron otra serie de elementos que despojaron a la actividad teórica de su sueño de posibilitar una construcción racional de la sociedad y de su relación con el entorno. Entre tales elementos podemos recordar los siguientes: el señalamiento psicoanalítico de la irracionalidad y dependencia del supuesto sujeto autónomo; las múltiples críticas (epistemológicas, políticas, etc.) a las nociones tradicionales de objetividad, razón y verdad, que mostraban que la naturaleza del conocimiento está más próxima a la construcción social y al poder que a la representación especular; la deslegitimación de las narraciones totalizadoras sobre la evolución humana; la argumentación wittgensteiniana sobre la determinación práctica y social de toda norma y modelo de significación, esto es, la historicidad del decir y del conocer; y la explicitación de los mecanismos sociales e históricos que constituyen la matriz disciplinar de cualquier ciencia (de Kuhn a Latour). La actividad científica queda así descabalgada del hilo del progreso continuo y lineal, contextualizándose en distintos marcos histórico-sociales, con diferentes criterios de valor y valoración, y puesta en conexión directa con otros discursos como el literario y el político (García Selgas F. , 2002, págs. 34-35).

Tales transformaciones tienen directas repercusiones para la teoría social en tanto las ciencias sociales fueron parte del despliegue de la modernidad entendida como la expansión de una cierta subjetividad a través de la oposición entre sujeto y objeto y la separación y conquista de los otros. Con ello en mente, para autores como Bourdieu, Giddens, Habermas y Touraine la crisis de la modernidad podía interpretarse como un momento de reconstrucción de la teoría social, pero dentro de parámetros modernos. Sin embargo, tal salida no llega a responder completamente a la radicalidad del cambio acontecido. Entre otras dificultades, la teoría social –y quienes la practican- deben enfrentar, además de los cambios en los supuestos ya señalados y la impugnación al localismo (occidentalista) de su producción que se presenta como universal, el hecho de que las principales oposiciones binarias que nutrieron las ciencias sociales modernas

(ciencia/ideología, hecho/ficción, razón/sentimiento, etc.) hoy resultan arbitrarias, inestables y por lo tanto reversibles.

En otro sentido, la realidad, como la conocemos en Occidente, es un “efecto”, pero reconocerlo como tal supone “*una angustia moral y epistemológica*”. El sentido moderno sobre lo real y lo natural se adquirió a partir de un conjunto de innovaciones en la tecnología visual iniciada en el Renacimiento. Los científicos del S. XX apelan a tal tecnología visual para insistir en un tipo de realidad que hace que olvidemos las condiciones históricas de su producción; ello ocurre especialmente en la informática, la biotecnología y la medicina donde se hace un “uso liberal de ejemplares icónicos de tecnología/humanismo/arte” de principios de la Europa moderna, con fuertes analogías con el Renacimiento que otorgan un “linaje legítimo” y una narrativa sobre los orígenes para las revoluciones tecnocientíficas de finales del milenio (Haraway, 2004, pág. 213).

Sin embargo, la radicalidad del problema no implica que sea irresoluble, sino más bien que las posibles salidas deben ser también radicales. Llevado a la ciencia social supone que aun cuando se haya debilitado su privilegio epistemológico como un *a priori* y se hayan disuelto sus soportes, no se desprende que no podamos contar con un conocimiento social riguroso capaz de disputar el relativismo. Lo que sí habría que asumir, a lo menos, es que: la historia humana ya no puede ser captada bajo una única gran narración; las tesis sobre la realidad social y sus criterios de verdad están ligadas con particulares estrategias de poder; que en vez del sujeto individual contamos con una realidad intersubjetiva del lenguaje y que necesitamos deshacer el universalismo (occidentalista) multiculturalizando la teoría.

Ya en los estudios sociohistóricos sobre la ciencia encontramos el germen de la problemática de los relativismos asociado a las dicotomizaciones positivistas. Por una parte el relativismo moral, venido de la separación positivista entre hechos y valores que dejó abiertos diversos problemas éticos, filosóficos y metodológicos haciendo más compleja la relación con los valores en las ciencias sociales. Desde aquí los intentos de resolver el problema han derivado en la emergencia de un “*agente marcado y reflexivo*”. Desde las ciencias sociales, la solución al problema de los valores fue planteada por Weber, quien sostuvo la tesis de “*construir el punto de vista adecuado*”, donde el punto de vista valorativamente orientado aparecía como el único capaz de ordenar el caos de infinitos fenómenos, con lo cual la objetividad termina construyéndose mediante la (inter)subjetividad, que de ese modo “se hace responsable”. Sin embargo, como no se rompe con la separación liberal-positivista entre hechos y valores, la inter-subjetividad aparece

como contaminada de valores que deben ser neutralizados ya sea por la crítica recíproca, el auto-análisis o la declaración de los propios valores. Con cualquiera de estas supuestas salidas se llega a la “circularidad reflexiva” y a tener que tomar posición, con lo cual el agente termina mostrándose. No obstante, ello resultaría incompatible con el positivismo dado su linealidad y dicotomías. Desde ahí llegamos al relativismo cognitivo (García Selgas F. , 2002).

Si aceptamos que con Kuhn se rompe el argumento sobre la posibilidad de comprobación externa de las teorías científicas, se abre el espacio para los estudios filosóficos y socio-históricos de la ciencia que han argumentado o la inconmensurabilidad y la carencia de un canon universal de medida, o el carácter internamente social de la ciencia donde los factores sociales determinan la aceptación o no de las creencias. Ante ello surge la pregunta de si los presupuestos de estos argumentos también invalidan sus afirmaciones, y de si entonces quedamos paralizados por el relativismo. Ello ha sido contestado reintroduciendo un cierto “absolutismo, realismo o racionalismo” que pretende reducir el relativismo (ej. Lakatos y su idea de la racionalidad interna a los programas de investigación o la confianza empirista en los estudios sociales de la ciencia de R. Collins y D. Bloor) y –desde una posición más cercana al constructivismo- optando por la circularidad reflexiva que defendían Latour y S. Woolgar que permita integrar el relativismo de aquellos estudios que nos han hecho ver lo relativo del conocimiento. El problema sería que esta segunda opción nos lleva “al estrecho punto que separa el miedo angustiioso y paralizante del miedo contenido y excitante que permite continuar” (García Selgas F. J., 2001, pág. 360).

Ahora bien, volviendo a la situación de la crítica, si la radicalidad del problema rebasa incluso los límites de cada una de las disciplinas, creemos que las prácticas de investigación de las ciencias sociales no quedan al margen del remezón de los cimientos de tales disciplinas.

Entonces, el problema es el siguiente: La teorización social se encuentra imposibilitada de una fundamentación universalista, y si se sigue pensando bajo los parámetros modernos, tiene dificultades serias para justificarse y para sostener sus condiciones de posibilidad, especialmente si apela a su vocación crítica. Más aún, el desbaratamiento de las grandes narrativas arrastra consigo el supuesto de una mente universal asentada en, o a la que tendría acceso, un sujeto cognoscente y racional, sea este individual o colectivo. En su lugar aparecen ahora múltiples mentes y sujetos que ocupan diferentes posiciones sociales y tienen distintas genealogías. Con ello, también declina el supuesto de una identidad estable, única o coherente y se pierde la idea de un principio central y organizativo capaz de gobernar la sociedad. Aún más, a los

cuestionamientos a la forma de conocer se suman aquellos sobre los componentes del conocimiento: el sujeto y el objeto y su vínculo epistemológico. En este último punto es donde nuestra investigación se instala desde la pregunta por las prácticas de investigación, pero para ello, hay que exponer el supuesto en el que se asienta y que toca la primera parte del problema: la paradoja de la crítica.

Tal paradoja parte con aceptar que solo podemos cambiar si continuamos una tradición y ésta solo sobrevive porque se van introduciendo en ella los ajustes necesarios, entonces solo reconociendo el final de nuestra tradición moderna podríamos recuperar sus fuentes: “Solo desvelando la imposibilidad del desvelamiento universal y el velamiento de relaciones de dominación que soportan el arrogante juego del desvelamiento seremos capaces de seguir buscando un conocimiento más fidedigno y liberalizador” (García Selgas F. J., 2001, pág. 23) y solo cuando reconozcamos que en las disputas científicas continúan las luchas políticas con otros medios, y viceversa, podremos revalorar la ciencia. De esta forma, si logramos aprender a ver en las transformaciones la base que nos estabiliza e identifica podremos habitar consciente y moralmente los arriesgados espacios que suponen los juegos de localización-globalización y enraizamiento-desenraizamiento (que multiplican los cambios económicos y proliferan los centros de poder); los secuestros de las experiencias fundamentales (por parte de los sistemas expertos de control, atención y administración); y la fragmentación histórica y personal (asociada a la multiplicación de narrativas, estilos-de-vida e identificaciones actuales). Ahora bien, todos estos desplazamientos son paradójicos y contradictorios, por lo que plantean un dilema. Así, la paradoja que resumimos en la idea de que la crítica es imposible, pero necesaria, se desagrega como sigue: “Nos encontramos arrastrados por una necesidad que, sabiéndose imposible de satisfacer, se vive como ineludible: lo imposible como ineludible” (García Selgas F. , 2002, pág. 39).

La necesidad: el aliento de cualquier teorización social crítica viene de su pretensión de: a) incrementar constantemente la emancipación y la iluminación de los seres humanos, por lo que no abandona la pretensión de profundizar en el conocimiento de “la realidad”, en la confianza de que la razón científica puede permitirnos comprender nuestras vidas, y por ende, no renuncia a la “objetivación, generalización y capacitación que nos da el poder conocer la ‘realidad’?” (García Selgas F. , 2002, pág. 39) y b) como tampoco renuncia a la lucha política contra las diferentes formas de dominación, en contra de las diversas formas de desigualdad y defensa de las conquistas que aún vale la pena defender.

Lo insatisfacible: asume que no obstante esa necesidad, parece innegable que el impulso de la primera ilustración (cientificista y liberal) y del entusiasmo de su prolongación dialéctica (la ilustración materialista y revolucionaria) se agotaron al menos en sus versiones hasta ahora conocidas: naturalismo y socialismo. A ello contribuyen la fundamentación epistemológica de la ciencia que se viene diluyendo en su estudio histórico, sociológico y antropológico, de manera que el relativismo y los intereses inconfesables desplazan al objetivismo y la neutralidad; la debacle económica, social e ideológica de la mayoría de las realizaciones del sueño del control humano de la vida, así como la puesta en evidencia y en cuestión de estructuras de dominación que chocan con la mera lucha de clases, han producido un desmoronamiento de ese sueño y de su legitimación universal. Así entonces, se habrían agotado las fuentes que alimentaban la justificación de cualquier moralidad de emancipación y de toda ilusión por alcanzar el punto de vista objetivo o universal.

Lo ineludible: y pese a lo anterior, “resulta prácticamente imposible dejar de pensar que tenemos razones para decir que esta posición, o esta acción, es más emancipadora o menos injusta que aquélla, y que en algún lugar habrá pruebas empíricas y teóricas suficientes como para defender que, por ahora, ésta es la mejor descripción o explicación de estos hechos”. Deviene así “la imposibilidad de dejar de intentar lo que parece imposible” (García Selgas, 2002, pág.40). (García Selgas F. , 2002, pág. 40).

Frente a este dilema hay tres posibilidades: la salida cínica, la cómica y la clínica, pero solo la última viene a ser una posibilidad para una teoría social crítica capaz de sobrevivir en la postmodernidad. La primera supone aceptar cínicamente las consecuencias de la nueva situación postmoderna; la segunda, es la aplicación reiterada de alguna estrategia moderna para salir de la nueva situación; mientras que la tercera vendría a consistir en la transformación de las lógicas precedentes mediante algún tipo de “terapia autorreflexiva”. Consecuentemente, el primer tipo se caracteriza por una actitud específica vía cínica; el segundo por adoptar y configurar una imagería característica vía cómica; y el tercero por manifestar una voluntad particular vía clínica o terapéutica. En tal sentido, ante la paradoja planteada, el posicionamiento cínico supone aceptar distanciadamente las consecuencias de la nueva situación, instrumentalizando las estrategias cognitivas existentes para mantenerse en el dominio o la supervivencia, lo que es un “entreguismo inadmisibles” se trata de camuflar como algo admisible. A su vez, el cómico genera una imagería y una imagen cómicas (caricaturescas, ridículas, etc.) al aplicar reiteradamente una estrategia que ya no se sostiene o que es contradictoria con el medio y que produce una situación

absurda; implica pedir más de lo mismo, cuando ya no hay, sobra por todas partes o no viene al caso<sup>18</sup>.

La clínico, en cambio, implica una voluntad terapéutica de transformación de las lógicas precedentes y el llevar a cabo un socioanálisis reflexivo no complaciente; supone asumir el estado de fragmentación de los universales y el desgarrar de nuestra más íntima identidad, como una situación que nos obliga a una convalecencia en la que nos reconstituimos analítica, mental y moralmente. La posición clínica, supone que primero hay que afrontar y limpiar la profunda herida que nos afecta vital y teóricamente. “Para ello necesitamos encontrar prácticas terapéuticas, como la traducción entre códigos diferentes y la formulación híbrida de nuevos códigos en el seno de los mismos viejos discursos, y estrategias cautelares, como las formas irónicas de lograr un distanciamiento crítico allí donde ya no hay espacio exterior al monstruo sistémico” (García Selgas F. , 2002, pág. 45).

Es en este punto que el autor propone apoyarse en teóricas feministas, entre las cuales algunas llevan ya un tiempo reconfigurándose a través de esta vía. Las referencias son varias, pero para nosotros la principal será Haraway, en quien nos detenemos en el apartado siguiente.

La vía clínica para la recuperación de alguna forma de teoría social crítica no es una salida individual, aunque sí nos afecte personalmente moviendo el piso de nuestras formaciones disciplinarias y trayectorias laborales y académicas. Esta paradoja, y la invitación a su salida, se formuló como un proceso interactivo, dinámico y abierto a cambios radicales en nuestros marcos crítico-cognitivos de referencia hace ya poco más de diez años. El propio García Selgas ha venido

---

<sup>18</sup> García Selgas (2002) arriesga una clasificación que no necesitamos asumir, pero que puede ser ilustradora, ubicando en el cinismo frío y *light* a los teóricos sociales que permanecen en la “posición heredada” de la crítica amparada en cuestiones metodológicas, lo que solo se sostendría negando el derrumbamiento de sus principales supuestos, por ejemplo el neopositivismo y la teoría social de J. Turner, ciertos aspectos del neofuncionalismo y la teoría de sistemas de Luhmann). Por el contrario, J. Baudrillard opera como un “cinismo escandaloso” en tanto la disolución en que cae el objeto social devienen en una mezcla de añoranza, vértigo y risa, mientras que algunas propuestas de J.F. Lyotard y especialmente Rorty, serían formas de cinismo que reconocen la existencia de otras perspectivas mientras todo sigue igual. El problema, como posición a la paradoja de la crítica es que son movimientos intelectuales que ni resisten ni contrastan. En la comicidad estarían los científicos sociales asentados en el marxismo o en el estructuralismo funcionalista, cuya estrategia es centrarse primero en alguno de los modos excesivos o escandalosos del postmodernismo, luego confrontarlo con alguna versión dura de la teoría social moderna para terminar con la recuperación de una versión más liviana de las posiciones modernas previas, sería el caso de J. Alexander y a T. Eagleton. Otro modo de acceso a las posiciones cómicas es consecuencia de la prisa por continuar adelante, especialmente si se estaba en una tradición crítica; aquí no hay espacio para el sentimiento de vértigo y la lenta reconstrucción de nuevos supuestos, con lo cual se saltan precipitadamente al reciclado de algún modelo moderno, por ejemplo, Z. Bauman y especialmente J. Habermas.

configurando desarrollos posteriores de los dos elementos que ya en ese entonces se anunciaban como característicos de cualquier propuesta de teoría social crítica capaz de asumir los retos postmodernos y daños infringidos, tales como el carácter fluido de la realidad social (García Selgas, 2001) y la implosión de las dicotomías especialmente lo humano/no humano (García Selgas, 2008).

## **2.5. Las Epistemologías Feministas**

Linda Alcoff y Elizabeth Potter (1993) prefieren referirse a las epistemologías feministas (en adelante EFs) en plural más que a una de tipo único y apropiado precisamente porque tales epistemologías cuestionan la posibilidad de una forma de conocimiento general. El término “epistemología feminista” marca la alianza entre feminismo y filosofía dificultada por la dislocación contradictoria entre lo concreto y lo universal. Las EFs se ocupan de muchos de los temas de la epistemología tradicional, pero insisten sobretodo en la identificación clara de un sujeto del conocimiento con un punto de vista identificado -el de un grupo masculino dominante- que involucra valores y supuestos basados en las actividades en las que participa. Se reconozca o no la posición de las mujeres como sujeto de conocimiento privilegiado, sus propuestas son “feministas” en tanto dicho término identifica correctamente la trayectoria de sus trabajos que comienzan en los estudios de género, pero que concuerdan en que actualmente el proyecto del feminismo debe ir más allá de lo que el género permite: Si el feminismo va a liberar a las mujeres, debe dirigirse virtualmente a todas las formas de dominación, porque las mujeres están en todas ellas. Por lo tanto, referirse a un proyecto liberador como feminista, no quiere decir que sea solo por o para las mujeres, ni que éstas no estén atravesadas e involucradas en una serie de otras marcas de dominación (ej. clase, raza, edad, sexualidad) sino que está informado del feminismo o es consistente con él.

Las feministas comenzaron a trabajar en áreas aplicadas del conocimiento como parte de la preocupación por los asuntos prácticos del movimiento político, a los que el trabajo intelectual de las filósofas feministas buscaba contribuir. De a poco, y a medida que se fueron moviendo desde los márgenes hacia el centro de la discusión filosófica, comenzaron a ocuparse de los problemas del androcentrismo en la estética, la ética, la metafísica y la epistemología. En este último campo, se fue pasando de la crítica a las propuestas constructivas y reconstructivas en aras de remodelar las problemáticas asociadas al conocimiento. El factor común de dichas propuestas es el reconocimiento del compromiso político por reconstruir la epistemología sobre bases nuevas

más auto-conscientes: “Una vez que reconozcamos que los valores, la política y el conocimiento están intrínsecamente conectados, las jerarquías y divisiones en la filosofía serán reemplazadas por modelos más heurísticos y cohesionadores (Alcoff & Potter, 1993)<sup>19</sup>.

De ahí que no nos nutrimos de las EFs solo por nuestra identificación vital y política con el feminismo, sino porque encontramos en ellas un desarrollo específicamente orientado a nuestra preocupación por las relaciones entre ciencia y política como vía para problematizar las prácticas de investigación social que se pretenden críticas.

La epistemología, para las epistemólogas feministas, debiera ser un fundamento de las ciencias, ofreciendo las mejores formas de entender cómo es producido el conocimiento, y de evaluar y criticar esa producción, además de recomendar nuevas formas sociales que puedan llevar a modos diferentes de elaborar conocimientos.

Identificamos ciertos ejes comunes que las EFs abordan que nos permitirán entender luego la particular forma en que los retoma Haraway. De ahí que vamos a señalar algunos de los más importantes.

- Del reclamo por el cuerpo de las mujeres a la encarnación del conocimiento como contraparte de la concepción abstracta del conocimiento en la ciencia moderna:

Elizabeth Grosz es un buen ejemplo para resumir este giro. Con ella, podemos argumentar que la crisis de la razón es una consecuencia del privilegio histórico en las ciencias de lo conceptual o mental por sobre lo corporal, la “inhabilidad de los conocimientos occidentales para pensar en sus propios procesos de producción (material), procesos que simultáneamente dependen del rol del cuerpo y lo desautorizan” (Grosz, 1993, pág. 187).

---

<sup>19</sup> Hay dos posicionamientos centrales y usualmente enfrentados en la teoría feminista en torno al conocimiento. El primero apela a la introducción, análisis y afirmación de 'las mujeres' y 'lo femenino' como objetos viables de conocimiento u objetos cognoscibles. Se trata de un intento por incluir a las mujeres en los dominios que las excluían, con grados variables de distancia crítica con respecto al dominio masculino. La limitación es que con ello se termina reescribiendo y complementando los conocimientos existentes, añadiendo la contribución de las mujeres que se había excluido, pero el problema es que tales no solo fueron olvidados, sino que se trató de una "amnesia estratégica" para asegurar las orientaciones falocéntricas y patriarcales del conocimiento. Con todo, los intentos feministas por suplir la falta de mujeres en los conocimientos existentes fueron "extremadamente fértiles", sobre todo durante los años setenta, en la revisión de las categorías marxistas como lente para analizar las relaciones de explotación asociadas al trabajo reproductivo de las mujeres, o en disciplinas como la historia al relevar su participación no reconocida. Sin embargo, no lograron enfrentar la crisis de la razón (Grosz, 1993, pág. 206).



La consideración del cuerpo como sexualmente específico e inevitablemente sexuado tiene implicancias en las relaciones entre sujetos conocedores y objetos conocidos, así como también en las formas y criterios con que el conocimiento es valorado. El conocimiento occidental aparece entonces como asociado a un cuerpo sexuado, específicamente masculino.

La crítica hacia la epistemología de la ciencia moderna no solo reclama que el sujeto de conocimiento ha sido consignado como “desencarnado”, sino que propone una conceptualización del cuerpo como sociocultural, marcado por el poder en formas diversas, más allá de la lógica binaria del adentro y afuera; se trata así de reconocer los elementos de la corporalidad que la razón no alcanza a pesquisar. En gran parte, la separación entre la razón y el cuerpo ha sido el refugio de la masculinidad hegemónica en la ciencia, al renegar la sexualidad y corporalidad del conocimiento para disfrazarlo de universal. De esta forma, “el proyecto de desarrollar el cuerpo femenino como sujeto de conocimiento revelará la naturaleza falocéntrica y parcial de los conocimientos dominantes, así como ayudará a crear nuevas formas posibles de conocer y de producir conocimiento” (Alcoff & Potter, 1993A, pág. 10). No se trata de culpar a los hombres,

... sino de entender que ciertas perspectivas son particulares respecto a sus propios intereses sociales y corporales, lo que no sería un problema si no fuese porque tales intereses son impuestos a las mujeres y sirven para su opresión. Tampoco se trata necesariamente de un asunto personal de un autor en un texto, es, en cambio, un resultado de la(s) posición(es) que el texto ocupa en una historia de otros textos y los grados de adherencia que exhibe frente a esa posición (...) Esta posición está sexualmente codificada en tanto el acceso a las posiciones de enunciación están sexualmente reguladas y los paradigmas y valores teóricos sirven a intereses sexualmente específicos (Grosz, 1993, pág. 205).

- La crítica al método científico como dispositivo neutral:

Una crítica que recorre a todas las EFs ataca una de las bases fundamentales de los sistemas de conocimiento científicos contemporáneos: su supuesta neutralidad. Así, reclaman que los métodos para conocer no son transparentes y neutrales, y que lo contrario no implica necesariamente la distorsión de los objetos del conocimiento por efectos de la ignorancia, las proposiciones falsas o los argumentos inválidos (Alcoff & Potter, 1993A; Haraway, 1995; Harding, 1998; Harding, 2004; García Selgas, 2008).

Esta crítica y sus propuestas, la abordaremos más adelante en el apartado *sobre el método* en el que integramos las propuestas de Haraway, Law, Mol y la antropología postmoderna.

- Sujeto de conocimiento colectivo en vez de individual

Asimismo, se insiste en la importancia de las comunidades científicas en la construcción del conocimiento, porque son las comunidades –y no los individuos- quienes lo conservan y transforman. Esto no quiere decir que no existan sujetos de conocimiento, sino más bien que tales son comunitarios, históricos y contingentes. Una muestra de ello es que el conocimiento científico solo es posible a través de “un sistema de teorías y prácticas científicas que dialogan entre sí y definen y adoptan estándares de evidencia en forma conjunta” (Alcoff & Potter, 1993A, pág. 8). Incluso se insiste en la idea de un agente comunitario de conocimiento, agregando que en el momento en que las comunidades científicas deciden entre posturas rivales, la política intersecta la producción de conocimiento, y varios de los supuestos del género aparecen en esa discusión, trátase de ocasiones informales y micro-negociaciones o instancias de amplia difusión como revistas científicas y convenciones (Potter, citada por Alcoff y Potter, 1993A).

- Crítica a los límites disciplinarios:

Los límites entre las disciplinas e internos a ellas, particularmente en el área de las ciencias sociales y las humanidades, están íntimamente relacionados con la crítica a las dicotomías modernas. Así, por ejemplo, la separación entre lo universal y lo particular distinguen a la filosofía y la historia, la apariencia y la realidad a la literatura o el arte y las ciencias naturales, y el adentro y el afuera del sujeto, a la psicología y la sociología. Asimismo, la distinción entre uno y otro en las ciencias sociales occidentales define el nacimiento de la antropología. Las disciplinas son en sí mismas el producto de relaciones de poder dinámicas e históricamente concretas y aunque no son necesariamente inmutables, permitiendo “fertilizaciones cruzadas” entre disciplinas, definen y son definidas por la separación entre una corriente principal y su periferia (Grosz, 1993). Se trata de reconocer entonces que las formas en que las disciplinas clasifican las proposiciones como propias o externas a los límites disciplinares son finalmente un asunto político y no simplemente académico. Es un tema que retomaremos desde las propuestas de Mol (2002) que más adelante trabajamos.

- Supuesto sobre considerar al “dato” –y al método- como juez principal en la validación del conocimiento:

Esta crítica cuestiona el que los objetos de investigación existan independientemente del conocimiento de los mismos y que por lo tanto pueden existir métodos inválidos o malinterpretaciones de la realidad. Ello implica aceptar una suerte de una distancia intrínseca entre objeto y sujeto, y que luego, “el conocimiento puede ser juzgado en términos de su adecuación al objeto” (Grosz, 1993, pág. 191). He aquí la forma en que se retoma la crítica más general que el postmodernismo ha hecho al supuesto de una realidad externa e independiente del observador y que ya revisamos en la presentación de las formas en que la teoría social y la sociología de la ciencia tratan la relación entre sujeto conocedor y objeto conocido. Con la epistemología de Haraway iremos más allá de este cuestionamiento para devolver al objeto una capacidad de agencia y de astucia aún más irreverente (Haraway, 1999).

- Supuesto del universalismo espacio-temporal:

Esta es otra de las críticas más comunes a las EFs, desde las cuales se cuestiona el que los conocimientos pueden ser atemporal y trans-geográficamente valiosos y válidos, sin prestar atención al proceso mediante el cual llegan a ser producidos, y sin evidenciar la huella que estos procesos dejan en el producto; por el contrario, “ellos portan de alguna forma el índice de sus orígenes” (Grosz, 1993, pág. 191); están asociados a las formaciones sociohistóricas en los que se produjeron (Harding, 1998) y no pueden, por tanto tampoco desligarse de marcas geopolíticas (Haraway, 2004), crítica también común a los estudios postcoloniales.

### **2.5.1. Reapropiación Feminista de la Ciencia: la relevancia del sujeto y la política**

Los supuestos anteriores son redefinidos desde múltiples recursos, pero tal vez el más significativo es el que aborda la cuestión del sujeto. Ello se vincula con la interpelación al supuesto de que el conocimiento esté libre de perspectivas, es decir, que, aun cuando es producido por individuos, no puede de ninguna forma ser personal ni idiosincrático para que sea considerado como genuino (Grosz, 1993). Desde las EFs se insiste en la importancia del contexto en que las teorías y los conocimientos son producidos, y en tal sentido, en la imposibilidad de un acercamiento general a los objetos. Así como se pregunta por los contextos, se pregunta también

por los sujetos que producen ese conocimiento, de partida en el sentido de la confrontación con los sujetos dominantes: ¿Es posible que las propuestas epistemológicas de los conocimientos dominantes, esto es, conocimiento producido y autorizado por gente en posiciones política, social y económicamente dominantes, puedan dedicarse a los conocimientos subalternos? (Alcoff & Potter, 1993A).

La ciencia tradicional deja el punto de vista sin revisar, lo que empobrece cualquier objetividad que la ciencia pretenda lograr. Para Harding (2004), si este grupo dominante es homogéneo, difícilmente serán identificados los supuestos que comparten sus miembros, menos aún si de tales supuestos se obtienen beneficios. Por ende, su propuesta aboga por una metodología que parta desde el “punto de vista” de los grupos marginalizados, la cual necesita ser asumida por todos y no solo por estos grupos.

Bat-Ami Bar On, en cambio, es escéptica respecto de la atribución de algún privilegio epistémico a los grupos marginalizados. Comparando esta idea con la idea marxista, de que el punto de vista del proletariado es mejor que el de la burguesía, Bar On (en Alcoff & Potter, 1993A) señala dos diferencias entre la teoría feminista del punto de vista y la marxista: primero, la teoría marxista llega a tales conclusiones luego de evidenciar que el proletariado es a la vez marginal y central en la sociedad burguesa (marginalizado en sus condiciones políticas y culturales y a la vez central en el proceso de producción). Y segundo, mientras Marx se refirió únicamente a un eje de opresión, las feministas se han referido a muchos: la sexualidad, la raza, la nacionalidad, etc., “todo lo cual problematiza la idea de la centralidad única de uno de estos ejes y levanta nuevos cuestionamientos acerca de las relaciones entre las agrupaciones múltiples” (Alcoff & Potter, 1993A, pág. 2). El reclamo es que si las feministas, emergieron como un contrapunto a las estrategias de la Ilustración para reclamar autoridad, deben evitar replicar sus mecanismos.

Helen Longino, otra destacada epistemóloga feminista, también desconfía de la idea de un privilegio epistémico para las mujeres o cualquier otro grupo oprimido. En una revisión de importantes corrientes de las EFs (Harding, 2004) Longino no encuentra motivos explícitos para optar por sus propuestas, puesto que ninguna de ellas produce normas para decidir cuáles son los puntos de vista epistémicamente mejores. Su propuesta, en cambio, es asumir un criterio normativo para fundamentar la opción por una postura epistemológica: el conocimiento ha de ser producido en comunidades científicas múltiples, cuya discusión enriquecerá y contrastará las hipótesis sin negarse a formular ninguna, y bajo ningún sesgo que se haya instituido como

autoridad. Se presenta entonces la paradoja: un conocimiento construido en comunidad únicamente puede validarse como cierto por consenso de la misma, pero el consenso solo es posible excluyendo las propuestas opuestas. De esta forma, renuncia al consenso a favor de una multiplicidad de teorías, a veces incompatibles, que puedan satisfacer estándares locales (Alcoff & Potter, 1993A).

Con todo, más allá de los diferentes matices, lo común a las EFs es su claro reconocimiento y reivindicación de la dimensión política de toda epistemología. En ello se refleja el paso de la cuestión de las mujeres en la ciencia a la de la ciencia en el feminismo (García Dauder, 2003), para argumentar que se trata de crear nuevas posiciones de sujeto y nuevos objetos de conocimiento.

De esta forma, se postula que "los conocimientos deben ser vistos como productos con perspectiva, parciales, limitados y contestables, como resultados de imperativos históricamente específicos, políticos, sexuales y epistemológicos" (Grosz, 1993, pág. 209); no necesariamente inútiles sino parciales, comparables a otras perspectivas. Siguiendo a la misma autora, no se trata de reemplazar los criterios falocéntricos por unos más inclusivos sino de develar la política de la verdad, la lógica y la razón. Se trata de una propuesta de conocimiento comprometida con luchas y debates específicos y no sobre verdades y respuestas abstractas y eternas. Los conocimientos se enmarcan en contextos específicos y tienen un valor estratégico en tiempos y lugares particulares. Es un intento de lograr la proliferación de significados y modos de representación, de forma que las mujeres puedan representarse a sí mismas y su trabajo en forma adecuada (Grosz, 1993).

Así por ejemplo, la propuesta de Irigaray se proclama como, "abiertamente parcial, partidaria, y motivada. Es una intervención política en un campo de guerra intelectual no reconocido como político (...). Para ella, la crisis de la razón no representa un impase sino una senda para que las mujeres exploren y juzguen por ellas mismas" (Irigaray citado por Grosz, 1993, pág. 210). Addelson, por su parte, apela a una nueva epistemología moral que no reduzca la política a las controversias sobre las posiciones que los individuos adoptan para tomar sus decisiones, sino que –desde el interaccionismo simbólico– sea capaz de identificar a quienes trabajan en la arena pública como "conocedores/hacedores". Una nueva epistemología moral ayudaría a revelar quienes definen los problemas públicos y como la gente actúa y se articula frente a esos problemas para resolverlos; a partir de ello las académicas feministas pueden probar sus teorías morales en la práctica para reconocer a quienes están empoderado y a quienes no al momento de

llevar la teoría a la práctica, lo que supone a su vez el compromiso de las feministas no solo en la academia sino también en el activismo social (Addelson 1993 en Alcoff & Potter, 1993). Un tercer ejemplo lo constituye Susan Babbity su problematización epistemológica en clave ética, desde donde critica la idea liberal de la acción racional acusando su definición clásica y propiciando un sentido más fino de la autonomía, de manera de propiciar en los sujetos oprimidos nuevos entendimientos sobre su posición social. En tal sentido, la idea de expresar el conocimiento en frases que persigan una supuesta neutralidad, a modo de "información" necesaria para tomar decisiones, invisibiliza la posibilidad de transformación (Alcoff & Potter, 1993A).

Por lo tanto, el eje transversal a todas las EFs es que son desvergonzadamente políticas, lo que a los ojos de la epistemología tradicional puede parecer simplemente "mala filosofía"; lo que hacen, en cambio es intersectar la epistemología tradicional, y lejos de reducir la epistemología a la política, elevan la pregunta sobre la pertinencia de cualquier acercamiento teórico que ignore a la política en el conocimiento. Las EFs tienen la tarea de prestar atención a las formas complejas en que los valores influyen el conocimiento, incluyendo el discernimiento sobre las implicancias sociales y políticas de sus propios análisis. Con todo, "este nuevo criterio de pertinencia, por supuesto, dificulta mucho más la tarea de hacer buena epistemología" (Alcoff & Potter, 1993A, pág. 13), lo que descarta de plano los prejuicios sobre de la pretendida "falta de objetividad" como una muestra de poca rigurosidad. Con todo, su objetivo va más allá, orientándose a la creación de una "democracia cognitiva"; una ciencia democrática, se dice, "es tan asunto de conflicto y esperanza como lo es la creación de una democracia política" (Longino, 1993, pág. 118).

### **2.5.2. Epistemologías Feministas para una Teoría Social Crítica**

En esta investigación nos apropiamos de cómo García Selgas (2004) propone a las EFs como un nuevo recurso para la Teoría Social Crítica, en específico, los CS de Haraway (1995, 1999, 2004).

Reconstruyendo el aporte de las teorías feministas del punto de vista (Harding, 2004) y la propuesta de los CS, el autor encuentra salidas a los problemas del relativismo y los puntos de conflicto entre las teorías críticas y las postmodernas. Se trata de una apuesta por la construcción de ciertos criterios para reivindicar la mejor conexión posible con la experiencia social y el mejor

conocimiento y posición/distancia crítica posible. En definitiva frente al rechazo posmoderno sobre la posibilidad de un *mejor conocimiento*, se propone una búsqueda orientada a la transformación de las posiciones epistémicas del punto de vista en una suerte de condición postmoderna de posibilidad para una TSC (García Selgas, 2004).

Un primer argumento, tomado de la socióloga Dorothy Smith (1987, citado por García Selgas, 2004), permite sostener la primacía del punto de vista feminista y avalar el supuesto de un quiebre radical entre el mundo de los hombres y el mundo de las mujeres. De esta forma, se sostiene que: a) no es solo que las mujeres se encuentren “alienadas de su experiencia”, sino que la sociología es, en tanto herramienta administrativa, parte de las prácticas que las gobiernan; b) las instituciones que encierran a la sociología en las estructuras ocupadas por los hombres son las mismas que encierran a las mujeres en una situación de opresión, por ende destrabar unas afecta a las otras; c) los mismos procedimientos institucionales que separan la vida cotidiana de la sociología omiten las experiencias femeninas y la relación de la propia sociología con sus condiciones materiales, con lo cual las mujeres en la sociología sufrirían un “doble extrañamiento” y una conciencia bifurcada; y d) tal situación sería privilegiada porque permite convertir la experiencia directa del mundo cotidiano en fuente principal de su conocimiento y, relocalizar a la sociología devolviéndola a sus propósitos emancipatorios. Por lo tanto, tal reorganización de la sociología parte del análisis y la crítica que se originan desde el punto de vista de la situación de las mujeres (García Selgas F. , 2004, pág. 296).

Para nosotros, la ventaja de esta argumentación es que presenta la experiencia de las mujeres como un punto de partida y no uno final o exclusivo. Así, se parte de la constatación de dos hechos epistémicos básicos. Primero, que las sociólogas feministas se veían enfrentadas a la contradicción de estar alienadas en el mundo abstracto de los discursos científicos al tiempo que trabajaban como científicas en el centro de tales discursos, asumiendo una posición universal que no era la suya. Esa situación puede ser leída en los términos que propone Hill Collins del *outsider-within* que puede ser al mismo tiempo fuente de sufrimiento y de creatividad, haciendo de la exclusión un privilegio a la hora de identificar los supuestos asumidos culturalmente. Segundo, que el punto de vista de las mujeres puede ser creativamente contradictorio y a la vez distorsionado por el orden dominante, lo que implica que no puede aceptarse acríticamente. De ahí la importancia de las luchas políticas y teóricas libradas por las feministas para construir, mediante la articulación de diferentes experiencias y diferentes feminismos, un punto de vista crítico. El argumento anterior se enlaza inmediatamente con el concepto de *objetividad fuerte* de

Harding (1998) en tanto el privilegio cognitivo de las vidas marginalizadas así entendido permite afrontar las diferencias internas del feminismo, a la vez que transforma los desequilibrios de poder institucionalizados en una palanca hacia la obtención de tal objetividad capaz de identificar presupuestos culturales y efectos del poder institucionalizado.

Ahora bien, enfrentadas al problema del relativismo, las llamadas *perspectivas desde abajo* se ven obligadas a considerar tres problemas. Primero, el riesgo de romantizar las visiones subalternas esperando que provean no solo los problemas y las agendas sino también las soluciones. Sin embargo, el punto de vista subalterno no es inocente, el proyecto de la objetividad fuerte no apoya “proyectos de ciencia identitarios” (Harding, 1993, pág. 63 en García Selgas F., 2004). La otra cara del mismo problema es llegar a convertirnos en sus voceros. Segundo, una ciencia desde abajo necesita dejar en claro que no todas las posiciones subalternas tienen el mismo valor cognitivo. No solo es imposible que sean imparciales - ven desde alguna parte y tienen ciertos intereses- sino que ni el relativismo ni el universalismo son sus soportes (García Selgas, F., 2004).

Con todo, la propuesta de Harding (1998), que sostiene que el mejor punto de vista para una investigación crítica sobre la situación de clase es el de los trabajadores, como el de las mujeres lo es para la investigación sobre las relaciones de género, no está exenta de interrogantes: ¿Dónde encontramos estándares para comparar las diferentes visiones?; ¿cómo podemos exigir privilegio epistémico para un grupo marginal que está también en el centro de algún sistema social?; ¿cuál es la fuente del carácter o vocación críticas de los grupos subalternos? ¿Por qué sus propuestas de cambio tendrían que ser mejor que la de los sujetos dominantes? Tal vez lo más problemático es que si reducimos la respuesta, especialmente la última, a que estamos a favor de las posiciones dominadas “nos deslizamos hacia el relativismo moral en que la voluntad de los sujetos dominantes tiene el mismo valor que la de los dominados, y en que resulta válido hablar por otros desde posiciones bien intencionadas de poder/saber” (García Selgas F. , 2004, pág. 299).

Para evitar caer tanto en el relativismo como en el ventrilocuismo se han argumentado diferentes recursos cuyo fundamento aquí no desarrollaremos, pero entre los cuales vale la pena considerar las aportaciones masculinas al pensamiento feminista como una forma de mostrar que las posiciones subalternas y dominantes no son naturales, ni inocentes. No obstante, hay una tensión entre los argumentos tradicionales de un punto de vista privilegiado (el tener la última palabra o ser aquel que juzga) y la necesaria salida desde el propio punto de vista. Tal como señala



Harding, hay que considerar que los enfoques del punto de vista requieren de los grupos dominantes interesados en aprender a escuchar y empatizar con las posiciones subalternas. Por ello, tal parece que un trabajo colaborativo entre un lingüista extranjero y un hablante nativo debieran ser fruto de algún grado de acuerdo; sin embargo, lo que está en juego es toda una visión de mundo, una forma de vida y de relaciones sociales de poder. Por lo tanto, ni la premisa de la última palabra ni la metáfora del hablante nativo son suficientes (García Selgas, F., 2004).

Por ende, la propuesta de García Selgas descansa en que una movilidad entre puntos de vista aboga no solo por la cualidad in-esencial y a-estática de los mismos, sino que advierte igualmente sobre las “dolorosas” y “costosas” consecuencias para los agentes. Adoptar un punto de vista, defenderlo o bien criticarlo y/ complementar, requiere estar abierto a una diversidad de puntos de vista, a una pluralidad de experiencias de distintos grupos marginalizados y, en tal sentido, la apertura de comprender un contexto amplio de perspectivas contrastantes entre las cuales buscar afinidades. Así, emergen las posturas del punto de vista como agentes de conocimiento en conflicto, colectivos, fragmentados, móviles y distintos. Por lo tanto, para reconstruir condiciones de posibilidad para una TSC no solo debemos redefinir sus elementos más básicos, sino también aceptar que estamos en medio de un proceso duro, difícil y doloroso. Dicha tensión alienaría al agente de la TSC de sí mismo, de su hogar teórico o de su perspectiva “natural”: “Como un extraño en casa, él/ella vaga como nómada, no solo en el desierto (nietzscheano) de valores y marcos de referencia, sino además en los corredores de su propio pensamiento” (García Selgas F., 2004, pág. 301).

Con todo, trasladarse a un punto de vista diferente al cual uno fue socializado requiere cambiar nuestro propio punto de vista enlazado a nuestra identidad, lo cual no solo duele sino que conlleva una actitud crítica. Esto es algo que las mujeres socializadas androcéntricamente también experimentamos; sin embargo, esta auto-transformación es mucho más fácil de ver y estudiar cuando nos trasladamos a una epistemología del conocimiento situado que es la que aquí adoptamos. Por lo tanto, se asume que:

...el punto de vista es una epistemología de transición a través de las ciénagas del desplome de la epistemología moderna. Su puerto de escala es la epistemología del conocimiento situado, la que ha proporcionado importantes argumentos e ideas para una epistemología no moderna para la Teoría Social Crítica (García Selgas F., 2004, pág. 302).

### **3. CAPÍTULO TRES: LOS CONOCIMIENTOS SITUADOS COMO SALIDA CLÍNICA A LA PARADOJA DE LA INVESTIGACIÓN CRÍTICA.**

#### **3.1. Donna Haraway**

La propuesta de Haraway es un mapa que posibilita múltiples ubicaciones según el uso que queramos hacer de él. Todas sus metáforas implican algún tipo de acción sinérgica en un nivel de complejidad que no permite la parcelación (Haraway, 2000). Nuestra apropiación de su trabajo es todavía un proceso en curso por lo que no pretendemos hacer aquí un estudio de autor, sino aprovecharla en función del problema en torno del cual gira esta tesis.

Si bien se la sitúa como teórica del feminismo postmoderno (Harding, 1996), del ciberfeminismo, la ecología, la investigación cualitativa feminista (Olesen, 2012) y la teoría crítica (García Selgas, 2002; Lash, 2005), en el contexto chileno, especialmente la crítica cultural feminista se ha apropiado de su forma de tensionar las relaciones entre igualdad y diferencia, en aras de encontrar una salida no escencialista al problema de la identidad (Richard, 2008). En un ámbito más cercano a nuestro interés, algunos psicólogos sociales la refieren en sus reflexiones sobre la investigación cualitativa desde la psicología política (Arensburg Castelli, Haye Molina, Jeanneret Brith, Sandoval Moya, & Reyes Andreani, 2013; Sandoval, 2013). Aquí la entenderemos especialmente en su localización como epistemóloga feminista, aun cuando sabemos que sus trabajos cubren un campo más amplio, que incluye los estudios culturales de la ciencia y la tecnología, la historia de la ciencia y la primatología.

Defender una determinada posición para el conocimiento y para las prácticas políticas es lo que hace que Haraway pueda asumir los retos de la postmodernidad a la teoría social (García Selgas y Monleón, 1999), alejándose tanto de la tozudez de los discursos modernos como del relativismo autocomplaciente que impide la responsabilidad (Arditti, 1995). En tal sentido, su feminismo postmoderno ha sido catalogado como crítico, materialista, ficcional y promiscuo, en tanto es consciente de la dimensión política de la epistemología y de cómo cambian las técnicas de análisis y la objetividad según los órdenes sociales que las mantienen. De ahí que reconozca que los grandes cambios epistemológicos están asociados a movimientos sociales, pero que rechace la tendencia de éstos a levantar discursos sobre la autenticidad que ocultan la diferenciación propia de toda posición, el asumir privilegios cognitivos difíciles de sostener y el olvidar que la perspectiva es algo que se logra (García Selgas, 2001).

Consecuentemente, su ubicación dentro del feminismo es crítica tanto del empirismo feminista como de las teorías del punto de vista (Harding, 1996), en la medida que busca desestabilizar e historizar las categorías de género, cuerpo y raza a favor de un feminismo que defienda la perspectiva parcial, impugnada, reflexiva, responsable y necesitada de alianzas para tratar con las constricciones y posibilidades de la tecnociencia.

A estas afinidades se suman otras que incluyen: El constructivismo que permite ver y vernos como híbridos, cuasi-objetos y cuasi-sujetos, móviles y frágiles para un conocimiento que más que condicionado por la realidad social, es parte de ella y de sus fuentes de poder<sup>20</sup>. El marxismo y el pensamiento crítico, que enlaza su feminismo al socialismo y al antirracismo en lo relativo a los compromisos emancipadores y la teoría de la praxis, pero desacreditando la pretensión de universalidad, de acceder a una realidad que puede ser develada y de que el punto de vista propio sea algo firme. La historia de la biología, la ciencia empírica y la retórica enraizada en su biografía como historiadora de las ciencias de la vida, especialmente a partir de sus estudios sobre la revolución del paradigma organicista en la biología y el desarrollo de la primatología. El postestructuralismo y la hermenéutica para deconstruir al sujeto y entrar en la lucha retórica e imaginativa que le permiten asumir las complejas posibilidades dialógicas del poder y de la parcialidad. Un compromiso histórico que mezcla su conciencia de las crisis nuclear y ecológica, la descolonización, la historia de la Guerra Fría, el feminismo y el antirracismo (García Selgas, 2001).

Ella misma resume que una preocupación que desde el principio atraviesa toda su obra es qué cuenta como naturaleza y quiénes consiguen habitar las categorías naturalizadas, por lo tanto, qué está en juego en los juicios sobre la naturaleza y la cultura y cómo trabaja ese dualismo en nuestras sociedades. Sus diferentes obras habrían sido formas de abordar este dualismo aproximándose desde la biología, pero en conjunción con la práctica semiótica y política y con diferentes cruces disciplinarios (antropología, literatura, historia, etc.) donde lo principal –y he ahí su desacato– ha sido mantener la potente conjunción entre hecho y ficción, entre ciencia y expresión, entre lo literal y lo trópico (Haraway, 2000).

---

<sup>20</sup> Se nutre en el construccionismo, pero lo sobrepasa al abandonar la primacía de lo social-humano como la única agencia generativa de la realidad (Dóminech & Tirado, 1998; Ema, García Dauder, & Sandoval Moya, 2003).

Para efectos de este trabajo, aceptamos que hay dos ejes claves en su teoría: la imaginaria (metáfora) del cyborg y la idea de responsabilidad del conocimiento y las prácticas tecnocientíficas (Arditi, 1995). Aquí nos interesa la segunda, pero no podremos soslayar del todo al cyborg porque es constitutivo de cómo se reinterpretan los componentes del conocimiento científico.

Para cerrar esta presentación general, resulta pertinente recordar que ella misma se ve incluida en la red de alianzas de los estudios feministas de la ciencia con conceptos tales como la objetividad fuerte de Harding; el realismo agencial de Barad; las intervenciones modestas de Heath; los objetos y espacios fronterizos, comunidades de práctica, trabajo de articulación, concretismo desplazado y método feminista de Star; la ciencia como conocimiento social de Longino; los cruces fronterizos y estrategias narrativas de Traweek; y sus propios conceptos de CS y cyborg (Haraway, 2004, pág. 304).

Las preocupaciones de esa red podemos extenderlas a nuestro interés por las prácticas de investigación social que se pretenden críticas, en tanto ellas suponen cuestionar “silencios críticos”, desenterrar las razones que las preguntas directas no pueden hacerse sin arriesgar el ridículo (Keller, 1992 en Haraway, 2004, pág. 304), por ejemplo, preguntarnos si la objetividad científica es sinónimo de neutralidad.

### **3.1.1. Lecturas del contexto histórico contemporáneo: la semiótico-materialidad de la tecnociencia y su relación con las posibilidades de la crítica**

La propuesta de Haraway está enraizada en una forma de interpretar el contexto histórico actual que se vincula directamente a los desafíos que enfrenta el conocimiento científico. En tal sentido, aun cuando ella se distancia de la discusión sobre la llamada *crisis de la modernidad* para situarse más cerca de las perspectivas *a modernas* (Latour, 1993), podemos incluirla junto a los postmodernos críticos o lejanos al discurso cínico que celebra los embates al proyecto de la Ilustración (Mouffe, 1999; Bauman, 2003; Butler, 2001; Urry, 2007). Tales perspectivas han privilegiado el escrutinio de las transformaciones del sistema capitalista, en clave de *lógicas del capitalismo tardío* (Jameson, 1991) o los efectos de los cambios que han supuesto las nuevas tecnologías de la comunicación y la información y su vínculo con el sistema socioeconómico (Castells, 1999), entre otros. El énfasis de Haraway será leer el sistema económico en su imbricación con la tecnociencia.

Desde esa perspectiva, sus análisis de diversas figuraciones como el cyborg (Haraway, 1995) o su Testigo\_Modesto@Segundo\_Milenio (Haraway, 2004) cobran sentido en el mundo de la tecnociencia comprendido siempre como uno que es a la vez semiótico y material. En esa comprensión se rompe con las nociones tradicionales del contexto como algo que nos rodea o donde nos ubicamos, en tanto se trata de un mundo que disputamos y a la vez encarnamos; pero sobretodo, uno en el que las representaciones a las que estábamos acostumbrados son rebasadas, “un mundo de resultados inconmensurables, un mundo que excede sus representaciones y demuele sintaxis. Este mundo excesivo desafía al mismo tiempo la denuncia y la celebración, a la vez que exige cuidado y responsabilidad (Haraway, 2004, pág. 16).

Retomando el trasfondo de esta tesis, la situación en que ha quedado la crítica, entenderemos que tales características del mundo actual ya no permiten intentar ejercitarnos en la crítica mirando desde fuera, por el contrario, una condición básica para posibilitarla es la implicación. Dicha forma de *estar en relación* con el mundo que se describe y declara adopta en Haraway al menos cuatro modos.

En un primer sentido, ella asume que no bastan la denuncia o la celebración, la impugnación puede ser necesaria, pero no suficiente. Descartar la celebración de los recursos actuales resulta demasiado costoso. Si, como señala Harding (1998), la relación entre sociedad y ciencia han coevolucionado tanto en sus proyectos de dominación como en sus movimientos democráticos, resultan pertinentes las memorias que trae Haraway para ejemplificar su “herencia”:

Recuerdo, al haber sido formada como conocedora privilegiada y a la vez ajena a los discursos y poderes hegemónicos de mis legados europeos y norteamericanos, que el anti-semitismo y la misoginia se intensificaron durante el Renacimiento y la Revolución Científica de principios de la Europa moderna, que el racismo y el colonialismo florecieron durante los hábitos viajeros de la Ilustración cosmopolita, y que la miseria intensificada de miles de millones de hombres y mujeres parece enraizada orgánicamente en las libertades del capitalismo transnacional y la tecnociencia. Pero recuerdo también los sueños y logros de libertades contingentes, conocimientos situados, y el alivio del sufrimiento, inextricables a esta triple herencia histórica contaminada (Haraway, 2004, pág. 19).

En segundo lugar, no se trata de una crítica contra ni fuera de la tradición moderna, no es anti-ilustrada ni analfabeta sino que se formula desde una posición señalada por “las diferentes alfabetizaciones que suponen los relatos de la historia de salvación cristiana y el progreso tecnocientífico” (Haraway, 2004, pág. 19). Por lo mismo, asume que su posición y la de sus figuras no son simplemente antagonistas, sino contradictorias, múltiples, contingentes y situadas a la vez.

En tercer término, se trata de una feminista más cercana al feminismo postestructuralista que al moderno, que se nutre de las aportaciones del diálogo entre el feminismo del punto de vista y la deconstrucción tanto de las posiciones esencialistas de las primeras críticas feministas, como del feminismo postcolonial (Richard, 2008). Ello se resume en la herencia del feminismo que ha aportado desde las conciencias subalternas, pero manchadas en tanto conciencias diferenciales<sup>21</sup> que buscan aprender y practicar diversas alfabetizaciones más acordes a la manera en que el mundo de la tecnociencia funciona.<sup>22</sup>

Como cuarto punto, se trata de una posición crítica que se ubica en el “filo de la navaja” entre la “paranoia” y el “rechazo” del actual orden donde se han unido el capital trasnacional y la tecnociencia en lo que sintetiza como “Nuevo Orden Mundial” de la Postguerra Fría (Haraway, 2004, pág. 23).

Para el feminismo no importa si la libertad o la justicia o el conocimiento son o no modernistas, ya que siguiendo a Latour, *nunca hemos sido modernas*. Ese no es el tema relevante, pero sí que los tres –libertad, justicia y conocimiento- tratan sobre el anhelo en términos de Hooks, más que de “fundamentos putativos” de la Ilustración. Tal anhelo viene a ser una sensibilidad política y afectiva que posibilita enlaces de categorías cruzadas que “*promoverían el reconocimiento de compromisos comunes y serviría como base para la solidaridad y la coalición*” (hooks, 1990 en Haraway, 2004, pág. 222). El concepto de Hooks viene de la conciencia de la negritud postmoderna y dialogaría con el de sujetos nómades de Braidotti, así como con el de conciencia oposicional y diferencial de Chela Sandoval. Pueden ser formas de imaginar también la búsqueda de la crítica como algo fuerte y precario al mismo tiempo. Han sido pensados para el sujeto femenino del feminismo antirracista, pero pueden extrapolarse para otros sujetos del feminismo.

Si todas estas características de su posición frente al contexto histórico son una forma de crítica implicada, que es lo contrario del distanciamiento de la objetividad científica basada en la neutralidad, tal implicación es la antesala de una forma de “salida clínica” a la paradoja de la

---

<sup>21</sup> Lo de las conciencias diferenciales ha sido tomado por Haraway de Chela Sandoval, quien ha teorizado sobre *la conciencia diferencial y de oposición* que pueden encontrarse en las prácticas de lectura y escritura de las mujeres de color tercermundistas de los Estados Unidos, pero pueden ser aprehendidas para otros contextos. Tal tipo de sensibilidad política y semiótica es irreductible, no inocente y está articulada y en deuda con quienes “aprendieron a ver el mundo y funcionar en él a través de nuevas formas críticas”, por lo que resultan claves para las teorías del punto de vista feminista en general y el que aborda los estudios de la ciencia en particular (Haraway, 2004, pág. 310).

<sup>22</sup> Para comprender este deslizamiento, ver García Selgas (2004).

crítica con la que partimos. Así, si los recursos en los que se basaba la crítica moderna ya no son suficientes (García Selgas, 2002; Lash, 2005), podemos encontrar otros soportes que sin renunciar a un tipo de conciencia política permitan desnaturalizar y transformar lo dado evadiendo las trampas modernas.

En ese afán, Haraway recurre a diversas “figuras” para trabajar metodológicamente la capacidad semiótico-material de la realidad, la crítica y la tecnociencia: el *testigo modesto* de la Revolución Científica, el *HombreHembra*© del feminismo transnacional mercantilizado y el *Oncorotón*® de la guerra biotecnológica contra el cáncer, todas ellas figuras en historias seculares de salvación tecnocientífica cargadas de promesas. De las diversas figuraciones le importan particularmente los sentidos del tiempo asociados a la figuración cristiana.

A pesar del extraordinario nivel de multiculturalidad, multiethnicidad y multireligiosidad de su población, la cultura científica norteamericana está repleta de historias y figuraciones que solo pueden llamarse cristianas. El realismo figurativo infunde al discurso cristiano de toda esa disputada variedad de voces de tradición religiosa, y este tipo de figuración modela gran parte del sentido tecnocientífico de la historia y el progreso” (Haraway, 2004, págs. 26-27).

Este momento histórico y retórico vendría a ser la *máquina del tiempo* que hay que reprogramar. Desafiar las prácticas semiótico-materiales de la tecnociencia es una apuesta por otro tipo de alfabetismo científico, uno más profundo, amplio y abierto. Para ello las figuras no pueden reproducir la lógica heredada, no pueden ser representacionales ni miméticas, ni literales ni auto idénticas, por el contrario, requieren de desplazamientos que corren el riesgo de problematizar certezas e identificaciones que devienen en problemáticas.

En aras de esa búsqueda es que utilizará en sus argumentos objetos tales como el chip, el feto o la raza, por nombrar algunos, en los que las vidas y los mundos son (re)construidos, operando como nodos –literales y figurativos- que estallan en la práctica. Se trata de entidades que nos habitan y deshabitan en tanto diseñan mundos de conocimiento, de prácticas y poderes.

En tanto las figuras suponen algún tipo de modalidad temporal que viene a organizar la práctica interpretativa, Haraway ofrece el cyborg como habitante de un régimen espacio-temporal que identifica como “tecnobiopoder”, que es análogo a las figuras biopolíticas de Foucault, cuya temporalidad correspondía más bien a la preeminencia de las formas de vida experimentales. El cyborg se caracteriza por la “condensación, fusión e implosión” que tanto se cruza como desplaza a la modalidad temporal del realismo figurativo: “La implosión de lo técnico, orgánico, político, económico, onírico y textual que es evidente en las entidades y prácticas semiótico-

materiales de la tecnociencia de finales del siglo veinte, configura mi práctica de figuración” (Haraway, 2004, pág. 29).

A partir de esto, diversos fenómenos asociados a la globalización permiten ejemplificar que las temporalidades se mezclan con modalidades espaciales específicas, localizadas. En tal sentido, la globalización es una producción semiótico-material de algunas formas de vida más que de otras y la tecnociencia viene a ser la historia de tal globalización. De ahí que el cyborg refiera más a lo global que a lo universal y que pueda ser comprendido más bien como un “cronotopo cyborg” (García Selgas, 1999).

### **3.1.2. La reapropiación y resignificación de la ciencia**

La reapropiación que hace Haraway de la ciencia, junto al resto de las epistemólogas feministas, asume la imposibilidad de renunciar al conocimiento, tanto porque es constitutivo al ser humano como porque en la habilidad de acceder a la información se juega hoy el poder. Por ende, su trabajo se orienta a visibilizar las formas en que el conocimiento se transforma en mercancía.<sup>23</sup>

En Haraway –como en Harding (2008)- hay una voluntad de poner en diálogo los estudios de la ciencia, la teoría feminista antirracista y la tecnociencia entendidos los tres como “aparatos de producción cultural”. Esos tres aparatos se encarnan en las figuras del “testigo modesto”, “HombreHembra” y “Oncorotón”.

El testigo modesto es una figura de los relatos de la ciencia y los estudios de la ciencia. El/ella trata sobre el decir la verdad, dar testimonio fiable, garantizar cosas importantes, dar base suficiente para permitir la creencia precisa y la acción colectiva, a la vez que para evitar el narcótico adictivo de las fundaciones trascendentales. HombreHembra es la principal figura del campo narrativo del feminismo en este libro. El/ella trata sobre la categoría fundacional contingente y disociada de mujer, fantasma del coherente hijo prodigio llamado hombre. Oncorotón es una figura del campo narrativo de la biotecnología y la ingeniería genética, mi sinécdoque para la tecnociencia (Haraway, 2004, pág. 40).

No obstante, el argumento no es solo a favor de no renunciar a la ciencia, sino también de permitirnos la creación de significados. A ello contribuye su uso del hipertexto como una

---

<sup>23</sup> Haraway recurre a la ficción para descentrar las naturalizaciones del presente que nos atrapan. Así, retoma el argumento de la novela “He, She and It” de Marge Piercy (1991), donde la protagonista –Nili, mujer guerrera judía matrilineal del mundo del holocausto post-nuclear- nos recuerda que “la habilidad para acceder a la información es poder (...) siempre hemos considerado la adquisición de conocimiento como constitutivo al ser humano”, por lo que ella y el resto de sus compañeras están “comprometidas con el principio de que la información no debe ser una mercancía” (2004:17).



metáfora. Haraway escribe en 1994 usando el ejemplo de “Mosaico”, hipertexto que antecede a “Google”, como tecnología que hace de “médium” en la distribución global de la información en el corazón de la actividad comercial, académica y cultural en general, en un mundo donde las oportunidades de vida y muerte son reconfiguradas por los computadores. El hipertexto, en tanto es una buena tecnología, realiza sus sujetos y objetos siendo parte de los aparatos que producen la cultura tecnocientífica (Haraway, 2004, pág. 151).

La esencia del hipertexto es crear conexiones, y por ende puede ser también una metáfora útil para cambiar las formas en que escribimos ficción, en que conducimos el saber y (re)construimos redes consecuentes en un mundo que reconocemos como poblado de sujetos-objetos de investigación. Se trata de pensar la tecnociencia como un tropo que es parte de un todo para un mundo de actores y actantes no humanos, lo que no es independiente de la reconstitución de cuestiones tales como la libertad, la justicia y el conocimiento. Al revolucionar las formas de uso del computador permiten ver hasta dónde los híbridos de humanos y no humanos se configuran y actúan.<sup>24</sup>

En un sentido más amplio, lo que está también en juego es una forma de entender al sujeto histórico global actual y la necesidad de que los proyectos críticos no lo den por sentado sino que se involucren en su creación, impugnación y transformación.

Toda esta disputa por la creación de significados ya no puede ser vista sobre la división de sujetos y objetos. “Los intérpretes de signos son ontológicamente sucios” (Haraway, 2004, pág. 153). Se inventan con actores y actantes articulados provisionalmente, temporalmente dispersos y espacialmente rearticulados. Lo importante son las conexiones y las inscripciones.

Su anhelo es que las feministas participemos más fuertemente en la creación de significados en mundos tecnocientíficos como los actuales y que seamos reconocidas por ello. Este interés por fomentar la disputa y creación de significados a través de las conexiones, puede ser un punto de

---

<sup>24</sup> En este punto Haraway no solo nos sirve como referente de la epistemología que estamos poniendo en práctica sino que también su trabajo sobre el hipertexto (2004), más otros aportes del tecnofeminismo (Wajcman, 2006) y los estudios sobre las relaciones entre las TICs y diversas formas de acción colectiva (Sádaba & Gordo, 2008), nos serán útiles para comprender la transmisión de las memorias sociales de las dictaduras militares en Chile. Hemos observado la relevancia que adquiere internet para la reapropiación que los jóvenes del 2013 hacen de la dictadura chilena (1973-1990) como pasado reciente pertinente para sus vidas, algo que pudimos trabajar al analizar fotografías e imágenes que ellos toman, recuperan y modifican de diversos archivos digitales disponibles en la WEB; con ello, se desafían las teorías sobre la transmisión intergeneracional de las memorias sociales basadas en el testimonio directo (Cornejo, Reyes, Cruz y otros, 2013). Volveremos sobre este tema en el capítulo ocho.

interés pertinente de extrapolar a la investigación crítica en las ciencias sociales en cuanto a su capacidad para crear nexos en vez de develar problemas de forma mesiánica.

Hasta aquí hemos presentado el posicionamiento que podemos atribuir a Haraway con relación a la paradoja de la crítica, la cual afronta desde una implicación en diversos sentidos que no supone ni el rechazo de la ciencia ni la reproducción del consabido mandato de la imparcialidad. García Selgas (2001) identifica dos ejes en la reapropiación feminista y postmoderna de la ciencia de Haraway: a) la redefinición del proceso cognitivo que lo entiende como situado, encarnado y hermenéutico, y b) la reconfiguración de la naturaleza de los elementos del conocimiento, tanto del “sujeto” como del “objeto”. Sirviéndonos de esa división, en lo que sigue presentaremos primero el CS como una salida clínica a la paradoja de la crítica que antes señalamos; y luego, desandaremos la reconfiguración de las posiciones de sujeto, la noción de objeto y la redefinición de la epistemología que los vincula.

### **3.1.3. Los Conocimientos Situados como condición de posibilidad para la crítica**

La crítica de Haraway no es solo deconstructiva sino también esperanzadora y propositiva. En sus diálogos con las feministas del “punto de vista”, argumenta que necesitamos puntos de vista que sean extraordinarios, que prometan algo no conocido de antemano, para construir mundos menos organizados en ejes de dominación (Haraway, 1995, pág. 329). Así, se entiende que señale: "Los rasgos ópticos de mi teoría reductora tienen el propósito de producir no tanto efectos de distanciamiento, como efectos de conexión, de encarnación y de responsabilidad con algún otro lugar imaginado que ya podemos aprender a ver y a construir." (Haraway, 1999, pág. 122). Esa responsabilidad que se reconoce a todo conocimiento científico, es lo que podemos torcer a favor de los compromisos a los que suscriben los proyectos críticos de ciencia asumiéndolos como situados en un sentido transformador y aliados de unas orientaciones normativas, éticas y finalmente políticas particulares. Ello supone asumir al menos tres condiciones básicas de los conocimientos situados: son parciales, encarnados y reflexivos de sus aparatos de visión.

#### ***3.1.3.1. Parcialidad frente al relativismo***

Los CS se reconocen como parciales, pero ello no es lo mismo que apostar por el relativismo sino por conocimientos localizables y objetivamente encarnados (Haraway, 1995).

Si entre los supuestos modernos más cuestionados figura la posibilidad del discurso objetivo en la ciencia, quedamos enfrentados al problema de cómo posibilitar la crítica que antes descansaba en la razón ilustrada. Si la ciencia se asumía como un instrumento para conocer la realidad representándola, con la postmodernidad se presenta el problema de cómo distinguir entre realidad y representación (Jameson, 1996). Frente a eso, Haraway muestra que la representación no es una metodología sino un proyecto, que no hay algo dado allá afuera para ser descubierto por la ciencia. Una consecuencia de ello es que la razón no puede seguir pretendiéndose como algo universal, sino que tenemos que asumir que es siempre razón situada. De ahí se desprende el problema del relativismo y su riesgo de paralización

Frente a ello, la propuesta de Haraway arriesga la deconstrucción discursiva de la ciencia, usando *otras formas retóricas no lineales* – propias del positivismo- como la ironía, el diálogo o el drama, que permiten cuestionar los discursos, incluido el propio, sin llegar a ser alcanzados de pleno por ese cuestionamiento. Es así como llega a defender que es la parcialidad y la situación de la perspectiva lo que posibilita todo conocimiento (García Selgas, 2001, pág. 361).

Uno podría decir que si la función crítica de la teoría social ha fracasado –al menos en sus formas modernas- ello no necesariamente conduce a una parálisis. Para Haraway (2000) el fracaso no es algo necesariamente negativo sino una situación de no-obviedad en la que algunos aspectos de la red de herramientas que usamos se hacen visibles, con lo cual se nos revelan los nexos de relaciones que necesitamos para completar nuestra tarea. Así, provoca un espacio de posibilidades precisamente porque las cosas dejan de funcionar como lo hacían. Ello no quita que sea un proceso doloroso, pero el dolor puede volverse productivo.

Por otra parte, su manera de encarar el relativismo es reemplazar la epistemología de la representación por una de la articulación que asume que el conocimiento no representa algo que está en la realidad, sino que la difracta en tanto realidad y conocimiento en su mutua constitución se modifican. Volveremos sobre este tema con más detalle en el apartado siguiente.

Sin embargo, las críticas a la representación no lo son solo en su dimensión epistemológica, sino también política, si es que se puede separar analíticamente ambas. Diversos casos que analiza Haraway (1999) como las preguntas de ciertos ecologistas sobre “¿quién habla por el jaguar?” o los cuestionamientos de posiciones antiaborto acerca de “¿quién habla por el feto?”, van mostrando, desde una narrativa difractaria, que sí hay diferencias en las consecuencias de una semiótica política de la articulación y una semiótica política de la representación (Haraway,

1999). Es lo que retomaremos más adelante con el paso de la epistemología de la representación a una de la articulación (García Selgas, 2008). Desde la articulación no se puede eludir la responsabilidad en aras de un pretendido relativismo. La articulación implica:

Conexiones cargadas de materialidad y profundamente significativas, sobresaturadas de sentido y por lo tanto siempre excesivas (...) las promesas de los monstruos no nos ofrecen garantías. Pero esta imposibilidad de garantizar un resultado definido a priori en el desarrollo de las prácticas articulatorias de la “democracia radical” no nos lleva a un relativismo simple donde “todo vale”. Al contrario, nos devuelve la responsabilidad dado que nunca podemos escindirnos de los entramados en los que nos engarzamos: estamos irremediabilmente manchadas. Pero entonces ¿cómo podemos discernir? Butler (2001) señala que sería básico preguntarnos “¿qué formas de comunidad se han creado [en el proceso de articulación] y a través de qué violencias y exclusiones se han creado?” (García Dauder & Romero, 2002, pág. 6).

### **3.1.3.2. *Objetividad como encarnación***

Los CS no son solo una propiedad peligrosa y poderosa de los conocimientos científicos, sino de todas las prácticas de saber. Ello queda ejemplificado en el análisis de Haraway (1995) sobre las disputas por la “experiencia de las mujeres” encarnado en su propia experiencia de enseñanza de los estudios sobre la mujer como actividad históricamente específica. Así, los CS son un término para insistir en que los asuntos más sencillos en el análisis feminista necesitan momentos cautelosos y contradictorios en su resolución. Los CS crecen con la responsabilidad, algo que para la teoría feminista, en los EEUU de los 80’, implicaba un esfuerzo por articular la especificidad de la localización desde la que debían construirse la política y el conocimiento; donde lo “particular” en el movimiento era distinto del individualismo liberal y del aislamiento desolador de las diferencias sin fin, ya que no renunciaba a la esperanza de un movimiento colectivo, pero sí asumía que los medios y los procesos de tal movimiento necesitaban nuevas geometrías.

De este modo, los CS conforman poderosas herramientas para las personas inscritas en categorías marcadas de género y raza. Siempre son conocimientos marcados, son nuevas marcas de los grandes mapas que globalizaron el cuerpo heterogéneo del mundo en la historia del capitalismo y colonialismo masculino (Haraway, 1995).

Con esto en mente, Haraway puede entrar a defender una noción de objetividad rigurosa y comprometida en tiempos postmodernos. Recogiendo la discusión sobre el significado de la objetividad en la investigación académica y el activismo feminista, concluye que han estado atrapadas entre dos polos. Por un lado, el argumento social construccionista para todos los

conocimientos, especialmente los científicos, proveniente de los estudios sociales de la ciencia (entre otros Latour, 1987, 1995) para el que todos los esquemas limitan el conocimiento y son teorizados como actitudes de poder y no de búsqueda de la verdad. Desde este polo las feministas se hacen conscientes de que la doctrina del método científico y su epistemología se habría creado para distraer nuestra atención y evitar que conozcamos el mundo con efectividad. La ciencia pasa a ser así retórica, persuasión, un texto discutible y un campo de poder. Sin embargo, reclama Haraway, a finales del siglo XX la ciencia está poblada de objetos que tengan o no estructuras de objetos retóricos no son objetos coherentes sino “huellas momentáneas”. De ahí que se distancie de este polo porque no renuncia a creer que un mundo real es posible, aceptando las complejidades de cómo abordar la realidad. La crítica de la autora a cómo las feministas, incluida ella, se han dejado seducir por este argumento radica en que han querido encontrar una forma de mostrar la parcialidad de la ciencia para separar entre su “buen” y “mal” uso. El argumento construccionista parecía reducir el tema a parcialidad v/s objetividad, pero tras desenmascarar la objetividad muchos feminismos encontraron una buena excusa para renunciar a la ciencia (Haraway, 1995). Así, más que rechazar el argumento construccionista se trata de ver sus limitaciones como una salida al problema.

En el otro polo han estado las posiciones que apoyándose en el marxismo y el empirismo feminista han tratado de encontrar una versión feminista de la objetividad, que apela a que vale la pena seguir buscando una mejor descripción del mundo, a que no basta con mostrar cómo la ciencia es contingente históricamente y cuáles son sus modos de construcción. El problema para Haraway es que se trataría de un proyecto que tiene más de ética y de política que de epistemología. Así, no es un rechazo a lo ético político, pero queda pendiente la respuesta epistemológica.

Desde ahí, Haraway planteará su propio tema al que responden los CS: ¿cómo lograr simultáneamente una versión de la contingencia histórica radical para todo conocimiento y un compromiso con sentido que consiga versiones fidedignas del mundo “real”, capaz de ser parcialmente compartido y favorable a proyectos de emancipación; pero para eso no se puede seguir optando entre los dos polos o intentar una salida pasando alternativamente por ambos? (Haraway, 1995).

Con eso en mente, la autora reclama que todo conocimiento está situado, pero asumirlo positivamente es la forma de ejercer la objetividad feminista como objetividad encarnada, vale

decir, como una que renuncia al privilegio de ver desde ninguna parte y a esencializar una posición como mejor que otra por estar del lado de los subyugados, vistos como identidades fijas, homogéneas, originales y necesitadas de “ventrílocuos” que hablen por ellos/ellas. Así, se trata de ver que “de manera contundente, la teoría es corporal, y la teoría es literal. La teoría no es algo distante del cuerpo vivido; sino al contrario. La teoría es *cualquier cosa* menos desencarnada” (Haraway, 1999, pág. 125).

Los CS pueden y deben ser, al menos desde el feminismo, objetivos, parciales y comprometidos. Haraway reclama para el movimiento y la epistemología feminista que necesitamos encontrar una forma de problematizar nuestras propias “tecnologías semióticas”, pero sin aspirar a una teoría de la objetividad para la trascendencia, en tanto rechaza una teoría de poderes inocentes para representar el mundo. Sin embargo, y como no renuncia al sentido colectivo de la teoría y epistemología feminista, va a insistir en que sí necesitamos un circuito generalizable de conexiones, expresado en su idea de “traducción” del conocimiento entre comunidades diferentes (Haraway, 1995).

En definitiva y pese a lo simple que parece, para Haraway la objetividad feminista equivale a los CS, donde se asume que solo la perspectiva parcial es la que permite la objetividad, en otras palabras, la objetividad feminista es racionalidad posicionada (Haraway, 1995). Esto es dar vuelta herejemente la premisa moderno-positivista que asume que una posición particular impide la objetividad.

En tal sentido va a apuntalar su concepto de objetividad encarnada a través de los CS con el de “objetividad fuerte” que propone Harding (1998). Con ese recurso y con la noción ecofeminista de objetividad abierta a la sorpresa y la ironía en el proceso cognitivo, Haraway puede avanzar en clarificar la interrelación cognitiva entre sujetos y objetos de investigación, sirviéndose de las figuras del cyborgs y el coyote, entendida como una interrelación material, simbólica y política, en la que ambos se van (re)configurando (García Selgas, 2001).

Si lo situado del conocimiento tiene que ver con su ligazón constitutiva a determinadas coordenadas socio-históricas, la encarnación se entiende como algo relacional e híbrido donde no son posibles las identidades como autoreflejos. Como argumenta García Selgas con ambos en mente, CS y encarnación, el relativismo se diluye en la “circularidad reflexiva” que requiere de una metodología circular y capaz de seguir el desdoblamiento y multiplicación de los sentidos.

Luego los CS son mucho más que considerar el contexto de un tipo determinado de conocimiento:

Que el conocimiento sea situado no es una mera cuestión contextual, sino constitutiva: el instrumental conceptual, tecnológico y material, como el perfil de sus «objetos» de referencia, está enraizado en y se alimenta de estructuraciones socio-históricas concretas. Rechazar, por fantasmagórica, la visión universal y omnipotente del ojo-de-dios no implica separar y aislar los asientos del conocimiento, sino todo lo contrario, implica: mostrar las múltiples mediaciones, entre el laboratorio y la ganadería, por ejemplo; articular redes de afinidades sociales que lo avalen, construyan la posibilidad de la conversación y alimenten una “imparcialidad apasionada”; y, sobre todo, hacer asumible su práctica real (...) La objetividad, que se busca con las prácticas cognitivas, lejos de oponerse a la subjetividad, se basa en la encarnación que da asiento a ésta (García Selgas F. J., 2001, pág. 370).

Y si los CS son algo más que definir el contexto del conocimiento, también hay que entender que la situacionalidad del conocimiento no necesariamente significan un lugar, no significa solo que nuestras marcas de identificación sean –literalmente- el lugar donde uno está, sino una forma de mostrar los múltiples modos de ubicación, que tienen que ver tanto con el lugar como con el espacio al modo en que lo usan los geógrafos (Haraway, 2000).

### **3.1.3.3. Aparatos ópticos**

Finalmente, para Haraway (1995) comprender cómo funcionan nuestros sistemas visuales teórica, social y psíquicamente sería una forma de encarnar la objetividad feminista, vale decir, los CS. En tanto los aparatos visuales no solo condicionan cómo ver sino también qué ver, uno diría que cobra sentido lo que ella ha aportado sobre hacernos conscientes de que definir quién puede hablar, de qué, en qué términos, qué tramos son relevantes y qué puntos de vista son presentables, constituyen la determinación del orden del discurso. Es una práctica de poder/conocer que cobra aún más sentido con su insistencia respecto de que toda escritura, toda producción discursiva o narrativa “se arraiga en la situación polifónica de emisores y receptores y es responsable de sus propias resistencias y aperturas” (García Selgas F. J., 1995, pág. 28).

Luego, los aparatos visuales tienen mucho que ver con la importancia de la retórica. Enfatizar la naturaleza política de las ciencias y de sus análisis se reafirma por su carácter discursivo y narrativo, desde los modelos teóricos y las observaciones empíricas hasta las dedicatorias (García Selgas, 1995). Del mismo modo cobran centralidad las metáforas que actúan como prótesis, como categorías de conocimiento para la creación de conocimientos que otorguen poder. Las metáforas pueden ser una forma de invitación a investigar diferentes aparatos de producción visual (Haraway, 1995).

#### ***3.1.3.4. Sobre la figura Cyborg: apresto para la redefinición de los sujetos/objetos de conocimiento***

La figura del cyborg en tanto organismo cibernético inspirado en la ciencia-ficción, es postulada por Haraway (1995, 1999) como una de las posiciones sujeto de un mundo postmoderno donde se difuminan las fronteras entre animal y humano, organismo y máquina, físico y no físico. Así, la utiliza para subrayar que las identidades fragmentarias y los puntos de vista contradictorios son potencialidades -venidas precisamente de sus posiciones de frontera- para las esperanzas y compromisos políticos que la movilizan.

La importancia del cyborg se entiende en el contexto de la crítica de la razón “centrada-en-el-sujeto” que alude a que el hombre como criatura autónoma, racional y universal solo es una construcción moderna, por lo que no puede considerarse como una esencia previa a las fuerzas históricamente específicas que lo constituyen. He aquí su vínculo con Foucault para quien el hombre es una invención de menos de dos siglos, un pliegue en nuestro saber-poder que desaparecerá cuando éste encuentre otra forma. Esto se asienta en el reconocimiento de que las configuraciones de conocimiento y poder de un período histórico están en función de los límites con que se divide, separa, clasifica y discrimina las cosas que son parecidas (epistémica y ontológicamente); límites que son constitutivos del poder e instrumentos de ese poder. En relación con esto hay que entender que el cyborg habla de la transformación en “lo material mismo de los ámbitos sociales que constituyen nuestra realidad”, transformación que no solo es reconfiguración de los elementos presentes (modernos), sino modificación de la “cualidad” y “sustancia” de tales elementos. A esto apuntaría Haraway con aquello de que las tecnologías del cuerpo productoras del sujeto moderno se debilitan progresivamente, sustituyéndose por tecnologías de un orden diferente; los límites modernos se disuelven en nuevos límites, más fluidos e imprecisos que rompen los dualismos modernos (ej. mente/cuerpo, humano/material). Esos nuevos límites han sido posibilitados por el despliegue de tecnologías cibernéticas en diferentes ámbitos (biología, medicina, escuela, trabajo, las multinacionales, industria militar, entre otras), facilitando configuraciones de poder/saber y sujetos postmodernos. Así, la figura del cyborg sostenida por Haraway puede ser entendida como una metáfora de aquello en lo que nos estamos convirtiendo, una metáfora irónica, pero también instrumento de movilización política: una nueva promesa de “emancipación” donde los “oprimidos” son todos “los otros” de un “capitalismo patriarcal y racista”. Con ello, urge darse cuenta del impacto de la “penetración de



la cibernética” en nuestra realidad para poder desarrollar una “estrategia de liberación” (Arditi, 1995, págs. 9-13).

De este modo, Haraway inspira muchos de los trabajos sobre las fronteras de las formas sociales para quienes asumen que a finales del siglo XX todos somos o tenemos algo de *cyborgs*, precisamente porque a través de esta figura se puede pensar que “un mundo *cyborg* podría tratar de realidades sociales y corporales vividas en las que la gente no tiene miedo de su parentesco con animales y máquinas ni de identidades permanentemente parciales ni de puntos de vista contradictorios” (Haraway, 1995, págs. 254-263). Se trata entonces de asumir que lo humano no ha desaparecido, pero que hay muchas propuestas que buscan reconciliar dicotomías absolutistas.

Los artefactos y la tecnología, lo animal, lo vegetal y mineral, los géneros, es decir, lo quimérico *cyborg*, ofrecen límites permeables. No importa ciertamente en donde termina uno y continúa lo otro sino, más bien, de qué manera esas híbrides operan y construyen sus ámbitos de definición, su espacio situacional de prácticas (Mora, 2002, pág. 16).

De ese modo, la figura *cyborg* ha permitido comenzar a imaginar las orientaciones de nuevas formas de pensar la política. Desde reflexiones que apuntan a una *ontología política de la fluidez social*, se postula que la fluidificación desdibuja la separación tajante en aquello que solemos asumir como espacios o mecanismos de dominación y los de resistencia. Por ello, con Haraway como con otros, se puede hacer de la figura del *cyborg* algo más que una metáfora de la nueva *agencia crítica*, para observar en ella más bien las tensas condiciones que han de convivir para que pueda emerger la *agencia transformadora* (García Selgas F. , 2003).

Con este apresto sobre la figura del *cyborg* como posición de sujeto-objeto epistemológico y político, cerramos esta primera parte de la propuesta de Haraway con relación al trasfondo de nuestro problema de investigación: la paradoja de la crítica en el contexto actual. En lo que sigue, nos acercamos más a los recursos que nos permiten abordar las prácticas de investigación social que se pretenden críticas.

### **3.2. Reconfiguración del Proceso de Producción del Conocimiento: Sujeto, Objeto y Difracción**

Para entender cómo desde Haraway se puede avanzar hacia una propuesta que permita apuntalar –aunque no garantizar– la capacidad crítica de las investigaciones de las ciencias sociales, requerimos pasar por el medio de un itinerario que hemos ordenado en tres partes: i. la forma de

entender al sujeto de investigación, ii. la reinterpretación del objeto y iii. la propuesta de una nueva epistemología que los vincula.

### **3.2.1. Para visibilizar al sujeto de investigación como co-autor responsable de la creación de conocimiento: las imposibilidades del testigo modesto**

#### ***3.2.1.1. La recreación del género en la práctica experimental moderna***

Con Haraway podemos deconstruir la forma en que se ha sostenido una tajante separación entre el interés por el conocimiento y los intereses sociales y políticos, a pesar de los múltiples lazos que los vinculan. Esa división está a la base del concepto moderno de objetividad científica. De ahí que abordar los soportes que sostienen tal divorcio sea necesario para entender, y luego disputar lo que aceptamos como conocimiento objetivo.

Un primer soporte que identificamos es el tipo de condiciones exigidas al sujeto de investigación para ser capaz de informar, de manera fiable, sobre los fenómenos en estudio: debe ser un sujeto invisible, no marcado, desinteresado y sin intervención en lo que observa. La propuesta de los CS supone desestabilizar tales condiciones y, para ello, Haraway reinterpreta la historia de la bomba de vacío de Boyle documentada por Shapin y Schaffer, texto que ha sido objeto de diversas referencias en el campo de los estudios de la ciencia (Shapin & Schaffer, 2005). El poder de la bomba de vacío, radica en que logró posibilitar una objetividad donde los “hechos” llegaron a establecerse con independencia de cualquier tipo de interés, consagrando así la separación moderna entre tecnociencia y política.<sup>25</sup>

La bomba de vacío, encarnada en las tecnologías sociales y literarias del correcto testimonio, sostenida por la labor subterránea de su construcción, mantenimiento y funcionamiento, adquirió el poder impactante de establecer los hechos independientemente de los argumentos infinitos de la política y la religión (Haraway, 2004, págs. 42-43).

Lo anterior implica la negación del artefactualismo que supone todo producto, en tanto las tecnologías que se encarnan en la bomba de vacío tienen la potencialidad de objetivar la tecnología en la medida que se la separe de la agencia humana. Es la naturaleza la que habla, no la sociedad ni la cultura<sup>26</sup>.

---

<sup>25</sup> Este apartado está a la base del capítulo cinco que analiza el rol del conocimiento científico social, entendido como conocimiento experto supuestamente neutral en la gestión de las políticas públicas en el Chile postdictatorial.

<sup>26</sup> Aquí hay un punto para hacer dialogar a Haraway con los nuevos estudios sociales de la ciencia, especialmente el trabajo de Latour (2008) sobre la condición artefactual de todo conocimiento científico.

El hecho puede servir como fundación del conocimiento y asegurar consentimiento en tanto no sea visto como hecho por el hombre (...) El filósofo experimental podía decir: «No soy yo quien dice esto, es la máquina» (Shapin y Schaffer, 1985, pág. 77) (...) “Debía ser la naturaleza, y no el hombre, quien reforzara la aprobación” (Shapin y Schaffer, 1985, pág. 79) El mundo de sujetos y objetos estaba en su lugar, y los científicos, situados del lado de los objetos (Haraway, 2004, pág. 43).

Ese soporte ya ha sido desmontado por los estudios sociales de la ciencia. Nuestra reapropiación de Haraway nos permite mostrar un segundo soporte que ha permanecido más intocado: la (re)creación del género en la práctica experimental.

Robert Boyle (1627-1691) es rememorado en los relatos de la revolución científica y la Real Sociedad de Londres para el Perfeccionamiento del Conocimiento Natural (Royal Society of London for Improving Natural Knowledge) como el padre de la química y, más importante aún, del tipo de vida experimental. Boyle, a través de una serie de acontecimientos cruciales que tuvieron lugar entre 1650 y 1660, después de la guerra civil durante la Restauración de la Monarquía en Inglaterra, jugó un rol crucial en la invención de tres tecnologías constitutivas de una nueva forma de vida: «una tecnología material, encarnada en la construcción y funcionamiento de la bomba de vacío; una tecnología literaria, por medio de la cual los fenómenos producidos por la bomba se darían a conocer a testigos no presenciales; y una tecnología social, que incorporaría las convenciones que los filósofos experimentales deberían usar en el trato entre sí y en la consideración de los reclamos de conocimiento” (Shapin y Schaffer, 1985, pág. 25). La filosofía experimental –la ciencia– solo puede expandirse si así lo hacen sus prácticas materializadas. Esta no era una cuestión de ideas, sino de los aparatos de producción de lo que podría considerarse como conocimiento (Haraway, 2004, pág. 42).

Con eso en mente, Haraway -apoyada en Potter- muestra cómo se (re)construyó la masculinidad en la práctica experimental a la vez que se consagraba la invisibilidad femenina. La virtud masculina secular del medioevo necesitaba de palabras y hechos heroicos; Boyle, en cambio, facilitó una construcción genérica funcional al estilo de vida experimental y su producción de hechos. Así, el científico tenía que ser modesto, casto, y heterosexual. Si la modestia femenina lo era en relación al cuerpo, la masculina tenía que serlo en relación a la mente: “él informaba al mundo, no a sí mismo” (Haraway, 2004, pág. 48). Esto operó en un contexto histórico inglés marcado por tumultuosas controversias de sexo-género (ej. *hic mulier/haec vir*).

A su vez, las mujeres quedaron excluidas de dar testimonio fiable: podían observar una demostración, pero no atestiguarla. Por ejemplo, Potter documenta la descripción de un experimento cuya demostración asistida por mujeres de la alta sociedad fracasó, ya que cuando pequeños pájaros fueron asfixiados por la evacuación de aire de la cámara en la que estaban encerrados, ellas interrumpieron el experimento pidiendo que se soltara el aire para rescatar a los pájaros. Para evitar este tipo de dificultades, los hombres se reunieron por la noche para llevar a cabo el procedimiento y dar testimonio de los resultados. Asimismo, los nombres de las mujeres nunca aparecen entre quienes atestiguaban los informes experimentales.

De esta manera, las normas de la modestia científica masculina tenían características de género que progresivamente se fueron invisibilizando, hasta lograr que la masculinidad pareciera la naturaleza de cualquier testimonio desinteresado e independiente; mientras que las mujeres, vaciadas de agencia epistemológica, se volvieron invisibles para los demás a la vez que sostenían un tipo de visibilidad, sus cuerpos, que las rebajaba a ser percibidas como «subjetivas» y, por ende, incapaces de informar algo más allá de su persona e intereses particulares. Algo similar ocurrió con las personas trabajadoras y de color. Como consecuencia, pasar a ser objeto de la visión de otros en vez de la fuente auto-invisible y modesta de visión, supuso ser despojadas de agencia.

La auto-invisibilidad y transparencia de la versión de Boyle del testigo modesto —es decir, “la independencia” basada en el poder y en la invisibilidad de quienes sostienen, de hecho, la vida y el conocimiento propios—, son precisamente el punto de mira de la crítica feminista y multicultural de finales del siglo veinte hacia las formas sesgadas de «objetividad» en la práctica tecnocientífica, en tanto produciéndose a sí misma como «la cultura de la no cultura». Los estudios de la ciencia feministas y antirracistas revisan cuál era, y es, el significado de estar «cubierta» por el testimonio modesto de otras personas que son transparentes por un tipo especial de virtud. “Al comienzo, la exclusión de mujeres y trabajadores era instrumental, con el fin de gestionar la crítica fronteriza entre el mirar y el atestiguar, entre quién es científico y quien no lo es, y entre la cultura popular y el hecho científico (Haraway, 2004, pág. 51).

Tomando lo anterior nuestro objetivo será entender cómo lo que está en juego en esta figura es la de un sujeto de investigación que solo puede legitimarse como objetivo a través de su modesta invisibilidad. Nuestro propósito será indagar el modo en que opera esa invisibilización para el caso de las prácticas de investigación de las ciencias sociales y la forma en que se resuelve en tanto condición de posibilidad para la investigación que se asume crítica.

Shapin y Schaffer se limitaron a visibilizar la tarea indispensable de los artesanos que construyeron y cuidaron la bomba de vacío de Boyle; pero no se detuvieron en “la estructuración y el significado de la ingeniería civil específica del testigo modesto. Tomaron su género masculino por sentado, sin grandes comentarios” (Haraway, 2004, pág. 45). Esta es la especificidad de los estudios feministas de la ciencia: no solo se denuncia la invisibilización de las mujeres sino que se aborda el estatus epistemológico de posiciones de género interrelacionadas.

En un libro posterior, Shapin (1994) presta esmerada atención a la exclusión de las mujeres, así como a otras categorías de personas dependientes, de los derechos exclusivos de la narración caballeresca de la verdad que caracteriza las relaciones entre ciencia y civilidad en la Inglaterra en el siglo diecisiete. Las mujeres, como personas “encubiertas” subyugadas a sus padres o maridos, no podían tener el tipo de honor necesario que estaba en juego (...) La cuestión no era si las mujeres eran o no inteligentes (...) La cuestión era si las mujeres tenían el estatus independiente como para ser testigos modestos, y no lo tenían. Los técnicos, presentes físicamente, eran también

personas epistemológicamente invisibles en el estilo de vida experimental; las mujeres eran invisibles tanto en el sentido físico como epistemológico (Haraway, 2004, pág. 45).

Lo que importa es que el género, y sus múltiples articulaciones con otras formas de dominación (ej. las de clase y etnia), estaba en juego en las reconfiguraciones del conocimiento y la práctica científica moderna.

Hacia ese interés se orienta nuestra investigación: no buscamos documentar la discriminación de las mujeres en la práctica de las ciencias sociales –algo que rápidamente se puede evidenciar– sino hacer visible la parcialidad de lo que se presenta como visión universal, impersonal o desinteresada del sujeto de investigación, así como desafiar al menos algunas de las formas en que se ejerce la práctica científica en aras de promover su responsabilidad ciudadana. En esa búsqueda cobran sentido los aportes de las epistemologías feministas.

Aún más, Shapin se suma a quienes han buscado relevar las voces excluidas de la historia, pero también necesitamos hacer la historia de las posiciones dominantes desde un análisis crítico. Resultaría imposible comprender el género en la ciencia atendiendo solo a las posiciones femeninas.

Sin embargo, lo que creo que Shapin no cuestiona en sus formulaciones es si, y de qué manera precisa, el mundo de los caballeros científicos fue instrumental, tanto en el sostenimiento de los antiguos estilos de vida «generizados», como en la creación de otros nuevos. La bomba de vacío fue una tecnología del género en el corazón del conocimiento científico, ya que el estilo de vida experimental construyó la exclusión de mujeres reales, así como de las prácticas y símbolos culturales considerados femeninos, de lo que podría considerarse como verdad dentro de la ciencia. Mi pregunta es: ¿De qué manera era importante esta cuestión para lo que podía considerarse como conocimiento en la rica tradición que conocemos como ciencia? El género siempre es una relación, no una categoría preconfigurada de seres o alguna cualidad que se posea (Haraway, 2004, pág. 46).

El género no pertenece más a las mujeres que a los hombres y no se puede tratar como un asunto de seres empíricos preconfigurados que aparecen o no en la escena de la acción en vez de constituirse en ella. Lo anterior, le habría impedido a Shapin hacerse las preguntas que movilizan a Haraway asumiendo el género en un sentido más performativo que empírico.

1) ¿Cómo se estaba construyendo el género en el estilo de vida experimental?, 2) ¿De qué manera es esta cuestión importante o no, si lo es, para lo que podía considerarse en la ciencia como conocimiento fiable, durante y después del siglo diecisiete? ¿De qué manera la construcción del género formó parte de la negociación de las siempre inquietantes fronteras entre el «interior» y el «exterior» de la ciencia? ¿De qué manera la construcción del género se relacionó con el establecimiento de lo que era considerado como objetivo y subjetivo, político y técnico, abstracto y concreto, creíble y ridículo? (Haraway, 2004, pág. 47).

Con tales preguntas resulta absurdo el silencio, desconocimiento o subestimación de la epistemología feminista en los debates del campo de los estudios sociales de la ciencia que están

precisamente tratando de mostrar cómo las entidades se constituyen en la tecnociencia durante la producción de conocimiento, y no antes de que esta empiece (Haraway, 2004).

Entender de este modo al sujeto de investigación, nos permite dar razón de la sospecha de la sociología crítica: la objetividad hegemónica requiere apoyarse en la neutralidad, aun cuando se sostiene sobre cuerpos y subjetividades que se vuelven la norma de lo correcto en desmedro de otros cuerpos que solo pueden caer en el otro de la objetividad: los cuerpos marcados y subjetivos, que en tanto tales quedan excluidos de cualquier posibilidad de agencia. La invisibilidad de las posiciones subyugadas, en este caso las de las mujeres, pero también la de las clases subalternas solo puede sostenerse porque otras posiciones quedaron fijadas como transparentes.

Tal como lo indica la propia Haraway, lo que ha señalado de Boyle y la Real Sociedad no agotan la historia de la ciencia experimental moderna, pero puede ser usado como una *figura* para la tecnociencia, cuyo sentido último es la apelación a una tecnociencia más responsable a través del reconocimiento –generalmente problemático– de que todo conocimiento es situado. Ello cobra relevancia dado el poder que sigue ostentando la ciencia y la resistencia de los discursos sobre la objetividad al cuestionar autocriticamente sus fuentes de legitimación.

### ***3.2.1.2. De la objetividad moderna a la objetividad fuerte***

El testigo modesto es la figura que encarna al científico moderno. Una de las principales características de su modestia es la autoinvisibilidad.

Para que la modestia a la que se hace referencia en el epígrafe sea visible, es necesario que el hombre – el testigo cuyos informes reflejan la realidad - sea invisible, es decir, un habitante de la poderosa «categoría no señalada» construida por las extraordinarias convenciones de la autoinvisibilidad. En los términos maravillosamente sugerentes de Sharon Traweek, este tipo de hombre debe habitar el espacio percibido por sus habitantes como “la cultura de la no cultura” (Traweek, 1988, pág. 162 en Haraway, 2004, pág. 41).

Esa condición de autoinvisibilidad está ligada a una objetividad que se sostiene no solo por la “virtud” de no agregar los valores del científico a su práctica de producción de conocimientos, sino que precisamente por tratarse de un sujeto sin cuerpo (Haraway, 2004).

A su vez, el testigo modesto moderno apela a un espacio público que no era tan público, sino más bien restringido en términos de clase<sup>27</sup> y sexo. Administrar la distinción público/privado ha sido clave para el logro de la credibilidad del estilo de vida experimental; pero, además, ha estado enlazado a las disputas políticas de su tiempo. Precisamente qué se consideraba como público y qué como privado era tema de discusión en la sociedad de Boyle. Sus adversarios, particularmente Thomas Hobbes rechazaban el estilo de vida experimental porque el conocimiento dependía de la práctica del testimonio por parte de un tipo especial de comunidad (ej. clérigos y abogados). Para Hobbes los experimentalistas eran parte de un espacio privado y no de un espacio cívico público. El “laboratorio abierto” de Boyle y sus descendientes evolucionó como un tipo de «espacio público» particular, uno que restringía quién podía ocuparlo de manera legítima (Haraway, 2004, pág. 44). Precisamente la discusión sobre cómo se construye y opera ese espacio, a quienes integra y a quienes excluye, en su sentido material y epistemológico es clave en las discusiones actuales sobre lo que puede considerarse como una mejor ciencia<sup>28</sup> (Harding, 2008; Burawoy, 2005; Zamora, 2005).

Ahora bien, no se trata de negar al testigo sino más bien de reinterpretarlo y reapropiarse de él en una lógica diferente, una que no nos paralice ante la imposibilidad de las certezas, ni redunde en la lógica de la trascendencia. Asimismo, se trata de una *posición de sujeto* (Casado Aparicio, 2002) más que de un sujeto en su sentido literal, una posición que se une al ícono de las TICs para enfatizar su cualidad de emisor y receptor de mensajes de tales tecnologías de ahí el título del libro de Haraway (2004).

El asunto es promover el reconocimiento de una posición de sujeto que sea visible y corpórea y amarrado a los objetos de los que se pretende dar cuenta. Ello supone desprestigiar la confianza que se ha creado y defendido con respecto al razonable, autoinvisible y abstracto testigo modesto moderno, para mutarlo en uno más material, corporal, desviado y casi opaco para la emergencia de los hechos en la tecnociencia contemporánea (Haraway, 2004).

---

<sup>27</sup> “Al mismo tiempo, el hecho de destacar el esfuerzo empleado en estabilizar un hecho encerraba su condición. Los hombres que trabajaban en el laboratorio de la casa de Boyle eran sus hombres, le vendían su fuerza de trabajo, no eran independientes. ‘(Boyle), como caballero libre, era el autor de su propio trabajo. Hablaba por ellos y transformaba su fuerza de trabajo en su verdad’ (Shapin, 1994, pág. 406)” (Haraway, 2004, pág. 44).

<sup>28</sup> Esto puede dialogar con los debates sobre ciencia pública y privada (Zamora, 2005) que retomamos en el capítulo cinco sobre conocimiento experto.

Sin embargo, no buscamos solo desprestigiar la objetividad moderna y sus soportes sino también de apuntalar una figura capaz de dar testimonio creíble de los hechos, buscando pervertir al testigo modesto, de forma tal que engendre unas prácticas tecnocientíficas más responsables. Es aquí donde la objetividad moderna como sinónimo de neutralidad se empieza a disputar con la noción de “objetividad fuerte” de Sandra Harding.

Una noción de objetividad más fuerte y adecuada requeriría de métodos para examinar sistemáticamente todos los valores que conforman un proceso de investigación determinado, no solamente aquellos por los que difieren los miembros de una comunidad científica. Ni las comunidades sociales ni los individuos, o “nadie en absoluto”, deberían ser conceptualizadas como las “conocedoras” de los reclamos de conocimiento científico. Las creencias culturales abarcadoras que no son examinadas de forma crítica al interior de los procesos científicos, acaban funcionando como evidencias a favor o en contra de las hipótesis (Harding, 1993, pág. 18 citado por Haraway, 2004, pág. 54).

La objetividad fuerte se construye en oposición al relativismo epistemológico, negando que necesariamente adoptar una perspectiva feminista y postcolonialista disminuya la objetividad de los argumentos. Su proyecto está comprometido con reforzar la objetividad mediante la comprensión de la ciencia y la tecnología occidental moderna y también las de otras culturas, sus relaciones históricas y las que pueden darse a futuro. El argumento central es que identificar los elementos eurocéntricos y androcéntricos en los marcos conceptuales con los que se han pensado los cambios científico-tecnológicos y la tecnociencia en sí misma, expande nuestro conocimiento de la naturaleza, la ciencia y las relaciones sociales, asociado a los recursos que provee el punto de vista privilegiado de los grupos dominados. El programa de la objetividad fuerte busca, en definitiva, mostrar el relativismo histórico y sociológico de todos los supuestos y reclamos del conocimiento, aun los más abstractos y aparentemente transculturales de la ciencia moderna. No obstante, rechaza que asumir el relativismo histórico y social del conocimiento signifique asumir un relativismo epistemológico y ético que asuma que puesto que todos los conocimientos tienen elementos locales no hay una forma racionalmente defendible para evaluarlos. No todos los reclamos de conocimiento son igualmente válidos ni todos los proyectos científico-tecnológicos son igualmente defendibles (Harding, 1998, pág. 19).

La objetividad fuerte parte de la crítica de los estudios postkuhnyanos, postcolonialistas y feministas a la epistemología moderna internalista que identifica objetividad con neutralidad. A partir de las evidencias históricas y sociológicas de tales estudios se puede ver que los proyectos científicos han coevolucionado con los proyectos sociales. Luego, la pregunta es qué tipo de teoría del conocimiento nos servirá como guía confiable en el mundo mostrado por tales estudios y si hay que abandonar todo aquello que postuló la ciencia moderna a través de su epistemología



internalista. La respuesta de Harding (1996, 1998) es que podemos recuperar la noción de objetividad extrayéndola de su contexto y proyectos que ya no se consideran viables, y reforzarla de modo que pueda funcionar efectivamente en el mundo de las historias sociales, políticas y económicas posteriores a la II Guerra Mundial y de los proyectos científicos y tecnológicos con los cuales ha coevolucionado.

Ello se basa en mostrar cómo en ciertos casos maximizar la neutralidad puede ser un obstáculo para maximizar la objetividad. Algunos de los resultados de investigación sistemáticamente distorsionados (ej. sexistas y racistas) identificados en las ciencias son consecuencia de la falta de cuidado e inadecuado rigor en los métodos y normas de maximización de la objetividad; pero, además, un cierto tipo de tales resultados es consecuencia de la inadecuación en cómo son conceptualizados tales métodos y normas. Los estándares prevalecientes para definir los buenos métodos que pueden aumentar la neutralidad son incapaces de detectar el tipo de visiones o supuestos culturales ampliamente asumidos que envuelven la selección de tales procedimientos como los mejores. Adoptar una epistemología del punto de vista puede ser una forma de detectar los marcos conceptuales culturales o civilizatorios más amplios que hacen que la política, en un sentido amplio, no solo afecte a la ciencia por encima, sino a través suyo, limitando cierto tipo de proyectos de búsqueda de conocimientos. Sin embargo, no todo será explicado por tal epistemología, en tanto la preferencia de una epistemología por sobre otra puede ser tan estratégica como la referencia por una determinada teoría científica sobre otra: nos provee el tipo de mapa que necesitamos para lograr ir donde deseamos, pero seguimos necesitando justificar por qué queremos ir allí (Harding, 2004).

Asimismo, Haraway recupera de Harding su confianza en los proyectos potenciadores de la democracia proclives a encontrar criterios más fuertes para una producción del conocimiento científico que sea más fiable en tanto conllevan formas de reflexividad crítica. Tal esperanza requiere del trabajo práctico para sostenerse. Con ello se podría reconstituir, siempre de manera impredecible, las relaciones de género, raza y clase, entre otras. Es un tipo de práctica social, técnica y semiótica que, en palabras de Haraway, podría llamarse “intervenciones modestas”.

Harding, asumiendo que la ciencia es el resultado de prácticas localizadas en diferentes niveles, está de acuerdo con Woolgar en que la reflexividad es una virtud que el testigo modesto necesita cultivar. Pero su sentido de la reflexividad está más cerca al mío de difracción y a las intervenciones modestas de Heath, que a la rigurosa resistencia de Woolgar a hacer reclamos de conocimiento fuertes. La cuestión es marcar una diferencia en el mundo, arriesgarnos por unos estilos de vida y no otros. Para ello, se debe estar en la acción, ser finita y sucia, y no limpia y trascendente. Las tecnologías de construcción de conocimiento, incluyendo la formación de posiciones de sujeto y las maneras de habitar esas posiciones, han de hacerse implacablemente

visibles y abiertas a la intervención crítica. Harding, como Latour, está comprometida con los procesos de formación de la ciencia. Pero a diferencia del Latour de Ciencia en acción, Harding no confunde las prácticas constitutivas y constituyentes –que resultan en cuerpos marcados, versátiles e históricamente determinados de raza, sexo y clase–, que generan y reproducen sistemas de desigualdad estratificados, para categorías funcionalistas preconfiguradas (Haraway, 2004, págs. 54-55).

En otras palabras, Harding y Haraway están comprometidas con la necesidad de deconstruir las prácticas y narrativas de la ciencia moderna, pero no con renunciar a proyectos de ciencia con vocación crítica, solo que esa búsqueda ya no cuenta con ningún tipo de certeza a priori, identidad o proyecto trascendente que la inmune de la impugnación contingente y permanente. Es otra forma de argumentar la necesidad de apuntalar un proyecto de objetividad que no requiera de la neutralidad para su vigor epistemológico, entendiendo que la epistemología no puede desprenderse de su responsabilidad política. Se trata de reivindicar la necesidad de la política entendida como un *hacer una diferencia* más que seguir reproduciendo la lógica de la identidad que es la de la invisibilidad para arriesgar posiciones de sujeto que nos comprometan y nos vuelvan más abiertamente impugnables.

De ahí que entendemos que la objetividad fuerte permite una reivindicación de los sentidos normativos y éticos en la ciencia, sin renunciar a la apuesta por el rigor. Para algunos este reconocimiento mantiene la vocación ilustrada que confiaba en la ciencia como recurso para la emancipación o al menos para un conocimiento más democrático (Longino, 1993). Para nosotros, siguiendo a Haraway, es una vocación postmoderna posicionada –en este caso desde el feminismo y sus alianzas- que con menos certezas, pero aún con la implacable paradoja de la crítica –necesaria pero imposible- asume que si todo conocimiento es situado, y por tanto vinculado a contextos, proyectos y limitaciones políticas, también puede serlo a deseos políticos y anhelos de otros mundos posibles.

La reflexividad crítica, o la objetividad fuerte, no eluden las prácticas creadoras del mundo, utilizadas para forjar conocimientos que contienen en sí distintas oportunidades de vida y muerte. «Eludir» la reflexividad crítica, la difracción, los conocimientos situados, las intervenciones modestas o la objetividad fuerte, es el dios de doble cara auto-idéntico de las culturas trascendentales de la no cultura, por un lado, y de sujetos y objetos exentos de la condición siempre finita de la interpretación comprometida, por otro. Ninguna de las capas de cebolla de la práctica que es la tecnociencia, queda fuera del alcance de las tecnologías de interpretación e investigación críticas relativas a la localización y el posicionamiento; esto es condición de la articulación, la encarnación y la mortalidad. Lo técnico y lo político son como lo abstracto y lo concreto, delantero y trasero, texto y contexto, sujeto y objeto (Haraway, 2004, pág. 55).

Asumir la situacionalidad del conocimiento no es lo mismo que sacar a relucir una suerte de cédula de militancias para advertir sobre nuestras posiciones epistémico-políticas, como tampoco es pretender seguir en la transparencia o la visión única, pero ello no supone que la consecuencia

directa sea un relativismo cognitivo y político. Por el contrario es asumir el desafío de la investigación crítica que pone en escrutinio tanto a los objetos como a los sujetos de conocimiento -asumiendo que ambos son coparticipantes-, su relación, las prácticas semiótico-materiales que los constituyen, sus condiciones de producción y el conocimiento científico que allí se fragua en vínculo con diversas articulaciones “extra” científicas. Dicha localización no es un espacio fijo sino, la expresión de un vínculo entre texto y contexto, de una situación que nunca es evidente. De ahí la necesidad de recursos que nos permitan recrearla, criticarla, comprenderla. Sin embargo, no es tampoco una comprensión distante donde solo importa conocer, como en el ejercicio de la observación de segundo orden de las epistemologías constructivistas propias del enfoque sistémico. Si Harding y Haraway llegan a la propuesta de la objetividad fuerte y los CS es por su compromiso político con el feminismo, el postcolonialismo y la búsqueda de proyectos más democratizadores para la ciencia y la sociedad.

La localización no consiste en una lista de adjetivos o una asignación de etiquetas como raza, sexo o clase. La localización no es la concreción de la abstracción de la descontextualización (Haraway, 2004, pág. 56).

De ahí que la localización asume también que no puede evadirse la pregunta por el tipo de mundos con el que cual nos comprometemos. En la búsqueda de nuevos puntos de vista relevantes en nuestra cultura tecnocientífica, se apoya en las posiciones monstruosas –ya no solo subalternas- de quienes no encajan con la norma. Para analizar el poder en la ciencia y la tecnología, podemos detenernos en cómo las normas producen un tipo de trabajo invisible para ciertas personas, al tiempo que aclaran el camino para otras, cómo determinadas identidades consolidadas para algunas posiciones producen localizaciones marginales para otras. A ello se dirige el punto de vista “cyborg” de Star: “la relación entre tecnologías estandarizadas y experiencia local” donde uno llega a insertarse entre ciertas categorías, pero siempre en relación a ellas (Star, 1991, pág. 39 en Haraway, 2004, pág. 56).

De este modo, llegamos al núcleo de lo que puede ser una pista para entender las condiciones de posibilidad de la investigación crítica al asumir los CS y la objetividad fuerte: la pregunta por *cui bono*. Es una salida que posibilita escapar de la trampa de tener que elegir entre trascendencia o relativismo apostando por CS que pueden ser críticos y aliados de proyectos políticos.

Star cree que «es más interesante, tanto analítica como políticamente, empezar con la pregunta *cui bono*, en lugar de con la celebración de la conjunción humano/no humano» No cuestiona la implosión de categorías opuestas, sino que está interesada en quiénes viven y mueren en los campos de fuerza que se generan. Lo que es estabilidad «pública» para algunas personas, es sufrimiento «privado» para otras; la auto-invisibilidad de algunas se mantiene gracias a la invisibilidad pública de otras. Están «encubiertas» por lo que convencionalmente se toma como la situación en el mundo (...)

**Investigar sobre la tecnociencia desde el punto de vista del monstruo de Star, no implica centrarse necesariamente en quienes no encajan, sino más bien en las articulaciones semiótico-materiales contingentes que crean y mantienen esas posiciones desencajadas.** El monstruo de Star se pregunta también, de una manera incívica, cuánto cuesta y quién paga para que algunas personas sean testigos modestos de un régimen de producción de conocimiento, mientras que otras están destinadas a observar. (Haraway, 2004, pág. 57, las negrillas son nuestras)

Las negrillas pretenden reforzar la idea de que la investigación crítica no implica necesariamente investigar a los que no encajan, a las categorías sociales que homogéneamente ubicamos en posiciones subalternas despachando con ello demasiado rápido lo qué significa asumirse como investigador “comprometido”. Encajar o no en las normas no es algo estático, definitivo o permanente. Dicho en otras palabras, y pensando en el caso chileno, no es suficiente con investigar –por ejemplo- a las “mujeres”, los “pobres”, las “víctimas”<sup>29</sup> de la represión política durante las dictadura o los “pueblos originarios”. La complicidad con tales “objetos” de conocimiento y sus luchas no garantiza que no reproduzcamos lógicas de la representación. Importa más bien indagar en intersticios de las *articulaciones semiótico-materiales* siempre contingentes y precarias que (re)producen tales posiciones. La posición subalterna no es en sí misma seguro de perspectiva privilegiada, para ello necesita hacerse cargo de su situación.

### **3.2.1.3. Ciencia y política (re)vinculadas de otro modo**

La reapropiación que hace Haraway de la figura del testigo modesto, nos permite entonces revincular de otro modo ciencia y política, uno que permita incluir en las preocupaciones científicas, sensibilidades, preocupaciones, denuncias y anhelos de manera afirmativa y no bajo la sospecha de un sesgo que amenaza la objetividad.

Ello implica cambiar los parámetros que se usan para sustentar la credibilidad. En ese sentido, la posición del investigador objetivo no puede ser igualada con el desinterés ni “la irresponsabilidad o inconsciencia de los complejos estratos de la propia situación histórica, personal y colectiva, dentro de los aparatos de producción de conocimiento”, como tampoco ser “políticamente

---

<sup>29</sup> Así como la categoría “mujer” ha sido problemática para el feminismo, la de “víctimas” lo ha sido para el movimiento de defensa de los derechos humanos. Quienes experimentaron la violencia de Estado durante las dictaduras de los años 70 en el Cono Sur Latinoamericano son algo más y algo distinto que la categoría de víctima, por ejemplo, militantes de proyectos políticos truncados tras el golpe de Estado de 1973 en Chile, “combatientes” de las formas de resistencia armada durante la dictadura, madres y padres y un largo etcétera; sin embargo, esa noción es la que se ha anclado en el sentido común, las políticas públicas de memoria, los medios de comunicación, entre otros, ocultando diversas capacidades de agencia que la reivindicación de la víctima –también legítima y necesaria– opaca (Cruz, 2002, 2004; Jelin, 2002; Cornejo, Reyes, Cruz y otros, 2013).

comprometida” significa ser “tendenciosa”. Es una distinción fina y clave para las defensas de una ciencia democrática y creíble (Haraway, 2004, pág. 312).

Para nuestros intereses, aquí encontramos una de las condiciones de posibilidad para una sociología científica que se pretenda crítica. Tal sociología solo puede acercarse a esa vocación si renuncia a la inocencia, la vocería de las posiciones subalternas, la visión desde ninguna parte o desde un único punto, apostando por visiones difractarias.

La visión doble que reclama Haraway es crucial para investigar sobre las relaciones de poder y las normas asentadas en el corazón de los procesos de construcción del sujeto y el objeto de la tecnociencia. Desde dónde empezar y en qué basarse son las cuestiones más importantes en un mundo en el que el poder supone disputar las metáforas que articulan los mundos. Se trata de evadir la tentación de olvidar la propia complicidad con los aparatos de exclusión constitutivos de lo que puede ser considerado conocimiento.

El testigo modesto implicado es una apuesta por reconstruir las tecnologías para el establecimiento de lo que puede considerarse como la situación del mundo, reajustando el trasfondo técnico y político, de manera tal que las preguntas por las posibilidades de mundos vivibles sean legítimas al interior de la ciencia y sus articulaciones con otros saberes-poderes.

Ahora bien, en nuestra específica e interesada reapropiación de Haraway, entendemos que incorporando tales preguntas normativas y políticas, este sujeto de investigación como testigo modesto reapropiado por la crítica de la epistemología feminista muta también desde la imagen del científico moderno concebido como autónomo, individual y trascendente. Testificar ahora “*es ver; atestiguar; posicionarse frente a las propias visiones y representaciones como públicamente responsable y físicamente vulnerable*” (Haraway, 2004, pág. 302), pero no como un ejercicio individual trascendente, sino uno colectivo, limitado, dependiente de la credibilidad *construida e infinita* de sus practicantes, los que a su vez son mortales, falibles y cargan las consecuencias de miedos y deseos no siempre conscientes y aceptables.

#### **3.2.1.4. El punto de vista subalterno para imaginar sujetos de investigación interesados**

Si recordamos el debate que antes mostramos sobre las epistemologías feministas, particularmente las del “punto de vista” (Harding, 2004; Alcoff & Potter, 1993) encontramos una forma de poner en acto al testigo modesto como un sujeto de investigación riguroso e interesado

políticamente. Ejemplificaremos esto mediante el análisis de Haraway acerca de los derechos reproductivos y su articulación con una tecnociencia orientada por los estudios feministas de la ciencia.

Haraway retoma la metáfora del espejo, que las consignas feministas de los años 70 utilizaron para reclamar por la salud de las mujeres<sup>30</sup> e invita a imaginarlo como cualquier instrumento que nos facilite un tipo de observación que visibilice lo que antes sintetizamos en la idea de *cuo bono*. Entre tales espéculos incluye al análisis estadístico<sup>31</sup> emparejado con la creación de políticas que se orienten a la libertad y la justicia en el campo de la salud de las mujeres. Conducir un análisis

---

<sup>30</sup> Desde principios de los años 70' las feministas desarrollaron diversas herramientas para los estudios de la tecnociencia enraizadas en movimientos locales e internacionales sobre la salud de las mujeres y en comunidades académicas atendiendo a las redes sociotécnicas que "constituyen la práctica reproductiva". Haraway cita a varios de tales trabajos en lo que para nosotros son ejemplos de conocimientos situados críticos: Adele Clark y Teresa Montini (1993) sobre la píldora abortiva francesa y cómo desarrollaron mundos sociales y un campo de análisis para los estudios feministas de la ciencia, donde "sus propias representaciones son parte de la lucha por lo que será considerado como libertad reproductiva y para quién" (Haraway, 2004, pág. 218). También está el de Mónica Casper (1995) y su estudio sobre las intervenciones quirúrgicas de fetos humanos histórica y etnográficamente, sin invisibilizar su propio posicionamiento en tanto es parte de las comunidades entrelazadas de prácticas políticas y académicas no necesariamente armoniosas. Pero ni el cuestionamiento ni la multiplicidad son por sí mismos el foco de los estudios feministas de la ciencia, lo que está en juego siempre son los enlaces entre analistas y sujetos y objetos de análisis, las cuestiones del poder, habilidades, recursos, esperanzas, entre otros. Para nosotros, todo menos distancia y neutralidad. La autora refiere a varios otros estudios similares en distintos campos, lo común a ellos es que atienden a diversos mundos, con actores localizados y diferenciados, disputas por lo que es la salud e implicación de las propias investigadoras. Todos ellos contribuyen a una suerte de alfabetización visual feminista.

<sup>31</sup> Haraway se aparta del rechazo a la estadística como conocimiento que confía más en la experticia que en la comunidad, por el contrario, reclama que necesitamos "estadísticas fuertes": aquellas capaces de entrelazarse con puntos de vistas de sujetos marcados para lograr disputar la objetivación y naturalización de las desigualdades. Tal como habría mostrado Theodore Porter (1994 citado por Haraway, 2004) la estadística ha sido una tecnología básica para la construcción de la objetividad y la estabilización de los hechos; pero, la estadística es más intersubjetividad que realismo. "La impersonalidad de la estadística es uno de los aspectos de la compleja intersubjetividad de la objetividad; es decir, de la calidad pública del conocimiento científico" (Haraway, 2004, pág. 230). El feminismo necesita de la estadística para configurar una experiencia singular que permita reconfigurar la realidad pública de un modo más amplio, donde puedan entrar las posiciones marcadas y hasta ahora invisibilizadas. Compartimos ese convencimiento, toda vez que reconocemos la importancia de haber producido y disputado estadísticas desde una posición comprometida en las disputas contra diversas formas de dominación en Latinoamérica, por ejemplo, la denuncia de múltiples formas de desigualdad de género en la región (Valdés & Gomáriz, 1995). Asimismo, las estadísticas han permitido reconocer pública y estatalmente la violencia política de Estado ejercida durante las dictaduras cívico-militares del Cono Sur entre finales de los 60' y principios de los 90', donde dramáticamente las políticas de estatales de memoria, a partir de las transiciones políticas, han tenido que disputar, reconstruir o crear registros de personas que fueron asesinadas y desaparecidas durante las dictaduras en Chile, Argentina, Brasil y Uruguay, como una forma de reconocer lo que había sido por décadas negado. Ello no ocurrió separado de las movilizaciones de las organizaciones de derechos humanos que participaron demandando, elaborando (Cruz, 2002) y hasta usurpando archivos que documentaban la violación de derechos humanos por parte de agentes del Estado (Da Silva Catela & Jelin, 2002). Para el caso español, un ejemplo de disputa de las estadísticas a propósito de la violencia de género lo encontramos en García Selgas, Casado & García (2012). Volveremos sobre este punto al presentar el debate sobre los métodos de investigación y sus conexiones sociopolíticas.

de la libertad reproductiva “*desde el punto de vista de los grupos marcados*” (Haraway, 2004, pág. 228) es la única forma de producir una afirmación general que nos una colectivamente. Trabajar acríticamente desde el punto de vista de los grupos estándares o no marcados supone análisis limitados y localistas del conocimiento o las políticas tecnocientíficas que se enmascaran como una afirmación general que termina reforzando los privilegios desiguales.

Al enfrentar las libertades reproductivas en EEUU desde lo que ocurre con las mujeres afroamericanas, se esclarece cómo el punto de vista no es empirismo ingenuo, no es un llamado hacia o desde las “oprimidas”, en este caso las mujeres pobres y las afroamericanas. Más bien todas las categorías están constituidas discursivamente y desplegadas de una forma que no es inocente para quienes las habitan y para quienes no. Tampoco pensar y anhelar es siempre un acto basado en la experiencia personal y directa; es más bien un aprender a pensar desde tales posiciones como punto de vista analítico e imaginativo, que puede ser también habitado, como una forma de esclarecer las condiciones generales para ese anhelo. Un punto de vista es “*una herramienta cognitiva, psicológica y política para un conocimiento más adecuado, juzgado por los estándares no esencialistas, históricamente contingentes y situados de la objetividad fuerte*” (Haraway, 1995, pág. 229). En tanto tal, será siempre el resultado de una “*conciencia opositora y diferencial*” (Sandoval, 1991 citado por Haraway, 2004), y no un fundamento filosófico abstracto, sino una tecnología práctica enraizada en el “anhelo” (Hooks, 1990). Ahora bien, el punto de vista no es unívoco ni inocente porque rara vez opera un solo tipo de posición estándar o marcada, las posiciones subalternas pueden serlo en un sentido, pero estándares o dominantes en otro.

Así por ejemplo, Haraway (2004) muestra que articular el debate sobre la interrupción del embarazo no penalizado y asistido médicamente se complejiza cuando se entienden los derechos reproductivos desde los problemas y necesidades de mujeres de diversas clases sociales, razas y etnias, lo cual implica diversos desafíos en materia de políticas sociales, laborales, de salud, urbanas, medioambientales, entre otras. Para el caso chileno, la controversia postdictadura sobre la interrupción del embarazo solo alcanza a problematizar la necesidad de al menos la despenalización del aborto terapéutico –cuando está en riesgo la vida de la madre- pero al pensar en derechos reproductivos no se piensa en la indefensión de las mujeres embarazadas que trabajan en el campo industrializado en Chile -tras las reformas neoliberales que impuso la dictadura militar como aborto de lo que había sido la Reforma Agraria impulsada por el Estado desde finales de los años 60’- con todas las consecuencias asociadas a los pesticidas y el trabajo

temporal y precario, tales como las altas tasas de infertilidad, malformaciones fetales y abortos no inducidos (Valdés, 2012). Allí también se juegan cuestiones de derechos reproductivos y no solo en la dicotomía pro/anti aborto pensado desde la norma general. Frente a una objetividad neutra, la objetividad fuerte, al imaginar o problematizar las posiciones subalternas muestra más que lo que observan las posiciones estandarizadas, y logra así impugnar la reproducción de la desigualdad. En términos de investigación, a ello se llega –entre otros recursos- produciendo un tipo interesado de estadísticas que permitan visibilizar nuevos problemas invisibles desde las ópticas dominantes.

Los estudios feministas de la ciencia tratan sobre la tecnociencia en general, pero “*no hay manera de crear un argumento general fuera del trabajo inacabable de articular los mundos parciales de conocimientos situados*” (Haraway, 2004, pág. 228). Así, el feminismo es uno de los enlaces fundamentales en las articulaciones necesarias para forjar proyectos de justicia, libertad y conocimiento dentro de la tecnociencia. Sin embargo, el punto de vista es distinto de las políticas identidad<sup>32</sup>. El conocimiento feminista está enraizado en una conexión imaginaria y una coalición práctica que ha sido un logro duramente ganado, pero ello no es lo mismo que localismo sino “*especificidad y encarnación consecuente*” (Haraway, 2004, pág. 230), siempre versátil. Se trata de conexión y coalición.

La imposibilidad de una política inocente de la identidad trata de hacernos conscientes de que la visión es una cuestión de “poder” y que siempre hay un grado de violencia implícita en nuestras categorías visualizadoras. Ello no es independiente de los CS que asumen la objetividad como posibilidad de conexiones parciales.

Del mismo modo, en las prácticas políticas no puede haber pura subjetividad o no podríamos articularnos con nadie. Luego, la única posición desde la cual no se puede practicar la objetividad es la del “amo”. Sin embargo, tenemos que estar alertas de que mirar desde la visión de los

---

<sup>32</sup> Los desafíos de pensar el punto de vista feminista y las políticas de la identidad es parte de un amplio debate que se ha venido fraguando (Fraser, 2008) y que también tiene su traducción desde las preocupaciones localizadas en Latinoamérica (Curiel, 2009); entre estas últimas nos situamos más cerca de posiciones como las de Nelly Richard (2008). Otra vía para pensar las tensiones entre diferencia, afinidad y coalición en la práctica y la teoría feminista la desarrolló antes Haraway (1995) con la noción de “experiencia” que, ejemplificado en su análisis de las formas de leer la experiencia de las mujeres en la literatura postcolonialista, busca mostrar cómo hacemos una lectura de una voz que es distinta a la nuestra desde nuestra postura y que hay múltiples lecturas de esa voz que no pueden ser representadas inocentemente. Lo importante es que reconocer la diversidad de voces no significa renunciar a la posibilidad de las afinidades, sino renunciar al proyecto de la representación basada en una política y teoría de las identidades como algo igual a sí mismo, como búsqueda de los originales.



subyugados tampoco es algo no problemático o exento de riesgos, por ejemplo, romantizar sus posiciones o convertirnos en sus ventrílocuos (Haraway, 1995, pág. 333). Así, más bien la propuesta es conectarnos con “otros” inapropiados e inapropiables:

Ser ‘inapropiado/ble’ no significa ‘estar en relación con’, esto es, estar en una reserva especial, con el estatus de lo auténtico, lo intocable, en la condición alocrónica y alotópica de la inocencia. Por el contrario, ser un “otro inapropiado/ble” significa estar en una relación crítica y deconstructiva, en una (racio)nalidad difractoria más que refractoria, como formas de establecer conexiones potentes que excedan la dominación. Ser inapropiado/ble es no encajar en la taxón, estar desubicado en los mapas disponibles que especifican tipos de actores y tipos de narrativas, pero tampoco es quedar originalmente atrapado por la diferencia. Ser inapropiado/ble no es ser moderno ni postmoderno, sino insistir en lo amoderno (Haraway, 1999, pág. 126).

Para pensar y actuar desde estos “otros” sirve el recurso figurativo del cyborg, toda vez que "en el vientre del monstruo, incluso los otros inapropiados/bles parecen ser interpelados –llamados por interrupción– a una localización particular a la que he aprendido a llamar posición de sujeto cyborg" (Haraway, 1999, pág. 126), posición que ya antes presentamos.

### **3.2.2. Redefinición del Objeto**

El segundo eje para la reapropiación feminista de la ciencia es la implosión de la dicotomía moderna sujeto/objeto. Ello supone que la situación cognitiva no es una división entre lo activo y lo pasivo sino una trama científico-ficcional en la que hay agentes no-humanos, en la que estamos dentro-y-fuera y en la que no podemos permanecer puros ni pretender transcendernos. Desde ese segundo eje sobre la reconfiguración de la naturaleza de los elementos del conocimiento, se asume que objeto deja de ser pasivo para volverse activo e irónico.

A esta reconfiguración se llega a través de la figura del cyborg. Como vimos, con ella se busca modelizar la ontología humana, con su realidad actual híbrida de cultura-comunicación y materialidad orgánica. Luego el cyborg, al unirse a la reconfiguración del objeto de conocimiento, permite visibilizar cómo la naturaleza es un artefacto construido por agentes humanos y no-humanos, estructurados a su vez en las tramas de unas historias materializadas (García Selgas, 2001).

Esta reconsideración del objeto de conocimiento implica dejar de verlo como algo estático y abierto a la representación del sujeto que conoce. Ello tiene antecedentes en otras propuestas como la afirmación de Keller sobre el modo en que la ciencia (mecánica cuántica y ciertas ramas de la biología) va sustituyendo la visión de la naturaleza desde algo sometido a leyes a algo

ordenado donde la propia naturaleza aparece como generativa e ingeniosa, una “compañera activa” en una relación más recíproca con un observador también activo, pero no omnisciente ni omnipotente (García Selgas, 2001). Del mismo modo se enlaza con los aportes de la teoría del actor-red de Latour (2008) que entiende a los agentes intervinientes en la situación cognitiva como entidades heterogéneas donde participan humanos y no humanos.

Haraway es crítica de la objetivación tradicional del objeto de conocimiento, ya sea de tipo realista, discursivista o sociologista por el carácter reduccionista de las tres. Admitir que el objeto no es un mero recurso sino un agente del conocimiento implica problematizar las modernas dicotomías y admitir que la lógica científica no es la del descubrimiento sino la de la conversación asimétrica. Es en ese sentido que utiliza la metáfora del coyote (Haraway, 1995, 1999) para visualizar el carácter activo, irónico y resbaladizo de la contraparte cognitiva que ha sido entendida solo como “objeto”. Esa metáfora alude a un personaje del universo indígena de Norteamérica que, como ente juguetón y tramposo, puede aparecer como una figura del objeto activamente real, pero a la vez capaz de sorprender, resistir y reírse de todo intento de conocimiento, especialmente del conocimiento “experto” (García Selgas, 2001).

Este carácter activo del objeto de conocimiento, pensado especial pero no exclusivamente para las ciencias naturales, implica ver lo no humano como un actante. Tal denominación, tomada de Greimas, se usa para dar cuenta de conjuntos de elementos –no necesariamente humanos - que operan al nivel de la función en una frase: “Los no humanos no son necesariamente actores en el sentido humano, sino que son parte del colectivo funcional que constituye un actante. La acción no es tanto un problema ontológico como semiótico” (Haraway, 1999, pág. 156).

Es a partir de esta consideración de lo no humano donde Haraway, como la Teoría del Actor Red, sobrepasan al construccionismo que supone que toda significación es exclusivamente humana; en vez de ello, habría que atender a las ordenaciones concretas de elementos humanos y no humanos, sin negar que son relaciones enormemente disímiles (Romero Bachiller, 2003; Ema, García Dauder & Sandoval, 2003).

Este carácter activo del objeto tiene relación también con considerarlo siempre en su doble cualidad de ser material y semiótico al mismo tiempo:

En otra parte, he utilizado el término ‘actor semiótico-material’ para subrayar el objeto de conocimiento como una parte activa del aparato de producción corporal, sin presuponer nunca la presencia inmediata de tales objetos, o, lo que es lo mismo, su determinación final o única de lo que puede considerarse conocimiento objetivo de un cuerpo biológico en un momento histórico determinado (...) La naturaleza es un lugar común y una construcción discursiva poderosa, resultado

de las interacciones entre actores semióticos-materiales, humanos y no humanos (Haraway, 1999, pág. 124).

Con tal concepto se está insistiendo en la imposibilidad de la separación entre materialidad y significación. El significado no precede ni inaugura la materialidad en formas concretas como se podría defender desde posiciones socioconstruccionistas, por el contrario, las *cosas* son producto de la relación indisociable de materialidad y significación. Tal cualidad no es exclusiva de los objetos de conocimiento sino también de los procesos de formación de subjetividades que como Haraway (1995) muestra, son también procesos donde la materialidad y la significación son algo inseparable y mutuamente irreductible que se recrea en cada actualización donde la significación instaaura la materialidad de una forma concreta, y donde la materialidad objeta (Romero, 2003).

Así por ejemplo, el discurso biotecnológico del Proyecto del Genoma Humano produce lo humano de una forma específica, posibilitando unas formas de vida y no otras. La implosión de la biología y la informática, especialmente en la genética comienza a partir de 1970 y se expresa en la figura del genoma. Como una nueva entidad histórica engendrada por la crisis de identidad de las nociones de naturaleza y cultura, no es que solo una de ellas se contamine con la otra, sino que ambas se corrompen. Aun cuando el genoma humano es una producción cultural, no por ello deja de ser natural. Con el genoma se substituye toda la dialéctica naturaleza/cultura -y sexo/género- por un nuevo campo discursivo, uno donde los actores que cuentan son sus propias objetivaciones instrumentales (Haraway, 2004).

Pese a ello, muchos actantes del discurso del genoma muestran un nuevo endurecimiento de categorías. Las tecnologías sociales, literarias y materiales convergen para hacer hablar a los objetos como si existieran independientemente de los observadores, tecnologías y metáforas junto a los cuales se ensamblan. Por lo tanto, las críticas a la ciencia (la guerra de las ciencias), el giro epistemológico, la aceptación relativa o no del construccionismo van a la par o por detrás de tales endurecimientos.

Esas posibilidades y restricciones no son independientes de las formas de producción comercial en las que la ciencia contemporánea participa. Un ejemplo de ello es el análisis de Haraway de una viñeta que circula en un anuncio publicitario de una revista científica, donde aparece el gel del ADN expuesto en un museo al lado de obras de arte supremas lo que pone en evidencia, de manera irónica, cómo se subvierten las relaciones entre el original y la copia en la postmodernidad, pero para la autora más importante que ello es que no subvierte las relaciones de autoría y propiedad del retrato deseable, aunque hayan cambiado los sujetos del discurso de la

autoría, lo que viene a recordarnos que la ciencia no está libre de tales fijaciones. “E-C utilizó el retrato molecular de un hombre con permiso, igual que lo hice yo, en las prácticas intensificadas de posesión de la tecnociencia, donde propiedad intelectual y corporal se transforman en sinónimos. El “gran artista” del retrato tecnohumanista es un consorcio de actantes humanos y no humanos: una enzima adquirible comercialmente, una corporación biotecnológica, y un dispositivo suministrador de energía” (Haraway, 2004, pág. 183).

En tal sentido, y para nuestros fines, las prácticas de investigación crítica de las ciencias sociales requieren ampliar y complejizar su noción de objeto reducido a la cultura, la sociedad y en general la dimensión social de los humanos, para pensarlos en su implosión con la naturaleza y su imbricación con lo no humano. Ello no se reduce, por ejemplo, a estudiar solo el uso de las “nuevas tecnologías” como las TICs sino la conjunción de diferentes materias (tecnología, discursos, naturaleza y otras que aún no visibilizamos.) que nos vuelven cyborg.

### 3.2.3. Una nueva relación sujeto-objeto: de la epistemología de la representación a la epistemología de la articulación

Con los conceptos de *cyborg*, *objetividad encarnada* y *objetividad fuerte*, así como con los ejercicios de visibilizar al sujeto cognoscente y reconocer capacidad de agencia al objeto, dejamos de pensar al sujeto y objeto de investigación desde la *inocencia* y los proyectos de autoidentidad, en aras de la multidimensionalidad y el posicionamiento de todos los agentes que participan en la producción de conocimiento. De este modo, entendemos que todo conocimiento es situado y nos ubicamos en una lógica de racionalidad posicionada y dialógica; lo que implica tanto la (re)interpretación y como (re)negociación continua de cuerpos, sentidos y posiciones. Tales movimientos implican la responsabilidad o conciencia política ante la toma de posición que involucra el conocer (García Selgas 2001, pág. 371).

Ahora bien, reinterpretados los componentes del proceso de producción de conocimiento –sujeto y objeto- no queda intacta la relación que los vincula, la que con Haraway asume un desplazamiento desde la metáfora visual de la representación y el reflejo a la de la difracción. Si la representación alude a una figura, imagen o idea que sustituye a la realidad y el reflejo supone que la imagen de algo se forma en una superficie lisa y brillante; la difracción en cambio es la desviación del rayo luminoso al rozar el borde de un cuerpo opaco (Real Academia Española). En tal sentido, interfiere, cambia e incluso –en el campo de la fotografía- se asume que

distorsiona. Para nuestros fines, la metáfora de la difracción cobra sentido para enfatizar que en la práctica científica se modifica la realidad que investigamos: más que un reflejo del objeto de estudio es una producción y/o modificación de él a partir de la articulación semiótico-material y política entre sujeto y objeto.

Como hemos mostrado, la epistemología de la representación se basa en dos supuestos: que la distancia entre sujeto y objeto es lo que permite el desinterés y la neutralidad y que hay una oposición entre ambos –un sujeto activo y cargado de desarrollo cultural y tecnológico v/s un objeto pasivo e inerte ante el investigador. Modificados ambos supuestos, la epistemología de la articulación entiende el acto de conocer como “una relación parcial, situada, precaria y material” más que “formal, universal, exacta y especular” donde todo lo que participa queda material y mutuamente constituido. Con este cambio pasamos de un “conocimiento descriptivo” a uno que puede ser “crítico” (García Selgas, 2008, pág. 155).

De esta forma, donde antes (en la lógica de la representación) había un reflejo, ahora hay: a) una alteración que otorga, b) un carácter dado y construido a lo que conocemos, volviéndolo un artefacto c) que nos sitúa en un proceso de interrelación semiótico-material que es la articulación. Así, a), b) y c) operan como los componentes de este modelo articulatorio (García Selgas F. , 2008, págs. 156-157). Es un giro epistemológico sintetizador de todos los elementos que hasta ahora hemos desgranado.

(...) los objetos y hechos, los conocimientos o discursos y los agentes son todos configurados en una práctica cognitiva cuya lógica no es la de la identidad sino la de la difracción, cuya epistemología no es la de la representación sino la epistemología cyborg de la articulación y cuya política no es la representación formal sino la de las alianzas materiales, la búsqueda de afinidades. Se desmiente así la visión del conocer como representación desinteresada y se nos invita a entenderlo como articulación parcial y difractaría de aparatos expertos, relaciones sociopolíticas y entidades no humanas (García Selgas F. , 2008, pág. 167).

Esto está en diálogo con el concepto de “inscripción” de Latour, que viene a cuestionar la preexistencia y autonomía de los llamados objetos de investigación, en aras de asumir cómo las cosas llegan a ser, más que lo que son. En ese recorrido, habría una serie de manipulaciones, transformaciones, traducciones y desplazamientos que terminan en los diversos instrumentos científicos, entendidos todos como material-semióticos, con lo cual se abre la caja negra que nos permite mirar que entre un objeto y su inscripción no hay una relación representacional sino una “*mediación material*” (García Selgas, 2008, pág. 154).

Como bien recuerda García Selgas (2008, pág. 149), el conocimiento científico moderno equivale a una representación distante y desinteresada del objeto en gran parte por su relación

con determinadas tecnologías cognoscitivas tales como el telescopio; pero en la actualidad, nuevas tecnologías han engendrado la metáfora del cyborg (organismo conectado a diferentes redes de información), con lo cual se cuestiona también el modelo cognitivo anterior. Tales tecnologías habrían hecho visible: i) la materialidad del conocer y ii) la configuración social de la naturaleza, iii) con lo cual el conocimiento queda situado entre medio de relaciones materiales, políticas y semióticas más como articulación que como representación. Esto nos devuelve a la discusión con la que partimos sobre las relaciones entre ciencia y sociedad, donde argumentamos que determinados tipos de sociedades han supuesto específicos modelos cognoscitivos, mediados por particulares tecnologías.

Por otra parte, la ciencia moderna para cumplir con su rol histórico de fundamento del proyecto moderno se representó a sí misma como: i.) un conocimiento lógico, ii) que controla la falibilidad mediante el rigor de su metodología y iii) que se centra en lo empírico; los tres se sostienen en el supuesto de que el conocimiento opera como una representación mental y distante que viene a ser la fuente de legitimación del conocimiento científico.

(...) el que tenga una ordenación lógica, que sería reflejo o correspondencia de la ordenación lógico-matemática del mundo; el que su método permita eliminar las ‘contaminaciones’ subjetivas, pues en eso vendría a consistir la objetividad del reflejo, y el que la observación del hecho permite la corroboración del enunciado que lo afirma (...) nos permite pensar una cierta identidad entre el enunciado ‘la nieve es blanca’ y el hecho de que la nieve sea blanca (García Selgas, 2008, pág. 151).

¿Por qué recordar esto? porque en el cuestionamiento de este núcleo de la epistemología de la representación es donde buscamos nuevas formas de entender la objetividad, especialmente en lo relativo a los aparatos metodológicos de las prácticas de investigación que asumen el giro epistemológico de la articulación. No buscamos lograr una representación de la realidad mediante el control del error, pero si, apuntalar con la producción de “datos empíricos” una objetividad fuerte capaz de participar más responsablemente en las redes que vinculan ciencias sociales y sociedad.

Retomando lo que antes señalamos sobre la provocadora interrogación de Haraway (1999) acerca de la trampa de plantear quién habla por quién y los problemas de tener que elegir entre la visión única o el relativismo, podemos ver las consecuencias epistemológicas y políticas del giro de la representación a la articulación. Por una parte, ya no es oportuno representar la naturaleza –o la sociedad- desde afuera distanciadamente. Ya no hay dentro/afuera, siempre es dentro, pero tampoco somos los únicos que tenemos autoridad para hablar por el objeto de conocimiento. Para el caso de los escenarios empíricos que analizamos en esta tesis, a lo menos participan

investigadores/as, movimientos de derechos humanos, bases de datos, lugares de memoria social, medios de comunicación, políticas públicas, investigadoras feministas, Ministerios del Estado, entre muchos otros. Análogamente a quien habla por el jaguar, en tanto investigadores estaremos autorizados a hablar precisamente porque no fundamos las prácticas de investigación en el desinterés, pero requerimos problematizar cómo participamos en ellas y en las diversas redes de las que somos parte, desde una vocación crítica no inocente.

Reconocemos que no nos fue fácil asimilar a qué se refería Haraway con el reclamo de un conocimiento científico responsable, no inocente. En nuestro aprendizaje fue clave ir entendiendo la complejidad de las metáforas y las tecnologías de la visualización. El trabajo de Rutherford<sup>33</sup> es un buen ejemplo de un uso situado de las estadísticas disponibles, que permite ilustrar cómo, en un mundo cargado de imágenes y representaciones, podemos interrogarnos por aquellos a quienes no podemos ver y cuáles son las consecuencias de nuestras cegueras selectivas. Así, las preguntas sobre la óptica son ineludibles desde el punto de vista de un feminismo situado (Haraway, 2004, pág. 233).

Junto con eso, la difracción que posibilita la articulación nos permite mostrar una tecnociencia vinculada a las interrogantes políticas desde una lógica distinta a la de la responsabilización individual basada en la elección. Con ese propósito, retomamos el uso que hace Haraway de las viñetas de Kelly (“El Espéculo Virtual”) que indagan sobre las tecnologías de la visualización para argumentar lo que compete a los estudios feministas de la ciencia. Tal espéculo está lleno de significados de elección, que son precisamente los que han abundado en las políticas reproductivas en los últimos 25 años del s. XX. En vez de ello, las preguntas pertinentes para Haraway son “¿Qué es considerado como elección, para quién y a qué precio?” (Haraway, 2004, pág. 222). Tales preguntas son posibilitadas cuando usamos las tecnologías de la visualización pensadas como difracción. La viñeta de Kelly presenta la imagen de una mujer desnuda (caricatura de la creación de Adán de Miguel Angel en la Capilla Sixtina) enfrentada a una computadora tocando el teclado, en cuya pantalla aparece el dibujo “del feto digital global en su saco amniótico” (Haraway, 2004, pág. 206). En la lectura de Haraway, la mujer es un Adán

---

<sup>33</sup> Se trata de una investigación en las oficinas de registro municipal y las fabelas de una ciudad en una región de plantaciones de azúcar en el nordeste de Brasil durante los últimos 25 años (mediados de los años 60’ hasta el 90’) en la que buscó contar la historia reproductiva de las mujeres más pobres de tal ciudad visibilizándola estadísticamente, particularmente en lo referido a los bebés muertos y enlazándolo a las sofisticadas prácticas de atención pre y postnatal de las mujeres más ricas de los barrios de la misma ciudad, en los cuales muchas de las mujeres pobres trabajaban.

femenino en la misma posición que la del primer hombre. La gracia de la viñeta es que no se trata de otra visión estereotipada sobre las nuevas tecnologías reproductivas; lo que hace es difractar e interrogar, por ejemplo, si esto es lo que las feministas entendemos como elección, vida, agencia o creatividad; qué puede estar en riesgo y para quién; quiénes son los centros de acción humanos y no humanos; de quién puede ser este relato y a quién puede importarle, quién está en la viñeta y quién falta o cómo la historia de la salvación es replicada en la tecnociencia (Haraway, 2004, pág. 223).

Nos parece que tales difracciones y preguntas también pueden ser identificadas en los relatos, imágenes y tecnologías sociales que (re)crean, reproducen, transgreden, transforman y/o movilizan las prácticas de investigación de las ciencias sociales. Pensar en preguntas tales es una forma de ejercer una reflexividad fuerte y una forma de volvernos responsables, aun sabiendo que ni las preguntas ni las respuestas son estables ni unívocas. En definitiva estamos buscando cuáles son los espejos adecuados para la tarea de comenzar la observación dentro del cuerpo político tecnocientífico que permitan tratar este tipo de preguntas sobre los proyectos de conocimiento.

Acudimos a este análisis para enfatizar que la epistemología de la articulación no es solo una preocupación intracientífica, sino que da razón de nuestra preocupación de trasfondo: las redes que entretejen a las ciencias y otras relaciones sociales y políticas. La articulación supone un vínculo diferente entre los saberes científicos y otros saberes cuando lo que nos importa son los proyectos normativos sobre cómo disputar y prometer otras formas de vida. Haraway (2004) retoma las consignas del feminismo de los 70' que abogaba por la salud de las mujeres, donde “nuestros cuerpos y nosotras mismas” operaban como eslogan y título de una publicación sobre los movimientos por la salud de las mujeres que situaba al espejo como herramienta tecnocientífica auto-definitoria. Sin embargo, tales no solo eran reclamos simbólicos, había prácticas de autoayuda y experimentación de aborto temprano entre mujeres en un contexto en que éste estaba prohibido. El espíritu de tales prácticas fue capturado por otra viñeta en una revista feminista que muestra a la Mujer Maravilla y su espejo. Lo que importa de ella es que permitió a las feministas relacionar política y salud, y en ese vínculo encontrar formas para abordar cuestiones de clase y raza articulados a la conciencia feminista, en tanto no todas las mujeres tenían las mismas necesidades o historias dentro del sistema médico. En ese contexto, el espejo no era una herramienta simbólica y material reduccionista que limitaba el movimiento feminista por la salud a las “políticas de la elección” definidas por las demandas de aborto legal y



seguro y por el interés por las tecnologías reproductivas; pero tampoco se reducía a un interés de mujeres blancas de clase media sino que el movimiento por la salud de las mujeres fue construido y promovido por diversos grupos de mujeres, incluidas las de color, blancas y mestizas cortando transversalmente líneas de clase.

Por lo tanto, la “difracción” es crítica de la reflexividad. La propuesta de Haraway –en términos de conocimiento crítico- no es solo dar cuenta de la realidad sino de algún modo de posibilitar el intervenirla, hacer algo distinto a la mera reproducción. Pero la intervención es una mala metáfora porque nos devuelve a un humanismo moderno donde hay una realidad posible de tocar bajo la lógica del progreso siempre planificado y hacia adelante. La difracción, en cambio, supone articulaciones contingentes, no predecibles, sorpresivas y abiertas a múltiples distinciones y orientaciones.

Difracciones, mi categoría inventada de la semántica, toma ventaja de metáforas e instrumentos ópticos tan comunes en la filosofía y la ciencia occidental. La reflexividad ha sido muy recomendada como práctica crítica, pero sospecho que la reflexividad, como la reflexión, solamente desplaza lo mismo a otro lugar, estableciendo las preocupaciones sobre la copia y el original y la búsqueda por lo auténtico y lo verdaderamente real. La reflexividad es un mal tropo para escapar de la falsa opción entre realismo y relativismo que surge al pensar en la objetividad fuerte y los conocimientos situados dentro del conocimiento tecnocientífico. Es necesario establecer distinciones en los aparatos semiótico-materiales, difractar los rayos de la tecnociencia para obtener modelos de interferencia más prometedores en las placas de grabación de nuestras vidas y nuestros cuerpos. Difracción es una metáfora óptica útil para hacer el esfuerzo de marcar distinciones en el mundo (...) para hacer tropos sobre el final del milenio local de mi cultura, en sus versiones feministas y tecnocientíficas (Haraway, 2004, pág. 32-33).

La difracción es una forma de evitar la ingenuidad de la reflexividad entendida como autoreflexión. La reflexividad no es suficiente para evitar la autoinvisibilidad. En otras palabras, “La difracción no produce un desplazamiento de “lo mismo” como sí hacen la reflexión y la refracción. La difracción es una cartografía de la interferencia, no de la réplica, el reflejo o la reproducción. Un modelo difractario no indica dónde aparecen las diferencias, sino dónde aparecen los efectos de la diferencia” (Haraway, 1999, pág. 126).

### **3.3. Volviendo a la relación ciencia y política**

Cuando entramos de lleno en la deconstrucción de la epistemología de la representación a través del uso de la figura del testigo modesto que sintetizaba Boyle, indicamos que la credibilidad científica se basaba en última instancia en una tajante escisión entre ciencia y política. Tras la reinterpretación de los componentes de la epistemología de la representación y su giro hacia la articulación, podemos volver a situar ese vínculo de otro modo. Esto es más complejo que el

reclamo por una sociología pública (Burawoy, 2005), se trata de comprender que los diversos dominios científicos (disciplinas e interdisciplinas) son dominios culturales, “prácticas que producen importantes comprensiones transversales, multidisciplinarias, multiculturales y de especies múltiples”. De ahí la necesidad de una “hermenéutica crítica” como una parte constitutiva de la práctica científica (Haraway, 2004, pág. 187). Eso que en Haraway ha sido tematizado especialmente para las ciencias de la vida, necesitamos llevarlo también a las ciencias sociales mediante diversas traducciones.

Lo anterior supone preguntas tales como “¿de qué manera podemos desarrollar este tipo de relación crítica con las prácticas de creación del conocimiento científico que aluden a los aspectos de la vida más fácilmente ideologizados y abusivos en los regímenes de tecnobiopoder, sin volvernos mojigatos ni prohibitivos?” (Haraway, 2004, pág. 188). De momento, y de acuerdo a lo que mostraremos en los capítulos siguientes con investigaciones empíricas de las ciencias sociales, creemos que esa pregunta debe involucrar la creación científica como parte del continuo creación-uso-(re)creación del conocimiento científico social.

Junto con eso, y en lo que es una crítica a las metáforas de Latour basadas en categorías de inteligencia y agresividad como “entidades materializadas medibles” requerimos orientarnos más bien a ciencias afirmadas por estándares de “objetividad crítica” incluyendo la construcción de categorías. Se trata de (re)aprender que en los laboratorios y en todas sus redes extendidas no existen categorías independientes de las narrativas, los tropos y las técnicas; lo contrario sería un caso de “endurecimiento de categorías” (Haraway, 2004, pág. 189).

Por lo tanto, para entender cómo podemos reapropiarnos de la ciencia desde una posición crítica, pero implicada, requerimos volver a revisar cómo las disciplinas científico sociales no solo han creado hechos científicos, sino también hechos sociales (Ramos, 2012). Haraway lo ha analizado problematizando las construcciones de raza en Occidente y su vinculación con la biología. Para cerrar, solo tomaremos sus ideas como analogía de lo que queremos hacer con la sociología en aras de recrearla en su vertiente crítica. Por lo tanto, podemos cambiar “biólogos” por “sociólogos” y “naturaleza” por “sociedad” y el desafío es similar.

Los biólogos –argumenta Haraway (2004)- no son los ventrílocuos de la naturaleza, porque la ciencia no está libre de cultura y por ende no es universal. La biología es parte de una compleja red de prácticas semiótico-materiales que emergieron alrededor de los últimos doscientos años, iniciada en Occidente y distribuida globalmente. La biología surgió en medio de otros inventos,

los de familia, nación, clase, tipo, civilidad, especie, sexo, naturaleza y raza. Ahora bien, que la biología sea un discurso con una historia contingente no implica que sus asuntos sean cuestiones de mera “opinión” o solo sean “relatos”, sino que los tejidos semiótico-materiales están entrelazados inexorablemente. Los discursos son palabras y prácticas semiótico-materiales a través de los cuales se constituyen los objetos y sujetos de conocimiento y es en tal sentido que la biología, y nosotros decimos también las ciencias sociales, opera como parte de discursos transnacionales frente a los cuales no somos críticos externos. Haraway reconoce en la biología una práctica de conocimiento que valora, en la que quiere participar y mejorar, en tanto la considera cultural, política y epistemológicamente relevante y es en tal sentido que lucha por una biología y una naturaleza que puedan ser vividas. Suscribimos lo mismo para la sociología y la sociedad.

La biología podría ser política por otros medios, pero esos medios son específicos de una práctica localizada y tienen que ver, por ejemplo, más con genes, chips, semillas, sangre, gráficos que con legislaciones o intereses sociales de los científicos. Esto es más radical que la lectura paranoica de los intereses de tales científicos, supone problematizar lo que entendemos como estrictamente disciplinario, sea en la biología o en las ciencias sociales.

Finalmente, para entender cómo somos herederos de la sociología crítica hay que recordar que las posiciones situadas que está reclamando Haraway suponen contingencia, pero no niegan lo que para nosotros es memoria social: su dirección de correo es un testigo modesto que “insiste en su posición situada, en donde la localización es siempre una construcción compleja al mismo tiempo que una herencia” (Haraway, 2004, pág. 305).

### **3.4. Enlace**

Sintetizando, hasta aquí hemos presentado la comprensión de las relaciones entre ciencia y sociedad desde la sociología de la ciencia. Luego, avanzamos con los nuevos estudios sociales de la ciencia (Latour y otros) para mostrar cómo el conocimiento científico se ensambla mediante diversas redes en circuitos que configuran a la ciencia y a la sociedad. Sin embargo, a pesar de los significativos aportes que ha supuesto dicha interpretación, resulta insuficiente para los proyectos que buscan incluir dimensiones normativas en el debate sobre las relaciones entre la ciencia y el poder. En otras palabras, para enlazar nuestras preocupaciones por las paradojas de la crítica en los tiempos postmodernos a la preocupación y el horizonte sobre las posibilidades de la

sociología crítica en el contexto chileno, tuvimos que girar hacia otro debate: las epistemologías feministas que problematizan la cuestión de la tecnociencia como parte de los *anhelos* de transformación para otros mundos posibles. Con ello, hemos detallado la propuesta de Haraway como un remezón constructivo a los cimientos epistemológicos que han configurado las bases del quehacer sociológico. Sin embargo, nuestro foco de interés –y posible aporte- es aún más específico, en tanto lo hemos situado en los desafíos que todo lo anterior supone para el oficio del investigador social que busca formas de participación responsable en, desde y con la ciencia.

De ahí que en lo que sigue trataremos tres subtemas que por una parte aterrizan la propuesta de la epistemología de la articulación al terreno de las prácticas de investigación, y por lo otra, nos permiten apuntalar el argumento que sostiene que tales prácticas pueden ser rigurosas, pero no neutrales. Tales subtemas son: a) la hipótesis (que aquí opera como supuesto) que sostiene que la realidad puede ser entendida como una ontología múltiple (Mol, 2002) a partir del análisis de las prácticas como configuradoras de lo que importa conocer de un modo crítico, es decir, versa sobre *el qué investigar*; y –en el capítulo siguiente- b) los debates deconstructivos y “críticos” sobre los métodos de investigación en ciencias sociales (Law, 2007) y c) la problematización de las relaciones entre trabajo de campo y escritura científica a través de la etnografía postmoderna.

### **3.5. La Ontología Múltiple de Mol como recurso para la investigación situada: supuestos ontológicos y consecuencias políticas desde la epistemología de la articulación**

El trabajo de Annemarie Mol (2002)<sup>34</sup>, particularmente el que argumenta sobre la ontología múltiple, ofrece una serie de recursos que nos permiten acercar las propuestas teóricas hasta aquí presentadas a nuestra preocupación por las prácticas de investigación crítica de las ciencias sociales. Si bien a Mol se la suele ubicar dentro de los estudios sociales de la salud, va más allá de tales fronteras por la forma en que aborda los supuestos y consecuencias de su investigación, de ahí que resulte convincente la *autodescripción* de su quehacer como *filosofía empírica a partir sus relatos etnográficos* (Mol, 2002, pág. 1).

En *The Body Multiple*, presenta la investigación que llevó a cabo en un hospital universitario holandés sobre la construcción de la arteriosclerosis. Su propósito fue investigar las tensiones

---

<sup>34</sup> Todas las referencias corresponden a Mol (2002), para no repetirla solo indicaremos el número de páginas para las citas.

entre fuentes y estilos de conocimiento en el diagnóstico y tratamiento de la enfermedad, lo que implicó una observación profunda del entorno y las prácticas relativas a ella basadas en una conjugación de diferentes métodos y diversos actores.

El interés filosófico radica en que ofrece argumentos teóricos sobre la multiplicación de la realidad que postula, algo que ocurre al desviar el foco de atención puesto en los objetos – observados desde diferentes perspectivas– y trasladarlo a las prácticas que manipulan, construyen o modifican tales objetos. Con ello los objetos dejan de ser vistos como fijos, inertes o pasivos, por el contrario *llegan a ser* y desaparecen junto a las prácticas que los conforman. La realidad entonces se multiplica, en tanto los objetos dejan de ser singulares en la medida que varían en cada práctica que los constituye; luego, la pregunta pertinente es de qué forma se mantienen relacionados los objetos.

Con esto Mol está proponiendo un giro desde la pregunta sobre ‘cómo conocer la verdad’ hacia cómo se conforma un objeto en la práctica, lo que entiende como la adquisición de un interés etnográfico (un interés en las prácticas) por parte de la filosofía, cuyo principal interés había sido epistemológico (cómo conocer). Esto hace emerger una serie de otras interrogantes: ¿Cómo se relacionan objetos que se encuentran en distintos lugares?, ¿Cómo es posible que diferentes objetos que responden al mismo nombre eviten la confrontación? ¿Es posible acaso que a pesar de las tensiones entre uno y otro objeto, sean estos interdependientes? Lo anterior no supone necesariamente una realidad fragmentada, sino una múltiple.

Tal interés por las prácticas se conecta directamente con nuestro interés por la epistemología de la articulación, en tanto ella entiende la relación entre sujeto y objeto de conocimiento como una práctica donde ambos se articulan.

Lo anterior se relaciona también con el desplazamiento al que Mol invita desde una preocupación por la *normatividad* metodológica a una epistemológica que problematiza el cómo *conocer apropiadamente*. Nos enfrentamos así a determinar qué es lo imprescindible al observar las prácticas, puesto que “si la realidad no precede a las prácticas que la conforman, la misma no puede ser el estándar mediante el cual las prácticas sean valoradas”. La trama de este cuento filosófico indica que “la ontología no se da en el orden de las cosas. Más bien, son las ontologías las que son llevadas a cabo, sostenidas o dejadas marchitar en prácticas socio-materiales comunes del día a día” (Mol, 2002, pág. 6). Para el caso de su investigación, se trata de las prácticas

médicas. Para el nuestro, las prácticas de investigación de las ciencias sociales que se pretenden críticas.

Ahora bien, el interés ontológico de Mol se enlaza también a preocupaciones epistémico-políticas como las que hemos venido mostrando: "[las ontologías] informan y son informadas por nuestros cuerpos, la organización de nuestros sistemas de salud, los ritmos y dolores de nuestras enfermedades y la forma de nuestras tecnologías. Todas al mismo tiempo, todas entrelazadas, todas en tensión. Si la realidad es múltiple, es también política" (Haraway, 2004, pág. 7). De allí entonces que la posibilidad de una normatividad centrada en las prácticas no debata sobre cómo la realidad *es*, sino sobre cómo ésta es construida y actualizada diariamente.

Tras su extenso trabajo, Mol se embarca en conclusiones que discuten los fundamentos de un enfoque praxiográfico en la investigación de la arteriosclerosis como uno de los ejemplos de objetos definidos, manipulados y promulgados por la disciplina médica. No se trata de una crítica a las ciencias biomédicas sino a la presunción de que existe una realidad que precede a la observación de uno o más sujetos, desde uno o más puntos de vista y que es independiente a estas observaciones y manipulaciones.

La arteriosclerosis le sirve Mol para comprender cómo una realidad puede ser llevada a cabo por diversos actores, en distintos espacios y mediante diferentes saberes, todo ello conjugado por prácticas específicas. La propuesta derivada es que estudiar tales prácticas puede ser la clave para integrar entre las ciencias saberes diferentes, sin por ello caer en una guerra disciplinar o un relativismo.

De esta forma, hace un repaso por las principales dificultades de una ontología que no enfrenta la constante transformación de los objetos en la práctica; una relación jerarquizada entre las ciencias en lugar de un trabajo colaborativo, una incapacidad de incorporar la incerteza en la definición de los objetos y un desvío de la investigación crítica que acaba perdiéndose en atacar a los profesionales médicos al examinar solo en la superficie las disputas que surgen de las críticas a la ciencia occidental en general y a la medicina en particular. Cada uno de estos puntos es abordado por Mol desde una necesidad de impugnación y de propuestas en pos de una ciencia más consciente del carácter múltiple y -por lo tanto- político de la realidad.

Con esto en mente, planteamos tres grandes puntos de diálogo y apertura a nuevos recursos útiles a nuestros objetivos.

### 3.5.1. Problematicando al método y a la teoría como dispositivos de investigación

Mol ordena el debate sobre el método científico en tres grandes tendencias. La primera, *legislativa*, discute cómo debe operar el método para lograr un conocimiento válido, basado en el consabido supuesto acerca de la *pureza* del conocimiento; aquí el común denominador es la búsqueda del *buen* método, bueno en tanto genere un conocimiento puro. La segunda tendencia es *crítica* de la primera y contra-argumenta que hasta ahora no se ha encontrado un método que asegure lo anterior y que el principal efecto de los intentos legislativos ha sido separar la ciencia de otras formas de conocimiento, protegiendo a las autoproclamadas comunidades científicas en oposición a las que no logran ese estatus. Tal literatura muestra diversos ejemplos sobre cómo el método ha fallado en la evitación del sesgo, por ejemplo, destacados estudios sobre sexismo en la ciencia médica. La tercera abandona los dos proyectos anteriores para situar al método como objeto de investigación empírica. Allí ubica, por ejemplo, los estudios históricos sobre el método experimental, otros que indagan en las razones de por qué llegó a erigirse como única forma de diferenciar lo científico de lo fraudulento y quienes hacen etnografía de las prácticas científicas. Nos acercamos así a la epistemología de la articulación que propone García Selgas (2008), en tanto esta tercera posición hace eco de lo que ya plantearan Lynch y Woolgar (1990 citado por Mol, 2002) sobre lo que hace el trabajo científico: no reproduce un objeto sino que constituye un vínculo rastreable entre el objeto estudiado y las articulaciones que circulan a su alrededor.

Entre las tres tendencias hay mezclas e interferencias. Así por ejemplo, las investigaciones de la tercera tendencia son movilizadas como un recurso de la segunda, pero no sin problemas, ya que si el método es solo un logro práctico local, no puede ofrecer garantía de que el conocimiento que produce sea verdadero, lo que deviene en la pregunta sobre qué hace a los estudios de la ciencia mejores que la auto-interpretación de los científicos o las opiniones no científicas.

Coincidimos con Mol en que es una pregunta importante, pero que paraliza. Lo que nos ha enseñado la tercera tendencia es que ningún conocimiento es inimpugnable. Sin embargo, ello implica otro desplazamiento que vuelve a cuestionar la epistemología de la representación: el conocimiento no debiera ser entendido como un reflejo de los objetos que están esperando

pasivamente ser observados ya que los métodos inevitablemente interfieren en el mundo. Esto es epistemología de la articulación en otros términos<sup>35</sup>.

Para Mol el punto no es proclamar que los observadores *no deben* interferir, siempre lo hacen, el tema más bien es “¿Cómo es que interfiere y qué pensar de ello?” (Mol, 2002, pág. 157). Dicha pregunta permite abrir una cuarta y relativamente nueva forma de considerar el método que también es normativa y preocupada por lo “bueno”, pero en otro sentido: ¿qué es una buena forma de hacer investigación, de abordar el montaje y manejo del material? Aquí cambia el registro en que se juega *lo bueno* y se acerca a la interrogante de Haraway sobre *cui bono* que antes describimos.

La nueva pregunta normativa, luego, viene a ser cuáles de estas interferencias son las correctas. Y cuándo, dónde, en qué contexto, y para quién, son buenas. Un buen conocimiento, entonces, no obtiene su valor del mantenerse acorde a la realidad. Lo que debiésemos buscar es, en su lugar, formas de convivir con lo real que valgan la pena (Mol, 2002, pág. 158).

Para Mol, esta pregunta desplaza la “*desesperación auto-reflexiva*” sobre los fundamentos de “*nuestro conocimiento*”. No nos parece necesario cerrar tan rápido esa preocupación, pero si agregar la que ella señala: necesitamos llegar a acuerdos en torno a lo que estamos haciendo al elaborar conocimiento académico. Ahora bien, esa preocupación no se puede circunscribir a una literatura estrictamente metodológica, se requiere abrirla al debate sobre *la política del trabajo académico*, a menos que, como proponemos en esta tesis, nos permitamos mirar y discutir también la dimensión política, ética y/o social de la metodología. Si esto es así, estamos frente a una forma de acercar la demanda por la responsabilidad de la ciencia que reclama Haraway, a las prácticas de investigación.

Así como Mol se detiene en el debate sobre el método, también da pistas sobre cómo podemos entender a las decisiones teóricas como una práctica que opera como un factor constitutivo de la producción del conocimiento.

Mol presenta diversas cuestiones vinculadas a la forma de lidiar con la literatura en una investigación. Es lo que entenderemos aquí como la construcción del lente teórico de un modo no inocente, sino como un dispositivo que supone una serie de decisiones tomadas en base a

---

<sup>35</sup> En esa línea, cita a la propia Haraway (1989) y su uso del simulador de la familia nuclear diseñado para estudiar el amor paternal en los monos lo que hizo posible aislar la variable “amor paterno” como una conducta específica de los monos masculinos, fenómeno que no estaba disponible para ser estudiado antes del aparato.



diversos criterios donde participan agentes no humanos –y que por ende rebalsan la metáfora de la *decisión*- que tienen luego consecuencias que son constitutivas de la producción de los resultados de una investigación. Esto es lo que trabajaremos en esta tesis en lo relativo a los dispositivos metodológicos (ver capítulo ocho), pero suponen la misma lógica para los dispositivos teóricos. Así es como estamos leyendo lo que Mol presenta sobre la relación con la literatura. Nos detenemos más en ello por su potencial ilustrador.

Cuando ella presenta sus “*relatos etnográficos*” sobre el hospital Z problematiza la tensión entre lo local y las escalas mayores en las que podría insertar su relato, lo que conlleva un análisis comparativo como forma de estándar de abordar esa tensión. Sin embargo, se cuestiona por el lugar dónde se encuentra tal forma estándar y las posibles sorpresas que arrojan las variaciones. Ello estaría precisamente en la literatura.

Estamos acostumbrados a que toda investigación académica que se publique esté obligada a desarrollar el marco teórico o conceptual que la orienta. Asimismo, cualquier manual de formación en el método científico advierte que es la teoría la que *guía* la investigación<sup>36</sup>. Sin embargo, entendemos que lo que está haciendo Mol es hacerse cargo de lo que los nuevos enfoques de la sociología de la ciencia (y su deriva teórica en la ANT) han mostrado sobre el carácter artefactual del conocimiento en base los diferentes ensamblajes que lo constituyen, donde las teorías juegan un papel importante. Las teorías, y su circulación a través de textos y presentaciones orales, son parte de los entramados que participan en la construcción de objetos científicos y los conocimientos acerca de ellos. Con Mol podemos ver una forma, no necesariamente ejemplar, pero sí más expuesta que lo que suele encontrarse en las ciencias sociales al presentar la relación que establecemos con la literatura.

De modo que lo que tengo que decir en este libro no solo se relaciona con los eventos que figuran en mis historias. También se relaciona con otros textos. (...) Si he de explicitar cómo este texto se aparta de otros a su alrededor, si quiero mostrar cómo es que difiere de ellos a la vez que es posibilitado por ellos, tendré que relacionarlo con la literatura. Pero ¿cómo? (...) no he escondido la respuesta entre líneas. No sigo ningún estilo de uso de la literatura sin ser explícita al respecto (...) he tratado –o trataré– de referirme tanto a la literatura como a la pregunta por cómo referirse a ella. Para hacer esto correctamente, he separado la pregunta sobre la referencia a la literatura desde el centro de este libro. Lidio con la literatura en una serie de textos separados que resuenan, colindan,

---

<sup>36</sup> Esto da por descontado todo el debate aún vigente entre las formas de construir el conocimiento científico, que en las ciencias sociales suele sintetizarse en las reflexiones en torno a la inducción y la deducción (historicismo versus racionalismo). En el campo de las ciencias sociales ese debate aparece renovado a propósito del enfoque de la Grounded Theory (Kelle, 2005) como perspectiva teórico-metodológica dentro de la tradición más interpretativa de la investigación cualitativa.

interfieren con, varían respecto a y dan una dimensión extra al texto principal. En un subtexto, por así decirlo (Mol, 2002, pág. 3).

Por una parte, no solo recurre a la literatura de las disciplinas más especializadas en su tema de investigación, sino que también a aquella que se hace cargo de las relaciones entre ciencia y poder. Así, reconoce que podría indicar una variedad de disciplinas -por ejemplo la sociología, la antropología y la filosofía médica- que han tratado a la medicina occidental como una unidad, un tropo. Sin embargo, al referirse a la literatura de esa forma el resultado es un cúmulo de generalidades. Lo común en esta forma de relación con la literatura es ordenar en el interior de cada disciplina nombres y fechas, pero pronto aparecen nuevas dificultades. Por ejemplo, la sociología médica de los setenta puede ser representada por Freidson (1970 citado por Mol, 2002), pero con ello no se cubren las excepciones y disidencias mostradas, por ejemplo, por los sociólogos marxistas o las investigadoras feministas de ese mismo tiempo. Para todo ello hay otros textos que podrían dejarse fuera argumentando que han sido marginales, pero también se podría asumir que las excepciones constituyen los primeros antecedentes de un giro en la disciplina. Sin embargo, eso no excluye nuevos problemas “¿Qué pasa si una lectura más atenta del libro de Freidson muestra que su preocupación principal no es la unidad de la profesión [como se ha presentado] sino su carácter cerrado?” Abordarlo de esa manera supone que la unidad de la profesión y su clausura se vinculan estrechamente. Para esta nueva interpretación se requiere, a su vez, de nuevos textos de respaldo.

En definitiva, qué enfatizar, a quiénes citar y a quienes silenciar son diferentes vías acerca de cómo mostrar un determinado estado del arte, con lo cual entendemos que ésta es una configuración posible, pero no el reflejo de “la” literatura pertinente. Resulta entonces problemático suponer cierta unidad en la literatura. Por otra parte, no se puede incluir todo lo diverso y tampoco hay un punto de certeza para establecer tales distinciones de forma no conflictiva. Lo que nos importa destacar es que Mol debió hacerse muchas preguntas sobre cómo abordar la relación con la literatura y eso lo transforma en un foco de interés y exposición creativa en su mismo texto donde paralelamente escribe sobre su investigación y la literatura.

### **3.5.2. Desplazamientos en los supuestos epistemológicos del conocimiento científico**

Encontramos en la propuesta de Mol una forma de mirar cómo algunos supuestos epistemológicos clásicos que damos por sentado al realizar un estudio se vuelven problemáticos en las investigaciones que asumen lo que hemos llamado embates postmodernos (García Selgas

& Monleón, 1999). Entre otros nos interesa destacar cómo se desestabilizan dicotomías como local/universal; relativismo/implicación y racional-abstracto/encarnado.

### ***3.5.2.1. Relación entre lo particular y lo universal como conexiones diversas***

Mol advierte que buscaba apartarse de las respuestas típicas que se han dado a la forma de entender los eventos específicos. Sus relatos etnográficos son acerca de hechos particulares en un solo hospital de Holanda, pero asumiendo que lo que allí sucede mantiene complejas relaciones con lo que ocurre en diversos otros lugares. La opción más tradicional habría sido un análisis comparativo en la búsqueda de similitudes y diferencias; sin embargo, esa opción evade la pregunta por *¿qué es exactamente lo distinto?* y *¿Cuáles son sus interferencias y difracciones?* Esto es precisamente lo que ella problematiza.

Por otra parte, se hace una pregunta para nosotros muy relevante en términos de la epistemología aplicada en la que estamos involucrados: *¿De dónde vienen los textos y a dónde van? ¿Qué lugar o qué lugares llevan consigo o en sí?* Para contestarla, vuelve sobre el recurso de pensar en las formas disciplinarias más vinculadas con lo que ha venido investigando. Así, podría tratarse de una discusión antropológica sobre la(s) *cultura(s)* o de objetos de carácter *micro* como podría tildarlos la sociología; como también podría ser filosófica si se atiende al texto no tanto por su lugar de origen como por su lugar de destino, en la medida que se produzcan *teorías universalmente válidas*. Sin embargo, en cada una de estas formas de abordar el material de su investigación hay cuestiones que tampoco se resuelven fácilmente y que ponen en tensión uno de los temas álgidos del debate epistemológico actual: la relación entre local/universal como nodo problemático.

Por cuestiones de espacio no detallaremos el soporte que sirve de argumento a Mol en cada uno de estos tres registros disciplinarios, pero a modo de ejemplo, diremos que por el lado de la visión antropológica y la cuestión de la especificidad cultural, relata cómo uno de los evaluadores de su texto insistió mucho en la especificidad cultural de los eventos que ocurrían en el hospital Z como distintivos en tanto que holandeses y observó que esa *holanditud* era una *amenaza persistente* que requería reconocimiento. Sin embargo, Mol problematiza *¿Qué podría ser la holanditud?* Se detiene bastante en esto, citando diversos textos que podrían contestar la pregunta, pero todos ellos más que facilitar una respuesta a la cuestión de la holanditud la dificultan. Luego presenta diversos trabajos en torno a los cuidados de la salud y sus supuestas

diferencias, cruces y similitudes nacionales y europeas, el resultado son nuevas interrogantes más que la identificación de *factores nacionales comunes*.

Bajo el lente sociológico aparecen otros problemas, y para mostrarlo Mol usa el texto de Edward Soja (1989 citado en Mol, 2002) sobre Los Ángeles donde “*todo*” ocurre, por cuanto no habría necesidad de buscar un objeto más *grande*. Esta misma lógica le sirve para entender lo que acontece en el Hospital Z. En definitiva, “*Agregar perspectivas de lo que sucede en otros diez o cien hospitales no proporciona una fotografía más grande –simplemente representa otra cosa*” (Mol, 2002, pág. 179). Pareciera ser entonces que la relación entre el lugar y el objeto teórico-empírico que se entremezcla con él no puede ser comprendida con las categorías tradicionales de lo local/nacional/global o lo micro/ macro, pero tampoco se entienden escindidas de una localidad como punto de ubicación. Y allí es donde para nosotros radica una de las dimensiones básicas del conocimiento cuando se lo asume como situado.

Los eventos son necesariamente locales. De alguna parte. Situados. Y en tanto este libro habla de eventos, sus objetos son también necesariamente locales. Pero el objeto principal de este libro no son siquiera los eventos, sino otra cosa. La coexistencia. En términos teóricos, este libro trata de los modos de coordinación, distribución e inclusión que permiten que las diferentes versiones de un objeto único coexistan. Pero ¿en qué lugar puede estudiarse la coexistencia? Puede haber largas distancias entre entidades que coexisten bajo un solo nombre (...) si uno está interesado en formas de coexistir, bien puede ser que el Hospital Z las contenga todas. Coordinación, distribución e inclusión, al menos esas tres, pueden ser todas encontradas en Z. Ni siquiera es necesario lograrlo – hay muchos lugares y situaciones en el Hospital Z que no son mencionadas en este libro. Unas cuantas prácticas relacionadas con la arteriosclerosis de las venas de la pierna parecen componer un campo lo suficientemente grande para contener tantos patrones de coexistencia como pueden ser analizados en un solo libro (Mol, 2002, págs. 180-181).

Como sea que se nomine, la cuestión de cómo nombrar y localizar no está resuelta. “Lo que quiero destacar por ahora es esta única cosa: que mi investigación teórica sobre la coexistencia de varias versiones de un objeto múltiple fueron, de hecho, localizadas. Que un interés filosófico en la ontología fue ligada aquí al estudio empírico de un campo. Esto va contra la tradición dominante en la filosofía” (Mol, 2002, pág. 182). Con ello entramos en la pretensión filosófica por lograr universales. Como ella misma recuerda, durante mucho tiempo los esfuerzos de la filosofía se presentaron en una peculiar relación con el lugar: eran *universales*, válidos en todas partes y a la vez enraizados en ninguna. Lo que estaba bien en la teoría, se suponía, debía ser transportable a cualquier parte –tan fácilmente que no se prestó mucha atención a lo que podía significar transportar *lo correcto*. Mol reconoce que hay filósofos que han abierto formas de dejar atrás el sueño de la universalidad y en esa línea de literatura filosófica ubica el trasfondo de su propio trabajo a modo de *venerados ancestros*, particularmente Foucault, de cuya exploración de

asuntos empíricos de un modo histórico, podrían derivarse *extensiones etnográficas* o *praxiográficas*.

En esta forma de leer la tensión local/universal encontramos pistas para ir aterrizando las propuestas de Haraway sobre el conocimiento situado, llevado a las prácticas de investigación, en lo que concierne al eje analítico de la localización del conocimiento. Paralelamente, nos permite entender los desafíos que enfrenta la producción de conocimientos desde ubicaciones sociohistóricas particulares, como lo que hasta ahora hemos adelantado como sociología crítica en el caso chileno. Hay aquí un recurso para atender a la disputa local/global, particular/universal, sociología del primer/segundo mundo y otras dicotomías equivalentes en aras de pensar la dimensión local del conocimiento situado desde una perspectiva no esencialista, una que pueda asumir lo local como parte de posiciones contingentes, que pueden ser transformadas en parte de un proyecto político que reconoce sus ubicaciones, sin convertirlas en fundamentos para discursos sobre el origen, por ejemplo, lo que suele condensarse en la demanda por un reconocimiento de la “*sociología latinoamericana*” (Roitman, 2008). Para la sociología crítica que se practicó en Chile y Latinoamérica a finales de la década del 60’ era muy importante problematizar las relaciones de desarrollo y subdesarrollo de Latinoamérica en el eje analítico del imperialismo, de ahí que una de las obras claves de esta generación es la llamada Teoría de la Dependencia que desarrollaron diversos autores (Cardoso & Faletto, 1969; CEPAL, 1998; Dos Santos, 2011). Hoy se asume que la globalización impacta cualquier intento de construir algo, también en el ámbito del conocimiento, desde límites nacionales. No obstante, también es cierto que –tal como ha mostrado la crítica postcolonial– las ubicaciones geopolíticas no son irrelevantes. Por lo tanto, unas prácticas de investigación social que se pretenden críticas, en escenarios como los del Chile de la postdictadura -que presentaremos en los capítulos de la segunda parte- no puede evadir el problema de cómo pensar las condiciones de posibilidad de algo así como una sociología crítica desde Latinoamérica. Nuestra apuesta es que a ello también contribuye la lógica de los CS en tanto parte de la situacionalidad del conocimiento incluye las posiciones geopolíticas, pero como posiciones, proyectos, preguntas y ubicaciones móviles y no como un reducto esencialista que homogeniza lo latinoamericano en una identidad estanca.

### 3.5.2.2. *En vez de relativismo, implicación*

La multiplicidad no es sinónimo de pluralismo. Mol enfatiza que las diversas promulgaciones de una enfermedad son prácticas interdependientes, pueden superponerse o incluirse entre ellas. No se trata de una convergencia, ni de elegir al *adecuado*, sino de analizar las diferentes promulgaciones para una mejor comprensión de la realidad. Si bien esto puede verse como una nueva forma de relativismo, sus recomendaciones sugieren más bien una forma de enfrentar la complejidad que desvela su vertiente política:

Existen incongruencias entre lo que la noción de elección implica y las coexistencias e interferencias entre las diferentes versiones de la realidad descritas en este libro. Después de todo, ‘elección’ puede no ser el mejor término para capturar lo que se debe hacer y lo que está sucediendo en la política del qué en la que nosotros, como profesionales médicos, etnógrafos, sociólogos, filósofos, y sí, también en tanto pacientes, nos involucramos o podríamos involucrarnos. Necesitamos otros términos. Disponemos de algunos otros: discordia, tensión, contraste, multiplicidad, interdependencia, coexistencia, distribución, inclusión, promulgación, práctica, pregunta- pero podríamos elaborar más (Mol, 2002, págs. 180-181).

No se trata de clausurar estos debates, sino de desafiar el supuesto y el *sueño* de la tradición filosófica sobre el carácter único del mundo en que vivimos, en tanto defiende que hay muchas formas de vivir que implican diferentes ontologías y distintas formas de estimar lo bueno y “son políticas en tanto las diferencias entre ellas son de índole irreductible. Pero no son exclusivas. Y no hay un nosotros que pueda situarse fuera o sobre ellas, capaz de comandarlas o elegir entre ellas: [nosotros] estamos implicados. La acción, como todo lo demás, es también promulgada” (Mol, 2002, pág. 181).

Esta forma de enfrentar la complejidad de la realidad es una apuesta que intenta volver sobre la práctica en vez de los objetos, asumiendo que la realidad está en permanente construcción. A su vez, tales prácticas son un asunto material, observable, posible de registrar a partir de diversas voces y en distintos soportes, luego las preguntas más pertinentes son cómo, cuándo y mediante qué prácticas se construyen realidades que nunca son únicas ni estables.

Mol no deja de enfatizar en su propia postura en torno a las problemáticas en el campo de la medicina como una forma de hablar desde dentro de él. Así, indica que se suma a las voces que se resisten a aceptar que la racionalización sea la mejor forma de incrementar la calidad del cuidado de la salud, como tampoco asume que los problemas de calidad residan en un desorden de las prácticas; incluso si se acepta que ellas pueden ser desordenadas, la práctica es algo más que eso, es compleja por la yuxtaposición de diferentes formas de trabajar que generan una complejidad que la racionalización no puede aplanar, y de hacerlo difícilmente será una mejora.

Tal posición podemos extrapolarla también al campo de la investigación social crítica que aquí nos interesa, y cuya trastienda no solemos visibilizar. Por otra parte, nos permite complejizar el supuesto que sostiene que el conocimiento científico social, como conocimiento experto, mejora las prácticas (ej. políticas públicas), algo que analizaremos en los escenarios 1 y 2 (capítulo cinco y seis) de esta investigación.

### ***3.5.2.3. Asumir el conocimiento como encarnado, contingente y material-semiótico***

Mol se acerca desde otro lugar a varias de las nociones que Haraway ha desarrollado para pensar tanto a los objetos de conocimiento como al conocimiento mismo, nos referimos a lo que antes señalamos sobre la encarnación, la contingencia y lo material-semiótico. Nuestra lectura desde tales conceptos de algunas propuestas de Mol nos permite ir acercando tales contenidos a un lenguaje, unos problemas, ejemplos y preguntas más cercanas a las ciencias sociales.

Con relación a la teoría encarnada como una forma de disputar la idea de que el conocimiento científico es algo etéreo, autónomo, universal, únicamente racional e ideal, nos servimos de la forma en que recurre a Allan Young (1981 citado por Mol, 2002). Aunque se distancia de gran parte de sus argumentos sobre los supuestos de los antropólogos médicos:

Se trata de extraer una observación medianamente escondida, inflarla, y huir con ella. En un punto Young menciona que así como el habla de la gente no es únicamente cognitiva, su cognición no está confinada a hablar. Hay algo así como un conocimiento encarnado. Este conocimiento no puede ser reducido a lo que la gente dice. Es incorporado en esquemas no verbales, en procedimientos clínicos, en aparatos (Mol, 2002, pág. 15).

Para Young tal conocimiento encarnado parece indicar más bien una falta de capacidad de los médicos para reflexionar sobre él, en tanto ha supuesto una cierta inversión profesional que es parte integral de la reputación profesional. Para Mol ello puede ser correcto, pero también que trabajar en, por y a través del conocimiento encarnado sea simplemente la forma en que las cosas se hacen usualmente en casi todas partes. Esto implicaría que las operaciones cognitivas no son centrales para lo que sucede en los hospitales y por lo tanto podría ser mejor entrevistar a la gente acerca de lo que hace más que sobre lo que piensa.

El segundo enlace refiere a la dimensión contingente del conocimiento. Mol señala que las cuestiones prácticas de la promulgación de cada versión de la arteriosclerosis permanecen subvaloradas en el hospital, en gran parte, debido a la duda que instalan sobre el diagnóstico y el tratamiento. Si bien tales procesos admiten la pertinencia de los cuestionamientos de casi todo orden, una vez que son escritos, las dudas tienden a evaporarse.

Mol muestra cómo en el hospital lo práctico se pone “*entre paréntesis*” y al hablar de la arteriosclerosis se lo hace de manera aislada. Esto puede hacerse a partir de una construcción obligada de certeza, ejemplifica Mol, intentando descomplejizar el asunto ante la urgencia médica. De manera que coexisten en el hospital al menos dos repertorios: el de mantener visibles las cuestiones prácticas, de modo que lo que sucede pueda ser objeto de duda, y el de ponerlas entre paréntesis al trabajar con ellas.

Duda y confianza son intercaladas en el hospital. (...) Un análisis como este abre y mantiene abierta la posibilidad de que las cosas pueden hacerse de otra manera. Obsérvese: están haciéndose de otra forma; un poco más allá. Si algo aquí es auto-evidente, en ese otro lugar y momento no lo es (...) la realidad es variada (Mol, 2002, pág. 164).

Ni la práctica médica es tan cierta como para que no pueda ser distinta, ni la realidad es tan sólida como para que llegue a ser singular; no obstante, aunque resulta incómodo, la pregunta sobre qué hacer debe ser encarada, solo que ahora en un escenario distinto al de la realidad dada: “La realidad solía ser un estándar para vivir, pero dada la proliferación de la tecnociencia, la pregunta que debemos hacernos es ‘¿con qué realidad debemos vivir?’” (Mol, 2002, pág. 165). Mol concluye que nos enfrentamos a un nuevo dilema: cómo vivir con la duda, y por lo tanto, requerimos de un nuevo aprendizaje: cómo es que dada esa posibilidad aún nos es posible actuar.

Se trata de una batería de cuestionamientos que el libro deja en cierta forma abierta. No obstante, si algo aparece con claridad en todo esto es que aquello que vamos a considerar como *bueno* pasa a ser más relevante que ‘la verdad’:

Una vez que aceptamos que la ontología es múltiple y que la realidad nos lleva a la duda, resulta de lo más urgente prestar atención a las formas y modalidades para buscar, celebrar, combatir, o de otra forma, vivir lo bueno en esto, aquello o lo otro, en sus muchas versiones (Mol, 2002, pág.166).

En tercer lugar, podemos poner en diálogo a Mol y Haraway a través del supuesto de la naturaleza material-semiótica de todo agente, entidad y práctica. Esto ocurre a propósito de las referencias al trabajo de Bárbara Duden (1991 citado por Mol, 2002) enfocado en lo que ocurre bajo la piel de los cuerpos humanos como experiencia interna de una materialidad que no precede a la cultura y que tiene un carácter histórico. Duden presenta un análisis detallado de los reportes de las quejas y deseos de las pacientes femeninas publicadas por un doctor de un pequeño pueblo alemán en 1730. Si atendemos a los diversos intermediarios entre las experiencias físicas de estas mujeres y los lectores del libro de Duden, se hace obvio que no podríamos “*formular*” un cuerpo como ese hoy en día: a pesar de ser un cuerpo similar en lo material su significación histórico-cultural a través del dolor lo hacen diferente; pero, aquí habría que aclarar con Haraway que ambos –materialidad y significación- se configuran mutuamente y que no es tampoco que la



cultura preceda al cuerpo. Referirse a Duden, le permite a Mol concluir que incluso la experiencia vivida del propio cuerpo está mediada. El cuerpo moderno occidental no precedió a la medicina para luego ser objetivado por ella sino que ambos cargan historias y tales pueden estar entrelazadas.

### **3.5.3. Consecuencias epistémico-políticas**

Poner en cuestión los supuestos modernos que antes mostramos implica ciertos desplazamientos o consecuencias epistemológicas que nos permiten complementar lo que antes señalamos sobre la epistemología de la articulación. Tales consecuencias operan como recursos más directamente relacionados con las prácticas de investigación de las ciencias sociales que son las que nos ocupan.

#### ***3.5.3.1. Los costos de la delimitación disciplinaria***

A propósito de cómo relacionarse con la literatura, Mol problematiza la delimitación disciplinaria que las ciencias hacen de sus objetos científicos. Para el caso de las prácticas médicas, el trabajo de Talcott Parsons (1951) podría ser tratado como anticuado dado el carácter funcionalista con que concibe la práctica médica moderna, analizando el “*rol de enfermo*” y su relación funcional con el sistema social. Mucho ha cambiado en la sociología médica desde la época de Parsons, pero resulta relevante seguir refiriéndose a él en tanto inventó la sociología médica, “*la cristalización de los dos objetos de esta disciplina puede ser rastreada en su trabajo: la enfermedad y el cuidado*” donde la salud y la enfermedad están definidas “*en parte desde lo biológico y en parte desde lo social*” (Mol, 2002, pág. 431).

Lo que nos interesa es su lectura de cómo en esta invención la parte de la enfermedad que se define como biológica quedó bajo la competencia técnica de los médicos, mientras que la sociología se reservó la competencia técnica para hablar del rol social del médico. El énfasis de Mol no está en cómo se define ese rol de médico sino en cómo se convierte en un objeto de análisis sociológico. Los sociólogos posteriores podrán discrepar de Parsons, pero todos ocuparon este espacio recién creado. Un espacio desde el cual podían hablar sobre las especificidades sociales del cuidado de la salud siempre y cuando pagaran el precio de abstenerse de hablar sobre los aspectos técnicos de la sanación.

Asimismo, al preguntarse por ¿qué es lo que se debe sanar? reaparecen junto a los aspectos biomédicos -competencia de médicos- la parte de la enfermedad definida socialmente: el rol de enfermo. Luego, los sociólogos instituyeron la competencia técnica para hablar sobre la parte socialmente definida de la enfermedad. Para nosotros hay aquí un claro ejemplo de lo que entendemos como la dimensión performativa de la sociología (Ramos, 2012) con su potencial para crear hechos sociales y no solo hechos científicos. Aún más, la sociología no quedó simplemente fuera del cuidado de la salud, sino que logró adquirir conocimientos que fueron útiles a los médicos (ej. los elementos atractivos del rol de enfermo frente a los cuales los médicos debían ser cuidadosos). Todo esto no es un asunto solo del pasado de la disciplina sino de su presente, y podríamos decir lo mismo de muchas otras especialidades de la sociología, o de ella misma y su definición de lo social (Latour, 2008).

Lo anterior tiene una segunda cuestión de importancia relativa a cómo nuestras prácticas de investigación reproducen los recorridos ya conocidos o se abren a diálogos que cuestionan la delimitación de los objetos de investigación en un espacio estanco o en otro. Mol señala que su libro es sobre la multiplicidad del cuerpo y sus enfermedades, pero se cuestiona sobre si dicho tema lo ubica en una disciplina específica. La forma clásica es referirse a la literatura que constituye un campo disciplinario y dentro de él ponerlo en diálogo con los autores reconocidos. Sin embargo, hay muchos otros campos, lugares, y literaturas a los que referirse, entre ellos, los estudios más bien dispersos sobre los límites entre la biología y las ciencias sociales. Aquí es donde encontramos nuevamente sus preocupaciones más normativas. Por ejemplo, aborda cómo después de la Segunda Guerra Mundial se trazaron los límites entre naturaleza y cultura como un antídoto contra el racismo que suponía diferencias biológicas entre los humanos asociado a las prácticas eugenésicas nazistas. El resultado fue que las ciencias sociales tuvieron el privilegio de ser las encargadas de abordar las diferencias entre humanos como cuestiones culturales y sociales; pero esto supuso que delinearon su objeto al lado de los de la biología. Sin embargo, hoy hay nuevas formas de racismo avaladas en las diferencias culturales leídas en clave de inferioridad (Barker, 1982 citado por Mol, 2002), de manera que la separación entre biología y sociología que fue alguna vez de utilidad podría perder su poder anterior. Otro ejemplo es el de Marilyn Strathern (1992 citado por Mol, 2012) que se distancia de la división naturaleza/cultura de una forma distinta, en tanto muestra que la antropología ha llevado a cabo estudios sobre el parentesco en todo el mundo como si los sistemas de parentesco fuesen construcciones sociales hechas sobre hechos naturales. El tercer recurso para Mol es precisamente Haraway (1995) y su

argumento sobre cómo las feministas se apoyaron en el género para combatir el determinismo biológico que intentaba poner a las mujeres en posiciones subordinadas; pero con ello la construcción del sexo quedó fuera del análisis.

Los tres textos son relevantes para argumentar que no deberíamos seguir dejando el estudio de la enfermedad solo a la biomedicina. Dejar la enfermedad exclusivamente en manos de los médicos supone una debilidad política, ya que cualquier cosa que pueda decirse sobre el antiguo “rol de enfermo”, sobre el “malestar” o sobre la “enfermedad” es aceptada como una categoría natural que no se analiza, quienes hablan en su nombre tendrán siempre la última palabra. “Sería mejor mezclarse con dichas categorías, moverse entre ellas, estudiarlas, involucrarse con ellas en una discusión seria” (Mol, 2002, pág. 22).

Para nuestros objetivos importa que tales recursos asumen y reclaman discutir las relaciones de poder en las que participan la actividad científica y sus diversos componentes incluidos los conocimientos que produce. Esto se facilita con esta suerte de flujo de teorías moviéndose a lo largo de las fronteras de las disciplinas, de la naturaleza y la cultura, de la teoría y la política.

Lo anterior lo vinculamos con la pregunta de Mol acerca de *¿Quién hace el hacer?* Su etnografía pretende desentrañar el conocimiento médico, la tecnología médica, el diagnóstico y las intervenciones médicas, ya que “los eventos son hechos suceder por varias personas y muchas cosas. Las palabras también participan. Papeleos. Habitaciones, edificios. El sistema de seguros. Una lista interminable de elementos heterogéneos que pueden ser destacados o dejados en segundo plano, dependiendo del carácter y el propósito de la descripción” (Mol, 2002, págs. 25-26). Es una etnografía informada por observaciones propias de la autora y en base a las palabras de los profesionales médicos a quienes también considera etnógrafos. A partir de esto último se pregunta cómo es que los médicos pueden ser considerados colegas en lugar de simples objetos de investigación. Esta visión es distinta de un trabajo multidisciplinario y se acerca más a lo que con Haraway hemos entendido como articulación, ya que los médicos dejan de ser meros objetos de investigación, pero también ya no son los colegas “expertos” en el conocimiento sobre la enfermedad a los cuales el científico social solo se suma ya que éste puede –podemos– escribir sobre el cuerpo:

En este territorio sin límites, la distinción enfermedad/malestar deja de ser útil. Cuando un médico y un paciente actúan juntos en la sala de consulta, dan forma al unísono a la realidad de las piernas dolientes del paciente. ¿Cómo llamar a lo que conforman? Si uso el término enfermedad aquí, no es para situar mi texto en el lado de la enfermedad en la distinción enfermedad/malestar, sino para perturbarla. Para dejar en claro que voy a prestar atención a las cuestiones físicas aun no siendo

médica. Para subrayar que puede hacerse. Que hay formas de hablar etnográficamente de los cuerpos. Hay buenas razones para este afán, sino al menos esta: que lo humano no reside exclusivamente en asuntos psicosociales. Por más importantes que puedan ser sentimientos e interpretaciones, no están solos en la explicación sobre de qué se trata la vida. La realidad del día a día, la vida que vivimos, es también un asunto de carne (...) de cuerpos. Esa es una buena razón para no dejar estos asuntos únicamente en las manos de los profesionales médicos, sino buscar las formas, formas laicas, por así decirlo, de hablar libremente sobre ellos (Mol, 2002, pág. 27).

### **3.5.4. Consecuencias para una disciplina que se pretende crítica: praxiología que evita los recortes disciplinarios y entiende los objetos como entes activos**

En los estudios sociales sobre la medicina se acepta que tanto los pacientes como los doctores tienen una *perspectiva*. Los doctores atribuirían significado a lo que pasa en los cuerpos y las vidas de otros, mientras que los pacientes hablarían sobre lo que solo ellos pueden percibir, sus propios cuerpos. Para Mol, esta postura entraña ciertas dificultades. Primero, pacientes y doctores son transformados en iguales y equivalentes, cada uno con su propia interpretación de la realidad, con lo cual se refuerza la división entre ambos. Se trata de la oposición de diferentes intereses y vínculos institucionales y no institucionales que, dada su equivalente validez, no podrían tratarse en forma interrelacionada. Así, mediante la división entre ‘enfermedad’ y ‘malestar’ no se contrastará, para una construcción acabada de la situación de enfermedad, hechos físicos y significados personales, sino que se contrastará a unos y otros. El problema se hace mayúsculo a la hora de enfrentar las ontologías:

Puede parecer que estudiar las perspectivas es una forma de atender, finalmente, la enfermedad misma, pero no lo es, ya que al adentrarse en la esfera del significado, la realidad física del cuerpo sigue hecha a un lado; sigue siendo una categoría sin marca (...). El poder para marcar la realidad física, después de todo, no les está garantizado a los doctores ni a nadie. En un mundo de significado, nadie está tocado por la realidad de la enfermedad, todos son sus meros intérpretes. Hay diferentes interpretaciones en los alrededores, y ‘la enfermedad’ –desconocida para siempre– no podrá ser encontrada. La enfermedad reside detrás de las interpretaciones. En un mundo de puro significado, las palabras son relacionadas a los lugares en los que son habladas. Lo que sea de lo que estén hablando se desvanece (Mol, 2002, pág. 12).

Pero tal vez no, agrega Mol, y he allí el segundo problema del perspectivismo: sea como sea, “las interpretaciones quedan fijadas como *interpretaciones*, la cuestión es *de qué*, y es de algo que queda proyectado en alguna parte. El resultado es que se multiplican los observadores, pero los objetos observados quedan librados a su suerte, aislados, intocables.

De esta forma, la tarea es tratar de encontrar una salida desde el perspectivismo hacia *la enfermedad misma*. ¿Cómo hacer esto? Mol propone un tercer paso, luego de lo que ya han hecho los estudios sociales de la medicina, esto es, (1º) dar relevancia al malestar además de las

cuestiones físicas de la enfermedad y (2°) enfatizar que lo que digan los médicos sobre la enfermedad es un discurso, parte del reino del significado y de la perspectiva de quien habla; a lo que ella agrega: (3°) “poner en primer plano las cuestiones prácticas, las materialidades, los *eventos*. Si damos este paso, la enfermedad se vuelve parte de lo que se lleva a cabo en la práctica” (Mol, 2002, pág. 13).

#### **3.5.4.1. Sobre cómo se relacionan las ciencias**

Cuando el conocimiento deja de ser tratado como eminentemente referencial y se asume como una práctica que interfiere con otras y que, por lo tanto, participa *en* la realidad, se sigue otra consecuencia: la necesidad de reconsiderar la relación existente entre las ciencias. Como señala Mol, esta relación fue, a partir del siglo XIX, ilustrada a través de la imagen de una pirámide en que por una parte se separa a las diferentes ramas de la ciencia y, por la otra, se las ubica en una jerarquía de niveles y subniveles. Esta jerarquía implicaría un *monismo ontológico* que sugiere que a mayor cercanía con la base de la pirámide, mayor capacidad de explicar los niveles que se instalan hacia la cima. Por supuesto, esta imagen no era aceptada por todos. Ya en el siglo XX Mol reconoce un amplio esfuerzo por esclarecer la presencia de espacios de tránsito entre distintos sectores de la pirámide, inclusive entre sectores que no parecían colindar.

Asimismo, si se trata de prestar atención al paciente como un todo, señala Mol, no será suficiente el conocimiento biomédico sobre la enfermedad, la forma en que la gente vive con la enfermedad deberá ser también considerada. Esto podría ser abordado como fenómeno psicosocial bajo el nombre de *malestar*, pero ya hemos aclarado las dificultades de seguir insistiendo en la distinción enfermedad/malestar, por lo que diremos que vivir con la enfermedad no agrega información sobre la enfermedad sino que es parte de ella.

El conocimiento que este desplazamiento define es también distinto al de la tradición de los estudios sociales de la medicina, en los que sin importar lo severo o alumbrador de las críticas, se ha construido sobre el supuesto tradicional que asume que el conocimiento se clasifica según aquello de lo que habla, objeto que invariablemente lo precede. Si, por el contrario, llegamos a concluir que conocer se trata de formar parte de la realidad, esta diferenciación entre las ciencias comienza a transformarse:

... cualquiera sea la relación que esconden los objetos dentro del cuerpo –una placa arteriosclerótica, la velocidad límite o el aumento de los niveles de colesterol– las prácticas en que estos objetos existen están vinculadas a muchos aparatos caros o baratos, con sangre o con carne,

con formularios o conversaciones, horas de caminata, autoestima o con los sistemas de seguros de salud. En la práctica, los distintos fenómenos no pertenecen a órdenes distintos, no tiene sentido relegarlos a capas separadas de la realidad (Mol, 2002, pág. 155).

No se trata de que haya ciertos objetos desplazados de la atención médica, sino más bien de objetos que reciben menos atención de lo que debieran a la hora de evaluar las prácticas médicas. Un ejemplo de ello es que en el hospital estudiado solo se procede a realizar una operación cuando el paciente reporta una merma en su calidad de vida, lo que haría de esta decisión un asunto de intervención social. No obstante, a la hora de evaluar la operación solo entran en juego variables como la distancia caminable sin dolor, quedando excluida la ‘cantidad real caminada semanalmente’, los ‘cambios en la vida diaria’ o “la ‘valoración de la intervención’ en los propios términos del paciente” (Mol, 2002, pág. 156). Mol deja abierta la pregunta sobre cómo sería posible tomar en cuenta apropiadamente la compleja lista de intervenciones que conlleva toda actividad médica, pero sugiere que un primer paso sería reconocer que hay muchas derivaciones en cada acción y que por lo tanto hay que tratarlo todo como una práctica. En definitiva, embarcarse en una praxiografía. Las historias praxiográficas tienen objetos compuestos, como son en este caso tanto la enfermedad como las prácticas médicas que la intervienen: un microscopio a través del cual observar un tejido, la manera de diseccionarlo para hacerlo visible, las habilidades conversacionales tanto del doctor como del paciente, todas ellas dependen unas de otras.

Si volvemos a las implicancias de lo anterior en la constitución de la realidad, en la misma imagen de la pirámide que señalábamos más arriba, no se trata de dar vuelta su sentido, señala Mol, de manera que ahora sean las ciencias sociales las que expliquen todo el resto, sino de la introducción de “*otro eje, otro acercamiento: el de la práctica*” (Mol, 2002, pág. 157). Esto tampoco significa una relación oblicua entre los distintos *niveles* de conocimiento, lo que implicaría dejar la pirámide erguida tal como se presenta: “Si hacemos de la práctica nuestra forma de entrar al mundo, la ontología deja de ser un todo monista. La ontología-en-la-práctica es múltiple. Los objetos promulgados no pueden ser alineados de menor a mayor, de lo simple a lo complejo” (Mol, 2002, pág. 157). En lugar de una pirámide, la relación entre las ciencias podrá imaginarse como la relación entre las páginas de una libreta de dibujo cada página puede dar paso a una imagen diferente, y en la medida en que la escala es reorganizable, puede tratarse cada vez de una escala distinta.

Desde un enfoque praxiográfico ningún fenómeno puede ser ignorado bajo la excusa de que pertenece a una disciplina ajena. Esto supone desafíos metodológicos y de escritura que no son

menores, entre los cuales la propuesta de una etnografía es solo una entre muchas, no se trata de prescribir una metodología sino de comprometerse en la búsqueda de nuevos acercamientos a la realidad, que consideren que ninguna capa de la misma tiene privilegios por sobre otra, y que luego, el eje diferenciador no estaría entre las distintas ramas de la ciencia, sino entre las distintas versiones de los objetos y las prácticas en que estos son promulgados. ¿Cuál de las muchas versiones [de la arteriosclerosis] es promulgada en un sitio en específico o situación en particular? Esta es la fórmula de las preguntas cruciales, señala Mol, en un mundo en que se acepta que la ontología es múltiple.

### 3.5.5. De la política del quién a la del qué

Mol plantea una diferencia muy útil para nosotros entre lo que denomina una *política del quién* y una *política del qué*.

La primera remite a la discusión entablada a partir del reconocimiento de que la medicina está entrelazada con una particular visión de lo bueno, y a partir de ello, el reclamo por una mayor autonomía del paciente: no solo los profesionales deberían decidir qué es lo bueno para los pacientes, sino también los propios pacientes. La cuestión de lo bueno en la medicina habría derivado en dos propuestas para que sean los pacientes los llamados a decidir sobre el tratamiento de su enfermedad: la del mercado y la de la ciudadanía. En la del mercado el paciente-cliente elige entre diferentes productos ofertados. La metáfora del mercado supondría la separación entre el paciente-cliente y los productos aislados entre los que le es posible elegir según sus necesidades específicas. En la del ciudadano, las intervenciones médicas son presentadas como medidas, a la manera de las políticas públicas, frente a las cuales los sujetos tienen derecho a elegir las intervenciones que se producen sobre su propio cuerpo y su propia vida; aquí el paciente debe ser capaz de argumentar de manera cívica en favor de una decisión u otra.

Ambos paradigmas aparecen como la conclusión lógica de los cuestionamientos a la profesión médica a lo largo del siglo XX a propósito de que *lo cierto* está sujeto a discusión. No obstante, entendemos que en ello hay un cierto riesgo de caer en el relativismo cuando se subentiende que tanto el cliente como el ciudadano tienen puntos de vista válidos que deben ser respetados *per se*. Para Mol, el centro del problema reside en la preocupación por el *quién* decide, “a ambas les informa la misma sospecha, la de que los profesionales deciden qué es bueno para el resto de

nosotros en forma paternalista” (2002, pág. 169). Se trata de una línea de argumentación bastante fundamentada desde la ética y las ciencias sociales que, sin embargo, entraña algunos problemas. Primero, se supone, erróneamente, que la voluntad y los deseos del paciente están fijos, claros y predeterminados. El investigador ocupa la posición de un abogado de los movimientos de pacientes, cuya tarea es dar espacio a la voz silenciada de los enfermos. Sin embargo, hay otras posibilidades, “¿Qué pasa si el analista toma la posición del/a propio/propia paciente?” (Mol, 2002, pág. 169) Entonces, la pregunta ya no sería cómo ganar el derecho a decidir, sino qué es lo que se debe hacer. Qué sería bueno hacer, aquí y ahora, en este caso o en este otro. El esfuerzo por quien decide, tal vez, deja de lado finalmente la pregunta por qué es lo que hay que hacer, “sobre qué, si uno es un paciente, debiese decidir en el momento crucial” (Mol, 2002, pág. 169). El segundo problema con las políticas del quién es el hecho de que aísla el momento de la decisión de todos los otros estratos e historias involucradas, como si aquellos asuntos normativos (quién debe decidir) pudiesen ser separados de dichas cuestiones. Un tercer problema es que la política del quién, diseñada para contrarrestar el poder de los profesionales, configura a su vez el requerimiento de otros profesionales que puedan aportar solo la información adecuada, una información ‘neutral’, y ello es algo que no existe, dice Mol. ¿Qué parte de la información se debe entregar y cómo?, ¿qué hechos deben ser expuestos? “La información, al presentar ciertas versiones de la realidad, no es un resultado de la práctica. Tampoco la precede. Ambas están, en cambio, entrelazadas” (Mol, 2002, pág. 171).

Retomando la última idea, parece necesario insistir en que las cuestiones técnicas (o profesionales) no son ni más ni menos importantes que lo social; más aún, no están determinadas técnicamente sino que dependen de asuntos sociales: asuntos prácticos, contingencias, juegos de poder, tradiciones, entre otras. Por lo tanto, los asuntos técnicos no deben ser dejados exclusivamente a los profesionales. Nos afectan a todos, puesto que involucran nuestras formas de vida. Ello no implica negar que sean también cuestiones técnicas. Mol no pretende mantener a raya el rol o el poder de los médicos bajo el argumento de que están -por una parte- los hechos (lo técnico) y -por la otra - los valores (decisiones del cliente/ciudadano): “¿Qué pasa si los valores residen en los hechos? En ese caso, será mejor dejar de mover la barrera entre los dominios profesionales y el de los pacientes, y en su lugar, buscar nuevas formas de gobernar el territorio en conjunto” (Mol, 2002, pág. 171).

De modo que tanto quienes estudian la medicina desde las ciencias sociales, como, a su vez, los pacientes, deben abrirse a un diálogo, en el que la pregunta deja de ser *quién* y pasa a ser *qué*:



qué hacer, una discusión central en la profesión médica, se vuelve una interrogante compartida en el surgimiento de las *políticas del qué*, compartida por todos *nosotros*, señala Mol, considerando un *nosotros* lo más amplio posible.

Si bien las discusiones sobre el qué son de larga data en la medicina, se ha naturalizado en ellas el trasfondo, constituido por las metas de la intervención médica: prolongar o salvar la vida y mejorar la salud. Ambas expectativas, señala Mol, aparecen como inmunes a toda discusión, de manera que la pregunta por el qué solo llega a plantearse con respecto a los métodos o intervenciones: ¿Qué o cuál es la mejor forma de prolongar la vida o mejorar la salud de un paciente? Sin embargo, al entrometernos (*nosotros*, pacientes, etnógrafos, filósofos) en las políticas del qué, surgen interrogantes sobre la necesaria bondad de estas metas. Por ejemplo, para el caso del cáncer, se hace evidente que la prolongación de la vida puede no ser la meta a priori de toda intervención médica lo que supone pasar desde las políticas del quién a las de qué.

Una política del qué asume que el punto final de los juicios, las metas perseguidas, son de carácter político. Pero hay más. Las intervenciones tienen además otros efectos, producen más de lo que buscan conseguir. En la práctica [médica] actual, los juicios lidian con unos cuantos de estos, así llamados, efectos colaterales (Mol, 2002, págs. 175-176).

Una política del qué exploraría las diferencias no entre doctores y pacientes, sino entre distintas promulgaciones de una enfermedad particular, las que a su vez conllevan ontologías diferentes y en las que además, se sugieren distintas formas de configurar *lo bueno*. Ahora bien, como la ontología, lo bueno es inevitablemente múltiple: es más de uno. De ahí que “para una política del qué, el término política es, de hecho, el apropiado” (Mol, 2002, pág. 177)

Una buena forma de tensionar las promesas largamente sostenidas por la medicina y la ética (de atenerse a los hechos o de llegar a un consenso a través de la razón) sería hacer de la pregunta por el “*qué hacer*” un asunto político, lo que nos recuerda las inevitables tensiones y/o dudas que implica toda práctica: “En una cosmología política, qué hacer no es algo dado en el orden de las cosas, sino algo que ha de ser establecido. Hacer lo correcto no es el resultado de haber averiguado que lo fuese, sino un asunto, de hecho, del hacer. De tratar, luchar, fallar y tratar de nuevo” (Mol, 2002, pág. 177).

Todas estas implicancias de la propuesta de Mol son parte del lente teórico con el que estamos mirando las dimensiones políticas de la investigación social en tanto participa de relaciones sociales y de poder. Sin embargo, ¿cómo investigar lo social (como redes de elementos de distinta naturaleza) concentrándonos en las prácticas que promulgan los objetos de investigación? ¿Cómo hacerlo atendiendo a las posibilidades que supone esta política del qué sin ignorar las

ventajas de los puntos de vista subalternos -como posiciones no esencialistas- más propios de la política del quién? Son interrogantes en las que vale la pena seguir pensando.

Con todo, con Mol encontramos otra forma de imaginar lo que Haraway indica sobre la articulación del conocimiento científico con otros saberes y agentes y la cuestión de la responsabilidad de la ciencia que pueden ser llevados al terreno de las ciencias sociales, especialmente desde la preocupación por la producción y circulación del conocimiento social experto entendido como no neutral.

## **4. CAPÍTULO CUATRO: METODOLOGÍAS DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL Y LA POSIBILIDAD DE UNA OBJETIVIDAD SITUADA.**

### **4.1. La ISCUAL y la reivindicación de la subjetividad**

La discusión sobre los métodos de investigación en las ciencias sociales tiene diversas orientaciones, tópicos y objetivos. Aquí nos importa cómo acercar la propuesta de los conocimientos situados al ámbito de las preocupaciones metodológicas porque entendemos que allí se juega uno de los principales nudos de una forma diferente de entender la objetividad.

Ahora bien, en general la discusión sobre el método sigue en gran parte organizada en torno al eje que las divide en metodologías cuantitativas y cualitativas, tomadas ambas como paradigmas paralelos, como el uso de técnicas diferentes y exclusivas que no supone una división paradigmática o como dos formas complementarias que deben trabajar juntas a pesar de sus diferencias. De algún modo estas tres formas debaten en torno a la validez del conocimiento científico social: sea a través de una mayor y mejor estandarización de las técnicas cuantitativas en función de lograr la medida de los fenómenos sociales, asociado general aunque no exclusivamente al enfoque positivista o postpositivista; sea mediante el reclamo de las metodologías cualitativas de un privilegio epistemológico para acceder a lo social, cultural o psíquico desde los enfoques interpretativos, hermenéuticos, constructivistas o sistémicos por mencionar los más comunes o, sea desde la apelación al multimétodo y su apuesta por la triangulación. En cada uno de estos cauces ha habido en los últimos años reflexiones no menores. Frente a tales disyuntivas nuestra posición es que el problema de mejorar la validez reside más bien en la disputa sobre los soportes epistemológicos que antes presentamos.

A pesar de que en Chile el paradigma interpretativo y su consecuente traducción en metodologías, enfoques y técnicas conocidas como “cualitativas” sigue sin ser dominante dentro del ámbito de las metodologías de la investigación social (Ramos, 2012), la actualización y discusión entre las estrategias que lo conforman es intensa, en concordancia con los cuestionamientos disciplinares de las ciencias sociales de las últimas décadas. Ese estado del arte ha llevado incluso a plantear que hay algo así como un campo relativamente delineado, conocido como ISCUAL (Investigación Social Cualitativa).

Nuestra postura es que las metodologías cuantitativas, cualitativas o mixtas presentan ventajas y límites para diversos objetivos de investigación, pero en ninguno hay un privilegio

epistemológico porque precisamente el problema al que nos enfrentamos es de carácter epistemológico: ¿seguimos investigando la realidad como algo externo, fijo y pasivo desde una postura neutral y distante para lograr un mejor conocimiento social o no? Si la respuesta es negativa se abren una serie de desafíos sobre el cómo hacerlo y allí tiene sentido preguntarse por nuestros hábitos y posibles cambios metodológicos. Apuntando a esos hábitos, en esta tesis, estamos embarcados en las posibilidades de desestabilizar la noción de objetividad como sinónimo de neutralidad y permitir que la parcialidad no sea entendida como amenaza al rigor y la posibilidad de construir un conocimiento válido. Al mismo tiempo, y dado el trasfondo que presentamos al inicio de este trabajo, no importa especialmente una parcialidad que pueda articular legítimamente el interés cognoscitivo y el interés normativo y político, en aras de unas prácticas de investigación capaces de contribuir a los proyectos de sociología crítica.

Con ello en mente, nuestro acercamiento al debate metodológico va en busca de los recursos que nos permitan pensar la investigación como situada y que tal situacionalidad no excluya los asuntos políticos involucrados en las prácticas de investigación, no solo las convicciones que encarnan los investigadores/as, sino también otras posibles formas en que las posibilidades y constricciones políticas se enlazan con la producción del conocimiento.

Para ello, terminaremos este marco teórico ensamblando dos tipos de lecturas. Primero, revisaremos cómo suele tratarse la pregunta por las relaciones entre investigación social y relaciones sociales y políticas, debate que se ha alojado especialmente en el campo de la ISCUAL más que en la teoría sobre los instrumentos cuantitativos o el multimétodo. Segundo, convencidos de que esta forma de entender el problema no nos provee de recursos suficientes para nuestros fines, dejaremos para el final el desarrollo más detallado de la vía que aquí seguimos y que combina las propuestas de la ciencia performativa, especialmente con Law (2007) y la antropología postmoderna. Esta última postura viene de nuestra reinterpretación de la distinción que ha ofrecido Mol (2002) y que antes ya señalamos: las discusiones sobre el método han reivindicado la objetividad moderna, la han negado como imposible o han vuelto al método un objeto de análisis desde una postura que asume los embates postmodernos. Nuestra línea de trabajo sigue esta tercera vía.

#### 4.1.1. Investigación social y relaciones sociales y políticas<sup>37</sup>

Las transformaciones sociales, culturales y económicas han demandado, por parte de la investigación social que se aleja del positivismo –de afinidad no exclusiva pero sí mayoritariamente cualitativa– ampliar su crítica a los formatos tradicionales de investigación, de manera de problematizar su vínculo con el mundo en que se inserta.

En tal sentido, el reconocimiento de la estrecha relación existente entre el investigador y la sociedad que estudia ha llegado a establecerse como una premisa fundamental en la producción de conocimiento de las ciencias sociales (Breuer, 2004). Desde tal reconocimiento, hay quienes instan a no estancarse en la mera adhesión al supuesto y avanzar hacia propuestas que permitan profundizar en cómo opera ese vínculo y pensar en sus consecuencias (epistemológicas, metodológicas, incluso axiológicas<sup>38</sup>) (Breuer, 2004; Guba & Lincoln, 2012):

La situación epistemológica del conocimiento socio-científico se encuentra delineada por las propiedades del sujeto y la interacción entre éste con el objeto, es decir, que está determinada subjetivamente. Respecto de esta característica epistemológica, existe prácticamente un consenso de principio entre los/las cientistas sociales, aunque éste no pasa de ser superficial; pues cuando se trata de la acción concreta, es decir, la metodología socio-científica aplicada en la praxis, tal adhesión epistemológica al constructivismo o una de sus variantes frecuentemente no tiene consecuencias (Breuer, 2004, pág. 12).

Entre quienes intentan hacerse cargo de ese “consenso de principio” pueden identificarse tres modalidades. En primer lugar, encontramos una crítica en común al positivismo que propone nuevos criterios de validez y calidad de investigación (Laucken, 2002) que definan en forma no positivista lo que puede considerarse como una investigación útil –según quién o para quién/es– (Guba & Lincoln, 2012). Segundo, reflexiones sobre lo que implica un cierto tipo de compromiso social o político por parte del investigador/a con la realidad que investiga, lo que supone argumentar a favor de la necesaria relevancia social de la investigación y la utilidad que debiera prestar a las comunidades. En tercer lugar, aparecen diversas posturas que buscan opciones metodológicas y/o epistemológicas que permitan ampliar la mirada de la investigación social

---

<sup>37</sup> Parte de lo que aquí presentamos es fruto del trabajo de investigación colectiva del Proyecto Fondecyt 1110411 que detallaremos en el capítulo ocho.

<sup>38</sup> En tanto la axiología es una rama de la filosofía que incluye ética, estética y religión, el vínculo entre las dos primeras y la investigación social puede resultar más claro que la conexión posible entre religión y ciencia; sin embargo para Guba y Lincoln definir “religión” de modo amplio puede permitir la comprensión de preocupaciones catalogadas como “espirituales”, como son la libertad del espíritu humano frente a la opresión, una preocupación común entre diversos modelos interpretativistas en la investigación social (Guba & Lincoln, 2012). Law (2007) también reivindica relacionar bienes como la religión de manera amplia, en tanto cuestiones espirituales, pudiendo incluir, por ejemplo, la inspiración.

crítica y poner en práctica los principios de una investigación reflexiva, no neutral y al servicio de la democratización. Finalmente, encontramos algunas señales más directamente vinculadas a nuestra preocupación por la investigación crítica y su vínculo con las epistemologías feministas.

Todas estas perspectivas están a favor de la investigación anclada en la sociedad, no amparada en el cientificismo y con una fuerte impronta del construccionismo y constructivismo social (Guba & Lincoln, 2012). Lo común a ellas es la convicción de que se alejan de la mera descripción en aras de demandar la defensa de responsabilidades morales y éticas en la investigación, con la esperanza de movilizar a otros académicos “para que tomen una postura a favor de la liberación humana” (Ladson-Billings & Donnor, 2012, pág. 199).

No pretendemos ser exhaustivos en cubrir todo el debate cualitativo que se hace cargo de la pregunta por los vínculos entre investigación y compromiso social y/o político, sino más bien utilizar algunos de sus argumentos para mostrar que son insuficientes para llegar al núcleo de la norma que indica que la parcialidad es enemiga de la objetividad entendida como conocimiento riguroso del mundo que nos constituye, y al cual constituimos con nuestras prácticas de investigación. Es en tal sentido que revisaremos algunos de los postulados de este debate metodológico.

#### **4.1.2. Crítica al positivismo y la apelación a la validez social y ética del conocimiento**

Tal como nos advertía Mol antes, en el debate metodológico la norma positivista defiende que el rigor se funda en la objetividad como sinónimo de neutralidad, y su reverso es la argumentación negativa acerca de la imposibilidad de llevar a cabo una investigación libre de concepciones valóricas o políticas. Esa imposibilidad ha pasado de la pura negación a elaboraciones que sostienen que tales valores no solo son reconocidos por los investigadores cualitativos sino que se asumen como un factor central que ofrece pistas para nuevos giros en la práctica de la investigación social. Giros que pueden ser no solo metodológicos y éticos sino también paradigmáticos.

Los teóricos críticos (...) siempre han defendido diversos grados de acción social, desde el destierro de las prácticas injustas específicas hasta la transformación radical de las sociedades enteras. (...) Sin embargo, el cambio más brusco se ha dado en los modelos fenomenológicos participativos y constructivistas, donde el paso más allá de la interpretación y el *Verstehen*, o comprensión, en dirección a la acción social sea, quizá, uno de los cambios más interesantes desde un punto de vista conceptual (Guba & Lincoln, 2012, pág. 52).

Así por ejemplo, además de la crítica al racismo, se han levantado propuestas interpretativas que tienen que ver con una aprehensión de la experiencia de las identidades racializadas<sup>39</sup> (Ladson-Billings & Donnor, 2012) que pueda traducirse en formas de activismo coherentes con una postura anti-racista en profundidad, o, en lo paradigmático, con el paso desde una hermenéutica crítica<sup>40</sup> a una hermenéutica normativa que se plantee preguntas acerca de los propósitos y procedimientos de la interpretación (Kincheloe & McLaren, 2012): ¿para qué investigamos? y, más importante, ¿para quién/es? Tales preguntas nos traen a la memoria la apelación de Haraway al *cuo bono* que antes mostramos y, más en general, la preocupación de las epistemologías feministas con respecto a la responsabilidad de la ciencia frente a las dominaciones cruzadas de género, clase y raza.

Este *para qué* parece ser el lugar obligado de estas discusiones. En ellas algunos no escatiman en ilustraciones morales que recuerdan el espíritu emancipador de la ciencia moderna.

La investigación cualitativa es un proyecto indagatorio, pero también moral, alegórico y terapéutico. La etnografía es más que el registro de la experiencia humana. El etnógrafo escribe pequeñas fábulas morales, cuentos que hacen más que celebrar la diferencia cultural o traer a la vida otra cultura. La historia del investigador es escrita como un atrezo, un pilar que, parafraseando a William Faulkner (1967, pág. 724), ayudará a hombres y mujeres a perdurar y prevalecer ad portas del siglo XXI (Denzin & Lincoln, 2005, pág. xvi).

Sin embargo, el orden dominante en clave moderna es el flanco de severas acusaciones de parte de los teóricos del enfoque interpretativo en las ciencias sociales. Ellos/as proponen “explorar las formas en que dicho orden distorsiona las realidades del *Otro* en un intento por mantener las relaciones de poder que continúan poniendo en desventaja a aquellos que están excluidos de dicho orden” (Ladson-Billings & Donnor, 2012, pág. 202). Luego, este Otro, colectivo o individual, llena hoy el lugar del *para quién* se investiga, impulsando nuevas definiciones de la validez y calidad de la investigación en función tanto del compromiso con la reflexividad y auto-reflexividad del investigador que se define en relación a ese Otro asumiendo con él un vínculo, como de la utilidad que la investigación social tiene para ese sujeto. La noción de compromiso es aquí fundamental.

(...) Aun cuando el campo de la investigación cualitativa es definido por sus constantes quiebres y rupturas, hay un núcleo común del proyecto: el declarado compromiso humanista y de justicia

---

<sup>39</sup> Identidad que los sujetos de origen nacional extranjero asumen situacionalmente en el espacio social que habitan por motivos económicos y/o políticos (Ladson-Billings & Donnor, 2012).

<sup>40</sup> El reconocimiento, según los autores, de que todo en la investigación cualitativa es interpretación, lo que supone “dar sentido a lo observado de un modo que comunique comprensión” (Kincheloe & McLaren, 2012, pág. 242).

social a estudiar el mundo social desde la perspectiva de la interacción individual. Desde dicho principio fluye la política de la acción liberal y radical sostenida por los/as investigadores/as feministas, clínicos, étnicos, críticos, queer, de la teoría racial crítica y los estudios culturales. Aun cuando múltiples comunidades interpretativas circulan actualmente en el campo de la investigación cualitativa, a todas las une ese solo punto (Denzin & Lincoln, 2005, pág. xvi).

Otros reinterpretan la noción de *bricolaje*<sup>41</sup> e instan a “un nuevo nivel de investigación de la autoconciencia y del conocimiento de los numerosos contextos en los que opera cualquier investigador”, en la medida en que, al distanciarse de la investigación fundamentada en la neutralidad y el realismo ingenuo, se concentra en la “aclaración de su posición en la red de la realidad y las ubicaciones sociales de otros investigadores y las formas en que moldean la producción y la interpretación del conocimiento” (Kincheloe & McLaren, 2012, pág. 264).

En tales supuestos se fundamenta, para muchos constructivistas (Schwandt, 1996; Bernstein, 1983; Polkinghorne, 1989 & Lather, 1986, citados por Guba & Lincoln, 2012), un distanciamiento con la noción positivista de *validez* entendida como la ausencia de un compromiso o inclinación parcial por parte del investigador en la realidad que investiga. Se definen así nuevos criterios para defender las bondades de una investigación en términos de su “lealtad” a cierta construcción humana, y más aún, para que los miembros de la comunidad que ha participado en una investigación puedan apoyarse en ella (Guba & Lincoln, pág. 2012).

(...) aunque uno podría afirmar que algunos métodos son más adecuados que otros para realizar una investigación sobre la construcción humana de las realidades sociales (Lincoln & Guba, 1985), nadie podría sostener que un método único –o un conjunto de métodos– es el camino verdadero hacia el conocimiento final. No obstante, en la investigación con los nuevos paradigmas, no es solo el método el que promete acceder a cierto grupo de verdades locales o basadas en el contexto; también es el proceso de interpretación. Por tanto, tenemos dos argumentos que avanzan con simultaneidad. El primero, tomado del positivismo, sostiene una especie de rigor en la aplicación del método, mientras el segundo sostiene el consentimiento de la comunidad y una forma de rigor –razonamiento defendible, posible junto con alguna otra realidad conocida por el autor y el lector– al otorgar preponderancia a una interpretación respecto de la otra y para enmarcar y delimitar un estudio interpretativo (Guba & Lincoln, 2012, pág. 58).

Hemos observado este argumento en diversas formas, pero en general se basa en el convencimiento acerca de la necesidad de generar dispositivos metodológicos que permitan a las personas y comunidades que colaboran en una investigación actuar con mayores grados de participación efectiva en la producción del conocimiento, lo que incluye –entre otras formas– buscar alternativas para negociar con ellos la interpretación de los resultados. Si volvemos a nuestra preocupación por la redefinición de la objetividad como sinónimo de neutralidad, sería

---

<sup>41</sup> Concepto utilizado por Claude Levi Strauss que alude a la ponderación y utilización de los distintos materiales disponibles para la creación, en este caso, de la etnografía.



una redefinición que apuesta por la intersubjetividad que atraviesa más explícitamente las relaciones de producción del conocimiento en las ciencias sociales que no pueden evadir el asunto de la interpretación. Sin embargo, hemos visto antes que la dimensión semiótica de toda entidad no es exclusiva de los fenómenos socioculturales, sino de toda entidad, incluidos los fenómenos materiales. Más allá de este punto, y reconociendo el aporte que ha significado la problematización de la interpretación en el debate cualitativo en aras de una mayor simetría y dialogía entre sujetos investigadores y comunidades investigadas, nos parece que la principal limitación de quedarse solo en esta apelación para unas prácticas de investigación que se pretenden críticas es que la noción de “consentimiento de la comunidad” o cualquier sinónimo que sintetice al sujeto investigado resulta demasiado estable, fija y homogénea para los tiempos que corren, sin entrar en el riesgo de esencialismo identitarios.

Por otra parte, Guba & Lincoln (2012) argumentan a favor de otro tipo de validez: la “validez como relación ética” que pareciera ser más cercana a lo que hemos venido mostrando desde la epistemología de la articulación, con la ventaja de que nombrarlo como relación ética más que política puede ser menos profano para el canon académico.

Como señala Lather (1993), las formas postestructurales para las valideces ‘unen la ética y la epistemología’ (pág. 686); de hecho, como también observa Parker Palmer (1987), ‘cada forma de conocer contiene su propia trayectoria moral’ (pág. 24). Peshkin reflexiona sobre la observación de Nodding (1984) respecto de que ‘la búsqueda de la justificación a menudo nos aleja más y más del centro de la moralidad’ (pág. 105 citado en Peshkin, 1993, pág. 24). El modo en el que sabemos se relaciona, con seguridad, más con aquello que sabemos y con nuestras relaciones con los participantes de nuestra investigación. Por consiguiente, uno de nosotros se esforzó por comprender los modos en que lo ético se cruza con lo interpersonal y lo epistemológico como forma de conocimiento auténtico o válido (Lincoln, 1995). El resultado fue el primer conjunto de entendimientos acerca de los criterios emergentes para la calidad que también estaban arraigados en lo epistemológico/ético. De esa búsqueda, derivaron siete estándares nuevos: posición o punto de vista, opiniones; comunidades de discurso específico y centros de investigación como árbitros de la calidad; voz, o la medida en la que un texto tiene la calidad de polivocalidad; subjetividad crítica (lo que podría denominarse auto-reflexividad intensa); reciprocidad, o la medida en que la relación de la investigación se torna recíproca en vez de jerárquica; sacralidad, o la opinión profunda de cómo la ciencia puede contribuir (y de hecho, lo hace) a la prosperidad humana; y compartir los beneficios del privilegio que se confieren a nuestras posiciones como académicos con puestos universitarios. Cada uno de estos estándares fue extraído de un cuerpo de investigación, a menudo de disciplinas tan dispares como la administración, la filosofía y los estudios de las mujeres (Lincoln, 1995) (Guba & Lincoln, 2012, pág. 65).

#### 4.1.3. Relevancia social de la investigación según su impacto en provecho de una comunidad

Una segunda forma de problematizar el vínculo entre investigación y sociedad, abogando más explícitamente por sus vínculos políticos, podemos ilustrarlo con el llamado de Foley y Valenzuela (2012) para llevar a la práctica el compromiso político -participando en movimientos sociales o desde las políticas públicas- mediante la investigación social como algo que debe ponerse al servicio de los actores en forma explícita.

Aquí, lo central es que la investigación sea *útil* y que la *crítica* no se quede solo en el papel, pero para ello debe ser lo más abierta posible a los procesos colaborativos entre el investigador y las comunidades. Foley y Valenzuela exponen sus propias trayectorias como etnógrafas críticas en dos campos, la academia y las políticas públicas (en este caso en los consejos decisivos sobre una incorporación justa de la comunidad chicana en el sistema educativo norteamericano) inclinándose a re-valorizar este último en base al aporte concreto que genera:

En cierta manera, me he convertido en ‘el efecto’ del poderoso discurso postmoderno experimentalista de la antropología. Esto hizo que para mí fuera más difícil ver que las siguientes nociones de colaboración –descenrar al autor, la teoría de la deconstrucción, los textos polifónicos, las entrevistas dialógicas y hasta la revisión de los textos por parte de la comunidad- ya no son más fundamentales que la noción de ‘colaboración’ de Valenzuela (...)

Hemos tratado de plantear ciertos temas y de hacer algunas distinciones que llevarán a los autoproclamados etnógrafos críticos a cuestionar su práctica etnográfica actual (...) Foley pasó su carrera escribiendo críticas culturales del capitalismo estadounidense y sus secuelas, pero ha pasado bastante menos tiempo en la investigación política directa. En lugar de unirse a diversas luchas políticas progresistas, se unió a la lucha ideológica contra el positivismo y el cientificismo. Como muchos académicos progresistas, esto le permitió sobrevivir profesionalmente, pero la dejó con el anhelo de una participación política más directa como ‘antropóloga ciudadana’. (...) Valenzuela se identifica con sus sujetos y colabora con ellos de un modo profundo psicológico y político. (...) Esto no significa argumentar que una noción de colaboración es superior a la otra, pero es claro que los etnógrafos ‘nativos’ o informados tal vez deban marchar al ritmo de un tambor diferente. Los compromisos éticos con sus sujetos/aliados políticos tal vez los impulsen a ser colaborativos en formas más espirituales y menos procesales y metodológicas (Foley & Valenzuela, 2012, págs. 102-103)

Así, intentan dar cuenta de cómo ha evolucionado su interés en la política, pero sobre todo, la necesidad de un involucramiento por parte de los investigadores en la realidad que estudian. Esta forma de entender la investigación no neutral no es nueva y, al menos para el caso chileno y el de otras realidades latinoamericanas, hace eco de lo que en los años 60’ se conoció como sociólogos militantes, intelectuales orgánicos o científicos críticos (que documentamos en el capítulo uno); a su vez, tiene similitudes con el método de la IAP (investigación-acción-participativa) y ciertamente en la actualidad podemos encontrar renovadas formas de colaboración entre investigadores científico sociales y organizaciones de la sociedad civil (ONG), movimientos

sociales e incluso algunas formas de políticas públicas. Sin embargo, nos parece que es un modo de relación que no logra argumentar en qué se basa el privilegio epistémico que otorga este tipo de participación política. De algún modo, reproduce dificultades similares a las que presentaba el feminismo del punto de vista antes de girar hacia posiciones reflexivas y autocríticas con las posiciones identitarias que arriesgaban fijarlas de modo esencialista.

Los investigadores que están directamente involucrados en el proceso político están en una mejor posición de comprender y teorizar acerca del cambio social. Al ser esto verdad, la academia debe hallar muchas más formas de recompensar a los ‘ciudadanos académicos’ que asisten a la comunidad local y producen estudios de investigación de base más profunda (Foley & Valenzuela, 2012, pág. 103).

De esto sería justamente aquello de lo que la estructura académica adolecería actualmente al privilegiar opciones de bajo compromiso social en pos de un exitismo académico posibilitado por la inserción a los cánones aún positivistas de la investigación social dominante: “Como resultado, muchos académicos progresistas pueden minimizar o incluso ocultar sus intentos de producir la clase de conocimiento práctico necesario para transformar las comunidades locales y las políticas institucionales” (Foley & Valenzuela, 2012, pág. 103). Así, hay también un cuestionamiento al científico social académico, en la medida en que éste no asume necesariamente un papel activo en la lucha por la igualdad y la justicia social: “Desafortunadamente, demasiados académicos pasan el tiempo hablando entre sí en el submundo de la academia. Escribimos en periódicos poco conocidos y publicamos en idiomas que no se trasladan a las vidas y las experiencias de la gente real” (Ladson-Billings & Donnor, 2012, pág. 226).

Ahora parece obvio que los académicos tienen que liberarse del discurso pedante y técnico de sus disciplinas si esperan escribir historias útiles. Desde el punto de vista metodológico, escribir mejor es absolutamente crucial para crear una especie de reciprocidad lingüística entre los sujetos en investigación y el investigador (...) Por desgracia, ningún estudioso joven que se haya socializado a fondo en un programa de doctorado académico puede cumplir esto con facilidad. A cada instante, los miembros del comité de disertación, los editores de las publicaciones y los compañeros estudiantes/colegas presionarán a un joven estudioso para retener un estilo de relato pedante, técnico y académico. La identidad personal y el éxito profesional de uno parecen depender del dominio de esta forma peculiar de autoexpresión. La experimentación reciente con géneros mixtos como la autoetnografía ha abierto un espacio en la academia, pero la etnografía académica, técnica e impulsada por la teoría, sigue siendo el estándar al que deben aspirar los jóvenes estudiosos (...) Con certeza este será el último bastión en caer, si es que alguna vez lo hace. Mientras tanto, las ciencias sociales siguen siendo más bien una forma elitista, de ‘alta cultura’ del comentario social (Foley & Valenzuela, 2012, pág. 91).

Para nosotros este reclamo puede ser nuevamente necesario, pero insuficiente. Ciertamente “transformar la industria de la producción del conocimiento académico desde luego requiere mucho más que desafiar la ideología del positivismo y el cientificismo” (Foley & Valenzuela, 2012, pág. 104) y para muchos académicos resulta deseable, y por lo tanto políticamente

relevante, cambiar al menos en parte las formas de organización y control de las publicaciones académicas, la promoción y la titularidad para las publicaciones y el servicio público por el que abogan las autoras. Sin embargo, no parece que tales demandas fortalezcan un argumento epistemológico que permita a la investigación comprometida con formas de resistencia y cambio social inmunizarse contra los problemas que enfrenta la ciencia, también las ciencias sociales, para hacerse más responsable en sus diversas formas de articulación con otras relaciones sociales y políticas.

#### **4.1.4. Reflexiones metodológicas autocríticas: el caso de la etnografía**

La tercera forma de pensar las relaciones entre investigación y relaciones sociopolíticas se ha hecho mucho más vinculado al uso de un método o técnica específica, especialmente la etnografía.

Una de las formas que adopta ese debate vuelve sobre el tema de la utilidad de la investigación. Un ejemplo de investigación etnográfica con influencia en el campo que estudia es el trabajo de Diane Vaughan "The Challenger Launch Decisión" (Vaughan, 1996). En él se intenta explicar qué salió mal en el accidente espacial de la nave "Discovery" en 1986. Dicho estudio, señala Kusenbach (2005), recibe atención instantánea cuando, en el 2003, un nuevo proyecto espacial ("Columbia") enfrenta el trágico final de la explosión en momentos cercanos al aterrizaje. Desde entonces. Vaughan ha sido intensamente consultada con el objeto de prevenir nuevas catástrofes. Volviendo a examinar el campo de trabajo en la NASA, Vaughan concluye que los cambios entre 1990 y el 2003 han sido mínimos, sin embargo está segura de que su investigación puede llevar a mejorar el sistema, aun cuando el problema resida no en los individuos, si no en las estructuras organizacionales, algo difícil de cambiar (Kusenbach, 2005).

Becker, conocido escéptico frente a una etnografía "transformadora", señala por ejemplo que su investigación de los años sesenta sobre los usuarios de marihuana no condujo a cambios significativos hacia una mejor política al respecto, aunque mostró claramente que las políticas del gobierno eran "insensatas y contraproducentes" (Kusenbach, 2005, pág. 52). Peor aún, las leyes actuales sobre el uso y posesión de drogas serían más punitivas que nunca. En opinión de Becker, los principales obstáculos para las clases de soluciones que los etnógrafos pueden ser capaces de ofrecer a los responsables políticos (si están dispuestos a escuchar, en primer lugar) es que son demasiado caros y demasiado impopulares los recursos adicionales que por lo general exigen y la

evidencia de una necesidad de cambio estructural, algo que no es bien recibido (Kusenbach, 2005). Ahora bien, podemos apuntar que asuntos como las prioridades de los responsables políticos son materia de discusión y consenso social que ameritan plazos extensos y procesos de movilización que pueden ir más allá de una investigación de campo o una carrera dedicada a ello.

Son interesantes también las discusiones mantenidas desde la etnografía institucional. Esta estrategia de investigación crítica basada en los esfuerzos marxistas y feministas, particularmente la socióloga feminista Dorothy Smith (2005) por develar la forma en que las instituciones de la sociedad regulan las vidas de la gente.

Laura Bisaillon y Janet M. Rankin señalan sobre la etnografía institucional que “Investigar desde un punto de vista externo a las formas de conocimiento facultativo u oficial, así como también fuera del marco de las instituciones dominantes es un compromiso investigativo y una decisión política”, apuntando que, entre otras cosas, la producción de conocimiento sobre una institución que no ha sido encomendado por la misma ni está bajo su control puede ser visto como algo potencialmente disruptivo para su tranquilo funcionamiento (Bisaillon & Rankin, 2012, pág. 16).

A su vez, existen, en relación a las recomendaciones sobre la etnografía crítica señaladas por Foley & Valenzuela (2012) y en general por las propuestas construccionistas, advertencias sobre una etnografía conducida desde la 'empatía' con el sujeto estudiado, pero sin llegar a una reflexividad fuerte sobre el impacto de la raza, clase y el rol del Estado, o a decir del autor, sin teorizar en absoluto (Kusenbach, 2005). Tal crítica conduce, siguiendo a Wacquant (2002) a reconocer que no existe tal cosa como una etnografía que no esté teóricamente guiada, y que en ese supuesto, resulta crucial el esfuerzo auto-consciente de integrar teoría y campo en forma activa en lugar de pretender descubrimientos absolutamente 'anclados' en los datos: "En lugar de involucrarse seriamente en la teorización y el análisis (...) cuentan el 'cuento de hadas de la teoría fundamentada' y celebran una suerte de 'empirismo plano' que ha sido sintomático en la etnografía norteamericana por muchos años" (Kusenbach, 2005, pág. 56).

Todas estas formas de reflexión metodológica también nos parecen útiles y necesarias, pero no llegan a abordar cuestiones vinculadas con la objetividad neutral o la redefinición de esa norma orientándola a la parcialidad, y sobre todo no nos dan pistas sobre la performatividad de las metodologías de la investigación social, vale decir, cómo ellas participan no solo de la construcción de hechos científicos sino también de hechos sociales (Ramos, 2002). En cambio, una línea que parece más fructífera para este interés es la recuperación reflexiva de la

subjetividad de los investigadores a través de la auto-etnografía. Volveremos sobre este punto cuando tratemos la antropología postmoderna, pero de momento lo dejamos apuntado.

No son pocos los que destacan el rol que la autoetnografía puede tener en los procesos de conocimiento, siendo una vía legítima hoy en día para comprender la subjetividad del investigador que ya se ha consensuado como involucrada en la práctica investigativa, y como algo necesario de evidenciar. La autoetnografía sería una forma válida de acceder a ese tipo de *información*. En tal sentido, algunos relevan su papel en la crítica al positivismo: “autoetnografía y métodos de experiencia personal, tanto para superar las abstracciones de una ciencia social muy debilitada con descripciones cuantitativas de la vida humana como para capturar esos elementos que hacen que la vida sea conflictiva, móvil, problemática” (Guba & Lincoln, 2012, pág. 59).

Un punto importante en el ejercicio auto-etnográfico es, desde una perspectiva de investigación situada, considerar y expresar las determinantes de cada investigación (Street 2008). Luego, la enunciación y objetivación del compromiso político, entre otros posibles y hasta hoy denostados compromisos en el proceso de investigación, resulta ser un ejercicio auto-reflexivo no solo posible para la comprensión de lo que se investiga, sino también necesario. Se trata de una postura que asume de antemano los compromisos políticos y la necesidad de situar a los sujetos y sus posicionamientos implicándose uno/a mismo/a, y que se propone, según Street (2008) un análisis crítico del statu quo y de los arreglos sociales desiguales. Russell y Kelly (2002) trasladan estas consideraciones a los estudios cualitativos y las vinculan, con lo que entendemos por reflexividad, cuando señalan: “Mediante la inclusión de entendimiento político como una parte natural e inevitable de nuestra indagación investigativa, se cierra la brecha entre el personal y la política, entre el conocedor y lo conocido, y entre los investigadores y aquellos a los que antes eran considerados sujetos y ahora entendemos que son nuestros co-creadores (Russell y Kelly, 2002, párrafo 47).

#### **4.1.5. En torno a la Epistemología Feminista y la investigación crítica**

Denzin y Lincoln reconocen que son parte de un “proyecto generizado” (Denzin y Lincoln, 2005, pág. xvi) queriendo señalar con ello que los actuales debates sobre la investigación cualitativa se hacen cargo de los cuestionamientos que las feministas y los teóricos queer han arrojado sobre la idea de una identidad fija e invisible del etnógrafo y en general del investigador. Lejos de ello, el investigador se encuentra en una posición de clase, género y raza de la que no puede

desentenderse. Más allá de esta declaración de base, se reconoce que la investigación feminista partió desde un cuestionamiento disciplinar en contra de la exclusión de las mujeres en el campo, pero que ha llegado “al análisis de temas epistemológicos críticos” (Olesen, 2012, pág. 121).

(...) disolvieron el concepto de mujer esencializada y universal que sería reemplazado por las ideas de una mujer situada con experiencia y conocimientos específicos de su lugar en la división material de trabajo y los sistemas de estratificación racial. Ello implica que las afirmaciones del conocimiento están socialmente contextualizadas y que algunas situaciones sociales, en especial aquellas que se encuentran en la parte inferior de las jerarquías sociales y económicas, son mejores que otras como punto de partida (Olesen 2012, pág. 127).

A su vez, se destaca que las investigadoras feministas partieron preocupadas por cómo tratar el sesgo en la investigación cualitativa, pero derivaron luego hacia una preocupación más centrada en la representación de las diversas voces, la escritura y especialmente la ética de la investigación. En este último caso, han analizado temas como la privacidad, el consentimiento, confidencialidad, engaño y deslealtad; han abogado por evitar daños de cualquier tipo en nuestras prácticas de investigación (ej. estrés indebido, publicidad no deseada, pérdida de reputación, invasión de la privacidad) y han problematizado cuestiones como la negociación del acceso a la información, la obtención y el análisis de resultados y los procesos de escritura del texto. Se trata de una escritura feminista sobre la ética de la investigación que ha trascendido las posiciones universalistas en la filosofía moral basándose más bien en una ética feminista del cuidado (Olesen, 2012, pág. 147).

Efectivamente las investigadoras feministas ha planteado todo lo que este reconocido Handbook sobre metodologías cualitativas señala, pero nuestra impresión es que no llega a calibrarse que su desacato y su aporte metodológico es mucho más radical en tanto, como hemos mostrado antes, altera irremediabilmente el núcleo de la epistemología moderna, en algo que ya podría catalogarse como un nuevo giro epistemológico.

Finalmente, al revisar el debate cualitativo encontramos algunos pocos intentos por caracterizar lo que podría considerarse como “investigación crítica”, a pesar de que esa voz aparece como algo transversal a las discusiones actuales sobre las posibilidades de desarrollar una investigación cualitativa “comprometida” (con la democratización o la justicia social) (Guba y Lincoln, 2012; Foley & Valenzuela, 2012). En general, la investigación crítica aparece tratada como un sinónimo de “comprometida”, “pluralista”, “emancipadora” e incluso “activista”, pero hay quienes intentan definirla de manera más específica través de lo que se considera sería un investigador crítico: “un investigador o teórico que trata de usar su trabajo como una forma de crítica social o cultural y que acepta ciertas suposiciones básicas de que todo pensamiento está,

en esencia, mediado por las relaciones de poder que son sociales y están históricamente constituidas (...)” (Kincheloe & McLaren, 2012, pág. 243). Esto seguido de una extensa lista de supuestos asociados a dicha noción, inspirado todas en la raigambre “posdiscursiva” que tendría la actual investigación crítica. Figuran en dicha lista:

...que los hechos nunca pueden aislarse del dominio de los valores ni ser extraídos de alguna forma de adscripción ideológica (...); que ciertos grupos de cualquier sociedad y de sociedades particulares son privilegiados en relación con otros y, aunque las razones de esta forma de privilegio pueden variar mucho, la opresión que caracteriza a las sociedades contemporáneas es reproducida con energía cuando los subordinados aceptan su condición social como natural, necesaria o inevitable (...) (Kincheloe & McLaren, 2012, pág. 245).

Así, tales autores urgen al estudio de la relación entre la cultura, el poder y la dominación en lo que denominan “investigación cultural contrahegemónica” (Alexander, 2001, pág. 2) cuya clave estaría en “(a) la capacidad de vincular la producción de representaciones, imágenes y signos de hiperrealidad al poder en la economía política y (b) la capacidad, una vez que se expone y se describe este vínculo, de delinear los efectos altamente complejos de la recepción de estas imágenes y signos sobre individuos ubicados en diversas coordenadas de raza, clase, género y sexo en la red de la realidad” (Kincheloe & McLaren, 2012, págs. 254-255).

Junto con eso la investigación crítica trataría de exponer las fuerzas que impiden mayores grados de autonomía tanto a los individuos como a los grupos sociales, en tanto a finales del siglo XXI parece más difícil hablar de ‘emancipación’ si asumimos que nadie está emancipado por completo del contexto sociopolítico que lo ha producido. Junto con eso, se aleja del posmodernismo cínico o del relativismo paralizante, asumiendo lo situado de una manera que no nos es extraña.

Las tradiciones de la investigación crítica han llegado al punto en que reconocen que las afirmaciones de lo que es verdad siempre están situadas, en forma discursiva, en las relaciones de poder e implicadas con ellas. Sin embargo, a diferencia de algunas afirmaciones hechas dentro de corrientes ‘lúdicas’ de la investigación posmodernista, no sugerimos que como no podemos conocer la verdad en forma absoluta, la verdad sencillamente puede ser equiparada con un efecto de poder. Lo decimos porque la verdad supone normas reguladoras que deben cumplirse para que algunas afirmaciones sean más significativas que otras. De otro modo, la verdad pierde sentido y, si este es el caso, la praxis liberadora no tiene más propósito que ganar por ganar (...) La verdad está internamente relacionada con el significado de un modo pragmático a través de las afirmaciones normativas, afirmaciones intersubjetivas y afirmaciones subjetivas a las que se hizo referencia y la forma en que deícticamente basamos o afirmamos nuestra vida cotidiana (Kincheloe & McLaren, 2012, pág. 282).

Hasta aquí podríamos suscribir gran parte de esta forma de entender lo que es una investigación crítica; sin embargo, observamos dos problemas en este tipo de postulados. Por una parte, está caracterizando más bien al investigador crítico que a un tipo de práctica de investigación que se



pretende crítica. Ello nos devuelve a la centralidad del sujeto de investigación de la cual ya nos alejamos con el giro epistemológico que antes presentamos. Sin embargo, nuestro mayor problema está en las negrillas de la siguiente cita.

Lo que es crucial aquí, de acuerdo con Craspeken, es que los investigadores reconozcan dónde están situados ideológicamente en las afirmaciones normativas y de identidad de los demás, y al mismo tiempo, **que sean honestos** acerca de sus propias afirmaciones subjetivas a las que se hace **referencia y que no dejen que las afirmaciones evaluativas normativas interfieran con lo que observan**. La investigación crítica sigue planteando un problema para las afirmaciones normativas y universales de un modo que no les permite ser analizadas fuera de una política de representación, divorciada de las condiciones materiales en las que son producidas, o fuera de una preocupación por la constitución del sujeto en los actos mismos de leer y escribir (Kincheloe & McLaren, 2012, pág. 282).

La apelación a la honestidad con la propia subjetividad y al esfuerzo que se debe hacer para que ella no afecte lo observado viene a ser otra forma, a nuestro juicio ingenua, de defender la objetividad como evitación del sesgo. En definitiva, tales formas de argumentar una investigación crítica no parecen afrontar la paradoja de la crítica que antes describimos.

## **4.2. El Método como Objeto de Estudio**

### **4.2.1. El ensamblaje metodológico de Law**

Para John Law (2007), cuando las ciencias sociales intentan describir cosas complejas, difusas y confusas, hacen de ellas un lío. Su propuesta apunta a imaginar qué necesitamos para equipar mejor a las ciencias sociales en su capacidad para relacionarse con la complejidad. Aun cuando reconoce que existen realidades provisionalmente estables y definidas, su interés está puesto en las diversas texturas que están pasando inadvertidas: “Dolores y placeres, esperanzas y horrores, instituciones y aprensiones, pérdidas y redenciones, mundanidades y visiones, ángeles y demonios, cosas que se deslizan, o aparecen y desaparecen, cambian de forma o no tienen mucha forma en absoluto, son difícilmente capturadas por los métodos de la ciencia” (Law, 2007, pág.2).

Este interés cuenta con precedentes y contemporáneos. Entre los primeros, el legado del romanticismo en el cual se inspiraron varios teóricos sociales importantes (Marx, Simmel, Weber, Lukács, Mead o Benjamín) que habrían respondido de diferentes formas a la idea de que el mundo sobrepasa nuestras teorías sobre él. Entre los contemporáneos se suma a los trabajos de los nuevos estudios de la ciencia y la tecnología, la investigación feminista y particularmente el postestructuralismo. De este último, destaca la búsqueda y movilización de metáforas y su

apuesta por los discursos, diferencias o epistemes como esfuerzos metodológicos para conocer pequeños momentos de los flujos que conforman la realidad.

Así, retoma las etnografías de laboratorio desarrolladas por Latour y Woolgar para argumentar cómo la ciencia produce la realidad a la vez que la describe; sigue la propuesta de Annemarie Mol que ya presentamos y usa diversos otros estudios que le permiten mostrar que las realidades pueden cambiar de forma o volverse más o menos indefinidas. Junto con eso, ofrece figuras como la alegoría para explorar las posibilidades del conocer y representar lo incoherente. Otros estudios de casos –sobre la desorganización en los sistemas de salud y de transporte- le ayudan también a exponer métodos posibles para acercarse a realidades múltiples y difusas. Sin embargo, nuestro interés se concentra más bien en su propuesta sobre lo que él llama ensamblaje de métodos (otra traducción podría ser ensamblaje metodológico) capaces de detectar y amplificar patrones particulares de relaciones en los flujos excesivos y abrumadores de lo real. Asimismo, nos interesa cómo, a partir de tal propuesta, se aborda lo que él denomina como “la verdad” y que nosotros entenderemos aquí más bien como “objetividad”.

La disputa de Law no es contra los métodos tradicionales de las ciencias sociales, sino más bien contra asumir que solo tales son útiles para comprender la multiplicidad de la realidad. Admite así que existen algunos fenómenos que funcionan como realidades provisionalmente estables, que pueden efectivamente ser claras y definidas (ej. la distribución del ingreso, emisiones contaminantes, términos de intercambio). Por lo tanto, él mismo advierte que no está diciendo que no haya espacio para los métodos de investigación convencionales.

Los métodos estándar son muchas veces importantes, por no decir necesarios (...) No se trata de que los métodos estándar estén francamente equivocados. Son significativos y así permanecerán, como es debido. Es por eso que digo que estoy tras un sentido más amplio o más generoso del método, así como de un sentido diferente. Pero hablar de diferencia está de hecho al borde de la crítica. Como he sugerido más arriba, quiero argumentar que mientras los métodos estándar son muchas veces extremadamente buenos en lo que hacen, están mal adaptados al estudio de lo efímero, lo indefinido y lo irregular (...) Aquí el problema no es que nuestros métodos de investigación (y las reivindicaciones sobre el método apropiado) hayan sido contruidos en un contexto histórico específico. Todo es construido en un contexto histórico específico y no hay escapatoria de la historia. Más bien los métodos, o al menos sus defensores, tienden a hacer reivindicaciones excesivamente generales de su estatus, (...) 'si quieres entender la realidad apropiadamente, debes seguir las reglas metodológicas' (Law, 2007, págs. 4-5).

El problema es más bien que las reglas metodológicas han sido naturalizadas al punto de conformar un sentido común de la investigación. Para nuestros objetivos comprenderlo así es relevante toda vez que entendemos que entre tales reglas una de las más importantes es evitar la

subjetividad, o en su vertiente contraria rechazar que ello se pueda hacer, pero no repensar qué es la objetividad como base del conocimiento científico.

Asimismo, su disputa es más contra el disciplinamiento y el discurso metodológico que contra la práctica del oficio, en tanto la metodología de las ciencias sociales es variada y heterogénea en sus principios, pero sobretodo en sus prácticas. El problema, entonces, no es tanto la falta de variedad en la *práctica* del método, como las pretensiones hegemónicas que intentan describirlo y –agregamos- enseñarlo.

Su propuesta asume la mayor parte de los supuestos que hasta ahora hemos presentado como desestabilizaciones de los supuestos modernos que han regulado la práctica científica. Así, la realidad se asume cambiante, fluida, confusa y al menos no externa ni pasiva al sujeto de investigación

Llevado al campo de los fenómenos que estudian las ciencias sociales, su mayor insistencia será recordar que tales no son solo los fenómenos claros y definidos sino los confusos y ambiguos, muchos de los cuales han sido tergiversados hacia la claridad. La tarea es imaginar métodos cuando estos ya no buscan lo definido, lo respetable, lo más o menos estable. Compartimos esta necesidad, pero sin olvidar que es necesario también repensar los métodos tradicionales legitimando que puedan ponerse en práctica en una lógica que asuma el conocimiento como algo situado, tal como lo mostramos en la defensa que hace Haraway de las estadísticas fuertes para los proyectos feministas.

Advierte Law que es crucial entender que los procesos no son complejos simplemente en el sentido de que son técnicamente difíciles de capturar. Son complejos además porque exceden nuestra capacidad de conocerlos. “Las regularidades y estandarizaciones son increíblemente poderosas pero establecen ciertos límites (...) y establecen límites aún más firmes cuando se los intenta orquestrar hegemónicamente en una supuesta coherencia” (Law, 2007, pág. 6). Son entonces necesarias la heterogeneidad y la variación. Estando de acuerdo con esto, creemos que ello gana en complejidad cuando se asume que además tales regularizaciones operan como entidades activas y astutas en los términos que antes mostramos con Haraway.

Asumiendo tales propuestas, encontramos cuatro puntos de diálogo con los conocimientos situados. El primero de ellos es aceptar que se trata de un proceso encarnado. Necesitamos, afirma Law, enseñarnos a aprehender algunas de las realidades del mundo utilizando métodos inusuales o desconocidos en las ciencias sociales:

Quizá necesitamos conocerlas a través de los apetitos, gustos, incomodidades o dolores de nuestros cuerpos. Serían estas formas de conocer como encarnación. (...) [Necesitamos conocer] a través de emociones privadas que nos abren a mundos de sensibilidades, pasiones, intuiciones, miedos y traiciones (...) Quizá necesitamos repensar nuestras ideas sobre la claridad y el rigor, y encontrar formas de conocer lo indistinto y lo resbaloso sin tratar de agarrarlo y mantenerlo apretado (...) Y el asunto que atraviesa todo, desde luego deberíamos estar preguntándonos si 'conocer' es la metáfora que necesitamos, o cuándo la necesitamos. Quizá la academia necesita pensar en otra metáfora para sus actividades -o imaginar otras actividades (Law, 2007, pág. 3).

En segundo lugar, se trata de aceptar que las prácticas de investigación y el conocimiento del cual participan tienen un carácter situado. Señala Law que en un escenario en el que se ha extendido la idea de que el conocimiento es contextual y limitado, en el que las feministas han hablado de conocimiento situado, muchos piensan hoy que la etnografía necesita trabajar de un modo distinto si quiere entender este mundo fluido y en red, como lo han hecho por ejemplo la investigación de mercado y la consultoría en administración, adoptando “métodos suaves” como la performance y otras técnicas que explorarían lo sensorial. Contra o más allá de la obligatoriedad que todo graduado tiene de aprender la limitada colección de métodos cuantitativos y cualitativos, se requiere aprender una posibilidad más amplia, flexible y generosa de pensar el método.

En tercer lugar, entendemos que comparte la idea que hemos presentado antes como conocer de manera implicada en vez de distante, alejada tanto de la visión omnipresente como desde el relativismo paralizante. Decimos esto porque Law detalla algunas de las falsas impresiones que puede provocar su propuesta, entre ellas aclara que no está diciendo que no tiene caso estudiar el mundo o aconsejando el derrotismo. Contrariamente cree que la tarea es reafirmar un conjunto rediseñado de compromisos con la investigación empírica y teórica. Asimismo, no está recomendando tampoco la inmovilidad política, ya que la investigación en ciencias sociales interfiere con el mundo y siempre, de una u otra forma, hacen una diferencia. El tema, luego, no es buscar el des-compromiso si no cómo comprometerse. No obstante, lo anterior tampoco asume alguna forma de idealismo filosófico, no está diciendo que ya que el mundo desafía nuestros intentos de explicarlo, podamos creer sobre él lo que queramos, “el tope es muy simple: creer en algo no es nunca suficiente para hacerlo realidad” (Law, 2007, pág. 8).

En cuarto lugar, encontramos un puente con la idea de objetividad fuerte de Harding a la que adhiere Haraway, entendiéndola de manera sintética como aquella comprometida como mejorar las versiones de la realidad. Law plantea que el enfoque euro-americano dominante asume que las presencias y ausencias manifiestas son independientes del observador y anteriores a él, con forma definida, singular -solo una realidad- y constante -invariable de acuerdo a leyes generales-,

pasiva y universal. Lo que sugiere es que es cierto que “las realidades promulgadas en el ensamblaje metodológico euro-americano son complejas, pero también que gran parte de los aspectos de esa complejidad son negados” (Law, 2007, pág. 145). Aunque esta otrificación tenga sus méritos<sup>42</sup>, ello no excluye algunas dificultades que nosotros interpretamos como objetividad débil por su incapacidad de visibilizar los supuestos socioculturales, políticos e históricos más básicos que se enlazan a nuestros aparatos de visión naturalizando formas históricas como formas ontológicas.

En tanto el ensamblaje de métodos se ramifica en patrones y resonancias de un límite amplio, el cual incluye acopios que son manifiestamente alegóricos, ambiguos, indefinidos, poco claros o tácitos. Y finalmente, parece que la pasividad solo se logra porque el proceso activo de producción de realidades es empujado a una ausencia otrificada y se promulgan los reveses dualistas discutidos en el capítulo anterior. Ese afuera es relegado a un dominio que parece bastante apartado de lo que se encuentra aquí (Law, 2007, pág. 145).

#### ***4.2.1.1. Disputando el método de los hábitos metodológicos modernos***

Con lo planteado hasta ahora estamos en condiciones de entrar de manera más directa en la discusión sobre el método científico. Si hemos desestabilizado las posiciones del sujeto y objeto de investigación y la relación que los articula, no puede quedar inmóvil el procedimiento que se asume como necesario para producir el conocimiento científico, vale decir, el método. Por lo demás, es allí donde suele alojarse la discusión sobre la objetividad científica.

Ahora bien, no se puede pretender subvertir los cánones que regulan lo que el método científico debe ser o re-inventarlo sin volver sobre sus supuestos, aún más,

...es necesario des-aprender muchos hábitos metodológicos, incluyendo el deseo de certeza, las expectativas de que podemos llegar de manera frecuente a conclusiones más o menos estables sobre cómo son las cosas realmente, la creencia de que como científicos sociales tenemos percepciones especiales que nos permiten ver ciertas partes de la realidad social más allá que otros, y las expectativas de generalidad que están envueltas en lo que frecuentemente es llamado 'universalismo'. Pero deshacer nuestros deseos y expectativas de certeza y seguridad es lo primero (Law, 2007, pág. 9).

Con Law podemos seguir una forma de desandar tales hábitos, a la vez que encontrar una propuesta para sostenerlos de otro modo. Una propuesta –como sostendremos al final–

---

<sup>42</sup> Law toma aquí la definición de lo no-moderno de Latour (2007), según la cual el florecimiento de nuevos enfoques estaría relacionado con la producción de híbridos complejos a través de la exclusión, la que Law define como otrificación.

insuficiente para un proyecto de investigación crítica, pero útil como atajo o mediador para los fines que nos interesan.

El sostén de Law son los estudios sociales de la ciencia inaugurados por Latour y Woolgar en tanto han mostrado que la ciencia y la tecnología no evolucionan en el vacío, sino que participan del mundo social, son formadas por él y simultáneamente le dan forma. Sin embargo, así como tales afirmaciones resultan plausibles para disciplinas como la informática o la economía sus implicancias han sido menos obvias para aquellas relacionadas con lo social. Para el campo de los estudios de la ciencia, tras treinta años de trabajo sistemático, se reconocen aportes significativos para la comprensión del carácter social de la ciencia, lo que ha tenido implicancias profundas en las ciencias naturales, pero tales implicancias “...son también potencialmente importantes para las ciencias sociales. De manera que es una suerte de frustración que esas discusiones – y sus implicancias- no hayan sido más importantes en la ciencia social y sus reflexiones sobre el método y la metodología” (Law, 2007, pág. 13). Desarrollar tales implicancias es el objetivo de Law.

El método merecería la misma atención que han tenido otros elementos teóricos de la ciencia moderna, en tanto está afectado por la misma limitación: “es promulgado desde un conjunto de anteojeras euro-americanas del siglo diecinueve -o hasta el siglo diecisiete. Esto significa que se malentiende y se tergiversa a sí mismo. No se trata de un conjunto más o menos exitoso de procedimientos para reportar una realidad dada, sino más bien es performativo. Ayuda a producir realidades” (Law, 2007, pág. 143). Lo anterior no implica que lo haga con total libertad, sino que una serie de interiores, presencias y ausencias manifiestas, exterioridades y patrones, entre otros elementos de lo ya promulgado, y en esa medida amplificado, no se deja ignorar. Su propuesta supone el desarrollo de cada uno de estos elementos (presencias, ausencias, etc.) bajo la metáfora del ensamblaje metodológico. De esta forma, argumentará que con ello podremos reconocer lo que el método puede hacer y en efecto hace: re-hacer, re-promulgar o re-articular lo ya promulgado, y es en este sentido en el que más evidentemente podemos afirmar que *produce* realidades. Dichas producciones no se ajustan al mundo automáticamente, sino en la medida en que son continuamente re-creadas junto a las nuevas manifestaciones y consensos sobre lo real, por lo que pueden ser re-creadas de otras formas.

Esta dimensión performativa de la ciencia, incluida la forma en que operan sus métodos, es lo que nos permitirá sostener que las prácticas de investigación están comprometidas en la

(re)creación de la realidad múltiple en la que vivimos. Es lo que Ramos (2012), siguiendo la misma línea de Law, ha denominado el reensamblaje de lo social a través de las ciencias sociales. Sin embargo, para un compromiso situado y responsable con esa realidad, desde una perspectiva crítica, se requiere algo más que reconocer su capacidad performativa, se necesita poder fundamentar la legitimidad de articular ciencia y política en vínculos problemáticos e insuficientes, pero más responsables que el discurso moderno que abogaba por su separación tajante.

El andamio de Law tiene varios pilares. Uno de ellos remite al reemplazo de la descripción científica o la lógica de la representación desinteresadas que mostramos con Haraway por la noción de *acopio*.

En el terreno de las descripciones y afirmaciones sobre lo real, todo lo que se está realizando o recopilando está en relación con lo que sea que está ausente de las mismas, se manifiesta una porción mientras se *otrifica* otra. De esta forma, en su libro considera *descripciones visuales* como las angiografías o el arte aborigen, *aprehensiones humanas* como la experiencia de los investigadores en una visita a un centro de rehabilitación de alcohólicos o las percepciones de la divinidad en el culto cuáquero, *cuerpos*, *ceremonias*, *máquinas*, *representaciones*, *conversaciones* y *alegorías*, en una lista de procedimientos, aciertos y desaciertos que no cubre todas las posibilidades, pero rebasa las tradicionales normas del método. Otros recursos pueden ser las interpretaciones musicales, cirugías, arquitecturas, collage, cocina, ejercicio físico, jardines, paisajes y sin duda muchas más. Todas ellas pueden ser entendidas –entre otras posibilidades- como formas alegóricas de descripción.

Procedimientos como los mencionados ilustran dos importantes sentidos en los que los métodos de investigación disponibles en las ciencias sociales son limitados:

Primero, son materialmente restringidos. La idea, por ejemplo, de que un jardín, una ceremonia religiosa, un juego o una comida puede ser una alegoría de una realidad particular, resonar con ella, o ayudar a construirla (...) va mucho más allá de los límites propuestos por la metodología estándar. Segundo, son limitados además porque tienden a crear y manifestar ausencias que son tomadas por independientes, superiores, singulares, definidas, pasivas y todo lo demás (Law, 2007, pág. 147).

El método euro-americano depende como cualquier otro de entidades otrificadas y relaciones que no puede hacer manifiestas. La otredad no presenta escapatoria, dice Law, pero aun así, las materialidades limitadas que permiten los métodos tradicionales restringen el rango en que otras realidades pueden ser promulgadas en al menos dos sentidos. En primer lugar, porque hay cierto tipo de realidades que difícilmente pueden condensarse con precisión en formas textuales o

pictóricas (ej. la experiencia mística espiritual que requiere de corporalidad), tal como lo ha mostrado Mol para el caso del dolor del cuerpo ¿cómo lo expresamos? Así, diversas realidades se materializan de formas distintas a lo lingüístico y tales realidades, algunas de ellas convencionalmente relevantes en las ciencias naturales y sociales, han sido excluidas por las respectivas prácticas metodológicas dominantes. En segundo lugar, aun tratándose del dominio de lo textual, solo ciertos formatos han sido permitidos (el artículo, el reporte de investigación, la postulación a becario, la reseña, el libro, el seminario), como también ciertas formas de visualización (mapas, diagramas, gráficos y fotografías), pero otras no, señala el autor.

Tales restricciones han posibilitado la descripción de realidades singulares y específicas, pero no es menos cierto que su resultado ha sido desplazar o reprimir metodologías y realidades que construyen y describen el mundo de otra forma. En Euro-América las inscripciones que condensan los imaginarios ontico/epistémicos pertenecen a la novela o a la poesía o al arte y no a la metodología de investigación. El costo de esto es que “otrifica imaginarios, flujos, indefiniciones y multiplicidades (...) y al mismo tiempo, niega los diversos efectos deseables -los diversos bienes- que estos pudieran traer y ejecutar” (Law, 2007, pág. 148).

Tras esa crítica, la propuesta de Law es el “ensamblaje de métodos” (Law, 2007, pág. 105) que desarrolla recurriendo a tres ejemplos extraídos de tres diferentes estudios de campo, en torno a la implementación de un sistema de gestión, una etnografía de laboratorio y una reunión de culto cuáquero.

En el primer caso, se expone un episodio registrado durante su año de estudio en el Laboratorio SERC en Daresbury, donde observa la molestia del entonces jefe del laboratorio, respecto al atraso en la ejecución de un proyecto presupuestariamente clave para el laboratorio (y para su prestigio); mientras, para el resto del equipo, no había señales de que algo anduviera mal con el proyecto; no obstante, efectivamente el proyecto se encontraba fuera del itinerario trazado con antelación. Para hacer evidente esa ausencia manifiesta se necesitaba la complicidad de una tecnología como la hoja de cálculo. Esto nos trae a la memoria la atención que Haraway (2004) ha puesto en diversas tecnologías incluidas las de las ciencias sociales y las tecnologías de visualización (el hipertexto, la estadística, la bomba de vacío, entre otras) para la (re)definición de lo que cuenta como realidad y conocimiento en las sociedades tecnocientíficas.

Entonces él [Andrew] logró la habilidad aparente de ver lo invisible. La respuesta es que él goza de los beneficios de una hoja de cálculo. En las figuras allí dispuestas se representaba la cantidad de esfuerzo dedicado al proyecto, lo que a su vez le permitía hacer una rápida comparación entre el esfuerzo efectivo y el esfuerzo que se suponía que se iba a dedicar al proyecto. (...) De acuerdo al



plan, 18 'años-obra' (...) deberían haber sido hasta ese momento dedicados al proyecto, pero en realidad solo once años-hombre habían sido efectivamente dedicados a él. Si bien esto no era visible para el observador casual, (...) reveló que todo el tiempo de contingencia propuesto en el proyecto original había sido usado. En corto, estaba [el proyecto] meses fuera de calendarización, y este hecho estaba a punto de hacerse visible en 18 meses o dos años más, cuando el Ondulador de segundos [el proyecto] tendría que haber estado completo y listo para los usuarios (Law, 2007, pág. 106).

Law advierte que la hoja de cálculo era simplemente una parte de un dispositivo metodológico más grande, un conjunto de prácticas intermedias elaborando no solo un conjunto de figuras, sino una realidad manifiesta, un límite allá-fuera (una parte de esto era el llamado “sistema de contratación de mano de obra”). La importancia de esta historia es que muestra cómo muchas veces se trabaja asistiendo a patrones de eventos muy específicos (y construyendo sobre ellos) a la par que ignorando gran parte de los eventos que conforman un laboratorio o cualquier espacio definido como el lugar donde se produce el conocimiento. La lección general que saca y ofrece Law es que representar nuestra otredad es tanto hacer silencios y no-realidades como hacer señales y realidades. Este doble movimiento –las realidades hechas y las deshechas- viene a ser constitutivo del “ensamblaje de métodos” (Law, 2007, pág. 106).

El segundo caso transita entre la encandilación y la simplificación. Frente a la abrumadora cantidad de actividades presenciadas durante una etnografía de laboratorio realizada -ya no en la división de gestión sino en la de investigaciones directamente- Law señala haber sentido la necesidad de buscar en un refugio algo de paz, lo que en un principio fue visto por él mismo como un problema suyo, una incapacidad de dar a vasto con las demandas propias de una etnografía; sin embargo, al re evaluar esa situación, identificó que algo mucho más interesante estaba ocurriendo: “Demasiadas realidades -y representaciones de las realidades- se estaban haciendo manifiestas. En corto (...), el balance entre la manifestación de objetos, lo real, por una parte, y la manifestación de lo no real, del silencio, de la alteridad, por otra parte, estaba mal” (Law, 2007, pág. 108). Aquí es donde aparece la alegoría como un recurso para posibilitar la promulgación y constatación de múltiples realidades y del movimiento entre esas realidades. Para ello era necesario un ensamblaje de métodos más discriminante. En este caso, el autor privilegió las notas de campo por sobre la grabación, perdiendo una serie de detalles gestuales y del entorno físico, y logrando a su vez un condensado de estos detalles que hace posible identificar patrones repetitivos, patrones que hacen manifiesta una versión más o menos fiel de la exterioridad del laboratorio.

Esto trae a colación el tema de la elaboración de patrones en el trabajo científico. Si bien, ese trabajo implica reconocer la similitud entre las instancias aun cuando dos instancias no son nunca lo mismo, se trata de detectar y seleccionar creativamente similitudes apropiadas e ignorar otras, “encontrar o elaborar un patrón contra un ruido interminable” (Law, 2007, pág. 109). La pregunta es ¿cómo o bajo qué premisas se produce esta selección de las similitudes correctas? Para llevar a cabo esta detección, los criterios son variados o heterogéneos. Esto es así aún en las llamadas “ciencias exactas”, donde explicar un fenómeno a partir de determinadas variables (y eludir el “ruido” de otros factores aleatorios) exige la opción por un conjunto de similitudes “apropiadas” y el descarte de aquellas similitudes “inapropiadas”: “Lo que entendemos como 'ruido' son aquellas similitudes y diferencias 'incorrectas'. Lo que esto implica es la afirmación de que *las realidades van más allá de las distinciones entre patrones 'correctos' e 'incorrectos' de similitud y diferencia*. Es esto lo que proclama la distinción entre lo real y lo irreal, y crea lo manifiesto y el silencio” (Law, 2007, pág. 110). Ello, para Law, implica que el silencio y las irrealidades son también efectos importantes. Son los primeros pasos para evitar el fulgor y hacer realidades. Exterioridades específicas dependen tanto de la creación alternativa de silencio como de la atención muy selectiva hacia posibles patrones amplificadas y por tanto manifiestos.

Así, el mismo enfrentó una disyuntiva: las entrevistas con el personal del laboratorio se dividían en dos perspectivas claras y opuestas sobre los cambios que había sufrido el laboratorio en la última década, las dramática y no dramática. ¿Cómo unificar ambas posturas y elaborar una historia?

Law sugiere que las similitudes y diferencias resonaban con otras posibles similitudes y diferencias amplificadas en uno de los límites teóricos posibles. El resultado de la disyuntiva sobre las diferentes conclusiones en las entrevistas de la etnografía de Law, fue que los datos y la teoría (relativa a la sociología del conocimiento que indica que hay comprensiones de la historia dramáticamente diferentes y socialmente conformadas) interactuaron de forma que se amplificaron e hicieron resonar mutuamente. Las dos narrativas de las entrevistas podrían ser vistas como señales o instancias de dos grandes narrativas de la historia. Y con este patrón resonando se hizo progresivamente más fácil encontrar momentos etnográficos adicionales que pudieran ser entendidos como repeticiones más allá del mismo patrón. “Como resultado, mis notas de campo comenzaron a producir señales. Lo que había sido una exterioridad encandiladora y abrumadora se convirtió en señal, por una parte, y silencio por la otra” (Law, 2007, pág. 111).

El tercer caso, sobre una reunión cuáquera muestra constataciones importantes sobre formas no-convencionales de hacer frente a la multiplicidad de lo real (siguiendo a Mol), que no sería en ningún momento la noción vaga de la existencia de múltiples realidades, sino de una realidad múltiple. Su etnografía sobre el culto cuáquero es extensa, pero nos importa cuando se detiene en la importancia del silencio, cuyo objetivo sería derribar las barreras de la individualidad que rodean a la persona, para que esta pueda ser utilizada por la divinidad y para que pueda permitir algo así como la meditación. Ello es aprovechado en su argumento a favor de nuevas y poliformes maneras de acercarnos a la realidad a través del método científico:

Si adoptamos un enfoque simétrico, el culto cuáquero es un ensamblaje de métodos, junto con el sistema de registro de mano de obra, la etnografía, la detección de las ondas gravitacionales, o el comportamiento de los científicos en el Laboratorio Salk. Las ciencias naturales, la práctica médica, las ciencias sociales, la elaboración de cualquier forma de presencia o experiencia, son todas promulgaciones o formas de elaborar las condensaciones y límites entre la presencia y la ausencia. En la reunión cuáquera (...) lo que se hace presente no toma necesariamente la forma de una única oración u afirmación tajante. De esta forma, entonces, estamos en los dominios de la alegoría o el acopio en tanto presionan los límites establecidos por las demandas del lenguaje. Una vez más, el mensaje es que si nos apegamos muy rígidamente a las afirmaciones estaremos negando la realidad de gran parte de la exterioridad (Law, 2007, pág. 116).

Si bien las realidades que se hacen manifiestas en la reunión cuáquera son distintas de las que abordan las ciencias y las ciencias sociales, el argumento de Law es que es crucial, para todo ensamblaje de métodos, la necesidad de distinguir las señales del ruido, y por lo tanto, crear silencios. La comparación que muestra entre la reunión cuáquera y los experimentos de las ondas gravitatorias –que también requieren aislar el ruido- puede ser instructiva en tanto son similares en importantes aspectos. Para ambos, crear suficiente silencio es un asunto espinoso.

Cada uno comienza, luego, con el problema de que toda suerte de realidades más fuertes se están condensando como una disonancia de patrones. Esto significa que estos mundos más fuertes necesitan ser afinados en orden a elaborar la realidad correcta. Tanto la reunión como el experimento entonces, reúnen prácticas para detectar y amplificar patrones particulares que de otra forma estarían bajo el umbral de la detectabilidad. Otros patrones, los 'incorrectos', los ahogan y son extrañados. Están destinados a resonar con esos patrones y luego amplificarlos, a tomar únicamente lo que hay allí, y luego (como dice Collins) integrarlos y (re)hacer su realidad. Nótese que ambos reciben y transmiten. Al escoger un patrón débil lo vuelven más fuerte. Condensan y manifiestan una versión de la realidad, pero al confirmarla la re-proclaman, la re-confirman. El método siempre trabaja no solo detectando sino también amplificando la realidad. Los límites ausentes de lo real son re-elaborados -y luego están allí, hechos patrones y generándolos, resonando para la próxima promulgación de lo real. En su forma primitiva, es por lo tanto útil pensar en la exterioridad o la ausencia como un conjunto de potenciales. Son todas las posibles repeticiones de la similitud y la diferencia, los patrones que se han establecido como canturreantes y discordantes en interminables promulgaciones. Esto significa que también es útil imaginar un conjunto de interferencias complejas imposibles entre patrones de repetición. Es la intersección multifacética e interminable entre diferentes similitudes y diferencias, que pueden unirse, incluirse, ignorarse, cancelarse, contradecirse o silenciarse la una a la otra, lo que puede ser hecho presente (o no) en la forma de textos, inscripciones, cuerpos, habilidades, instrumentos, sensibilidades, arquitecturas, fantasmas, espíritus y ángeles -y todas las otras materialidades que uno pudiera imaginar. Siempre lo que está

ausente es un conjunto de patrones potenciales que murmullan, deslumbran y bailan, que son muy complicados condensar, hacer presente. Que solo pueden ser condensados y amplificados en las formas más selectivas. Cristalizados. Es, por lo tanto, excesivo, desconocido, fuente de energía y posibilidad, un flujo y un fluido de 'organismos' inacabados y heteromorfos (Cooper 1998, pág. 108). Pero al mismo tiempo está parcialmente hecho, en formas particulares, y se condensa en lugares particulares (Law, 2007, pág. 117).

¿Cómo pensar todo esto? La respuesta para Law es que siendo excesivo, no existe una forma adecuada de pensarlo, sino muchas posibilidades. Para nosotros nos resulta interesante la idea de Law acerca de los límites ausentes de lo real que son re-elaborados y que luego están presentes. Parece plausible que puede ser útil pensar en la exterioridad o la ausencia como potencialidad; así como también nos convence que conviene imaginarlos también desde las interferencias. Además, nos parece que asumir la intersección multifacética e interminable entre diferentes similitudes y diferencias que pueden relacionarse desde diversas formas (unión, inclusión, contradicción, silenciamiento, etc.) y hacerse o no presente mediante diversas materialidades (textos, cuerpos, instrumentos, etc.): de manera que lo que está ausente es un conjunto de patrones potenciales que hacen muchas cosas y que son complicados de condensar, pero que de hacerlo es mediante algún tipo de selectividad. Asumimos también su convencimiento con respecto a que todo ello es tanto excesivo, desconocido y fluido, como parcialmente hecho, en formas y lugares particulares. Todo esto nos resulta provechoso para comprender cómo trabajan los métodos de investigación en aquello que antes, en otro nivel o capa, vimos como difracción. Sin embargo, lo que aún no encontramos es que en este trabajo del método ni los investigadores somos neutrales ni los objetos son estáticos, mudos o disponibles. Law nos ha señalado que los deseos y aprehensiones de los investigadores *pueden* participar del entramado que moviliza la producción de conocimientos, y asume los embates postmodernos a una concepción heredada de la realidad como algo externo y fijo; sin embargo, el des y remontaje de Haraway sobre el testigo modesto y el coyote como figuras para desestabilizar nuestros hábitos para pensar al sujeto y objeto de investigación resultan, a nuestro juicio, desacatos mayores y al mismo tiempo promesas más arriesgadas.

El 'set' de metáforas que ofrece Law incluye: ensamblaje de métodos, artesanía, límites, condensado, mediación, patrón, repetición, similitud y diferencia, objeto, acopio, alegoría y representación. No hay respuestas correctas, sino arreglos locales y temporales como los islotes en el archipiélago de Serres más allá de un mar de flujos, y juntos condicionan las circunstancias para llevar a cabo nuevos arreglos temporales. Se trata de pensar en un ensamblaje de métodos

como un receptor radial, un set de relaciones con las cuales resonar y amplificar patrones escogidos que después se devuelven al flujo.

Para Law no hay mucho espacio para lo indefinido o lo múltiple en gran parte del mundo euro-americano y quizá tampoco para las realidades etnográficas; por el contrario, en las ciencias sociales, los equivalentes a 'qué debería cocinar hoy' son más reales, como también las formas que deben adoptar las respuestas adecuadas: tienen que ser definidas y singulares.

Se necesita una disciplina metodológica considerable -pero también imaginación- para reducir la confusión del ruido y hacer la clase de silencio que permitirá a la débil señal del neutrino o del misterio espiritual ser revelada, audible y amplificada. Las disciplinas que nos presionan actualmente tienden a hacer los silencios equivocados. Tienden a hacer los silencios de la metafísica euro-americana. Pero es tiempo de cuestionar esto: por qué el método está -o debería no estar- limitado a la representación, por qué no es mejor pensarlo como una artesanía, alegoría o acopio (Law, 2007, pág. 118).

En base a ello propone el ensamblaje de métodos, como el “proceso de promulgar o elaborar montones de relaciones en ramificación que condensan la presencia y (luego además) generan ausencia al darles forma, mediar y separarlas. Con frecuencia se trata de manifestar realidades allá-fuera y descripciones de esas realidades aquí. Se trata también de promulgar la Otredad” (Law, 2007, pág. 122) Luego, la realidad, las realidades, tienen un significado distinto a lo independiente, objetivo, definido y anterior a la observación. De ahí la necesidad de herramientas metodológicas que nos permitan promulgar y describir estas realidades, ensamblajes metodológicos que mediaten aquellas entidades que no pueden ser descritas con palabras, procedimientos que rearticulen lo social y lo tecnológico, y alegorías que reúnan lo coherente y lo incoherente.

Para ilustrar lo anterior Law presenta y compara dos formas de ensamblajes metodológicos para dar cuenta de un tipo de entidad geológica. El primero reproduce fielmente los supuestos euro-americanos de lo que está aquí y lo que está allá-afuera a través de la difusión del conocimiento científico de la geología, mientras que el otro resume aspectos de la cosmovisión de grupos aborígenes australianos para el mismo fenómeno que muestra una visión completamente distinta de la ausencia y la presencia.

En el primer caso se trata de un objeto que existe en la realidad geológica, cuyos misterios aún no resueltos en torno a la formación del fenómeno son asumidos como asuntos que probablemente se resolverán más adelante, en futuras investigaciones y no por negociaciones entre los geólogos. Consistentemente, se asume una realidad que precede a su estudio descartándose cualquier cosa que los geólogos puedan hacer como algo que pudiera influir en la naturaleza del fenómeno.

La descripción más detallada de la visión aborígen permite hacer un contrapunto con la visión científica moderna, como forma de ilustrar que hay diversos modos de promulgar la realidad. En un primer sentido se destaca la “*singularidad*”: el mundo es compartido en su totalidad, es uno.

Muchas narrativas, pertenecientes a distintos grupos aborígenes de los alrededores de Uluro cubren el mismo territorio, pero están ligadas a los lugares específicos en los que habita cada tribu, y según explica Law, ninguna es vista por los propios aborígenes como una versión ajena a la propia. Por otra parte, estas narrativas no permanecen intactas en cada relato ni a través de las generaciones. Por lo tanto, “las narrativas y sus promulgaciones no están determinadas en la práctica aborígen. Son negociadas y renegociadas. El hecho de que sean negociables y estén a la espera de la negociación es enteramente explícito. Esto implica que si se alcanza una singularidad (...) se trata de un acopio local y momentáneo, más que de algo que permanece en su lugar” (Law, 2007, pág. 129). En lugar de la singularidad existen múltiples realidades posibles, lo cual no se vive como un problema. De esta forma, la idea de que el mundo tiene forma o relaciones definidas y concretas tampoco tiene lugar en el Tjukurpa, en una multiplicidad de mundos en promulgaciones continuas, ya que la forma depende del resultado momentáneo de las negociaciones, y no al revés. Por otra parte, se contrapone la visión indígena al principio eurocéntrico de la *anterioridad* que asume que el mundo nos precede. En la narración indígena un comienzo en la creación o un pasado anterior al presente descrito no tiene nada que ver con nuestra línea del tiempo geológica e histórica. En la cosmología aborígen, el pasado está continuamente en el presente, lo que fue hecho está siendo hecho también ahora, en cada reunión, ceremonia y representación. Así, el mundo no se ajusta tampoco al principio de la independencia puesto que si las cosas mantienen siquiera su forma, “es porque participan en su continua recreación (...). La tierra, las especies, los fenómenos naturales, las relaciones y lo espiritual, está siendo hecho en forma conjunta. Y re-hecho. Y re-hecho nuevamente” (Law, 2007, pág. 131). Además, cambia el principio de ‘*exterioridad*’ que asume que la realidad está fuera o más allá de nosotros. En la cosmología aborígen las cosas no son hechas de una vez y para siempre, pues están conectadas con la acción de otras entidades (humanas, climáticas, geográficas) de manera que nada puede permanecer en la exterioridad por mucho tiempo. A su vez, los métodos aborígenes no distinguen un espacio global ni vacío contra el cual medir y localizar lo local. Lo local depende de -y de hecho ayuda a promulgar- una versión del espacio como algo que contiene pequeñas localidades que existen en él, no se puede imaginar una exterioridad independiente de sus elementos y ello carece de sentido en la cosmología aborígen.

Este contrapunto, y varios otros recursos, permiten a Law situar el problema del método vinculado a las categorías de agencia y los dualismos. Si el ensamblaje metodológico euro-americano comprende una realidad independiente, anterior, singular y concreta ello es posible gracias a un malentendido. El trabajo que hace posible la promulgación de una realidad, y su descripción como *exterior*, es otrificado, hecho ausente. No así en el ensamblaje aborígen, en el que existe una necesaria e interminable preocupación por el proceso, el que ha de ser constante, “Nada se vuelve autónomo. Todo debe ser re-hecho y re-promulgado. No hay nunca una clausura” (Law, 2007, pág. 132). Recurriendo a la influencia de los trabajos de Latour y Woolgar, se vinculará esta característica otrificante del método euro-americano a la promulgación del dualismo *pasivo/activo*, el cual se expresa en una serie de otros dualismos ya conocidos (humano/no humano, sujeto/objeto, social/natural). “Se asume que el sujeto puede ‘conocer’ el objeto y predecir su comportamiento en tanto vaya en el camino correcto, deshaciéndose él y sus métodos de una serie de influencias ilegítimas y distorsionantes” (Law: 2007: 132). De la misma forma lo natural se asume como dado, sujeto a leyes invariables, mientras que lo social ofrece la expectativa de creatividad y libertad humana frente a las determinaciones. Estos dualismos son posibles en tanto se ajustan al dualismo más allá de la actividad/pasividad, que precisa distinguir entre lo que es capaz de actuar y aquello sobre lo que necesariamente se actúa, relegando a lo inhumano, el objeto y lo natural, a lo segundo. Llama la atención la ausencia de una referencia mínima al desarrollo que han hecho las epistemólogas feministas, Haraway entre otras, a estos mismos tópicos.

Law argumentará que para el método aborígen existe agencia en todas partes. Sin embargo, vemos en esta comparación el riesgo de seguir pensando la diferencia del Occidente Moderno como otredad (Harding, 1998). Cabe preguntarse ¿por qué ir a buscar esta forma de entender la agencia ‘en todas partes’ solo en lo aborígen volviéndolo nuevamente exótico? ¿No hay en las cosmologías aborígenes lógicas atribuidas al Occidente Moderno y viceversa? Recurrir a tales cosmologías puede ilustrar la crisis de las categorías modernas, pero mantiene a los no euronorteamericanos modernos como otros extraños con el riesgo de homogeneizar, romantizar y exotizar las culturas ‘diferentes’.

Llevando todo esto a la cuestión del método, la comparación anterior nos permite identificar el problema de seguir investigando como lo hemos hecho hasta ahora: se imposibilita asumir la situacionalidad del conocimiento y se termina operando con promulgaciones ingenuas en tanto son incapaces de asumir siquiera que (re)crea una realidad que niega gran parte de su

complejidad y termina reificando lo que es visible solo a partir de un tipo de visión que –como aprendimos con Haraway- es un específico, histórico y localizado aparato de visión.

Con todo, el ensamblaje metodológico aborigen que nos ofrece Law, lo tomamos como el tipo de figuraciones de Haraway que nos capacitan para aprender a observar que hay otros modos de promulgar la realidad. Otras metáforas -y por lo tanto otras realidades parcialmente relacionadas- estarán a la espera y pueden aparecer en nuevos procesos de negociación. Así, un recurso, señala Law, para comenzar a re-pensar nuestros métodos, es justamente mantener abiertas nuestras metáforas sobre la construcción de la realidad, en lugar de permitir que un pequeño sub-grupo de ellas sea naturalizado y muera en una versión cerrada, singular y pasiva de la exterioridad, que rechacemos el dualismo real/irreal, realidad/ficción, pensando más bien en grados de realidad promulgados, o más real y menos real, y que busquemos prácticas que permitan re-hacer los imaginarios.

A la luz de los cuestionamientos desplegados por el autor quedan una serie de nuevos temas para seguir debatiendo las cuestiones metodológicas, entre ellas, inclinarnos más hacia el proceso que hacia el resultado, recuperando la importancia de la práctica, en un claro guiño a la praxiografía de Mol que ya presentamos.

En base a ellos resultan relevantes preguntas del tipo ¿cómo nos hacemos cargo de un proceso ontológico continuo? en tanto la separación entre medios y fines puede resultar esquemática pero la construcción de realidades no se presenta en esa estricta linealidad, sino más bien en un continuo, en el que conviven con los procedimientos varias incertezas e indecibilidades que vale la pena tener presente para visualizar cómo operan las prácticas investigativas durante todo el proceso de investigación.

Un segundo tema remite a la simetría, “¿Podemos considerar todas las prácticas de producción de realidades y condensados como métodos apropiados? ¿Podemos o debiéramos acaso ser más generosos con nuestras definiciones del método?” (Law, 2007, pág. 152); si bien existen muchos métodos apropiados debemos tratarlos simétricamente, vale decir, explorarlos sin juzgar su pertinencia en base a los supuestos a los que estamos acostumbrados sobre lo que es o no metodológicamente correcto.

La multiplicidad se ofrece como un tercer punto, en tanto hay diversas decisiones que tomar en una práctica que es múltiple y que configura diferentes realidades, se vuelve relevante pensar en



formas de artesanía metodológica que puedan dar cuenta de esa multiplicidad que proporcione formas de conocer y ejecutar la conexión parcial entre ellas.

Por otra parte, aparece el reiterado tema de la reflexividad, que en Law implica que debemos preguntarnos qué tan dispuestos estamos a reconocer que nuestros métodos construyen realidades; y si la respuesta es afirmativa enfrentar las cuestiones sobre el cómo. Allí, deberíamos atender “las formas en que el método promulga divisiones entre las diferentes formas de ausencia: la ausencia manifiesta y la ausencia como otredad. Cómo esa frontera es hecha y rehecha se vuelve una preocupación central, como lo es el asunto de nuestra propia complicidad en la construcción de realidad” (Law, 2007, pág. 153).

En quinto lugar, si convenimos en que los mundos y las realidades son múltiples, debiéramos buscar formas de conocer y construir la realidad que permita la creación de muchos mundos, más o menos coherentes. La alegoría y el acopio, formas de conocer lo múltiple y ambivalente y de evitar los discursos sobre la coherencia y la inconsistencia, son algunas formas de partir, pero necesitamos encontrar métodos que no busquen conclusiones universales o generales sino específicas, y específicamente localizadas.

Ello va de la mano de la búsqueda de diversas materialidades. Law propone que las realidades que conocemos y ayudamos a promulgar en textos académicos son importantes, pero muy restringidas por lo que aboga por reconocer otras materias actualmente no privilegiadas, ir más allá de los textos académicos y no solo en busca de otras textualidades, si no también cuerpos, dispositivos, impresiones, edificios.

Como séptimo punto se propone aceptar la indefinición. La búsqueda de resultados definidos, y por lo tanto promulgaciones de realidad también definidas, es demasiado restrictiva. Nuestros métodos actuales manifestarían con frecuencia realidades indefinidas e incoherencias y ello no es necesariamente un fracaso metodológico.

Finalmente, hay coincidencia con Haraway en el reconocimiento de la capacidad de agencia de las entidades no humanas y que en Law aparece como el momento de deshacer la otrificación que sostiene el dualismo que atribuye agencia solo a los humanos. Aunque los patrones y resonancias que pueden realizarse y detectarse en esa complejidad serían una forma de encantamiento, de alguna forma los métodos comunes no solo determinan dónde está la agencia, persiguen además un desencanto exhaustivo y sistemático.

#### ***4.1.1.2. El método tampoco es inocente***

Todo lo anterior nos resulta plausible para comprender cómo los embates postmodernos afectan los supuestos epistemológicos que sostienen la ciencia moderna incluidas las disciplinas científico sociales y, por ende, acercarnos a cómo procesar tales cuestionamientos en las prácticas de investigación; pero como señalamos antes, no son muy aportadores para aquellas prácticas que se pretenden críticas. Hay algunos atisbos en Law por reconocer que el método no puede permanecer como reducto de inocencia, pero no llega a apostar por una recuperación del método que nos permita legitimar el rigor teñido o al menos vinculado a anhelos políticos, éticos o normativos. Nuestra impresión es que ello opera no tanto por falta de un compromiso con ciertos valores, bienes como los define él, tales como la justicia, sino porque mantiene aspectos modernos en su forma de tratar cuestiones como la concepción de la verdad, la política y la belleza –lo que dialoga con los tres lugares de la crítica que presentamos al principio como crítica teórica, sustantiva y estética- como “bienes” separados, cuando sus límites hoy resultan bastante difusos, y cuando proyectos como los estudios feministas de la ciencia o los estudios postcoloniales (Harding, 2008) abogan por reconocer sus imbricaciones y articulaciones, particularmente en la ciencia, en aras de una reflexividad fuerte. Terminaremos con la presentación de su argumento para volver al nuestro.

Para Law una consecuencia inmediata de una definición del método que desafía la exterioridad o independencia de la realidad es que éste “no es, ni podría ser nunca inocente o puramente técnico” (Law 2007, pág. 143). Considerando el conjunto de moralismos que le dan forma, la pregunta no debería ser cómo el método reporta una realidad que está allí de antemano, sino cómo es que la construye de formas diversas, y cuáles son estas formas. Inevitablemente, entonces, el método produce no solo realidades e irrealidades sino igualmente acuerdos con implicancias políticas. Ante esto el autor interroga ¿Cómo apartarse entonces del método como set de procedimientos cuya ejecución correcta es una en particular? ¿Cómo apartarse de las normativas que usualmente encontramos en los manuales de metodología, de las perspectivas terminadas y cerradas del método y de las certezas metafísicas anglo-americanas? Su respuesta ya la vimos con el set de términos vinculados al ensamblaje de métodos que propone, pero aquí nos importa ahora su referencia a los bienes en cuestión.

Law destaca entre los bienes que puede generar el ensamblaje de métodos a la *verdad* y la *política*. De acuerdo con las cualidades performativas de los métodos estos promulgan realidades distintas en diferentes contextos, lo cual significa que “la verdad ya no es el único árbitro”; no obstante, sigue siendo muy importante: “El ensamblaje de métodos no trabaja sobre la base del capricho o la voluntad. Necesita resonar en y a través de un conjunto extendido y materialmente heterogéneo de relaciones pautadas si ha de hacer manifiesta una realidad y una presencia relativa a esa realidad” (Law, 2007, pág. 148). La pregunta “¿es verdad?” sigue siendo para Law una pregunta crítica. La verdad es un bien que no pretende alejarse. “El ensamblaje de métodos que no produzca presencias que tengan que ver con verdades puede ser atractivo, puede que haya otras razones para generarlos, pero sean las que sean, no son sobre las exterioridades de realidades posibles” (Law, 2007, pág. 148).

En tal sentido, el ensamblaje de métodos puede ser juzgado políticamente en tanto colabora con hacer de ciertos acuerdos políticos algo más probable, más fuerte, más real, o todo lo contrario. Esta es una de las razones por las que Law dice alinearse con la sociología de la ciencia y la tecnología, la investigación feminista y los estudios culturales. Además de su contenido, son las circunstancias y nuestra localización, las que hacen de la acción de construir una realidad -en lo que respecta al método de investigación- algo bueno o no. No existen, dice Law, bienes políticos en sí mismos, ni regla general, por lo que el método no puede proclamarse como políticamente inocente. “Las verdades no están, como la teoría de la ideología tiende a sugerir, necesariamente en conflicto con la política. De una u otra forma las verdades y la política van juntas, o por lo menos pueden ir juntas. Y una vez que la performatividad del método es reconocida, éste implica responsabilidades con ambos bienes” (Law, 2007, pág. 149).

Además de la verdad y la política, está el bien de la belleza siempre que no sea determinada en general ni fuera de un contexto, cuando así sucede, nos estamos alejando de las ciencias sociales. Ciertamente es que muchas veces asuntos como la belleza son delegados a otras disciplinas como las artes o el marketing, y “entonces presenciamos una refracción más de la división moderna del trabajo, que separa los diferentes dominios y actos para proteger a la verdad de otros bienes” (Law, 2007, pág. 150).

Law se pregunta también por la justicia como un bien. La justicia, señala, puede estar unida a la política o no, pero si no, se trata de otro bien rigurosamente excluido de la promulgación de verdades ¿Vale la pena considerar que algunas realidades son más justas que otras? En forma

similar, se plantea en el texto la pregunta por lo espiritual como un bien. De esta forma, Law plantea que si la verdad no es ya el único árbitro, otros bienes deben ser tomados en cuenta. La pregunta, una vez más, es si estamos dispuestos a reconocer la multiplicidad de estos bienes. Es un asunto vital, dice, y una agenda abierta: cómo elaborar bienes distintos, dónde, en qué proporción o balance entre ellos “¿Estamos dispuestos a descomponer las verdades de las tecnociencias en favor de otros bienes? No hay respuestas generales. Son preguntas necesarias y respuestas específicas” (Law, 2007, pág. 153).

Las preguntas son relevantes, pero no se arriesgan respuestas, las epistemologías feministas que hemos presentado sí lo han hecho, Mol también, defienden la política –con disputa por lo deseable– como un elemento que legítimamente puede ocupar un lugar en el campo científico en aras de preguntarnos por cómo la producción y uso del conocimiento científico requiere asumir responsablemente la forma en que participa en la mantención y/o transformación del mundo o ambas a la vez.

Sí nos parece relevante de Law su distinción entre lo procesual y lo organizacional como una forma de empezar en el debate metodológico a aterrizar las cuestiones epistémico-políticas. Law señala que si asumimos que las realidades son promulgadas se deshacen muchas de las certezas metodológicas de las ciencias naturales y sociales, y por lo tanto necesitamos debatir sobre qué sigue. En tal sentido se pregunta ¿Qué puede esperar uno de un mundo en el que coexisten tantas versiones de lo bueno? Una vez más no habrá ningún 'lo mejor' general, advierte, pero podría ser útil distinguir entre lo procesual y lo organizacional. Los asuntos procesuales son aquellos relacionados con cómo conducir una investigación, con qué productos construir en estudios particulares y de qué forma (Law, 2007, pág. 154), y cómo se reflejan en él nuestros compromisos particulares con bienes como la verdad, la belleza o la política. Los debates sobre cuáles realidades están siendo otrificadas en tal o cual forma de interrogar, cuáles son los bienes que se manifiestan o cómo se relacionan entre ellos, si es que lo hacen, serían para Law más extensos que nuestras discusiones actuales sobre el método, en tanto “llegarían conclusiones particulares en locaciones particulares para estudios particulares” (Law, 2007, pág. 155). Se ha señalado que no existen reglas generales, lo que no significa que los enlaces entre distintos bienes no sean posibles o deseables necesariamente, sino que no hay forma de moverse sin esfuerzo de un lugar a otro, o de un bien a otro, sin asistir a las especificidades. Pero si no hay reglas generales, y desaparece por completo la quimera de la universalidad, desaparece también lo local en tanto es un subconjunto de lo general: “Nos quedan en cambio las promulgaciones situadas y

las conexiones parciales, y es con ellas con quienes tenemos nuestras responsabilidades heterogéneas” (Law, 2007, pág. 155). Los asuntos organizacionales, por su parte, dicen relación con la división moderna del trabajo alrededor de los distintos temas de investigación o los distintos bienes sobre los cuáles estamos reflexionando. Existen buenas razones, dirá Law, para distinguir los asuntos de la justicia y la política de los espirituales o de la religión o las emociones: “Puede que el argumento de que las verdades son más fácilmente creadas cuando están despojadas de lo político esté en lo correcto. La división del trabajo tiene además la ventaja de que la verdad algunas veces resulta ser políticamente subversiva” (Law, 2007, pág. 155). De manera que para Law, cuestionar esta separación no significa abogar por una especie de orden social y tecnológico indiferenciado, lo que acabaría como un totalitarismo desastroso que, a su vez, anula igualmente la complejidad. El problema es en cambio, cómo pensar bien las formas de relación entre generalidades y especificidades, cómo dar cuenta de los cruces entre lo político, lo estético o lo religioso, y es por eso que el autor lo denomina un asunto organizacional. Law advierte desconocer qué significa esto en la práctica, pero tiene claro que ya no es obvio que las disciplinas y los campos de investigación actuales sean los apropiados, ni es obvio que la división del trabajo como la conocemos sea deseable. Necesitamos, dice Law, nuevas metáforas para pensar nuestros mundos y nuestro compromiso con esos mundos. Acopios, multiplicidades, promulgaciones, imaginarios, ensamblajes, son algunas de estas metáforas para versiones más generosas del método. Y, nosotros agregamos, necesitamos encontrar formas de cruzar el rigor y la parcialidad política en aras de una objetividad fuerte en tanto situada, para ello las epistemologías feministas siguen siendo un recurso más arriesgado, pero también más prometedor.

En definitiva, y retomando el principio de este apartado, si lo que nos interesaba de Law era revisar su propuesta sobre ensamblaje metodológico y cómo a partir de ello se entendía la “verdad” que para nosotros más bien se traduce en la cuestión de la objetividad científica, después de analizar su argumento nos quedamos con lo primero, pero no con la consecuencia en materia de verdad que deriva porque ella finalmente hace más eco de la objetividad como sinónimos de neutralidad, que luego puede ponerse junto a valores políticos parciales; mientras que nuestro convencimiento es que requerimos de un concepto de objetividad más cercano a la lógica de la objetividad fuerte que para serlo requiere enlazarse con los bienes –y males- políticos de manera de asumirse parcial. Aún más, nos parece que su problema no es tanto un desajuste en su propuesta de ensamblaje metodológico sino el grado en que estira el elástico de la consecuente

implicancia de su propuesta con una articulación con la política como posibilidad. Las cuestiones políticas para nosotros no son una ausencia, sino una presencia invisibilizada o una que no se termina de legitimar.

#### **4.2.2. La etnografía postmoderna**

La antropología, particularmente lo que se conoce como *antropología postmoderna* (en adelante AP) se ha preguntado por cuestiones similares a las que aquí hemos venido planteando o al menos comparte algunas de nuestras preocupaciones. Sin embargo, también hay diferencias en las preguntas y en los tipos de salidas que se sugieren.

Para quienes la han sistematizado, la AP vendría a ser una transformación de la corriente interpretativa de la antropología, sucesora a su vez de la antropología simbólica característica de los años 60' y 70'. Se trata de la alteración que generan los cambios asociados a la postmodernidad en la forma de entender la antropología misma, su objeto y sus practicantes. Especialmente la desconfianza en los metarrelatos tiene su influencia directa en la desconfianza hacia la legitimación como forma de cuestionamiento a la autoridad etnográfica y el consecuente sentimiento de crisis disciplinar. En la antropología de EEUU –donde se gesta la AP- la antropología ya habría estado preparada para la recepción de este tipo de cuestionamientos por la importancia que tuvo la Escuela de Frankfurt, Nietzsche, Pierce, Wittgenstein y Habermas. No obstante, a la antropología interpretativa de EEUU llega un cierto postestructuralismo, especialmente Derrida y Foucault, que se habría asumido de un modo bastante acrítico. Pasado un tiempo, estos referentes quedaron en un lugar secundario y el posmodernismo antropológico habría tomado su propia homogeneidad focalizada especialmente en la práctica de la escritura etnográfica. Sin embargo, ese foco se focalizó en una discusión casi monotemática sobre las limitaciones de la antropología convencional y la epistemología positivista (Reynoso, 2003, pág. 27).

La especificidad de este “posmodernismo antropológico” nos sirve para entender el contexto de la llamada etnografía postmoderna y el uso de la autoetnografía reflexiva con la que dialoga la última parte de esta investigación, en tanto, como mostraremos en el capítulo ocho, el recurso –parcial, momentáneo y figurativo- que encontramos para ejercitar la reflexividad fuerte y la posibilidad de entender las prácticas de investigación que se asumen críticas como prácticas de investigación situadas, se basó en autorrelatos de las investigadoras en una investigación sobre memorias de la dictadura militar en Chile. Tales autorrelatos están más en consonancia con las

innovaciones de la etnografía postmoderna, como antecedente metodológico, que del método biográfico (Scribano y De Sena 2009; Cornejo, 2006; Street, 2008) donde suelen incluirse los relatos, autorrelatos e historias de vida.

Siguiendo a Reynoso, en la AP se pueden distinguir tres grandes líneas. Primero, una corriente principal “meta-etnográfica” o “meta-antropológica” marcada especialmente por los trabajos de Clifford, Marcus, Cusltman, Marilyn Strathern, Thornton, Fischer y Geertz; suerte de “antropología de la antropología” donde el objeto de estudio se traslada desde la “cultura etnográfica” a la etnografía (incluyendo el texto literario y al antropólogo como escritor). Su objetivo es analizar críticamente la retórica y el autoritarismo de la etnografía convencional, junto con tipificar nuevas formas de escritura. También se incluye al “cosmopolitismo crítico” (Reynoso, 2003, pág. 28) de Rabinow abocado a las instituciones que promueven la escritura.

La reflexión crítica de esta línea<sup>43</sup> supone pensar la “*etnografía en cuanto texto*”, y por ende la “*antropología como crítica literaria*”. Para nuestros fines, es relevante considerar los textos como foco del análisis reflexivo en tanto son parte del entramado de las prácticas de investigación social crítica. A su vez, Reynoso se plantea ciertas preguntas relevantes a la hora de analizar la AP, particularmente este primer grupo, que pueden ser retomadas desde nuestro interés por ubicar las crisis y renovaciones intradisciplinarias en relación con sus contextos espacio-temporales y geopolíticos que es la forma en que entendemos aquí la postmodernidad. Tales preguntas esconden una suerte de sospecha que no termina de explicitarse, pero que se deja lanzada y que podemos interpretar en clave de interrogaciones por la situacionalidad de la AP:

Son numerosas las interrogantes que podrían plantearse; algunas serán respondidas, otras dejadas en suspenso. ¿Cómo comenzó el posmodernismo antropológico? [las preguntas por los orígenes nunca

---

<sup>43</sup> Los autores de este primer grupo fueron discípulos de Clifford Geertz. Incluso hay quienes reducen el posmodernismo antropológico a una nota de la “Interpretación de las Culturas” (1973) en la que Geertz destaca que la principal actividad del antropólogo es la escritura junto con situarla como un género de ficción en el sentido de artefactual. Tal reflexión es la que inaugura el posmodernismo antropológico; sin embargo, los integrantes de este primer grupo expanden dicha “conciencia sobre los modos ficticios de representación” (Reynoso, 2003, pág. 30). No es menor que el liderazgo de Geertz para la AP decae a favor de la constitución del llamado “Seminario de Santa Fé” (en *The School of American Research* en 1984) que decantó en el texto *Writing Culture* editado por Clifford y Marcus en Berkeley considerado la biblia del movimiento, en el cual muchos de sus seguidores se vuelven críticos sobre los logros de la etnografía de Geertz. El propio Geertz había terminado asumiendo el estilo posmoderno de argumentación. Tanto con el Seminario como con el efecto del citado libro, la etnografía postmoderna logra una cierta identidad que se aleja de la descripción densa de la cultura, “y que se ocupa mucho más de los textos sobre la cultura que de abordar la cultura como texto” (Reynoso, 2003: 31). Para nosotros, es un ejercicio reflexivo sobre la práctica antropológica –tanto en su problematización científica como en su forma de abordar el trabajo de campo– como (re)constructora de mundos. Por otra parte, los conflictos internos de la AP muestran que ella no es una excepción en la conflictiva historia disciplinar o de cualquier tendencia teórica.

son ingenuas] ¿Por qué, en general, todo el posmodernismo antropológico (...) es manifiestamente idealista y partidario de una concepción interpretativa de la disciplina? [Dicho de otro modo que tampoco es ingenuo: ¿se desecha la materialidad o alguna sujeción y objetivación contingente?] ¿Qué consecuencias arroja que todo el proceso de formulación de algo así como una antropología postmoderna se haya desarrollado en los Estados Unidos? [¿Qué supone en términos geopolíticos o desde el ombligo del mundo como diría Haraway?], (...) ¿Qué relación puede haber entre una antropología postmoderna que se ocupa de textos escritos sobre los nativos, y la desaparición de las culturas nativas en la sociedad postmoderna? [En clave de Haraway podría suponer preguntarse ¿quién habla por el jaguar?] (Reynoso, 2003, pág. 29, las inserciones en corchetes son nuestras).

Un segundo grupo de antropólogos/as corresponde a lo que se denomina como etnografía experimental, cuyos trabajos proveen de material a la reflexión teórica del primer grupo. Es la línea que más se acerca a nuestra investigación, en tanto supone la redefinición de las prácticas o de la forma en que la praxis del trabajo de campo se lleva a los textos que conocemos como monografías etnográficas. Autores que ya son referentes en este subgrupo son Crapanzano, Dwyer y Rabinow y lo que se conoce como la antropología dialógica liderada por D. Tedlock (citados en Reynoso, 2003).

Tales autores critican a los primeros posmodernos – o la “metaantropología textualista” a pesar de sus énfasis dialógicos o polifónicos. Por ejemplo, Rabinow le reprocha a Clifford el asumir “*ex officio* el rol de escriba de nuestras escrituras” (Reynoso, 2003, pág. 34). Aun cuando se reconoce que Geertz también hacía aquello, la diferencia es que al menos este último seguía poniendo en primer lugar la “descripción del otro”, el “otro” de Clifford no es el nativo, el extraño, sino “la representación antropológica del otro”. El problema –para Rabinow– es que con ello Clifford tiene tanto un mayor control sobre su proyecto con carácter de “parasitario” en tanto puede “inventar sus problemas con escasas coacciones” como nutrirse de los textos de los demás antropólogos. No se está declarando la irrelevancia de la metaantropología, sino más bien la falta de reflexividad del trabajo de Clifford. Así, Rabinow señala que Clifford reclama una mayor dialogía, pero sus textos no son dialógicos; cuestiona el “yo estuve allí” de Geertz, pero no revisa su propia forma de legitimar su autoridad; y, su esfuerzo por leer, clasificar y fijar un parámetro es parte de una estrategia clásica de legitimación propia de cualquier forma de clasificación (Reynoso, 2003)<sup>44</sup>.

---

<sup>44</sup> Algo que también ha problematizado Latour en su análisis de las prácticas científicas modernas (Latour, 2001).



Por su parte Rabinow propone en vez de la antropología postmoderna centrada en la textualidad una actitud vital que denomina *cosmopolitismo crítico* que sería una reactualización del relativismo cultural, pero con un espíritu parecido a la desacreditada antropología crítica de finales de los 60', aunque más sofisticado epistemológicamente, en palabras de Reynoso. Rabinow dialoga más directamente con nuestras preocupaciones, primero, porque pone de manera explícita la preocupación por el compromiso político de la antropología, aunque él más bien lo sitúa en clave de preocupaciones éticas. Y, segundo, porque amplía la reflexividad al trabajo de campo y no solo los textos que lo recogen. Así, Rabinow desconfía de la posibilidad y utilidad de un abordaje puramente textual de las cuestiones antropológicas y aunque se reconoce parte de los herederos de Geertz, "le desagrada el cordón histórico y político que los interpretativistas han construido a su alrededor" (Reynoso, 2003, pág. 35). Pudiera haber alguna similitud con nuestro testigo modesto en la figura del sofista con que se identifica Rabinow:

El cosmopolitismo crítico de Rabinow intenta situar la ética como valor primordial; la figura ejemplar del cosmopolita crítico es para Rabinow la del sofista: eminentemente griego, aunque excluido de la ciudadanía en varias polis; observador de su propia circunstancia como si la mirara desde afuera; excluido de cualquier régimen universal, sea bajo la invocación de Dios, del imperio o de las leyes de la razón; devoto de la retórica y perfectamente al tanto de sus abusos; interesado por los sucesos del día, pero irónicamente distanciado de ellos. Esta es, para Rabinow, la semblanza del antropólogo cosmopolita, situado más allá del posmodernismo (Reynoso, 2003, pág. 35).

En "Reflexiones sobre el trabajo de campo en Marruecos" encontramos una suerte de "documento autobiográfico" que describe la relación de Rabinow con sus diferentes informantes, lo que le permite ahondar en "la forma en que se va constituyendo el conocimiento etnográfico". Por ende, se acerca más a nuestros intereses en la medida que no se centra solo en los problemas de autoridad del texto, sino de todo el proceso de investigación, particularmente en el trabajo de campo. Señala Reynoso, a propósito de Rabinow, que "la forma en que se va constituyendo el conocimiento etnográfico" es un proceso en que tanto el antropólogo como los informantes tratan de fijar las bases para una comprensión común y para ello requieren exponer sus "preconceptos". Así, el análisis antropológico necesita un movimiento doble: a) los investigadores estamos "situados a través de las preguntas que hacemos" y las formas en que tratamos de comprender el mundo que investigamos y b) recibimos interpretaciones también mediadas por la historia y la cultura de parte de nuestros informantes (Reynoso, 2003, pág. 35). No obstante, nos parece que aquí permanece la distancia sujeto-objeto, solo que el objeto también interpreta. Además, no es muy distinto de lo que ya se ha señalado como observación de segundo orden (Luhmann, 2008), doble hermenéutica (García Selgas F. J., 1994) y lo que ya mostramos como reconocimiento de la intersubjetividad propia del trabajo cualitativo en los debates de la ISCUAL.

Un tercer grupo va más allá de la caducidad de las formas más convencionales de la escritura antropológica para adherir a un discurso que declara la crisis de la ciencia en general, en lo que vendría a ser una suerte de “vanguardia postmoderna” representada especialmente por Tyler y Taussig, como los autores más extremos. De ellos, Tyler ha propuesto “una epistemología irracionalista que reformula todo el proyecto científico desde la raíz” (Reynoso, 2003, pág. 29).

Los tres grupos pueden pensarse como parte de un continuo, “una línea que involucra primero la situación de la escritura etnográfica como problema, luego la práctica o el programa de nuevas modalidades de escritura y por último el estallido de los géneros literarios académicos a través de la pérdida de la forma en Taussig o de la pérdida de la escritura misma en Tyler” (Reynoso, 2003, pág. 29). Sin embargo, nosotros dialogamos más bien con la primera y segunda preocupación, de ahí que nos detuvimos más en ellos.

Ahora bien, como cierre, presentaremos los tópicos de la antropología postmoderna que estamos teniendo en mente como parte de nuestro aparato teórico de visión para formular, producir e interpretar el material más empírico que presentaremos en los capítulos de la segunda parte.

Una de las preocupaciones básicas de la AP es la cuestión de la *autoridad etnográfica* (Clifford, 2003), más bien cómo tal autoridad se formó y *quebró* en la antropología social del s. XX. Tales preocupaciones se hacen bajo el reconocimiento de los problemas que supone actualmente teorizar sobre la interpretación y la textualidad tras los cuestionamientos hechos a la representación transcultural, particularmente a partir de los movimientos postcoloniales y la propia globalización que imposibilita pensar en culturas cerradas.

Con ello, la clásica identidad disciplinar de la antropología como orientada hacia el estudio *del otro* concebido como diferente comienza a desestabilizarse. Para nuestros efectos, más bien nos interesa mostrar que allí también las cuestiones epistemológicas han pasado a un primer plano. Como dirá Clifford, los estudios de finales de los setenta han cuestionado la posibilidad de seguir representándose a los “grupos humanos extraños” sin proponer nuevos métodos y nuevas epistemologías; estos estudios sugieren que mientras la escritura etnográfica no puede escapar enteramente al uso reduccionista de dicotomías y esencias, puede por lo menos esforzarse autoconscientemente para no retratar ‘otros’ abstractos y ahistóricos. A lo que nosotros agregaríamos que para la sociología –como también para la antropología social- el desafío es mayor en tanto rara vez se trata de un otro extraño, a lo sumo es un vecino. En definitiva, como lo reconoce el mismo autor, lo que está en juego es la (im)posibilidad epistémico-política de

representarse a los demás –y a las relaciones que los vinculan- fuera de imágenes que están constituidas en términos de relaciones históricas de *dominación y diálogo*, relaciones que tampoco son universales sino específicas (Clifford, 2003, págs. 142-143).

Tales cuestionamientos a la autoría y autoridad etnográfica, como la apuesta por la dialogía de Tedlock o por la polifonía y hereglosia de los etnógrafos experimentales como Tyler (citados en Reynoso, 2003), tienen su influencia en Bajtín. Con él, se puede salir de un interaccionismo simbólico y su forma de ver la construcción de significados como un proceso de “negociación entre iguales” y pensarlo más bien desde la lógica que asume que “la multiplicidad” de los significados no proviene de la inestabilidad inherente al lenguaje, “sino de la función del discurso como campo de fuerzas de un choque de intereses” (Reynoso, 2003, pág. 26).

Este es el contexto en el que surgen las etnografías experimentales en tanto innovaciones en las prácticas de escritura de la investigación antropológica. Ejercicios que no dejan de tener cierto símil con nuestra búsqueda de conocimientos situados aterrizados a las prácticas de investigación que se pretenden críticas, especialmente, si-como argumenta Clifford- se puede entender tales etnografías experimentales bajo la lógica foucaultiana de “caja de herramientas” que más que ofrecer una teoría sistemática se saben “instrumento”, una cierta “lógica de la especificidad de las relaciones de poder y de las luchas alrededor de ellas”, investigación que supone una reflexión – también histórica- sobre situaciones específicas (Clifford, 2003, pág. 143) .

Por otra parte, y en diálogo con el énfasis que desde Haraway hemos puesto en la encarnación así como el entender al cuerpo como trasfondo de sentido de la acción (García Selgas F. J., 1999), la antropología se ha detenido -como en general también lo ha hecho la ISCUAL- en cómo el trabajo de campo, más allá de todos sus mitos, hace experimentar “un nivel tanto intelectual como corporal” -como nos recordará Clifford (2003, pág. 143)- y diversos otros desafíos a la traducción. Traducción que, en nuestra propuesta, se entiende mejor como difracción.

En tal sentido entendemos el contexto del desarrollo disciplinar que resume Clifford como contexto de su preocupación por la autoridad etnográfica tras el consenso logrado en torno a los años 30, que afirmaba que las abstracciones antropológicas eran “descripciones culturales intensivas” realizadas por etnógrafos profesionales. Con esa tradición previa, es que desde finales de los 70’, se señala que “recientemente se ha hecho posible identificar y tomar una cierta distancia de estas convenciones. Si la etnografía produce interpretaciones culturales a partir de intensas experiencias de investigación, ¿cómo es que la experiencia, no sujeta a reglas, se

transforma en informe escrito autorizado?” (Clifford, 2003, pág. 144). Esta pregunta no evade el hecho de que la etnografía, como traducción de una experiencia a un escrito, está marcada por constricciones políticas que se encuentran *más allá del control del escritor*. Para este tipo de autores, frente a esta clase de constricciones es que se pone en juego una estrategia de autoridad de carácter específico que supone a un individuo, un autor, que aparece enunciando la *verdad* en el texto y que además se basa en el argumentos de *haber estado allí* (Clifford, 2003). Como mostramos antes con Haraway, las restricciones y posibilidades políticas no solo están “más allá” del control del investigador sino enlazadas a sus posiciones de género, raza, clase y las diversas inscripciones históricas de las que forma parte.

Clifford presenta una localización histórica de la autoridad etnográfica durante el período en que la antropología se despliega como ciencia de la observación participante durante el siglo XX, luego critica sus supuestos y acto seguido expone las “prácticas textuales emergentes” (Clifford, 2003, pág. 145). A finales del s. XIX no se asumía que la perspectiva del etnógrafo tuviera algún privilegio para conocer las vidas de los nativos, que fuera mejor intérprete –por ejemplo- que un misionero que había vivido con ellos por mucho más tiempo. Esa autoridad surge con Malinowski<sup>45</sup> –década del 20’- quien *da crédito al trabajador de campo* y se fortalece con la crítica al trabajo amateur de Radcliffe-Brown bajo su visión del científico social como descubridor de leyes sociales. Como suele suceder, ese cambio en la práctica etnográfica tuvo su correlato también en el plano teórico y más aún en la relación entre teoría y empírea: “Lo que surgió durante la primera mitad del siglo XX junto al éxito del trabajo de campo profesional fue una fusión nueva de teoría general e investigación empírica, de análisis cultural con descripción etnográfica” (Clifford, 2003, pág. 146), en tanto antes estaban más bien separados el investigador de campo y el antropólogo teórico metropolitano.

Ahora bien, para nuestros efectos, importa recordar con Clifford cuáles fueron las propiedades que se atribuyeron al investigador de campo como un profesional científico distinto de los informantes no profesionales -misioneros, viajeros o administradores- que dieron garantía de un nuevo tipo de autoridad: el aparato óptico que posibilitaba determinadas teorías científicas traducidas como hipótesis y su supuesta neutralidad.

---

<sup>45</sup> Clifford aclara que esto no implica que Malinowski no fuera consciente de la importancia de la retórica de la etnografía profesional, como de la distancia entre el trabajo de campo y su difusión mediante el texto que busca informarla.

Los nuevos trabajadores de campo se distinguieron tajantemente de los ‘hombres de terreno’ que los habían precedido –el misionero, el administrador, el comerciante y el viajero– cuyo conocimiento de los pueblos indígenas, argumentaban, no estaba informado por buenas hipótesis científicas o por la suficiente neutralidad (Clifford, 2003, pág. 146).

Aún más, para el caso del método etnográfico británico, ya antes habían comenzado a validarse nuevos “hombres de terreno” que eran además científicos naturales que se autodefinían como antropólogos. Esto es algo análogo al cambio que supuso el testigo modesto de Boyle que nos recuerda Haraway. En otras palabras, la confluencia entre antropología y etnografía –como reporte escrito basada en una observación participante intensiva en terreno– no es obvia sino histórica.

“Para decirlo esquemáticamente, antes de fines del siglo XIX, el etnógrafo y el antropólogo, el descriptor-traductor de costumbres y el constructor de teorías generales sobre la humanidad, eran distintas personas” (Clifford, 2003, pág. 147).

Este giro en la forma de representación obedece a condiciones asociadas a lo que entendemos como formas de producción del trabajo científico, y que Clifford (2003) identifica como “innovaciones institucionales y metodológicas que soslayaron los obstáculos para un rápido conocimiento de otras culturas” (pág. 148): a) valoración pública y profesional del trabajador de campo asentadas sobre una imagen de la etnografía como un ejercicio “científicamente difícil y heroico” (pág. 149) y amparado por el relativismo cultural carente en los informantes previos, cuyos intereses –de gobierno para el caso de los administradores– les impedían la distancia necesaria; b) un acuerdo implícito de que el nuevo etnógrafo a pesar de su corta estancia en el campo podía usar eficientemente las lenguas nativas a pesar de no dominarlas; y el que c) tales etnografías se basaban en “el poder” de la observación participante como norma de investigación (Clifford, 2003, pág. 149), en otras palabras, la interpretación se ligaba a la descripción de observadores entrenados, “en detrimento de las interpretaciones (interesadas) de las autoridades indígenas” (Clifford, 2003, pág. 150). Para nosotros esta es una forma análoga de testificación modesta.

Entender la práctica etnográfica desde un *modelo discursivo* releva la “intersubjetividad de toda elocución, junto con su contexto performativo inmediato” (Clifford, 2003, pág. 159). Con ello, podemos afirmar que cuando pensamos en una investigación situada no lo hacemos reforzando solo la presencia inevitable de los y las investigadoras tanto en la práctica de la investigación como en su estatuto de autores/as de los productos textuales en los que se vuelca parte de esa práctica, las publicaciones. Más bien, se requiere atender a la dimensión dialógica de todo el proceso de investigación que el testigo modesto moderno invisibiliza.

En ese sentido, nos servimos del argumento de Clifford basado en Benveniste y en Bajtín. Del primero retoma cómo el rol constitutivo de los pronombres personales y las deixis acentúan las dos dimensiones citadas, de modo que “no hay significado discursivo, entonces, sin interlocución y contexto” (Clifford, 2003, pág. 159). Llevando esto a nuestro interés por las prácticas del llamado *trabajo de campo*, se vuelve relevante reconocer que dicho trabajo está compuesto de hechos lingüísticos. A partir de este reconocimiento se vuelve relevante el énfasis de Bajtín sobre la dimensión dialógica y situada del lenguaje: está siempre en la frontera entre uno mismo y otro, así como alude siempre a situaciones específicas, con lo cual se imposibilita la neutralidad. La coincidencia con Haraway es evidente: “No existen –escribe– palabras y formas ‘neutrales’, palabras y formas que puedan no pertenecer a ‘ninguno’; el lenguaje ha sido poseído por completo por intenciones y acentos” (Bajtín, 1953 citado por Clifford, 2003, pág. 159). Con ello, lo que retomamos de Clifford y que ampliamos más allá de la etnografía, es que el lenguaje etnográfico – y el derivado de toda práctica de trabajo de campo- no puede entenderse como monológico, como descripciones autoritarias acerca de algo o como la interpretación de realidades abstractas y textualizadas. Por el contrario en dicho lenguaje hay *otras subjetividades y resonancias contextuales específicas*.

Clifford nos da una idea de cómo interpreta lo que se ha venido en llamar como etnografía postmoderna como formas de escritura etnográfica que se autorepresentan en un *modo discursivo*, y cuyo objetivo –en la lectura de Clifford- es “ocuparse de la representación de los contextos de la investigación y de las situaciones de diálogo” (Clifford, 2003, pág. 159). En base a ello presenta y comenta diversos trabajos etnográficos experimentales, teniendo como trasfondo la crítica postcolonial, que solo al final se explicita. Sin embargo, nos parece que su énfasis está más puesto en los límites de la etnografía tradicional y los aportes de las nuevas corrientes, que en una preocupación por la parcialidad de toda etnografía, incluidos sus compromisos más abiertamente políticos.

A pesar de ello, encontramos en la AP una reflexión mucho más sistemática que la que uno observa en la sociología. Sin embargo, todos los ejemplos de los trabajos antropológicos o más bien etnográficos que se usan suponen la investigación de culturas aborígenes o indígenas, aquellas pensadas como un “otro” distinto de Occidente y no de la investigación dentro de las mismas sociedades y culturas occidentales. Una de las investigaciones empíricas que se usan en esta tesis –el estudio de la dialogía intergeneracional de las memorias sobre la dictadura militar chilena- nos desafía a investigarnos como parte de un contexto que nos es propio, nativo si se

quiere, y de procesos de los cuales las investigadoras fuimos protagonistas directas en términos generacionales (Cruz, Reyes & Cornejo, 2013). Sin embargo, el “yo estuve allí” de la antropología moderna más clásica que Clifford presenta en la primera parte de su texto cobra un doble sentido: estuvimos allí en aquello que investigamos –la dictadura a través de las memorias que la significan – y estuvimos allí en el contexto de la investigación (co-produciendo relatos y grupos de discusión).

Entre los trabajos comentados por Clifford (2003) figuran el ya clásico reporte de Rabinow (1977 citado por Clifford, 2003) sobre su trabajo de campo en Marruecos, como representación de una situación de estudio particular y una secuencia de diversos interlocutores individuales. Otro es el de Jeanne Fevret-Saada (1977 citado por Clifford, 2003) cuyo experimento de etnografía discursiva le permite mostrar que “No hay puntos neutrales en el campo de fuerzas de las posiciones discursivas, en una matriz de relaciones cambiantes de *yos y tú*s” (Clifford, 2003, pág. 160), allí donde la posición del etnógrafo también ocupa una posición. También están los trabajos que presentan los procesos discursivos de la etnografía a modo de diálogos entre dos individuos (Camille Lacoste-Dujardin, 1978; Jean-Paul Dumont, 1978 y Marjorie Shostak, 1981, citados por Clifford, 2003) paradigmáticamente figurados en el trabajo de Kevin Dwyer (1977, 1979 y 1982, citados por Clifford, 2003) cuya etnografía se basa en el registro casi literal de las entrevistas del autor con un informante clave. Más la investigación de Crapanzano basada en relatos donde se conjuga al *sujeto interpretante* y al *otro textualizado* sin separarlos. Lo común, en estos dos últimos es que se asume “la etnografía en un proceso de diálogo en el que los interlocutores negocian activamente una visión compartida de la realidad” (Clifford, 2003, pág. 160) buscando romper con la norma *literaria y hermenéutica* que no reconoce que los investigadores formulan interpretaciones de interpretaciones. Por su parte, *Ilongot Headhunting* de Renato Rosaldo (1980 citado por Clifford, 2003) muestra el “trabajo de una realidad extraña interpretada y del proceso de investigación en sí mismo” que plantea el difícil asunto de quien es en realidad el autor de los diarios de campo (Clifford, 2003, pág. 162).

Desde nuestros intereses, la limitación de este tipo de énfasis está en que muestran que la preocupación de fondo sigue siendo la imposibilidad de separar al observador de lo que observa, más que a preguntarse por cómo dar fundamento de las formas en que se articulan agentes observadores y agentes observados, ambos con capacidad de agencia, y ambos entretejiendo lo que se asume como “lo observado”.

Con todo, Clifford nos recuerda que tampoco habrá posibilidad de inocencia en la apuesta por una salida dialógica, porque si el modelo del diálogo enfatiza los elementos discursivos, no es menos cierto que el modelo de etnografías que buscan modelar los encuentros entre dos individuos vienen a *dramatizar* la lucha intersubjetiva del trabajo de campo mostrando diferentes voces autorales, pero sigue siendo una *representación del diálogo*. Y éste es el énfasis que nos interesa, seguimos en las limitaciones de una epistemología que no logra romper del todo con el supuesto de la representación.

Para mostrar cómo la autoridad interpretativa no encuentra su salida en la autoridad puramente dialógica, aparece Tyler (1981 citado por Clifford, 2003), quien rebate que tales textos etnográficos no tienen una estructura dialógica, habría más bien un desplazamiento, pero no una eliminación de la autoridad monológica cuando se busca *retratar* al etnógrafo como un *personaje discreto en la narrativa del trabajo de campo*. No es menor, además, que en este tipo de etnografías se sigue usando el recurso de la tipificación y su efecto en una “*autoridad interpretativa sinecdótica*” (Clifford, 2003, pág. 161) toda vez que el interlocutor del etnógrafo vuelve a ser un “tipo” que es representativo de su cultura. El desafío sigue siendo cómo dar razón de la situacionalidad implicada en el reporte y análisis del trabajo de campo donde hay un otro y pareciera que siempre lo hay.

Nuestra apuesta no es tanto generar textos que efectivamente re-produzcan dialogías, sino mostrar cómo sujetos investigadores, sujetos investigados y otras entidades pueden entenderse desde la epistemología de la articulación, de manera que un testigo modesto reapropiado pueda hacerse responsable de los textos que co-produce, asumiendo que lo hace en una relación jerárquica en tanto las posiciones institucionales, históricas, políticas y de diversa índole que lo sitúan en el lugar del científico lo ubican en un lugar en tensión con aquellos que no lo ocupan. Nos parece que una cosa es reconocer la dialogía en la construcción del conocimiento, y otra distinta es creer que se produce en condiciones no marcadas por diferentes jerarquías. Lo que sí parece necesario de intentar es que...

Si bien es difícil para los retratos dialógicos evitar los procedimientos de tipificación, ellos pueden, hasta un grado significativo, resistir el impulso hacia la representación autoritaria del otro. Esto se debe a su habilidad para mantener ficcionalmente la extrañeza de la otra voz y conservar la perspectiva de las contingencias específicas del intercambio (Clifford, 2003, pág. 161).

Ahora bien, como señalara Crapanzano, asumir que una etnografía se componga de discursos y que sus componentes estén relacionados dialógicamente no supone que deba regirse por una forma textual de diálogo literal; aún más, el diálogo ficcional sería siempre una condensación de



procesos *multívocos* que son complejos. En ese contexto, el autor destaca que “Una manera alternativa de representar esta complejidad discursiva es comprender el curso general de la investigación como una negociación continua” (Clifford, 2003, pág. 162). En la antropología esto se ha tematizado a propósito de cómo muchas etnografías han sido dirigidas en parte por sus propios informantes.

Aquí, nosotros diremos más bien que el proceso de investigación es una negociación continua, pero no solo dentro de las fronteras que la delimitan como trabajo de campo y escritura sobre el mismo, sino también en relación con sus contextos institucionales y sociohistóricos. En esta tesis intentaremos mostrar que la negociación no es solo con los colaboradores o participantes de una investigación (los sujetos de la muestra), sino también con los contextos disciplinares que supone el ejercicio de un tipo de sociología, para el caso de Chile, de principios del s. XXI que dista mucho con la que se realizaba durante la dictadura, o con los contextos laborales que suponen las universidades públicas o privadas en el Chile postdictadura, las relaciones con las diversas agencias que demandan conocimiento científico social, entre otras muchas situaciones.

Hasta aquí lo que nos interesa del tópico sobre el resquebrajamiento de la autoridad etnográfica. El otro tema que nos importa considerar es la propuesta de Tyler para salir de las limitaciones de una concepción moderna del conocimiento o todas las salidas alternativas que hasta ahora hemos considerado (ej. reflexividad) y que él rechaza, situando a la etnografía un como un *discurso superordinado* en tanto *imperfecto*, una *evocación* que no sería ni *presentación* ni *representación*.

No definida ni por la forma ni por una relación con un objeto externo, ella no produce idealizaciones de forma y performances, ni realidades ficcionalizadas, ni ficcionalizadas realidades. Su trascendencia no es la de una metalenguaje (un lenguaje superior gracias a su mayor perfección de forma), ni la de una unidad creada por síntesis y sublación, ni la de la praxis o aplicación práctica. Trascendente, entonces, pero no por la teoría ni por la práctica, ella no describe ningún conocimiento ni produce ninguna acción. En lugar de eso, ella trasciende evocando lo que no puede ser conocido discursivamente ni perfectamente conocido, aunque todo lo que conoce es como si fuera discursivamente y todo lo que conoce es como si fuera a la perfección (Tyler, 2003, pág. 298).

Sin embargo, esto no nos permite encontrar una manera de entender y defender que el conocimiento científico situado está en relación con otros saberes y prácticas, de ahí que nos resulta más útil la idea de articulación de Haraway (2004). No obstante, puesta así la evocación puede ser una metáfora útil para escapar de las trampas de la representación, mas no para salir de la inmovilidad o el escepticismo que ronda la crítica postmoderna. Tyler, junto a otras posiciones

críticas de la modernidad, resulta adecuado en su diagnóstico de los embates postmodernos<sup>46</sup>, pero no en la búsqueda de lo que aquí llamamos una salida *clínica* para reapropiarnos de la ciencia sin abandonar la crítica, especialmente desde las posiciones que históricamente han sido invisibilizadas o excluidas de dicha actividad.

Y sin embargo, podrían haber puntos de encuentro interesantes entre la apuesta de una ciencia que –concebida desde propuestas como las de Haraway- se sabe manchada; se pretende prometedora, pero no trascendente; reconoce su carácter artefactual, retórico y semiótico-material; y que busca articularse con otras posiciones al interior y exterior de las fronteras científicas. No profundizaremos en ese diálogo posible porque sería materia de otra investigación, pero lo dejamos apuntado en tres ideas básicas de Tyler sobre la etnografía postmoderna: la defensa de su carácter terapéutico –que pudiera ser análogo a lo que aquí concebimos como *salida clínica*-, al reconocimiento de su dimensión fantasiosa –que en Haraway se reviste como ficción- y a la búsqueda de diálogos en vez de monólogos etnográficos –que aquí problematizamos como los desafíos que supone la articulación epistemológica y política.

Una etnografía postmoderna es un texto colaborativamente desenvuelto, consistente de fragmentos de discurso que pretenden evocar en las mentes del lector y del escritor una fantasía emergente de un mundo posible de realidad de sentido común, y provocar así una integración estética que poseerá un efecto terapéutico. Es, en una palabra, poesía; pero no en su forma textual, sino en su retorno al contexto y a la función original de la poesía, la cual, por medio de su ruptura performativa con el habla cotidiana, evocaba recuerdos del ethos de la comunidad e impulsaba así a los oyentes a actuar éticamente (...) La quiebra con la realidad cotidiana es un viaje hacia tierras extrañas con prácticas ocultas (en el corazón de las tinieblas), donde fragmentos de lo fantástico danzan en el vértice de la conciencia desorientada del buscador hasta que, ya en el centro del remolino, él pierde la conciencia en el momento preciso de la visión milagrosa y restauradora, y luego, inconsciente, es devuelto a las playas familiares (pero transformadas para siempre) del mundo de los lugares comunes (...)

Dado que la etnografía postmoderna privilegia al “discurso” por encima del “texto”, ella pone en primer término al diálogo y no al monólogo, y enfatiza la naturaleza cooperativa y colaborativa de la situación etnográfica en contraste con la ideología del observador trascendental (Tyler, 2003, págs. 300-301).

Lo anterior no supone simplificar la dimensión colaborativa ni en su forma ni en su pretensión. No se trata de encontrar una forma para canalizar textualmente la dialogía que está a la base de la práctica etnográfica, sino más bien reconocer el carácter contingente del texto y por lo tanto la

---

<sup>46</sup> “Lo que originariamente se había presentado como el contexto de la realidad práctica dentro del cual la estética del juego de la ciencia podía encontrar su sentido y justificación, se convirtió en la condición de una irrealdad burocrática que establecía los límites de la realidad mediante un ejercicio del poder disfrazado de razón. Todo discurso se reducía a la retórica del trabajo. Pero en este momento de su triunfo por el control total, ¿no sentimos los primeros temblores de la erupción de lo incontrolable?” (Tyler, 2003, pág. 300).

imposibilidad de proponer modelos a seguir. Esto supone reconocer que el carácter hermenéutico del texto no se restringe al texto y su lector, sino que incluye a las prácticas interpretativas participantes en el diálogo previo.

Asimismo, supone una forma diferente de entender al *otro*, tema ya clásico de la autocrítica antropológica, que reinterpreta Tyler para atender también a los riesgos que ha supuesto el movimiento postestructuralista: la etnografía se habría transformado en *el instrumento de la experiencia del etnógrafo*, y éste a su vez se habría convertido en el *foco de la diferencia* en una suerte de *versión perversa del romanticismo*. En definitiva, se trata de recuperar la noción ética del discurso en su sentido vincular y vinculante para intentar un propósito terapéutico<sup>47</sup>.

De aquí en más todo el resto del texto de Tyler nos resulta demasiado recursivo, en el sentido de darse vuelta una y otra vez sobre las definiciones y límites de lo que la etnografía postmoderna es y no es, al tiempo que nunca termina de fijar –aunque sea momentáneamente– un mínimo punto de ubicación, es todo y es nada a la vez y de manera constante. Sin embargo, nuestra principal distancia con esta propuesta es que no encontramos en ella pistas, apuntes y deseos de una política prometedora o una búsqueda de cómo apuntalar la función crítica que podemos esperar de la etnografía. No nos satisface en tanto nuestra búsqueda, no se conforma con la autorreferencialidad crítica que parece desprenderse de esta propuesta.

En definitiva, Tyler supone una búsqueda sobre la tensión entre el mundo del sentido común, entendido como lo *posible* y los de la ciencia y la política entendidos como lo contrario, *imposibles* (Tyler, 2003). Es un tipo de distinción que no compartimos, en tanto la ciencia y la política nos parecen demasiado reales, aunque entendamos la realidad de manera distinta a como la suponían los metarrelatos modernos. Y, tampoco creemos que se pueda seguir separando a la ciencia de la política, incluso si es para dejar a la primera al menos del lado de la ética (“la retórica de la etnografía no es ni científica ni política sino, como lo implica el prefijo *etno*-ética”, Tyler, 2003, pág. 297). Más bien creemos que no es solo científica ni solo política sino ambas, y que la ética las atraviesa de manera inconmensurable.

---

<sup>47</sup> “Como Derrida, ellos han perdido la verdadera significación de “discurso”, que es “el otro con nosotros”, porque lo importante del discurso no es cómo hacer una representación mejor, sino cómo evitar la representación. En su textualización del seudo discurso, ellos han consumado una alienación terrorista más completa que la de los positivistas. Puede que toda textualización sea alienación; pero ciertamente es verdad que la textualización no participativa es alienación –“no nosotros”– y para la alineación no hay terapia (...) la realidad participativa que la etnografía postmoderna busca evocar por medio de un texto participativo en el que nadie posea el derecho exclusivo de trascendencia sinóptica” (Tyler, 2003, pág. 302).

En tal sentido, la descripción del ejercicio metodológico que presentamos al final de esta tesis – que busca aplicar la epistemología de los CS- como “autorrelatos” de las investigadoras, podría dialogar mejor con la puesta en escena de dos cuestiones que –con Haraway- antes mostramos de manera más general pensándola para toda la actividad científica, nos referimos a la idea de encarnación y de los desafíos de una objetividad fuerte que dialoga con el punto de vista feminista y su tensión con la identidad como proyecto. Esas dos cuestiones, llevadas al campo de la investigación en ciencias sociales, tuvo que ver –como veremos al final de este trabajo- con los quiebres emocionales que fueron parte de la producción de la teoría (teoría encarnada) y con el posicionamiento político que teníamos como investigadoras en tanto compartíamos posiciones generacionales que vivieron directamente la dictadura. Esos dos tópicos resuenan mejor con la forma en que Rosaldo enfrenta el dolor y las posiciones biopolíticas en su reflexión desde la etnografía postmoderna.

Rosaldo reconoce que la etnografía postmoderna ha sido criticada por su supuesta autorreferencialidad. Se trata de las críticas surgidas en EEUU a la *antropología crítica* que “investigaba la retórica y las formas de escribir etnografías” (Rosaldo, 1999, pág. 54). Sin embargo, para quienes hacían ese ejercicio no suponían que ese foco de la crítica fuera lo más importante, pero tampoco era irrelevante.

Los que pensábamos que deberíamos tener en cuenta esos aspectos, aunque no única y exclusivamente esos, pensábamos que debíamos prestar atención metodológica no solo a la recolección de datos, sino también a la forma en que se escribe, porque esa elección debería ser un proceso consciente (Rosaldo, 1999, pág. 54).

El propio Rosaldo presenta el ejercicio de ilustrar las complejidades de la política de la identidad y los nuevos movimientos sociales con su trayectoria biográfica personal y familiar como mexicano-estadounidense, académico, chicano y varios otros nombres que se podrían polemizar (Rosaldo, 1999).

Una de las preocupaciones de Rosaldo tiene que ver con pensar el objeto como ente activo, en este caso, para la investigación antropológica, pero vinculada a un compromiso con el movimiento social, en este caso, chicano. Así, en una entrevista realizada por Montezemolo (2003) a Rosaldo se expresa:

Entonces pasemos a la parte del chicanismo. Escribiste un ensayo en el que te preguntas: “what happens when natives talk back to anthropologists?” ¿Cómo te colocas si tú trabajas con chicanos: entre ellos, entre los antropólogos o entre los dos? Uhm...Yo creo que me coloco entre los chicanos. Sencillamente. Y luego entre los antropólogos, ¿no?, porque no soy nada tímido en esto de ser antropólogo (...) Y diría que eso que digo en Culture and Truth de que hay que hacer un diálogo entre los antropólogos y los chicanos, entre antropólogos y nativos, entre los

antropólogos y los sujetos del análisis, lo digo por mi experiencia, ¿no? Creo que los objetos del análisis de nosotros también son sujetos que tienen un análisis de su vida, de su mundo y tenemos que pensar que ellos pueden criticar la obra y el análisis de nosotros. Entre las primeras cosas que hice, lo hice con los chicanos en mente. Hubo un artículo que escribí sobre la retórica del control – tú conoces ese artículo–. Y eso tenía que ver con la experiencia chicana. O sea que salió de eso y yo quería armar conceptos que serían útiles para el movimiento chicano. Pero lo hice de una forma tan tácita e implícita que tuve que explicitarlo con los chicanos para que se dieran cuenta que todo esto tiene que ver con nosotros, no es solamente cosa de las Filipinas (Montezemolo, 2003, pág. 334).

Mientras que su revisión y crítica de la antropología no surgió por un mero ejercicio intelectual, sino más bien es parte de un proceso de dolores y frustraciones que son parte de la encarnación del conocimiento donde no solo éste se hace cuerpo, sino también el cuerpo participa de su producción.

### **4.3. A modo de síntesis provisoria**

Iniciamos esta primera parte señalando que, en función de nuestro problema de investigación, requeríamos partir resituando una de las normas fundadoras de la sociología científica: la ciencia y la política debían o no estar relacionadas. Tras evocar brevemente algunas de las voces clásicas que apostaban por su divorcio o conjunción, e indicar cómo parecen estar entendiendo tal relación los teóricos contemporáneos, nos apropiamos de la forma en que actualmente puede abordarse tal relación desde la sociología de la ciencia y su traducción sobre cómo se ensamblan las ciencias sociales y las sociedades.

Sin embargo, constatar que las ciencias sociales no solo crean hechos científicos sino también hechos sociales desde el reconocimiento de su capacidad performativa que muestran los estudios sociales de la ciencia; sumado al postulado relativamente aceptado que las sitúa como campo permeable a los fenómenos sociales y políticos que ya había mostrado el Programa Fuerte de la sociología de la ciencia, nos resultó necesario, pero no suficiente para dar razón epistemológica de las prácticas de investigación que se pretenden críticas.

En ese afán, entramos de lleno a la presentación de las coordenadas teóricas que guían nuestra investigación. Con García Selgas partimos describiendo cómo abordamos la situación actual de la crítica y su vínculo con la teoría social tras los embates postmodernos, definida como una situación paradójica que la entiende como imposible, pero necesaria.

En aras de una salida clínica a esa paradoja, entramos a las epistemologías feministas como lente teórico fuertemente implicado con compromisos políticos declarados. De ellas, tomamos la

propuesta de los conocimientos situados de Donna Haraway como el principal referente teórico de esta investigación. Con ella desestabilizamos las nociones modernas de sujeto y objeto de investigación y, siguiendo a Fernando García Selgas, nos sumamos al convencimiento de que lo que está en juego no es la representación sino la difracción a partir del giro de la epistemología de la articulación.

Acto seguido, encontramos en Annemarie Mol una ontología acorde a lo anterior, una que sostiene que la realidad es múltiple, y una apuesta que nos resultó útil en al menos dos sentidos básicos: la defensa de las prácticas como lugar idóneo para orientar la investigación social que asume la epistemología en la que nos embarcamos, y una forma de acercar la idea de difracción a las prácticas de investigación social que se asumen críticas bajo el supuesto de que lo que se produce son versiones de la realidad asumida como múltiple.

Con ambos recursos epistemológicos y ontológicos nos acercamos al debate sobre el método en las ciencias sociales. Tras revisar el debate cualitativo como el principal espacio donde se han abierto discusiones que buscan fortalecer la capacidad crítica de la investigación, llegamos a las reflexiones críticas y propuestas que se han venido haciendo tanto desde Law y su apuesta por el ensamblaje de métodos como desde la etnografía postmoderna como puntos con los cuales la epistemología de Haraway que aquí estamos intentando aplicar encuentra puntos de diálogo que serán retomados en el análisis de las investigaciones empíricas que luego se presentan.

## **PARTE SEGUNDA: ESCENARIOS DE OBSERVACIÓN DE LAS RELACIONES CIENCIA-SOCIEDAD**

### **5. CAPÍTULO CINCO: EL “CONOCIMIENTO EXPERTO” Y LA FORMULACIÓN DE POLÍTICAS PÚBLICAS A PROPÓSITO DE LOS CONSEJOS ASESORES PRESIDENCIALES DURANTE EL PRIMER GOBIERNO DE MICHELLE BACHELET.**

#### **5.1. Introducción<sup>48</sup>**

Como hemos señalado, nuestro problema de investigación refiere a las condiciones de posibilidad para la investigación social crítica, y nuestra hipótesis postula que la propuesta de los conocimientos situados es un recurso para fundamentarla. Como ya mostramos, ello nos permite argumentar que toda forma de conocimiento científico debe ser responsable de lo que hace y produce, y que parte de esa responsabilidad supone reconocer sus posibles implicancias políticas. Para avalar esa hipótesis e ilustrar este argumento, en este capítulo analizaremos cómo se articula el rol de los expertos y otros actores sociopolíticos cuando se debaten recomendaciones para la (re)formulación de las políticas públicas, en un contexto que aboga por una mayor participación social, teniendo en mente que tales expertos encarnan saberes que son conocimiento científico en uso mediante tecnologías sociales.

La relación entre ciencias, técnicas y políticas públicas presenta un nutrido debate (Meynaud, J., 1964; Schwartzman, S., 2002; Ihl & Kaluszynski, 2002; Nowotny, H., Scott, & Gibbons, M., 2003; Bloj, 2005; Ginsburg & Gorostiaga, 2005; Funtowicz & Stand, 2007; Estébanez, M. E., 2007; Aguilera, C., 2007) que reflexiona sobre las posibilidades, desafíos y dificultades que han marcado a dicha relación; sin embargo, en general, se acepta que las políticas públicas mejoran

---

<sup>48</sup> El presente capítulo se nutre de materiales y reflexiones provenientes de dos proyectos de investigación que realicé, en calidad de co-investigadora, junto a Manuel Antonio Garretón (“Las investigaciones empíricas de las ciencias sociales realizadas desde el Estado entre 1990-2005: Cambios y continuidades en un campo de producción de las ciencias sociales, y de articulación entre políticas públicas y conocimiento experto” : FONDECYT 1070966) y nuevamente con Garretón más Félix Aguirre (“Movilizaciones sociales, Estado de Bienestar y Conocimiento Experto. El significado de los Consejos Asesores Presidenciales”: FONDECYT 1090127). A su vez, este capítulo recoge gran parte de lo que ya he publicado junto a los equipos de investigación de ambos proyectos (Garretón, Cruz, & Espinoza, 2010; Garretón, Cruz & Aguirre, 2011; Garretón, Cruz, & Aguirre, 2012) y de lo que está en vías de ser publicado en un libro colectivo del que participo como autora. No obstante la producción e interpretación de los resultados fue parte de dichos estudios, en este capítulo los usamos –con autorización de los investigadores- en función del argumento de esta tesis, por lo que mi re-interpretación no compromete al resto del equipo.

su formulación y gestión en la medida que se apoyan en conocimientos provenientes de los campos científicos y técnicos afines, entre ellos, las disciplinas de las ciencias sociales. No obstante, también se ha advertido que el conocimiento experto –y los expertos como sus movilizadores– puede mimetizarse con lo político superando a lo propiamente técnico, arriesgando derivar en una tecnocracia (Meynaud, 1964).

Más cercano a nuestros intereses, se ha señalado que, desde un punto de vista epistemológico, cabe la reflexión acerca de la posibilidad de conocer la realidad social, el papel de la subjetividad en esta tarea y, sobre todo, la aplicación de los conocimientos tecnocientíficos para modificarla a través de “tecnologías sociales” (Vercelli, 2010). Como mostramos antes, desde la sociología de la ciencia, en cambio, la pregunta se centra en la oportunidad de someter a la ciencia misma a un análisis social, lo que ha permitido que se desarrollen propuestas que, frente al positivismo, sostienen que los resultados de la investigación científica están determinados por la sociedad y la cultura y viceversa. En este contexto, las políticas públicas se han insertado en el debate a modo de factores condicionantes de la producción científica (Olivé, 2007), pero ésta también ha sido cuestionada por su posibilidad de sólo generar un conocimiento certero; mientras que, especialmente a partir del marco provisto por la Teoría del Actor Red y el enfoque de la gubernamentalidad de Foucault, se aboga por el análisis de las relaciones entre políticas públicas y ciencias sociales como parte del ensamblaje de la ciencia y la sociedad; así, surge la pregunta por la relación entre sociedad y política por un lado, y el conocimiento experto por el otro con cuestionamientos en ambos sentidos: la sociedad y la política pueden influir en el conocimiento experto que se produce, pero también el conocimiento experto tiene un determinado efecto en la sociedad y en la política, en tanto no solo se crean objetos científicos sino también objetos sociales (Ramos, 2012). En Chile, ello comienza a ser documentado desde perspectivas que abordan esa doble relación (Aristía, 2012), particularmente para el caso de la economía (Montecinos & Markoff, 2012; Silva, 2012; Ossandón, 2012), y en menor medida para la sociología (Garretón, Cruz, & Espinoza, 2010; Ramos, 2012) y la psicología social (Arensburg, Haye, Jeanneret, Sandoval, & Reyes, 2013).

El caso chileno permite mostrar diversas modalidades en que el conocimiento experto impregna, se filtra, influye o contribuye a las políticas públicas, las cuales permanecen aún poco exploradas. Entre dichas modalidades ubicamos a los centros de estudios y *think tanks* (Gárate, 2012), los asesores técnicos de políticos –candidatos y parlamentarios– y de organizaciones sociales como los sindicatos, y, particularmente, las Comisiones o Consejos Asesores Presidenciales (en



adelante CAPs) que han aparecido en la escena política chilena especialmente en los últimos 20 años, adquiriendo características novedosas respecto a sus primeras versiones ligadas a las políticas públicas de memoria relacionadas con la dictadura militar y las violaciones de los derechos humanos (Aguilera, 2009)<sup>49</sup>.

En ese marco, entre los años 2009 y 20011, junto a Manuel Antonio Garretón y Félix Aguirre, realizamos una investigación sobre los vínculos entre el Estado, las movilizaciones sociales y el conocimiento experto a propósito de los Consejos Asesores Presidenciales del primer gobierno de Michelle Bachelet<sup>50</sup>. En este capítulo usamos parte de los resultados de dicho estudio concentrándonos en los discursos sobre qué son, cómo se relacionan y cómo debieran vincularse el conocimiento experto y la política desde la perspectiva de los consejeros y otros actores convocados a las audiencias de los Consejos.

Los CAPS que analizaremos en este capítulo, al contrario de los centros de estudios, *think tanks* o los asesores políticos presentan dos características básicas: tienen un énfasis participativo<sup>51</sup> y, a pesar de que sus objetivos principales son de carácter técnico, su surgimiento es completa e indiscutiblemente político, en tanto su creación estuvo ligada a elementos programáticos ofrecidos por el gobierno, pero sobre todo a un contexto marcado por movilizaciones sociales que recién a partir de la década del 2000 comenzaron a romper los pactos de silencio -y sus efectos desmovilizadores- que marcaron la primera década (1990) posterior al término de la dictadura militar (1973-1990).

---

<sup>49</sup> Por ejemplo la Comisión Rettig, mandatada por el presidente Aylwin en 1990, Comisión Asesora Presidencial que se abocó a documentar las violaciones a los derechos humanos cometidas durante la dictadura militar con resultado de muerte y/o desaparecimiento.

<sup>50</sup> El proyecto tenía como objetivo central conocer, analizar e interpretar el significado social y político de los CAPs, una figura de participación ciudadana ampliamente utilizada en el gobierno de Michelle Bachelet, consistente en reunir expertos y sectores de la sociedad civil con la finalidad de elaborar sugerencias consensuadas en distintos ámbitos de la política pública. La investigación se desarrolló en dos etapas correspondientes a los dos años de ejecución del proyecto. En la primera, se reconstruyó la forma en que se crearon y funcionaron los Consejos Asesores Presidenciales (CAPs). En la segunda, se analizó cómo las propuestas de cada CAPs se transformaron en políticas públicas; cómo diversos actores significativos –que participaron y/o se vieron afectados por el trabajo de los CAPs- evaluaron la creación, funcionamiento e impacto de tales consejos; y cómo todo el material previo permitía contestar las interrogantes más teóricas de la investigación. La investigación se basó en 71 entrevistas individuales y tres grupos de discusión, el detalle se presenta en el anexo metodológico (Proyecto Fondecyt 1090127; Garretón, Cruz & Aguirre, 2011).

<sup>51</sup> Michelle Bachelet inserta la constitución de estos consejos bajo el slogan utilizado en su campaña presidencial como “Gobierno Ciudadano”.

Para nuestros efectos, analizar la forma que en estos CAPs los expertos y otros actores sociales y políticos tuvieron que sentarse en una misma mesa a debatir, acordar y proponer lineamientos para políticas públicas ligadas a conflictos sociopolíticos, ofrece un escenario para observar cómo el conocimiento científico –particularmente el de las ciencias sociales- encarnado en los “expertos” sigue siendo interpretado como saber neutral y autónomo, pero también es impugnado en tanto conocimiento desinteresado políticamente; y, cómo esa tensión se articula con posiciones políticas clásicas que reivindican el discurso político-normativo (ej. partidos políticos, organizaciones y movimientos sociales) más allá de cualquier argumento técnico.

Como hemos señalado en otro trabajo, en el contexto chileno de estas últimas décadas la política como disputa normativa por el orden social deseado se ve cada vez más presionada a fundar sus posiciones en el saber “experto” más que en valores e ideologías (Garretón, Cruz, & Espinoza, 2010), lo que viene a mostrarnos, a propósito de los CAPs que analizaremos, que el modo en que operan los vínculos entre ciencia y política que hemos defendido desde las epistemologías feministas (ver marco teórico) no equivale solo a un debates académico abstracto sino que afecta la definición de los problemas públicos y su abordaje a través de las políticas (Dunn, 2004).

Por otra parte, aun cuando no lo trataremos en este capítulo para no apartarnos del hilo que nos ordena, esta forma de sortear en los CAPs la articulación entre ciencia en uso y relaciones sociopolíticas, está a la base de las discusiones sobre la participación y la deliberación política en los regímenes democráticos, particularmente para casos que han vivido experiencias previas de autoritarismo (Garretón, Cruz, & Aguirre, 2012; Garretón M. A., et all, 2011; Aguilera, 2007, 2009; Tatagiba, 2002; Fung, 2006). De esta forma, cuando se crearon los CAPs muchos sospecharon –entre ellos nosotros- que eran una forma de enfrentar las movilizaciones sociales, particularmente las de los estudiantes secundarios, clausurando el debate político bajo su transformación en una discusión aparentemente neutral en tanto debate técnico.

En lo que sigue, partiremos presentando algunos elementos del contexto en el que surgieron los CAPs que analizaremos, para luego caracterizarlos en su composición y funcionamiento. Acto seguido analizaremos los discursos sobre el conocimiento experto y la figura que lo encarna (el “experto”) que sostienen los diferentes consejeros y otros actores afectados por los CAPs; para en un tercer momento presentar las principales conclusiones que el citado estudio arrojó en este ámbito. Al cierre, volveremos sobre nuestra forma de interpretar este escenario desde la lógica de los conocimientos situados.

## 5.2. Antecedentes sobre los Consejos Asesores Presidenciales

Tras la dictadura cívico-militar, el tercer gobierno de la Concertación<sup>52</sup>, encabezado por Ricardo Lagos (2000-2006), aprobó un Sistema de Garantías Explícitas en Salud y los primeros pasos del programa Chile Solidario –programa de asistencia y promoción directa del sector de extrema pobreza- anunciando un nuevo enfoque de política pública que, sin reparar el déficit de participación acumulado en los años 90s, puso énfasis en un modelo de garantías sociales universales. Tal enfoque pretendía encontrar un adecuado balance entre la creciente necesidad de hacer converger una heterogénea muestra de nuevos intereses y la prestación de un conjunto de servicios sociales. Se daba así sentido y contenido a un concepto de ciudadanía que implicaba reconocer derechos sociales. Bajo el mismo modelo, amparado esta vez en uno de los ejes programáticos de la nueva agenda del ejecutivo, a partir del 2006, la presidenta Michelle Bachelet convocó de manera sucesiva tres Comisiones Asesoras Presidenciales: el Consejo Asesor Presidencial Para la Reforma Previsional (en adelante CAPRP, creado el 17/03/06); el Consejo Asesor Presidencial Para la Calidad de la Educación (CAPCE, 07/06/06) y el Consejo Asesor Presidencial Trabajo y Equidad (CAPTE, 23/08/07). Tales Consejos tenían el propósito de proponer reformas a las políticas públicas en los ámbitos de previsión social, educación y trabajo (Garretón, y otros, 2011).

La creación de cada uno de los tres Consejos generó diversas reacciones en consonancia con los diferentes contextos en que emergieron. En el caso del CAPRP, el hecho de que estuviese incluido en el programa de gobierno no estuvo exento de críticas desde el ámbito político, especialmente por la falta de claridad respecto del tipo de reforma que se debía discutir. Por su parte, el CAPCE y el CAPTE fueron precedidos por movilizaciones de estudiantes y trabajadores respectivamente, lo que propició que tales Consejos fueran percibidos como una estratagema del ejecutivo para frenar y canalizar sus demandas. Los consejeros de los tres CAPs fueron convocados por la Presidenta de la República.

A pesar de que eran muchas las expectativas depositadas por algunos participantes en la incidencia que las propuestas finales de los Consejos pudieran tener en el modelo socio-

---

<sup>52</sup> Concertación de Partidos por la Democracia, coalición de centro-izquierda, que gobernó sucesivamente cuatro períodos a partir del fin de la dictadura militar.

económico, éstas se enfrentaban a la urgencia que tenía para otros actores lograr acuerdos y negociar intereses en torno a los grandes temas que se debían debatir<sup>53</sup>.

Los discursos presidenciales que precedieron a la convocatoria de cada Consejo rescataban el componente de diálogo y de participación que los debía caracterizar, apelando a la “calidad humana” de los convocados más que a sus experticias y haciendo hincapié en la necesidad de que fueran capaces de llegar a acuerdos en temáticas de alta complejidad y que importaban a todos los chilenos<sup>54</sup>. El testimonio de los consejeros es casi unánime al valorar positivamente la pluralidad que caracterizó la composición de los Consejos.

El tema de la representatividad fue especialmente trascendente en el CAPCE, en tanto los dirigentes estudiantiles exigían, para deponer las movilizaciones, que se les otorgara el 50% más uno de los cupos del Consejo<sup>55</sup>. Para el resto de los participantes, particularmente en el caso de los “expertos”, la representatividad se expresó en términos de la inclusión de posiciones diversas.

---

<sup>53</sup> En la investigación realizada analizamos el modo cómo las propuestas de los CAPs se transformaron en políticas públicas. Los tres Consejos tuvieron derivas distintas en la institucionalización de políticas públicas. En primer lugar, el Consejo de Previsión fue ampliamente consensual y sus propuestas fueron directamente traducidas en un proyecto de ley –que derivó en la Ley N° 20.555– casi artículo por artículo. En dicha medida, muchos reconocen que el CAPRP fue exitoso, pese a no contar con la participación de la sociedad civil, y no tener gran impacto en el debate público, como sí lo tuvieron los otros dos consejos. Las propuestas del consejo y la ley en que se tradujo posteriormente, tuvieron su impacto material no tanto sobre los trabajadores asalariados, sino que, principalmente, sobre quienes históricamente habían sido excluidos de los beneficios previsionales. En segundo lugar, el Consejo de Trabajo y Equidad es el único consejo que no se traduce en una reforma legal única, sino que en distintas leyes y políticas públicas no necesariamente vinculadas las unas a las otras. La mayoría de las recomendaciones del CAPTyE no llegaron a implementarse, sin embargo, es paradójico notar que de la gran diversidad de propuestas las que tuvieron mayor éxito en la implementación fueron las que referían a políticas anti-cíclicas, destinadas a contrarrestar la crisis económica que se gestaba en 2007, mientras que las que tuvieron un impacto más substancial en la discusión pública –referidas a equidad y relaciones laborales– no corrieron la misma suerte. Por último, el Consejo de educación fue un dispositivo de desarticulación del movimiento estudiantil del 2006, sin embargo, no rehuyó de los temas que éste ya había instalado en el debate público. No se puede decir lo mismo del Proyecto de la Ley General de Educación, que se deriva de los acuerdos de este consejo más las negociaciones parlamentarias, el cual dejó fuera de la deliberación parlamentaria temas importantes que estudiantes y el CAPCE habían tratado, como la dependencia de la educación pública y los mecanismos de financiamiento. Así y todo, el Proyecto de Ley tuvo una orientación progresista en relación al sistema vigente de educación hasta aquel año. No así la Ley final, la cual quitó a la normativa lo poco de reformista que le iba quedando hasta ese momento. Así, la secuencia de eventos, que va en la línea de quitar profundidad en etapas sucesivas a la discusión sobre educación, se asemejan a una secuencia de cámaras de frío, que de modo efectivo desactiva el movimiento estudiantil, primero, y legítima –perfeccionándolo– lo esencial del modelo educativo vigente, después (Garretón M. A., y otros, 2011; Garretón, Cruz, & Aguirre, 2012).

<sup>54</sup> Ej. Diario La Nación: “Los objetivos de la reforma previsional”, 16 de enero 2006.

<sup>55</sup> Los cupos exigidos serían destinados a profesores, auxiliares, estudiantes, secundarios y universitarios, denominado “Bloque Social de la Educación”: “Después de la reunión que tuvimos con los demás sectores sociales que están invitados a conformar esta comisión asesora, hemos decidido unificar criterios y sumarnos como bloque a la convocatoria del martes a la mesa. Planteando de antemano que descartamos que en esta mesa haya verdadera representatividad”, Ver afirmaciones de Maximiliano Mellado, vocero de la Asamblea Coordinadora de Estudiantes

Con todo, particularmente el CAPRP fue duramente criticado por convocar solo a técnicos “expertos”. Sectores sindicales como la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) y los partidos políticos de izquierda fuera del parlamento, reclamaron que la composición de tal Consejo la integraban solo expertos que no habían sido críticos del sistema de pensiones vigente<sup>56</sup>. Algo similar ocurrió con las agrupaciones de usuarios de las Asociaciones de Fondos de Pensiones (empresas privadas que gestionan los fondos de pensiones)<sup>57</sup>.

En cada Consejo se pueden reconocer tres grandes grupos de actores. Los expertos, casi todos investigadores de centros de estudios o *think tanks*, especialistas en algún área temática vinculada al Consejo, además de algunos rectores de universidades estatales y privadas; representantes de partidos políticos y ex funcionarios de la burocracia pública; y una ecléctica muestra de organizaciones de la sociedad civil, desde ONG a fundaciones, además de corporaciones y representantes de movimientos gremiales, sociales y religiosos.

En el CAPRP –integrado solo por expertos- la mirada más social estuvo representada únicamente por tres científicos sociales versus el predominio del enfoque económico del resto de los integrantes (ingenieros comerciales), lo que guarda estrecha relación, tanto con el modo de operar como con el tipo de análisis y las propuestas emanadas en el informe final de este Consejo. En el caso del CAPTE, el 96% tenía estudios de pregrado con un claro predominio de las ingenierías; por lo tanto, se repite la tendencia del Consejo anterior, en cuanto a la importancia de la ingeniería, pero aumenta comparativamente la presencia de las ciencias sociales, particularmente de los abogados. Por contraste, el Consejo para la Calidad de la Educación, el más numeroso y heterogéneo de todos, se distribuye en un 32,1% de expertos, un 4,9% de personas con experiencia relevante en el Estado y una expresiva mayoría de representantes de grupos de interés y organizaciones sociales (64,2%). De los 82 consejeros, las

---

Secundarios (ACES), en diario El Mercurio, 05 de junio 2006. Disponible en <http://www.emol.com/noticias/nacional/detalle/detallenoticias.asp?idnoticia=221338>. También ver las afirmaciones de Karina Delfino, vocera del movimiento estudiantil, en diario El Mercurio, Disponible en <http://www.emol.com/noticias/nacional/detalle/detallenoticias.asp?idnoticia=221288>

<sup>56</sup> Ver Diario El Mostrador (18 de Marzo 2006): “Opiniones divididas luego de conformación del Comité de Reforma Previsional”; Diario La Nación (18 de Marzo 2006): “Partido Comunista expresa queja por marginación en Consejo para la Reforma Previsional”; Diario El Mostrador (18 de Marzo de 2006): “PC molesto porque Bachelet lo excluyó de comisión de reforma previsional”.

<sup>57</sup> Diario La Nación (23 de Marzo de 2006): “Critican ‘falta de pluralidad’ en integración del consejo de reforma previsional”; Diario El Clarín de Chile (24 de marzo de 2006): “Sociedad civil rechaza falta de pluralidad en conformación del Consejo Previsional”.

profesiones que más destacan corresponden a quienes provenían del área educativa (22 personas); le siguen los consejeros que provienen de las ciencias sociales (5 de derecho, 8 de sociología, y 9 en economía) y en tercer lugar del ámbito de las ingenierías (9). El resto eran estudiantes secundarios (8), además de otros profesionales y personas con estudios técnicos.

Por lo que se refiere a la posición política de los Consejeros, la gran mayoría correspondió a sectores identificados con la centro-izquierda que en ese momento gobernaba y la oposición de derecha, incluido un ex ministro de la dictadura militar. Solo en el Consejo de Educación, hubo muestras de un mayor eclecticismo ideológico, en tanto se incluyó a algunos representantes de la oposición de izquierda extra parlamentaria a través de dirigentes estudiantiles y gremiales identificados con el Partido Comunista.

En los tres Consejos estudiados la inclusión de actores representativos de la sociedad civil se realiza por medio de distintas modalidades, especialmente a través de la presentación de sus posiciones en las diferentes audiencias realizadas durante los meses de trabajo de cada uno de los Consejos. Entre tales entidades, para el caso del CAP que discutió la reforma previsional figuraron agrupaciones gremiales (industria, empresas e instituciones financieras); agrupaciones de jubilados; agrupaciones de mujeres; organismos internacionales; organizaciones y centrales sindicales de trabajadores. Por su parte, en el Consejo de Trabajo y Equidad se invitó a directivos de fundaciones y ONGs que trabajaban en el ámbito de la pobreza; representantes del ámbito sindical y empresarial; representantes de iglesias y de organismos vinculados a ellas a través de acciones de beneficencia. Finalmente, en el Consejo de Educación el movimiento estudiantil logró asegurar al 17% de los consejeros; a ello se sumaron diversas otras organizaciones de la sociedad civil (ej. ONGs, representantes de discapacitados, minorías sexuales, agrupaciones religiosas y étnicas, entre otras); otros actores de la administración central especializados en el diseño y la programación de políticas públicas en educación y representantes de la comunidad educativa (padres, apoderados, gremios educativos y docentes); miembros de centros de investigación y representantes de instituciones educacionales. En adelante, para facilitar la lectura y resguardar el pacto de confidencialidad de las entrevistas, las viñetas se identifican solo con nombres genéricos tales como “expertos”, “sociedad civil”, “sector político” u otros equivalentes.

### 5.3. Resultados del Análisis

#### 5.3.1. Tipo de representación y carácter no vinculante de los CAPs

En base a la composición de los CAPs, en el citado estudio (Garretón, y otros, 2011), concluimos que este tipo de comisiones son un reflejo de la tensión entre dos de los dilemas que aún afectan a la democracia chilena, la crisis de representación y la tecnificación de la política (Aguilera, 2007). Por un lado, hubo una comisión con un perfil indiscutiblemente técnico, como el CAP para la Reforma Previsional formada solamente por expertos, considerada extremadamente eficiente, pero poco participativa y escasamente variada en su composición. Por el otro, una comisión extremadamente diversa en su composición, como el CAP en educación y por ende considerada la más participativa pero, por lo mismo, también la más conflictiva. Mientras que el CAP sobre trabajo y salario ético podemos ubicarla en un lugar intermedio. Tales tipos de composición de los CAPs marcan una primera línea de análisis referida a una aparente incompatibilidad entre representación y participación social por un lado, y especialización técnica y eficiencia por el otro. Sin embargo, a partir de este eje es posible ilustrar una serie de otras formas de pensar las tensiones entre participación política y el conocimiento experto, que en este caso se refiere al que producen las disciplinas de las ciencias sociales –incluida la economía- y campos de estudio inter y transdisciplinarios tales como educación, pobreza, género, juventudes, trabajo, movimientos sociales y democracia, entre otros.

Ahora bien, si la representación apela tanto a la relación entre representantes y representados, como a “la representación de los distintos sectores de la sociedad en un entendimiento corporativista” (Aguilera C. , 2009, pág. 38), los consejos eran representativos de la diversidad de visiones, pero no de los sectores sociales interesados, lo que permitía la incorporación combinada de expertos con tendencias políticas diversas y de dirigentes de organizaciones sociales. Así, esta modalidad de membrecía en un consejo se basa en un tipo de conocimiento basado en la experiencia interpretada como individual, sea para el caso de los “expertos” técnicos como de quienes provenían de organizaciones sociales y políticas, lo cual resulta a lo menos extraño en tanto los CAPs se anunciaron como espacios de confluencia entre técnicos y sectores sociales, no entre individuos. Lo curioso es que el parámetro de comparación son las mesas de negociación –especialmente sindicales- donde sus miembros no pueden deshacerse de su pertenencia al grupo en conflicto que representan. La consigna pareciera ser que aquí *no hay otros grupos detrás*, solo personas, vale decir, no hay intereses corporativos, lo que resulta discutible.

Estas comisiones no son grupos que representan corporativamente, por decirlo así, a ningún actor. Implícitamente sí, pero no explícitamente [...] cuando tú estás en una mesa de negociación de dirigentes, de representantes, ya no se puede dar el mismo tipo de debate porque tú tienes que andar a escondidas en la mesa, estás negociando, quieres que el otro ceda y aquí no... (Consejero).

Esta ambigüedad entre la imagen de un CAP que se entiende como si fuera una mesa donde se sientan posiciones sociales y no solo individuos tensiona aún más el carácter de participación sustantiva de los Consejos en la lógica de la democracia deliberativa (Garretón, y otros, 2011), produciendo una profunda frustración en quienes critican el carácter consultivo y no vinculante de los Consejos; para ellos, especialmente para quienes no eran convocados en tanto expertos, cualquier atisbo de participación social en los CAPs se vio truncado porque no se constituyeron como órganos de decisión ciudadana:

Es que yo creo que todo lo consultivo es una participación mentirosa, porque a ti te invitan a participar, pero después decide otro (Consejero de organización de la sociedad civil).

Sin embargo, el carácter consultivo de los Consejos también se valoró positivamente en la medida que sus miembros no habían sido elegidos por votación popular, y por ende, no podían reemplazar a instancias como el Congreso.

Hay que considerar que en Chile la cuestión de la *participación* ha tenido una emergencia pública más bien reciente, apareciendo recién en la agenda política durante la campaña presidencial de 1999 (Delamaza, 2010). A diferencia de la *representación*, reducida a su forma electoral, la participación se inserta en una lógica distinta, directamente vinculada a la formación de *ciudadanos* en el plano simbólico y cultural. De ahí que hay quienes se preguntan si ¿son los consejos asesores presidenciales instancias propiamente participativas de diseño de políticas públicas? en tanto operaran bajo el concepto de “participación por invitación”, donde los consejeros son convocados por el gobierno de turno y no responden al ejercicio de un derecho por parte de quienes participan. Remy dirá, frente a instancias similares en Perú, que “estamos ante espacios neocorporativos de negociación sociedad-Estado, en los que la inclusión en las decisiones depende mucho de la discrecionalidad de la autoridad que invita, define el menú y la lista de invitados” (Remy, 2011, pág. 57). Es más, Delamaza adelantará que los consejos asesores presidenciales son

... una respuesta ad hoc a necesidades políticas, que amplían la interlocución e intentan preparar condiciones para un acuerdo político. Por ello todas utilizan la metodología de ‘participación por invitación’, sin establecer criterios públicos para su integración. Por eso tampoco se precisa exactamente el destino de las propuestas que elaboran y cada una de ellas establece su modo de funcionar y la apertura de sus deliberaciones, sin que existan estándares que garanticen la participación (Delamaza, 2010, págs. 23-24).



De esta manera, resulta al menos problemático el tipo de participación ciudadana que se pretende desarrollar a través de los consejos. Esto se complejiza aún más si los expertos invitados lo son, o creen serlo, sin que representen a posiciones sociales y políticas, solo saberes que se asumen como neutrales y por ende autónomos.

Es indiscutible, sin embargo, que los consejos pretendieron incluir –en el sentido más primario– tanto a actores sociales como a expertos, en una lógica que invisibiliza la condición de los expertos como sujetos que también son actores sociales y políticos. Esto puso en evidencia las visiones y percepciones respecto al conocimiento experto y a la política que tenían tanto los consejeros como los otros actores sociales vinculados a las problemáticas tratadas por los consejos. En todos los casos, los entrevistados aspiran a un ideal de equilibrio entre política y saber técnico, donde el bien común es alcanzable y definible de mejor forma con la participación, en alguna medida, del conocimiento experto. Así, ampliar, diversificar y mejorar la forma en que el conocimiento experto contribuye a la política, serían objetivos deseables que permitirían políticas públicas más adecuadas, haciendo eco de lo que la producción científica misma – especialmente de la ciencia política- ha sostenido respecto al aporte de la tecnociencia a la formulación de políticas públicas. En la literatura se señala que la formación de comisiones específicamente técnicas dentro de contextos políticos permitiría que emerja esta dimensión científica del análisis, creación e implementación de las políticas públicas, la que encuadraría la discusión política dentro de ciertos marcos. Los consejos devienen entonces en receptores y exponentes de los diferentes aspectos en que la ciencia puede contribuir a las políticas públicas, asumiendo que facilitan el diálogo y las negociaciones, y que permiten...

... un mayor nivel de información y mejor calidad de la misma en el gobierno, una mejora de los mapas cognitivos y su influencia en la comprensión e interpretación de las cuestiones públicas, el aporte de conceptos y metodologías de análisis y evaluación, sus contribuciones al debate público y la transformación de la naturaleza de las discusiones, a través de su intervención (al contrarrestar el “pensamiento mágico” y el sentido común); la posibilidad de lograr acuerdos/consensos sobre diagnósticos y estrategias preferibles, a través de discusiones y negociaciones entre comunidades (Estébanez, 2007, pág. 18).

Se hace transversal entonces la creencia de que si las políticas públicas son fundamentadas sobre la base del conocimiento experto ello se traduce en mejores y más eficientes resultados.

Los resultados se traducen en mayores niveles de eficacia en la concreción de objetivos y de eficiencia en la asignación de recursos; y en beneficios directos para los ciudadanos en la medida que contribuyan a la implementación de políticas más participativas, equitativas, y respetuosas de las necesidades y demandas de la población (Bloj, 2005, pág. 1).

No obstante, la premisa de la contribución virtuosa desde la técnica a la política requiere, a nuestro juicio, no solo revisar la distinción entre política y técnica –del “mundo de los intereses”

y del “mundo de la ciencia” (Schwartzman, 2002)—, sino que también del reconocimiento de otros ámbitos problemáticos como la dimensión práctica del conocimiento experto y los distintos contextos de producción y transferencia desde la técnica a la política.

Por otra parte, y tal como señalamos en el capítulo primero, el análisis del devenir contemporáneo de las ciencias sociales en América Latina revela que ha habido una estrecha relación entre los contextos socio-políticos y las orientaciones y contenidos de las ciencias sociales, y viceversa. Ello ha ocurrido en cada uno de los tres períodos identificados por Garretón (2007) para el caso chileno —fundacional, de ruptura y de post-regímenes autoritarios— lo que permite entender, entonces, que el conocimiento experto que se produce y la forma en que se transmite o no a la producción de políticas públicas está asociado a un contexto socio-político y cultural determinado.

... entre los cambios más significativos que se producen en las orientaciones de las ciencias sociales en los últimos años está el que las reflexiones e investigaciones sobre la sociedad parecieran dejar de lado una teoría crítica general de ella o una mirada de conjunto que revele escenarios posibles desde una visión prospectiva de la sociedad deseable. La dimensión crítico-utópica parece perder fuerza (De Sierra, Garretón, Murmis & Trindade, 2007, pág. 51).

Lo anterior viene a ilustrar cómo concepciones del saber científico social traducido a conocimientos expertos en lo social, vale decir, tecnología social, oculta lo que antes mostramos junto a las epistemologías feministas: que los conocimientos carecen de los medios para entender su propio auto-desarrollo como conocimientos, su propia historicidad y materialidad. Esta ausencia tiene efectos estratégicos considerables, como lo es la invisibilización de las marcas políticas del conocimiento, permitiendo la representación de un conocimiento supuestamente libre de valores y su tradicional diferenciación entre conocimientos 'teóricos' y 'aplicados'. Como resultado, "una oposición conveniente entre conocimientos 'puros' y los 'usos' políticos de este conocimiento 'puro' les permite [a los científicos] protegerse del escrutinio político" (Grosz, 1993, pág. 193). Se olvida así, que las relaciones entre poder y conocimiento deben ser consideradas internas a los conocimientos, proveedores de sus condiciones de posibilidad y guías de sus efectos materiales. Por ende, deja de sostenerse la confianza en que el conocimiento experto es un saber neutral y desvinculado de sus condiciones material-semióticas de producción. Volveremos sobre este punto al final del capítulo.

### 5.3.2. Diferentes concepciones del saber experto y de la política

La tensión entre política y tecnociencia, tal como mostramos en el marco teórico y recordamos al inicio de este capítulo no es nueva; sin embargo, nos interesa comprender cómo la sostienen los actores que participaron en los CAPs.

Por un lado, esta tensión se materializa en la percepción de una doble amenaza: de una parte, se sostiene que la política y las lógicas ciudadanas de participación podrían venir a “ensuciar” o a “enturbiar” el trabajo que, realizado en términos absolutamente técnicos -vale decir solo con expertos en economía, educación, políticas sociales, etc.-, podría llegar a mejores resultados. Desde esta lógica, lo problemático es el diferencial de conocimiento sobre los problemas públicos que se atribuye a los ciudadanos comunes y corrientes y a los expertos.

Sí, había ciudadanos expertos [en el consejo] pero yo creo, fíjate que creo que hay ciertos temas que [...] o sea yo no le iría a preguntar a la ‘Sra. Juanita’ si se debería extender el postnatal<sup>58</sup> (Experto).

La percepción de esta amenaza va en coherencia con los argumentos tradicionalmente esgrimidos para justificar lo riesgoso que resulta la incorporación de metodologías participativas en la formulación de políticas públicas: la posibilidad de que se creen élites participativas, la supuesta falta de racionalidad de los ciudadanos –falta de conocimiento técnico, dispersión de sus demandas, dificultades de gestión, pérdida de eficiencia– y la informalización de la política (Delamaza, 2010). Así, la participación y la deliberación se conciben como una amenaza para la técnica:

...me da la impresión de que los consejos no son políticos, los consejos en general tratan de llegar a acuerdos técnicos pero la implementación de las ideas de los consejos se ven muchas veces marcadas por todo un proceso político que un poco como que deforma la propuesta y a veces al deformarla le quita toda su sustancia (Experto).

Por otra parte, se identifica una amenaza en el sentido opuesto: así como la política y la participación podrían interferir en los resultados que supuestamente produce mejor la tecnociencia, esta última también puede predominar por sobre las lógicas políticas, con lo cual el riesgo es la tecnocracia. Así, aun cuando la cita anterior nos mostraba a un tipo de experto que

---

<sup>58</sup> En Chile, en ese momento, el postnatal era de tres meses y estaba en discusión extenderlo a seis, como finalmente ocurrió; la “Sra. Juanita” se ha vuelto la forma en que muchos personeros públicos (periodistas, dirigentes y representantes políticos entre otros) se refieren a la mujer popular de manera abstracta y muchas veces peyorativa como alguien interesado, pero carente del saber experto en las materias que le afectan.

rechaza la política a favor de la técnica, otros previenen sobre el riesgo de subestimar la política a favor de las posiciones fundadas exclusivamente en el conocimiento técnico.

Sí, yo creo que tiene que haber alguna relación o sea, muchas veces los gobiernos quieren resolver problemas específicos, incorporar el pensar ciudadano pero necesitan herramientas para resolver bien digamos y en ese sentido el conocimiento experto creo que es útil, sobre todo que hay que sopesar muchas veces las alternativas digamos de avanzar en un planteamiento político, en un planteamiento que recoge de alguna forma sensaciones ciudadanas y para eso el conocimiento experto ayuda mucho, pero no debiera determinar a la política (Experto).

No obstante la identificación de esta doble amenaza, el consenso básico es que lo técnico no debiera reemplazar a la política, sino que apoyar su ejercicio, generando insumos para la toma de decisiones. Este imperativo o principio normativo que es transversal a casi todos los entrevistados sin distinción de ideologías políticas, se vuelve más complejo cuando se intenta indagar en las definiciones sobre qué se entiende por conocimiento experto y qué por política, en tanto tales representaciones determinan desempeños distintos para el conocimiento experto en la formación de las políticas públicas. De esta manera, se retoma la distinción entre *la política* y *las políticas*, para argumentar que el conocimiento experto no se debería vincular con la política entendida como la búsqueda del bien común, sino que con la política comprendida como el conjunto de procedimientos de implementación de las políticas públicas. Así, se considera la distinción que en inglés se hace entre *politics* y *policies*:

Yo creo que hay que hacer una distinción que, en inglés, tiene dos palabras y en español no tiene dos palabras y se enredan las cosas. En inglés la distinción es entre *politics* y *policies*. En castellano hay que explicar cuándo estás hablando de política y cuándo estás hablando de políticas. La esencia de la política, como son las definiciones sobre valores, otras definiciones sobre modelos básicos de organización, y de cómo vivir. La definición de la vida buena, eso es de la política, no es de políticas, pero están vinculados los dos ámbitos. Bueno, y en el ámbito de las políticas, el conocimiento experto es decisivo (Experto).

De esta forma, habría que distinguir entre políticas públicas –entendidas como “cursos de acción y flujos de información relacionados con un objetivo público definido en forma democrática; los que son desarrollados por el sector público y, frecuentemente, con la participación de la comunidad y el sector privado” (Lahera, 2002, pág. 10)- y la política como el arte de vivir en comunidad, definiendo y negociando concepciones de la vida buena y del bien común. En el contexto de la definición de Lahera, si la política se encarga de determinar objetivos públicos, la definición de los mejores cursos de acción que deberían implementarse para alcanzarlos tendría que ser materia de los expertos:

Política es [...] la voluntad de hacer de tal manera que resulte el bien común. Entonces el conocimiento técnico dice cómo tiene que hacerlo usted para que le resulte. Ahora, el conocimiento técnico va a variar mucho de acuerdo a las metas políticas que tú tengas, entonces lo que te dice un técnico: Mire, la verdad, hágalo de esta manera, hágalo de esta otra, dependiendo de la dirección

donde quieres ir. Por eso estos temas hay que alinearlos, uno tiene que estar de acuerdo para dónde quiere ir un Estado. Y después cómo alinear los instrumentos técnicos (Experto).

Sin embargo, para algunos, también estos cursos de acción, los que aparecen como aquellos medios necesarios para lograr los fines, tienen un componente político y es más, *“Lahera escribió el libro y no lo leyó, porque estaba en el segundo piso [de la Moneda]<sup>59</sup> y no se implementaba nada de eso”* (Experto).

Respecto a las concepciones sobre el conocimiento experto, algunos lo entienden como aquel tipo de experticia fundada en el conocimiento más directo de las prácticas cotidianas –por ejemplo lo que ocurre en las salas de clases para pensar en la reforma a la educación que se discutía en ese momento- que aparece como más “real” que el saber teórico, abstracto o basado solo en la producción académica.

A mí me parece que las políticas públicas debieran fundamentarse en el conocimiento experto [...] O sea, creo que en toda la política debiera tomarse más en serio el conocimiento experto y por conocimiento experto no me refiero a conocimiento académico, me refiero al conocimiento real [...] a mí me parece que las políticas públicas no pueden hacerse sin oír y sin ver y sin palpar lo que está pasando adentro en la sala de clases, no puede ser en base a la información que te dieron por Internet (Experto).

Sin embargo, la mayoría lo refiere a lo producido por las disciplinas –particularmente la economía- encarnado en asesores, profesionales, académicos y técnicos. Con todo, se argumenta que la experiencia y lo empírico, frente a una formación centrada en la academia y la teoría, tendrían una mayor pertinencia, y por ende su inclusión sería más legítima, a la hora de pensar en políticas públicas específicas y no en grandes principios reguladores de la vida en común. Este argumento es defendido por “expertos” formados en la academia y que son lectores de producción académica, pero cuya trayectoria laboral ha estado más vinculada al ejercicio profesional, vale decir, a la aplicación del conocimiento científico social entendido como técnica.

Entonces alguien que ha estado solo en la academia, produciendo papers sobre estos temas, y leyendo literatura comparada sobre estos temas, y haciendo evaluaciones de las políticas, genera un tipo de mirada y un modo de pensar sobre qué es posible, qué no es posible, qué es característico y que lo distingue con independencia del tema ideológico, de los que siendo expertos han estado en las políticas, conocen el Estado, [...] saben que nunca los modelos se pueden aplicar tal cual, porque tienes que pasar por leyes, la pasada por leyes es porque tienes que incluir la otra visión, y porque las capacidades no están, y porque es la diferencia entre teoría y práctica, esa es crucial (Experto).

---

<sup>59</sup> El segundo piso alude al grupo de asesores que se ubicaba en el Palacio de Gobierno, “La Moneda”, y que poco a poco aparece en la prensa como el grupo con más influencia en la gestión del Presidente de la República –valga recordar que Chile se rige por un sistema altamente presidencialista- compuesto mayoritariamente por “expertos” en vez de los tradicionales dirigentes de partidos políticos.

De manera análoga, los actores representantes de organizaciones sociales, culturales, sindicales, entre otras, tratan de redefinir el sentido común que limita el saber experto al producto y circulación de los conocimientos científicos sociales, para reivindicar el saber experto fundado en la praxis cotidiana, la experiencia de sus organizaciones, la memoria social de las luchas emprendidas y en general el saber práctico. Se trata de buscar el reconocimiento de un tipo de competencia vinculada al hecho de conocer las condiciones de vida de los grupos sociales que viven situaciones de vulneración de derechos sociales en carne propia como un saber más fidedigno que lo que puede llegar a conocer un experto en su sentido tradicional, asociado a las teorías y tecnologías sociales. Desde ahí, se demanda un conocimiento técnico más articulado con los movimientos sociales.

En una comisión de expertos pueden haber mil expertos pero ellos no están palpando o no están viviendo lo que vive un ciudadano que está desde las cuatro de la mañana que va a trabajar a Vitacura[comuna de clase alta en Santiago] y que después vuelve, no viven la situación del metro, no vive la situación del trabajador común entonces yo estoy de acuerdo con los expertos y creo que deben haber y que siempre tienen que existir, pero ese experto tiene que estar en sintonía con el movimiento social (Trabajadores).

No obstante, frente a esta distinción entre conocimiento experto práctico y de escritorio, surge inmediatamente la pregunta respecto a la frontera entre un experto que tiene experiencia práctica y un actor social: ¿cómo distinguir a actores sociales de “expertos prácticos”? ¿No son los trabajadores o los empresarios o los políticos quienes más conocimiento práctico tienen de su condición? ¿Cómo concebir la figura de alguien que es “experto” y al mismo tiempo tiene “conocimientos prácticos” de la política? En este sentido, se enlaza esta concepción del saber hacer con la idea de Mesas de Negociación o Consejos de Diálogo Social, pues es ahí donde se discuten las distintas posiciones de diversos actores, aunque no desde un punto de vista del “conocimiento práctico”, sino que desde sus intereses.

Es importante mencionar que esta distinción entre conocimiento experto de academia y conocimiento experto práctico es especialmente usada por funcionarios y miembros del aparato estatal, pues ellos no fueron convocados a los consejos; y sin embargo, aducen “conocer mejor que nadie” las posibilidades de implementación y las posibles consecuencias de una determinada política pública. Asimismo, los representantes de los trabajadores y de la sociedad civil serán extremadamente críticos de que no se haya incorporado este saber práctico, aunque nunca se descarta por completo lo que pueda aportar el saber más teórico:

Entonces dígame usted, si usted no trabaja en algo como esto, de venir a una organización como ésta, de mujeres, a enterarse de la problemática social, de la problemática que vive día a día el trabajador, de la mujer trabajadora, de las personas... ¿Usted cree que con esos conocimientos teóricos de la universidad tendremos profesionales éticamente formados? [...] ¿Qué sacan ustedes,

los profesionales que se están desarrollando en estas universidades, si realmente no dan un paso al lado y miran qué está pasando en los sectores sociales, populares, en el trabajo? (Sociedad Civil).

### 5.3.3. Los contextos de mediación entre producción de conocimiento experto y de diseño de políticas públicas

Las diferentes concepciones de política y de saber experto se encarnan en distintas propuestas de instancias de intermediación entre técnica y política. Si entendemos que “la intermediación es una instancia vinculante entre los productores de conocimiento científico y tecnológico, y los diversos ámbitos institucionales que son potenciales usuarios de este conocimiento” (Estébanez, 2007, pág. 20), entonces podemos decir que aparecen en los discursos de los actores cuatro formaciones institucionalizadas de intermediación: los consejos asesores presidenciales, las mesas de negociación o consejos de diálogo social, los paneles o comités de expertos y los asesores políticos. Según las diferentes concepciones de política y de saber experto que manejan los sujetos entrevistados, estas instancias se pueden ubicar en el siguiente cuadro:

		Concepciones del Saber Experto	
		El saber experto como no neutral.	El saber experto como neutral e imparcial.
Concepciones de la Política	La política como la definición del bien común.	<b>Mesas de negociación o Consejos de diálogo social</b>  Distintos actores sociales participan de una instancia de negociación, cada uno con una propia producción científica asociada, pues no existe conocimiento experto neutral.	<b>Panel de expertos</b>  El saber experto aparece como neutral y directamente ligado al bien común, pues a partir de la confrontación de argumentos científicos es posible llegar a establecer lo mejor para el colectivo.
	La política como estrategias de disputa de poder.	<b>Asesores Políticos</b>  Se trata de un tipo de conocimiento especializado en el arte de la política, con el fin de mantener determinadas posiciones de poder. Se caracteriza por orientarse al servicio de los partidos políticos.	<b>Consejos Asesores Presidenciales</b>  Se enfatiza en los mecanismos de negociación de las verdades objetivas de la ciencia, de tal forma de alcanzar “consensos técnicos”. Este conocimiento experto sería neutral y proviene de la experiencia práctica de los sujetos.

Las concepciones de la política aparecen entonces como extremadamente relevantes para hacer referencia a lo que los actores dicen de las funciones que cumple el conocimiento experto. En un sentido, es una concepción de la política que corresponde a los principios y valores sustantivos que son de una u otra forma negociados o expresados en los gobiernos y decisiones de éstos. En otro, la política es entendida como estrategia de consecución de intereses individuales o de grupos particulares, que disputan su legitimidad y su poder en la sociedad, y no los ideales del bien común<sup>60</sup>. En el primer sentido, se trataría de los “grandes principios” en los que la técnica no podría aportar mucho:

En términos de los fines, de los grandes principios, esos a los que la política debiera dirigirse, el conocimiento experto no es más que una opinión dentro de otras opiniones de preferencias. Ahí es donde son los políticos los líderes de opinión, los que escuchan a la gente y proponen el futuro al que queremos ir, los que tienen la palabra, ahí yo no veo a los expertos (Experto).

En el segundo sentido, es a las estrategias políticas o a las jugadas políticas a las que contribuiría el conocimiento experto, en cuanto permitiría apoyar una u otra posición –a través de asesores de parlamentarios o de partidos políticos – y conocer mejor el terreno donde se disputan los poderes. Se trata aquí de una concepción del saber experto como un complemento ya no de la mejor decisión, sino que como una herramienta de estrategia política para mantener posiciones de poder o lograr tramitar ciertas leyes, algo así como saber cuándo hay “*agua en la piscina*” para poder implementar determinadas medidas, por lo que se apela más bien a un conocimiento práctico, del “saber ser político”: “el conocimiento experimental, ayudaba bastante, ayudaba a captar el clima, si había o no había agua en la piscina” (Experto). Así, ya no se trata de la política del bien común donde entra el conocimiento, sino que se trata de evaluar las posibilidades de implementar o no una determinada medida en un momento preciso, de controlar movilizaciones sociales, entre otras. En este sentido, se criticará también que hubo una falta de este tipo de política para poder concretar ciertas propuestas de los consejos:

[los consejos] fueron poco políticos, pues no se la jugaron por ninguna propuesta sustantiva, es decir: ya, consensuemos un acuerdo en estos tres principios y empujemos una agenda. Ahí no hubo eso (Experto).

Los más críticos denuncian este carácter y proponen otro tipo de instancias para resolver las políticas públicas:

Sí, pero eso [la inclusión de expertos] reemplaza la democracia. ¿Cómo se resuelve en los países democráticos?, se resuelve sobre la base de un diálogo social y se establece un contrato social,

---

<sup>60</sup> Volveremos sobre esta distinción al final del capítulo a propósito de nuestra relectura de estos datos e interpretación desde la epistemología de los conocimientos situados.



entonces lo que Chile necesita hace mucho tiempo es un nuevo contrato social, un nuevo trato, y eso no lo reemplaza un panel de expertos, no lo reemplaza, o sea simplemente ahí hay que poner a discutir a la empresa y a los trabajadores y al gobierno en una mesa tripartita (Experto).

Con todo, las opiniones y concepciones respecto al conocimiento experto y a la política son diferentes según los actores entrevistados: los “expertos” que fueron incluidos y participaron de los consejos son quienes se inclinan por una concepción del conocimiento experto como neutral y una visión de la política como la búsqueda del bien común; los expertos excluidos se harán cargo de esta misma visión de la política, pero dirán que el conocimiento experto no es neutral y acusarán que solo se consideró un tipo de conocimiento en los consejos, de tal forma que la crítica se materializará en una crítica a la tecnocracia. Los trabajadores y representantes de las organizaciones sociales, por su parte, desde una concepción más estratégica de la política, considerarán que los consejeros actuaron siguiendo un conocimiento experto que no puede ser neutral, y sostendrán que el rol que se le dé al conocimiento experto en la definición de políticas pública tiene, en sí mismo, un carácter político. Así, el hecho de que los expertos sean invitados a formar parte de instancias como los consejos asesores presidenciales responde a una decisión política que no se vincula en absoluto con cuestionamientos técnicos respecto a las temáticas a tratar en cada consejo, sino que formarían parte más bien de una estrategia política.

#### **5.3.4. La figura del experto**

Ahora bien, los discursos de los consejeros y de otros actores afectados por las temáticas de los CAPs que entrevistamos no solo articulan sus posiciones sobre determinadas concepciones de la política, del saber experto y de sus formas de intermediación, sino también sobre formas de interpretar a “los expertos”.

En un primer sentido, los expertos aparecen como sujetos con ciertas características específicas, tales como la capacidad para trabajar en equipo, de generar consensos, y de tomar distancia con lo que se discute.

Es muy importante que tú tengas personas que manejen los temas, manejen políticas públicas, que aunque no sean los mejores en el área, pero que al final del día estén disponibles a tener un trabajo en equipo, eso es muy importante, muy importante, porque si no, tú terminas con un informe lleno de votos de minoría” (*Técnico del aparato del Estado*).

Había una racionalidad [...] y una voluntad de mirar esto como un problema ajeno a ti, mirarlo como un problema ajeno a ti, esto es una ecuación matemática que tenemos que resolver, más allá de tu experiencia (Experto).

En un segundo sentido, y respecto a los CAPs como mecanismos de participación ciudadana, los expertos no se ven a sí mismos como parte de los actores convocados a esta suerte de participación ciudadana, eso parece reservarse solo para los dirigentes sociales y políticos.

A ello se suman ciertas imágenes y representaciones de los expertos. Para algunos se trata de sujetos más bien desinteresados políticamente, comprometidos principalmente con su saber experto y que pudiendo tener ciertas “sensibilidades” políticas, tales no tendrían mayor influencia en su posición; en ese sentido, esa supuesta capacidad de abstraerse de las influencias políticas sería una gran virtud del “experto”. Se configura así un escenario particular, que refleja la tensión existente entre una definición de los expertos como sensibles a determinadas líneas ideológicas, pero desinteresados, al mismo tiempo que necesarios a través de su trabajo como insumo para la formulación y gestión de las políticas públicas. En la práctica, si bien los expertos que trabajaron sobre todo en las secretarías ejecutivas de los consejos no adscribían directamente a tendencias ideológicas claras, resulta evidente que ellos podían influenciar los resultados o las propuestas de cada uno de los CAP desde determinadas posiciones ideológicas, pero en su autoimagen se ven a sí mismos, o quieren mostrarse, como carentes de influencia.

Los expertos con distintas sensibilidades también, pero no sé exactamente qué peso específico juegan en cada sector de la Concertación y en cada sector del mundo más cercano a la Alianza [...] mi sensación es que todos pesábamos poco, éramos todos gente con poca influencia política en su respectivo sector (Experto).

Otro elemento de su autopercepción indica que los expertos tenían una mayor capacidad para el diálogo y para llegar a acuerdos más rápidamente que otros actores. Esta imagen “conciliadora” del experto tiene mucho que ver con su supuesto carácter despolitizado, ya que al no representar intereses sociales y políticos podrían llegar a acuerdos más fácilmente y estar más predispuestos a dialogar. Se trata de afirmaciones que se sostienen sin titubeos.

Estos dirigentes fueron seleccionados con una plataforma por sus bases digamos, y es entendible que ellos hayan ido a estas comisiones a presentar sus propuestas y no hayan tenido la flexibilidad para negociar, para discutir con otros grupos porque no estaban mandados para eso, entonces hacía muy confuso el diálogo porque, está bien porque yo soy experto y puedo tener sesgos ideológicos y supongamos que los tengo, pero esos al final son balanceados por otros expertos con otros sesgos ideológicos y finalmente se produjo un diálogo y se puede llegar a acuerdos, pero cuando yo estoy en mi condición de experto y no represento a nadie, sino que a mí mismo (Experto).

Ambos elementos son parte de la auto-representación de los propios expertos y se basa en la visión que tienen de sí mismos como encarnaciones de un saber científico-técnico heredero del proyecto de la modernidad, donde la ciencia es concebida como una esfera autónoma, cuyo conocimiento es objetivo en tanto neutral y que se funda en la búsqueda de la evidencia empírica

como parámetro para fundamentar el conocimiento. El tema de la neutralidad no es menor porque pareciera ser lo que –en esta visión –estaría facilitando el diálogo versus la lógica de la representación política y social basada en intereses. Esa dicotomía genera una imagen de los expertos como más eficientes en su capacidad de lograr acuerdos, en tanto solo se guiarían por evidencias neutrales, y por ende, contribuye a la consideración de la participación de los representantes políticos, de las organizaciones y los movimientos sociales como menos eficiente y más conflictivos. Este tipo de distinciones está a la base del discurso sobre las funciones o implicancias del conocimiento experto que es el que disputarán los diferentes actores, incluidos los expertos. Así, los expertos aunque asumen sus posibles tendencias, no son capaces de cuestionar la supuesta neutralidad de la ciencia.

En definitiva, no es la incorporación del conocimiento técnico en sí lo que se valora de los CAPs sino el conocimiento técnico personificado en la figura del experto, un participante de instancias políticas, que viene a ser representado como un actor más racional y más orientado al consenso.

### **5.3.5. El riesgo de la tecnocracia**

A partir de lo anterior, podemos entrar más de lleno al núcleo del problema que nos ocupa: cómo se relaciona el conocimiento científico-técnico y la política a propósito de los CAPS. Por una parte, a pesar de que el consenso básico en la literatura y en buena parte de los discursos de quienes entrevistamos reconoce la importancia de la inclusión del conocimiento técnico - materializado en el experto- en la discusión de las políticas públicas, hay voces más críticas que argumentan que ello, para el caso de los CAPs, tendría características antidemocráticas:

Nunca me va a convencer es que la discusión política que necesita de conocimiento experto pueda obviarse por la vía o el expediente de solamente se sientan a la mesa los que saben, me suena casi una democracia censitaria (Sociedad Civil).

El gobierno tecnócrata es el gobierno de los que saben y se supone que los demás no saben, es grave, o sea los tecnócratas se supone que en la sociedad no existen, se supone que las personas no tienen intereses y cuando esos intereses son contrarios a lo que dice el conocimiento experto entonces la gente es irracional pero irracional desde el punto de vista del conocimiento experto (Experto).

Además, se observa un reclamo acerca de que solo un tipo de conocimiento experto, perteneciente a una determinada corriente, fuera validado para participar de estas instancias. El problema no es que se incluya el conocimiento experto, sino que se incluya solo un tipo de conocimiento experto ideológicamente cargado, específicamente orientado por las corrientes

neoliberales aplicadas a los campos de la educación, el trabajo y la seguridad social. Es más, incluso se denuncia que algunos hechos que pueden demostrarse como técnicamente bien fundamentados como medidas que se podrían adoptar, en tanto contradicen las lógicas neoliberales, no son considerados:

Cualquier cosa que no huela ni a privatización ni a mercado, es omitido, silenciado, no aparece, ¿te fijas?, solo eso explica que se haya mantenido la municipalización de, durante treinta años a pesar de que todo el mundo dice que es un desastre, entonces, y no se ha cambiado, entonces, he ahí la pregunta ¿Por qué? Porque hay conocimiento experto que te dice que hoy la gestión municipal fue un fracaso y sin embargo, en la agenda no aparece el fracaso (Experto).

A partir de lo anterior, las investigaciones basadas en las técnicas cuantitativas y el mismo sentido de la medición de la realidad social toman un carácter central en este tipo de incorporación del conocimiento experto. Así, se confirma la importancia que han ido ganando las mediciones cuantitativas de algunos estándares en el diagnóstico y juicio de la realidad a la que aluden las políticas públicas (Ramos, 2012). Este tema aparece con fuerza a propósito de las mediciones en educación. Ahora bien, el predominio de este tipo de conocimiento técnico se explicaría por las dificultades que hay para incorporar a la sociedad civil en las decisiones políticas.

A su vez, esto nos muestra otro principio que es compartido por varios de los entrevistados: si bien el conocimiento experto no reemplaza lo político, su incorporación en la formulación de políticas públicas es siempre un acto político.

### **5.3.6. Participación social, conocimiento experto y políticas públicas en los Consejos Asesores Presidenciales**

Como hemos mostrado, la articulación entre participación social, conocimiento experto y formulación de políticas públicas resulta compleja: existe la percepción de una doble amenaza en la relación entre política y técnica, la que se refleja en una imagen de los expertos como encarnando un conocimiento experto que los hace más conciliadores y propensos al consenso, al mismo tiempo que poniendo continuamente en riesgo el establecimiento de negociaciones propiamente políticas entre actores sociales, soslayando la existencia de intereses contrapuestos a través de la ilusión de un *consenso técnico*, en lo que se denunciará como la tecnocracia. En otro lugar, hemos señalado que el desafío de fondo es “tomar en serio la cuestión de la relación entre Estado y sociedad que requiere hacer a éste impermeable a las presiones de los grupos de poder, económicos, comunicacionales, corporativos, que intentan identificar al Estado con sus propios

intereses y, por otro lado, incorporar a la elaboración de políticas públicas la participación ciudadana tanto en funciones deliberativas, fiscalizadoras y, en ciertos casos, decisorias” (Garretón, Cruz, & Espinoza, 2010, pág. 111).

En el contexto internacional de una sociedad moderna que tiende a la racionalización creciente, el conocimiento científico y técnico aparece cada vez más autónomo y pasa a ser considerado una “propiedad intelectual” más que un bien común (Nowotny, Scott, & Gibbons, 2003); al mismo tiempo en Chile sigue siendo considerado un motor para el cambio de las sociedades (Brunner J. J., 1996, pág. 15). Resulta entonces complejo aprehender el rol del conocimiento experto en una instancia como los CAPs, donde pareciera que se pretende al mismo tiempo reconocer al conocimiento experto como útil para las políticas públicas, y reivindicar la participación ciudadana como un factor democratizador; reproduciendo –o impugnando– supuestos sobre la pretendida neutralidad del saber técnico al momento de incorporarlo a los debates y decisiones políticas bajo la figura de los expertos.

La apuesta de los CAPs se sustenta en el principio de que el conocimiento experto sirve para la generación de mejores políticas públicas, la que es compartida por las personas entrevistadas en nuestro estudio. Sin embargo, pareciera ser que la generación de instancias de participación social –productos coyunturales de movilizaciones sociales que las demandaron– se insertan en la creciente percepción de que “si la institucionalidad y las políticas públicas o la existencia de poderes fácticos no garantizaban la vigencia de los derechos ciudadanos, había que exigirlos a través de presiones y movilizaciones (*democracia de las calles* según algunos). Así, el efecto de la formación de los Consejos en sí misma, más allá de los resultados que éstos lograron, tuvo un carácter en cierto modo terapéutico por cuanto canalizaron el descontento social y, sobre todo, *institucionalizaron* la manera de resolverlo, aunque esto no derivó en soluciones a las demandas que generaban el descontento, como ocurrió en el caso del CAPCE donde el consejo no logró cambiar el carácter de enclave autoritario del modelo educacional impuesto durante la dictadura militar que debilitó profundamente a la educación pública (Garretón, Cruz y otros, 2011)<sup>61</sup>.

---

<sup>61</sup> Esto último es lo que se ha retomado a partir del 2011 al a fecha (2014) con las movilizaciones estudiantiles, tanto así que uno de las propuestas emblemáticas de la campaña presidencial para el segundo período de Bachelet es una profunda reforma tributaria que permita apuntalar una reforma educacional que asegure la calidad, gratuidad y fortalecimiento de la educación pública.

¿En qué medida la técnica o el conocimiento experto pueden vincularse de forma virtuosa con la generación y gestión de las políticas públicas? La respuesta que se ha dado desde la literatura especializada en esta relación enfatiza las diferentes instancias de intermediación (Estébanez, 2007) que se han configurado en términos concretos y que son valoradas diferencialmente por los actores: los consejos de diálogo social, los paneles de expertos, los asesores políticos y los consejos asesores presidenciales. Tales referentes están presentes en las representaciones que tienen tanto los consejeros como diversos actores sociales vinculados a las demandas tratadas en los consejos. Sin embargo, la premisa de que el conocimiento experto funciona como insumo para las políticas públicas presenta problemas en el momento en que se profundiza en lo que se entiende por *conocimiento experto* –en último término, *ciencia*– y lo que se entiende por *política* y sus objetivos. En tal sentido, en otro lugar, hemos argumentado que el conocimiento experto no es solo algo que usan los decisores de manera neutra; sino más bien que sus usos pueden – o no – fortalecer la calidad de nuestra democracia, al menos en un triple sentido: de mejorar la calidad de las políticas públicas y de gobierno y la respuesta que a través de ellas se entrega a las demandas sociales, fortalecer la capacidad institucional que tiene el Estado para intervenir y contribuir a la calidad del debate público en torno a los problemas sociales que se considera deben ser objeto de políticas públicas (Garretón, Cruz, & Espinoza, 2010).

Por otra parte, se observa cómo no es solo el conocimiento abstracto el que es valorado en los CAPs. sino que también las personas que lo encarnan y que presentan variadas tendencias políticas e ideológicas no siempre visibles.

Podemos finalmente esbozar tres reflexiones respecto a los consejos asesores presidenciales estudiados, en cuanto a la relación entre política, técnica y participación social. En primer lugar, que a pesar de la particularidad y novedad que revestía la inclusión simultánea de expertos y de representantes de organizaciones sociales, así como la incorporación de metodologías propiamente técnicas como encuestas y consultorías<sup>62</sup>, la vocación de los consejos es eminentemente política: surgen de demandas de la ciudadanía, se insertan en estrategias políticas de reformas sociales y definitivamente tienen como consecuencia la canalización o la absorción del conflicto social. La promoción de la participación social actúa como trasfondo legitimador de unos consejos que no son, en rigor, un mecanismo de participación social institucionalizada. En

---

<sup>62</sup> Todos los consejos llevaron a cabo estudios licitados que funcionaron como insumos para su trabajo.

segundo lugar, la participación en los consejos está tensionando una noción del saber experto encarnado. Los *expertos* aparecen así como más conciliadores, más racionales y más propensos al diálogo y al consenso que los *políticos*, pero también hay quienes cuestionan su supuesto neutralidad ideológica. En tercer lugar, resulta imposible negar el efecto que tienen los CAPs en la difusión de un vocabulario y de un funcionamiento propio de las lógicas técnicas en la ciudadanía: a través de sus amplios mecanismos de divulgación que caracterizó a los consejos –el mantenimiento de una página web, la publicidad de los resultados de sus estudios, la realización de audiencias públicas– se observa una filtración desde el conocimiento experto hacia la discusión pública, de tal forma que conceptos que tienen sus raíces en la labor más científica – como “lucro”, “quintiles”, “equidad”, “capitalización individual”, “sistema de reparto”, “libertad de enseñanza”, “capital social”, etcétera.– pasaron a formar parte del debate público. Esto es una forma de ver cómo objetos científicos se transforman en objetos sociales, tal como lo mostramos en el marco teórico a propósito de la dimensión performativa de la ciencia y el ensamblaje entre ciencias y sociedad (Ramos, 2012).

Todo lo anterior puede ser comprendido plausiblemente desde el nutrido debate sobre las relaciones entre conocimiento experto y gestión de las políticas públicas (Meynaud, J., 1964; Schwartzman, S., 2002; Ihl & Kaluszynski, 2002; Nowotny, H., Scott & Gibbons, M., 2003; Bloj, 2005; Ginsburg & Gorostiaga, 2005; Funtowicz & Stand, 2007; Estébanez, M. E., 2007; Aguilera, C. 2009); pero es insuficiente desde nuestro interés por una sociología crítica capaz de fundamentar que el conocimiento científico no es neutral.

#### **5.4. Cómo interpretar este escenario desde los conocimientos situados**

Esta última preocupación es la que nos lleva a leer este escenario desde algunos de los recursos teóricos que presentamos en la primera parte, interpretación con la que finalizamos este capítulo.

1. En primer lugar, la imagen del experto que hemos descrito es una derivación del sujeto de conocimiento de la epistemología de la representación. Los expertos en general reclaman para sí el que –a diferencia de los otros consejeros– no representaban a nadie salvo a sí mismos, ni a grupos y ni a intereses; por lo tanto, habrían participado en los CAPs solo como ciudadanos; de allí se desprende que fueron elegidos por sus cualidades y experiencia individuales. Aún más, a nivel discursivo, se invisibiliza que son actores sociales y políticos, a través de la distinción entre “expertos” y “actores sociales”, sin asumir que ambos pertenecen a la misma categoría.

Vinculado a lo anterior, llama la atención que los expertos no se ven a sí mismos como protagonizando una instancia de participación, ese derecho lo atribuyen solo a los demás consejeros que aparecen como los únicos representantes de grupos e intereses sociales. Esta autoimagen de individuos, autónomos y desinteresados los deja exclusivamente como sujetos con capacidades diferenciadas.

Lo anterior tiene como efecto discursivo no solo que los representantes de organizaciones sociales y políticas sean vistos como los únicos portadores de intereses, sino también que tales intereses resultan sospechosos, más que puntos de vista posicionados en un debate sobre cómo alcanzar el bien común, aparecen únicamente como portadores de demandas corporativas. Un claro ejemplo es la imagen de los representantes de los profesores, quienes resultan así meramente interesados en sus reivindicaciones gremiales en vez de portadores de experticias y compromisos con la educación como bien público.

Luego, aun cuando se reconoce que los consejeros tenían tendencias políticas diversas, en tanto no representaban intereses ni grupos aportaban diversidad de visiones, pero simplemente como perspectivas distintas. Frente a ello, surge el riesgo del relativismo ya que al asumir que se trata solo de diferentes perspectivas *técnicas*, todas equivalentes, se renuncia a la posibilidad de evaluarlas desde algún sentido normativo.

Como correlato del desinterés sociopolítico aparece el compromiso irrestricto con el saber científico que es precisamente lo que les permite abstraerse de sus ideologías. Estamos así frente al ethos científico que reclamara Merton (1973) al inaugurar la sociología de la ciencia. Frente a ello, como ya mostramos, la crítica de Haraway implica reconocer y problematizar esta virtud que se condensa en la figura del “testigo modesto” (Haraway, 2004): aquél que está solo para dar testimonio fiable en la medida que es un observador neutral, exclusivamente racional y autónomo. En este caso, implica cuestionar el supuesto de que los técnicos y expertos puedan aportar al debate de las reformas sociales por la virtud derivada de su falta de intereses sociales y políticos, su carencia de un cuerpo marcado por categorías de género, etnia y clase, y la ausencia de vínculos que los ayuden a sostenerse. En el mejor de los casos podrían separar sus opiniones de tales influencias, amarras y concatenaciones, algo que aquí no compartimos.

Una segunda ventaja que se desprende de la imagen del experto como racional, autónomo y desinteresado es que todo ello redunda en una mayor capacidad para el diálogo y una mejor



eficiencia para lograrlo en menor tiempo. Si lo leemos al revés, los no expertos, entonces, terminan por dificultar o alagar a los menos los consensos a los que podían llegar los CAPs.

Probablemente esta imagen y autoimagen de los expertos permite explicar el hecho de que sean especialmente los consejeros expertos los que no cuestionan el carácter no vinculante de los Consejos. Ello refuerza la principal consecuencia de la epistemología de la representación que desvincula a la tecnociencia del reconocimiento de sus implicaciones sociales y políticas y por ende, de su responsabilidad, algo que desarrollamos en detalle en el capítulo anterior. Si las propuestas de los CAPs no eran vinculantes, lo que allí defendieran o cuestionaran los expertos no pasaba de ser una opinión. Tal vez por eso mismo los consejeros expertos enfatizaron tanto en nuestras entrevistas que su participación en los CAPs no tuvo mucha influencia en sus desarrollos y resultados. Todo ello refuerza el supuesto de la inocencia de la tecnociencia que ya criticamos.

2. En segundo lugar, mostramos que, coherentemente también con la epistemología de la representación, el conocimiento experto es visto como un saber exclusivamente teórico. Visto así, hay quienes demandan otro tipo de experticia más vinculada a la práctica cotidiana de la gestión de las políticas públicas que aparece como “más real” que el saber tecnocientífico. Por su parte, los miembros de organizaciones sociales, sindicales y políticas criticaron la importancia del conocimiento experto versus la subestimación de sus saberes basados en la praxis cotidiana, especialmente aquella de los sectores subalternos.

Todo lo anterior oculta que a) el conocimiento experto, la tecnociencia, está asentado en diversas prácticas, b) que la praxis “no experta” (ej. el trabajo de organizaciones sociales y sindicales) no es solo práctica sino también producción de saberes, y c) que el conocimiento técnico es siempre un saber encarnado, por ejemplo, en los expertos, profesionales, académicos y técnicos. Todo ello ocurre por no asumir la dimensión encarnada de la ciencia -que mostramos en el marco teórico- a través de la crítica y reapropiación de la ciencia desde las epistemologías feministas.

3. El tercer punto relevante es la forma en que se entiende la relación entre conocimiento experto y política. Como describimos en los resultados, en los consejeros hay distintos énfasis en el significado de la política. Para algunos, se trata de la disputa por los grandes principios donde la técnica no tiene mucho que aportar; para otros, es la estrategia por lograr determinados fines y posiciones de poder, y es allí donde la técnica puede contribuir para conocer mejor el campo de juego, controlar el conflicto y las movilizaciones sociales. No obstante, todos aspiran a un equilibrio entre política y técnica, asumiendo que el bien común se alcanzará mejor con la

participación, en alguna medida, del saber experto. Con tal participación se lograrían políticas públicas más adecuadas. Algo que en otros términos también se defiende desde la literatura sobre este tema, especialmente de la sociología y la ciencia política.

Sin embargo, también hay expertos que siguen reclamando para sí un privilegio que subestima abiertamente los saberes “no expertos”, particularmente los de los sujetos afectados por las decisiones técnicas. Es lo que antes mostramos como el rechazo a preguntarle a “la Señora Juanita” por las decisiones relativas al postnatal, algo que pone en otros términos el reclamo que antes detallamos sobre quién habla por quien (Haraway, 1999) y el privilegio de la distancia y el desinterés –la razón- para tomar mejores decisiones. Asimismo, también expusimos opiniones de expertos que sin ningún problema argumentaron que “la política” deforma las propuesta “técnicas” vistas como más racionales y desinteresadas.

En el otro frente, observamos que consejeros “expertos” y “no expertos” rechazaron la amenaza de la tecnocracia que supone que lo técnico reemplace a la política, en especial, los representantes de organizaciones y movimientos sociales. En esa misma línea se criticó la economía dominante bajo el supuesto de ser un conocimiento políticamente imparcial, y el exceso de las mediciones cuantitativas de la realidad social.

Para nosotros, los tres puntos anteriores se sostienen sobre la moderna concepción de la ciencia y la política como esferas autónomas; junto con el imaginar que el producto científico –la técnica- también autónomo, contribuye a una mejor gestión de las políticas públicas. Ello oculta que en la producción y transferencia del conocimiento experto a las políticas públicas y viceversa hay componentes políticos en su doble sentido, como disputa por el bien común y como estrategia de poder. Pensar la relación entre ciencia y política, en este terreno, como ensamblaje y articulación permitiría enriquecer nuestra mirada al respecto y abrirnos a nuevas formas de intermediación.

En un sentido, asumir el conocimiento científico como situado y responsable en vez de neutral y distante -en diálogo con las nuevas formas de entender las ventajas del punto de vista de los sujetos subalternos que han reclamado las feministas para apuntalar una objetividad fuerte en los términos que ya presentamos (ver marco teórico) de Harding (2008) y Haraway (1999, 2004)- permitiría recoger el reclamo de las organizaciones sociales, sindicales y políticas que participaron en los CAPs. Ello porque considerar las posiciones subalternas –como posiciones problemáticas, múltiples y contingentes- para problematizar las coordenadas dominantes que organizan “la realidad” no es solo un reclamo normativo, sino cognitivo: ello mejora nuestra

comprensión del mundo en tanto lo que ellas aportan no es posible verlo desde las posiciones estandarizadas. Como describimos antes, las epistemologías feministas del punto de vista (Harding, 2004; Alcoff & Potter, 1993) no rechazan el conocimiento experto, sino su pretensión de neutralidad, y otras van más allá, interpelan al conocimiento experto en particular y la producción académica en general por su sintonía y solidaridad con los movimientos sociales. Las epistemologías feministas con las que trabajamos nos permiten argumentar que hay saberes expertos normativamente posicionados y no por ello menos rigurosos, y que todo saber debe ser responsable de todo lo que hace. El punto de vista feminista sirve entonces para mostrar que hay puntos de vista razonablemente importantes y éticamente imprescindibles.

En un segundo sentido, excluir a la técnica del debate político sobre los fines y lo que se entiende por bien común –reservándola solo a la gestión de las política públicas- impide reconocer que en la construcción de los problemas científicos, así como en la producción y circulación del conocimiento que se produce, se juegan formas de reproducir o desafiar lo que entendemos como bienes públicos, lo político en su sentido de res-pública. Así, terminar con la desigualdad social, de género o étnica, entre otras, son objetivos vinculados, por ejemplo, a los campos de los estudios sobre estructura social y desigualdad, pobreza, estudios de género y poscoloniales que bien pueden reproducir o desnaturalizar qué entendemos por ellos, cómo se producen y reactualizan (Ramos, 2012; Arensburg Castelli, S., Haye Molina, A., Jeanneret Brith, F., Sandoval Moya, J., & Reyes Andreani, M. J., 2013).

En un tercer sentido, si recordamos los elementos centrales de la propuesta de la epistemología de la articulación como alternativa a la moderna epistemología de la representación (ver marco teórico), tenemos que: a) visibilizar al sujeto cognoscente como uno concreto, corpóreo, marcado y responsable, posibilita encarar no solo el reclamo contra el conocimiento abstracto para asumir el carácter encarnado de la ciencia, sino también devolverle su carácter de implicado en la producción del conocimiento del que participa (con intereses, ideologías, limitaciones, deseos, ubicaciones y marcas de género, clase, raza y otras); b) devolver al objeto su carácter astuto, activo y material-semiótico, permite comprender los objetos de las ciencias sociales (ej. pobreza, educación, desigualdad de género, etc.), como objetos tramposos que pueden no solo ser conocidos, sino también sorprender, resistir y reírse de todo intento de conocimiento, especialmente del conocimiento “experto” (García Selgas, 2001). Y, c) asumir la relación entre a y b en la producción del conocimiento como una difracción más que como un reflejo, como algo que hace una diferencia en lo que había, nos ayuda a hacernos cargo de los ensamblajes (no solo

implicancias) con la política, con el poder (como reproducción o como impugnación del orden vigente) y con los proyectos de transformación social. Desde ahí, la relación con otros actores sociales –no científicos ni técnicos– puede reconocerse en una lógica de articulación contingente y precaria, pero también abierta al debate democrático radical (Laclau & Mouffe, 1985/ 2004); ello posibilitaría que el vínculo entre conocimiento experto y políticas públicas no necesariamente fuera virtuoso o amenazantemente tecnocrático, sino más bien dialógico (Reyes, 2009) y por lo tanto abierto a diferentes posibilidades (de consenso, conflicto, complemento, debate o evitación, entre muchas otras por imaginar).

Como hemos mostrado, desde perspectivas que defienden la autonomía de la ciencia (ej. Luhmann, 2006), los científicos y técnicos solo deben practicar la ciencia y dejar a los expertos de otros sistemas las decisiones de sus respectivos ámbitos; lo que implica renunciar a evaluar la responsabilidad de la ciencia sobre la construcción y uso de los conocimientos que produce (Haraway, 2004), siendo miope con relación a cómo la producción de conocimientos se ensambla en redes que atraviesan y redefinen los límites de cada sistema. Desde perspectivas como la de Latour (2004), se ha sostenido que la ciencia y la política –junto a muchas otras entidades– operan a través de redes de encadenamientos contingentes y por lo tanto se encuentran inextricablemente unidas. Frente a eso, como defendimos antes, los estudios feministas de la ciencia, aliados con el movimiento social feminista, demandan algo más: reapropiarnos de la ciencia desde un sentido político y normativo para exigir y comprometernos con su responsabilidad (Harding, 2008).

Un contexto como el actual desafía al mismo tiempo la denuncia y la celebración de la tecnociencia, a la vez que exige cuidado y responsabilidad (Haraway, 2004, pág. 16). Si aceptamos que la nuestra es una época donde el control de los cuerpos y las vidas se ejerce principalmente desde la tecnociencia, desde los discursos expertos y la cultura de masas (Haraway, 1995, 2004); los análisis críticos de esos discursos implican disputas por definir espacios de sentido y posibilidades de vida (García Selgas, 1995).

En este marco cobra relevancia particularmente el planteamiento de Mol (2002) que antes presentamos como parte de nuestro lente teórico. Su propuesta permite argumentar que la multiplicidad no es sinónimo de pluralismo en las diversas promulgaciones de un objeto (ella lo ejemplificaba con la enfermedad, aquí podemos análogamente asociarlo a los temas de los CAPs: educación, trabajo y previsión) sino prácticas interdependientes, que pueden superponerse o

incluirse entre ellas. No se trata de una convergencia, ni de elegir al adecuado, sino de analizar las diferentes promulgaciones para una mejor comprensión de la realidad. Más que relativismo, se trata de una mejor forma de enfrentar la complejidad, incluyendo sus metáforas políticas: en vez de “elección” por ejemplo, aparecen términos como discordia, tensión, contraste, multiplicidad, interdependencia, coexistencia, distribución, inclusión, promulgación, práctica, pregunta u otras.

En vez de clausurar los debates, se propone abrirlos desafiando el supuesto y el sueño de la tradición filosófica sobre el carácter único del mundo en que vivimos, por el contrario, hay muchas formas de vivir que implican diferentes ontologías y distintas formas de estimar lo bueno y “son políticas en tanto las diferencias entre ellas son de índole irreductible. Pero no son exclusivas. Y no hay un nosotros que pueda situarse fuera o sobre ellas, capaz de comandarlas o elegir entre ellas: [nosotros] estamos implicados. La acción, como todo lo demás, es también promulgada” (Mol, 2002, pág.181).

Esta forma de enfrentar la complejidad de la realidad es una apuesta que intenta volver sobre la práctica en vez de los objetos, asumiendo que la realidad está en permanente construcción. A su vez, tales prácticas son un asunto material, observable, posible de registrar a partir de diversas voces y en distintos soportes, luego las preguntas más pertinentes son cómo, cuándo y mediante qué prácticas se construyen realidades que nunca son únicas ni estables.

De esta forma, adaptando a Mol (2002) al tema que aquí presentamos, los expertos pueden ser vistos como quienes hablan dentro –y no fuera– de las posiciones interesadas que conformaban los Consejos. Esto implica resistirnos a aceptar que la racionalización sea la forma de mejorar la calidad de la educación, la equidad en el salario o en la previsión social, ni que los problemas a los que se orientan las políticas públicas residan en un desorden de las prácticas o –como algunos señalaron- se produzca por la contaminación de “la política”. Se trata, en cambio, de entender que la práctica es compleja por la yuxtaposición de diferentes formas de trabajar que generan una complejidad que la racionalización no puede aplanar, y de hacerlo difícilmente será una mejora. Ello nos permite complejizar el supuesto que sostiene que el conocimiento científico social, como conocimiento experto, mejora las prácticas entre las que incluimos a las políticas públicas

Esto es lo que Mol define como un cambio de la política “del quién” a una política “del qué”, para explorar las diferencias no entre expertos y no expertos sino entre distintas promulgaciones de un objeto (para Mol la enfermedad, para nosotros en este caso los objetos de las políticas públicas que trataban los CAPs), las que a su vez conllevan ontologías diferentes y en las que

además, se sugieren distintas formas de configurar *lo bueno*. Ahora bien, como la ontología, lo bueno es inevitablemente múltiple: es más de uno. De ahí que “para una política del qué, el término política es, de hecho, el apropiado” (Mol, 2002, pág.177).

Una buena forma de tensionar las promesas largamente sostenidas por la tecnociencia y la ética (de atenerse a los hechos o de llegar a un consenso a través de la razón) sería hacer de la pregunta por el “qué hacer” un asunto político, lo que nos recuerda las inevitables tensiones y/o dudas que implica toda práctica: “En una cosmología política, qué hacer no es algo dado en el orden de las cosas, sino algo que ha de ser establecido. Hacer lo correcto no es el resultado de haber averiguado que lo fuese, sino un asunto, de hecho, del hacer. De tratar, luchar, fallar y tratar de nuevo” (Mol, 2002, pág.177).

Por su parte Haraway no despacha la preocupación por el quién a pesar de la deconstrucción del sujeto y ampliación de la cualidad de la actancia a los no humanos. Como mostramos antes, las cuestiones normativas y/o políticas aparecen a propósito de preguntarse por las consecuencias para el quién, pero sin negar la preocupación por el qué, por los objetos -siempre entendidos como material-semióticos- tales como la educación o el salario digno. La articulación a que se apela desde esta epistemología feminista pretende incitar a “una búsqueda de las conexiones que importan, porqué y para quién ¿Quiénes y qué están con quién y para quién?” (Haraway, 2004, pág. 155). Tales serían preguntas semióticas y técnicas, pero también prácticas y pragmáticas que se nos vuelven relevantes a la hora de pensar las relaciones entre expertos y no expertos promulgando políticas públicas más participativas.

Es en tal sentido que la noción de articulación política de Haraway (1999) dialoga con la propuesta de Mol al momento de analizar las relaciones entre el orden científico y la práctica mundana. Mol (2002) identifica tres formas de abordarla, en la primera se apuesta porque el orden científico pueda volver más racional la práctica; en la segunda se rechaza tal racionalización argumentando que la práctica tiene su propia especificidad distinta a la de la ciencias, mientras que en el tercer tipo –al que se suma Mol– se investiga qué es exactamente lo alterado al ponerse en práctica las estrategias de racionalización asumiendo que la ciencia también es un conjunto de prácticas y no algo inmaterial. En tal sentido, Mol ofrece algunos ejemplos de este tercer enfoque preocupados por el mejoramiento de los cuidados de salud.

Tales ejemplos versan sobre el enfoque de la economía de la salud, racionalización de la medicina como soporte para la toma de decisiones en la práctica médica y un estudio sociológico

sobre ensayos clínicos para evaluar drogas contra la inmunodeficiencia humana (Ashmore, Mulkay & Pinch, 1989; Berg, 1997 & Epstein, 1996, citados por Mol, 2002). A partir de tales ejemplos deriva una serie de conclusiones tanto por su forma de abordar las cuestiones sobre método y normatividad, como de aquellas relativas a las relaciones entre “prácticas científicas” y “prácticas mundanas” interesadas en mejorar procesos. Una primera conclusión es que no se está apostando por una economía alternativa de la salud sino más bien por instalar la duda desde una preocupación por la arrogancia con la que la experticia de la economía es presentada como más allá de toda duda en base a argumentos sobre su cientificidad. Con el segundo caso la pregunta se traslada a cómo construir herramientas que ayuden a mejorar la práctica sin pretender alejar la complejidad, asumiendo que mejora y racionalización no son lo mismo. Mientras que la tercera muestra cómo se puede pasar de una curiosidad sociológica por la forma en que los inexpertos llegaron a hablar dentro de la ciencia, a plantear líneas de diferenciación que tienden a ser un poco más complejas que la división inexperto/profesional. En todos estos casos se puede a su vez observar el desplazamiento desde la pregunta por el quién a aquella por el qué. Las tres conclusiones son una forma de pensar cómo lo que Haraway indica sobre la articulación del conocimiento científico con otros saberes y agentes y la cuestión de la responsabilidad de la ciencia, pueden ser llevados al terreno de las ciencias sociales, especialmente desde la preocupación por la producción y circulación del conocimiento social experto entendido como no neutral que aquí hemos llevado al escenario de los CAPs., vale decir, podemos cambiar la palabra “salud” por educación, salario y seguridad social y las reflexiones de Mol amplían el debate centrado en más o menos tecnocracia como privilegio o amenaza para la toma de decisiones políticas.

En definitiva, con este capítulo logramos mostrar, en un escenario empírico situado como es el debate sobre las reformas sociales en el Chile de la postdictadura, las consecuencias de seguir sosteniendo la epistemología de la representación basada en un sujeto de conocimiento que se asume como autónomo, imparcial y abstracto bajo la figura de los “expertos”. En los capítulos que siguen comenzaremos a delinear cómo ello cambia con la epistemología de la articulación.

## **6. CAPÍTULO SEIS: LAS INVESTIGADORAS FEMINISTAS COMO “EXPERTAS” PARA EL SERNAM**

### **6.1. Introducción**

Los estudios de género son heterogéneos en sus características y circulan a través de variadas formas de articulación con los actores y espacios de las sociedades en que se inscriben.

En este capítulo se analizan los desafíos que enfrenta la producción de estudios de género, cuando se orienta a la formulación y gestión de las políticas públicas que han promovido en Chile la equidad de género a partir de la recuperación del régimen democrático, específicamente entre 1992 y 2009.

Adentrarnos en estas prácticas supone seguir en el contexto teórico que demarcamos en el capítulo tres, vale decir, las relaciones entre ciencia y política problematizadas desde un tipo de epistemología feminista que interpela la noción tradicional de objetividad como sinónimo de neutralidad.

Se trata, en definitiva, de preguntarnos por los recursos que ofrece la propuesta de los CS, particularmente de Haraway, para comprender otra esfera de producción y uso del conocimiento científico social, esta vez, el caso de ciertas investigadoras feministas que han producido estudios para el Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM), servicio con rango ministerial creado en Chile en 1990.

La pertinencia de centrarnos en este caso se fundamenta en que reconocemos que todos los conocimientos científicos son parciales, y no solo en términos cognitivos, sino también en su dimensión política, como dispositivos para la mantención o el desacato a los fundamentos que sostienen nuestros órdenes sociales; sin embargo, hay ciertos tipos de saberes y prácticas de investigación científica que ponen más en evidencia esa parcialidad. Los estudios de género producidos para el Estado nos permiten mirar más directamente esa característica del conocimiento científico.

Se ha señalado que a partir del siglo XIX, y con mayor evidencia en el siglo XX, se establece una relación característica entre la ciencia y el gobierno. Para los científicos, los poderes públicos son sinónimos de recursos y de reconocimiento institucional. Para los gobernantes, los científicos son



fuentes de peritaje y de legitimación (Ihl & Kaluszynski, 2002). No obstante, en esta relación no suelen estar considerados los científicos sociales, menos aún las científicas sociales, y dentro de ellas aún menos las mujeres comprometidas no solo con la construcción del saber científico sobre lo social, sino también con el feminismo.

En tal sentido, si en el primer escenario (capítulo cinco) indagábamos en cómo los “expertos” se asumían y eran vistos como sujetos individuales, autónomos y desinteresados al momento de articularse con diversos otros actores sociopolíticos, en instancias participativas para asesorar al gobierno de Bachelet en materia de reformas en educación, trabajo y previsión social, en este segundo escenario, buscamos comprender lo que ocurre con otro tipo de “expertos”, las investigadoras feministas que han aportado diversos estudios para apoyar al Estado en la gestión de sus políticas públicas de género. Se trata de interpretar, entre otras interrogantes, cómo experimentan la tensión entre rigor científico e interés feminista al ser demandas por las políticas públicas como “expertas en género”. Ello porque sus investigaciones y asesorías deben responder al doble desafío: respetar los cánones académicos que las autorizan a nominarse como “conocimientos expertos” o “científico-técnicos”, y no abandonar su vocación política enraizada en la lucha contra la naturalización del orden dominante de sexo-género.

Metodológicamente, los resultados que aquí discutiremos se produjeron mediante estrategias de investigación social cualitativa, a través de un estudio de caso<sup>63</sup> centrado en SERNAM, para conocer la relación entre producción y uso del conocimiento a través de diversas entrevistas

---

<sup>63</sup> Este estudio de caso se insertó en el Proyecto de Investigación “Las investigaciones empíricas de las Ciencias Sociales realizadas desde el Estado entre 1990-2009: cambios y continuidades en un campo de producción de las ciencias sociales, y de articulación entre políticas públicas y conocimiento científico social”, proyecto financiado por el Concurso Regular Fondecyt 2007-2009, a cargo de Manuel Antonio Garretón como investigador responsable y María Angélica Cruz como co-investigadora. La investigación buscaba “Conocer y analizar el tipo de investigaciones empíricas de las ciencias sociales que se han realizado en Chile, desde los organismos del Estado, y ligado a la formulación de políticas públicas”. En dicho estudio, principalmente de carácter exploratorio, trabajamos con un diseño mixto basado en una estrategia que combinaba técnicas de investigación cuantitativa y cualitativa en dos etapas. En la primera se analizó una muestra de 210 investigaciones realizadas (encargadas o ejecutadas) por cinco ministerios o unidades ministeriales (Ministerio de Educación, Ministerio de Vivienda, la Dirección de Organizaciones Sociales, la Secretaría General de la Presidencia, la Dirección del Trabajo, el Servicio Nacional de la Mujer y el Ministerio de Planificación) durante el período 1992-2005. Tales estudios fueron leídos, analizados y codificados para luego ser procesados estadísticamente, de modo de caracterizar a las investigaciones en diversas variables (tipo de estudio, marcos teóricos y metodológicos, ejecutores, entre otras). En la segunda etapa, parte de cuyos datos aquí reanalizamos, se centró en el estudio en profundidad de los casos de MINEDUC y SERNAM, especialmente a partir de 45 entrevistas a informantes claves, básicamente funcionarios de ambos ministerios e investigadores que han realizado estudios para esas entidades entre 1990-2009. Parte de los resultados de la primera etapa fueron publicados en Garretón, Cruz, & Espinoza (2010). Este análisis correspondiente al SERNAM no ha sido publicado y es de mi entera responsabilidad. Para más antecedentes, ver el Anexo Metodológico.

semiestructuradas a funcionarias/os de dicho Servicio, y a investigadoras “expertas en estudios de género” que han realizado investigaciones para SERNAM. Tales resultados, son re-analizados como datos secundarios desde la lógica de esta tesis doctoral.

Como ya señalamos en el marco teórico, en la propuesta de Haraway uno de los principales objetivos es abogar por el reconocimiento de la responsabilidad de las ciencias. En este capítulo buscamos operativizar una forma de aterrizar tal reconocimiento que se hace visible cuando con los conceptos de “objetividad encarnada” abandonamos la inocencia y las pretensiones de la autoidentidad, en aras de la multidimensionalidad y la estrategia del posicionamiento contingente y móvil de los agentes que participan en la producción del conocimiento (García Selgas, 2001, pág. 371).

En tal sentido, entendemos que dicha responsabilidad abarca diferentes dimensiones. Aquí avanzaremos a través de una ellas, la que tiene relación con la validación de la parcialidad que supone toda forma de conocimiento, especialmente concentrándonos en el sujeto de investigación.

Para situar ese escenario, conviene considerar que la relación entre ciencia y Estado suele verse a través de las políticas de investigación científica ejecutadas por los organismos que apoyan el desarrollo científico en cada país. Para el caso chileno, dicho organismo es CONICYT (Comisión Nacional Científica y Tecnológica), cuyas políticas científicas se orientan especialmente hacia los centros de producción de conocimiento tradicionales, básicamente las universidades. No obstante, en Chile, en las últimas décadas, se ha intensificado otra forma de relación entre ciencia y Estado: desde diferentes unidades del aparato público (Ministerios, Servicios, etc.) se realizan, encargan o licitan diversas investigaciones, con el objetivo de que sus resultados sirvan de insumo a las políticas públicas (Garretón, Cruz, & Espinoza, 2010).

Este proceso viene acentuándose desde el cambio de régimen político, incentivándose cada vez más que las políticas públicas se orienten por criterios técnicos, entre otros, por la información sistemática derivada de los conocimientos expertos, más que por criterios políticos y normativos.

A su vez, el análisis sobre el desarrollo y la producción de las ciencias sociales en Chile, tradicionalmente se ha pensado asociado a los campos académicos tradicionales (universidades, centros de investigación), invisibilizándose al aparato público estatal como un ámbito de esa producción que complejiza los desarrollos disciplinarios. Para evitar mantener esa invisibilización necesitamos ampliar nuestra perspectiva, y allí cobra relevancia, además de lo

que ya indicamos sobre las epistemologías feministas, el aporte de la sociología de la ciencia, en particular lo que presentamos en el capítulo dos sobre Latour (1995, 2008) y su relectura -en combinación con Foucault y Butler- que ofrece Ramos Zincke (2012). Analizar desde ese lente el trabajo de las investigadoras feministas para el Estado al que nos referiremos, es una forma de ver la ciencia en acción y el ensamblaje entre ciencias sociales y sociedad. En otras palabras, como también indicamos en el capítulo cinco a propósito de la relación entre conocimiento experto y producción de hechos sociales vinculados a las políticas públicas en Chile, entender de esa manera al conocimiento experto supone no solo identificar las formas en que el conocimiento científico es socialmente influido –como mostraba el Programa Fuerte- sino analizar cómo la ciencia, además de hechos científicos, produce hechos sociales. Quienes han abordado en esa línea el caso chileno (Ramos Zincke, 2012; Aristía, 2012; Montecinos & Markoff, 2012; Silva, 2012; Ossandón, 2012, Garretón, Cruz, & Espinoza, 2010; Garretón et al, 2011; Arensburg, Haye, Jeanneret, Sandoval, & Reyes, 2013) amplían nuestra comprensión de las relaciones entre políticas públicas y conocimiento experto más allá de cómo lo ha supuesto la literatura de la ciencia política que asume tal vínculo como uno necesariamente virtuoso si se logran las adecuadas formas de intermediación entre políticas públicas y conocimientos expertos (Meynaud, J., 1964; Schwartzman, S., 2002; Ihl & Kaluszynski, 2002; Nowotny, H., Scott & Gibbons, M., 2003; Bloj, 2005; Ginsburg & Gorostiaga, 2005; Funtowicz & Stand, 2007; Estébanez, M. E., 2007; Aguilera, C. 2009; Fung, 2006).

Por otra parte, una comprensión feminista de la relación específica entre conocimiento de género y políticas públicas de género, que comenzó en Chile en los años noventa (Guzmán & Hola, 1996), no ha seguido profundizándose; aun cuando contamos con referentes internacionales prolíficos en este tema, por ejemplo, el caso español (Méndez Pérez, 2006) que podría tener interesantes puntos confluencia con el chileno.

La citada investigación que realizamos entre los años 2007-2009, pretendió poner en diálogo los dos ejes que antes señalamos –ciencia y Estado por una parte, y desarrollo de las ciencias sociales por la otra- buscando, primero, conocer y analizar el tipo de investigaciones empíricas de las ciencias sociales que en Chile se han realizado o encargado desde los organismos del Estado, vinculado a la formulación y gestión de las políticas públicas, entre 1990-2005 (Garretón, Cruz, & Espinoza, 2010) y, segundo, profundizar la comprensión de las formas de uso de ese tipo de

conocimiento a través de dos estudios de caso, uno correspondiente al Ministerio de Educación y el otro al SERNAM que es el que aquí analizamos<sup>64</sup>.

Antes de entrar de lleno al análisis de los resultados, requerimos presentar a modo de antecedentes, una síntesis sobre el movimiento feminista en Chile, ello porque las investigadoras “expertas en género” que entrevistamos son también feministas cuya participación se fraguó en la prometedora, pero también tensa relación entre el movimiento de mujeres, otros movimientos y, especialmente, los partidos políticos, en las luchas contra la dictadura militar y la historia precedente.

## **6.2. Antecedentes: El Movimiento Feminista en Chile como telón de fondo**

Como en otras latitudes, la historia del movimiento feminista en Chile debe considerar, a lo menos, dos ideas. Primero, reconocer el *lado oculto de la historia*, en el que las mujeres permanecieron a la sombra de los hombres en las tareas que ambos compartieron en los diferentes procesos históricos de formación de la identidad nacional (Valdés, 2000). Ello supone incluir a las mujeres en la historia tradicional, contar la historia más específica de ellas e incorporar ámbitos, como el estudio de la vida privada, que pongan en conflicto los espacios diferidos que han construido los discursos historiográficos tradicionales; tales, han sido masculinistas no solo por excluir a las mujeres, sino por no abordar las relaciones de género como relaciones de poder (Núñez, 2008).

Segundo, la distinción entre la acción colectiva de los movimientos “de mujeres” y “feministas”, preguntándose cuál es la conexión entre ambos o si en los primeros está el germen de los segundos (Valdés, 2000). En la literatura se suele distinguir entre ambos debido a que en América Latina hay una separación entre formas genéricas de movilización política de las mujeres y otras que se autoidentificaron como feministas. En los movimientos de mujeres la identidad de género responde a una estrategia organizacional y supone la participación de

---

<sup>64</sup> Entre las preguntas específicas, para el estudio de caso en SERNAM figuraban: ¿Qué tipo de investigaciones empíricas de género se han levantado en Chile, desde el Estado, ligado a las políticas públicas de género? ¿Qué cambios y desafíos supone la producción de investigaciones empíricas que se realizan desde el Estado a partir del cambio de régimen político, para el desarrollo de los estudios de género? Y ¿Cómo se articula la producción de conocimiento científico social y las políticas públicas en estos ámbitos? Conocido lo anterior, y en un plano más general, importaba comprender ¿Qué tipo de relación hay entre las formas de producción y uso de las investigaciones realizadas por SERNAM en función de las políticas públicas de género? ¿Cuáles son los problemas, potencialidades y desafíos que pueden extraerse a partir del análisis de este caso?

mujeres en la esfera pública independientemente de las identidades que se movilizan y aun cuando tal participación genera identidades colectivas en torno al género, no implica una crítica a la subordinación femenina y sus mecanismos de reproducción. El movimiento feminista en Chile, en cambio, es definido como “un campo de acción cuya coherencia interna y fronteras externas se sustentan en una adscripción a un discurso o propuesta ideológica, orientada a transformar las relaciones del sistema de dominación del que son objeto las mujeres como categoría social” (Ríos, Godoy, & Guerrero, 2003, pág. 29). Entre ambos puede establecerse una cierta continuidad desde el momento en que las historias de las mujeres y sus espacios cotidianos comienzan a dar cuenta del carácter político de lo personal.

Hecha esta distinción podemos abordar los principales hitos del movimiento feminista en la sociedad chilena, para luego exponer dos de las problemáticas más citadas en el debate: los *nudos* de la política feminista y los *silencios feministas* (Ríos, Godoy, & Guerrero, 2003).

### **6.2.1. Entre 1910-1930**

Más allá de las particularidades nacionales de los procesos de independencia y conformación nacional en Latinoamérica, lo que no varía es que tras el término de los procesos independentistas las mujeres fueron marginadas de la construcción de la identidad nacional y de las principales decisiones políticas desde el comienzo de la vida republicana. Los primeros signos de visibilidad de la acción colectiva de mujeres en la región se remontan a comienzos del siglo XX, mediante su incursión en diversas esferas: la cultura, la defensa de los derechos laborales, la filantropía y las primeras manifestaciones sufragistas y de carácter feminista; procesos que se dieron simultáneamente a la organización de las clases populares (Valdés, 2000).

En los sectores populares las mujeres estuvieron vinculadas a las diferentes iniciativas impulsadas por el movimiento obrero, con una participación también destacada en el campo por el derecho a la tierra y por los derechos de las mujeres indígenas. Las mujeres de clase media lo hicieron principalmente a través del arte y haciendo uso de sus ventajas en el acceso a la educación y a la información sobre el acontecer internacional, comenzando a formar núcleos de debate y acción feminista y sufragista. Mientras que las mujeres de clase alta, influenciadas por el discurso católico, volcaron sus energías a la beneficencia parchando la falta de institucionalidad estatal (Valdés, 2000).

La tónica en Chile es similar, pero la asociatividad diferenciada por clases en algunos casos se superpone, por ejemplo, en la demanda sufragista. La influencia de los partidos de izquierda, el paso de Belén de Sárraga y la inspiración ilustrada de las mujeres de la alta burguesía, empujan, en este *tiempo de señoras* (1915-1924), iniciativas intelectuales que serán el comienzo de la formación de un capital político feminista (Kirkwood, 2010). Tales luchas convergentes de fines del siglo XIX confluirán más tarde en el reclamo por la igualdad cívica (Valdés, 2000).

Sobre el surgimiento propiamente tal de los movimientos de mujeres y feministas, hay un cierto acuerdo en que, independientemente de la clases sociales, se producen en el marco de las primeras consecuencias que tuvo para Chile el desarrollo del mercantilismo (Salazar & Pinto, 2002) y la economía exportadora del salitre (Kirkwood, 2010). La irrupción de la cuestión social y su discusión en diversos sectores de la sociedad chilena entre 1910 y 1925, la matanza de la Escuela Santa María en 1907 y la Reforma Constitucional de 1925 provocaron, en la década de los 30', un fuerte descontento social en el que las feministas tomarían un lugar significativo. Dicho período es referido como los *orígenes* del movimiento feminista, marcado por el surgimiento de las primeras voces disidentes que comienzan a plantearse un sentido de movimiento feminista (Kirkwood, 2010).

Se trata además de las repercusiones de la I Guerra Mundial y la Crisis Económica de 1929 que abrieron un amplio debate ideológico en torno al pacifismo y los conceptos de patria y política, que serían parte de los problemas que se plantearon las diversas organizaciones femeninas.

Las mujeres populares, prácticamente desconectadas de la conciencia feminista que se desarrollaba en las clases altas y medias, participaban de las luchas obreras. Hay así una incipiente articulación de las mujeres tanto en el movimiento obrero como en otros espacios político-partidistas que, sin ser todas sufragistas, “traen al menos la novedad de ser total o parcialmente iniciativas de mujeres organizadas -en pequeños grupos- para ocuparse de su condición” (Kirkwood 2010, pág. 82).

Para algunas, un hito fundacional para el movimiento feminista es la creación del Partido Cívico Femenino en 1922, por parte de mujeres provenientes del sector radical, que elabora estatutos en diálogo con los movimientos feministas hispanos de la época. Declarándose independientes política y religiosamente, se proponen abolir todas las disposiciones legales que mantienen a la mujer en situación de inferioridad. Otras analistas sitúan el período de *ascenso* del movimiento

feminista chileno en la década de los 30', como parte del auge democrático y contestatario más general, hasta el logro del voto en 1949 (Kirkwood, 2010, pág. 69).

El reclamo feminista por una ciudadanía activa estuvo muy vinculado a la demanda por el derecho igualitario a la educación (Castillo, 2006). En el año 1875 un grupo de mujeres de San Felipe pretendió inscribirse [sin éxito] en los registros electorales en base que la Constitución de 1833 concedía el derecho de sufragio a 'los chilenos', por ende, de ambos sexos (Klimpel, 1962 citado por Kirkwood, 2010). Tras ello la ley de elecciones de 1884 se preocupará de excluir en forma explícita a las mujeres. Sin embargo, ellas seguirán apelando al imaginario universalista del ideario republicano y lograrán el derecho a acceder a las carreras universitarias, ampliándose a la educación secundaria en 1895 (Sánchez, 2006), no sin largas confrontaciones con los grupos más reaccionarios. Así, las luchas por la educación fueron claves en los procesos de emancipación femenina.

Alrededor de 1920 nacen en Santiago y Valparaíso iniciativas de movimientos feministas formados principalmente por mujeres profesionales (Salazar & Pinto, 2002) que imprimen en la lucha por los derechos cívicos un marcado carácter reformista. En 1919 se crea el *Consejo Nacional de Mujeres* y el *Círculo Femenino de Estudios* para lograr la obtención de todos los derechos políticos y civiles de la mujer, leyes de divorcio, de protección a la obrera y de protección a la madre, entre otras (Castillo, 2006). Además, emergen entre 1922 y 1924 otras diversas organizaciones de mujeres<sup>65</sup>.

En el contexto de las discusiones que terminan en la Constitución de 1925, las diversas agrupaciones de mujeres, junto a fracciones progresistas de ciertos partidos políticos<sup>66</sup>, elaboran distintos proyectos sobre derechos civiles y políticos de la mujer, ninguno de los cuales sería acogido. La convergencia social que se había producido hacia fines del gobierno de Alessandri era de proporciones considerables:

No solo las mujeres toman consciencia de su rol político y la necesidad de ser consideradas como sujetos activos a la hora de decidir sobre el destino de la república sino que también este reclamo democrático fue expresado por casi la totalidad de la fuerzas vivas de la sociedad, con esto

---

<sup>65</sup> La Gran Federación Femenina de Chile, auspiciada por la Federación Obrera y la Unión Obrera Femenina y el Consejo Federal Femenino; la creación del ya mencionado Partido Cívico Femenino; la Juventud Católica Femenina, y en 1924, el Partido Demócrata Femenino. En 1922 se celebra en Santiago el Congreso Panamericano de Mujeres y en 1923 la Conferencia Panamericana de Mujeres.

<sup>66</sup> El Partido Radical, sorprendentemente el Partido Conservador y un sector progresista del catolicismo.

comprendemos tanto a los sindicatos obreros, la federación de estudiantes, las agrupaciones de profesionales, la liga Nacional del magisterio, como a la Federación de Clases medias. En fin, las bases sociales en su conjunto sentían que estaban llamadas a formar parte de la comunidad en cuanto sujetos deliberantes (Castillo, 2006, pág. s.r.).

Sin embargo, ni las feministas, ni el resto de las fuerzas sociales que demandaban una Asamblea Constituyente fueron incluidas a la hora de elaborar la nueva constitución. Los derechos cívicos de las mujeres no fueron asegurados por la nueva constitución sino apenas insinuados.

### **6.2.2. “Triunfo, auge y caída”, o hacia un primer silencio feminista**

La década del 30 es para las mujeres un tiempo importante. Con la caída del gobierno dictatorial de Carlos Ibáñez del Campo y la obtención del voto municipal para las mujeres, el movimiento feminista se incorpora al auge de la participación social que implicó la llegada del radicalismo al gobierno, pero se hace, según Kirkwood, desde la postergación de sus intereses políticos feministas, a favor más bien de la lucha de clases. Como reacción a los regímenes fascistas en Europa se crea en Chile el Frente Popular que logra alinear a los distintos partidos de izquierda; allí es donde las feministas se ven instadas a separar aguas y retomar las iniciativas previas a la nueva constitución.

En 1935 se crea el Movimiento Pro Emancipación Chilena (MEMCH), iniciativa de mujeres de izquierda que convocaba a mujeres de todas las tendencias ideológicas que estuvieran dispuestas a luchar por la liberación social, económica y jurídica de la mujer, evidenciando una preocupación por los derechos de las mujeres que trasciende las clases sociales. Su programa iba desde el derecho a voto hasta la difusión de los métodos anticonceptivos, algo antes no muy considerado. El MEMCH logra un equilibrio entre sentirse feminista y luchar por cambios sociales de diversas índoles. El MEMCH apoya al Frente Popular y presenta, en el gobierno de Pedro Aguirre Cerda (1941), un proyecto de ley sobre el voto femenino, como respuesta a una convocatoria realizada por el propio presidente; sin embargo él fallece y la iniciativa vuelve a quedar postergada (Kirkwood, 2010).

A partir de entonces se produce un auge de la organización feminista que se traduce en el surgimiento de más iniciativas y en una acción coordinada entre ellas. Emerge la Federación Chilena de Instituciones Feministas para promover la profundización de la democracia y la lucha contra las discriminaciones hacia la mujer (Kirkwood, 2010). Tal federación incluirá al Partido



Femenino Chileno (PFCH), fundado en 1946 y la Asociación de Dueñas de Casa fundada en 1947. El derecho a voto universal para las mujeres se logra por fin en 1949.

En el intertanto, y a partir sobretudo de la creación del PFCH, un amplio sector del feminismo, influido por el populismo del justicialismo en Argentina, había comenzado a acercar el antioligarquismo y progresismo que había caracterizado a los movimientos feministas con los rasgos populistas de un resurgimiento ibañista. Esta cercanía viene determinada por postulados compartidos respecto a la independencia moral femenina y su crítica del juego político parlamentario, lo que acaba traducándose en un profundo antipartidismo (Kirkwood, 2010). En esa coyuntura, Kirkwood retrata el auge y caída de la participación parlamentaria feminista, con la llegada de la candidata del PFCH, María de la Cruz, como primera senadora mujer en Chile y feminista, electa por la primera mayoría y que cae antes de finalizar su período por acusaciones de fraude. Con su caída, un amplio sector del feminismo político que pregonaba la pureza política de la mujer como solución a los hábitos inmorales de los políticos acepta la “inmadurez” de las mujeres para participar en política y acaba por disolverse. Los rígidos postulados de una política feminista basada en la pureza y la honorabilidad femenina provocaron la retirada de las mujeres de la política y una suerte de *expiación* de aquella voluntad alguna vez expresada de convertirse en sujeto político. De ahí que el logro del voto femenino aparece frecuentemente en la historia como una conquista *última* y no como el comienzo de un período de exclusión del feminismo como proyecto político autónomo, en el cual las mujeres aparecen *despersonalizadas* políticamente en las correspondientes secciones femeninas de los partidos, cuando no simplemente retiradas de la política, ejerciendo desde el anonimato un derecho a voto que se tradujo, por largos años, en un apoyo mayoritario a los sectores conservadores. De ahí que se habla de un *silencio feminista* (Kirkwood, 2010).

De esta forma, en los dos períodos de gobierno siguientes (1964-1973), catalogados como gobiernos progresistas que antecedieron a la dictadura militar, liderados por Frei y Allende respectivamente, el feminismo no aparece con voz propia. Así, se dio una lucha entre los sectores conservadores del país y la izquierda, por reclamar para sus propósitos las cualidades de la mujer, asociadas siempre a la maternidad y la colaboración con la familia (burguesa o proletaria) y no a una liberación con un carácter feminista (Kirkwood, 2010).

### 6.2.3. Resurgimiento en dictadura

Según diversas autoras, es en el período más álgido de la represión política ejercida por los militares en la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990) cuando resurge el feminismo (Kirkwood, 2010; Ríos, Godoy, & Guerrero, 2003). Al alero de la Academia de Humanismo Cristiano -iniciativa propuesta por la Iglesia Católica como refugio a las ideas y académicos perseguidos- se conforma, en 1976, la primera organización explícitamente feminista después del largo silencio ya descrito. Allí coincidieron, en el *Círculo de Estudios de la Mujer*, tres organizaciones distintas cuyo objetivo era luchar por la emancipación de la mujer y en contra de todas las formas de opresión y discriminación de la mujer; con actividades que iban desde la docencia y los debates hasta los talleres de autoconciencia, que buscaban tanto la producción de conocimientos sobre la situación de las mujeres como la generación de conciencia feminista (Ríos, Godoy, & Guerrero, 2003).

La expulsión del Círculo por las nuevas autoridades eclesiásticas coincide en 1983 con un proceso interno de reflexión en torno a los objetivos del grupo: generación de conocimientos o de conciencia de género. Existían además posiciones encontradas en torno al eje institucionalidad v/s movimientismo, las que van ayudando a definir posturas para una futura separación del Círculo en dos iniciativas distintas, pero complementarias: el Centro de Estudios de la Mujer (CEM) y la Casa La Morada. La creación de estas dos instituciones se da en un espíritu de colaboración entre dos frentes distintos: la generación de conocimientos y el trabajo de base. El año 1983 marca el inicio de la actividad pública feminista en oposición a la dictadura, con la creación en Santiago del Movimiento Feminista, que comienza a funcionar al alero de La Morada.

En este periodo además comienzan a emerger diferentes colectivos feministas de base y se crean desde algunos sectores de las feministas vinculadas a movimientos y partidos de izquierda el Comité de Defensa de los Derechos de la Mujer. La aparición paulatina de militancia feministas y en partidos no aparece al principio como problema, privilegiándose la necesidad de generar articulación entre ambas, pero eso con los años irá modificándose según se agudicen las luchas contra la dictadura y los partidos políticos comiencen poco a poco a recobrar su puesto en la escena política.

Por esos años se forma el Movimiento de Mujeres Populares (MOMUPO) intentando generar una reflexión sobre la doble condición de mujeres y pobladoras en aras de un feminismo popular (Valdés y Weinstein, 1993; Gaviola y otros, 1994 citados en Ríos, Godoy & Guerrero, 2003). Por último 1983 es también el año en que nace el MEMCH'83, coordinadora de organizaciones de mujeres que vuelve a usar el nombre del antiguo movimiento sufragista. Una marcada tendencia opositora a la dictadura en el movimiento feminista se observa además en la creación de “Mujeres por la Vida”, formado como una plataforma de reconocidas opositoras al régimen, que “logró convertirse en el espacio de convocatoria y concertación más importante en la movilización social de mujeres por los derechos humanos en el período” (Valenzuela, 1993, citada en Ríos, Godoy & Guerrero, 2003, págs. 50). Además, en los 80' nacen muchas de las redes temáticas, instancias de articulación y especialización en torno a temas específicos, especialmente en salud reproductiva.

En estos años de resurgimiento generalizado de la movilización social y de la búsqueda de convergencias políticas para lograr la recuperación de la democracia –donde es clave el surgimiento de la Concertación de Partidos por la Democracia<sup>67</sup>– las feministas se ven enfrentadas nuevamente al nudo que antes describimos y que terminó por silenciar a las feministas a mitad de siglo: ¿el feminismo como propuesta política autónoma o dentro de los partidos políticos?

La doble dimensión del autoritarismo contra el cual luchan las feministas no es exclusiva de la dictadura militar. Si bien el autoritarismo estatal es en este periodo sumamente cruento, la consigna feminista de esos años, “democracia en el país y en la casa”, da cuenta de la siempre patente necesidad de reivindicar transformaciones en un espacio políticamente postergado en nombre de algo más urgente. La discusión en los ochenta es a la vez estratégica y teórica ¿Hay feminismo sin democracia? La postura sostenida por las feministas descarta la idea de establecer prioridades entre una lucha y otra y responde 'no hay democracia sin feminismo' (Kirkwood, 2010) invitando entonces a re-teorizar los términos de las utopías planteadas en la época.

---

<sup>67</sup> Coalición de Centro Izquierda que tras la derrota del general Pinochet en el Plebiscito de 1988, que decidía su continuidad en el poder tras 16 años dictadura militar, ganó las elecciones presidenciales desde 1990 hasta el 2010, lo que suma cuatro periodos gubernamentales.

La discusión estratégica hizo diferir a las “feministas” de las “políticas”, quienes frente a las primeras y su política “desde las mujeres y a partir de sus propias carencias” (Ríos, Godoy, & Guerrero, 2003, pág. 54) planteaban la necesidad de sumar las mujeres a una propuesta política tradicional que incorporase, posteriormente, las necesidades femeninas. Las “feministas” optarán por una participación independiente, mientras las “políticas” combinarán militancia feminista con la partidaria. Si bien la crítica feminista de esta estrategia y de los partidos políticos es vasta, la tensión entre ambas posiciones no se tradujo necesariamente en una incompatibilidad total (Ríos, Godoy, & Guerrero, 2003). Ambas, según Julieta Kirkwood (1984, citada en Ríos, Godoy & Guerrero, 2003) coincidían en la posibilidad histórica de la emancipación de la mujer, y también en torno a la manipulación y utilización de las mujeres por parte de los partidos políticos (Chuchryck 1984, en Ríos, Godoy & Tobar, 2003). Así, las 'políticas' sostuvieron que debían mantenerse dentro de los partidos, pero respaldadas por organizaciones feministas fuertes y autónomas. Para estas autoras (Ríos, Godoy, & Guerrero, 2003) las tensiones y discusiones se mantuvieron subsumidas en función del objetivo común de derrocar la dictadura, pero con el proceso de negociación con el régimen militar sus diferencias se hicieron más explícitas.

#### **6.2.4. Nudos del Movimiento Feminista chileno hacia la transición y la postransición**

Con el Plebiscito de 1988, pactado por parte de la oposición política a Pinochet con el régimen militar para establecer el término o continuidad del mismo, las diferencias entre feministas y partidos políticos, y por tanto entre 'feministas' y 'políticas,' se agudizan. El panorama político favorable a la institucionalidad democrática dio la posibilidad a las mujeres de presentar propuestas para el abordaje de sus necesidades y el cumplimiento de sus derechos, lo que se tradujo también en la creación de una Concertación de Mujeres por la Democracia. Un hito del régimen democrático fue la creación del Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM) para canalizar gran parte de tales demandas.

Los partidos políticos ya habían retomado para entonces la conducción del movimiento político opositor, monopolizando la representación y articulación de demandas e intereses sociales, lo que incidió en el debilitamiento de la acción colectiva (Garretón 1993, en Ríos, Godoy & Guerrero, 2003), especialmente de las organizaciones no partidistas. Esto contribuyó a tensionar las discrepancias ya existentes entre las posturas en pro y en contra de la *doble militancia* en el

campo feminista, pero sobretodo reavivó y puso leña en la disputa entre feministas “autónomas” e 'institucionales' durante toda la pos-transición.

La desavenencia entre “feministas” y “políticas” fue intensa en el periodo de la transición. No solamente involucraba, del lado de las “políticas”, a aquellas que militaban en partidos políticos de la Concertación, sino también a las que participaban en agrupaciones no totalmente convencidas del traspaso democrático del poder y la posibilidad de que desde el Estado se pudiera transformar el patriarcado.

Con el traspaso final del poder, en 1990, la creciente pluralidad política e ideológica interna en el feminismo chileno tomará el rumbo de una polarización entre las feministas cercanas al gobierno y feministas opositoras de izquierda. La confianza en el popular slogan de la campaña del “No” para el Plebiscito de 1988 signada en “La alegría ya viene”, no fue algo generalizado ni de mucha permanencia en el campo feminista. Por el contrario, la disputa autonomía v/s institucionalización del movimiento se transformó quizás en el principal de los desacuerdos que parecen respaldar la idea de una paulatina desarticulación del mismo, aunque lo claro es que se trata por lo menos de un movimiento dividido entre un feminismo que llega al gobierno junto a los partidos de la Concertación de Partidos por la Democracia, y un feminismo que se mantiene al margen de tales esferas.

Respecto a discusiones y enfrentamientos del feminismo chileno durante la postransición, mucho necesita ser repensado en aras de nuevos posicionamientos en los cambiantes escenarios políticos. Cuestiones como la autonomía-institucionalidad del movimiento, la relación con la izquierda y la postura frente a la democracia sustantiva, pueden ser abordadas desde una apertura en el debate que despeje antipatías y se concentre en estrategias compatibles. La diversidad de tendencias que conforman el feminismo autónomo “comparten en su base un fuerte cuestionamiento de la sociedad contemporánea, del régimen político y el rol que muchas feministas juegan y han jugado en diversas esferas de la vida nacional” (Ríos, Godoy & Guerrero, 2003, pág. 331). Según estas autoras, las feministas autónomas han sabido en sus acciones conjugar un discurso de clase con posturas cercanas al feminismo radical que enfatiza la especificidad de la experiencia femenina y reclama espacios de y para mujeres; pero su trayectoria rígida respecto de otras estrategias habría redundado, sin embargo, en una fragmentación interna e incapacidad de establecer diálogos con otras expresiones feministas.

Por otra parte, la relación problemática con los partidos de izquierda no redundó en un quiebre total entre el feminismo y los mismos, sino en un reposicionamiento dentro de los partidos y fuera de ellos. La doble militancia estuvo lejos de eliminarse de las trayectorias políticas de las activistas feministas, que han sabido compatibilizar o al menos no hacer del tema un factor de divisiones más allá de los desacuerdos políticos en torno a coyunturas específicas. Sin embargo, los partidos de izquierda de la transición y principios de los noventa no son los mismos de hoy en día. El feminismo chileno, como en general feminismo latinoamericano, ha estado históricamente ligado a la izquierda, institucional y no institucional. En el contexto postdictadura en que el sistema binominal sigue atentando fuertemente contra la acción partidista de izquierda, y la invitación a la inmovilidad es generalizada, “el feminismo se enfrenta a las mismas incertidumbres y desafíos que interpelan a la izquierda en el mundo de hoy” (Ríos, Godoy & Guerrero, 2003, pág. 327).

Así, hay quienes concluyen que en el Chile actual no se puede hablar de feminismo sino en plural: pluralidad de repertorios de acción, de corrientes y de espacios para el hacer político marcado por diversas adscripciones, corrientes e identidades (Ríos, Godoy & Guerrero, 2003, pág. 322). Sin embargo, otras cuestionan también la posibilidad de una mezcla armónica entre tales feminismo, especialmente desde la defensa de la “autonomía” y la crítica al feminismo “profesional” o la “onegización del género” dada la importancia que adquieren las ONG versus las organizaciones feministas (Mogrovejo, s.r.; Barrig, 1998). A ello se suman evaluaciones sobre los alcances que supuso el gobierno de Bachelet, como primera presidenta mujer, no solo en cuánto a logros en equidad de género, sino desde una perspectiva feminista acerca de la transformación del orden de género en diversos ámbitos, especialmente los simbólicos (Burotto & Torres, 2010).

## **6.3. Resultados del Análisis**

### **6.3.1. La situación: La política de investigación en SERNAM**

En Chile, una vez que la dictadura militar fue derrocada, los sucesivos gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia argumentaron la necesidad de modernizar el Estado orientándolo hacia el mejoramiento de la calidad de servicio a los usuarios del sector público. Uno de los pilares de tal modernización fue asumir que el Estado tenía que aumentar la racionalización e impacto de las políticas sociales, en especial en las áreas y poblaciones objetivo

que tradicionalmente habían sido postergadas. Desde el Estado la producción y prestación de bienes y servicios sociales se desplazó en gran medida a la sociedad, sea a iniciativas del tercer sector (ONG, fundaciones u otras) o al mercado; bajo el supuesto de que así se aprovechan mejor las capacidades de innovación dispersas en la sociedad, en tanto el mercado y el tercer sector se regirían por los principios de eficiencia, transparencia, participación social, efectividad e impacto social (Cohen, Tapia, Navarrete, Gil, & Fanta, 2001).

Enlazado a ese discurso se asume que hay que perfeccionar los mecanismos de producción de conocimientos sobre los constantes cambios sociales a nivel nacional y global. Por lo tanto, se va fortaleciendo la idea de que la formulación y gestión de las políticas públicas mejora si se fundamenta en el conocimiento científico y tecnológico que se puede generar tanto desde el propio Estado, como especialmente a partir de organismos independientes especialistas en investigación (centros de estudio, universidades, entre otros). En ese escenario, se crean diversos Departamentos de Estudios en la mayor parte de los servicios públicos para producir o encargar a organismos externos las investigaciones que puedan apoyar la gestión de sus políticas.

La externalización de la producción de conocimientos implica que el Ministerio o Servicio responsable diseña las bases de los estudios requeridos y luego llama a concurso para la ejecución de este tipo de proyectos en los que participan instituciones y organismos de investigación del sector privado (universidades privadas, ONGs, Fundaciones, CAI –Centros Académicos Independientes- o empresas consultoras y de estudios de opinión) o de las universidades públicas; tales servicios se pueden subcontratar a través de encargos directos o mediante licitaciones públicas abiertas o cerradas a las que se invita a un subconjunto de personas o instituciones previamente calificadas a presentar propuestas.

Para el caso del SERNAM se trata de un Ministerio comparativamente nuevo, surge en 1990 cuando se recupera el régimen democrático, creado para impulsar la equidad de género como parte de las políticas públicas del Estado democrático<sup>68</sup>. En tanto se trata de un Ministerio relativamente pequeño, cuenta con una sola unidad, el Departamento de Estudios y Capacitación, encargado de apoyar todo lo relacionado con la realización de los estudios que el Servicio

---

<sup>68</sup> La creación de este Ministerio fue un logro del movimiento feminista chileno, el cual como ya detallamos fue parte de los movimientos sociales que lucharon por la recuperación democrática.

necesita. A su vez, cada una de las restantes unidades vinculadas a políticas sectoriales y de coordinación, participan en este proceso encargando investigaciones vinculadas a su función.

### **6.3.2. Cómo se encargan las investigaciones en SERNAM**

Cada una de las unidades ministeriales de SERNAM define temas de investigación de acuerdo a sus áreas de intervención, pero en este Ministerio –como en otros- se observa la carencia de una política de investigación integral vinculada a la necesidad de contar con conocimientos técnicos para la formulación y gestión de las políticas públicas, lo que permitiría al Ministerio optimizar los estudios que demanda (Garretón, Cruz, & Espinoza, 2010). Hay que señalar que se trata de un Ministerio que más que ejecutar una gran diversidad de programas, tiene la misión de instalar la dimensión de género como un eje transversal de las diversas políticas públicas del Estado. Por ende, uno de los desafíos para una política de investigación para el caso de SERNAM es su coordinación con otros Ministerios de modo que no solo las políticas públicas, sino también las demandas de conocimiento que éstas movilizaban, incorporen la dimensión de género en las diferentes esferas de la acción del Estado.

Con respecto al tipo de ejecución de los estudios de género, al momento de realizar el trabajo de campo (2009), constatamos que la norma era encargar todos los proyectos que se necesitaban a organismos externos al SERNAM. Tales estudios operan como servicios que se compran en el mercado, con lo cual el conocimiento –como mostraremos más adelante- pasa a ser uno más de otras tantas mercancías

- Si algún momento no llega a coincidir la investigación con la decisión política ¿Qué pasa ahí?
- yo te diría que si un ministro o una ministra ve que una investigación los resultado atentan contra la política de gobierno eso no se va a dar a conocer.
- ¿y de qué manera se comportan ahí los expertos?
- es como decía un amigo mío los técnicos se compran en el mercado y algunos piensan que los académicos también, pero no lo creo, pero uno encarga un estudio y si el estudio no coincide con la política o no da luces, el experto no tiene nada que hacer porque ya está pagado (Entrevista a funcionario de SERNAM)

Básicamente se argumentan tres razones para justificar la externalización: a) los estudios que requiere el Servicio implican tiempos que el Ministerio no puede asumir; b) el SERNAM no cuenta con un presupuesto para realizar directamente los estudios que requiere y, especialmente, c) la tendencia actual en el Estado es externalizar la adquisición de bienes y servicios, entre ellos la producción de conocimiento. Estos tres criterios encierran complejas paradojas en tanto la externalización favorece ciertos aspectos, pero también implica costos y/o riesgos. Con todo,



algunos de los funcionarios dejaron entrever que les gustaría que el Servicio pudiera realizar directamente los estudios que necesita.

Respecto de la ejecución directa de los estudios desde SERNAM, se argumentó que a principio de los 90' la experticia en la temática de género no estaba tan instalada fuera del Servicio. Sin embargo, también se discutió bastante si los estudios que realizaba directamente SERNAM eran o no “estudios”. Como veremos más adelante, esta es una discusión que aún permanece en las investigadoras feministas externas al Servicio, en tanto no todos/as consideran que los “estudios” que se realizan para el Estado puedan llamarse “investigaciones”, habiendo quienes sostienen que más bien se los debiera considerar como “consultorías”, cuya calidad “académica” es inferior. Este es un tema no menor para las discusiones sobre el tipo de conocimiento experto que demanda y usa el Estado para generar o gestionar sus políticas públicas, en tanto sabemos que cuando la información proviene de “estudios”, en general tiene una mayor legitimidad como conocimiento riguroso. La pregunta entonces es qué consideramos como consultoría y qué como estudios o investigaciones, y a su vez, cómo y quiénes definirán los parámetros que definen tales categorías:

No, para nosotros no son estudios son, por ejemplo, una consultoría, ¿a qué llamamos una consultoría?...un pequeño... una pequeña sistematización de algún tema específico que a nosotros nos parecía relevante para apoyar el trabajo sectorial (Entrevista a funcionaria SERNAM).

Sin embargo, habría que repensar la levedad con la que se asume la consultoría como un producto menos científico, en tanto las sistematizaciones suelen poner en juego traducciones de teorías y datos que avalan determinadas posiciones que fijan aspectos de la realidad en base a la legitimidad que aportan las fuentes científicas, en este caso, científico sociales y del campo de los estudios de género. Para nosotros son, por lo tanto, una forma diferente de circulación de tecnologías, de tecnociencia científico-social.

En cuanto a la práctica habitual de externalizar la ejecución, podemos hipotetizar que en tanto SERNAM es un Ministerio comparativamente nuevo respecto de los ministerios sectoriales como los de educación, vivienda y trabajo, no contaba con unidades de estudio con capacidades instaladas para poder ejecutar directamente las investigaciones. Por otra parte, la externalización permitiría contar con equipos de investigación especializados sin tener que contratarlos como funcionarios permanentes, algo que viene mediado por las restricciones presupuestarias y administrativas que actualmente operan en el Estado.

Con relación al tipo de ejecución en SERNAM, se prefiere optar por la licitación pública que supone abrir concursos para la ejecución de las investigaciones, dadas las presiones actuales por mejorar la transparencia de los gastos del Estado, aun cuando esta práctica es más lenta que el encargo directo a ciertas instituciones sin que medie ningún concurso. A su vez, para el caso de los encargos directos, tales deben estar fuertemente avalados por la experticia de los ejecutores. Para la selección de las instituciones –que son las que realizan las investigaciones - operan cinco criterios: a) administrativos; b) técnicos; c) económicos, d) la experticia de los ejecutores y e) la relación previa con SERNAM.

En cuanto a la relación entre el ministerio y las investigadoras, la apreciación generalizada de los funcionarios/as entrevistados es que la comunidad de investigadores en temas de género no es muy variada, lo cual hace que los nombres de las investigadoras y de las instituciones que se contratan o que se adjudican las licitaciones tiendan a reiterarse. Asimismo, los funcionarios ministeriales privilegian una cierta continuidad en el tiempo con los investigadores con quienes han tenido buenas experiencias previas; pero este deseo de mantener esas relaciones choca con la tendencia a la licitación pública, a la que pueden o no postular –y ganar la licitación- los equipos que ya conocen.

### **6.3.3. El uso de las investigaciones en SERNAM**

En la actualidad, una idea que toma fuerza dentro del campo de los estudios sobre política y conocimiento, es el análisis sobre los usos del conocimiento experto y/ o científico-técnico y su influencia en la formulación de políticas públicas. Para estos fines, destaca tanto la experiencia de los organismos internacionales como nacionales que han dedicado múltiples esfuerzos para la evaluación estratégica de dichos aspectos. En ese sentido, un ámbito en el que se observa con claridad el esfuerzo mancomunado de la academia, los gobiernos, los organismos internacionales y los movimientos sociales es el género. En este aspecto, las acciones emprendidas reflejan: a) el protagonismo que se le otorga a la investigación como fuente para mejorar el diseño de propuestas y la evaluación de políticas; b) la intención de difundir estudios y experiencias en diferentes países, que apuntan a promover la equidad de género; c) la preocupación por avanzar en la elaboración de metodologías y estrategias participativas y flexibles que permitan fortalecer la cooperación, el diálogo y el consenso entre los aparatos del Estado y la producción de estudios (Bloj, 2005).

De nuestras entrevistas a diversos/as funcionarios/as de SERNAM, se desprende que la investigación que ha demandado el Servicio ha tenido diferentes formas de uso; pero, en general, los funcionarios valoran la utilidad que ha brindado este tipo de conocimiento experto a las políticas públicas. No obstante, tanto en los funcionarios/as más directamente relacionados con el Departamento de Estudios, como en aquellos/as con más antigüedad en el Servicio, se dejó entrever una cierta crítica a lo que ocurría a finales de la década del 2000, en tanto percibían que el papel de la investigación para el Ministerio era mucho menos importante que lo que había sido a inicios del SERNAM, en los años 90'. En base a ese sentido compartido emerge una gran variedad de usos del conocimiento en relación a las políticas públicas, tanto en su génesis como en su gestión.

#### ***6.3.3.1. Conocimiento para la generación y gestión de las políticas***

Bajo esta dimensión distinguimos tres tipos de uso: apoyar la decisión de generar una política; fundamentar la creación de proyectos de ley y abrir nuevos temas para futuras políticas.

Al respecto, lo más reiterado por nuestros entrevistados/as, es que en SERNAM las investigaciones han permitido apoyar la decisión de generar una política, y ello adopta diversas formas, pero donde lo relevante es que los resultados de los estudios aportan la evidencia que permite afirmar, fundamentar o validar la decisión de crear políticas para la equidad de género.

Las autoridades son bien creativas digamos y ellas siempre están pensando en estudios que pudieran ser importantes para poder ir posicionando al SERNAM, estudios que sirvan para denunciar hechos o estudios que sirvan para hacer propuestas hacia las políticas públicas o una mezcla de las dos cosas...

- y en ese sentido los resultados de las investigaciones ¿se utilizan para fundamentar políticas públicas?

- sí, sí, de hecho sí, yo creo que los estudios se utilizan para fundamentar políticas públicas y es una de las razones por las cuales se encargan, yo creo que el mundo de la academia tiene que ser cada vez más capaz de, y también el Estado, de tener insumos que te permitan hacer políticas así...porque con el "tincómetro"<sup>69</sup> las cosas no resultan mucho...se necesitan datos objetivos con los que uno esté trabajando(...) Desde el mundo público al mundo político...lo que se busca a veces son cosas más concretas, o sea construir hospitales, puentes, edificios, trabajos...y todas estas problemáticas que son de género a lo mejor se ven como no tan importantes y si bien es súper importante para nosotros...pero hay que ir peleando literalmente para que esto se tome en cuenta (...) es como la respuesta que se da desde los distintos actores "ah es que el SERNAM está sobre ideologizado", así como que es poco objetivo, (...) a veces si alguien te pregunta por qué es importante que las mujeres accedan al mercado del trabajo o por qué no se quedan más en la casa o porque a lo mejor

---

<sup>69</sup> La entrevistada convierte en sustantivo un verbo de la jerga chilena "tincar" que equivale a "parecer", "considerar" o "creer" basado en criterios más bien arbitrarios o en creencias que no se fundamentan. Se usa como "me tinka".

hoy en día cuando las mujeres contestan y tienen más violencia por parte del marido...es porque no se entiende nada, entonces más que ideología yo diría un argumento básico para que el interlocutor pueda entender cosas fáciles, entonces porque si no... insisto si se le llama ideología eso...claramente es ideológico, pero yo lo llamaría argumentación para debatir con un nivel más adecuado (Entrevista a funcionario de SERNAM).

Tales políticas no siempre son de directa responsabilidad del Ministerio, sino que por la propia naturaleza del mismo, puede tratarse de una política transversal a todo el Estado o una que ejecute uno o varios otros Ministerios, pero es SERNAM quien debe defenderla e impulsarla.

...cada sector tiene que tomar decisiones, educación tiene que tomar definición, agricultura, salud, trabajo, todos tienen que tomar definiciones por lo tanto ya no te sirve que la gente de educación, trabajo, agricultura, interior sepa qué es género qué son las políticas públicas, cómo se hacen la políticas públicas con género, entonces ya no es solamente eso, ahora se necesita saber cómo influye exactamente las materias que trabajan educación, que trabaja agricultura, que trabaja trabajo, como infiere la temática de género en ese sector (...) con el tema PMG de género en todos los sectores, incluyendo la defensa, incluyendo la comisión de energía nuclear, incluyendo en todo, a la gente le cuesta hacer el calce entre género y energía nuclear, género y economía, género y defensa, género y orden público, no es fácil (Entrevista a funcionaria del SERNAM).

Este tipo de uso incluye, entre otros, el uso de diagnósticos que proveen de datos – especialmente cuantitativos- que avalan la toma de decisión sobre los cursos y formas de intervención tanto en las opciones políticas como en los programas a través de los cuáles ellas se implementan. Desde la perspectiva de las funcionarias/os de SERNAM, esta suerte de evidencia contribuiría no solo a tomar las decisiones sino también a lograr mejores resultados. Asimismo, este tipo de usos se relaciona con las decisiones de por dónde ir, qué priorizar y cómo fundamentar las políticas por las cuales se opta, así como seleccionar los tipos de aliados con los que luego SERNAM deberá articularse. Algunos de los ejemplos más reiterados de este tipo de uso corresponden a las políticas que han buscado revertir la violencia que afecta a las mujeres en Chile, y los programas de apoyo a las jefas de hogar. A propósito de tales temas aparece la herencia del movimiento feminista como el actor impulsor de la creación de SERNAM, junto a la influencia de las Conferencias Internacionales.

Ha habido políticas yo veo más o menos estables desde el ...desde el comienzo...por el hecho de que se ha tratado de un tema absolutamente nuevo...un tema del que se debía investigar mucho, había que ir haciendo mucho diagnóstico, porque estaban los diagnósticos generales que habían hecho los organismo de la ONG durante la época de la dictadura y que el movimiento de mujeres acoge para plantear sus demandas y todos los documentos que elaboraron las mujeres en esa época...entonces las primeras épocas yo me atrevería a decir que fueron fundamentalmente de diagnóstico, de profundización, fundamentalmente de algunos temas específicos que fueron acogidos inicialmente por el SERNAM, que eran el tema de la situación de las mujeres “jefas de hogar”, el tema de la violencia intrafamiliar, el tema de las trabajadoras temporeras especialmente las del agro o el tema de las muchachas embarazadas (...) y si mal no recuerdo esos eran los temas principales y en los cuales definitivamente se fueron haciendo estudios (...) porque fueron los temas que el movimiento de mujeres planteó con mucha intensidad durante la época, durante los últimos años de la dictadura, cuando se constituye la Concertación acogen el tema de “mujer” como un tema que merecía ser un tema de Estado y también bueno asumiendo

compromisos internacionales que se habían ido adquiriendo pero en gran parte por la presión de las mujeres acá, la presión de las mujeres por la democracia ... (Entrevista a funcionaria de SERNAM).

Por lo tanto, un tema muy significativo en SERNAM es el rol que cumple la investigación en las disputas por la visibilización de la inequidad y desigualdad de género, algo que por lo demás ha sido un tema clave en las relaciones entre el movimiento social feminista, y su alianza con los estudios de género.

Cuando efectivamente se hace un proyecto para un programa, para presentarlo a la dirección de presupuesto a través del MIDEPLAN o directamente a través de la dirección de presupuesto, todos los que son antecedentes teóricamente tienen que estar fundamentados en cifras estadísticas, en datos concretos de la realidad, y en ese sentido se incorpora lo más posible, pero por ejemplo, en temas como violencia intrafamiliar, que es otro de los grandes temas del SERNAM. eh...primero que no ha habido estadísticas en general sobre el tema; segundo que a la gente, a las mujeres les cuesta reconocer que efectivamente que han sido humilladas y mancilladas por decirlo así hasta ese punto; tercero, que los distintos organismos que están vinculados con el tema recogen distinto tipo de información, que recogen las mujeres que llegan al consultorio, cuántas llegaron con un chancacazo en el mate, que recogen la policía las denuncias, que...por la policía de investigaciones y que carabineros recoge denuncias, no solamente en muchos caso que no recogen la denuncia porque dicen “señora usted algo hizo así que usted tiene que responder por esto, etc.”...por lo tanto los aspectos de esa información que se recopilan, tampoco son consistentes y tampoco son coherentes en su totalidad, por lo tanto tampoco tienes información exacta sobre eso, pero se necesita reconstruirla (Entrevista a funcionaria de SERNAM)

De esta forma, la mayor parte de los funcionarios valora el aporte de los estudios para mostrar una realidad –la inequidad de género- de manera más objetiva y combatir mitos y resabios culturales que niegan o minimizan la discriminación de género. En ese sentido, el vínculo entre ciencia y política se hace más explícito: el conocimiento experto permite disputar las hegemonías sociales y culturales más tradicionales. En otras palabras, el conocimiento se convierte en un argumento potente para poder influir y decidir en torno a nuevas versiones de la realidad (Mol, 2002), tal como lo presentamos en el marco teórico, y que retomaremos al final.

- y en ese sentido ¿qué rol le cabría a la investigación en el SERNAM?  
- yo creo que un poco poner en evidencia eh...evidencia de distintas temáticas, por ejemplo buenas prácticas laborales o la importancia que tienen obviamente los temas de la violencia contra la mujer eh...el poder demostrar que existen las brechas salariales, o los costos que existen para el país producto de la violencia en contra de las mujeres eh...cosas que tienen que ver con la participación política de las mujeres eh...yo creo que hay un sin fin de cosas que es súper importante poner en evidencia para poder llevar resultados más concretos (Entrevista a funcionario de SERNAM).

Las otras dos formas de uso de los estudios de género tienen que ver con impulsar proyectos de ley y abrir nuevos temas de futuras políticas, pero fueron destacados con menos vehemencia por los funcionarios/as de SERNAM, que los otros usos que ya describimos. Especialmente los estudios vinculados a la violencia que afecta a las mujeres sirvieron de argumento a los proyectos de ley en esa misma materia que se impulsaron desde SERNAM. Desde nuestra perspectiva, nos

parece necesario ampliar la apertura a nuevos temas que puedan ser objeto de políticas públicas a partir del conocimiento producido por las investigaciones que encarga el Ministerio, aunque ello es más difícil en la medida que tales estudios suelen estar enmarcados en los temas de la agenda del momento que marca las orientaciones del Ministerio. Como ha argumentado Lourdes Méndez (Méndez, 2006, pág. 175), por necesaria que sea la constatación empírica que hacen los estudios de género sobre las condiciones de desigualdad de género, las representaciones juegan un papel central en la formulación de las políticas públicas de género, y si desde tales estudios solo se nutre a las instituciones que diseñan dichas políticas de representaciones acordes con sus “necesidades de autolegitimación”, se contribuye a legitimar políticas, leyes y campañas que no logran grandes cambios. Lo que hace falta entonces es cambiar a las instituciones.

En el ámbito de la temporalidad de la gestión de las políticas, el uso del conocimiento que arrojan las investigaciones se concentra en la situación *ex ante* y durante de los programas, la evaluación *ex post* de las intervenciones es bastante marginal.

Como esta es una institución nueva, las investigaciones tienen que ver con cómo nosotros vamos mejorando lo que estamos haciendo y en general las investigaciones entregan insumos que nos permiten finalmente mejorar estos diseños que estamos implementando, y se trata de que en su implementación efectivamente respondan a las sujetas a las cuales están orientadas, a sus necesidades, que estas investigaciones nos permitan a nosotros decirles a los otros por donde ir...porque es distinto que vayamos nosotros y les digamos “mira a lo mejor esto hay que hacerle ajustes...” ¿no? porque es nuestra palabra, si lo dice una investigación tiene mucho más valor, entonces nos permite llegar a la institucionalidad, a las distintas instituciones para decirles donde hay que hacer ajustes, porque la investigación así lo dice (Entrevista a funcionaria de SERNAM)

De este modo, los estudios encargados por SERNAM han contribuido a definir la factibilidad de llevar adelante un programa, levantar diagnósticos del problema, caracterizar a los sujetos de atención o modificar su ejecución, pero mucho menos a evaluar proyectos y programas. Esto aparece así tanto en el discurso de los funcionarios/as como en el análisis que realizamos de diversas investigaciones del ministerio (Garretón, Cruz, & Espinoza, 2010). Una hipótesis posible es que se evite evaluar para no correr el riesgo de enjuiciar negativamente la pertinencia de contar con políticas en un ámbito nuevo y aun no del todo legitimado como es la equidad de género, en vez de juzgar cómo tales políticas se han diseñado e implementado. Otra posibilidad es que se suele entender la evaluación mucho más ligada a conceptos de eficiencia y eficacia entendidos desde enfoques de la economía y la ingeniería, por lo que aquí los estudios de género podrían aun carecer de dispositivos que disputen cómo entender, investigar y medir tales criterios.

### **6.3.3.2. Uso para las relaciones internas y externas al Ministerio**

En la segunda dimensión, *los usos para las relaciones internas y externas del Ministerio*, los estudios realizados para SERMAN han permitido una gran variedad de utilidades. Este tipo de uso tiene relación con considerar al Ministerio, encarnado en sus autoridades y funcionarios, en tanto actor social que debe relacionarse hacia el interior de sus unidades y con otros actores externos tales como otros ministerios –particularmente Hacienda para efectos de negociar el presupuesto-, parlamentarios, medios de comunicación y en menor medida empresas privadas. Para relacionarse con tales actores los resultados de las investigaciones en un tema emergente como son los estudios de género han sido un recurso que ha permitido empoderar a SERNAM como un interlocutor válido a la hora de influir y negociar.

A los estudios se les da mucha importancia, porque nosotros sabemos que estos son elementos que te permiten eh... sentar bases para mejorar...para una mejor eh...aceptación del otro lado respecto a lo que nosotros estamos diciendo, ya o sea no es lo mismo que tú te sientes con un empresario o un servicio público a decirle “mira nosotros queremos que...” a decirles “mira el estudio tal ha realizado tal o tal bla bla da cuenta que...ta ta ta”, hay una diferencia clara, no es lo mismo, es como hablar desde las percepciones, desde el “yo creo” al...”está estudiado” “se demostró” y “científico” no sé estoy haciendo una caricaturización pero es un poco eso, no es lo mismo” (Entrevista a Director/a de Unidad de SERNAM)

...porque cuando yo te digo que nosotros conjuntamente trabajamos con los otros actores tiene que ver incluso con otros más, tienen que ver con legislación o sea la propuesta de ley de derecho salarial tiene que ver realmente con todo este proceso porque muchas de las situaciones que afectan hoy a las mujeres por discriminación por razón de sexo, requerirán también algunas situaciones de legislación al respecto y para poder legislar y que a los parlamentarios les haga sentido este tema, tienen que tener o sea ... argumentos sólidos que les haga convencerse que es necesario hacer esto” (Entrevista a funcionaria de SERNAM).

... nos permite generar elementos para fundamentar, por ejemplo con Hacienda el tema de que existan a lo menos un criterio de género a la hora de definir presupuestariamente que..., qué se financia y qué no se financia, eso es distinto con un estudio (Entrevista a funcionario de SERNAM)

En el ámbito interno, los funcionarios valoran especialmente el conocimiento social como un recurso que permite mejorar la gestión pública en diversos sentidos: especialmente estimulando la discusión interna en base al conocimiento para debatir y acordar los cursos de acción del Servicio y mejorando sus procesos de gestión, por ejemplo, apoyando la coordinación y empoderamiento de los equipos regionales en un país altamente centralizado. En menor medida aparece también el tema de apoyar los discursos de las sucesivas Ministras de SERNAM, sea para nutrirlos o reorientarlos.

Mira nosotros tenemos como objetivo el trabajar con funcionarios públicos, nosotros como departamento del SERNAM trabaja capacitación en otros ámbitos, trabaja en jefas de hogar, en

violencia, en participación, en buenas prácticas laborales, pero en el caso del departamento de estudio nosotros trabajamos fundamentalmente con los trabajadores públicos, nuestros objetivos son los funcionarios públicos. Y de hecho nosotros tenemos ahí una malla curricular a través de la cual estamos capacitando, el año pasado capacitamos 7800 funcionarios públicos, ahora todo esto no está ajeno a los estudios, porque nosotros capacitamos en materia que están siendo trabajadas por los estudios, como son: el área de violencia, el área de concepto de trabajo doméstico no remunerado y una serie de otros temas (Entrevista a funcionaria de SERNAM).

Ha habido investigaciones que no te las puedo mencionar que han hecho cambiar de rumbo a la ministra, claramente, cambiar de discurso político (Entrevista a funcionario de SERNAM).

Sin embargo, el mayor uso del conocimiento se observa en las relaciones del SERNAM con su entorno. Y aquí retomamos lo ya señalado, el conocimiento experto actúa como una fuente de “verdad objetiva” que permite al SERNAM negociar e influir. Entre tales usos lo más reiterado por los funcionarios fue la sensibilización de la opinión pública respecto de las desigualdades de género (un ejemplo claro ha sido legitimar que la violencia contra las mujeres no es un asunto privado sino público y que es un problema social que afecta a muchas más mujeres de lo que desde el sentido común se sostenía) y negociar y validar la necesidad de políticas de género transversales en el Estado. Respecto de esto último destaca, por ejemplo, la necesidad de coordinar políticas conjuntas a nivel de la descentralización y la intervención territorial con perspectiva de género y en general la planificación del Estado a través de los PMG de Género (Programas de Mejoramiento de la Gestión).

Yo creo que ahí hay dos ámbitos, uno que tiene que ver estrictamente con la tarea del SERNAM, porque el SERNAM también tiene agenda de Género, o sea también forma parte del gobierno en ese compromiso. Y hay otro que le corresponde a otros sectores que no son el SERNAM, donde lo que hacemos, es muchas veces es buscar apoyo investigativo para tener información que la verdad nos permite incidir en la política pública de los 8 sectores. Por ejemplo, eh, se hizo un estudio sobre la obtención de subsidios habitacionales Y ese estudio desagregado por sexo, y con análisis de sexo. Eso fue una herramienta esencial para que la sectorialista del MINVU lograra dar cumplimiento al objetivo de que existiera una ponderación distinta para el subsidio habitacional para las mujeres. Pero también este estudio nos pone en un tema que tiene que ver con, con el matrimonio de sociedad conyugal, cuestión que todavía no podemos resolver, pero y a partir de esta investigación nosotros nos damos cuenta de que si bien es cierto se puede instalar en la política pública el tema del subsidio habitacional para que las mujeres sean acreedoras del subsidio, hay un tema que es más grueso que tiene que ver con cuál es el régimen con que tú te has casado y que eso determina finalmente la propiedad de la casa y el régimen de sociedad conyugal es un régimen que es horroroso para las mujeres (...) Y otro ámbito que tiene que ver con estudios que le sirven al SERNAM para poder instalar como política pública programas que está desarrollando, por ejemplo, programa de Jefas de Hogar, por ejemplo los centros de violencia o las casas de acogida, por ejemplo, claro porque uno dice ¿es la responsabilidad del SERNAM dar la protección a las víctimas de violencia? Porque son mujeres, no, o sea eso también debería ser patrimonio del Ministerio Público (Entrevista a funcionaria de SERNAM).

Llama la atención que las relaciones con las organizaciones sociales, especialmente el movimiento de mujeres, no tenga mucha relevancia en estas relaciones que los propios funcionarios señalan como un ámbito donde el conocimiento experto aporta argumentos y



respaldo. Hay indicios de algunas prácticas de difusión de resultados a ciertas organizaciones de mujeres, pero son marginales. Mientras que la relación con las empresas privadas comienza a vislumbrarse como un nuevo actor frente al cual el SERNAM se valida a partir del conocimiento en el cual se basa, nos referimos a la intención de impulsar una suerte de certificación de equidad de género en las empresas privadas como parte de los compromisos con las buenas prácticas laborales.

O sea, yo creo que lo fundamental de la investigación tiene que ver con ser insumo o para la generación de normativas o de política pública, y luego otro ámbito que siempre va aparejado que tiene que ver con la difusión, por ejemplo en el caso de la ley de cuotas, nosotros lo transformamos en un díptico, porque a nosotros nos interesa que las mujeres, que no se van a leer el estudio, pero que tengan algún brochazo de información en relación a que la inequidad en participación política es inaceptable ¿cierto? Entonces el estudio nos dio datos súper gráficos (...) hicimos 150 mil dípticos y lo repartimos por todo el país. Y nos juntamos con mujeres militantes de los partidos políticos, porque las mujeres que están dentro de los partidos son el sujeto central, porque son ellas las que estando dentro tienen que provocar los cambios, porque además son ellas las que con mayor probabilidad podrían estar en ser candidatas (Entrevista a funcionaria de SERNAM).

Con todo, el tipo de demandas y de uso del conocimiento de género de parte del Estado ha ido cambiando con los años, de acuerdo a los cambios en el contexto, las orientaciones de las políticas públicas y la contingencia que supone el cambio de Ministras; pero la acumulación de conocimiento ha sido una condición base para poder sustentar los cambios.

Nosotros hoy día tenemos súper claro donde tenemos que colocar género a los instrumentos de gestión o planificación o a los instrumentos estratégicos, del gobierno regional, del gobierno local, que hemos decidido que son los instrumentos de la inversión de la región (...). Eso lo hemos decidido porque hemos hecho un trabajo previo antes eh que se inició con estudios, que se inició con trabajos con alguna consultora, que hicimos un análisis de todo el país, o sea, es una acumulación hoy día nos dice que esos son los puntos estratégicos” (Entrevista a funcionaria de SERNAM)

Nosotros tenemos estudios de violencia que se hicieron hace varios años atrás, después se hicieron en regiones, pero yo diría que estudios en tema de violencia de prevalencia no debe haber por lo menos los últimos tres años, y la situación de la violencia intrafamiliar ha cambiado eh profundamente y ha variado con todas la líneas de trabajo que nosotros tenemos, hoy día o sea que la gente denuncia, donde tenemos casas de acogidas, donde tenemos centros de violencia, donde tenemos centros de violencia en todas las provincias del país, donde tenemos casas de acogidas en todas las regiones del país y se van aumentar a 36 nuevos centros de violencia, en esas condiciones hay que hacer un estudio (Entrevista a funcionaria de SERNAM).

#### **6.3.4. Relación de las investigadoras feministas con el Estado: Una forma de pesquisar la parcialidad**

En el debate sobre el papel de la ciencia en el desarrollo e implementación de las políticas públicas, hay diversos autores que han aportado a la construcción de modelos conceptuales para entender cómo es –y en muchos casos como debería ser – la relación entre el campo científico y

el de la formulación y gestión de las políticas públicas (por ejemplo, Funtowicz & Stand, 2007; Ginsburg & Gorostiaga, 2005; Bloj, 2005). No obstante, la mayor parte de ellos asume que son dos esferas separadas e idealmente autónomas, y de lo que se trata es de mejorar los vínculos entre ambas. Como hemos señalado, nuestra perspectiva se nutre más bien del supuesto contrario, aquél que sostiene que ciencia y sociedad coevolucionan y están indisolublemente enlazadas, y que aún más, los proyectos para mejorar la democratización de la ciencia y la sociedad exigen un análisis que vincule áreas que se han pensado como estancos separados (Harding, 1998, 2008).

Por lo tanto, puestas en una suerte de observación de segundo orden, guiadas por los intereses que motivaron esta investigación de tesis doctoral, nos hemos concentrado en el análisis de las entrevistas a diversas investigadoras feministas que han realizado estudios para SERNAM, y allí hemos identificado cuatro modos de vincularse con este Servicio, que nos sirven para intentar aterrizar cómo se puede dar cuenta de la parcialidad en las prácticas de la investigación orientadas hacia las políticas públicas.

#### ***6.3.4.1. Investigadoras fundadoras, testigos privilegiados e influyentes de las políticas de género***

Un primer tipo implica una inserción heterogénea en el Estado, por ejemplo, a través de la producción de investigaciones para el Servicio, pero también como asesora externa opinante de las políticas de la institución.

Este tipo de relación se hace desde un protagonismo que nunca es solo individual, aunque el “yo” es un hablante privilegiado, sino que se entrecruza permanentemente con un “nosotras” que remite a la doble militancia de estas investigadoras: la inserción académica en los CAI y la militancia en el movimiento de mujeres durante la dictadura militar que a su vez combinaba el proyecto político del feminismo con la lucha por la recuperación democrática. En ese sentido, al pensar en su vínculo con SERNAM, este tipo de investigadoras no puede evitar retrotraerse a esa memoria que es personal y colectiva, y que remite al pasado del movimiento feminista durante los años 80’. Por ende, la investigación que se ha realizado para el Estado a partir de los 90’ viene marcada por esa historia previa en la que el saber académico expulsado de las universidades estatales intervenidas por los militares, se alojó en los CAI. Asimismo, nos encontramos frente a un tipo de sujeto que apela permanentemente a su *vínculo o experiencia*

*personal* en su relación con el Estado, aún más, se relacionan con el Estado a través del SERNAM como un “otro”, un actor, con el cual interactúan en cuanto tal.

Lo que pasa es que mi experiencia con el SERNAM es extraordinariamente variada y heterogénea porque ha pasado por muchas etapas, entonces yo he tenido todo tipo de experiencias con el SERNAM, desde que yo fui parte de la comisión que inventó SERNAM, cuando éramos Concertación de Mujeres por la Democracia y formamos comisiones de programa, yo estuve en la comisión que diseñó y propuso que se incorporara a este programa de gobierno, de ahí para adelante yo tengo una relación con el SERNAM, pero ha sido una relación bien especial porque, porque a veces digamos es como de mucha influencia y después como que desaparece. Eh, yo tuve también bastantes contribuciones pero que ni siquiera son como de investigación, sino que también como apoyo cuando se formuló el Programa de Jefas de Hogar, estaba recién partiendo el SERNAM, entonces para validar cuestiones, para debatir propuestas, para (...) simplemente como asesor, como experta, pero cero mando, digamos, nunca hice una investigación formal. Después, en esa época yo no hice ninguna cosa del SERNAM porque yo estaba metida de cabeza en (...) entonces lo que sí hice que fue como esta alianza de traspasarle de lo que nosotros estábamos haciendo como documento de trabajo para las primeras publicaciones de SERNAM... (Investigadora N° 1, pág. 3).

La forma de referirse al vínculo con SERNAM no es la característica de un investigador externo al Servicio, sino de alguien que ha *participado* en el sentido casi de *ser parte* de esta unidad del aparato público aun cuando nunca ha sido funcionaria estatal sino siempre una investigadora y asesora externa al Servicio. No es solo que se vinculen con el SERNAM como consultoras externas que proveen estudios, sino que aunque se sitúan fuera del Estado su forma de relacionarse con éste tiene una cercanía tal que las hace referirse a su “*participación en el SERNAM*”. No se trata de investigadores externos separados y distantes –como ocurre con los y las investigadoras de otros ministerios según lo vimos en el citado estudio Fondecyt (Garretón, Cruz, & Espinoza, 2010) sino profundamente implicados en la historia del Servicio, que a su vez se encarna en un “ellas”, las mujeres que allí se han desempeñado en tanto funcionarias y directivas.

Pero además yo he participado en muchas actividades del SERNAM, entonces es una cosa media especial con ellas (Investigadora N° 1, pág. 6).

En la cita previa a la anterior, podemos interpretar la diversidad de roles que la investigadora relata en su relación con el SERNAM como un ejemplo de la articulación (Haraway, 2004) entre política y conocimiento que se va modificando según cambia el contexto político: durante la dictadura las mujeres académicas participan tanto en los CAI como investigadoras comprometidas con las luchas del movimiento feminista, como en el movimiento por la recuperación democrática en una práctica política de oposición al gobierno de facto y al Estado autoritario (Valdés, 2000); durante la transición son actrices políticas protagónicas en la definición de una institucionalidad pública orientada a la equidad de género a través de la creación del SERNAM, y en las últimas décadas operan como investigadoras para el Estado al

proveer de estudios que apoyen la creación y gestión de políticas de género. No han sido parte del Estado, pero tampoco son ajenas a él, por lo que la distinción pertenecer al Estado o la sociedad civil es mucho menos ilustradora de lo que supone el concepto de articulación entre el campo académico-militante de los estudios feministas y el campo de las políticas públicas estatales de género. A su vez, si se enlaza este tipo de vínculo con el pasado autoritario, estamos frente a investigadoras que han estado contra, con y para el Estado en diferentes funciones y momentos históricos, siempre desde la doble pertenencia a la academia y al movimiento de mujeres.

A su vez, este tipo de articulación supone diferentes niveles de influencia en el Estado a lo largo del tiempo, pero aunque tales sean cambiantes, se trata siempre de un tipo de actor que se reconoce con esa capacidad de incidir en las políticas públicas de género desde el espacio académico-político de los CAI. Tal influencia supera la mera producción de conocimientos expertos a través de la investigación social, en tanto el rol de *asesora* opera tanto para *proponer* y *debatir propuestas*, como para *validar* líneas de acción del SERNAM. Esta diversidad de formas de colaboración no opera solo como acciones hacia el Estado, sino que se llegan a experimentar como parte de la propia identidad de estas mujeres que a su vez se sienten parte de la “*invención*” de este Servicio.

Estamos, por tanto, ante un tipo de sujeto que es más que un testigo espectador (*yo estuve*), es alguien que se sabe protagonista (*fui parte...*) y fundador de esta división del aparato público (*de la comisión que inventó...*), en tanto sujeto individual (*yo... si hice...*) y colectivo (*cuando éramos... formamos*). Toda esta forma de vincularse con el Estado supera los límites y formas de la investigación tradicional, de ahí la advertencia del *nunca hice una investigación formal*, pero sin negar que hay una forma de producción de conocimientos implícita, lo cual viene de parte de una investigadora formada y formadora en y para la academia más tradicional (universidad), además de su desempeño en los CAI.

Asimismo, este tipo de relación con el aparato público se asume como parte de un *compromiso personal* a partir del cual lo que se realiza para el Estado sobrepasa cualquier cálculo meramente racional-instrumental, en tanto se entrega más de lo que se ha establecido. Sin embargo, este superávit también incluye una cuota de poder: se logra modificar incluso lo que el Servicio demanda de una consultoría externa. En ello observamos no tanto una lógica de sacrificio como de orgullo por poder incidir (*decirles vaya para allá vayan por acá*). No estamos frente a

investigadoras distantes que solo ejecutan los pedidos del Estado, sino ante un tipo de sujeto implicado que transforma la petición. Esa capacidad de incidir en las orientaciones del Estado se vive como una particularidad de su experiencia personal (*lo que me ha pasado a mí*) que rompe la normalidad de un profesional-consultor que hace solo lo que se le pide, de ahí la necesidad de marcar el *yo reconozco*. Es precisamente en este plus de las investigadoras feministas donde más se aprecia cómo los saberes acumulados en el campo de los estudios de género se van traspasando al Estado, en tanto los términos de referencia se redefinen incluso para ampliar los saberes que demanda el Estado desde un conocimiento más *convencional* hacia otro más crítico.

Absolutamente. Eso es lo que me ha pasado a mí con el SERNAM. Yo siempre he tenido una relación de un poco decirles vayan para allá, vayan por acá, cuando les hemos hecho trabajos, les hemos cambiado los términos de referencia, les hemos la mayor parte de las veces, miren, ustedes necesitan... y siempre le hemos hecho más de lo que necesitan, es una cosa un poquitito no muy inteligente del punto de vista de tecnología y recursos sin ningún compromiso, yo reconozco que lo que he hecho en el SERNAM ha sido mucho de compromiso personal (Investigadora N° 1, pág. 3).  
“... en la consultoría en SERNAM generalmente son los términos de referencia, y a través de los términos de referencia tú vas (...), lo que yo he sentido es que el SERNAM se fue construyendo al mismo tiempo internamente que externamente entonces creo que uno ha intervenido mucho también en precisar esos términos (Investigadora N° 2, pág. 3).

No, sabes qué, funciona, a ver, cuál es nuestra relación... el equipo son mujeres, las contrapartes que nos tocan en las investigaciones son mujeres... muchas veces, no tiene idea, no tienen una matriz de lo que quieren, sino que saben algunos resultados de lo que quieren obtener. He y yo te diría que siempre está muy ligado al conocimiento convencional, entonces, las veces que nosotros nos hemos sacado las licitaciones es porque ponemos un plus, que no es lo convencional (Investigadora N° 4, pág. 8).

En este tipo de vinculación de las investigadoras con el SERNAM lo profuso del quehacer para el Estado reaparecerá una y otra vez, por ejemplo, superando lo que la memoria permite recordar. Lo mismo ocurre con la forma en que esta narración se expresa como parte de la vida de las investigadoras, un quehacer que se valora y recuerda con orgullo porque se *hizo* algo en un momento clave para el país –durante la transición democrática- cuando *no había nada* (Investigadora N°1, pág. 6). De ahí que una metáfora que nos sirve para condensar este tipo de vinculación con el Estado es la figura de la *investigadora fundadora*. Un artefacto que bien expresa esta saturación del quehacer para el Estado como parte del recorrido personal es el currículum, que en un doble sentido material y semiótico nos grafica cómo el SERNAM ha sido parte de la historia personal y del dispositivo que la presenta.

Ese fue un estudio encargado por ellos [el SERNAM] y tratando de acordarme casi debería abrir mi computador, mi currículum, para acordarme de todas las cosas que hemos hecho, así que yo he hecho distintas cosas así, pero, eh.. (Investigadora N°1, pág. 4).

A su vez, hay que tener en cuenta que en este tipo de vínculo con el Estado la relación con las investigadoras se reafirma en su carácter *personal* en tanto el contacto y las confianzas se configuran no tanto por la pertenencia institucional a los Centros de Estudio como por su identidad personal. Algo que es coincidente con lo que relataron las funcionarias/os del Servicio que entrevistamos al señalarnos que preferían la modalidad de los encargos directos a la hora de ofertar los proyectos de investigación porque de ese modo se aseguraban la experticia de los equipos de investigación en cuanto a la perspectiva de género. A nuestro juicio, ello ocurre por el trasfondo de lo no dicho en las entrevistas: el SERNAM se crea y mantiene por sus alianzas, redes y vínculos que lo unen al movimiento de mujeres. Esta dimensión implícita está operando como el trasfondo de lo no dicho por obvio, la creación del SERNAM fue un logro del movimiento feminista una vez recuperada la democracia en Chile.

En síntesis, el esquema observador de este tipo de entrevistado que condensa una forma de relación de las investigadoras feministas con el Estado puede resumirse en un sujeto que se sabe protagonista, fundadora, orgullosa de lo hecho, generosa en su labor para el Estado (han hecho más de lo que les pedían), comprometida *personalmente* con el SERNAM, y con importantes cuotas de influencia. Este tipo de sujeto permanentemente recorre su historia con el SERNAM enfatizando la gran cantidad de colaboraciones que han realizado, y con una apelación a la entrevistada muy atractiva: “mira...” –mientras revisa su currículum- que se reitera una y otra vez. Con esta regularidad del discurso podemos hipotetizar que una buena figura es la del testigo privilegiado que recuerda, muestra, entrega.

Espérate que yo sepa que tengo más cosas de las que te estoy mostrando. Aquí, mira, ‘Análisis de...’ aquí está la implementación de acciones, ésta es del 94... (Investigadora Nº 1, pág. 6).

Considerando la relación de las investigadoras con SERNAM, una variante de este primer tipo de investigadora se caracteriza por un tipo de vínculo menos intenso, pero que igualmente se sabe influyente; la diferencia radica en que se han realizado menos investigaciones para el Servicio, pero de igual modo se interpreta este tipo de colaboración como un trabajo con sentido, desde el cual se ha podido influir en el Estado. Desde esta variante no necesariamente la relación ha operado desde la demanda del Estado de investigaciones realizadas para el Servicio como parte de la producción y gestión de las políticas públicas, sino que a través de la contratación de la investigadora que puede aportar resultados de otras investigaciones, por ende, se le demanda más bien en su calidad de experta en el tema de género, por ejemplo, a través de su aporte a la reflexión y capacitación de las funcionarias/os del Servicio. Lo común con la investigadora anterior, es –por una parte- el convencimiento que se tiene sobre la importancia de las

colaboraciones que ha realizado para SERNAM en el sentido de sentir que se ha influido en el Servicio a partir del uso que se ha hecho del conocimiento que ella ha aportado. Y –por la otra– que se mantiene el énfasis de un hablante implicado, fuertemente *interesada* de modo personal en los temas en los cuales ha colaborado.

- ... en lo referente a la investigación para SERNAM ¿Cómo ha sido? ¿Desde cuándo que están haciendo?

- Sí, sí, eh, yo te diría que yo creo que, a ver te voy a decir que las investigaciones que he hecho para SERNAM, primero hice una investigación que no era para SERNAM, pero cuyos resultados pudimos utilizarlos después, que era una investigación que se llama ‘Género en (...)’, que es muy antigua, que esa la hicimos con financiamiento de (...), y que fue muy bueno, y yo creo que si como tú dices, hasta qué punto los resultados sirven, yo creo que si esa investigación sirvió mucho como para poner algunos conceptos como el tema de cómo las políticas públicas son procesos que se construyen, cómo se había construido una agenda feminista, cómo había entrado a la agenda pública, como en el Estado habían no solo procedimientos burocráticos, también había cultura institucional y todo (...). Y yo creo que eso, de alguna manera, a través de la investigación y a través de, a través de capacitaciones a funcionarios fue transferido (Investigadora N° 3, pág. 2).

#### **6.3.4.2. Desde la producción de investigaciones “irrelevantes”**

Un segundo tipo de relación de las investigadoras feministas con el Estado dista del anterior en tanto se interpreta que los estudios que se han realizado para SERNAM corresponden a trabajos sin mucha relevancia, a propósito de demandas puntuales. Una investigadora ejemplifica este tipo de vínculo donde se demanda un estudio sobre un problema que afecta la vida de las mujeres y que ha sido objeto de una política pública específica de SERNAM. No obstante, como en el caso del tipo anterior, se repite el hecho de que se trata de una colaboración con un sentido fundador, vale decir, desde la creación del Servicio, y que luego se ha diversificado ampliando su rango desde el SERNAM a otros ministerios. Una diferencia importante, eso sí, es que se trata de una colaboración para SERNAM menos prolífica que la anterior, mucho más espaciada en el tiempo y a la cual se llega desde una especificidad académica más focalizada.

A ver, creo que las primeras cosas que hice para el Estado chileno fueron del SERNAM y fueron cuestiones bien puntuales. Entre las temporeras<sup>70</sup> y entre pesticidas y temporeras y no sé qué (...) y esto está vinculado, me da la impresión, a que hay un programa de temporeras del SERNAM. Porque cuando se crea el SERNAM, el tema, dentro de los que se coloca es el de los temporeros, era del año ’92 (...) Entonces, eso fue lo primero que yo hice. Después, en el año 2004 fue en la Dirección del Trabajo, migraciones a Copiapó, vinculado con el trabajo temporal. Después este año Bienes Nacionales sobre el impacto de la (...) por sexo de la propiedad. Y ahora estamos (...) en la Defensoría Pública con un trabajo sobre Delitos de Mujeres, imputadas mujeres (...) (Investigadora N° 2, pág. 2).

---

<sup>70</sup> Trabajadores, especialmente mujeres, que trabajan por temporadas en el campo, especialmente tras la industrialización del trabajo agrícola.

Sin embargo, la diferencia más importante con el primer tipo de vínculo de las investigadoras feministas con el Estado, es que en este segundo caso no estamos frente a una investigadora que se sabe relevante por la importancia que ha tenido la producción de estudios para la generación y gestión de las políticas públicas de SERNAM; por el contrario, se evalúa que tales estudios han sido irrelevantes y precarios.

Mira, yo creo que lo que te pide el Estado es a la pinta de la política pública, entonces no se hacen preguntas muy sustantivas sino preguntas prácticas, creo que se ha perdido mucha plata en hacer investigación irrelevante. Yo he quedado satisfecha con lo poco que he hecho, por placer, y por la importancia que yo le asigno al tema, o sea las migraciones, migraciones internacionales, regionales, sistemas de trabajo en la agroindustria, y además que he podido hacer investigaciones con más tiempo, con preguntas más interesantes (...) fueron como seis meses ( ...) Fue larguísimo, larguísimo, porque para el Estado, los son por 1 mes, 2 meses, 3 meses, que se yo, y no sé para qué diablos sirven (...) y Yo creo que una investigación en menos de 6 meses no te va a decir bien las cosas (Investigadora N° 2, pág. 3).

Es interesante considerar los criterios que usa la investigadora para tildar las investigaciones en las que ha participado como *irrelevantes* en tanto nos remite a una distinción entre investigación con cierta profundidad y pausa v/s la investigación apresurada, donde la segunda aparece con un estatus inferior porque se trata de investigaciones más cortas<sup>71</sup>, comparativamente con los estudios más típicos de la investigación académica clásica. Nos encontramos así con prácticas de producción de conocimiento que parecen vaciarse de sentido, de ahí la pregunta-reclamo que se hace la investigadora respecto de la utilidad de tales estudios. Con todo, esta investigadora, tal como la anterior, incluso frente a este tipo de evaluación de su propia práctica permanece implicada y logrando darle un sentido a su quehacer en tanto los temas de los estudios en los que ha colaborado son los temas que le interesan como investigadora feminista.

Esta evaluación negativa de los estudios, por estar muy centrados en las necesidades coyunturales de la política pública y realizados bajo condiciones de tiempo reducidas, se asemejan a la calificación que otras investigadoras hacen de los estudios realizados para el Estado como *consultorías*. En general, ese tipo de producción de conocimiento es más bien tildada como *producción de información*, y catalogada como de menor importancia que la investigación académica clásica. Esto supone una serie de desafíos para las relaciones entre conocimiento y política, en tanto puede haber un mayor riesgo de invisibilizar la responsabilidad del

---

<sup>71</sup> De acuerdo al análisis que hicimos de las investigaciones de las otras seis unidades ministeriales, la mayor parte de los estudios que se producen y demandan en el Estado son precarios en términos de tiempo, equipos de investigación y alcance (Garretón, Cruz & Espinoza, 2010).



conocimiento técnico dada su supuesta menor relevancia. Volveremos sobre este desafío al final del capítulo.

Con todo, cabe preguntarse cómo en este segundo tipo de relación de las investigadoras feministas con el Estado, marcado por la autocalificación de haber realizado estudios *irrelevantes*, opera la capacidad de agencia de las investigadoras, cómo o cuándo su actuar se reviste de algún tipo de relevancia. Dicha capacidad la encontramos en el ejercicio de la crítica material, cuando las investigadoras han podido denunciar situaciones de opresión a las mujeres u otras categorías subalternas precisamente porque sus temas de investigación están orientados a visibilizar, comprender y denunciar tales situaciones.

- Y entonces, cuando te ha tocado hacer investigación para el SERNAM ¿puedes tener la misma libertad que tienes cuando haces investigación en el campo de género que no es para el Estado o has tenido más restricciones?

- Es que mira, son tan irrelevantes los temas de investigación que he tratado, que he hecho para el SERNAM, que pesticidas (...) Ahora, me tocó exponer en la investigación de los inmigrantes ante funcionarios públicos y empresarios en Bahía Inglesa, Copiapó. Ahí quedó la pedrería, pero nadie me coartó, pero los empresarios estaban indignados (pág. 5) (...)

A ver, cuando di a conocer los resultados en Copiapó, yo les dije a los empresarios, ustedes esconden a los menores de edad y a los indocumentados, cuando llega la Inspección del Trabajo. Entonces, ellos me dijeron, eso no es objetivo (...) a ver, se cree que las estadísticas son objetivas, tú puedes hacer lo que quieras con las estadísticas, con los datos cualitativos, con los cuantitativos (Investigadora N° 2, pág. 14)

Por otra parte, en este segundo tipo de vínculo con el Estado, cuando la investigación producida para SERNAM es calificada como *irrelevante*, el trabajo realizado no supera lo que demanda el Servicio. No hay, como señalamos para el caso anterior, una intervención de las investigadoras en los términos de referencia de los estudios, en las formas de llevarlos a cabo o en el curso que siguen luego las políticas públicas relacionadas con la investigación...

- ¿Hay algún acompañamiento mientras duran las investigaciones? ¿Qué se puedan negociar los objetivos, si no son muy relevantes, si tú puedes sofisticar la pregunta de investigación para que sea más profunda o algo así? ¿O en general hay que atenerse a los términos de referencia?

- Mira, lo que a mí tocado, a ver, lo primero es que considero que en las investigaciones, las pocas que he hecho para el Estado, más bien para la Dirección del Trabajo y hoy día hay una que estamos haciendo con Bienes Nacionales, ha sido muy buena la relación, todo el procedimiento, pero las que he hecho para SERNAM son más chiquititas, más puntuales, no son significativas, entonces qué te puedo decir... (Investigadora N° 2, pág. 5)

Asimismo, si en el primer caso primaba la sensación de haber influido en las políticas públicas a partir del uso que se había dado del conocimiento producido por las investigadoras en los estudios realizados para SERNAM, en este segundo caso el vínculo con la contraparte estatal se mantiene solo mientras dura el estudio por lo que desconocen qué ha pasado con el uso posterior de la información generada por la investigación. Una vez más, esta calificación se remite a

SERNAM porque la propia investigadora comparará esta limitada experiencia con otras dependencias del Estado –como la Dirección del Trabajo– en las cuales la relación ha sido distinta, mucho más articulada y estable en el tiempo, y donde los equipos de investigación participan al menos de la difusión de los resultados con actores relevantes vinculados a los problemas públicos que afectan la vida de las mujeres y que han estado en el centro de las investigaciones realizadas. Al indagar en las razones que pudieran explicar esta diferencia con SERNAM destaca, por oposición, la inestabilidad de los equipos de trabajo que operan en los distintos servicios públicos vinculados a la gestión de la investigación necesaria para apoyar las políticas públicas.

- ¿Y han hecho uso, que tú sepas, de tus investigaciones?
- No tengo idea.
- ¿Hay proyectos que tú sepas que se han publicado, que se han difundido en alguna parte? ¿O termina la investigación y se acabó el proyecto?
- como que se rompe el vínculo
- ¿No hacen encuentros para difundir los resultados?
- En el caso de la Dirección del Trabajo, sí, sí, súper bien, o sea, [se vincula] pun pun pun, problema, empresarios, trabajadores, Estado (...) Yo creo que es [porque ] hay un equipo más estable, independientemente de los cambios, hay alguien, que hay un equipo en el Departamento de Estudios, que eso ha tenido estabilidad a través del tiempo, no así en el SERNAM (...) creo que, creo que, no se sí se ha tenido las mismas prerrogativas para tener investigación, yo creo que cambian mucho (...). Mi impresión es que esos cambios no contribuyen a que esa política, si es que hay política, contribuya a acumular
- ¿Y a qué crees que se debe?
- Capacidades institucionales, falta de internalización en la conducta de los funcionarios de que son funcionarios del Estado y no de otra cosa, entonces, desaprovechamiento de recursos, cambios en las líneas de trabajo, por ejemplo el tema de las temporeras se acaba, después otro y otro, entonces uno y otro, no sé si es porque sea un servicio nuevo, pero, yo encuentro que esta cosa errática, errática, errática, eh, en la producción de datos (...) hay mucha rotación de personal (Investigadora N° 2, pág. 5).

#### **6.3.4.3. Relación de “bisagra”**

Un tercer tipo de relación entre las investigadoras feministas y el SERNAM, lo ejemplifica una investigadora inserta en una ONG feminista que se posiciona desde un frente más crítico en su relación con el Estado, y por ende menos colaborador de las políticas públicas. Por lo mismo, han realizado menos investigación y/o capacitaciones vinculadas a la gestión de las políticas del SERNAM y ello es interpretado desde la lógica de una necesaria tensión entre el Estado y las organizaciones de la sociedad civil que se distancia de la lógica de las investigadoras de centros de estudios de género que, como en el primer caso, se sienten colaboradoras-fundadoras del Servicio.

- ¿Cuéntame cómo ha sido la relación de ustedes con SERNAM?

- Complicada. En general, eh, en los últimos, desde que yo trabajo, por lo menos este campo, me ha tocado estar con prácticamente todas las ministras o todos los gobiernos, y yo te diría que el problema central es... casi de, procedimental en términos como (...), en quién está dónde y cuál es el rol que cumple. No, entonces, el SERNAM siempre ha creído que las organizaciones de mujeres son funcionales a lo que piensa el SERNAM, eh las organizaciones de mujeres hemos creído siempre que el SERNAM tiene que reflejar lo que nosotras decimos, y ahí hay un problema político de fondo. Porque evidentemente el SERNAM es gobierno y nosotras somos sociedad civil y por lo tanto ahí no puede sino haber una tensión productiva, pero tensión al fin. Entonces creo que eso ha costado muchísimo, entonces creo que además la relación ha sido difícil porque el SERNAM clienteliza muy fácilmente a las ONG'S y al clientilizarlas les quita independencia y autonomía para, respecto a sus contenidos, de hecho después te andan exigiendo que digan lo que quieres que digan (...) También tiene que ver con que son ONG'S que también se reconvirtieron para ser diseñadoras de política pública, en ese sentido, por ejemplo el CEM en el tema trabajo, que lo hace súper bien. Nosotras nunca nos convertimos en eso porque siempre quedamos como mirando la bisagra, esta sociedad civil, por eso nunca entramos en el tema de políticas públicas o evaluación de políticas públicas, sino que más bien nos formamos en la lógica de empoderamiento, derechos, etc. Entonces ahí, eh, es distinto. Y en ese sentido ha sido difícil... (Investigadora N° 4, pág. 6).

A pesar de lo anterior, el tipo de investigación que se ha realizado para SERNAM tiene similitudes con los otros modos de relación con el Estado, los estudios que se realizan tienen relación con el ámbito de especialización del centro al que pertenecen las investigadoras y con sus propios intereses "*personales*". No obstante, a diferencia del primer tipo, no hay un acervo muy extenso de investigaciones realizadas para el Servicio, pero a diferencia del segundo, tampoco se las tilda de irrelevantes.

Si hemos podido y te diría que los trabajos que hemos hecho son ... uno sobre cuotas, hicimos también uno sobre, una manual sobre participación ciudadana -lo cual significaba hacer una investigación sobre todas las fórmulas de participación que tiene el SERNAM: los cabildos, los talleres con dirigentes sociales, etc. Armarle, en el fondo la parte de participación al SERNAM, ese es un segundo, y hemos hecho evaluación de encuestas, digamos, en materia de violencia, en dos regiones del país. Eso ha sido como los cuatro trabajos que hemos hecho (Investigadora N° 4, pág. 6).

Aunque se trata de ONGs que no se definen en términos de identidad institucional como parte de los centros de estudios de género más académicos, ni como parte del ámbito de las universidades, sí valoran y buscan aprovechar el conocimiento que se produce desde tales posiciones; y ellas mismas se ven produciendo otro tipo de conocimientos más pegado a la contingencia política en la que buscan influir o crear; en el entendido que con ambos tipos de saberes se puede incidir más efectivamente en las instituciones políticas tradicionales.

- y profesionalmente ¿qué disciplinas tienen ustedes?

- sociología, psicología, periodismo y abogados.

- entonces igual tienen todo un tema con el conocimiento...

- absolutamente, sobre todo por el tema de incidencia, porque para hacer incidencia, no te voy a decir que tenemos los mismos tiempos que podría tener la academia, no los tenemos. Por eso es que buscamos alianzas con la academia que tiene tiempo de investigación más largos y por lo tanto pueden profundizar más. En nuestro caso, máximo las investigaciones pueden ser de seis a ocho

meses porque necesitamos conocimiento concreto, operativo, sobre la cual tomar opciones e incidir (...).

Yo te diría que somos poca academia, nosotras nos sumamos a las cosas que hay en la academia porque las encontramos necesarias, pero somos fieles creedores de la división del trabajo y aquí no podemos estar todas haciendo lo mismo. Sino que es más bien cómo articular los distintos saberes y prácticas para lograr algo (Investigadora N° 4, pág. 4).

De modo similar a como ocurre en el modo 2, desde este tercer tipo de relación también se vuelve más nebuloso el tema del uso de la investigación, nuevamente las investigadoras desconocen qué ocurre con sus estudios una vez que finaliza su ejecución.

#### **6.3.4.4. La Investigadora “académica decepcionada”**

Un último modo de relación de las investigadoras feministas con SERNAM comparte con el primero un tipo de sujeto que se sabe fundadora de los centros de estudios de género, pero su gran diferencia es que ha realizado muy pocas colaboraciones para el Servicio. Ello pasa por el hecho de que su identidad como investigadora se sitúa mucho más cerca del polo de lo que se suele llamar “investigación académica”, y que nosotros más bien entendemos como producción de conocimientos científico sociales de corte más clásico.

En estos casos, se ha producido poca investigación social para el Estado a través de SERNAM, y ello no solo se experimentó como parte de la historia personal, sino que también se nutre de la inserción institucional en los tipos de CAI de producción de estudios de género que solo han colaborado con el Estado cuando las políticas públicas en juego les resultaron muy relevantes para los intereses políticos del centro. Ese tipo de colaboraciones, una vez más, se asientan sobre la base de las redes que se gestaron entre las investigadoras feministas que estaban fuera del Estado (CAI; ONG, Universidades) y las funcionarias públicas de la nueva institucionalidad que, una vez recuperada la democracia, se creó para hacer frente al desafío de superar la desigualdad de género desde las políticas públicas.

Se trata por tanto de un tipo de colaboración poco prolífica, que busca tomar distancia con el tipo de investigaciones que demanda el Estado, las que en general tienden a operar en un tiempo mucho menor a los plazos a los que está acostumbrado el ámbito académico más clásico.

Asimismo, hay que destacar que en este modo las investigadoras perciben la colaboración hacia el Estado, mediante la producción de investigación orientada a las políticas públicas, como trabajos que las des-concentran de sus “temas de interés”.

Ahora bien, el origen institucional sigue siendo el mismo que en los modos anteriores, los CAI que se crearon durante la dictadura militar como centros de pensamiento crítico en el ámbito de las ciencias sociales, y que a su vez fueron bifurcándose en nuevas instituciones dentro de la esfera de los centros académicos y ONGs feministas. Se trata, como observamos en la cita, de redes donde el Estado pidió apoyo a las investigadoras feministas y a los centros de investigación para crear e implementar las nuevas políticas de género.

- Se crea en el 81, el Círculo de la Mujer, y de ahí al 84 formamos el CEM y la MORADA, de ahí salieron esas 2 instituciones, la MORADA, y pocos años después el CEM. Entonces son, estamos muchos años, pero el gobierno, vínculos con el gobierno desde el 90 por supuesto. A ver, yo te decía que yo soy de las menos indicadas, porque yo, en general, eh, me he resistido siempre a trabajar, he estado mucho más metida en la investigación propiamente tal, a través de proyectos de investigación.

- ¿En investigaciones más académicas?

- sí, en investigaciones más académicas, eh, no me gusta trabajar en investigaciones cortas, que producen consultoría, trato de evitarlas, y el CEM en sí mismo no las hace tampoco, las hemos hecho poco porque nos altera mucho nuestro ritmo de producción académica porque son 2 lógicas y ritmos completamente distintos. Y ponen, y en las consultorías también, ponen un nivel de exigencia en el tiempo que es difícil de conciliar con los plazos que te pones de investigación.

- ¿A ustedes también les ha pasado que son más o menos estos 6 meses?

- Claro, y son acelerados, y que hay que dejar todo botado, y en general no hay, no hay, no te dan el tiempo que requiere la reflexión propiamente tal de la investigación científica. Entonces, en el CEM hay gente que ha tenido más vínculos con la investigación para, para instituciones gubernamentales y otras menos, pero en general como institución lo hemos hecho poco, salvo en periodos muy coyunturales en que nos ha parecido que es muy relevante (Investigadora N°5, pág. 6-7).

Otro aspecto común con el modo 1, es que las investigadoras no solo colaboran con el Estado desde el rol específico de investigadoras, sino también como asesoras de políticas públicas en base al saber experto que encarnan. Esto no es solo con SERNAM sino también con otras dependencias del Estado.

- El trabajo, trabajo, nuestra área temática, eh, ciudadanía y políticas públicas, y ese es, políticas públicas donde ha estado Vicky, pero nuestro eje, yo diría transversal es trabajo, porque incluso en el tema de políticas públicas nos metemos con los temas, sí, que tiene que ver con temas laborales.

- ¿Y han hecho investigación para la Dirección del Trabajo?

- Bueno, la Dirección del Trabajo es con quien tenemos más vínculos, o sea yo personalmente, pero curiosamente yo no he hecho ninguna investigación sobre trabajo.

- ¿Y en qué consiste el vínculo con de asesoría?

- Mira, tenemos un vínculo, déjame pensar ¿Quién hizo investigación? Ninguno de nosotros ha hecho investigación para la Dirección del Trabajo, a ver, déjame pensar si no estoy diciendo ninguna mentira. Eh ¿Cómo es nuestro vínculo con la Dirección?, más que con el ministerio, es como con la cooperación, asesoría, eh, ¿Qué? No ha habido ninguna investigación, fíjate.

- ¿Es como ayudarles a mirar (...) en el tema de género?

- Sí, somos, lo que pasa es que ese equipo es un equipo que, con una perspectiva muy académica, no tiene la perspectiva de la consultoría a pesar de que tiene los plazos propios de las necesidades de gobierno, que, y la necesidad de producir además, que entendemos que tiene que ser así, pero son en general muy académicos, entonces ellos tienen un grupo, que además se extiende a un grupo de asesores, de gente que hace investigaciones para ellos, con lo cual tenemos muchos nexos académicos, eh, entonces, discutimos temas por ejemplo, eh, nosotros usamos mucho esa

investigación, proponemos temas, comentamos sus investigaciones, nos piden que hagamos los comentarios, participamos en seminarios con ellos (Investigadora N°5, pág. 8).

Con todo, aun tratándose de un tipo de relación con el Estado basado en investigaciones más bien puntuales, a diferencia del modo 2, aquí no hay un vaciamiento del sentido, las colaboraciones para el Estado no se cualifican como irrelevantes. Por el contrario, son vistas como parte de un compromiso político- militante de las investigadoras que buscan incidir en las políticas de género.

De paso, esto nos muestra cómo se aterrizan las relaciones entre ciencia y política mediante la colaboración de los CAI al Estado por una demanda de éste último y una voluntad de los primeros en participar de su acción. Los CAI colaboran produciendo conocimiento, y para ello incluso reorganizan su cotidianeidad organizacional en tanto se trataba de una tarea importante para estos centros, pero no se trata tampoco de producir cualquier tipo de conocimiento (neutro), sino uno que pueda alentar las políticas públicas de género. De este modo, podemos observarlo como un tipo de conocimiento situado que surge de este engranaje entre Estado y sociedad civil. Por lo demás, como muestra la cita, no fue solo en los inicios del SERNAM sino que continuó durante todos los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia.

-¿Por ejemplo? - Por ejemplo, en los primeros gobiernos cuando recién crearon SERNAM, XXX que es economista del CEM, socia creadora, fundadora, ella SERNAM le pidió a ella, no fue por concurso, esto se ha ido regularizando mediante Chile Compra para hacerlo más transparente con el tiempo, pero lo que le dieron a ella.

- O sea eran como redes.

- Claro, eran muchas redes, y nos conocíamos mucho todas la personas, que hicieron una propuesta de un plan de igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, entonces, a nosotros nos pareció que era súper importante, que la XXX dejara de hacer todo lo que estaba haciendo acá y se dedicará a eso. Y eso, le dieron un tiempo largo para hacerlo. Yo, en eso no trabajó con (...), trabajó en el segundo, y ese fue por el segundo año, y después nuevamente le pidieron que hiciera un plan de igualdad de oportunidades para hombres y mujeres del año 2010 al, no, del 2000 al 2010 con metas más amplias, menos especificadas, con propuestas de más largo plazo, y también ese tipo de cosas, a nosotros nos parece que es una manera de llevar nuestros conocimientos a las políticas, porque ahí lo que tenía que hacer XXX, era entrevistar a mucha gente, todas nosotras incluidas, pero más gente de fuera, revisar muchas investigaciones hechas en distintos campos, y poder llevar esto a una propuesta de equidad, que era interesante. Eso es un tipo de cosas que nos parece como vital (Investigadora N°5, pág. 7).

Ahora bien, una manera de condensar este último modo es la metáfora de la *académica comprometida, pero desconectada de la política, encerrada en su trabajo investigadora*. Esto se funda en la comprensión de que los ámbitos académicos y políticos son muy disímiles, pero de fondo, en la molestia con la lógica que domina a este último, donde la *arbitrariedad y falta de honestidad* más que el conocimiento guiarían las decisiones. Cabe preguntarse si el campo académico está libre de tales males. De hecho, al preguntar por la autocrítica al campo académico

no hay respuesta. A pesar de que esto puede ser cierto, supone una serie de dificultades para pensar la responsabilidad del conocimiento científico, en tanto deja a las y los académicos nuevamente relegados a su *torre de marfil*. No obstante, cuando avanzamos en la cita podemos observar que la molestia en realidad es más bien *decepción* y que el distanciamiento es presente, pero que antes hubo más conexión con las políticas públicas. De paso, se vuelve a mostrar la importancia de la personalización de las redes institucionales.

- ¿Y hay alguna otra crítica o alguna responsabilidad que uno pudiera poner en el tema del mundo feminista como campo político, campo académico que se pudiera haber hecho distinto?

- No sé.

- Influir en eso, porque también desde el otro lado siempre critican que el ámbito académico, feminista o no, es muy cerrado en sí mismo y no sé qué.

- Es que yo creo que, fíjate que, no sé, pero yo creo que son dos ámbitos tan distintos en su lógica de funcionamiento, que la verdad es que cuesta mucho juntarlos, y cuesta por lo que tú decías recién. Claro, o sea, no sabemos bien cuáles son los canales. O sea, El mundo académico es uno, y el mundo político es otro. Ahora, a veces tenemos, a menudo muchas redes, nos juntamos, hacemos seminarios juntos, de comentarlos juntos, pero eso no significa que efectivamente haya una conexión para la colaboración política, no. Yo creo que son, son mundos que están muy distantes, en general en todas las ciencias, no solamente las ciencias sociales, yo creo que en todas las ciencias. Tienen lógicas que, tiempo de reflexión, de necesidades distintas, y cuesta mucho, yo creo que cuesta mucho juntarlos. ¡Ah! Yo creo que, eh, yo soy confusa en este tema porque creo que es un tema que creo que no lo tengo absolutamente reflexionado, y yo estoy muy cerrada en mi investigación, y estoy muy encerrada en la investigación en parte porque me carga la relación con el mundo político. Entonces, yo creo que el mundo político es poco honesto en eso, toma decisiones muy arbitrarias y no creo que considere seriamente la investigación.

- ¿Estuviste alguna vez más vinculada al mundo político?

-No con cargos.

-No, pero, no con, con más interés en de estar.

- Yo creo que con SERNAM estuve mucho más vinculada que eso mucho más al principio, mucho, mucho más.

- ¿Y eso de que dependió?

-Yo creo que dependió de las personas que estaban en SERNAM, la orientación que le fueron dando, y el vínculo que esas personas establecieron con la academia (Investigadora N°5, pág. 15).

Como en alguno de los modos anteriores, en este tipo tampoco hay una relación de continuidad con SERNAM ex post investigaciones.

- Ya ¿y hay acompañamiento del ciclo de la investigación que tenga como relaciones directas, o es ganarse el proyecto, hacerlo y después entregarlo? ¿Hay diálogo?

- Yo creo que en, no estoy segura, pero en mi caso no.

- Lo has hecho sola ¿y después?

- Muy poco diálogo, sí. Eh, yo creo que la XXX cuando hizo la planificación de igualdad sí, porque ella necesitaba (Investigadora N°5, pág. 17).

El escepticismo de este tipo de investigadora en su modo de relación con el Estado hace que se desactive la típica forma de recomendación para mejorar las relaciones entre políticas públicas y saber experto, no basta el diálogo. En la medida que el conocimiento es crítico, como el saber feminista, no hay posibilidad de articularse sustantivamente si la política pública no avanza en

cambios sustantivos del orden social, como ocurrió con la política de los consensos en el Chile postransición<sup>72</sup>. El aporte del saber crítico tiene esa limitación con la definición de lo posible desde la óptica política. Hay temas vetados para el debate político, por ejemplo, derechos laborales, de ahí la metáfora del escepticismo.

- Y entonces, ehh, pensando en SERNAM, pero más allá en general ¿Cuál, cómo ves el tema tú que debiera ser o como se podría contribuir, dialogar, no sé, la política pública y el conocimiento de las ciencias sociales? ¿Por dónde pueden ir las cosas que nos podrías recomendar y?

- ¿Cómo pueden dialogar? Primero, puede dialogar en algunos temas y en otros no se puede, hay temas vetados que no, temas valóricamente vetados y temas vetados porque toman intereses que no se pueden tocar como el tema trabajadores, hay temas vetados. Eh, entonces se puede hacer un diálogo y podemos estar todos de acuerdo, pero no en otras cosas más allá, o traspasa con la política muy, o sea, la María Ester Feres tuvo que irse del gobierno ¿me entiendes? ¿Cómo hacer un diálogo?

- ¿O donde podría estar la potencialidad del conocimiento de las ciencias sociales, sabiendo esta limitación que si son políticas, son políticas no más?

- Es que son lógicas tan distintas, es que yo soy tremendamente escéptica, son lógicas tan distintas porque, a ver, el gobierno está preocupado de la equidad, forma el Consejo de Equidad<sup>73</sup> y toma, todas las decisiones que toma, tiene que ver con lo posible, políticamente posible, nada más, no se plantea nada sustantivamente vinculado a los temas de equidad, eso es lo que pienso.

- pero tiene la contradicción de que si bien convoca a una comisión de expertos para discutirlo, en educación...

- Exacto, pero convoca a una comisión que no todos son expertos, lo que convoca es una comisión, eh, pluripartidista para no herir sentimientos de nadie y para crear la ilusión o hacer pensar, o, o, o, hacer pensar que la sociedad, que hay una cosa integral, pluralista (Investigadora N°5, pág. 19).

### 6.3.5. “Yo soy feminista no tengo remedio”: Qué es la investigación feminista

Para mirar desde otro vértice la particularidad de sus prácticas como investigadoras situadas, preguntamos a las investigadoras entrevistadas qué era para ellas la investigación feminista. Presionadas por mis preguntas -por lo que asumimos que es una construcción dialógica- podemos identificar diferentes formas de promulgar ese objeto, siguiendo la lógica de la praxiología (Mol, 2002) que presentamos en el capítulo tres, bajo el argumento que defiende que la realidad se

---

<sup>72</sup> Para entender esta “molestia”, hay que recordar que la transición democrática en Chile fue una transición pactada entre los militares y la oposición que aceptó una salida dentro de los márgenes que había impuesto la Constitución de 1980 que impuso el General Pinochet. Entre otras cosas, ello obligó a privilegiar una serie de consensos entre la coalición gobernante, la oposición y los llamados “poderes fácticos” (Fuerzas Armadas, Iglesia Católica, etc.) y que han supuesto una serie de críticas desde que se instaura el nuevo régimen democrático. Como han señalado diversos autores, las principales críticas provienen de los actores sociales que protagonizaron la lucha por la democracia, y que, sin embargo, no ven en el proceso chileno post 90’, la concreción de sus expectativas. De ahí que se usen diversos términos para nominar el proceso posterior al fin de la dictadura, todos ellos marcados por el escepticismo: “democracia de los acuerdos”, “democracia a medias”, “democracia protegida” y “postdictadura”, etc. Se trata de un malestar manifiesto en distintos sectores de la izquierda institucional y movimentista y es posible observarlo con fuerza en el campo feminista (Ríos, Godoy, & Guerrero, 2003, pág. 24).

<sup>73</sup> Precisamente corresponde a uno de los CAPs que analizamos en el capítulo anterior.



construye de manera múltiple a través de diferentes prácticas. Nos interesaba esta interrogante porque, más allá de sus colaboraciones para el Estado, nos permiten volver sobre el compromiso que alienta esta tesis: requerimos nuevas alfabetizaciones para disputar qué es la ciencia. Sin que podamos profundizar mucho en estos “datos”, mostraremos un resumen de ellos como insumo para la reflexión con la que terminaremos este capítulo.

Ante nuestras preguntas por qué es lo que podría caracterizar a la investigación feminista, las respuestas abren un mosaico de diversas lógicas. En un sentido, la cuestión se aborda circunscribiéndola a los diseños de investigación (cuantitativos o cualitativos) para contestar que no está allí la diferencia, ni en el tema de investigación, ni en la forma de abordarlo de acuerdo a los métodos vigentes. Se trata más bien de visibilizar indicadores que permitan construir una visión que antes no era visible, allí cobra sentido el *proyecto político* del feminismo. Como retomaremos al final, es una forma de construir una objetividad fuerte (con estadísticas y narrativas “fuertes”) en los términos propuesto por Haraway (2004) y Harding (2008).

-¿Y hay en tu perspectiva... hay una particularidad en la investigación feminista?,

- Esa es una cuestión, yo probablemente he leído a las mismas autoras que tú (...), de si existe una epistemología feminista o no, de cómo se incorpora la subjetividad en el sistema de mujeres tanto o no, a mí lo que me pasa es que he trabajado distintos objetos de estudio, entonces me cuesta como quedarme pegada en una sola forma, o sea siento que se puede ser feminista desde muchos lugares, eh, el punto es, es cómo y dónde se insertan, o sea, el generar nuevos indicadores, el dar cuenta no cierto de que los más cuantitativos pueden ser tan feminista como otros, de construir, de revisar, o de elaborar una experiencia, de una situación (...) para mí lo feminista pasa por el proyecto político que no excluye de que para un montón de ámbitos eso signifique una metodología particular (Investigadora N° 1, pág. 17).

- Y en ese sentido, cuando haces investigación feminista ¿hay una manera distinta de investigar como investigadora feminista en tus prácticas de investigación o no?

- Yo hago investigaciones muy cualitativas y comprensivas, que se acercan mucho a lo que plantean eh, la investigación y la epistemología, pero eso lo hago desde mi formación de socióloga, pero yo te diría, si tú me dices, que

- ¿Hay un método distinto?- ¿En la cosa comprensiva?

- Sí, yo creo que lo comprensivo de alguna manera, la precisión de la definición del problema, las categorías de análisis lo vas a hacer en una relación muy directa en la realidad, o sea, hay una.

- Pero eso es porque eres una investigadora cualitativa ¿Pero dónde entra el sello de investigación feminista?

- Yo me imagino que en los temas, en el abordaje, en el entender como la realidad social se estructura o tratar de develar como la realidad social se estructura en las relaciones de género, en tratar de pensar como todos los problemas y todas las desigualdades también desde esa perspectiva (Investigadora N° 6, pág. 12).

En la lógica de este tipo de argumento pareciera correrse el riesgo de escindir la metodología de la teoría, en tanto la primera está más estandarizada y la segunda es la que permite una cierta mirada.

- ¿Hay formas distintas de hacer investigación feminista? (...)
- Se ha discutido mucho. No, yo creo que no, yo creo que la manera de investigar, o sea, la manera de conducir un proceso de investigación, yo me imagino que es similar en cualquier objeto de investigación, cualquier objeto que tú quieras, o sea, respetar ciertos procedimientos que garanticen.
- ¿Y notas diferencias?
- Pocas, no, no, o sea, si hay una diferencia teórica, pero no 100%, siempre hay relación entre la teoría y tu método de alguna manera, pero que haya una investigación feministamente tal yo creo que no, hay una perspectiva teórica desde el feminismo, eh, que determina ciertas formas de investigar, por ejemplo, para el feminismo la investigación histórica yo creo que ha sido importante (...). Pero quiero decir tú usas recursos científicos de investigación, que son propios de la investigación científica, eh, son transparentes o lo más sensitivo posible, sabiendo, conociendo tus limitaciones. No creo que el feminismo haya creado formas de investigación distintas, lo que tiene de distinto es su perspectiva, su mirada del problema (Investigadora N° 4, pág. 21).

Es interesante hacer notar de la primera cita la declaración de que se puede *ser feminista desde muchos lugares* porque muestra primero la relación de la investigación feminista con la identidad del sujeto de investigación, vale decir, la investigación feminista la hacen las investigadoras/es feministas; y, segundo, porque desactiva un posible encapsulamiento de este tipo de práctica sujeta a una sola modalidad.

Un tercer aspecto que caracteriza a la investigación feminista tiene que ver con la subjetivación y la reflexividad en el ámbito personal a la que obliga el tema, algo que nosotros interpretamos desde la categoría de la encarnación y que no se experimenta como algo fácil, sino muy por el contrario. Tal reflexividad supone evidenciar la corporalidad de los “sujetos” y “objetos” que son hombres y mujeres en determinadas relaciones de poder. Ello tiene que ver con que no hay posibilidad de un distanciamiento tal como el que supone la epistemología positivista. Dicha noción está presente en los distintos modos de relación con el Estado que antes presentamos. Así, aun cuando la investigación feminista puede orientarse por diferentes corrientes teóricas no solo feministas ni femeninas, lo que permanece como un sello particular es la forma de romper con el distanciamiento en las relaciones tradicionales entre sujeto y objeto.

Cuando yo hacía clases les digo miren estas son unas situaciones muy difíciles porque hablan de uno mismo siempre, es un tema de género pero están hablando los hombres y las mujeres, los hombres y las mujeres somos los que estamos ahí (...) y eso tiene una dimensión de introspección, y tiene una dimensión digamos entrelazado a lo que significan y lo que hace el que sean relaciones de poder, y que hace construcción de identidad (...) y en ese sentido son un área de conocimiento eh... que no es fácil o sea porque requeriría no cierto, de esta postura de autoconocimiento simultánea (Investigadora N° 1, pág. 17).

- AC: ¿hay una manera distinta de hacer investigación cuando uno es feminista?
- La relación sujeto-objeto, no sé, no sé, yo creo que hay investigadores distantes e investigadores que no se distancian, depende de los marcos teóricos yo creo, siempre he admirado mucho a Bourdieu, a tipos de esa naturaleza, en el fondo uno por mucho que cuestione cuestiones importantes como feminista, o sea, yo no soy antihombres en el fondo, yo tengo un gran respeto a Foucault (...) creo que uno va tomando cosas de por aquí, de por allá, pero ya va tratando de

articular, de estructurar sus propias maneras de ver el mundo, de aproximarse a él (Investigadora N° 2., p13).

Por otra parte, la apelación a la implicación personal es un recurso que también las feministas ponen a operar en sus estrategias de seducción política, vale decir, una forma de lograr hacer visible la desigualdad de género es vincularla a las experiencias personales de quien escucha, por ejemplo, los resultados de una investigación cuando operan como “expertas en género” para el Estado o cuando actúan como docentes.

Otra forma de abordar estas interrogantes es centrarse en cómo opera la relación entre la dimensión académico-científica y el compromiso feminista, que se asumen como parte de una doble militancia. Desde allí, la investigación de género es una práctica política en la medida que obliga a hacer visible la desigualdad y la dominación de género.

- Están tan mezclados, es que son tan de siempre, he sido militante siempre, entonces, todas las cuestiones que he hecho son para eso, no me he podido, o sea, no me he podido sacar [la militancia], probablemente hay mucha gente que me critica, debe encontrar que no se debe mezclar con lo académico, pero yo internamente no soy capaz de escindirme digamos.

- ¿y es una militancia de partidos políticos, de las organizaciones feministas o de qué?

- mi militancia desde hace ya muchos años es principalmente social, pero es política, profundamente política, yo soy feminista no tengo remedio, lo que hago es profundamente político, creo en la política sobre la construcción de conocimiento, o sea creo que ésta es una acción política, por eso hicimos “Mujeres Latinoamericanas en Cifras”, hicimos el mayor aporte político que puede hacer una mujer en este momento, que es decir mire, ésta es la discriminación que hay en la diferencias salarial, mire lo que pasa con la mortalidad o sea e las brechas, entonces, en ese sentido, la construcción también del discurso, y vamos ahí un poquitito al lado de Foucault, no cierto, para construir un discurso científico sobre el tema éste (Investigadora N° 1, pág. 17).

Desde esta postura se sabe que mezclar ambos órdenes –el político y el científico- desafía la norma, pero seguir tal precepto se plantea simplemente como una imposibilidad fáctica, “*no soy capaz*” porque el feminismo es parte de la identidad de quien investiga. Sin embargo, así como lo anterior se plantea como una declaración de algo irrefutable (“*yo soy feminista no tengo remedio*”), el convencimiento de que la *construcción del conocimiento* y del *discurso científico* es una práctica profundamente política vienen mediados por una *creencia* que, aun cuando no se dice, compite con el canon establecido que argumenta que política y ciencia son órdenes que debieran mantenerse separados.

Desde una posición similar se sitúa el aporte político desde la academia en la lógica de disputar y crear nuevos órdenes de sentido que permitan reinterpretar la realidad en clave de géneros y feminismos. Desde tales argumentos, el vínculo con el movimiento de mujeres es más bien

distante. Este es un discurso más cercano al Modo 1 (en el tipo de relación con el Estado que antes describimos).

- En el caso de ustedes como centro de estudios que venían con un movimiento de mujeres, desde la dictadura, etc., etc. ¿Cómo es la relación con el otro lado, con el movimiento de mujeres, con los partidos? Porque aquí hay una veta de política y conocimiento y las políticas públicas. En los otros frentes.

- Yo creo que es lo más débil (...) es más centrado en lo que es la investigación, yo creo que impide una vocación muy grande de influir en la política (...) nosotros hemos tratado de influir a través de la academia, en general hemos hecho clases (...). A través de publicaciones en revistas (...)

- Y con el movimiento de mujeres...

- Mira, es que, primero habría que ver un poco que esto del movimiento de mujeres, hoy día, como sea yo te puedo decir que participamos en algunas iniciativas, pero yo no me atrevería a decir que son el movimiento de mujeres. O sea, participamos en el Observatorio Parlamentario, algunas activistas, participamos en algunos espacios, pero yo estoy convencida de que hay otro movimiento que se está gestando y ahí no tenemos participación.

- Pero más allá de la participación directa, tú eres una investigadora feminista ¿no? ¿Cómo resuelves tu inquietud de que el conocimiento tenga ese sentido político?

- Yo creo que una cosa muy política es a la gente darle categorías y conceptos para interpretar su realidad. Y yo siento que en eso hemos hecho bastante (Investigadora N° 6, pág. 11).

En este mismo sentido, otras investigadoras, más bien escépticas de la lógica mandatada por los partidos políticos, caracterizan la investigación feminista no tanto desde una práctica individual sino más bien desde la ubicación que suponen los CAI desde donde se produce el conocimiento. Desde allí el conocimiento es producido por un compromiso político de transformación del orden social, incluso más allá de las demandas de género, fundamentada en investigaciones “rigurosas” pero “políticamente posicionadas”.

... el gobierno está preocupado de la equidad, forma el Consejo de Equidad<sup>74</sup> y toma, todas las decisiones que toma, tienen que ver con lo posible, políticamente posible, nada más, no se plantea nada sustantivamente vinculado a los temas de equidad, eso es lo que pienso (...) convoca a una comisión que no todos son expertos, lo que convoca es una comisión, eh, pluripartidista para no herir sentimientos de nadie y para crear la ilusión o hacer pensar, o, o, o, hacer pensar que la sociedad, que hay una cosa integral, pluralista (...) Y eso, en definitiva es bajar el perfil de tus políticas, o sea, lo que hay es una adaptación fundamental, o sea, pensar que estar en los términos del grupo más conservador, o sea, las conclusiones se acercan mucho más al grupo más conservador que al grupo más progresista, entonces evidentemente aquí hay otra lógica, entonces la lógica era, no entiendo bien cual porque no resuelven los problemas (...)

Ahora, nosotros pedimos que nos escucharan, se preparó una muy buena presentación (...) en sesiones que no entendieron nada de lo que dijimos (...) el problema de equidad de trabajo en el mercado es mucho más complejo que decir tener un jardín infantil para el niño chico, tiene mucho mayor complejidad. Claro, tú vas, te escuchan, pero, o finalmente tienden a dominar, está dominado más que por la política por los partidos políticos (...) cada vez más pragmáticos sin propuestas de sociedad. (...) Yo siento que nosotras en ese sentido la investigación es muy política, porque nosotros investigamos en función de los temas que nosotros definimos por un concepto de sociedad. Nosotros tenemos que juntar información en torno a un proyecto de sociedad, que nosotros

---

<sup>74</sup> Se refiere a uno de los CAPs que analizamos en el capítulo anterior.

tenemos, y en eso hacemos investigación rigurosamente hecha, técnicamente muy bien hecha, pero si posicionada políticamente (Investigadora N° 4, pág. 18-20).

Un segundo tipo de investigadoras, más asociada al Modo 2 que antes presentamos, por el contrario, fundamenta las razones que permiten tipificar la investigación feminista como tal por los vínculos que las investigadoras han construido con el movimiento de mujeres. Esa vinculación se argumenta no solo por el sentido de pertenencia simbólica e institucional (*soy parte de la membrecía*), sino que también por el tipo de prácticas –más horizontales- desde las cuales se articula la producción de conocimientos y su uso por parte de las organizaciones feministas. Se trata de una investigadora cuya posición de sujeto está profundamente implicada con el devenir de las organizaciones de mujeres, particularmente con sus necesidades y *demandas* de conocimiento como recursos para sus luchas colectivas. Es una forma de desacreditar la experticia de género como posición de superioridad, distinción desde la cual las investigadoras se distancian no porque sus investigaciones carezcan del rigor académico y por ende técnico, sino porque tales producciones de conocimiento no permanecen encerradas en el espacio académico o para el Estado sino que se vinculan al movimiento social. De paso, tal declaración de la posición desde la cual se ubican deja entrever que la escisión entre academia y práctica sociopolítica se visualiza como un *problema* que tensiona las formas de leer la cartografía de posiciones de las investigadoras situadas en el campo de los estudios de género. Parafraseando la frase de la entrevistada, es como si se dijera, *yo no tengo ese problema...pero otras sí*. Por otro lado, y como profundizaremos en el apartado siguiente- la necesidad de aclarar que los estudios *no son de mala calidad* vuelve a poner en el tapete un prejuicio presente en el contexto más amplio: la investigación social comprometida, vale decir, parcial, atenta con el supuesto tradicional que sostiene que la objetividad como sinónimo de neutralidad es la que garantiza el rigor académico a diferencia de lo que postulan las epistemologías feministas.

- Por un lado ¿Qué es lo que hago yo como feminista, como investigadora? Yo tengo un serio, y perdurable y persistente compromiso con las viejas que están organizadas en ANAMURI, asesoramos a ANAMURI y yo me juego por esa gallada, las investigaciones de Copiapó, lo de mi tesis -por ejemplo- sobre las transformaciones rurales, son parte de la biblioteca de ANAMURI, y la cuestión de violencia intrafamiliar también es para meterlo en ANAMURI; entonces yo no tengo una escisión académica tan fuerte (...). Yo no soy... cuando a mí me dicen experta me salen granos, porque yo pienso que he tenido una continuidad en la investigación, que no es de mala calidad, pero tampoco tengo la escisión del mundo social, y yo no voy a ser la experta de temas de género de la [Universidad de] Chile.

- ¿Y ellas te ven como un par, en términos de su posición política, de no verte como una experta que estás allá arriba, eres una aliada o qué?

- Yo estoy segura que me ven como aliada, soy parte de la membrecía de ANAMURI y cuando hay que hacer algo me lo piden cara de palo y tengo una horizontalidad absoluta con ellas, entonces no, yo no tengo el problema de la división con ellas (Investigadora N° 2, pág. 12).

Esta imbricación de las investigadoras con el movimiento de mujeres toma al menos tres formas: a) los temas de investigación se vinculan a los problemas que afectan a las mujeres organizadas (ej. la tesis de doctorado de la investigadora); b) el producto de las investigaciones se devuelve a las mujeres organizadas (sus estudios son parte de la biblioteca de ANAMURI), lo que nos lleva al tema de las políticas de archivo y acceso al conocimiento que –como se señaló en otra parte- es un tema crítico para el caso de la investigación que se realiza para el Estado en función de las políticas públicas para la equidad de género (Garretón, Cruz, Espinoza, 2010)- y c) se colabora con las necesidades y demandas de las organizaciones desde el rol de *asesora*. Desde el lugar de otras investigadoras insertas en el mismo tipo de centros de estudios de género no es que no existan relaciones con el movimiento feminista, pero no se apela a tales relaciones en la reflexividad de sus prácticas de investigación.

Un último tipo corresponde más al Modo 3 que antes señalamos bajo la metáfora de la bisagra, desde esta posición, a pesar de que también se critica la despolitización que ha supuesto el lugar de “expertas en género” en vez de investigadoras feministas, se reconoce que la posición de ese tipo de experticia ha supuesto vínculos con la política más tradicional (representativa) en la cual se ven a sí mismas incidiendo.

- ¿Hay otro lugar, por el cual tú sientes que lo que ustedes hacen en términos de conocimiento entre al Estado?

- Yo creo que por el tema de justicia. Por el lado de justicia, pero justicia es súper difícil como ministerio y de ahí de a poquito hemos estado haciendo un trabajo que tiene que ver con, con, mirar desde una óptica no neutral el derecho (...). De hecho nos convocan por ejemplo para hablar sobre institucionalidad de derechos humanos, para todos los temas de género nos piden también nuestra opinión en el parlamento. No, estamos súper bien calificadas, digamos, como una fuente, como un recurso para mirar, y saben que nuestro estándar (o nuestra línea base) son los acuerdos que ha firmado Chile internacionalmente, por lo tanto digamos, no nos salimos de ese marco y dentro de ese marco jugamos a la interpretación más experta (Investigadora N° 3, pág. 10).

Lo anterior no abandona el compromiso con la investigación feminista como un dispositivo capaz de producir aparatos de visión que desafíen la producción teórica más tradicional que se ha instalado en el Estado en materia de género. De ahí que las recomendaciones sobre cómo se podría mejorar el vínculo entre conocimiento y política pública apuesta a que ésta última se abra a los nuevos desafíos que hoy debiéramos asumir en la interpretación e intervención de los sistemas de sexo-género.

Yo creo que el SERNAM no se ha despegado de la cosa más convencional respecto del género, entonces me parece que ahí ya hay una frontera respecto de la posibilidad creativa del conocimiento. Creo que mientras no se mire con un marco teórico mucho más complejizante, mientras no se mire además ciertos cruces, que se yo, etnia, género, mientras esas cuestiones no estén incorporadas, la verdad es que vamos a seguir reproduciendo, vamos a mejorar la calidad de

vida de las mujeres, pero no necesariamente vamos a transformar la realidad de la mujer (Investigadora N° 3, pág. 11).

Desde este tipo de ubicación, ONG de bisagra, también se levanta una representación diferente de la producción de conocimiento feminista que vuelve a poner el acento en la experiencia, pero ésta no vista ya en la clave de la experiencia de lo cotidiano, lo subjetivo, lo personal como en los años 80' cuando el conocimiento feminista se asentaba en los grupos de reflexión, sino que al parecer en la práctica política de la ONG donde la práctica se vuelve *experticia*.

- No creo que ni las ONGs podamos asumir el mundo académico o el conocimiento académico, ni creo que las universidades puedan asumir la acción de las ONGs
- en ese sentido ¿cuál es la identidad institucional en relación al conocimiento ustedes ONG que interviene o que también produce conocimiento?
- que produce conocimiento. Produce conocimiento, pero no es necesariamente un conocimiento académico.
- pero es un conocimiento fundado en experticia.
- sí, que es lo que más demanda el Estado (Investigadora N° 3, pág. 14)

Finalmente, una preocupación constante en nuestras entrevistas con las investigadoras era llevarlas a reflexionar sobre un juicio que nos interesaba establecer: ¿hay un aporte de la investigación feminista al campo académico más allá de su obvia contribución a los estudios de género? En el trasfondo de esta pregunta estaba nuestro convencimiento de que la especificidad de la investigación feminista, como una práctica situada de producción de conocimiento, ha inaugurado un oficio que tiene sus particularidades, las más de las veces no reconocidas, que pueden contribuir a un acervo de recursos que fortalezcan la capacidad crítica de la investigación que se asienta sobre un tipo de objetividad diferente a la apelación a la neutralidad.

Al respecto, la reflexión de las investigadoras transcurre por diferentes vías. Una de ellas es situar el aporte no tanto en la forma de hacer investigación en términos metodológicos, sino en la crítica teórica que desafía la construcción tradicional en ciertos ámbitos del conocimiento más allá de los estudios de género. Particularmente se resaltan dos campos, el estudio de los movimientos sociales y el de la economía, donde el saber común se ha desafiado. Aquí hay una forma de entender la apelación de Harding (2008) a cómo el conocimiento feminista posicionado contribuye a una *objetividad fuerte*.

En un sentido similar, el énfasis se pone en la disputa de los órdenes más tradicionales que desde la investigación feminista intentan disputarse, por ejemplo, la familia vista como un campo de lucha por su significación, prácticas e institucionalidad. Con todo, a esa disputa no se llega desde la imparcialidad sino nuevamente desde el compromiso personal —*son mis amores en la vida*—

desde los cuales surge el imperativo ético-político de buscar la mayor *consecuencia* con los valores a los cuales se adhiere. Es un tipo de investigación, por lo tanto, que se asume crítica. Mientras que otras niegan que la investigación feminista “*haya introducido una manera distinta de hacer ciencia*”, pero al argumentar esta posición de igual manera se está reconociendo un cierto aporte orientado a rescatar una mayor complejidad en la comprensión de la realidad. Esto no ha sido algo estático sino por el contrario se ha ido fraguando en el oficio de la investigación feminista, y ha tenido también su corolario metodológico en el reconocimiento del aporte que significa introducir la historización de los fenómenos y la diversidad metodológica, especialmente incorporando las llamadas metodologías cualitativas de investigación social. Este tipo de reflexión se sostiene especialmente desde el oficio personal e institucional de la investigación feminista. De paso, nuevamente se disocia el enfoque teórico de los métodos.

Con todo, lo que nos interesa destacar en cómo en estas reflexiones, y a pesar de que antes se han mostrado críticas con la noción de objetividad, no hay una ruptura con los cánones más tradicionales de la investigación académica cuya noción de rigurosidad se asienta las más de las veces en la disponibilidad de “*datos*”. Como veremos, este tipo de argumento puede estar arriesgando un resabio del positivismo tradicional al sentar las bases de la rigurosidad en el levantamiento de “*datos*” como un dispositivo externo a la investigación que viene a operar como fuente de verdad más que como parte del mismo proceso de construcción de conocimiento donde el levantamiento de información empírica no es independiente de las diversas fuentes de situacionalidad del conocimiento, y por ende, ya no puede operar como único criterio de validación de un conocimiento desencarnado y universal.

No le ocurre solo a un tipo de investigadoras sino a todas, a pesar de que explícitamente declararon que la investigación producida por los centros de estudios de género y/o feministas no generaba investigación neutra sino políticamente posicionada. Aquí el fantasma que parece actuar en el trasfondo es la acusación que tantas veces ha recibido el conocimiento vinculado al feminismo y a los proyectos políticamente de *izquierdas* como ideologías disfrazadas de conocimiento. No hay, por tanto, un discurso que permita sostener la objetividad fuerte o el conocimiento situado donde la objetividad sea sustraída al imaginario de la neutralidad, la que finalmente se sostiene en la información empírica, a pesar de que se reconoce que siempre hay algún grado de sesgo. Se trata de una postura más cercana a lo que se conoce como el *empirismo feminista*.



- ¿Pero no recibes la demanda de investigación más “objetiva”?
- Es que yo también hago investigación, comillas objetiva, o sea tengo datos, tengo... no es al lote, o sea, no es que sea tela de cebolla tampoco. (...) Es posicional pero rigurosa, o sea, yo tengo muchos datos, metodología (Investigadora N° 2, pág. 17).
- ¿O cómo se puede ser investigadora y feminista al mismo tiempo?
- Yo creo que son dos lógicas, es distinto, o sea, no sé si se puede ser completamente objetivo, porque no sé lo que es la objetividad, pero, eh ¿Qué hacemos nosotros para ser lo más objetivo posible? Eliminar los sesgos ideológicos en el razonamiento mismo y tratar de fundamentar todos nuestros razonamientos con hechos. Ahora, evidentemente eso también tiene un sesgo, pero, eh, tú tienes que transparentar tu criterio de alguna manera, tu decir, estos son mis supuesto y mis supuestos se basan en esto, por lo menos tú.
- No solo con la objetividad, pero igual necesitan decir que su investigación es objetiva ¿Por qué necesitas reafirmar que es objetiva?
- Necesito decir que no es ideológica, necesito decir que lo que yo tengo es una perspectiva teórica, pero no ideológica, o sea, que detrás haya un razonamiento, haya una acumulación de información, una acumulación de experiencia, no es porque yo quiera (Investigadora N° 4, pág. 22).

### **6.3.6. Parcialidades de un conocimiento crítico y situado**

Como mostramos en el capítulo anterior, cada vez más los discursos que apelan a la modernización del Estado demandan que las políticas públicas se fundamenten y decidan en base al conocimiento “experto”. Como mostramos con las epistemologías feministas, a pesar de que desde el énfasis en la tecnocracia se busca mejorar la incorporación del conocimiento técnico-científico en la gestión de las políticas públicas (Auriat, 2007) dicho conocimiento no es inocente, ni neutro, ni apolítico y requiere una reflexión mayor enraizada en sus consecuencias para la vida de las personas. Tal condición es más obvia para el conocimiento feminista y de género por su vinculación con el movimiento de mujeres, pero es algo que está presente en todo tipo de conocimiento científico. La diferencia es que desde el saber feminista no podemos ni queremos pretendernos neutrales, en tanto la vocación científica nació de la mano, e incluso después, que la vocación política.

Como hemos intentado mostrar, la relación de las investigadoras feministas con el Estado es cualquier cosa menos una relación marcada por relaciones meramente instrumentales, signadas desde un distanciamiento típico del saber experto que enarbolan las empresas consultoras cuando producen estudios para otras dependencias el Estado, y también para SERNAM, o los centros académicos más tradicionales. Se trata de una parcialidad que aquí puede ser aterrizada en al menos tres formas: a) el tipo de relación que informan sobre colaboración con el Estado; b) el tipo de sujeto cognoscitivo que es siempre colectivo; y c) el sentido que se pone en juego en las

investigaciones que se hacen para el Estado, sentido en términos de la responsabilidad con el conocimiento entendido como la articulación que se establece entre la investigación y las cuestiones políticas.

A) En lo que respecta al primer sentido, como vimos, desde lo que llamamos el Modo 1 de relación de las investigadoras feministas con el Estado, contamos con investigadoras que se han relacionado con el servicio de diferentes formas: han sido investigadoras externas que realizan estudios para SERNAM, pero también asesoras opinantes e “*influyentes*” en las decisiones de políticas públicas, lo que hace que se sientan partícipes del SERNAM, a pesar de no ser funcionarias públicas. Asimismo, también operaron como capacitadoras de las funcionarias y de las organizaciones sociales de mujeres destinatarias de las políticas del servicio. Algo similar ocurre con el Modo 4, a pesar de tratarse de una investigadora que se autodefine más bien como “académica”, con mucho menos cercanía con SERNAM y menos producción para el servicio, ha colaborado en investigaciones cuando las políticas públicas ameritaban poner en juego el compromiso más militante-feminista.

Desde el Modo 2 de relación, marcado por la calificación de los estudios que se han hecho para SERNAM como “*irrelevantes*”, el tipo de relación ha sido más focalizado con colaboraciones para políticas públicas “puntuales”.

Mientras que, en el tercero, la ubicación se sale del contínuum colaboración prolífica e influyente v/s focalizada e irrelevante; para llevar el foco de atención al tipo de ubicación -de “*bisagra*”- con respecto a la política pública. Lo que se ha buscado no es tanto aportar a las políticas que define SERNAM, sino colaborar críticamente desde otros contenidos, como son el *empoderamiento a través de los derechos*. Aquí hay una suerte de amalgama entre el tipo de relación (investigadora multifuncional e influyente o investigadora focalizada) y los temas de investigación (funcionales a la política pública definida por SERNAM o temas que escapan al foco de esa política y que se abren a saberes menos convencionales).

B) Una segunda arista que permite pensar la parcialidad tiene relación con el tipo de sujeto cognoscente, que aquí nunca es un sujeto individual, autónomo y exclusivamente racional. Todas las investigadoras de manera más o menos explícita están haciéndose eco de un sujeto colectivo que de diversos modos remite al movimiento de mujeres, al feminismo como proyecto político y a una memoria social anclada en la experiencia de la dictadura militar y la transición democrática. Aquí no hemos ahondado sobre ello, solo adelantamos algunos análisis de las

posiciones de discurso que apelan a ese sujeto y pasado colectivo, pero en las entrevistas a estas investigadoras se pueden pesquisar una serie de herencias de las prácticas del movimiento de mujeres durante la dictadura militar que han quedado como saberes encarnados que se ponen en juego en las prácticas de investigación para el Estado.

Ese saber encarnado es polifónico y en su relación con el Estado opera en el cruce de diversas lógicas o modos que debieran permitirnos buscar una forma más compleja de entender la colaboración de las investigadoras feministas con SERNAM en vez de, por ejemplo, tildarlas de posiciones solo entre “institucionales” v/s “autónomas”, como las que han aparecido en el debate sobre el feminismo de la postdictadura que antes mostramos.

En tal sentido, podemos aceptar la premisa de que para entender los cambios en el movimiento feminista de fines del siglo XX y principios del siglo XXI en Chile, hay que considerar las transformaciones en la estructura de *oportunidades y restricciones políticas* que suponen que - desde una mirada *optimista*- la postransición habría multiplicado los espacios de participación para las mujeres (la calle, los colectivos de autoreflexión autónomos, los talleres de educación popular, etc.) permitiéndoles insertarse en diversos terrenos culturales, sociales y políticos (la ONU, en la academia, las instituciones públicas, medios de comunicación, los organismos no gubernamentales, el cyberespacio, entre otros); no obstante, también -y desde miradas más *desconfiadas o decepcionadas* del curso que ha tomado este régimen democrático- se puede interrogar la mencionada continuidad de las feministas en espacios autónomos, ya que estos se habrían visto reducidos, así como también la capacidad de actoras y actores no institucionales de representar sus intereses frente al Estado y los partidos políticos (Ríos, Godoy, & Guerrero, 2003). Sin embargo, más allá de esta tensión, los discursos de las investigadoras feministas que hemos presentado, insertas en la institucionalidad académica de los CAI y colaborando para el SERNAM, nos permiten asomarnos a una diversidad de ubicaciones, orgullos, molestias, distancias y compromisos, por citar algunos, que dan cuenta de una situacionalidad más compleja que la sola posición de “las institucionales”.

Por otra parte, como señalamos, hay dos tipos distintos de satisfacción de la demanda de conocimientos desde el SERNAM. Por un lado, las investigaciones que se ajustan a lo que pide el Servicio. Por el otro, y que aparece como lo más común, las colaboraciones que superan con creces lo demandado. Con ello cabe preguntarse, frente a las hipótesis del debilitamiento del movimiento de mujeres a partir de la recuperación democrática, si este tipo de articulaciones

entre investigadoras que son parte del movimiento con la esfera estatal no debiera hacernos pensar en algo más que el supuesto fracaso del movimiento. Retomaremos esto al final.

Lo que relatan estas investigadoras no es marginal, en tanto gran parte de las ONGs -algunas de ellas miembros de colectivos y movimientos sociales que lucharon contra la dictadura militar- tras el debilitamiento de la solidaridad vinculada a la cooperación internacional que apoyó las luchas antidictatoriales, una vez que se recupera la democracia en Chile, se reciclan como centros que pasan de la oposición a la colaboración con el Estado precisamente en la aplicación de programas y proyectos sociales que operacionalizan las políticas públicas.

En cuanto a que se trata de un sujeto donde lo racional se ve sobrepasado, nuestro análisis intenta mostrar que la implicación personal que aparece reiteradamente en todos los modos de relación con el Estado, muestra una conjunción de lo social encarnado en subjetividades, biografías y pasiones que sobrepasa la lógica que apela al distanciamiento que supone la racionalidad instrumental.

Lo anterior, puede relacionarse con lo que señala Sonia Álvarez como reclamo a la labor académica y su compromiso con los movimientos sociales que, al atreverse a considerarlos objetos de estudio, destituya de las ciencias sociales lo que ella llama la hipótesis de la *desmovilización inevitable*. Dicha hipótesis resume la propensión a poner en duda insistentemente la existencia y permanencia de los movimientos, asociada a una serie de cambios que efectivamente han complejizado el panorama en el Chile postdictadura, tanto para las organizaciones como para el observador. Por tanto, el ejercicio contrario sitúa a la academia en un papel fundamental en la visibilidad y la influencia de la que son capaces las organizaciones sociales, en un contexto de permanente complejización de sus dinámicas. Este giro en el análisis de los movimientos sociales ayuda a comprender una serie de mutaciones en el feminismo chileno que ha debido replantearse sus estrategias frente a los cambios en el sistema de oportunidades y restricciones. En efecto, el término de la dictadura instala nuevas disyuntivas - como la incorporación al Estado v/s un activismo autónomo- o bien radicaliza las posturas en algunos debates antes dejados en segundo plano o aun incipientes: la participación de las feministas en partidos políticos tradicionales, el papel de la academia en el análisis de las relaciones de género en el Chile de los 90', sus posibilidades y sus límites. Un análisis equilibrado trasciende, el binomio "autonomía-institucionalización" y demuestra que la mayoría de las feministas usan y adhieren a ambas estrategias, haciendo visible la diversidad de los

feminismos chilenos de la postransición (Álvarez, 2003). Ello es relevante toda vez que para muchas feministas “autónomas”, la acción de los centros de estudio de género –con sus investigadoras feministas incluidas y sus colaboraciones con el Estado- representan una parte importante de lo que se denomina como “las institucionalizadas”.

C) Luego, podemos pensar la parcialidad en un tercer eje que se relaciona más directamente con la pregunta por la responsabilidad del conocimiento, y que aquí interpretamos desde la interrogante por el sentido de la investigación que se produce para el Estado, y que para nosotros remite a la pregunta más amplia por las relaciones entre ciencia y política.

En el primer modo de relación con SERNAM, lo que prevalece es el *orgullo* por haber participado desde múltiples formas en la creación y desarrollo del SERNAM, como un compromiso político con las políticas públicas que han buscado fomentar la equidad de género en Chile; coherentemente, aquí lo que prima es el convencimiento de que tales colaboraciones han sido usadas, y en tal sentido se evalúan como útiles para las políticas públicas del Servicio.

En el segundo modo, en cambio, el catalogar los estudios realizados para SERNAM como *irrelevantes* va unido de un “*no saber*” qué pasa con el destino de tales investigaciones, no se sabe si han sido utilizados o no, por lo que en vez de orgullo, podríamos hablar más bien de frustración. Aun así, la implicación personal en los temas de investigación hace que el sentido se traspase más hacia el plano personal, pero permanece un compromiso político, esta vez en la denuncia que vehiculizan las investigaciones sobre las situaciones que afectan a las mujeres. La implicación política ya no es tanto colaborar con la política pública, pero sí denunciar situaciones de opresión y desigualdad a través de los estudios producidos para SERNAM.

En el tercer modo, el sentido de la investigación tiene mucho que ver con sus formas de uso, pero éste aquí no se concentra en su aporte a la política pública, como en el primero, sino todo lo contrario, el aporte está en mostrar críticamente justo aquello que el Estado por su propio lugar no puede ver/abordar, llamado al que estarían por definición convocadas las ONGs en su rol de crítica del Estado y no solo de colaborador de sus políticas. Aquí entonces el compromiso político va por el lado de ampliar los saberes y sentidos que se han instalado en el Estado para hacer las veces de bisagra con la sociedad civil.

Mientras que el Modo 4 se sintetiza en la metáfora de la investigadora académica “desconectada” de la política actual, pero aún feminista, que se ha “decepcionado” de las formas en que opera lo que denomina como “esfera política”, incluida la producción de políticas públicas, cuya lógica

sería más “arbitraria”, “des-honesta” y encerrada en una reproducción del orden que se cierra a las posibilidades que el conocimiento social crítico y feminista puede aportar desde la transgresión de las normatividades tradicionales del Chile postdictadura.

Sin embargo, para nuestro tema de investigación, la responsabilidad no tiene que ver solo con el uso de la investigación, sino con la producción del mismo y allí se vuelve relevante lo que mostramos sobre cómo estas investigadoras promulgan lo que es la investigación feminista y sus debates con la objetividad. A la diversidad de formas en que se construye ese objeto, nosotros agregaremos que la investigación feminista apoya su fundamento en la epistemología de la difracción en vez de la representación, tema con el que terminaremos este capítulo. Considerando nuestro problema de investigación, queremos utilizar todo lo mostrado en este segundo escenario para volver a nuestra pregunta por cómo la propuesta de los CS, que detallamos en la primera parte, permite apuntalar la capacidad crítica de la investigación social.

#### **6.4. ¿Cómo interpretar a las investigadoras feministas desde nuestro lente teórico?: posiciones de sujeto parciales**

##### **6.4.1. Testigos modestos visibles e implicados**

En el capítulo tres, con Haraway (2004), pudimos deconstruir cómo se ha sostenido la separación estricta entre el interés por el conocimiento y los intereses sociales y políticos, que sostiene el concepto de objetividad científica moderna. Como señalamos, abordar los soportes de tal divorcio permite entender, y luego disputar, lo que aceptamos como conocimiento objetivo. Allí aparecen las condiciones exigidas al sujeto de investigación para ser capaz de informar fiablemente sobre los fenómenos en estudio: debe ser un sujeto invisible, sin marcas, desinteresado y sin intervención en lo que observa. Lo que expusimos en este segundo escenario es que la práctica que informan las investigadoras feministas muestra precisamente lo contrario, en tanto sujetos de investigación de los estudios de género producidos para el SERNAM están altamente implicados en la producción de dichos estudios, particularmente como feministas, vale decir, son visibles, tienen marcas, intereses, memorias sociales y proyectos, entre otros.

En cambio, las prácticas que nos informaron las funcionarias del SERNAM muestran otro sujeto de investigación: son convocadas en tanto “expertas en género”, no como feministas, cuyas investigaciones han permitido al Servicio “objetivar” la necesidad de llevar a cabo políticas públicas de género específicas y transversales contra la desigualdad de oportunidades para las

mujeres. Sin embargo, los/as funcionarias de SERNAM saben que son investigadoras de organizaciones y centros de estudios con una impronta feminista.

Un primer punto entonces a concluir es que sus identidades, marcas e intereses feministas quedan invisibilizados en la etiqueta de la experticia de género.

De este modo, podríamos estar frente a una paradoja: Ellas encarnan un saber que combina la producción científica en estudios de género, sus memorias sociales como feministas que formaron parte del movimiento social y las luchas antidictadura de los años 80', más sus prácticas como asesoras influyentes, fundadoras, capacitadoras e investigadoras para SERNAM. Y sin embargo, se validan e influyen por su lugar como "expertas" imparciales.

Como presentamos en el capítulo tres, Haraway (2004) muestra cómo las normas de la modestia científica masculina en los tiempos de Boyle tenían características de género que progresivamente se fueron invisibilizando, hasta lograr que la masculinidad pareciera la naturaleza de cualquier testimonio desinteresado e independiente; mientras que las mujeres se volvieron invisibles para los demás a la vez que sostenían un tipo de visibilidad, sus cuerpos, que las rebajaba a ser percibidas como "subjetivas" y, por ende, incapaces de informar algo más allá de sus intereses particulares, con la consecuente pérdida de agencia epistemológica. Con lo que hemos mostrado en este capítulo podríamos decir que las mujeres han ganado visibilidad y agencia como investigadoras, aún más, son reconocidas como "expertas" a pesar de ser mujeres, pero solo en la medida que ocupan la misma posición del sujeto moderno (autónomo, desinteresado e invisible), es decir, en la medida que invisibilizan sus marcas y encarnaciones, principalmente sus marcas políticas como investigadoras feministas. Ese parece ser el costo que hay que pagar para lograr influir no solo en la ciencia sino también en las políticas públicas de género.

Si como mostramos en el debate teórico, para salir de la trampa de tener que elegir entre positivismo o relativismo, celebración o paralización, necesitamos promover el reconocimiento de una posición de sujeto visible y corpórea y amarrada a los objetos de los que se pretende dar cuenta; ello supone desprestigiar la confianza en el testigo modesto moderno autoinvisible y abstracto para mutarlo en uno más material, corporal, desviado y casi opaco para la emergencia de los hechos en la tecnociencia contemporánea. Vinculado a nuestro escenario empírico, tal mutación que Haraway propone reconocer permite torcer la etiqueta de "expertas en género" en sujetos de investigación amarrados a cuestiones como la memoria social de la dictadura, las

identificaciones y vínculos con el movimiento feminista, las constricciones y posibilidades institucionales en los que han discurrido las políticas feministas en Chile durante y después de la dictadura (en los CAI, ONGs, organizaciones de base, políticas públicas, entre muchas otras), las redes internacionales, los modos y agentes que financian la investigación de género, los marcos teóricos feministas, los dispositivos metodológicos, los instrumentos tecnológicos de investigación (ej. producción de estadísticas de género) y las formas de aplicación de los estudios de género (proyectos, programas, bases de datos, observatorios, PMG de género, etc.), las biografías y cuerpos de las investigadoras, las investigadas y las demandantes de estudios de género, los circuitos disciplinarios de las ciencias sociales, el espacio-tiempo de la postdictadura, entre muchos otros.

Sin embargo, no es solo que las investigadoras feministas sean convocadas por el Estado como “expertas” no interesadas, bajo el modelo del conocimiento científico neutro, sino que ellas mismas no cuentan con otros tipos de recursos epistemológicos a los que recurrir para fundamentar la rigurosidad de sus estudios. En tanto expertas reproducen la lógica del testigo modesto de Boyle: “No soy yo quien dice esto, es la máquina” (Saphin & Schaffer, 1985, pág. 77, citado por Haraway, 2004, pág. 43). En este caso sus máquinas son los recursos metodológicos de sus disciplinas que son tecnologías científico-sociales asumidas como neutras e independientes del objeto. Así entendemos sus argumentos para defender que sus estudios “no son cualquier cosa, son objetivos, yo tengo datos...” o “he trabajado con muchas encuestas”. Es como si dijeran “no lo digo yo... lo dicen las estadísticas” para hablar de, por ejemplo, brechas salariales entre hombres y mujeres. Con esto se abre el riesgo de permanecer en un empirismo feminista que no llega a cuestionar las formas en que se valida el conocimiento científico.

Frente a ello, y como mostramos en el capítulo tres, uno de los ejes transversales a las diversas epistemologías feministas es la crítica al método científico concebido como transparente y neutral, para defender que lo contrario no implica necesariamente la distorsión de los objetos del conocimiento por efectos de la ignorancia, las proposiciones falsas o los argumentos inválidos (Alcoff & Potter, 1993A; Haraway, 1995; Harding, 1998, 2004; García Selgas, 2008). Una forma de mostrar esto es el reclamo de Haraway (2004) por lograr *estadísticas fuertes*. Como describimos, las investigadoras feministas no reivindican nuevos métodos sino más bien han usado los disponibles en sus disciplinas (producción de datos cuantitativos, análisis estadísticos de datos secundarios y producción de discursos y narrativas) para poblar de datos la realidad, y apelan a ellos como argumento para apuntalar la objetividad de sus investigaciones. Sin embargo,



los usaron de manera interesada, no neutral, y ello no supone distorsionar los objetos de la realidad, en tanto ser “*políticamente comprometida*” no significa ser “*tendenciosa*”; es una distinción fina, pero también clave para las defensas de una ciencia democrática y creíble (Haraway, 2004, págs. 198-199).

Desde la lógica de los CS, testificar ahora “*es ver; atestiguar; posicionarse frente a las propias visiones y representaciones como públicamente responsable y físicamente vulnerable*” (Haraway, 2004, pág. 302), como un ejercicio colectivo, limitado y dependiente de la credibilidad *construida e infinita* de sus practicantes, quienes son falibles y cargan las consecuencias de miedos y deseos no siempre conscientes y aceptables.

Una salida para no tener que renunciar a las tecnologías de la investigación social sin apelar a su neutralidad como parámetro de rigor, es aprovechar los argumentos de la epistemología del punto de vista desde una relectura que no los esencialice, tal como lo postulan los CS. Como indicamos en el marco teórico, un punto de vista es “*una herramienta cognitiva, psicológica y política para un conocimiento más adecuado, juzgado por los estándares no esencialistas, históricamente contingentes y situados de la objetividad fuerte*” (Haraway 1995, pág. 229); en tanto tal, no apelan a un fundamento filosófico abstracto, sino a una tecnología práctica enraizada en el “anhelo” (Hooks, 1990), asumiendo a la vez que el punto de vista no es unívoco ni inocente porque rara vez opera a la vez un solo tipo de posición estándar y/o marcada; las posiciones subalternas pueden serlo en una dimensión, pero dominantes en otra.

En tal sentido, creemos que la producción de datos que han hecho las investigadoras “expertas” en estudios de género se ha hecho desde puntos de vista feministas situados que pueden transformar el parámetro de la objetividad neutra en objetividad fuerte (Harding, 1998).

Tal tipo de objetividad fuerte reclama imaginar o problematizar las posiciones subalternas para mostrar más que lo que observan las posiciones estandarizadas, y lograr así impugnar la reproducción del orden vigente. En términos de las investigaciones presentadas, a ello se llega – entre otros recursos- produciendo un tipo interesado de estadísticas que permitan visibilizar nuevos problemas invisibles desde las ópticas dominantes de género<sup>75</sup>.

---

<sup>75</sup> Decimos estadísticas porque son los instrumentos más asociados a los estudios tildados de “objetivos” y porque las políticas públicas las usan ampliamente, pero lo mismo vale para los datos cualitativos.

En ese sentido, y análogamente a la pregunta que mostramos en el marco teórico sobre quien habla por quien (ej. por el feto en los debates sobre aborto) que plantea Haraway (1999), las investigadoras feministas están autorizadas a hablar no por ser expertas que reproducen al testigo modesto desinteresado sino precisamente porque no investigan desde el desinterés. Sin embargo, se requiere problematizar cómo participan en tales prácticas y en las diversas redes de las que ellas son parte.

Haraway se aparta del rechazo a la estadística como conocimiento que confía más en la experticia que en la comunidad, por el contrario, reclama que necesitamos “estadísticas fuertes”: aquellas capaces de entrelazarse con puntos de vistas de sujetos marcados para lograr disputar la objetivación y naturalización de las desigualdades. La estadística ha sido una tecnología básica para la construcción de la objetividad y la estabilización de los hechos; pero, ella es más intersubjetividad que realismo (Haraway, 2004, pág. 230). El feminismo necesita de estadísticas fuertes. Compartimos ese convencimiento, toda vez que reconocemos la importancia de haber producido y disputado estadísticas desde una posición comprometida contra las diversas formas de dominación en Latinoamérica, por ejemplo, la denuncia de múltiples formas de desigualdad de género en la región (Valdés & Gomáriz, 1995)<sup>76</sup>. Asimismo, las estadísticas han permitido reconocer pública y estatalmente la violencia de Estado ejercida durante las dictaduras cívico-militares del Cono Sur entre finales de los 60’ y principios de los 90’, donde dramáticamente las políticas estatales de memoria, a partir de las transiciones políticas, han tenido que disputar, reconstruir o crear registros de personas que fueron asesinadas y desaparecidas en Chile, Argentina, Brasil y Uruguay para reconocer lo que había sido por décadas negado. Ello fue empujado por las movilizaciones de las organizaciones de derechos humanos que participaron demandando, elaborando (Cruz, 2002) y hasta usurpando archivos que documentaban la violación de derechos humanos por parte de agentes del Estado (Da Silva Catela & Jelin, 2002). Por lo tanto, las prácticas de investigación que se pretenden críticas pueden aprovechar esta forma de asumir los métodos en otros campos de estudios que no evaden los vínculos políticos.

Desde la objetividad fuerte el punto de vista de las mujeres no se asume como el refugio de posiciones identitarias preestablecidas sino como uno creativamente contradictorio y a la vez distorsionado por el orden dominante, con lo cual obra sentido aplicarnos la misma reglas a

---

<sup>76</sup> Para el caso español, un ejemplo de disputa de las estadísticas a propósito de la violencia de género lo encontramos en García Selgas, Casado & García (2012).

nuestros puntos de vista como investigadoras feministas más allá de las consabidas autocríticas sobre la primacía de las mujeres blancas, de clase media, heterosexuales, etc. De lo contrario, logramos influencia en tanto "expertas en género", pero si no deconstruimos ese lugar y no lo pervertimos con la parcialidad feminista no llegamos a poner sobre la mesa la complejidad y riqueza implicadas en este tema, ni tampoco conseguimos introducir una *diferencia* que está presente en estas posiciones expertas desde su carácter feminista. Por lo demás, como ya mostramos en el capítulo dos y tres al presentar las diversas epistemologías feministas, en el trabajo académico las mujeres estamos dentro y afuera, pero cada vez más dentro aunque en posiciones desiguales, y allí difícilmente el orden académico dominante no nos domina. Requerimos entonces de puntos de vista contradictoriamente creativos para apelar a un tipo de experticia feminista que no nos deje fuera ni de la ciencia -demasiado poderosa como para evitarla y además un lugar en el que nos gusta estar- ni del movimiento feminista -del que nos sentimos parte- como comunidad imaginada, fluida, diversa y articulada desde múltiples diferencias y coaliciones. Ello parece más interesante y problemático que ser investigadoras feministas invisibles, ignoradas o aceptadas sólo como expertas en género desde la unción de los estándares dominantes.

En tal sentido postulamos que el carácter crítico de los estudios de género, en tanto CS feministas, se asienta en que se construyen en la lógica de la argumentación epistemológica de objetividad fuerte (Harding, 2004) y encarnada (Haraway, 2004) que interroga por el ¿cuo bono? que detallamos en el capítulo tres. Así entendemos, por ejemplo, las prácticas de las investigadoras entrevistadas que han buscado a) poblar de datos la realidad para construir objetos de política pública vinculados a la equidad de género (especialmente en el Modo 1 y 4); b) denunciar a través de sus investigaciones situaciones de dominación que afectan a las mujeres, especialmente en el cruce de clase y etnia en ámbitos como el trabajo en la agroindustria (particularmente en el Modo 2) y c) vincular al movimiento social de mujeres, la producción académica y el trabajo de ONGs feministas en la lógica de construcción y defensa de derechos (como en el Modo 3); todo ello combinado con las formas en que el SERNAM ha usado los diversos tipos de estudios de género producidos por ellas para empujar proyectos de ley favorables a las mujeres, generar programas y proyectos vinculados a la equidad de género de manera transversal a las diversas políticas públicas o negociar con otros actores dentro y fuera del Estado (ej. Ministerios, empresarios, legisladores) la relevancia de transformar el género. En otras palabras, las formas de uso de los estudios de género que describimos, como tecnología

social vinculada a los puntos de vista feministas, han permitido validar y crear políticas frente a problemas que los sectores dominantes no veían o no creían necesarios de ser intervenidos dada su adhesión a supuestos androcéntricos no perceptibles sin tales aparatos de visión.

Ahora bien, desde los CS no se trata solo de argumentar que las investigadoras feministas son posiciones de sujeto parciales porque la producción de conocimientos en la que participan está amarrada a diversas condiciones de producción (institucionales, académicas, biográficas, disciplinarias, teóricas y metodológicas, etc.) sino también porque sus orgullos, dilemas, desafíos o frustraciones no lo son solo en relación al Estado (SERNAM) sino también de cara al movimiento de mujeres aun cuando ello no siempre aparezca en sus relatos de forma explícita, tal vez porque es parte de lo no dicho por obvio. Para nosotros, la situacionalidad de los estudios de género incluye preguntarnos no solo por cómo son usados por el Estado, sino también por cómo se vinculan con el resto de las políticas feministas.

Aquí es donde se vuelven relevantes los antecedentes con los que con los que partimos este capítulo sobre los dilemas del feminismo en el Chile de la postdictadura. Como mostramos, dos de las aristas más comunes en el debate posterior a los años noventa se ha ordenado en torno a las categorías de feministas “políticas” o “institucionales” v/s “autónomas”, categorías que se supone separan los compromisos feministas que discurren entre las militancias políticas, las ONGs, los centros de estudios de género, el Estado o las organizaciones del movimiento de mujeres. Para nosotros, siguiendo a Mol (2002) y su ontología múltiple, la lucha de género es diferente para los diferentes tipos de prácticas promulgados en tales espacios. Tal discusión es un escenario más amplio que el que hemos presentado, pero uno también relevante para pensar la situacionalidad de los conocimientos de género.

En tal sentido, si la red de estudios feministas de la ciencia supone cuestionar “silencios críticos”, desenterrar las razones que las preguntas directas no pueden hacer sin arriesgar el ridículo, llegar a lo que se niega y rechaza (Keller, 1992 en Haraway, 2004, pág. 305), para el escenario que hemos presentado, ello permite reinterpretar el supuesto “nuevo silencio feminista” (Ríos, Godoy, & Guerrero, 2003) asociado a la desmovilización de las organizaciones feministas una vez retomado el régimen democrático en Chile. Al visibilizar la marca feminista de las posiciones de sujeto de las investigadoras que entrevistamos, podemos argumentar que la “instalación del género” en las políticas públicas -a pesar de sus contradicciones- ha sido parte de los logros del movimiento feminista. Con ello, el objeto movimiento feminista puede ser

entendido de manera más múltiple que su sola delimitación a las organizaciones de mujeres, podemos ampliarlo a la articulación entre estas organizaciones con las investigadoras feministas —que en no pocos casos cohabitan en las mismas organizaciones como mostramos en el Modo 2— y la producción y gestión de políticas públicas orientadas al género. Asumir los estudios de género como CS permite sacar del silencio las marcas feministas que lo constituyen, pero sin abandonar que ellos encarnan teorías feministas que en tanto teorías críticas deben ser capaces también de desestabilizar su propio lugar como “conocimiento experto” sin que ello suponga renunciar a que son producidos de manera rigurosa y sistemática.

“De manera contundente, la teoría es corporal, y la teoría es literal. La teoría no es algo distante del cuerpo vivido; sino al contrario. La teoría es *cualquier cosa* menos desencarnada” (Haraway, 1999, pág. 125). Por lo tanto interpretamos que los estudios de género producidos para el Estado en Chile no son la excepción, y de hecho los relatos de las investigadoras feministas no hablan de un saber abstracto desligado de sus biografías, cuerpos, historias compartidas, vínculos con el movimiento feminista, entre otros. No obstante, por encarnación no estamos aludiendo solo a la importancia de lo que ellas relataron como “lo personal” sino a defender que la objetividad encarnada es una salida a las pretensiones de ver desde el ojo de Dios o desde ninguna parte, a que toda visión sea equivalente a cualquier otra o a que podamos aferrarnos a un punto de vista basado en cuerpos como fundamentos esencialistas de la identidad y los proyectos político-feministas.

En cuanto a “lo personal” que describimos en todos los modos de relación de las investigadoras con el SERNAM, tiene relación con un eje transversal que identificamos en el debate de las diferentes epistemologías feministas (primera parte): la crítica al carácter abstracto del conocimiento científico. Esa interpelación al supuesto de que el conocimiento esté libre de perspectivas, es decir, que, aun cuando es producido por individuos, no puede de ninguna forma ser personal ni idiosincrático para que sea considerado como genuino (Grosz, 1993), permite interpretar cómo en las prácticas de las investigadoras feministas que han colaborado con el Estado nada de lo que han hecho ha sido irrelevante en términos personales, incluso en aquellas investigadoras más decepcionadas o frustradas por el nivel de uso e impacto que atribuyen a los estudios que realizaron para el Estado y que las hace tildarlos a veces de “irrelevantes”, incluso en aquellos casos, para ellas, tales estudios fueron significativos en términos “personales”.

Junto con eso, hay que tener cuidado con confundir CS con conocimientos localizados en un contexto específico, lo que sería casi como decir conocimientos locales. No es una cuestión contextual sino constitutiva donde “el instrumental conceptual, tecnológico y material, como el perfil de sus “objetos” de referencia, está enraizado en y se alimenta de estructuraciones socio-históricas concretas (...) La objetividad, que se busca con las prácticas cognitivas, lejos de oponerse a la subjetividad, se basa en la encarnación que da asiento a ésta” (García Selgas, 2001, pág. 370).

Para el caso que nos ocupa, como ya argumentamos, esa encarnación supone muchas cosas y puede dejar fuera muchas otras, pero no podría dejar fuera al feminismo entendido como objeto múltiple, análogamente a como lo señaló una de las entrevistadas: “yo soy feminista, no tengo remedio”.

En otro sentido, los diversos modos en que las investigadoras feministas se han relacionado con el SERNAM nos permiten ilustrar aquello que señaláramos en el capítulo tres, respecto de cómo podemos visibilizar la responsabilidad del conocimiento a través de los CS cuando con la metáfora epistémico y política del cyborg abandonamos las seguridades que nos proporcionan la inocencia y la estrategia de autoidentidad por la multidimensionalidad y la estrategia del posicionamiento de los agentes. Para el caso que nos ocupa quedarnos en el riesgo de la inocencia puede operar en el Modo 1 si la responsabilidad como investigadoras feministas queda resuelta solo en el “orgullo” o la satisfacción de haber colaborado con una producción relevante que mejora y/o transforma el orden vigente. En el Modo 2 podría operar bajo el argumento de dejar reducida la dimensión política de los estudios de género a su uso en el Estado para la toma de decisión, desentendiéndose de cómo participamos de la responsabilidad de producir conocimientos expertos en género; al tiempo que se limita la marca feminista al trabajo más directo con las organizaciones de mujeres. No obstante, está presente también el riesgo del espejismo de la inocencia en el Modo 3, si al quedarnos fijas en la metáfora de la bisagra –entre Estado y sociedad, Estado y academia- ello nos libera de participar en las redes por donde el conocimiento y las políticas de género se producen, circulan y se reconfiguran.

Por el contrario, asumir las posiciones de sujeto que mostramos -“investigadoras feministas”, “expertas en género”, “colaboradoras”, “fundadoras”, “bisagras”, “decepcionadas”, “orgullosas”, entre otras- como posiciones móviles, encarnadas y parciales, nos lleva a hacernos cargo de que el único conocimiento posible es el situado y por ende a quedar ubicadas en “una racionalidad

posicionada y dialógica; que requiere la (re)interpretación y (re)negociación continua de cuerpos, sentidos y posiciones (...) ambos movimientos implican la responsabilidad o conciencia moral y política ante la toma de posición que supone cualquier acto de conocimiento” (García Selgas, 2001, pág. 371).

Ciertamente la metáfora cyborg en situaciones como el escenario chileno postdictadura no es fácil de digerir para muchas feministas. Tal figura es postulada por Haraway (1995, 1999) como una de las posiciones sujeto de un mundo postmoderno donde se difuminan las fronteras entre animal y humano, organismo y máquina, físico y no físico para subrayar que las identidades fragmentarias y los puntos de vista contradictorios son potencialidades -venidas precisamente de sus posiciones de frontera- para las esperanzas y compromisos políticos que la movilizan; si eso es así, no es muy lejano a las figuras de estas investigadoras como posiciones de sujeto contradictorias, que mezclan la investigación académica más tradicional (*la seria*), las consultorías (vista como *menos seria*), las capacitaciones (vistas al menos como *útiles*), las asesorías (que han dado *relevancia*, *orgullo* y compromiso con el SERNAM), la producción de información (como conquista de la realidad al poblarla de *datos* y desde ahí influir o como gesto *irrelevante*), la producción de tecnologías (como las bases de datos, archivos, informes, gráficos, etc.) y las propias políticas públicas, por nombrar solo algunas.

Al mismo tiempo, la importancia del cyborg se entiende en el contexto de la crítica de la razón centrada en el sujeto como criatura autónoma, racional, universal e individual, que es muy distinto de las implicaciones desde las cuales hablan las investigadoras feministas como parte de sujetos no autónomos sino implicados y enlazados a diversas otras posiciones, racionales, pero también apasionadas con sus oficios y sus causas políticas, específicamente ubicadas en un espacio-tiempo no universal y como parte de un sujeto colectivo.

Por lo demás, y retomando el debate feminista en el Chile de la postdictadura, tenemos que el cyborg se asienta en el reconocimiento de que las configuraciones de conocimiento y poder de un período histórico están en función de los límites con que se divide, separa, clasifica y discrimina las cosas que son parecidas, límites que son constitutivos del poder e instrumentos de ese poder. Las posiciones de sujeto de las investigadoras feministas desafían una clasificación entre límites claros y estables entre Estado, academia, ONGs, movimiento social, militancia social y política, consultoría, experticia, movimiento feminista por usar las más provocadoras. Tales posiciones móviles, interconectadas y fragmentadas pueden ser más prometedoras que las categorías en las

que han sido encapsuladas en el debate del movimiento social postdictadura que reclama contra las “institucionales” o “las profesionales del feminismo” v/s las “autónomas” o “las de la calle”, entre otras.

#### **6.4.2. EL objeto redefinido**

Más allá de los objetivos y problemas de investigación específicos de los estudios de género realizados por las investigadoras feministas para SERNAM, podemos sostener que su objeto más amplio corresponde al género o más aún, a las luchas por transformarlo. De ser así, tal objeto – visto desde la epistemología de la difracción- también se ve alterado en su sentido moderno, para recuperar su capacidad de agencia como objeto irónico, esquivo e inacabado<sup>77</sup>.

Como señala Haraway, la epistemología de la difracción desestabiliza la idea que tenemos de sujeto, objeto y la relación que los une para mostrar cómo ambos componentes se alteran en la producción de conocimientos y como tal producción –basada en sujetos marcados y objetos activos- difracta, en vez de reproducir, la realidad. Esa apuesta busca ofrecer puntos de vista que sean extraordinarios, que prometan algo no conocido de antemano, para construir mundos menos organizados en ejes de dominación (Haraway, 1995, pág. 329).

Haraway puede avanzar en clarificar la interrelación cognitiva entre sujetos y objetos de investigación, sirviéndose de las figuras del cyborgs y el coyote, entendida como una interrelación material, simbólica y política, en la que sujetos y objetos se van (re)configurando (García Selgas, 2001). De ser así, ni las investigadoras feministas ni el género como objeto de investigación son los mismos después de operado el proceso de producción y uso de los conocimientos “expertos” en género entendidos como conocimientos feministas situados en el Chile de la postdictadura.

Haraway empuja la implosión de la dicotomía moderna sujeto/objeto. Ello supone que la situación cognitiva no es una división entre lo activo y lo pasivo sino una trama científico-ficcional en la que hay agentes no-humanos, en la que estamos dentro-y-fuera. Desde ahí se asume que el objeto deja de ser pasivo para volverse activo e irónico. Esto permite pensar que tal

---

<sup>77</sup> Si bien no fue éste el foco de la investigación que presentamos, arriesgaremos algunas conclusiones sobre cómo puede estar modificándose al verlo desde los CS.



vez el género transformado por las políticas públicas y los estudios que las avalan naturaliza nuevos modos de desigualdad y de relaciones de género, a pesar de los logros que tales políticas han implicado.

Por otra parte, algunas comprensiones de la teoría feminista postmoderna o postestructuralista en el debate del feminismo en Latinoamérica ha reclamado que se trata de una deconstrucción que quiere convencernos de que nada es “real”, todo es “ficción”, incluidas las mujeres, de lo cual se desprende que carece de sentido entonces movilizarse apelando a ellas. Desde la apuesta por los CS, y para efectos de entender el “objeto” de conocimiento como un ente que también se transforma, no se trata de una renuncia a creer que un mundo real es posible, sino más bien de aceptar las complejidades de cómo abordar la realidad de la que somos parte, que nos constituye y a la cual constituimos, de visibilizar que es contingente, alterable y que alberga a otras entidades posibles.

La cuestión es entonces ¿cómo lograr simultáneamente una versión de la contingencia histórica radical para todo conocimiento y un compromiso con sentido que consiga versiones fidedignas del mundo “real”, capaz de ser parcialmente compartido y favorable a proyectos de emancipación? (Haraway, 1995). Eso es muy similar al diálogo sobre cuáles versiones de la realidad apoyar, a favor y a costa de quién que postula Mol con su defensa de una ontología múltiple que requiere otra forma de ligar política y conocimiento

Además, como detallamos en el capítulo tres, el objeto tiene siempre la doble cualidad de ser material y semiótico al mismo tiempo. Esto permite enfrentar el reclamo contra el feminismo deconstructivo que en Latinoamérica y en Chile en particular, se asusta de que ahora se quiera dejar fuera a las mujeres como sujeto empírico, como cuerpos y vidas “reales” y no ficcionales. Las mujeres, los cuerpos y cualquier entidad es siempre material-semiótica y es objeto de disputas por definirlo y redefinirlo (a lo Mol) desde múltiples ontologías. El significado no precede ni inaugura la materialidad en formas concretas como se podría defender desde posiciones socioconstruccionistas, por el contrario, las *cosas* son producto de la relación indisociable de materialidad y significación. Tal cualidad no es exclusiva de los objetos de conocimiento sino que también lo es de los procesos de formación de subjetividades que, como Haraway (1995) muestra, son también procesos semiótico-materiales donde la materialidad y la significación son algo inseparable y mutuamente irreductible que se recrea en cada actualización donde la significación, por un lado, instaura la materialidad de una forma concreta, y donde, por

el otro, la materialidad objeto (Romero, 2003). Allí, los estudios de género deben haber impactado dimensiones material-semióticas del género, especialmente a través de sus formas de uso mediante las políticas públicas de género.

Junto con eso, los resultados descritos nos llevan a afirmar que los estudios de género formulados para el Estado se han sostenido y han transformado tecnologías, también material-semióticas, como las bases de datos, los dispositivos de información, los registros, archivos y papeles en donde hasta hace poco no había marcas de género. Aún más, algunas de estas mismas investigadoras han sido impulsoras de observatorios de género que haciendo uso de internet y diversas redes sociales logran poner en el tapete cuestiones sobre la desigualdad de género en Chile en los más diversos modos. Incluso la práctica del “Observatorio de Género” está hoy instalada dentro del propio SERNAM.

## **6.5. Cuestiones abiertas y algunas conclusiones**

Como indicamos al inicio no he investigado a estas investigadoras como observadora distante o neutra, sino en una conexión parcial, pero profundamente interesada en la cuestión feminista de la que me siento parte. De ahí que lo que hemos presentado en este capítulo nos ha permitido mirar (auto)críticamente las posiciones de sujeto de las investigadoras feministas demandadas como “expertas en género” y arriesgar algunas hipótesis sobre el género como “objeto”. Vamos a concluir como todo lo anterior permite dar razón de que los estudios de género son un tipo de conocimiento situado, y cómo al reconocerlos en tanto tales se abren nuevas posibilidades para una crítica responsable.

1. Primer riesgo: cubrir el testimonio de otros/as: La auto-invisibilidad de la versión de Boyle del testigo modesto es el punto de mira de la crítica feminista hacia las formas sesgadas de objetividad en la práctica tecnocientífica (Haraway, 2004). La pregunta es cómo se traduce esto cuando las feministas tienen tribuna e influencia a través de la producción de estudios de género como insumo “experto” para las políticas públicas. No estamos analizando otras prácticas científicas, sino las nuestras, la crítica feminista como recurso para la práctica feminista, y a partir de ahí, como recurso para otras prácticas de producción de conocimientos críticos.

Si los estudios de la ciencia feministas han problematizado cuál es el significado de estar “cubierta” por el testimonio modesto de quienes aparecen como transparentes (Haraway, 2004, pág. 51) tenemos que preguntarnos si con la invisibilización de las marcas feministas de las

investigadoras, bajo la figura de la “experta” neutra, no corremos el riesgo de cubrir con nuestro testimonio a otras mujeres y a otras prácticas feministas. La propuesta de los CS de apostar por una “objetividad fuerte” nos invita a buscar métodos para examinar sistemáticamente todos los valores que conforman un proceso de investigación determinado, en tanto las creencias culturales abarcadoras que no son examinadas críticamente dentro de los procesos científicos terminan funcionando como evidencias a favor o en contra de determinadas hipótesis (Harding, 1993). Si la opción tampoco es abandonar la producción de estudios de género, los CS pueden ser una forma de mantener tales prácticas, pero sin privilegios desencarnados y desenraizados de nuestros vínculos políticos y de nuestra responsabilidad.

Con Haraway asumimos que la difracción de una investigación que se asume crítica “supone marcar una diferencia en el mundo, arriesgarnos por unos estilos de vida y no por otros” para lo cual hay que participar desde posiciones finitas y manchadas de manera que las posiciones de sujeto y las maneras de habitarlas puedan volverse visibles y abiertas a la crítica (Haraway, 2004, pág. 54). Luego, lo que hemos mostrado con las figuras de las investigadoras feministas en este escenario, es una forma de exponer no tanto las experiencias empíricas de quienes entrevistamos, sino más bien cómo en tanto investigadoras comprometidas con determinadas políticas –entre ellas el feminismo- no nos refugiamos en la caja negra de la experticia sino que asumimos que nuestras investigaciones son situadas, y en tal sentido nos exponemos a ser impugnadas. Ahora bien, no todo será explicado por la epistemología de los CS, ellos nos proveen el tipo de mapa que necesitamos para lograr ir donde deseamos, pero seguimos necesitando justificar por qué queremos ir allí (Harding, 2004).

Para recordar que el género no pertenece más a las mujeres que a los hombres y que no se puede tratar como un asunto de seres empíricos preconfigurados que aparecen o no en la escena de la acción en vez de constituirse en ella, es que presentamos (capítulo tres) cómo en la filosofía y la práctica experimental de la Bomba de Vacío el género fue reconstruido en un sentido diferente del heredado. Algo similar, evidentemente en otra escala, es lo que ha ocurrido en Chile con la articulación entre estudios de género y políticas públicas. Ello no implica que las investigadoras feministas unidireccionalmente afecten el género, sino que participan –junto a otras actancias- de la reconfiguración de éste. Así, podemos usar a las posiciones de las investigadoras feministas que describimos como figuras para sostener una tecnociencia feminista responsable. Tales figuras son un aterrizaje posible de la apelación de Haraway al testigo modesto reapropiado por la crítica feminista: trata “sobre decir la verdad, dar testimonio fiable, garantizar cosas importantes, dar

base suficiente para permitir la creencia precisa y la acción colectiva, a la vez que para evitar el narcótico adictivo de las fundaciones trascendentales” (Haraway, 2004, pág. 33), así como para renunciar a hacer ventriloquía sobre ningún grupo por muy subalterno que sea.

2. Segundo Riesgo: debilitar la capacidad de influencia de los estudios de género. Para evitar el relativismo apostamos por una objetividad encarnada. Sin embargo, asumir tal condición podría implicar debilitar la capacidad de influencia y negociación del SERNAM que han permitido los estudios de género en tanto estudios expertos “objetivos”. El problema es que siempre habrá otros estudios, también “expertos” y “objetivos” en su sentido de desencarnados, que podrían argumentar lo contrario. Esa es una de las formas en la que opera la trampa del relativismo. En cambio, asumir la parcialidad y el interés en determinadas formas de vida y no en otras, basándonos en el argumento de la objetividad fuerte y encarnada, obliga a incorporar en el debate aspectos normativos y éticos que de todas formas están operando bajo el tamiz de una supuesta neutralidad. En otras palabras, renunciar a la imparcialidad podría disminuir la capacidad de influencia de los estudios de género en un juego donde la regla es la imparcialidad; pero asumir que tales estudios están enlazados irremediabilmente a su posición feminista hará más difícil el debate, pero podría permitir cambiar las reglas del juego. Retomado las conclusiones del capítulo cinco, ésta podría ser una posibilidad para escapar al riesgo de una tecnocracia de género obligándonos a entender de otro modo las relaciones entre la tecnociencia y la política, no como esferas autónomas sino como una articulación contingente, peligrosa, pero también prometedora para los proyectos feministas.

Así, podemos cuestionar la trampa que supone asumir que los estudios de género son “expertos” en tanto siguen el rigor y la objetividad igualada con la neutralidad y una adecuación al canon disciplinar de las ciencias sociales, porque se basan en metodologías de la investigación social sancionadas como correctas, porque son aceptados como trabajos de “calidad” por los receptores y demandantes u otras de las razones que describimos en los resultados anteriores. En vez de ello, apostamos por comprender cómo funcionan nuestros sistemas visuales teórica, social y psíquicamente como una forma de encarnar la objetividad que defiende la propuesta de los CS (Haraway, 1995). En tanto los aparatos visuales no solo condicionan cómo ver sino también qué ver, uno diría que cobra sentido el hacernos conscientes de la responsabilidad que supone el definir quién puede hablar, de qué, en qué términos, qué tramos son relevantes y qué puntos de vista son presentables (García Selgas, 1995, pág. 28).

3. Los CS como parte del ensamblaje entre ciencia y sociedad. La reapropiación que hace Haraway de la ciencia asume la imposibilidad de renunciar al conocimiento no solo porque sea constitutivo al ser humano sino también porque en la habilidad de acceder a la información se juega hoy el poder; de ahí que su trabajo se oriente a visibilizar las formas en que el conocimiento se transforma en mercancía. No entramos de lleno en ese punto, pero sirve para señalar que decir CS no es solo que la tecnociencia esté ensamblada con posiciones políticas en el sentido de compromisos con proyectos conservadores o de transformación del orden social, como el feminismo; sino que está amarrado a diversas condiciones de producción que están atravesadas por otro tipo de dimensiones políticas, por ejemplo, las políticas económicas. Ello es aplicable a lo que mostramos en este capítulo sobre los estudios de género y los restantes estudios que se han venido haciendo para el Estado tras el término de la dictadura como insumos para las políticas públicas (Garretón, Cruz, & Espinoza, 2010). Las lógicas del mercado han colonizado también al Estado y los centros de investigación, ya que –como describimos- las investigaciones operan como mercancías que se venden al Estado.

En ese contexto, las investigadoras no solo están invisibilizando sus marcas feministas, sino que al “vender” los estudios deben renunciar a la autoría de los mismos, con lo cual quedan expropiadas de la capacidad de hacer uso de tales resultados de investigación en sus desempeños académicos. Por otro lado, aunque dichos estudios permanecen encarnados en las investigadoras, pertenecen al SERNAM, lo que supone un desafío para el problema del acceso a dichos conocimientos por parte de las organizaciones del movimiento de mujeres u otros. Que ellas accedan o no a tales estudios ha dependido más bien de las redes entre investigadoras y militantes de dichas organizaciones que de una política de archivo público. Esta es otra dimensión política de la investigación de género que constituye su situacionalidad.

Como indicamos en el marco teórico, los estudios sociales de la ciencia en la línea de Latour y la propuesta de la ANT (Latour B., 1999, 2008) es fructífera para entender los ensamblajes entre ciencia y sociedad, toda vez que se ocupa de las redes de construcción de los hechos científicos como encadenamientos fluctuantes que sobrepasan los límites de lo que se ha definido como espacio científico. Aterrizando lo anterior a las propuesta de Ramos Zincke (2012) sobre el ensamblaje de ciencias sociales y sociedad para el caso chileno, podemos entender que desde los estudios de género se ha producido no solo el hecho científico “género” sino también el hecho social “equidad de género” como objeto de política pública no en un sentido unidireccional –del campo académico de los CAI al Estado- sino más bien como encadenamientos fluctuantes que

rebasan los límites de ambos espacios, y en tal sentido pueden leerse como redes que no deben definirse a priori. Así por ejemplo, desde los CAI las investigadoras feministas han permitido “poblar de datos” sobre desigualdades de género el espacio de intervención de las políticas públicas de SERNAM, al tiempo que las otras formas de colaboración (capacitaciones, asesorías, entre otras) han sido insumos no solo para las políticas públicas sino también para las agendas académicas de las investigadoras. Aunque en menor medida, también las organizaciones del movimiento de mujeres han podido acceder a los estudios de dichas investigadoras como insumos para sus proyectos.

Sin embargo, las investigadoras no disponen de argumentos epistemológicos que les permitan afirmar que no solo incluyen nuevos puntos de vista desde posiciones subalternas sino que producen una diferencia en la realidad, no la reflejan sino que la difractan cuando pueblan de datos sobre, por ejemplo, las desigualdades de género en los sistemas de propiedad. Lo que no se percibe es que no se trata solo de dimensiones invisibilizadas sino también de otras inexistentes antes del ensamblaje entre estudios de género, políticas públicas y organizaciones feministas, como es el caso del femicidio que no existe como crimen antes de su promulgación en el Código Penal.

Ahora bien, los estudios “expertos” en género realizados para el Estado no pueden pretenderse neutrales, además de las amarras con el feminismo que detallamos arriba, en tanto son realizados desde determinadas teorías, incluidas las teorías feministas, específicos dispositivos metodológicos que producen un tipo de datos de una forma y no de otra; esquemas observadores también situados en términos de los recursos analíticos e interpretativos y particulares retóricas de escritura. Además, lo son por las condiciones asociadas a los vínculos institucionales, trayectorias académica y laborales, ritos disciplinares, formas de hacer del oficio de investigación vinculados a cuestiones generacionales, circuitos de especialización académica, redes internacionales y un largo etcétera.

Haraway reclama que “Los rasgos ópticos de mi teoría reductora tienen el propósito de producir no tanto efectos de distanciamiento, como efectos de conexión, de encarnación y de responsabilidad con algún otro lugar imaginado que ya podemos aprender a ver y a construir” (Haraway, 1999, pág. 122). Con ello en mente, y volviendo al tema más general de las relaciones entre conocimientos expertos y políticas públicas, con lo argumentado en este segundo escenario podemos desafiar también el lugar común –mostrado en el capítulo anterior- que reserva a los

conocimientos expertos un desempeño legítimo solo en la toma de decisiones sobre “el cómo” (las decisiones de política pública), pero no sobre “el qué” (la disputa por los fines de la política) que no debiera ser asunto de “expertos” sino de “políticos”. Desde la epistemología feminista podemos reclamar que los estudios de género en tanto enlazados al feminismo están especialmente interesados en la disputa por los fines. Así, tales estudios no están solo para orientar cómo disminuir la desigualdad de oportunidades por factores de género sino por modificar los órdenes en que tales desigualdades se sustentan como parte de *algún otro lugar imaginado*. Ello no puede hacerse desde la distancia, y las investigadoras feminista que entrevistamos no apelan a ella, pero se requiere reconocer tal implicación y articularla con las otras formas de ejercer el feminismo en una lógica de articulación.

4. Los CS y su articulación con el movimiento feminista. Como señalamos al criticar a Latour (ver primera parte) y su forma de entender las relaciones entre ciencias sociales y movimientos sociales, con los recursos que provee la lógica de los CS evitamos que las investigadoras feministas “expertas” aparezcan solo como “analistas”, “actoras” o “voceras” del movimiento social porque, en tanto posiciones parciales, con ubicaciones móviles y contingentes, no están fuera ni arriba de otras formas de política feminista. Esa parcialidad nos permite no solo identificar aportes de un saber experto sino devolver responsabilidad a voces que están en conexión con otras voces y experiencias del movimiento de mujeres.

Del mismo modo, en las prácticas políticas no puede haber pura subjetividad o no podríamos articularnos con nadie. Luego, la única posición desde la cual no se puede practicar la objetividad es la del “amo”. Sin embargo, tenemos que estar alertas de que mirar desde la visión de los subyugados tampoco es algo no problemático en tanto está el riesgo de romantizar sus posiciones o convertirnos en sus ventrílocuos (Haraway, 1995). De ahí que la propuesta que hemos defendido es conectarnos con “otros” *inapropiados e inapropiables*, lo que supone no encajar en la norma, pero tampoco es quedar originalmente atrapado por la diferencia (Haraway, 1999).

Como argumentamos en el capítulo tres, el feminismo está enraizado en una conexión imaginaria y una coalición práctica que ha sido un logro duramente ganado, que demanda una *localización autocrítica* que es distinta de un localismo, es *especificidad y encarnación consecuente* y cambiante. Asumiendo que la visión es siempre una cuestión de “poder”, que supone un grado de violencia implícita en nuestras categorías visualizadoras, ello no elimina las necesidades de coalición y conexiones parciales (Haraway, 2004).

Con ello en mente, podemos ampliar la comprensión de cómo ha operado el feminismo después de la dictadura más allá de las metáforas que congelan el debate dicotomizando las posiciones feministas entre “institucionales” o “autónomas”, tal como mostramos en los antecedentes de este capítulo. Por el contrario, con el aparato visual de los CS logramos desestabilizar permanentemente cualquier intento de endurecimiento de categorías y rigidización ontológica en aras de posiciones parciales, pero no inocentes.

Por el contrario, los CS fortalecen la capacidad crítica de nuestras prácticas feministas. Para el caso que hemos presentado no se trata de desacreditar ni de defender el aporte de los estudios de género a las políticas públicas, encarnado en la figura de las investigadoras feministas demandadas como “expertas”, sino más bien mostrar cómo en nuestras prácticas de investigación se sustenta el orden vigente cuando se nos convoca como “expertas en género” avaladas desde la epistemología de la representación. Con la epistemología de la difracción y su apuesta por la articulación política podemos interpelar, impugnar o reproducir el orden. Es en tal sentido que el feminismo, incluida su crítica epistemológica, puede asentarse no tanto en lo ya resuelto como en lo que justamente permanece en tensión que –como fundamenta Richard (2008)- implica la articulación entre una suerte de identidad pragmática para la lucha política y el juego encarnado de la diferencia como posibilidad de crítica permanente, inapropiable e inapropiada.

A nuestro juicio con ello se puede enfrentar de manera menos paralizante la paradoja de la crítica con la que partimos esta tesis: “la imposibilidad de dejar de intentar lo que parece imposible” (García Selgas, 2002, pág.40), tal tarea puede traducirse al desarrollar una noción fuerte de CS para los estudios de género que renuncie al espejismo de validación como saber experto no parcial para influir en las políticas públicas, asumiendo que se sostienen sobre una “objetividad encarnada”; considerando las diversas multirelaciones de poder-saber que cruzan las disputas por reconfigurar el género que implican, entre otros, los vínculos entre academia, Estado y organizaciones de mujeres; y alfabetizarnos rechazando el esencialismo y las dicotomías heredadas para renunciar a la posibilidad de encontrar “la” perspectiva correcta en aras de abrir, tensionar, interrogarnos y seguir insistiendo en nuevas conexiones.

Podemos pensar así las figuras de las investigadoras feministas expertas en estudios de género como ciencia en acción, encarnación de teorías feministas y parte de los actores-redes que configuran las tecnologías científico sociales -los estudios de género- que operan en y para el Estado a través de sus políticas públicas. Vistos así, tales estudios pasan a ser prioritarios para el



movimiento feminista entendido como articulación de diversas posiciones de disputa del orden de género dominante, en tanto son aparatos de producción cultural que nos constituyen.

Por lo tanto, sostenemos que parte del problema o desafío que enfrenta el movimiento feminista en el Chile de la postdictadura es también epistemológico. Para enfrentarlo proponemos asumir los estudios de género que han colaborado con las políticas públicas como CS, incluyendo en tal situacionalidad un compromiso e identificación feminista que transcurre de diversos modos. Tal reconocimiento no resuelve todos los problemas ni ofrece garantías a la política feminista, pero al menos nos saca de la tramposa dicotomía de situarnos al lado de las “institucionales” o las “autónomas”, el rechazo o la aceptación acrítica de la “experticia” o de definir que la responsabilidad de todos los males está en las ONGs., los centros de estudio, la “profesionalización” del género y las políticas públicas de género, permitiéndonos ubicarnos todas –aunque en relaciones desiguales- en posiciones y debates no inocentes.

Asumimos con Haraway (2000) que el fracaso no es algo necesariamente negativo sino una situación de no-obviedad en la que algunos aspectos de la red de herramientas que usamos se hacen visibles, que nos revela los nexos de relaciones que necesitamos para completar nuestra tarea y que provoca un espacio de posibilidades precisamente porque las cosas dejan de funcionar como lo hacían. De ser así, la supuesta crisis o “silencio” del feminismo postdictadura en Chile podría ser una posibilidad para examinar con nuevas herramientas los nexos entre diversas prácticas que promulgan el feminismo.

Ahora bien, en los debates sobre el feminismo latinoamericano en general y el chileno en particular, no solo se ha acusado que el género “institucionalizado” ha debilitado al movimiento feminista sino también que el feminismo deconstructivo quiere hacernos creer que hablar de “mujer” es irrelevante y sospechoso. Frente a ello se defiende “la calle” y el feminismo del “movimiento” a riesgo de rigidizar un barómetro del feminismo que fija y acusa a quién es y quién no es feminista “de verdad”; al tiempo que se arriesga defender identidades fijas o paralizarnos en el relativismo.

El feminismo postestructuralista que alimenta la propuesta de Haraway, y el análisis de este segundo escenario, aun apostando por una articulación cargada de posiciones semiótico-materiales, manchadas por la parcialidad, y que sin embargo no garantiza nada ni se fundamenta en ninguna identidad fija, no reniega de cuerpos localizados geográfica e históricamente, irremediabilmente vinculados a memorias sociales del feminismo precedente que configuramos

y nos configura. Nos enfrentamos a la necesidad de esfuerzos por articular la especificidad de la localización desde la que deben construirse la política y el conocimiento; donde lo “particular” en el movimiento es distinto del individualismo liberal y del aislamiento desolador de las diferencias sin fin, en tanto no se renuncia a la esperanza de un movimiento colectivo, pero sí se asume que los medios y los procesos de tal movimiento necesitan de nuevas geometrías (Haraway, 2004).

Por lo tanto, al argumento de la epistemología de la difracción que señala que los CS son una forma de interferir y no solo reproducir la realidad, podemos agregar la propuesta de Mol (2002, pág. 158) que nos invita a una pregunta normativa sobre cuáles son las interferencias correctas en una ontología que asume la realidad como múltiple, cuándo, dónde, en qué contexto, y para quién son buenas, ya que el buen conocimiento no obtiene su valor de mantenerse acorde a la realidad. En ese escenario, “lo que debiésemos buscar es, en su lugar, formas de convivir con lo real que valgan la pena” (Mol, 2002, pág. 158). De ser así, el desafío es cómo articular los estudios de género con el resto de las prácticas que configuran el feminismo.

5. Los CS como recurso para la Sociología Crítica. Como indicamos al inicio, el trasfondo de esta tesis apunta a los desafíos de alfabetizarnos en nuevos recursos que permitan seguir imaginando la posibilidad de una sociología crítica. Como indicamos en la primera parte, Latour es crítico de la sociología crítica a la que interpreta como una corriente que no escucha en verdad a los actores, pasando por alto cómo ellos definen lo social reemplazándolo por fuerzas ya ensambladas o volviéndose “vampírica” más que crítica (Latour, 2008, págs. 76-79). Traemos a colación su reclamo porque es un buen ejemplo de cómo se ha desacreditado a la sociología crítica al dejarla encapsulada en la caricatura de un marxismo determinista, unos proyectos identitarios esencialistas o alguna otra forma cerrada y fija de impugnar las posiciones dominantes. Compartimos su rechazo al privilegio epistemológico de los científicos sociales, pero ello no es suficiente para renovar la vocación crítica de la sociología en tiempos posmodernos, especialmente desde sus prácticas de investigación.

En el escenario que hemos presentado no estamos analizando a las investigadoras feministas como un otro, sino asumiéndonos también como investigadora feminista que defiende una redefinición de los parámetros epistemológicos que permitan fundamentar la crítica que buscamos ejercer. No reproducimos la herencia del sociólogo militante en tanto nuestra propuesta no es tampoco fundir las posiciones de la experiencia de las investigadoras feministas, en sus diferentes ámbitos de acción, a la de las otras experiencias que son parte de lo que sostiene

al movimiento de mujeres –ej. el trabajo de ONGs feministas, el activismo en las calles, la acción de militantes feministas en diversos colectivos, partidos políticos y muchas otras plataformas- sino más bien defendiendo que la práctica científica –en este caso de los estudios de género- es una “huella momentánea” (Haraway, 2004) en la fluida red de lo que asumimos como movimiento que disputa el orden androcéntrico sin que ello suponga debilitar su rigor académico y su objetividad fuerte. Análisis como los de Latour (ver cap. 2) desconocen o caricaturizan a los movimientos políticos que reclaman un punto de vista subalterno no esencialista en vez de reconocerlos como parte de sujetos-objetos que se redefinen constantemente en una práctica de ontologías múltiples (Mol, 2002), en nuestro caso, qué es el género y sus disputas como objeto científico y social desde donde reconocer diferentes intereses y creencias sobre la realidad, y aun así crear modos pluricéntricos y democráticos de actuar en conjunto (Harding, 2008).

Llevado esto a la historia de la sociología crítica en Chile, el análisis que hemos presentado puede ser una forma de pensar en otras formas de fundamentar las prácticas de investigación críticas desde metáforas distintas a las del “intelectual orgánico” o el sociólogo “militante”, propias del proyecto de sociología crítica de finales de los años 60’ hasta el golpe de Estado, a las que no adherimos, pero que son parte de nuestra memoria social sobre la disciplina en el Chile contemporáneo.

## 7. CAPÍTULO SIETE: INVESTIGACIONES SOBRE MEMORIAS SOCIALES DE LA REPRESIÓN POLÍTICA EN EL CONO SUR COMO CONOCIMIENTO SITUADO

### 7.1. Presentación

Con este y el siguiente capítulo buscamos ilustrar otro tipo de escenarios para reflexionar sobre las relaciones entre conocimiento científico social y preocupaciones políticas desde una perspectiva crítica. Si los dos anteriores pusieron el foco en las políticas públicas, estos dos últimos lo hacen más bien en procesos vinculados a las disputas por desafiar el orden vigente en lo relativo a las memorias sociales de pasados marcados por la violencia política, particularmente la violencia de Estado que caracterizó a las dictaduras militares del Cono Sur entre finales de los años sesenta y la década del ochenta, donde la violación a los Derechos Humanos formó parte de la cotidianidad.

Si bien la consigna de *recuperar la memoria* ha sido uno de los emblemas del movimiento social de derechos humanos en la Región, vehiculizado por ejemplo a través de las movilizaciones de las *Madres de Plaza de Mayo* en Argentina, la memoria social es también un campo de estudios interdisciplinario.

Como señala Reyes (2009A) desde la década de los 80' el foco de mirada se ha ido desplazando desde *futuros presentes* a *pretéritos presentes*, experimentándose lo que hoy en día se anuncia como una *explosión de la memoria* o *cultura de la memoria* (Huyssen, 2000, 2002) llegando incluso a transformarse en una suerte de *obsesión conmemorativa* (Traverso, 2007 citado por Reyes, 2009). En el ámbito de las ciencias sociales, el foco hacia la memoria ha corrido la misma suerte y pese a lo reciente de esta temática se observa una amplia producción. Desde diversas disciplinas como la filosofía (Ricoeur, 2000; Todorov, 2000), la psicología social (Vázquez J., 2001; Reyes M. J., 2009; Piper I., 2005), la sociología (Halbwachs, 1968; Aguilar, Barahona de Brito, & González, 2002), la historia (Nora, 2009; Traverso, 2007) y los estudios culturales, por citar algunos, la memoria se erige como una problemática teórica, ética y política. Esa triple preocupación es heredera en gran parte de las experiencias europeas sobre los efectos de la violencia vinculada al nazismo, el fascismo y el franquismo (ej. Portelli, 2004; Aguilar, 2008).

En el Cono Sur, los énfasis han estado puestos en los efectos que la violencia de Estado produjo en las víctimas directas e indirectas (Lira & Piper, 1996) y en su procesamiento social y político

(Lira & Loveman, 2000); así como en las disputas sociales entre memorias (Jelin, 2002; Jelin E. comp., 2002).

Desde nuestra experiencia como investigadora en este campo (Cruz M. A, 2002; Cruz M. A., 2004; Cruz, Reyes, Cornejo, & Banda, 2012; Cornejo, y otros, 2013; Cruz & Ramírez, 2015) nos hemos ubicado entre aquellas perspectivas que conciben a la memoria social como un concepto con el cual interrogarnos sobre cómo van tomando forma los sentidos acerca del pasado en función de los desafíos y problemas del presente, en el acto social de recordar y olvidar. Se trata de un proceso subjetivo y socialmente construido, donde las memorias no son unívocas sino que, por el contrario, están en permanente disputa (Jelin, 2002). Controversias frente a las que toman tribuna distintos actores que persiguen levantar y legitimar determinadas narrativas, prácticas y marcas cargadas de sentido sobre qué y cómo recordar, qué silenciar y también qué olvidar (Middleton & Edwards, 1990). Por otra parte, la memoria siempre es una construcción de sentidos del pasado en función de intereses del presente, y dependerá de las convenciones que circunden en un contexto sociohistórico dado lo que hará memorable o no memorable tales acontecimientos (Halbwachs, 2004; Middleton & Edwards, 1990; Portelli, 2004).

Teniendo ello en mente, la investigación que aquí presentamos acude a un programa de investigación desarrollado en el Cono Sur a finales de los 90' y principios de la década del 2000 del que fui parte como investigadora *en formación*. Recurrimos a esta investigación como *tercer escenario* de esta tesis porque la mayor parte de los estudios de ese programa se centraron en las disputas por hegemonizar las versiones sobre el pasado entre versiones oficiales y memorias subalternas. Como toda disputa, ésta no opera entre actores iguales sino generalmente marcados por relaciones de poder, con lo que cobra sentido el concepto de memorias subalternas (Traverso, 2007). No obstante, la subalternidad está atravesada por múltiples articulaciones y posiciones, de modo que comprometerse con ellas, como ocurrió en la mayor parte de los investigadores del programa, no resuelve los desafíos de dar condiciones de posibilidad a la investigación que se pretende crítica. De ahí nuestro interés en comprender cómo, en el proceso de producción y especialmente de escritura de tales trabajos, se puede poner en juego la epistemología de la articulación que propone Haraway (2004) para pensar los desafíos que enfrenta la investigación crítica más allá del compromiso de sus investigadores con un objeto de estudio *sensible* del que somos parte: la disputas por las memorias de la represión política en el Cono Sur Latinoamericano.

La investigación que llevamos a cabo revisó un cúmulo de 20 investigaciones del citado programa, pero se concentró en tres de ellas como figuras que permiten ilustrar nuestro argumento.

## **7.2. Antecedentes**

El programa “Formación e Investigación sobre Memoria Colectiva y Represión: Perspectivas Comparativas sobre el Proceso De Democratización en el Cono Sur de América Latina”<sup>78</sup> (en adelante programa memoria) cuyas investigaciones y antecedentes analizamos en este capítulo<sup>79</sup>, funcionó durante el curso de tres años (1999-2001), preparando a 56 investigadores jóvenes de seis países de Sur América y los Estados Unidos para investigar las memorias de la represión política en el Cono Sur, de ahí su carácter de programa de formación e investigación.

El programa surgió de las conversaciones entre Alexander Wilde (representante de la Fundación Ford), Elisabeth Jelin (socióloga argentina y miembro de la Social Science Research Council, en adelante SSRC) y Eric Hershberg (director del Programa para Latinoamérica y el Caribe de la SSRC), todos ellos convencidos de la importancia del tema memoria en contextos de recuperación democrática. El financiamiento provino principalmente de la Fundación Ford, con recursos adicionales de las Fundaciones Rockefeller y Hewlett.

Las metas del programa incluían establecer el estudio de la memoria colectiva como un “campo de investigación”, tanto canalizando la investigación de eruditos (“sénior”) en el tema, como proveyendo una preparación intensiva y metodológica para investigadores jóvenes (juniors) en la región. La estrategia era crear una “masa crítica” de investigadores que pudiera avanzar en este campo, promoviendo una red entre intelectuales y facilitando el acceso a publicaciones y a la investigación.

La mayor parte de los investigadores jóvenes provenían de los países del Cono Sur y Perú, pero también se incluyó algunos candidatos PhD de universidades norteamericanas. La convocatoria del concurso para los investigadores jóvenes advertía a los solicitantes sobre el carácter

---

<sup>78</sup> Programa coordinado por Elisabeth Jelin, y organizado por el Social Science Research Council (SSRC).

<sup>79</sup> Agradezco a Eric Hershberg, director del programa y Elisabeth Jelin, directora académica, por facilitarme materiales de este programa para ser usados en esta investigación. El uso de ese material es de mi entera responsabilidad.

comparativo del programa<sup>80</sup>, su vinculación con el debate sobre la calidad de las transiciones democráticas en la región y su énfasis interdisciplinar. Los seleccionados recibirían una beca por una dedicación de media jornada durante un año, para participar de dos talleres formativos y realizar una investigación sobre las luchas por las memorias sociales de la represión en algunos de los países del Cono Sur y Perú. Se recibieron 319 solicitudes en el curso de tres años y fueron elegidos cincuenta y siete individuos en total, en su mayoría mujeres.

Respecto de su funcionamiento, se trató de un programa en el que los eruditos participaron en la capacitación de los investigadores jóvenes y/o en la lectura crítica de sus informes preliminares de investigación. Además, el grupo era coordinado por la directora académica del programa, Elizabeth Jelin, que a partir del segundo año fue acompañada en esa tarea por Carlos Van Grogri, en el momento en que se decidió incluir a Perú.

Los investigadores jóvenes, en calidad de becarios, fueron seleccionados a través de tres concursos consecutivos –por cada uno de los tres años en que funcionó el programa- lo que permitió que parte de los que ingresaban un año pudieran asumir también tareas de comentaristas de los trabajos del grupo siguiente.

Cada año el programa empezaba con un seminario de 10 días en alguno de los países del Cono Sur que reunía a los investigadores jóvenes seleccionados para ese año, más un grupo de los eruditos que se encargaban de presentar el acercamiento al estudio de la memoria (histórico, político, antropológico, cultural y psicológico) y los factores específicos nacionales a ser tenidos en cuenta en un análisis comparativo. A ello seguían nueve meses de investigación y escritura dirigidos a un taller final donde los investigadores jóvenes presentaban sus informes preliminares, más otros tres meses para revisarlos y generar el informe definitivo a la luz de las críticas y sugerencias que hubieran recibido en el segundo taller.

Los temas de cada año fueron diferentes: los lugares de la memoria y las conmemoraciones para el primer año, para el segundo los actores y las instituciones y para el tercero la transmisión generacional. Los proyectos de investigación individuales fueron definidos por cada participante en negociación con la directora académica. Los mejores trabajos fueron presentados en

---

<sup>80</sup> En el sentido de estudiar las memorias sociales vinculadas a los pasados autoritarios y marcados por la violencia política no solo en sus aspectos particulares a nivel nacional, sino también comparándolos a nivel regional.

conferencias internacionales y publicados en una colección de 12 volúmenes apoyada por el programa.

Una evaluación externa del programa define que éste fue exitoso especialmente en su objetivo de preparar a los tres grupos de investigadores jóvenes en el acercamiento teórico y metodológico sofisticado al estudio de la memoria colectiva, dentro de un entramado comparativo e interdisciplinar y en producir conocimientos científicos en un campo nuevo. Al mismo tiempo se señala al programa como una experiencia innovadora en sus formas de funcionamiento. Con todo, también se concluye que hubo menos éxito en alcanzar algunos de los objetivos a largo plazo del programa, como eran crear una masa crítica y una red de investigadores activa en estudios sobre memoria y establecerla como un campo de investigación. Entre los productos tangibles se incluyen la colección de 12 libros (la mayoría compilatorios) en los que se publican las investigaciones. Otros productos han sido la participación de los “juniors” en conferencias internacionales, la publicación de parte de los trabajos en otros libros y revistas y los artículos en periódicos de la directora académica. A ello se suma la creación de una biblioteca/archivo, cuya meta es albergar una colección de 3000 a 5000 volúmenes, que representarían la bibliografía básica sobre regímenes represivos y memoria social. Dentro de los productos intangibles, se considera como el más importante el desarrollo de la capacidad humana, en tanto el programa ha identificado a prometedores investigadores jóvenes, dándoles una preparación y socialización especial y proveyéndoles de oportunidades para publicar, estudiar postgrados y asumir papeles de dirección tanto dentro como fuera del programa. Finalmente, aunque el SSRC concibió el programa como una iniciativa académica, también se identificó como objetivo alcanzar más allá de lo académico a organizaciones activistas en la construcción de redes y el enriquecimiento de debates acerca de las fuentes y naturalezas de las memorias sociales de la represión política. Así, de diversas maneras, el programa y sus participantes han demostrado su valía para la comunidad de derechos humanos especialmente en Argentina y Perú (Winn, 2001).

Los datos con que se trabajó en esta investigación corresponden a todas las investigaciones del programa memoria publicadas hasta el 2003 y que se presentan en seis libros de la colección memorias de la represión de Editorial Siglo XXI. De ellas se han seleccionado tres que son los que se analizan en el apartado siguiente. A ello se suman algunos documentos del SRSS que informan sobre el funcionamiento y evaluación del programa memoria.



El análisis de tales datos se realizó mediante una lectura transversal de las investigaciones del programa memoria, buscando cómo podían operar las premisas del marco epistemológico de los conocimientos situados (en adelante CS) propuestos por Haraway que expusimos en el marco teórico. Luego se seleccionó el análisis de las investigaciones que a nuestro juicio mostraban mayores posibilidades de acercar ese modelo teórico a las investigaciones empíricas. Todo el proceso fue apoyado por las reuniones de trabajo sostenidas con el tutor de esta investigación, el profesor Fernando García Selgas.

La selección del programa memoria, sus antecedentes e investigaciones se hizo en función de que era un programa que se ha definido como una instancia de producción de conocimiento científico social riguroso, pero también sensible a sus implicaciones políticas. El propio tema del programa, memorias de la represión política en el Cono Sur, ofrece además la posibilidad de pesquisar las posibilidades de aplicación de los postulados epistemológicos de los conocimientos situados, en un tema donde lo político y lo ético es muy difícil de eludir, menos aún si el programa se ha propuesto no evitar tales implicaciones y su vinculación con las historias personales de los investigadores.

### **7.3. Resultados: El diálogo entre los conocimientos situados y el programa memoria**

En este capítulo presentaremos los resultados del análisis sobre cómo pueden ser abordados los CS que propone Haraway desde el programa memoria. De todas las investigaciones revisadas hemos seleccionado tres por su capacidad para ejemplificar nuestro argumento, más algunos antecedentes del propio programa.

Las investigaciones corresponden al trabajo de Aldo Marchesi (2002) que analiza dos conmemoraciones en torno a la violencia política desatada en Uruguay, el de Laura Mombello (2003) que estudia las memorias de la represión en Argentina a partir de las marchas callejeras practicadas en la ciudad de Neuquén, y el de Ludmila Da Silva (2002) que investiga dos procesos de apertura de archivos de la represión en Brasil.

A pesar de la dificultad de parcelar la propuesta de los CS de Haraway, hemos diferenciado una serie de ejes temáticos a través de los cuales proponemos revisar las investigaciones; sin embargo se trata, como se verá a continuación, de ejes transversales que además se cruzan entre sí, por lo que permanentemente remitiremos al lector de uno a otro eje.

### 7.3.1. Aparato visual

Los CS se organizan en torno de la imagería de la visión. Contra la creencia en la visión desencarnada y pasiva como requisito para la objetividad positivista, Haraway argumenta que los “ojos” de las ciencias y tecnologías contemporáneas enseñan que no hay visiones pasivas, todos los ojos son sistema perceptivos activos que construyen traducciones y maneras específicas de ver, vale decir, formas de vida. Así, no hay fotografías no mediadas en las versiones científicas de cuerpos y máquinas, solo hay posibilidades visuales altamente específicas, cada una con una forma parcial, activa y maravillosamente detallada del mundo que organiza. De ahí que la epistemología feminista de Haraway proponga recuperar la importancia de la visión tan usada en la epistemología moderna, pero no como distancia alienadora sino como una posible alegoría para versiones feministas de la objetividad que tratan de comprender cómo funcionan los sistemas visuales teórica, social y psíquicamente, en tanto forma de encarnar la objetividad (Haraway, 1995, pág. 327).

#### 7.3.1.1. *Qué ver*

A partir de lo anterior, partimos preguntándonos por el tipo de visión que permiten –y en la que se basan– las investigaciones revisadas, donde los tres casos elegidos muestran los tres tipos de mirada más comunes en el programa. Por un lado, hay estudios que a pesar de declarar la parcialidad de su visión, construyen un texto que no permite saber desde dónde se mira. Por otro, hay investigaciones que aunque no explicitan cuál es su mirada en la estrategia retórica de los textos publicados, el tipo de conocimientos al que llegan dejan entrever que la visión del investigador/a ha sido activa y ha mirado desde un cierto lugar, aunque el investigador/a intente evitar mostrarse. En un tercer término hay trabajos en que las/os investigadoras<sup>81</sup> asumen abierta y positivamente que la suya es una mirada parcial e interesada. De las tres opciones, esta última es la que nos ofrece mayor riqueza crítica en relación a los conocimientos logrados.

El primer caso se ejemplifica con el estudio de Marchesi (2002), incluido en el volumen sobre conmemoraciones (Jelin, comp. 2002). Su autor estudia allí cómo se gestan y transforman a través del tiempo dos conmemoraciones ligadas a la violencia política del pasado reciente en

---

<sup>81</sup> Esto sucede especialmente desde las investigaciones realizadas por antropólogas/os,

Uruguay. La primera, el 14 de abril de 1972 (poco antes de la dictadura), ha sido activada y mantenida durante la dictadura y la democracia por la derecha política y el gobierno autoritario y en ella “el Estado recuerda a sus ‘caídos’ en la lucha contra la guerrilla” (Marchesi, 2002, pág. 102). La segunda, el 20 de mayo de 1976 (durante la dictadura), ha sido conmemorada por los grupos opositores a la dictadura y organismos de derechos humanos durante la democracia, recordando a un grupo de políticos “asesinados” por la represión estatal.

En este primer estudio, si bien el investigador señala algunas posibles marcas de su aparato de visión<sup>82</sup>, su texto muestra una mirada particularmente externa y distanciada, en que se pierde la huella de cómo el autor llegó a construir los hechos que los sujetos conmemoran. Así, él aparece con el derecho de mostrar cómo las conmemoraciones tienen distintos significados para sus actores, pero nada expone sobre cómo su propia reconstrucción académica de los hechos que se conmemoran es posible desde un determinado aparato visual. De esta forma, parte hablando de un hecho cual dato duro donde solo hay una referencia bibliográfica que lo sustenta, siendo el resto su propia narración, sin preguntarse tampoco por las categorías desde las cuales se presenta y tildando sin mayores mediaciones uno de los hechos –el que conmemora el Estado y la derecha– como “asesinatos”. Lo que él analiza son las conmemoraciones de ese “hecho” desde sus diversas interpretaciones y silencios. Algo similar hace con la segunda conmemoración, basada en otro “hecho” que se presenta de modo similar; un “secuestro” de políticos que aparecen muertos, comparando finalmente las conmemoraciones de los dos hechos solo en sus similitudes, y no en sus diferencias ni consecuencias.

Esa mañana son asesinadas cuatro personas en diferentes atentados (...) A media mañana, en las calles montevidéanas aparecen volantes del MLTN [Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, “organización revolucionaria de izquierda” (pág. 102)] en los que se denuncian las actividades del ‘Escuadrón de la muerte’ (organización parapolicial de extrema derecha) y se informa acerca ‘de las resoluciones que ya ha tomado el ‘tribunal del pueblo’[se enumeran once personas entre las que se encuentran tres de los asesinados], se faculta y convoca a todos los revolucionarios para que hagan efectiva esa sentencia (Marchesi, 2002, pág. 103).

En este caso, no se sabe cómo el investigador llega a ver esto como un dato sobre el cuál luego se van construyendo distintas significaciones, ni por qué la suya –este relato– no está sujeto a interpretación alguna.

---

<sup>82</sup> Marchesi asume que entrar a través de las conmemoraciones es una de las “posibles” formas para estudiar las memorias sociales, por lo que su forma no es la única, y que él “seleccionó” las dos fechas que analiza.

La segunda investigación corresponde al estudio de Mombello sobre las memorias sociales de la represión política de la última dictadura en Argentina. En él, su autora busca esclarecer cómo tales memorias se tejen en las marchas callejeras de la ciudad de Neuquén, simbolizada como la “capital de los derechos humanos” por muchos de los activistas que luchan contra la impunidad y el “olvido” de la violencia de Estado. Se trata de una investigación publicada como capítulo en el libro, sobre los “lugares” asociados a las memorias sociales de la represión en el Cono Sur (Jelin & Langland, 2003).

El estudio muestra qué ritos están presentes en las marchas en Neuquén, quiénes las convocan, por dónde pasan, y cuáles han sido sus transformaciones, así como también cuáles han sido las articulaciones entre religión y política en esas prácticas. Tras una primera parte descriptiva el análisis se centra en mostrar cómo, en la forma ritualizada de la marcha, se juega la puesta en escena de la memoria que resitúa el recuerdo en el presente y en la propia acción de marchar. Así, la “memoria peregrina” –como la denomina la autora– es un camino que “hay que recorrer” y es en ese tránsito donde la memoria hace su “trabajo”: producir sentidos con fragmentos del pasado que se resignifican una y otra vez.

Para nuestros efectos, lo relevante de este tipo de análisis es que la autora señala que –en la “Marcha del 24 de marzo” que cada año conmemora el golpe de Estado en Argentina– “pueden verse” elementos que condensan y evocan las primeras marchas contra la dictadura. La metáfora de la visión no es casual. Siguiendo a Haraway, ese “pueden verse” que enuncia la autora es posible porque hay un aparato visual que lo permite. Entre otras cosas, ese aparato viene dado por el enfoque teórico y metodológico que incentivó la dirección académica del programa a cargo de Elizabeth Jelin. Efectivamente, dicha perspectiva enfatizaba al menos tres ejes necesarios para estudiar el tema: historizar las memorias de la represión, indagar en las prácticas y vincular las memorias del pasado con los sentidos del presente.

Aun cuando Mombello no lo hace del todo explícito, este aparato le permite concluir un tipo de conocimiento al que no se llegaría desde otro tipo de aparato visual: a través de la práctica de la “memoria peregrina” los colectivos se piensan a sí mismos, se relacionan con los otros y se proyectan desde el pasado al futuro: “La marcha (...) es una apelación a dar cuenta de la memoria en tanto intervención política en el campo de la cultura, producto de la articulación entre identidad, memoria y poder” (Mombello, 2003, pág. 161).

La tercera investigación corresponde al trabajo de Da Silva sobre el conocimiento público de dos archivos de la represión en Brasil, publicado en el libro sobre archivos del programa memoria (Jelin & Da Silva Catela, comp. 2002). A diferencia de los ejemplos anteriores, en este estudio se mezclan tres lógicas aparentemente distintas: a) la narración etnográfica con una fuerte implicación personal, donde hay “objetos” de investigación que no son datos anónimos, sino personajes con voz propia y con una historia específica; b) una composición del texto más apegada a la investigación académica clásica, con una gran rigurosidad empírica que trabaja con categorías y esquemas analíticos meticulosamente organizados; y c) una gran riqueza interpretativa, que se sirve del recurso de las metáforas.

La primera de estas lógicas se muestra a través de la presentación del caso de una de sus entrevistadas, María, cuya historia aparece una y otra vez en el texto como “un caso” que le permite mostrar los elementos más analíticos. La rigurosidad empírica de corte más clásico viene dada por su metodología de trabajo. Da Silva compara dos procesos de traspaso, a la esfera pública, de acervos de documentos sobre la represión política durante la última dictadura de Brasil: los archivos “Brasil Nunca Mais” que fueron sustraídos al Estado por actores vinculados a organismos de derechos humanos (abogados, religiosos, entre otros) y el DOPS que pertenecía a los organismos de seguridad de la dictadura y que se hizo público como resultado de una decisión política tomada bajo el régimen democrático. El carácter de investigación más clásica viene dado por el uso de “indicadores”, la propia lógica de comparación “sistemática” y del esfuerzo por develar el fenómeno. A su vez la metáfora, tiene que ver con la interpretación de los datos bajo la lógica de una “conquista del territorio”.

Este trabajo compara dos procesos de traspaso a la esfera pública de dos acervos documentales (...) La divergencia entre estas dos lógicas de constitución y traspaso de archivos de la represión a instituciones públicas es el más evidente de una serie de indicadores sobre la variedad de cuestiones a revelar en una comparación sistemática entre dos espacios conquistados por el poder civil, que bien pueden ser pensados como territorios de la memoria (Da Silva, 2002, pág. 17).

El juego de estas tres lógicas en su aparato de visión permite ver un tipo de conocimiento que se asume situado sin renunciar ni a la implicación personal del compromiso del sujeto investigador, ni a la rigurosidad empírica, ni a la capacidad asumidamente interpretativa del conocimiento al que se llega.

### ***7.3.1.2. Hay que aprender a ver***

Como veremos más adelante, el tipo de investigación donde la relación entre “sujeto” de investigación y “objeto” de estudio (S-O) se abre a una consideración que más bien asume la

relación sujeto–sujeto (S-S), necesita basarse en aparatos visuales que, como señala Haraway, permitan aprender a ver desde la posición de los subyugados.

La investigación de Da Silva, a diferencia de las otras dos, es la que mejor permite indagar en esta propiedad particular que necesitan tener los conocimientos críticos de acuerdo a la epistemología de los CS. Da Silva utiliza el caso de una de las entrevistadas, María, para entrar al tema; sus posturas sobre el uso de su historia y sus memorias, los usos y las consecuencias del uso del archivo que contiene los papeles que documentan su detención y tortura, entre otros elementos, hacen de éste “un caso ‘bueno para pensar’ los archivos de la represión, su génesis, características, difusión y usos públicos” (Da Silva, 2002, pág.17). Con ello, podemos graficar cómo lo que sería el “objeto” –en este caso la historia de María– empuja la reflexión, pero su aparición no es desnuda ni inmediata; ella no está *ahí* para ser descubierta. Hay que aprender a ver lo que hay detrás del caso y entretejido con él. De hecho, el capítulo parte con la historia de María, pero luego aborda los archivos en su sentido más amplio según los objetivos de su estudio. No obstante, María entrará una y otra vez en el texto.

En esta investigación el aparato visual que permite ver unas cosas y no otras emerge en una mezcla de marco teórico, interés y compromiso de la investigadora y la propia práctica de investigación realizada. Tiene que ver con las preguntas que ella se hace por el tipo de interés que despierta el caso de María y por lo que está en juego en el tema de los archivos que requieren ser desnaturalizados y analizados: a) los archivos mismos en cuanto tales (usos, difusión, etc.); b) el eje público-privado y c) la importancia del mundo factual y simbólico de los archivos, todo ello enmarcado en las consecuencias de la represión a través de los archivos. Esas inquietudes y la forma en que la autora las pesquisa –su implicación, la metodología teórica y empírica y la apuesta por una metáfora que le dé sentido sintetizada en el “territorio”– son parte de un aparato de visión que no permiten un acceso inmediato al objeto de estudio.

La metáfora de Haraway sobre los artefactos de visión se concretiza en la investigación de Da Silva cuando ella reconoce que le importan ciertas perspectivas y no otras y cómo ello implica “dirigir la mirada” (Da Silva, 2002, pág. 18), dando cuenta de cómo los aparatos de visión –teóricos, ideológicos y metodológicos, entre otros– no son solo cuestión de retórica: el objeto no se presenta sin este tipo de mediación, no existe una mirada obvia para ver lo que la investigadora y sus dispositivos teórico-metodológicos ven, lo que implica que se trata de un tipo de mirada, una opción, un interés. La autora está construyendo un tipo de conocimiento desde

una posición que describe apasionadamente. De ahí que su estudio sea parte de un tipo de conocimiento situado que se asume como tal, en tanto la suya es una mirada parcial e interesada. Todo conocimiento es situado, pero con Haraway ello se vuelve un recurso para evitar la totalización que viene tanto desde la mirada única, como del relativismo que apela a que todas las posiciones son iguales. Como iremos viendo, a Da Silva expresamente le interesan ciertas prácticas y ciertos actores, no cualquiera, no todos.

La abierta delimitación de los lugares desde donde y hacia donde se mira no excluye otra importante propiedad del tipo de actividad científica que defiende Haraway ligado a los CS: están abiertos a lo que viene por conocer, a la “sorpresa”. En la investigación de Da Silva ello tiene que ver con cómo la investigadora eligió su tema.

Ese ojo que mira tiene un cuerpo y una historia, relacionada con el modo en que cada investigador “llega” a su tema de investigación. En cada uno de los años del programa memoria, durante el primer taller para los investigadores hubo una sesión destinada a que cada uno/a relatar su propia experiencia con la represión política (directa, indirecta o transmitida) y cómo se había ido gestando el acercamiento al tema de las memorias de las dictaduras. Éste fue uno de los momentos más difíciles de manejar con los/as investigadores por la carga emocional que implicaba. En la investigación de Da Silva (2002) se explicita parte de ese acercamiento, mostrando no solo cómo ella llegó a estudiar el tema de los archivos de la represión en Brasil, sino que haciendo explícito también que cada uno tiene “una historia que contar sobre esto” (pág. 18). Esta es una forma de hacer visible que ésta, como toda investigación, se construye y da cuenta de una parcialidad. Incluso la propia autora explicita que su perspectiva supone “recortes, aspectos que se iluminan y otros que se opacan”. Esto puede funcionar como una forma de concretar aquello que nos recuerda Haraway respecto de que tenemos que hacernos cargo de las posibilidades que ofrecen nuestras categorías de visualización, pero también de su grado de violencia y exclusión, lo que nos conduce a la preocupación por la responsabilidad del conocimiento que producimos y del que participamos.

La narración de Da Silva sobre cómo llegó a su problema de investigación viene a ser para nosotros un modo de ver las tecnologías de visualización como algo encarnado. En este caso tiene que ver con cómo la autora –argentina– empezó estudiando la represión en Argentina desde Brasil, lo que le dio un nivel de distanciamiento que fue provechoso para aprender a “ver”. Su interés actual, sin embargo, era estudiar la experiencia brasileña. Esa movilidad le ha permitido

“ejercitar” una mirada cruzada entre los efectos de las dictaduras en ambos países para analizar “las prácticas de reconstrucción de mundo” de los directamente afectados por la represión política (familiares, ex presos, militantes, agentes de derechos humanos), destacando (más importante aún) por qué le importan tales cuestiones: para conocer las diferencias que se han dado en ambos países respecto de las acciones y repuestas políticas.

Hasta aquí, contamos con tres elementos a destacar para argumentar cómo esta investigación se acerca bastante a la epistemología de los CS. Primero, – lo que es bastante obvio– su interés académico está conectado con la preocupación por la práctica política, por lo que se trata de una investigadora que no está estudiando fenómenos políticamente neutros. Segundo, su propia forma de ver hace hincapié en las experiencias históricas, uno diría situadas, en tanto su propósito en la comparación no apunta a construir categorías o tipologías abstractas, como podría suponerse de una investigación que entiende la comparación como una herramienta de carácter instrumental. Aquí la comparación es un fin en sí mismo, interesa conocer cómo se ha dado el traspaso de dos tipos de archivos de la represión en Brasil. Y, tercero, su juego de mirar desde dos realidades – Brasil y Argentina– permite la doble ventaja de desnaturalizar lo conocido, en tanto se aparta de un saber “nativo” – lo que ocurrió en su país, Argentina– a la vez que el paso por lo que ocurrió en Brasil –de lo cual da cuenta el estudio que analizamos– permite remirar la situación de los dos países. Este tipo de ejercicio puede funcionar como una pista para entender, desde la investigación empírica, la idea de difracción que postula Haraway que detallamos en el marco teórico, vale decir, que el conocimiento más que reflejar la realidad opera a través de una difracción, en otras palabras, que sujeto y objeto de investigación articulados entre sí, producen una diferencia en “la realidad”, la modifican, en vez de solo representarla (García Selgas, 2008).

El tipo de mirada cruzada que construye Da Silva es distinto de un estudio de política comparada, nace de su experiencia como investigadora argentina que mira su país y el vecino, ella va y viene entre ambos porque ha vivido entre ambos. Lo contrario ocurre en la investigación de Marchesi sobre las conmemoraciones en Uruguay, no solo no nos dice nada acerca de su conexión personal con estas experiencias –él es uruguayo– sino que, además, el tipo de investigación que presenta, donde como decíamos antes la mirada es más distante y equidistante de las diversas conmemoraciones (del Estado y la derecha por una lado y del movimiento de derechos humanos y los partidos opositores a la dictadura, por el otro) pareciera interesarse más por cómo sus “datos” pueden aportar a una comparación más tradicional, donde el valor de los resultados destaca más por su universalidad que por su parcialidad. Así, hacia el final del capítulo, señala:



A través de la exposición se ha mostrado la significación que ambas conmemoraciones tuvieron y tienen para diversas organizaciones políticas y sociales. A partir del análisis comparativo de las mismas es posible elaborar algunas hipótesis sobre los procesos de la memoria social en torno al pasado reciente. Estas deberían ser contrastadas con otros lugares de memoria, para confirmar la pertinencia de las afirmaciones que se realizan a continuación (Marchesi, 2002, pág.138).

Una opción como esta, que busca confirmar sus resultados a partir de su comparación con otras regularidades, no es un mal ejercicio en sí mismo, pero arriesga perder las posibilidades de una mirada que desde lo parcial se pregunta críticamente por las posibles conexiones con otras particularidades que, como señala Haraway, no es nunca algo no problemático. La investigación de Da Silva muestra que para ello se necesita un tipo de mirada abierta y localizada al mismo tiempo. En su caso, centrarse en los archivos de la represión de Brasil tuvo que ver con una mirada que busca sorprenderse, lo que está en relación con las posibilidades de la desnaturalización y su capacidad crítica. En tal sentido, entendemos que remover lo dado desnaturalizando el mundo social es mostrar precisamente su carácter artefactual, pero ello requiere una mirada que apuesta por las sorpresas. Así, Da Silva a diferencia de Marchesi, señala que a partir de la búsqueda de lo diferente y de lo nuevo, en vez de buscar en Brasil las mismas regularidades que conocía de Argentina, fue descartando instituciones, prácticas y movimientos sociales hasta llegar al mundo de los archivos.

Si aceptamos que una las capacidades más importantes de los aparatos de visión necesarios para la objetividad feminista, como objetividad encarnada, es la difracción (Haraway, 2004); entonces, podríamos sostener que en la investigación empírica ello supone un tipo de visión activa que no puede pretender, como en Marchesi, que las hipótesis que va sostener sobre cómo opera la memoria a través de las conmemoraciones se “confirmarán” con su aplicación a otros “lugares”, sino más bien habría que ver cómo es su mirada la que se enreda con lo mirado para producir un determinado conocimiento. Si se miran otros lugares, aunque sea con un aparato de visión similar, las hipótesis podrán ser conectadas, pero no confirmadas por un criterio externo y estandarizado.

No es fácil pesquisar en las investigaciones empíricas de las ciencias sociales la capacidad de difracción, toda vez que al poner en juego *interpretaciones de interpretaciones* (Giddens & Turner, 2001) parece obvio que es muy difícil la mirada neutra de los investigadores. Pero las retóricas de los textos, el esfuerzo por mejorar la rigurosidad de un conocimiento que permanentemente amenaza con ser más resbaladizo y toda nuestra tradición sobre el problema de los valores en la producción del conocimiento social, pueden dejarnos atrapados en parámetros

de maximización de la objetividad (Harding, 1998) que nos impiden ver nuestra participación en un conocimiento que no refleja sino que modifica y es modificado por la realidad, así opera la difracción. La investigación de Marchesi hace muy difícil conocer esas mediaciones y conduce a unos resultados que si bien son interesantes, solo permiten ver que las conmemoraciones cambian a través del tiempo, que tienen distintos significados para sus actores, y –lo más complicado– que a pesar de venir desde posiciones tan distintas (conmemoración por los “caídos en ‘guerra’...” y por las “víctimas del ‘terrorismo de Estado’...”) aparecen comparadas solo en sus similitudes. Esto no permite ver las consecuencias de una forma tan distanciada de construir el conocer/poder. De hecho, algunas voces provenientes de los organismos de derechos humanos frente a este tipo de investigaciones alegaron que terminaban “igualando a víctimas y victimarios”<sup>83</sup>. Aunque tal acusación es injusta, no es fortuita en tanto la mirada desde donde se construye esta investigación no se deja ver, y problematiza poco sobre las consecuencias de estas conmemoraciones.

La investigación de Mombello, en cambio, muestra una visión menos pasiva, que no se limita a ser un reflejo, sino que modifica y mediatiza los datos que produce, articulándose con ellos, acercándose más a un ejercicio difractivo. Mombello necesita mirar simultáneamente distintos tiempos (la marchas del pasado y presente en Neuquén) y distintas prácticas sociales (analiza diversos tipos de marchas políticas y religiosas) para cruzar sus imágenes difractándolas, más que revisar su cronología histórica y compararla solo en sus similitudes como hace Marchesi con las conmemoraciones.

Como señalábamos más arriba, la difracción se hace mucho más visible en la doble mirada que Da Silva ha venido ejercitando en su acercamiento al tema de investigación: mirar a Brasil desde Argentina—su país— y al revés. Por el tipo de relato que ofrece, uno puede suponer que se ha interesado por los dos países en tanto ha vivido cruzadamente entre ambos, de ahí que su investigación tiene que ver con su **compromiso** ciudadano con las luchas por la defensa de los derechos humanos vulnerados en los dos países durante las dos últimas dictaduras. Aquí, lo visible de lo observado queda alterado o alternativamente configurado. En este caso tanto la mirada cruzada como el ejercicio de la comparación entre los dos archivos de la represión a partir de sus desafíos y consecuencias políticas facilitan la desnaturalización de unos hechos políticos

---

<sup>83</sup> Conversaciones informales de la autora con Elizabeth Jelin, 2002.

éticamente muy cargados donde son comunes los intentos por fijarlos -naturalizarlos- en una u otra perspectiva (también la de quienes luchan contra la impunidad). Así, la difracción llevada a las prácticas de la investigación social podría romper o debilitar una de las dificultades más antiguas de las ciencias sociales asociadas a las pretensiones de neutralidad: cómo pueden los/las investigadores/as sociales que estudian sus propios contextos desnaturalizar lo que una mirada nativa ha construido como lo dado, lo fijo, lo normal. Da Silva logra avanzar en esta limitación por su mirada cruzada, pero a la vez encarnada en los dos países.

### **7.3.2. Tipo de sujeto**

Una de las apuestas teóricas más importantes de Haraway es cuestionar la dicotomía moderna entre sujeto conocedor y objeto conocido (S-O). De ahí que ésta haya sido una de las pistas más importantes a buscar en las investigaciones. Se trata de sistematizar cómo opera la dupla S-O en estas investigaciones, que se asumen críticas, y ver cuáles son sus potencialidades y sus límites.

#### ***7.3.2.1. Sujeto que no se deja ver***

Como mostramos en el marco teórico, Haraway ofrece muchas reflexiones que desafían la forma en que la epistemología tradicional concibe al sujeto, pero creemos que la más básica desde la cual pudiera partir un intento de acercar tales cuestiones a la investigación empírica, es que si bien los CS no se reducen a la postura del investigador sino a un entramado más amplio del cual él/ella participa, al menos suponen que existe un sujeto de investigación que es particular y que esa particularidad es parte de lo situado del conocimiento. Las investigaciones en ciencias sociales nos muestran mucho de los “objetos de estudio”, pero de los sujetos “conocedores” con suerte sabemos sus antecedentes académicos, como argumentamos en el capítulo anterior. No podemos indagar en la responsabilidad del conocimiento científico si no tenemos ninguna posición-sujeto que pueda cargar con parte al menos de la responsabilidad por el conocimiento. De ahí que analizáramos estas investigaciones preguntándonos por cómo aparecía o desaparecía el sujeto de investigación en los estudios, como una primera aproximación al aterrizaje de la epistemología de los CS en la retórica de las investigaciones que se pretenden críticas. Al respecto, lo más común son los intentos de que este sujeto no se deje ver, pero hay diferencias en cómo ello opera.

Hay investigaciones donde el sujeto de investigación pareciera cuidarse de no contradecir el mandato de la comunidad científico-social tradicional que iguala objetividad con neutralidad, pero no lo consigue del todo. Mombello es un ejemplo de ello. Aunque es una interesante investigación con significativos aportes que permiten hablar de una investigación social crítica, su formato se mantiene dentro de una factura mucho más clásica que dificulta encontrar las marcas del sujeto que la ha producido.

Ese formato se expresa, por ejemplo, en que la autora elija hacer una investigación desde las posiciones de actores subalternos en oposición al Estado, pero no llegue a problematizar tales posiciones, las que queda más bien retratadas como posiciones fijas y homogéneas. Aprender a mirar desde las subalternidades implica asumir no solo sus complejidades sino una posición desde donde mirarlas solidaria, pero también críticamente y ello exige una responsabilidad<sup>84</sup>.

Al revés de Mombello, Da Silva a pesar de mostrar mucha afinidad con el movimiento de derechos humanos no por ello deja de preguntarse por sus recortes, sus disputas internas, sus contradicciones, lo que puede verse en las preguntas que se hace respecto del tipo de correctas memorias que van construyendo los protagonistas del “robo” de los archivos de la represión en Brasil y cuáles son sus implicaciones.

Como en toda historia contada y recontada, la de este proyecto tiene una buena dosis de anécdotas y personajes. Es difícil en esta historia, sobre todo luego del libro de Weschler que cristalizó una versión épica y romántica, por momentos idealizada, casi sin conflictos ni ambigüedades, encontrar las disputas y tensiones que todo proyecto colectivo conlleva. Repito, releando notas de periódicos o los propios documentos personales de Wright es difícil encontrar relatos sobre las disputas entre los integrantes del proyecto, es como si la dimensión de coraje de cada uno de ellos, la amistad y confianza que los unía, no conjugase con peleas y luchas, por lo menos no como para exponerlas públicamente. Hay sin duda en las narrativas un fuerte componente religioso, donde el sacrificio, la dedicación al otro, la preocupación con lo humano por encima de los intereses individuales, son los elementos resaltados una y otra vez (Da Silva, 2002, págs. 32-33).

---

<sup>84</sup> La propia directora del programa memoria enfatizó en sus reuniones con los investigadores que había que intentar preguntarse no solo por las versiones del pasado que intentaban silenciar la represión, sino también por las tensiones y disputas dentro de quienes trabajan por “mantener” las memorias de la represión sin que por ello se tuviera que caer en relativismos equidistantes con ambas posiciones. Un ejemplo en la experiencia de Jelin es que a pesar de su solidaridad y participación en el movimiento de derechos humanos, no por ello deja de criticar algunos intentos de las organizaciones de familiares de víctimas de la represión de apropiarse y esencializar las memorias del pasado, por ejemplo, posicionándose como “la” voz autorizada para las prácticas de memoria en base a sus vínculos familiares con las víctimas. Ella ha escrito sobre esto, pero la responsabilidad por las consecuencias políticas del conocimiento que produce también ha tenido que ser ejercida, en su caso no publicó en español y en Argentina documentos críticos a tales organizaciones hasta que el contexto fue más favorable, publicándolas en inglés y solo en ciertos circuitos del extranjero (conversaciones de la autora con Elizabeth Jelin, 2002).

Hay en Mombello algunas pistas para suponer una cierta empatía o simpatía con los actores que participan en las marchas (opositores a la dictadura) así como con la propia práctica de marchar. Como mostramos en “aparatos visuales”, pareciera ser que es ese interés el que le permite mostrar las particularidades y potencialidades de la marcha en Neuquén. Podríamos decir que siendo una investigación donde el sujeto conocedor trata de mantenerse “modesto” por su invisibilidad, como alegaría Haraway (2004), uno puede ver su sombra detrás de la investigación. Ella aparece interesada por cómo transcurren las memorias de quienes se opusieron a la dictadura a través de las viejas y nuevas marchas por la ciudad combinan presente y pasado.

La investigación de Marchesi, en cambio, se acerca mucho más a la invisibilidad que critica Haraway (ver capítulo tres), la de un conocimiento distanciado que pretende ver desde ninguna parte.

Solo al principio del capítulo el autor deja ver algo de su presencia, al reconocer su participación en el programa memoria y el aporte que recibió de sus compañeros de programa (algo que expresan la mayoría de los investigadores); no obstante su retórica es mucho más distanciada, con escasas apariciones de la primera persona plural o singular del autor, algo que ocurre mucho menos en las investigaciones donde el sujeto se muestra, como la de Da Silva. Así, su mirada funciona como un ojo externo que solo observa las distintas representaciones del pasado a través de las conmemoraciones, y va mostrando las diferencias a lo largo del tiempo y entre distintos actores: los partidos políticos, las organizaciones de derechos humanos, el movimiento guerrillero, el Estado, entre otras, cuestionando los recortes que cada uno hace del pasado, pero sin implicarse. Se trata del ejercicio analítico de mostrar las transformaciones y versiones de las memorias de dos hechos de violencia provenientes de bandos distintos, la guerrilla y el Estado, sin que podamos saber qué le ocurre al investigador con esos datos. Por lo mismo, no es casual que Marchesi plantee que va a “evaluar” el proceso. Las metáforas no son inocentes, los evaluadores suelen situarse en posiciones externas.

La conmemoración del 14 de abril fue sufriendo transformaciones a lo largo del tiempo. El Estado y algunos actores de la sociedad civil intentaron asignarle sentidos particulares al acontecimiento. Para evaluar esos sentidos se tomarán en cuenta varios aspectos a partir de los cuales se puede intentar una periodización primaria: las diferentes denominaciones que tuvo la fecha, los actores que participaron, los rituales y narraciones que se desarrollaron en ellas sobre el pasado (Marchesi, 2002, pág. 8).

Un ejercicio que Marchesi repite a menudo en su análisis de las conmemoraciones es mostrar lo que no se dice (silencios de los discursos) o lo que no se hace (a nivel de las prácticas de los rituales), ejercicio que solo tiene sentido donde hay una posición manifiesta frente al tema. En

otras palabras, definir lo que no se hace o no se dice es infinito, pero deja de serlo si uno lo reclama desde una postura. Resulta inabarcable criticar a un actor –los militares, la prensa, los dirigentes políticos, etc.– por aquello que no hace sino es desde una determinada expectativa que uno tiene como investigador, como ciudadano y participante interesado en las luchas por las memorias de la represión<sup>85</sup>. Marchesi, por ejemplo, analiza cómo el Partido Colorado, que estaba en el gobierno cuando sucedieron los hechos de 1972 (los “asesinatos” imputados a la guerrilla), hablaba de las “víctimas de los atentados” como los “caídos” en la “guerra”, pero también destaca sus silencios.

En sus discursos, nunca se menciona la violencia política que provenía de la organización parapolicial de extrema derecha (...) Para ellos, la violación a las leyes viene únicamente de la izquierda. Para el gobierno el país está en guerra: ‘la Guerra no la declaramos nosotros. La han declarado los grupos ‘subversivos’ (Marchesi, 2002, pág. 106).

### **7.3.2.2. Sujeto que se muestra**

Una de las mejores investigaciones para ejemplificar cómo el sujeto puede estar presente y mostrarse sin que ello implique disminuir la rigurosidad de la investigación, la ofrece el estudio de Da Silva. Desde su inicio hay una retórica que apuesta por la encarnación más que por el distanciamiento, recurriendo al uso de la primera persona, y narrando además cómo llegó al tema y su relación con una de las mujeres que entrevistó.

Se trata de una investigación que desde el principio muestra la relación “sujeto”-“objeto” que se cristaliza en la relación entre investigadora y su “fuente”, María, como un vínculo entre sujeto y sujeto. Esta mujer será como un hilo que permanece en toda la trama del capítulo. Una y otra vez entra y sale del texto. Así, el “objeto” no es anónimo ni pasivo, tiene nombre y agencia: “conversé con María...” y “...allí me contó...” (Da Silva, 2002, pág. 15). La entrada metodológica y retórica de partir por el relato de María permite hacer visible la cualidad material-semiótica del “objeto” de investigación como una carga que ésta trae a la investigación: su vida y sus papeles.

Durante algún tiempo conversé con María sobre la posibilidad de entrevistarla con respecto a los archivos de la represión en Brasil. Como ex militante política, tiene allí parte de su vida estampada con firmas y sellos que alertan que lo que se está leyendo es confidencial, secreto, sigiloso (...)

---

<sup>85</sup> Esto es algo que en mi investigación sobre las memorias de la Iglesia Católica sobre la represión en Chile yo también hice, y desde esa experiencia puedo afirmar que los silencios que uno destaca se hacen porque uno tiene una posición frente al tema. En mi caso era el silencio de la jerarquía eclesial frente a las víctimas de la represión de la dictadura chilena pertenecientes al clero, a pesar de su solidaridad con las restantes víctimas no creyentes. Eso es algo que yo tuve que aprender a partir de las críticas de Jelin a los borradores de mi libro y ese aprendizaje supuso arriesgarme a mostrar cuáles eran mis expectativas para denunciar los silencios (Cruz, 2004).

Durante una reunión académica, la conversación con María se extendió hasta la mesa del bar. Entre otros temas, allí me contó... (Da Silva, 2002, pág. 15).

En otro sentido, este sujeto que se muestra permite dar cuenta de la responsabilidad del sujeto conocedor con el conocimiento que produce. A diferencia de los otros dos autores, la de Da Silva arriesga conclusiones políticas: los problemas para compatibilizar los derechos públicos, privados e íntimos cuando el derecho colectivo a conocer lo ocurrido durante las dictaduras, o a contar con los archivos de la represión como un bien público, se cruza con los dolores y riesgos que acarrea para las víctimas sobrevivientes que sus informes y carpetas sean expuestos<sup>86</sup>. En este punto, la responsabilidad de su práctica investigadora conecta con otro de los ejes transversales de los CS: la dupla relativismo/universalización.

En Da Silva queda claro que la suya no es una perspectiva omnicomprensiva, todo lo contrario, es una perspectiva parcial, pero ello no significa apostar por el relativismo. La investigadora tiene bien claro de qué perspectivas se aparta precisamente por sus conexiones políticas: de aquéllas posturas que defienden el olvido, el silencio o el argumento de que hay “pasados inenarrables”.

### **7.3.2.3. Sujeto- sujeto**

La misma investigación de Da Silva permite mostrar cómo opera la relación S-O cuando el objeto es visto como un sujeto y se transforma así en un vínculo S-S. Nuestra hipótesis es que ello no puede hacerse a través del distanciamiento. En el citado caso, la investigadora se muestra sensible a la afectividad de una de sus entrevistadas (María) y esa emoción no es solo un dato; al leer el texto uno no puede dejar de imaginar a las dos mujeres “conversando” en el bar, en una relación donde hay S-S y donde no se esconde que ambas tienen sentimientos y emociones (“‘No es fácil para mí’ afirmó” (Da Silva, 2002, pág. 15). En el caso de María, sus emociones le impiden acercarse a su carpeta contenida en los archivos de la represión, y es la empatía y cercanía emocional de la investigadora con la entrevistada la que le permite darse cuenta de esa dificultad. Es la exigencia de una investigadora sensible a un “objeto” también sensible. En otro momento, la autora mencionará respecto de su trabajo de campo en los archivos que ante ellos uno no puede permanecer “indiferente”.

Entre los típicos documentos burocráticos y oficiales de los procesos judiciales, ella [María] sabe que hay cartas y muchos recuerdos personales. Ése es uno de los motivos más fuertes que la distancian de esos papeles. Enfrentarse con ellos, tocarlos, leer palabras sobre el pasado podría traer

---

<sup>86</sup> Debemos tener presente que en muchas ocasiones estos documentos contienen declaraciones inventadas por la policía o conseguidas bajo tortura y objetos que les fueron sustraídos violentamente (fotos, cartas, recuerdos, etc.).

recuerdos, activar memorias, afectar la vida presente y no sabe realmente si eso aliviará o redoblará los sufrimientos. Piensa que un día lo hará, pero todavía no puede (Da Silva, 2002, págs.15-16).

La cercanía entre la que estudia y la que es estudiada se produce, entre otros lugares, en la conversación en un bar. Si uno sigue a Haraway en su brillante análisis de Boyle y la bomba de aire (Haraway, 2004), puede afirmar que ello no es casual, ya que se trata de un ámbito de la cultura que facilita la intimidad, en vez de un “espacio de la no cultura” en el que la epistemología clásica sitúa la producción del conocimiento científico: el laboratorio. Si bien en las ciencias sociales puede no haber un laboratorio, sí es cierto que hay espacios más y menos cargados de cultura para realizar, por ejemplo, una entrevista, y que ello no da lo mismo. Mi propia experiencia de trabajo de campo en investigación social me ha mostrado que las entrevistas que se realizan en lugares cotidianos y cargados de intimidad resultan mucho más intensas.

Hay que recordar cómo para los CS es primordial la cercanía en lugar del distanciamiento, lo que en este caso se logra en la relación S-S. La autora podría haber construido un texto mucho más formal y distanciado en vez de usar una retórica que destaca los afectos, las emociones y el dolor de María, como el encuentro personal entre investigadora e investigada. Aún más, no deja de ser relevante que parta con el relato de María, lo que es situarla a ella en ese primer lugar antes que a su análisis como investigadora. Su caso sirve de “entrada” metodológica y retórica, pero es más que eso: muestra que hay otras posiciones –distintas a la del investigador/a– más cercanas al objeto de estudio. Conocer esta experiencia, por lo tanto, no es un privilegio epistemológico de la investigadora sino a lo menos de la relación sujeto-sujeto. Así, María cuenta lo que le pasó cuando un periodista publicó su información: volvieron las amenazas, 30 años después del golpe de Estado. Ello habría sido una de las razones por las que se resistía a enfrentarse a sus papeles.

En una conversación, María recordó un episodio revelador de una de las razones de su resistencia: en 1994, treinta años después del golpe militar, un periodista (...) la llamó insistentemente. Ella pensó que tal interés se relacionaba con sus actuales investigaciones académicas como historiadora (...) para su sorpresa el periodista quería solicitarle permiso para escribir una nota cuyo centro sería el hallazgo de un documento en el acervo del DOPS del archivo Público de Río de Janeiro. Este papel era un facsímil del Instituto Médico Legal de 1971, con un Examen de Cuerpo de Delito (lesión corporal). Allí se describían las marcas de tortura que después de cuatro meses de sufridas todavía estaban presentes en el cuerpo de María. Ese documento escrito, escrito a máquina, era muy valioso, ya que estaba sellado y firmado por médicos forenses. María sabía que la publicidad de tal “papel” no sería fácil, puesto que, una vez en el diario, se transformaría en una nítida denuncia, una nueva “prueba”. Sin embargo, aceptó que la nota de su caso saliera. La misma formó parte del suplemento especial denominado “treinta años después”. Junto a otros casos similares (certificados y documentos que delataban la tortura y las muertes en dependencias de los órganos de seguridad), la revelación del caso de María quedó expuesta en el diario de mayor circulación del país. Llamados anónimos y amenazas no demoraron en surgir. Habían pasado treinta años (Da Silva, 2002, pág.16).



La investigación de Da Silva era una nueva publicación sobre este tema traumático para María, pero que revela además las implicancias aún presentes en las democracias del Cono Sur, treinta años después. Señalando esto la investigación está participando de la denuncia del hecho como práctica política, pero además está mostrando las complejidades de abrir archivos desde la perceptiva de aquellos que están en relación constitutiva con ellos, más allá de las ventajas que la apertura de los archivos ha significado para las luchas por la verdad y contra la impunidad.

Volviendo al tema del distanciamiento v/s encarnación del sujeto investigador, el texto citado genera un efecto en el lector, quien difícilmente puede permanecer indiferente al relato justo porque la autora da cuenta de diversas lógicas que giran en torno a la corporalidad de María, tensando el deber de denuncia y el temor que seguía presente.

Tal vez esta apuesta de la autora de no permitir la indiferencia del lector tiene que ver con su propia experiencia de sujeto de investigación que tampoco pudo permanecer indiferente ante los documentos.

Mientras investigaba en el archivo del proyecto Brasil: Nunca Mais con la imagen de este relato en mente, me enfrenté con los documentos que el Supremo Tribunal Militar archivó sobre el caso de María. Aunque no hubiese conocido esa historia, en el trayecto de la investigación me hubiera encontrado con su proceso, porque su relato de tortura es uno de los más detallados e impactantes en las primeras páginas del libro Brasil: Nunca Mais. En el archivo de Campinas encontré el mismo documento descubierto por el periodista en Río de Janeiro. A pesar de ya conocer la historia, no dejó de espantarme su lectura. Cada palabra, sello y firma componen un rígido orden, la descripción es minuciosa, el impacto necesariamente fuerte (Da Silva, 200, págs. 16-17).

Precisamente, decir que el impacto es “necesariamente fuerte” nos habla de que no hay neutralidad posible, donde lo importante, para nuestros efectos, es que la autora lo explicita en su informe: muestra a un sujeto afectado por el objeto en su propia práctica. Aquí es donde podemos ver que el cruce de elementos emocionales condiciona el proceso cognitivo. De esta forma, podemos afirmar que para una epistemología de los CS no solo importan los “datos” sino también qué le ocurrió a la investigadora/or en su relación con ellos durante el estudio. Esto no es independiente del tipo de conocimiento que se logra y no por ello se vuelve menos riguroso el estudio, sino todo lo contrario.

Visto desde la premisa de la encarnación, que supone un investigador que no se distancia de su objeto bajo el supuesto de igualar objetividad con neutralidad, podemos decir que el material empírico con que se encuentra Da Silva pasa por su cuerpo y sus emociones.

### 7.3.3. Concepción del objeto

#### 7.3.3.1. *Objetos complejos*

Para Haraway la objetividad postmoderna tiene que ver con prótesis específicas de traducción, lo que implica que trata con objetos problemáticos. Por señalar un ejemplo, la investigación de Mombello muestra una cierta mirada a los actores sociales estudiados que privilegia sus posiciones más que sus naturalezas o identidades fijas. Aquí es donde se vuelve pertinente la discusión que defiende García Selgas (1999) respecto de pensar más en “posiciones sujeto” que en sujetos o actores. En Mombello los actores sociales que incluye en su investigación no parecen importarle por sus identidades propias, sino por su relacionalidad, es decir, como posiciones. Así, le importan los “actores que se confrontan con el Estado” (Mombello, 2002, pág. 149), que son -en el espacio particular y local que es Neuquén- actores muy específicos.

Luego, su investigación puede ejemplificar la forma de entender el objeto de estudio como algo a lo que no se accede linealmente, como algo *problemático* en tanto no está dado. En este caso se trata de la relación entre memoria y territorio. Se podría pensar que lo más directo es asociar una cierta memoria social a un determinado espacio físico; pero usar la metáfora del territorio que ella propone abre la complejidad, en tanto alude a una entidad que, manteniendo su materialidad, va más allá del espacio físico. Es más que pensar, por ejemplo, las memorias de Neuquén como las memorias de esa localidad. Aquí el lugar no es solo físico, aunque no renuncia a esa materialidad. En este caso, una primera dimensión de la complejidad del objeto es sustraerlo de la cotidianeidad, de su naturaleza conocida. No es obvio que en Neuquén en vez de la típica “concentración” colectiva en algún punto urbano –lo característico en el resto de Argentina- se opere a través de la “marcha” por las calles de la ciudad. Segundo, hay que buscarle el sentido a esta particularidad y a ello se prestan dos de los recursos comunes de las investigaciones del programa: la preferencia por la metáfora y el rescate de la temporalidad. La idea de “territorio” tiene una dimensión temporal. Para la investigadora el abordaje supone entender que las marchas en Neuquén se asocian a un “transitar la historia” y por eso se prefiere a la marcha en vez de la concentración (Mombello, 2002, pág. 149).

### 7.3.3.2. *Objetos históricos*

Otra de las dimensiones presentes en la mayoría de los estudios analizados tiene que ver con la forma de entender las memorias sociales, epistemológica y conceptualmente, desde el marco utilizado por el programa que enfatizaba en la necesidad de que los temas de investigación fueran historizados (Jelin, 2002). No se trataba de realizar un estudio histórico en cada caso, pero sí de entender que las luchas por las memorias se han ido transformando precisamente por su carácter histórico.

En el caso de Mombello, por ejemplo, ello se advierte en el rastreo de las marchas. Indagar en sus orígenes y transformaciones lleva a la investigadora a precisar cómo fueron cambiando los rituales religiosos y políticos. En Neuquén durante la dictadura surgieron una serie de marchas desde la Iglesia Católica y Evangélica (Mombello, 2002, pág. 156) que se fueron transformando con el cambio de régimen político. Con el fin de la dictadura, la “Marcha por la Fe” que tenía un contenido más político, fue perdiendo vigencia; mientras que la “Marcha por la Dignidad y la Justicia” recuperó y acentuó su sentido más religioso. Sin embargo, está también el caso de la “Marcha por la Vida” que ha permanecido hasta el presente con un contenido mixto entre religión y política, en tanto se trata de una mezcla de misa y marcha donde las Madres de los Detenidos-Desaparecidos tienen un marcado protagonismo ya que se realiza el “Día de la Madre” y ante el “Monumento a la Madre” (Mombello, 2002, pág. 156-157). Todo esto muestra cómo a través de la historización se puede dar cuenta de los cambios de sentidos de las prácticas y de su resignificación en el tiempo, algo que en las ciencias sociales a veces se olvida.

La historización permite además mostrar cómo puede operar la articulación que reclama Haraway (1999) en su dimensión política. Al retroceder en el tiempo, el relato de Mombello rescata la importancia del obispo de la ciudad y va desenredando la madeja para mostrar cómo en los ritos de la Iglesia Católica local se fue forjando el espacio para los inicios de las marchas contra la violencia de Estado, la creación de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos de Neuquén (APDHN) y las denuncias de la represión política. Todo ello va configurando la historia de “organización”, “solidaridad” y “resistencia” a la “dictadura”. El tipo de análisis de Mombello al historizar la “memoria peregrina” permite un tipo de dato al que no se habría llegado solo relevando la situación presente del objeto: muestra en qué “sentidos se multiplicaron” las marchas que parten en los años setenta con la Iglesia Católica y que en los ochenta llegan a ser

lideradas por las organizaciones de derechos humanos. Luego, las marchas que convocan estas últimas organizaciones logran consenso y adhesión muy altos y la marcha en sí se va transformando en una práctica política que es apropiada por otros actores. Los recorridos en el tiempo y en el espacio que hicieron las Madres de Plaza de Mayo, la APDHN y otros organismos de derechos humanos, habrían dejado una marca de identidad en la sociedad local que hace que Neuquén aparezca como un “lugar practicado”: es el movimiento el que otorga sentido a los espacios y actores. Así, en Neuquén se va pasando de lo religioso a lo político, de la procesión a la marcha, de lo insólito a la “práctica revitalizadora”. Para que ello se active, ese sentido tiene que ser puesto en práctica, es decir, “que el lugar se anime y que los recorridos se efectúen” (Mombello, 2002, pág. 161).

La estrategia metodológico-analítica de la investigación de Da Silva encuentra gran parte de su potencial en la historización de los archivos de la represión en Brasil como una forma de desactivar los lugares comunes y las verdades fijas sobre tales materias. También lo hace Marchesi al analizar los itinerarios de las conmemoraciones que estudia, siendo a nuestro juicio lo más interesante de su investigación.

Este texto se divide en tres partes. La primera y la segunda recorren la constitución de los dos archivos elegidos para la investigación (DOPS-RJ y Brasil: Nunca Mais). La tercera traza algunos de los caminos sobre usos y movimientos de la memoria en torno a los archivos. Estas reconstrucciones de tiempos y espacios, de puesta en escena de prácticas culturales y políticas, pretende reconstruir trayectos que permitan pensar las formas de disputa y constitución de las memorias a partir de los sitios conquistados (Da Silva, 2002, pág.22).

Seguir los trayectos de la memoria por las unidades de tiempo-espacio implica deconstruir tales trayectos, sus escenarios y prácticas y ello pudiera ser otra forma de operacionalizar la investigación crítica. Sin embargo, el recurso metodológico de la historización por sí solo no facilita necesariamente el carácter crítico de una investigación, especialmente si la enfrentamos a la pregunta por el relativismo cognitivo. Como señalamos en el marco teórico, cuando se enfatiza exclusivamente el carácter socioconstruido del conocimiento resulta difícil eludir la pregunta de cómo tal argumento resiste la impugnación de que está condicionado del mismo modo. La reflexividad fuerte y el recurso a la ironía que defiende Haraway permiten al menos poder seguir pensando las posibilidades de la crítica sin caer en el absolutismo de lo relativo. Para ello es necesario asumir que nuestros reclamos de conocimiento están situados, que tenemos que ocupar un espacio/lugar para poder conocer. Como señalamos antes, la investigación de Da Silva permite, a través de una historización en que se cruza su propia implicación y relación con una de sus “fuentes”, mostrar que la suya no es ni la única ni cualquier perspectiva. A Mombello, su

forma de presentar la historización desde dentro –ella ha participado de las marchas– le permite también romper con la ilusión de un conocimiento abstracto y distanciado. Sin embargo, la investigación de Marchesi, a pesar utilizar el recurso de historizar las conmemoraciones, ejemplifica el riesgo de que una investigación “comprometida” pierda capacidad crítica y la posibilidad de articularse o al menos de conectarse con otros al buscar el distanciamiento y la mirada externa.

Marchesi comienza presentando el “hecho” que luego se conmemorará como un “dato duro” que no admite mayor discusión sobre cómo ocurrió. Todo el resto de la investigación será historizar cómo los distintos actores implicados van dando diferentes sentidos a ese “hecho” a través de diversas conmemoraciones. Así, el investigador se plantea como un analista que puede mostrar la historicidad de las conmemoraciones desde distintas perspectivas –de los militares, de la guerrilla, por ejemplo– sin valorar o cuestionar ninguna. Pero el problema es más grave, ¿quién dice que el relato del hecho histórico con el que parte su texto es “realmente” lo que ocurrió? Si las otras son interpretaciones que pueden ser historizadas, ¿por qué él no forma parte de ninguna práctica histórica de reconstrucción del hecho que se conmemora? La pregunta no tiene respuesta si no se rompe con la lógica del distanciamiento, porque nada asegura una construcción más objetiva del hecho por sí misma. He aquí un ejemplo de cómo la historización de los “objetos” de investigación no asegura por sí misma la capacidad crítica de una investigación. De hecho, la historiografía tradicional puede ser perfectamente condescendiente con los órdenes dominantes al mismo tiempo que historiza sus temas de estudio.

Distinto es el caso de Da Silva y en menor medida Mombello, quienes además de historizar se muestran como sujetos que integran el entramado de las historias que construyen, a través de las cuales ellas mismas resultan afectadas.

### **7.3.4. Objeto material-semiótico**

#### ***7.3.4.1. La materialidad y semiótica de las prácticas***

A partir del tipo de conocimiento que producen las distintas investigaciones del programa memoria podríamos proponer el seguimiento a las prácticas sociales como una forma de relevar el carácter material-semiótico de los objetos en la investigación social que propone Haraway (1995, 1999). Así, se puede imaginar que en las ciencias sociales la materialidad se puede pesquisar no solo en nuestras imbricaciones con lo no humano o en el carácter corporal de lo

social (encarnación). Las prácticas sociales en sí mismas constituyen otra forma de materialidad<sup>87</sup>.

El estudio de Mombello muestra que los “hechos sociales” o las “acciones sociales” –siguiendo las nociones de dos clásicos– son materiales y semióticos a la vez. Para el caso que analizamos, diríamos que el acto de marchar es material y sus discursos, símbolos y sentidos asociados son semióticos, y ambas dimensiones son dependientes. Se puede sostener entonces que para la investigación social crítica es tan importante analizar opiniones y discursos o recoger datos estructurales como dar cuenta de las prácticas y analizarlas sirviéndose también de las metáforas. De modo que el mejor aporte, a mi juicio, de este estudio es relevar la importancia de la marcha en sí misma como una de las formas en que operan las memorias sociales en una localidad particular. La tesis de Haraway sobre los objetos material-semióticos supone que tales objetos no existen antes de ser creados, que son productos de fronteras, pero que las fronteras cambian desde dentro. Al respecto las marchas en Neuquén que analiza Mombello, muestran esa constante transformación de sus fronteras desde dentro precisamente por la articulación entre religión, política e identidad local.

En menor medida, la investigación de Marchesi también ahonda en las prácticas sociales recuperando su sentido material y semiótico, por ejemplo, al mostrar cómo a través de las conmemoraciones se resignifican los nombres y sentidos de los lugares de conmemoración, como una plaza o un monumento, no siempre de manera consensual o exitosa.

#### ***7.3.4.2. La materialidad y semiótica de las personas-papeles***

Una segunda forma de aterrizar en la investigación la cualidad material-semiótica de los objetos de investigación la ofrece la investigación de Da Silva (2002) a través del caso que nos presentó: María. Con ella, podemos ver esa doble cualidad de las entidades que estudiamos: “Como ex

---

<sup>87</sup> Discutimos aquí una tendencia observable al menos en la investigación sociológica empírica en Chile: la cada vez mayor cantidad de estudios cuantitativos y cualitativos centrados en las opiniones, percepciones y actitudes asociadas a fenómenos sociales, por un lado, y la cada vez mayor construcción de índices para categorizar a los países de la región, por el otro. Para decirlo con dos ejemplos, estamos llenos de investigaciones sobre representaciones individuales o sociales (sobre la política, objetos de consumo, la calidad de los servicios públicos, entre muchos otros) y estudios comparativos que clasifican a los países (índices de corrupción, estabilidad económica, gobernabilidad, calidad medioambiental, seguridad ciudadana, etc.). Sin embargo, cada vez sabemos menos sobre las viejas y nuevas prácticas sociales y sobre cómo la realidad se construye en la práctica (Mol, 2002).

militante política, tiene allí [en el archivo] parte de su vida estampada con firmas y sellos que alertan que lo que se está leyendo es confidencial, secreto, sigiloso...” (pág. 15). Siguiendo a Latour y Haraway (ver primera parte) y sus formas de recuperar la actancia para los objetos, vemos que María no es activa solo por ser humana, sino por su imbricación con la burocracia, aún con la burocracia del horror. Respecto de su doble cualidad, la autora nos recuerda que en los papeles –materiales– está “estampada” parte de su vida, pero también hay una carga semiótica clara, son papeles “sigilosos”, “secretos”; la esencia misma de un archivo de la represión es que ni son solo papeles, ni son solo secretos y ninguno de los dos se basta a sí mismo, por no hablar de la propia María, cuya vida está en-red(ada) con los archivos entre los “sellos” “firmas” que “estampan” su vida.

Esa relación es la que se hace más patente en situaciones límites como la que describe el estudio, de ahí que sea relevante que la investigadora muestre de manera detallada esa materialidad y lo que implica para María “tocarlos”, “verlos” (Da Silva, 2002, pág. 16). Pero aún hay más: este tipo de dato da razón al modelo de Haraway no solo respecto de lo material-semiótico sino también de su relación con las prótesis que nos constituyen. Por lo que relata la investigadora, y parafraseando a Haraway, esos papeles pueden ser vistos como prótesis monstruosas: son parte de la vida de María y parte de su vida está en ellos. Esa es la sensación que deja la lectura de la investigación sobre los archivos de la represión en Brasil (especialmente pág. 15-17). María contó a la investigadora que a pesar de saber que hay una carpeta suya en los archivos, nunca se ha “enfrentado” a “sus papeles” y sabe que en su carpeta hay también “cartas” y “recuerdos personales” (Da Silva, 2002, pág. 15). Hay que recordar que se trata de archivos que guardan, además de papeles, objetos sustraídos a las víctimas durante la dictadura y que pueden incluir información distorsionada por las fuerzas de seguridad o conseguida bajo tortura. La materialidad muestra toda su fuerza en la dificultad de María para “enfrentarse” a “sus papeles” en tanto enfrentarse a ello no es un ejercicio abstracto, significa verlos, tocarlos, leerlos. Así, la investigación muestra cómo la materialidad de esos documentos y objetos por muy contruidos que sean - y he aquí un argumento contra las lecturas del construccionismo que asumen que si el mundo es construido entonces es más fácil de modificar o pesa menos- marcan la vida humana.

Así, podemos sostener que los archivos tienen una materialidad, pero también una carga semiótica y en la conjunción de ambos hay una cualidad de actantes no humanos a pesar de que sean el resultado de prácticas e instituciones sociales.

Al respecto, habría que tener en cuenta dos elementos. Primero, que mirar la dimensión material de los archivos y cómo con ellos se conjugan las vidas humanas puede ser una forma de encontrar en este estudio la cualidad que destaca Latour sobre los actores-red: en su constitución se tejen tramas en las que participan agentes humanos y no humanos. En la investigación, ello tiene que ver con preguntarse por el significado de los archivos y cómo “devienen” en objetos de disputas. Segundo, que esa doble cualidad simbólica (“...forma de expresión de ese desigual enfrentamiento...”) y material (“...improntas en un lugar material...”) de los archivos, cobra un significado más específico aun cuando se trata de la represión. Esa cualidad es en este estudio uno de los ejes constitutivos del carácter situado del conocimiento que aquí se produce. La cita siguiente condensa estas dos dimensiones.

La constitución de archivos (...) es una de las prácticas que, en las sociedades modernas, los individuos y los grupos desarrollan para codificar su pasado, crear clasificaciones, inventar tradiciones, montar identidades.

Archivar la vida de “la nación”, archivar la propia vida, representa una forma de seleccionar, ordenar y acumular documentos y testimonios, de dejar improntas **en un lugar material** (estantes, cajones, salas, exposiciones) en el que se guardan papeles, sellos, fotografías y otros objetos, dispuestos como un concentrado o condensación de la memoria del Estado, de una institución, grupo o individuo. (...). Bajo este punto de vista, al estudiar los procesos de ocupación del espacio público y los usos de los archivos como hecho histórico, social y cultural, cabe preguntar: ¿de qué modo los archivos acumulan e imparten una clase específica de poder simbólico y político?, ¿cómo y por qué devienen los archivos y los documentos que contienen objeto de disputas en relación a sus usos y formas de acceso?

Las preguntas adquieren una dimensión más densa cuando pensamos en los archivos que provienen de instituciones represivas de procesos dictatoriales: policía, servicios de inteligencia, fuerzas armadas. Estos archivos se componen, principalmente, de documentos personales o de declaraciones individuales, sustraídos los primeros y conseguidas las segundas en circunstancias extremas de violación de los derechos humanos. Estos documentos también están permeados por prácticas difundidas en años de dictadura y represión como son la denuncia, la delación y los testimonios falsos (...) Estos documentos, fichas y declaraciones son producto de situaciones límite, de regímenes autoritarios donde la intolerancia es la marca de fuego (...) **Los documentos condensan una forma de expresión de ese desigual enfrentamiento social, político y cultural** (Da Silva, 2002, págs. 20-21, las negrillas son nuestras).

Luego, uno puede decir que el objeto de estudio no solo es material-semiótico, sino que en sí mismo también tiene mucho de encarnación.

El caso de María revela hasta qué punto los archivos de la represión no se componen meramente de papeles burocráticos, sino que también incluyen objetos robados, producto de la violación física y simbólica de la intimidad de gran número de personas y grupos. Las unidades del acervo condensan ‘pedazos de vidas’ de un período corto pero muy intenso de esas personas y grupos (Da Silva, 2002, pág.21).

En tal sentido la triple cualidad de los archivos (material-semiótico-encarnados) puede servir como un buen ejemplo de la forma en que el CS se constituye en un tipo de objetividad no solo para la ciencia, sino para la vida social. De acuerdo al estudio de Da Silva, la apertura en Brasil



de los archivos de la represión a inicios de los años noventa provocó un intenso debate. Fueron recibidos y divulgados como “templos secretos” que permitían entender “qué pasó”. Hay en ello una suerte de confianza en esa materialidad, en tanto en el debate político no había certezas de verdad, certezas que los papeles sí podrían otorgar actuando como “pruebas”.

### 7.3.5. Mundo activo

De todos los ejes que constituyen a los CS, la concepción de lo no humano con algún tipo de actancia, como un ente activo y astuto, es la más difícil de identificar en las investigaciones del programa memoria. Sin embargo, al hacer una lectura intencionada de los datos empíricos de estos estudios hay varios elementos que dan razón de tal propuesta del marco epistemológico de Haraway.

La investigación de Mombello expone una forma de pensar el mundo físico, generalmente olvidado en las investigaciones sociales salvo en su dimensión simbólica, desde una perspectiva en la que calles, plazas, monumentos y otros lugares cobran un marcado protagonismo. Sin embargo, aun cuando los lugares se han escogido como entrada metodológica para estudiar las memorias sociales de la represión, la capacidad de agencia corresponde solo a los humanos, siendo mucho más difícil identificar alguna capacidad de actantes en los lugares. Así, de todas las dimensiones que identificamos en la propuesta de los CS pareciera ser que lo más difícil de integrar a la investigación social es la concepción del mundo como un ente activo. Puede que la vocación por desnaturalizar lo que se asume dado –tradicción, sentido común o ideologías por citar algunos– y por enfatizar la *construcción social de la realidad* conlleve concentrarse preferentemente en la capacidad activa de los humanos. Como cientistas sociales sabemos que “nuestro objeto de estudio” no es pasivo y por mucho tiempo esto ha funcionado como un sello distintivo de las ciencias sociales respecto de las ciencias naturales. Por lo mismo, no nos cuesta demasiado aceptar que el objeto de estudio de las ciencias sociales no es pasivo precisamente porque nos centramos en la acción humana y sus consecuencias, pero no ocurre lo mismo con nuestras mediaciones con los no humanos, como el mundo de la naturaleza o con la “creación” humana que adquiere carácter de segunda naturaleza, por ejemplo, la tecnología o los “lugares” de la ciudad.

La investigación de Mombello ejemplifica bien la dificultad de pensar en lo no humano en las ciencias sociales. La división que conduce a las ciencias sociales a ocuparse solo de “lo social” (asociado a la agencia humana), impide ver nuestras redes con lo no humano y su propia

actancia, como en este caso podrían ser los lugares de las memorias sociales. Si aceptamos con Haraway (1995) que los códigos del mundo no están quietos esperando ser leídos, podemos defender que los lugares de las memorias sociales tampoco. En su investigación, Mombello diferencia los tipos de marchas que se dan en la ciudad de Neuquén a finales de los años noventa y que se dividen en dos tipos. Por un lado las que organiza el movimiento de derechos humanos alrededor de tres fechas conmemorativas (Mombello, 2002, pág. 150) cuyos lugares son la Catedral, el Monumento a la Madre y el barrio militar. Por el otro, las marchas y protestas por temas como el desempleo, la pobreza y los reclamos frente al Estado organizadas especialmente por gremios estatales, en torno de otro tipo de lugares como el Monumento a San Martín, la Casa de Gobierno y la Legislatura (Mombello, 2002, pág. 150). Su análisis permite descifrar las raíces de las marchas en Neuquén: a) la costumbre del espacio local ligada a la apropiación y reconocimiento del espacio urbano, b) las raíces históricas asociadas al movimiento de derechos humanos inspirado y acompañado por peregrinaciones religiosas; y c) el propio sentido de la marcha que recuerda y conmemora marchas pasadas. Ello a su vez ocurre en dos niveles: 1) las memorias sociales asociadas con cada lugar por donde pasa la marcha y 2) recordar la práctica de la marcha en el pasado. Con ello se muestra que se trata de objetos complejos, móviles e históricos. Esa es una forma de aterrizar la idea de situacionalidad del conocimiento en lo que refiere a la idea de objeto activo.

La autora busca mostrar cómo es en la marcha donde se concentra la fuerza semiótica de la manifestación, lo que importa es pasar por “allí porque es ese paso lo que transforma los espacios cotidianos de la ciudad en lugares cargados de sentido” (Mombello, 2002, pág. 150). Sin negar aquello, podríamos preguntarnos si poner el foco solo en esa dimensión del sentido no impide acaso ver que los propios lugares pueden tener algún tipo de actancia por el solo hecho de estar allí. Al pensar, por ejemplo, en los lugares que ya no están, se puede ver cómo es que los lugares materialmente importan por su sola presencia. Por ejemplo, en el caso de Chile, Villa Grimaldi, uno de los lugares de detención y tortura más importantes de la dictadura que fue derrumbado, y en cuyo terreno se ha levantado el “Parque por la Paz de Villa Grimaldi”. En él solo quedan restos de lo que fue, pero se han construido nuevas marcas para “mantener la memoria”<sup>88</sup>. La investigación de Lazzara (2003) sobre este parque (en el mismo volumen que la que nos ocupa) permite hacer un contrapunto con Mombello para mostrar qué ocurre con los lugares cuando

---

<sup>88</sup> Referencia (<http://www.geocities.com/Athens/Delphi/9574/danza.htm>)

éstos se han transformado en ruinas; los sentidos son otros. Se puede decir que las luchas por las memorias operan de manera distinta cuando “los lugares del horror” están presentes, cuando éstos desaparecieron o cuando permanecen semi-ausentes. En Neuquén los lugares, aunque sean de otro tipo, siguen allí.

Así se puede entender, por ejemplo, el análisis de Mombello sobre la “Marcha del 24 de marzo”. Dicha práctica social es de todas las marchas la más evidente forma ritualizada de la acción colectiva focalizada en la memoria de la represión y de la resistencia (conmemora el día del golpe de Estado). En ella participan organizaciones de derechos humanos y diversos otros actores que parten en el Monumento a San Martín -héroe de la independencia, con lo que se muestra su anclaje nacional- y va parando en la Catedral, el Monumento a la Madre y el Comando del Ejército, antes de llegar a su punto final. Cada parada tiene sus particulares proclamas y temas. El análisis de Mombello se centra en el recorrido y las “paradas”, las “formación” y manera de encolumnarse y el orden de los oradores (Mombello, 2002, pág. 158). Podríamos decir que toda la parte descriptiva del estudio permite mostrar cómo no da lo mismo la presencia o ausencia de los lugares; si fueran otros o ya no estuvieran, la marcha y sus sentidos cambiarían. Se puede suponer aquí una suerte de alianza entre la agencia humana y la no humana en las ciencias sociales cuando el mundo inerte no es tanto la naturaleza artefactual de la que habla Haraway, pero sí los espacios físicos y sociales como son las ciudades, edificios o calles.

La investigación de Da Silva se abre mucho más a conceder algún tipo de agencia a las entidades no humanas, en este caso los archivos de la represión en Brasil. Uno de los archivos que investiga la autora fue sustraído al Estado por abogados de derechos humanos que, en sus trámites de defensa de víctimas de la represión, debían acceder a los expedientes de los Tribunales Militares. Cuando estos abogados ligados a las iglesias comenzaron a internarse en el “mundo de los papeles” se dieron cuenta que estaban frente a una fuente de información muy importante sobre los mecanismos de la acción represiva y el uso de la tortura durante la dictadura militar en Brasil, percatándose entonces de que dichos documentos podrían servir para otros fines. Comenzó así una duplicación clandestina de cada uno de los expedientes hasta replicar prácticamente la totalidad del archivo (Da Silva, 2002, pág. 28). A partir de la duplicación de este archivo, que más tarde fue dado a conocer a la opinión pública, se desencadenaron una serie de sentidos y prácticas que facilitaron las luchas contra la impunidad y la recuperación de las memorias de la represión. Al comparar esto con lo que ocurre en Chile (Cruz, 2002) donde los archivos de los organismos militares y de seguridad al parecer fueron destruidos o al menos no se

conoce de su existencia, podemos convenir en que la sola presencia de ese mundo físico –los papeles– puede ser crucial. Siguiendo la metáfora de García Selgas (2002), es como cuando en una obra de teatro la presencia de un objeto de la escenografía –una puerta o una cama, por ejemplo– es parte de la trama, y que esté o no presente cambia el desarrollo de la obra. Análogamente, los abogados consideraban que contar con una réplica del archivo como “prueba” sería mucho más significativo que contar solo con los testimonios de las víctimas para las luchas del movimiento de derechos humanos.

Pensar, como dice Haraway (1999), que nuestra actancia humana se entrecruza en alianzas poderosas y monstruosas, aunque desiguales, con la tecnología y los organismos vivos, permite entender, a través de la producción de un tipo de conocimiento social crítico, que las prácticas de resistencia e impugnación al poder ven potenciadas sus posibilidades cuando la voluntad humana se enlaza con las posibilidades que ofrece el mundo no humano, en este caso, la tecnología. Así, podemos releer la duplicación del mencionado archivo como un esfuerzo que requería contar no solo con la complicidad de los humanos basados en sus compromisos políticos y sus lazos de amistad y solidaridad, sin la tecnología de la fotocopidora o de los microfilms –relata Da Silva–, no habría sido posible la “ironía del destino” que significó este hecho: “el gran secreto militar se había transformado en el gran secreto pro-derechos humanos” (Da Silva, 2002, pág. 32).

Permitámonos aquí un paréntesis metodológico. A este tipo de práctica investigadora se suele llegar retrocediendo en el tiempo a través de fuentes secundarias, pero también hay situaciones en que los investigadores van armando sus propios archivos, aún antes de saber que serán parte de una investigación que algún día podrá concretarse. Mombello, por ejemplo, tenía un interesante trabajo de campo desde el año 1995 en adelante, material que mezcla con su búsqueda en archivos hacia atrás de esta fecha, siendo justamente esa mezcla la que le permite observar cómo va cambiando la matriz. Esto no es nuevo en los historiadores, pero intuyo que en casos como éste puede deberse más bien a un compromiso de los investigadores, que conjugan un interés académico con su propio protagonismo ciudadano (Mombello, por ejemplo, participa regularmente de las marchas).

Una característica común de las investigaciones del programa memoria es que están asentadas por metodologías en las que se mezclan diferentes técnicas de investigación social –especialmente cualitativas– y distintos tipos de fuentes. Si consideramos que las metodologías de la investigación social son parte de los aparatos visuales, lo situado del conocimiento en estos

estudios basa gran parte de su rigurosidad en la forma de construir los datos empíricos. Como ejemplo, la investigación de Da Silva trabaja con gran cantidad de fuentes: archivos históricos, prensa, entrevistas, libros, observación, entre otros, inspirada en la metáfora de la investigación detectivesca que recomendaba la directora del programa memoria.

### **7.3.6. Conocimiento como encarnación**

#### ***7.3.6.1. El Programa Memoria como materialidad de la encarnación***

Uno de los aportes más importantes de Haraway es defender que la encarnación feminista no trata de “localizaciones fijas” en cuerpos reificados, sino de “nudos en campos, inflexiones y orientaciones y de responsabilidad por la diferencia en campos material-semióticos de significados” (Haraway, 1995, pág. 334). Así, la objetividad no puede tratar de una visión fija ni abstracta sino de una objetividad encarnada (Haraway, 2004).

Si el único conocimiento posible es el que aparece situado en unas coordenadas socio-históricas y en una encarnación híbrida y relacional (García Selgas, 2001), ello puede pesquisarse a través de cuatro elementos que hemos identificado en el programa memoria, tomando como fuente, por un lado, su evaluación externa realizada por el catedrático Peter Winn (2001) y, por otro, mi propia participación en el programa durante el 2000.

#### **a) La estructura del programa:**

El programa memoria no se planteó en su convocatoria como otra beca más de investigación individual, sino como una invitación a unirse a una empresa colectiva “con un contenido intelectual fuerte, relevancia social e implicaciones políticas” (Winn, 2001, pág. 9). Ello tuvo como limitación y como posibilidad el hecho de que los investigadores no presentaban un proyecto a concurso, sino que tenían que negociar con la dirección académica (Elizabeth Jelin) los temas a investigar dentro de las opciones que el comité organizador había definido como áreas para cada año. Aunque esta limitación no siempre gustó a los investigadores/as, en mi opinión facilitó las posibilidades de articular a 56 investigadores de países diferentes, con formaciones disciplinarias heterogéneas, con edades distintas y sobre todo con particulares historias personales no del todo independientes del tema de la represión política. Así, una primera consecuencia es que los temas investigados en este programa y por lo tanto el conocimiento social producido no es independiente de las opciones que el programa tomó.

Por otra parte, gran parte del éxito del programa se debe también a su propia estructura. Las ambiciosas metas incluían establecer el estudio de la memoria colectiva como un “campo de investigación” tanto catalizando la investigación de eruditos senior en memoria colectiva de la represión, como proveyendo una preparación intensiva y metodológica para investigadores junior en la región. La estrategia era crear una “masa crítica” de investigadores –ambos junior y senior– que pudieran continuar el trabajo de avanzar en este campo por sí mismos. Para el SSRC, su éxito descansa en que ofrece un modelo de programa que puede repetirse para otros lugares y contenidos, en tanto los investigadores “junior” (los investigadores jóvenes que realizaron los estudios) son preparados por eruditos “senior” (académicos e investigadores) en el máximo nivel de un campo de estudio. También hace válido un modelo de programa multi-anual en el que los investigadores jóvenes de años anteriores asumen papeles de “senior” en años siguientes” (Winn, 2001).

A nuestro juicio esto facilitó los aprendizajes de un grupo anual a otro dentro de un mismo tramo generacional. Los académicos invitados a acompañar a los “juniors” no eran los únicos que podían acompañar, enseñar, recomendar y criticar los borradores preliminares de los estudios sino que entre los investigadores jóvenes las posiciones de “investigador” a “comentarista” –por ejemplo– no eran posiciones fijas, con las responsabilidades que ello implicaba. Así, la producción de conocimiento social en este programa está enraizada también con el juego de posiciones cambiantes. Por citar un ejemplo, si un investigador-joven del año 1999, al siguiente asumía el rol de comentar y criticar a un investigador-joven del grupo 2000, sus recursos para ese comentario estaban basados en su propia experiencia de investigador-joven del año anterior en el mismo tema (las memorias de la represión) y ello aportaba un tipo de comentario distinto al que podía ofrecer un experto académico (“senior”) que no había tenido esa experiencia por muy experto en el área que fuera.

A su vez, el programa tuvo desde el principio un interés en crear una red de cientistas sociales interesados en el tema memoria. Estas redes se concibieron como unos “contactos profesionales duraderos” que trascendieran varios tipos de barreras: a) sustantivas, involucrando a investigadores, más allá de la disciplina o país, con intereses compartidos en el tema; b) generacionales, entre un grupo de investigadores junior e investigadores senior; c) regionales, entre países del Cono Sur y entre el Cono Sur y otras partes del mundo, particularmente pero no exclusivamente con Latinoamericanistas estadounidenses; y, d) institucionales, involucrando a individuos en organizaciones de investigación de diferentes tipos –tales como universidades,

centros académicos independientes y organizaciones de activistas (Winn, 2001). Dicha red ha facilitado la producción de un tipo de conocimiento que difiere mucho de las prácticas de investigación en la región donde lo común es que los investigadores trabajen solos, sin las posibilidades y complicaciones que supone un trabajo colectivo como el programa memoria. Así, la parcialidad del conocimiento que se generó está también encarnada en y desde esta forma de operar.

#### b) La Relacionalidad del programa

Las investigaciones sociales que hemos revisado no son ajenas al marco relacional en el que se produjeron y ello es otra de las dimensiones de su encarnación.

El grupo de investigadores de cada año tuvo su propia personalidad. Así, el primer año fue una experiencia nueva para todos con lo excitante de lo nuevo y con algunos problemas también propios de la innovación. Hubo un más alto porcentaje de participantes “estrellas” que en otros años, pero también el más alto porcentaje de fracasos; sin embargo, hubo una sensación solidaria de comunidad que trascendió la disciplina y la nacionalidad, un alto porcentaje de informes de calidad y un gran número de participantes que se han mantenido activos en el campo de estudio.

El segundo año, en cambio, los factores personales jugaron un papel importante en la carga conflictiva que atravesó parte de los talleres, hubo un corrosivo conflicto con los participantes chilenos, en parte relacionado con unas dinámicas de grupo en las que parte de los participantes querían tener más influencia en cómo deberían funcionar los talleres y que plantearon la cuestión de su gobierno y su participación. Pero, por encima de todo, el problema fue que el grupo era demasiado grande, como reconocieron participantes y académicos. Estas tensiones se transformaron en una atmósfera competitiva, en la que los participantes –valga la redundancia– competían por la atención de la Directora, una dinámica que reflejaba tanto la organización “personalista” del programa como el excesivo tamaño del grupo. La percepción de los participantes de un acceso desigual, de una atmósfera judicial y de favoritismo coincide con la explicación de la Directora de la necesidad de un tipo de selección en un grupo que era demasiado grande para que ella diera a todos los participantes el tipo de atención que el primer año demostró que necesitaban. A pesar de estos problemas el año 2000 tuvo éxitos así como fracasos. Lo más destacable fue el éxito de la extensión del Programa a Perú, se completaron excelentes informes por los participantes de cada país en el Programa y varios se presentaron en LASA 2001.

Para el grupo del tercer año, el programa pareció haber encontrado su balance y eliminó muchos de los problemas que se habían producido durante los primeros dos años. El proceso de selección pareció haber filtrado a los solicitantes con dificultades “personales” que podrían arriesgar su éxito en el programa. El taller final fue un modelo de su clase —con una sensación de comunidad, una atmósfera de crítica constructiva y ausencia de conflictos interpersonales. Muchos de los informes fueron prometedores y varios excelentes. En su tercer año de existencia, el Programa de Memoria Colectiva pareció haber aprendido las lecciones de su propia experiencia (Winn, 2001).

Aquí cabe preguntarse si los conflictos y afinidades que se dieron entre los participantes del programa pueden ser considerados elementos independientes del tipo de conocimiento logrado. Mi impresión es que no. Las emociones, lazos afectivos, las luchas de poder, las acusaciones de favoritismo de la Directora hacia ciertos becarios o los reconocimientos al mayor apoyo recibido, entre otras, son cuestiones que afectan la dedicación de los investigadores a sus trabajos, pero especialmente, son elementos que con sus sombras y sus luces conforman parte del entramado subjetivo desde donde se logra el conocimiento social. Muchos de los problemas de relación entre los participantes del programa podrían ser subsanados por otro tipo de dinámicas en futuros programas, pero surgirán otros. No hay posibilidad de ejercer la práctica cognitiva, política y afectiva que atraviesa las tareas de la investigación colectiva de manera inocente.

#### c) Contextos histórico-espaciales:

Las particularidades de cada país del Cono Sur y Perú tampoco son independientes del tipo de conocimiento logrado. La encarnación también se entrelaza con las posibilidades y limitaciones contextuales desde y en el que ese conocimiento se constituye. Por cuestiones de espacio solo citaremos dos casos extremos del programa memoria. Las investigaciones realizadas desde Argentina contaron con un contexto nacional favorable. Argentina es un país donde la importancia de la memoria colectiva de la represión se ha establecido política y pedagógicamente, con comisiones locales de memoria en ciudades provinciales, organizaciones de derechos humanos activas y respetadas, y profesores que tienen que emplear una semana al año en temas de memoria. Además, la directora académica del programa es argentina, reside en su país y pudo utilizar uno de los lugares desde donde trabaja (IDES) como la base institucional que se convirtió en el centro aglutinador de una “masa crítica” de investigadores jóvenes. Allí también se instaló la biblioteca sobre memorias de la represión creada por el programa. A su vez, el contexto argentino favorable a los temas de memoria ha generado múltiples posibilidades de



inserción para los participantes del programa: oportunidades para publicar artículos y libros, trabajar en comisiones de memoria gubernamentales, dirigir seminarios de enseñanza, ofrecer cursos universitarios, trabajar para organizaciones de derechos humanos e investigar sus archivos. Además, la geografía cultural de Argentina también ha contribuido al éxito de crear una masa crítica de investigadores de diferentes generaciones trabajando en temas de memoria. Buenos Aires es una ciudad importante e influyente en las personas y las ideas del resto del país.

La relativa falta de éxito del programa en Chile es uno de los más asuntos problemáticos de la evaluación del programa memoria. Aunque los factores personales puedan haber tenido un papel en el fracaso de participantes individuales y en los conflictos durante el segundo año, hubo otros factores.

Existió una ausencia de un coordinador nacional experto y una sólida base institucional. La técnica propuesta por la Directora, una socióloga puntera en su campo, no era una especialista en estudios de memoria y no fue aceptada por los participantes. Al mismo tiempo, sus esfuerzos para crear una base institucional para el programa en FLACSO fallaron para ganar el apoyo de su director. Pero el contexto nacional en Chile fue quizás el más complejo de la región. Por un lado, los temas de la memoria colectiva de la represión se mantienen sin resolver. Por otro, es un terreno politizado y que provoca controversias muy calurosas, sin el consenso que existe en Argentina o Brasil sobre cómo tratarlo. El Programa coincidió en Chile con el regreso y liberación de Pinochet, la investigación de la “Caravana de la Muerte” y el acuerdo de la “Mesa para el Dialogo” con las Fuerzas Armadas para localizar los cuerpos de los desaparecidos en anonimato y sin juicios. Esto fue, para muchos de los participantes chilenos, problemático e incluso traumático. El retorno triunfal de Pinochet a Chile durante el taller inicial del 2000, por ejemplo, proyectó un hechizo sobre los participantes chilenos que no fue exorcizado y que influyó en el conflicto que siguió. Geográficamente, en Chile Santiago es una ciudad principal, pero también hay urbes provinciales significativas y centros culturales. También está demasiado distante y demasiado opuesta a Buenos Aires para que los participantes chilenos giren en esa órbita. La concentración de participantes en Santiago y sus ambientes crearon la posibilidad de una masa crítica que desgraciadamente no se ha realizado (Winn, 2001).

d) La negación de la neutralidad afectivo-política con el tema de estudio

Como hemos señalado en otra parte, durante el primer taller en que participaban los investigadores de cada año se realizó una sesión denominada “llegando al tema” en la que se

pedía a cada investigador relatar su propia experiencia con la represión política de sus países, fuera como una experiencia directa, indirecta o encajada en sus memorias por la transmisión recibida y resignificada, ejercicio que resultó particularmente difícil de manejar en el segundo año del programa. Según Peter Winn (2001), esta sesión fue criticada por algunos investigadores como un ejercicio un tanto invasivo y se le señala como una de las dificultades del programa.

La directora del programa –Elizabeth Jelin– defiende que tales sesiones fueron parte de una decisión conscientemente tomada por el equipo organizador, basado en el convencimiento de que las emociones e implicación personal de los investigadores no podía dejarse al margen en aras de la “objetividad”. Aquí es donde podemos ver la potencialidad de los CS para desactivar la igualación entre objetividad y neutralidad. La parcialidad de los investigadores frente al tema de la represión política iba a estar presente de todos modos en sus trabajos, por lo que el programa debía hacerse responsable de canalizarlo como un recurso y no como una limitación para el conocimiento –encarnado– que se iba a producir. Al respecto, la respuesta de Jelin a la evaluación externa que tildaba esto como un “error de inexperiencia”, señalaba:

En programas donde la represión, las experiencias de dolor y pérdida están asestadas con la implicación personal de los investigadores tienen que ser cuidadosamente trabajadas a través de éste y no barridas fuera del mismo. No hay posibilidad de ‘objetividad’, sino que al contrario, hay investigaciones entregadas y comprometidas. Los sentimientos personales y la implicación están para ser incorporadas en el propio proceso de investigación. Así, a pesar de la incomodidad de algunos investigadores, las sesiones sobre lo ‘personal’ fueron mantenidas a través de todo el programa, aunque se hicieron algo más cortas. No hubo un error de ‘inexperiencia’ en las ‘sesiones para decir y mostrar lo emocional de cómo cada investigador “llegó al tema” que algunos investigadores resintieron como algo invasivo’ (pág. 21 [Winn, 2001]). El escribir y pensar en ‘primera persona’ fue parte del entrenamiento, porque era un aspecto clave del paradigma de investigación que guio este programa. Un trabajo mucho más fuerte es necesario en esta área, pero no puede ser omitido... (Jelin, 2001, pág. 2).

### **7.3.7. Crítica**

Tal como detallamos en el marco teórico, desde la epistemología con la que trabajamos la consideración del tipo de crítica que sostiene una investigación puede pensarse problematizando las dificultades que ha tenido el feminismo con el tema de la objetividad, y que lo han hecho debatirse entre el polo del argumento construccionista y las “Teorías sobre el Punto de Vista”. El problema es precisamente cómo lograr simultáneamente tres exigencias: a) una versión de la contingencia histórica radical para todas las afirmaciones del conocimiento y los sujetos conocedores; b) una práctica crítica que recoja nuestras propias tecnologías semióticas; para lograr significados y c) un compromiso con sentido que logre versiones fidedignas de un mundo

“real” que pueda ser parcialmente compartido y favorable a los proyectos liberadores (Haraway, 1995, pág. 321). En esa búsqueda la autora llega a los CS como respuesta.

Uno puede sostener –tal como lo detallamos en la primera parte- que de algún modo estas tres exigencias (a, b y c) se corresponden con los tres ámbitos de la crítica: formal, material y estética prevalecientes en el discurso de la modernidad, asumiendo que tras la implosión de sus supuestos, resulta difícil establecer que las tres son independientes. Hay aspectos de las investigaciones que dan razón de ello.

### **7.3.7.1. Crítica teórica**

La crítica “teórica” o basada exclusivamente en el conocimiento más que en argumentos éticos, ideológicos o estéticos no es menor para el tipo de objetividad que defiende Haraway, siempre y cuando se asuma la responsabilidad con los propios aparatos de visión que también son teóricos. En tal sentido podemos entender que si, como dice la autora especialmente referido al conocimiento sobre la naturaleza, las luchas sobre lo que será considerado versiones racionales del mundo son luchas sobre cómo ver (Haraway, 1995), entonces las luchas por las memorias sociales de la represión son disputas sobre lo que será considerado versiones racionales sobre “lo que ocurrió” en materia de represión política y proyectos transformadores. Así, no da lo mismo que sean unos u otros los resultados empíricos y las traducciones teóricas del conocimiento sobre tales memorias. Las investigaciones sobre memorias sociales de la represión en el Cono Sur de Latinoamérica participan de las luchas sociales por dar sentido a ese pasado en un espacio de poder donde el apellido de investigación “científica”, autoriza y desautoriza las versiones sobre esos pasados.

Al intentar invisibilizarse, algunos investigadores del programa figuran como sujetos-investigadores que no permiten saber para qué están y con quién conversan. La investigación de Mombello se mueve en dicho plano donde, como dijimos en el apartado sobre los tipos de sujeto, la dificultad de saber desde dónde mira y quién mira en la investigación, impide formularse preguntas más políticas. El riesgo de Mombello es quedarse en una buena descripción empírica con ciertos análisis interesantes; mas donde su categorización como investigación crítica y “comprometida” deviene más del tema que elige que del riesgo de mostrar y hacerse responsable de su ubicación como sujeto que conoce. Tal vez por ello no es casual que no se concluyan ni interrogantes, ni desafíos, ni insuficiencias o problemas relativos al tema que se investiga. La

preocupación –que adivinamos porque nunca se señala cuál es- pareciera ser mucho más teórica: mostrar de dónde vienen las marchas, cómo se han transformado y la importancia de ver que las memorias operan en las marchas en Neuquén.

De hecho las compiladoras del libro donde aparece esta investigación lo que hacen es destacar el aporte del estudio para desactivar la asociación entre “lugares de memoria” y –exclusivamente- “lugares físicos específicos” en tanto pueden tratarse de “trayectos”.

Que la memoria está inscrita en un lugar específico y con un sentido unívoco, o que haya multiplicidad de niveles y capas de sentidos para diferentes públicos y actores (como ocurre con la Plaza de Mayo), no niega la posibilidad de un funcionamiento más dinámico y movable de la territorialidad de las memorias. La territorialidad puede no ser un “lugar” físico específico, sino – como muestra Mombello en Neuquén- un trayecto, un itinerario, una manera de enunciar y denunciar, plasmados en una práctica territorializada (Jelin & Langland, 2003, pág. 14).

El tipo de crítica en la que se mueve la investigación de Mombello opera a través de la crítica fundada en la teoría o en la capacidad del conocimiento precisamente para ampliar nuestro conocimiento del mundo.

Mombello llega a esto por su aparato visual ligado a reclamos de conocimiento que tratan sobre un objeto tremendamente histórico y que además se estudia metodológicamente mediante la historización; aunque es más difícil dar cuenta de la historicidad de un sujeto conocedor que no se deja ver.

Así, con Mombello se puede advertir la potencialidad de cómo los CS pueden ser una posibilidad para la crítica en la medida que, por un lado, desafían la noción de una memoria como entidad estática, uniforme y unívoca y, por el otro, interpelan la dicotomización pasado/presente de las luchas políticas que, por ejemplo, pretenden dejar las memorias solo en el pasado promoviendo el olvido (discurso que suele venir de los partidarios de los regímenes autoritarios bajo los cuales se ejerció la violencia de Estado), pero también interpelan las versiones más rígidas de los “emprendedores de la memoria” (Jelin, 2002) que se niegan a compartir la apropiación y transmisión del pasado con los que no vivieron la represión directa o con los que se salen de los parámetros “adecuados” para conmemorar.

En tal sentido, y recuperando lo que decíamos arriba respecto de las luchas sobre cómo ver, se puede decir que la investigación de Mombello empuja a mirar que la territorialidad no es solo física y que no tiene una fuente pura: su potencialidad descansa en la articulación entre raíces religiosas, políticas y cívicas. Ahí radica su potencial crítico que impide esencializar las prácticas sociales.

Mombello concluye que asumir el espacio y efectuar los recorridos de la marcha, por medio de la protesta gremial, la conmemoración del pasado reciente de la represión política o la procesión de la iglesia local implica activar la memoria, “poner en acto” los sentidos del pasado desde las urgentes necesidades del presente (si el presente fija la urgencia –la agenda de prioridades-, el pasado otorga los sentidos para que la acción del presente no se diluya en la urgencia). El “cuerpo” de la memoria local (conformado por denuncias, marchas, exigencias de justicia, presencia en las calles) es construido precisamente a partir de una constante “peregrinación” colectiva que insiste en “caminar la historia” más que “fijar sentidos unívocos” o que se pretenden unívocos en espacios acotados. Así, “La memoria en el recorrido, tal como se expresa en la ciudad de Neuquén, es una muestra empírica, vívida, del sentido dinámico, múltiple y siempre presente de la complejidad del trabajo de la memoria misma (Mombello, 2003, pág. 162)

Esta posibilidad de crítica basada en el CS que ofrece esta investigación que interpreta a la memoria como algo dinámico, en permanente movimiento y esencialmente “vívido”, no es independiente de otras condiciones de posibilidad de la crítica que han desarrollado autores preocupados por el tema, tales como las posibilidades de pensar en una ontología de la fluidez (García Selgas, 2003) o la propia idea de encarnación de Haraway (1995, 1999).

En términos de crítica, la investigación tiene que ver con transformar las formas de mirar, pero no es suficiente en tanto no se profundiza en cómo mira la autora desde las posiciones que investiga. Haraway sostiene que hay que aprender a ver desde la posición de los subyugados. Y como adelantábamos antes, en la investigación se privilegia un tipo de posiciones -las que se articulan contra el Estado- pero no se problematizan esas posiciones que quedan bajo un mismo rótulo sin disputas, contradicciones o ambigüedades entre sí. No basta con mirar desde allí si no se problematizan esas posiciones y sus relaciones.

La investigación de Da Silva tampoco renuncia a la crítica teórica. Mientras muestra “los datos”, contruidos desde la historización, utiliza una retórica de la narración fácil de seguir, cercana casi a la narración literaria, alejándose de narrativas abstractas y conceptuales propias de los informes académicos; pero, ello no implica abandonar los elementos interpretativos. Sin embargo, en su caso, además se agrega la crítica sustantiva.

### 7.3.7.2. *Crítica sustantiva*

Por el propio tema de investigación casi todas las investigaciones se transforman en una forma de crítica sustantiva en el sentido de que sus datos y sus análisis de uno u otro modo denuncian la represión política que se desató durante las dictaduras. Es muy evidente en la investigación de Da Silva donde no solo muestra cómo llegaron a constituirse los archivos de la represión en Brasil sino que también entrega información detallada respecto del tipo de terrorismo de Estado que operó durante la dictadura, muchas veces, abriendo los nudos de los relatos de sentido común y las memorias sociales sobre tales temas, por ejemplo, cuando muestra que si bien la Iglesia Católica fue muy importante en las luchas contra la violencia de Estado, no lo fue menos el ecumenismo en torno del cual se articulaban los movimientos de derechos humanos laicos. En tal sentido, la investigación empírica sobre las memorias de la represión tiene un potencial de crítica en sí misma al desafiar silencios, olvidos y sentidos que se han instalado. Así, las investigaciones no solo estudian las luchas por las memorias de la represión sino que también son parte de esas luchas al levantar narrativas académicas que producen ciertos relatos sobre el pasado.

No obstante, ello no excluye el debilitamiento de las posibilidades de ejercer la crítica sustantiva cuando los sujetos de investigación evitan mostrarse e interactuar de modo más complejo con sus “objetos” de estudio. En el estudio de Marchesi y en menor medida el de Mombello se vuelve muy difícil identificar sus aportaciones en el plano de la crítica sustantiva (más ligada a la política). Uno no sabe qué está en juego en términos políticos en sus investigaciones.

Tomando el caso de Mombello, vista desde nuestros intereses analíticos, no encontramos pistas para saber desde qué lugar se conoce. No sabemos cuál es el posicionamiento político de la autora, por ejemplo, respecto de las consecuencias de la imbricación entre religión y política, ¿qué posibilidades abren o cierran esa articulación? Tampoco nos deja saber qué importancia tiene que sea una marcha como forma de intervención e interpelación política. La retórica del texto permite intuir cierta afinidad o simpatía de la autora con la práctica de las marchas en Neuquén, pero no hay mucho más.

Ello no es extraño en las investigaciones sociales empíricas, se trata del intento del autor de invisibilizarse como una forma de asegurar la rigurosidad y la “objetividad” del estudio. Aquí está presente el mandato de evitar la subjetividad del investigador en aras del cumplimiento de los cánones de la rigurosidad académica. La pregunta aquí es si esa higiene política tiene

consecuencias para la producción de un conocimiento más riguroso. Mi impresión es que la opción de privilegiar una dimensión más descriptiva –mostrar qué ritos hay, quiénes los convocan y por dónde pasan las marchas– sin preguntarse por los orígenes y las consecuencias políticas de ese tipo de prácticas deja de lado preguntas tales como cuáles han sido las disputas y los acuerdos para llegar a elegir los lugares de paso y paradas de las marchas, cómo recibe este tipo de prácticas el resto de la población de Neuquén, qué consecuencias tiene para la transmisión y las disputas del presente que se levanten el tipo de memorias que describe la autora, qué otras alternativas hay (por ejemplo, cuáles son los silencios implícitos en esas memorias) o cuáles han sido las disputas entre los participantes y convocadores de estas prácticas de memoria. Así, como hemos dicho antes, lo mejor de esta investigación nace de su esfuerzo por historizar –y por la tanto desnaturalizar– las marchas y la potencialidad de trabajar con la metáfora de la “memoria peregrina” de la represión, pero no nos permite saber cómo desafía cuestiones abiertamente más políticas.

En el caso de Marchesi es todavía más difícil apuntalar la crítica material cuando se opta por estudiar las memorias de la represión a través de las conmemoraciones de un modo tan distanciado y aséptico que incluso (como ya mostramos) se arriesga caer en una posición equidistante que reafirme los relativismos sobre estas materias. En su estudio como mucho se muestran los silencios y recortes de las distintas versiones del pasado defendidas por diferentes actores en conflicto, pero no se arriesga ningún tipo de pregunta u opinión sobre las consecuencias políticas de las diversas versiones del pasado, los desafíos de la transmisión y las maneras en que circulan las memorias sociales de la represión en contextos políticos donde este tema sigue siendo muy significativo. Solo hay dos atisbos de posicionamiento de Marchesi en su trabajo. Por lado una crítica al discurso de la “reconciliación nacional” que asume un “esquema maniqueo de la guerra y reconoce la necesidad de la integración de todos los uruguayos. El tratamiento que desde el Estado se dio a las víctimas de la violencia política de la guerrilla y a las víctimas del Terrorismo de Estado es profundamente asimétrico” (Marchesi, 2002, pág. 142). Por el otro, su preocupación por cómo se procesa el pasado:

En los años noventa, luego de amnistiados los militares, a través de palabras como “silencio”, “discreción”, “clima de respeto” (...) se intentó recuperar esa tradición [“amortiguadora” de la política uruguaya]. Sin embargo, si bien la recuperación de estos valores promovía un clima para desarrollar la nueva democracia, expresaba también la incapacidad para asumir la real dimensión y el dramatismo de los conflictos desarrollados en el pasado reciente (Marchesi, 2002, p145).

A pesar de expresar estas preocupaciones, mi impresión es que en este estudio no llega a decantarse una crítica sustantiva que comprometa en algo una posición respecto de las luchas por

las memorias de la represión y sus consecuencias en Uruguay. Se trata de dos preocupaciones que aparecen al final del texto –la última en el epílogo– desconectadas en cuanto a forma y contenido con cómo se ha tratado el tema de las conmemoraciones a lo largo de todo el capítulo donde, como ya mostramos, se corre el riesgo de equiparar memorias, conmemoraciones, sentidos y hechos provenientes de posiciones muy distintas (la violencia de la guerrilla y desde el Estado) sin preguntarse por sus consecuencias.

¿Dónde encontramos entonces algunos elementos de crítica sustantiva? Por lo que hemos mostrado hasta ahora creemos que es en la investigación sobre los archivos de la represión en Brasil, realizada por Da Silva, donde más se arriesgan opiniones que permiten ejercer la crítica sustantiva capaz de impugnar el orden vigente sobre el tratamiento de los archivos en Brasil, pero hay que advertir que lo más interesante es que esas opiniones no están disociadas del trabajo teórico y empírico que se presenta en la investigación, con lo cual la crítica sustantiva (política) y formal (teórica) no terminan tan disociadas.

Tal como nosotros lo vemos, toda la tercera parte del trabajo de Da Silva está destinada a mostrar los hallazgos de su estudio (empíricos y teóricos) conectados con los desafíos que ello implica para las luchas democráticas y la reconstrucción personal y colectiva de las víctimas de la represión. Así, por ejemplo, muestra cómo con la apertura de los archivos de la represión se abrieron una serie de posibilidades para las demandas por conocer lo ocurrido durante la dictadura, para lograr información sobre las víctimas vital para sus familiares y también muestra cómo la apertura de los archivos modificó las formas y estrategias para escribir, hablar, denunciar e investigar sobre la represión (Da Silva, 2002, pág. 56). No obstante, se preocupa por cómo esa apertura también debilitó la importancia de los testimonios orales de las víctimas a favor de la prueba escrita de los archivos de los organismos de seguridad: la víctima quedaba en segundo lugar por ser menos “objetiva”, ahora los documentos hablaban por ellas dotando o no de verdad a los testimonios. Aún más, Da Silva expone también cómo la difusión del material de los archivos reactualizó prácticas de amedrentamiento a los sobrevivientes de la represión. Asimismo, y como ya argumentamos, muestra las posibilidades y dificultades de cómo articular derechos personales, “privados” y “colectivos” en torno de tales archivos desactivando las rígidas fronteras que se han establecido entre unos y otros.

Con todo ello Da Silva está ampliando el ámbito de cuestiones que en Brasil ha tocado el movimiento de derechos humanos, los partidos políticos y el Estado en torno al tema de los



archivos de la represión, mostrando nuevos desafíos que ella postula desde su posición intercalando cuestiones teóricas, de los datos que ha encontrado y sus propias preocupaciones ciudadanas.

### **7.3.7.3. Crítica estética**

Hay un tercer ámbito de la crítica que aparece como una alternativa muy provechosa para los proyectos que buscan articular conocimiento y transformación progresista del orden vigente. Se trata de la crítica estética, tema que no manejamos a cabalidad, por lo que aquí solo lo dejaremos planteado de modo muy general.

La crítica estética tiene que ver con modificar el tipo de narrativas con que se construyen los sentidos, tiene que ver con una modificación de la sensibilidad, con cuestionar la sensibilidad y la formación de sensibilidad, en otras palabras, se relaciona con hacer que quien “vea” algo luego sea más sensible a ello (García Selgas, 2002).

Con esto en mente, podemos señalar que todas las investigaciones del programa memoria están de algún modo ejerciendo la crítica estética en la medida que el conocimiento que producen y en el que participan vienen a cuestionar nuestras sensibilidades frente a las experiencias de la represión y las memorias sociales desde las que las *recordamos/olvidamos*.

Por señalar algunos ejemplos, la investigación de Da Silva se detiene críticamente en el tipo de sensibilidad sobre las memorias de la represión que se han venido construyendo a partir del tratamiento que al tema han dado los medios de comunicación. Hay una sensibilización distinta frente al tema antes y después que la información contenida en los archivos de la represión pasa a formar parte de los canales televisivos, la prensa o a literatura.

Desde un eje distinto, este tipo de crítica también la ejerce Marchesi cuando pone el tema de cómo quienes fueron asesinados en represalia por los atentados de la guerrilla poco antes de que empezara el régimen autoritario de Uruguay, son los grandes olvidados de la conmemoración que recuerda esos atentados. Con ello, lo que está haciendo es intentar modificar una cierta sensibilidad común que se disputa el pasado entre las víctimas de la guerrilla y de la violencia de Estado, dejando fuera de foco a los que no caen en tales categorías. Su propia sensibilidad ante este posible olvido o silencio de la memoria hace que solo con relación a este hecho presente extractos de su entrevista a familiares de esas “otras” víctimas.

En ese sentido la crítica estética que posibilita la investigación social no es independiente ni de las críticas formales y sustantivas ni del posicionamiento del conocimiento que está en juego.

Ahora bien, si la crítica estética supone, como dijimos antes, abordar el tipo de narrativas con que se construyen los sentidos orientada a una modificación de un cierto tipo de sensibilidad, podemos vincularla no solo a la retórica de los textos de las investigaciones sino a las intenciones de influencia de dichas narrativas. Toda escritura con pretensión de responsabilidad debiese tener presente un público lector abierto y a la vez específico precisamente para favorecer las conexiones parciales. Ese público no son todos ni cualquiera, hay que pensar al menos cual es el deseado. El público que se suele tener en mente cuando uno se sienta a escribir un informe de investigación es el público académico al cual se llega especialmente mediante artículos de revistas o libros. Si se trata de investigaciones que se hacen desde o para agencias del Estado y empresas el público imaginado tiene la forma de “cliente” o “entidad financiadora”. En ambos casos, los investigadores tanto en su dimensión académica o profesional no tienden a imaginar públicos políticamente definidos. Yo diría que una condición de posibilidad para la investigación crítica es pensar en qué tipo de público se espera influir políticamente o cuál es su sensibilidad política. La investigación crítica necesita hacerse cargo de su público lector, o lo que es lo mismo, necesita pensar en sus posibilidades de influencia. Así, el programa memoria busca influir en un público compuesto por académicos, activistas del movimiento de derechos humanos, políticos, entre otros, y sobre todo, pretende un público más allá de las fronteras nacionales, de ahí la importancia de las notas que mapean los sitios de la investigación.

La preocupación por un lector no necesariamente académico o ligado a las ciencias sociales sino un público amplio, no es independiente del tipo retórica de la narración que se elige como estrategia de publicación. Una de las recomendaciones de la directora del programa era evitar textos “pesados” y los formatos clásicos de los informes de investigación que, por ejemplo, definen “marcos teóricos” como algo separado de la presentación de los resultados.

De las investigaciones revisadas un buen ejemplo de tal estrategia lo constituye el trabajo de Da Silva. Su uso de una retórica de la narración no es solo una forma de hacer presente al sujeto que investiga sino también para hacer más amena la lectura de su texto. Así, en el relato de cómo fue replicado uno de los archivos de la represión por parte abogados de derechos humanos y una serie de otros colaboradores apoyados por líderes de iglesias católicas y evangélicas, el texto

incorpora el relato de la investigadora mezclado con extractos de cartas de los protagonistas del hecho.

#### ***7.3.7.4. A vueltas con la paradoja de a la crítica***

Con todo lo anterior, ¿significa entonces que en el programa no todas las investigaciones son críticas? ¿O que estudios como el de Mombello y Marchesi son buenas investigaciones teóricas, pero no tienen posibilidad de ejercer algún tipo de crítica material y que solo puede hacerlo la investigación de Da Silva? La respuesta es no, pero sobre todo porque la pregunta es equivocada. Como mostramos, los tres estudios aportan a un conocimiento crítico en términos teóricos o formales, entre otras cosas porque desactivan lugares comunes que reducen los debates sobre las memorias del pasado reciente a cuestiones maniqueas cuando son mucho más complejas. Además, las tres contribuyen al campo teórico de los estudios de memoria. Sin embargo, el tema de las memorias de la represión asociadas a las últimas dictaduras del Cono Sur no es cualquier tema, sino una cuestión candente que atraviesa las posibilidades de mejorar la convivencia social y la experiencia personal. Las memorias sociales sobre estos pasados dolorosos/vergonzosos, como decía Jelin, están en el centro de las posibilidades no solo de favorecer las demandas de verdad y justicia contra el silencio, el “olvido” o la impunidad sobre las violaciones a los derechos humanos, sino que también de favorecer o no órdenes más democráticos tolerantes de la diferencia, la diversidad y la capacidad de procesar los conflictos heredados del pasado. De hecho –y si recordamos los antecedentes del programa memoria - éste nació del convencimiento de que estudiar estos temas era altamente valioso en contextos de recuperación democrática. La preocupación por aumentar el conocimiento riguroso sobre el tema está también presente, pero el programa se ha levantado en buena medida por sus implicaciones políticas.

Así, si el tema de estudio es candente en términos políticos, si los investigadores son parte de los contextos de estudio, si -como mostramos- se han “acercado al tema” desde una posición particular dadas sus experiencias directas o indirectas con la represión política y si sus trabajos llevan la autorización que da el hecho de ser “investigaciones científicas”, con toda esta confluencia de factores, ¿podemos esperar que los estudios aporten solo desde el ámbito formal de la crítica?

La respuesta aún podría ser afirmativa si no supiéramos que estos investigadores y el programa en el que participaron tienen una abierta vocación de contribuir críticamente en términos más

materiales y estéticos a la profundización democrática de sus países y al respeto de los derechos humanos. Y aquí es donde Haraway nos ayuda a ver que si nuestra pretensión de conocimiento objetivo pretende también favorecer *un compromiso con sentido que logre versiones fidedignas de un mundo real que pueda ser parcialmente compartido y favorable a los proyectos liberadores* (Haraway, 1995, pág. 321), necesita hacerse desde una determinada posición, haciéndonos responsables de ese conocimiento para poder articularnos con otros desde una posición no inocente y yo diría con la autoridad, pero sin el autoritarismo de que aportemos con conocimiento científico.

Esa es la condición de posibilidad básica que defendemos para la crítica desde la teoría e investigación social que asume la paradoja de la crítica en tiempos postmodernos (García Selgas F. , 2002), -que desarrollamos en el capítulo tres- que la sitúa como imposible, pero más que nunca necesaria.

Tal paradoja es la que hemos venido exponiendo a través de los diferentes capítulos y que en este escenario supone reconocer que nadie tiene la receta sobre cómo resolver las cuestiones políticas que hemos señalado, pero no todos han podido participar con similares recursos de poder en las luchas por definir alternativas y tampoco hay un único sujeto político capaz de encarnar un proyecto político que pueda resolver y encarnar todas las cuestiones ligadas a la represión. Al programa memoria tampoco le interesa articularse con todos o con cualquiera, no hay nada en su propuesta que le ligue, por ejemplo, a los sectores que reclaman “olvidar” el pasado reciente en aras de la paz, la “gobernabilidad” o la “reconciliación”. Por el contrario, hay en el programa y en la mayoría de los investigadores una posición de cierta solidaridad con los movimientos sociales –particularmente el movimiento de derechos humanos- y los actores políticos que han contado con menos tribuna en los países de la región para luchar contra la impunidad o los intentos de hegemonizar ciertas versiones del pasado que mantienen situaciones de violencia, desigualdad o dominación en diversos sentidos.

Si existe la posibilidad de articularse con tales actores, desde investigaciones que se asumen “comprometidas”, ello no puede hacerse sin comprometer los aspectos materiales y estéticos de la crítica. Pero la articulación exige responsabilidad y ella tiene que estar presente también en la producción del tipo de conocimiento social crítico, cómo entonces sino los conocimientos que producimos y en que participamos pueden ser impugnados, requeridos, utilizados, discutidos u otras posibilidades por los agentes que promueven proyectos liberadores.

## 7.4. Conclusiones

Siendo nuestro objetivo responder a la *pregunta* sobre “*cómo pueden operar los supuestos de los CS relativos a la relación sujeto-objeto, en las investigaciones empíricas del programa memorias de la represión en el Cono Sur Latinoamericano, como un recurso para la función crítica de las investigaciones sociales*”, diremos que pueden funcionar principalmente a través de a) determinados aparatos visuales teóricos, ideológicos y ficcionales, b) posiciones del sujeto investigador que se atreven a mostrarse y c) una determinada forma de entender los objetos de conocimiento como entidades complejas, históricas y material-semióticas; y en menor medida, mediante cierto reconocimiento d) de la actancia de las entidades no humanas y e) ciertas formas de encarnación teóricas, retóricas y de funcionamiento programático; de modo tal de fundamentar f) la capacidad crítica de las investigaciones a partir de su parcialidad para ir construyendo un conocimiento científico social objetivo, pero no neutro. Un conocimiento donde la objetividad fuerte se logra al dar cuenta de las posiciones desde las que partimos y las relaciones en que nos inscribimos, aceptando nuestra parcialidad y contingencia. A este argumento llegamos desde y a través de la conjunción de las diferentes premisas de los CS que logramos aplicar en el programa memoria.

Con Haraway pudimos aprender que, contra la creencia en la visión desencarnada y pasiva como requisito para la objetividad positivista, se puede llegar a comprender que el tipo de sistemas visuales que utilizamos nos permiten encarnar la objetividad. Aplicando esa premisa pudimos ver que hay investigaciones que aunque no siempre explicitan cuál es su mirada en la estrategia retórica de los textos, el tipo de conocimientos al que llegan dejan entrever que la visión del investigador/a ha sido activa y ha mirado desde un cierto lugar, aunque el investigador/a intente evitar mostrarse, y cómo ello les permitía ver ciertas cosas y no otras. Entre otros elementos, en tales estudios ese aparato visual venía dado por una mezcla de enfoque teórico y metodológico, pero también ello podía ampliarse a una mezcla de narración etnográfica, abierta implicación personal, esquemas analíticos más clásicos y marcos interpretativos basados en el uso de las metáforas. Así, encontramos que ese aparato de visión híbrido y activo permitía un tipo de conocimiento que se asume situado sin renunciar ni a la implicación del sujeto investigador, ni a la rigurosidad empírica, ni a la capacidad asumidamente interpretativa del conocimiento al que se llega. A su vez, ello permitía analizar la posición de los subyugados de una manera más compleja que con la sola denuncia de sus posiciones subordinadas. En otros estudios, aunque los

investigadores asumieran que la suya era una mirada parcial, construían un texto en el que era muy difícil saber desde dónde miraban y ello arriesgaba debilitar sus posibilidades de ejercer la crítica.

Junto con ello preguntarnos por los aparatos de visión nos permitió ver cómo reconocer el trayecto por el que uno ha llegado a un tema de investigación permite abrir recursos personales que no se encuentran ni en la teoría ni en la metodología. Es aquí donde la parcialidad de cómo llegamos a investigar unas cosas y no otras y de una cierta manera, muestra que los intereses y marcas políticas, éticas, contextuales y biográficas son parte de la encarnación de un tipo de conocimiento que sería distinto si se partiera desde otros lugares y recorridos. Al revés, las investigaciones que evitan esa implicación y que construyen su conocimiento como un aporte a categorías más universales, arriesgan dificultar una articulación entre conocimientos científicos críticos y al mismo tiempo capaces de articularse con otros actores implicados en los mismos temas que se investigan. En tales casos se hacía más difícil pensar en las consecuencias del conocer/poder que se logra.

Al intentar sistematizar cómo opera la dupla sujeto-objeto, en estas investigaciones que se asumen críticas, y ver cuáles son sus potencialidades y límites, pudimos indagar en cómo parte de lo situado del conocimiento tiene que ver con el ejercicio retórico y cognitivo de intentar mostrar o invisibilizar la posición del sujeto investigador. De ahí que analizáramos las investigaciones preguntándonos por cómo aparecía o desaparecía el sujeto de investigación en los estudios, como una forma de aterrizar la exigencia de responsabilidad del conocimiento que defiende Haraway en las prácticas de investigación que se pretenden críticas.

Al respecto, hay investigaciones donde el sujeto de investigación pareciera cuidarse de no contradecir el mandato de la comunidad científico-social tradicional que iguala objetividad con neutralidad, pero no lo consigue del todo. En este tipo de investigaciones, por un lado, el riesgo de caer en el relativismo es mucho más fuerte, y por otro, el tipo de resultados nos pareció menos interesante y riguroso porque al evitar mostrar una posición, también se evitan los recursos que esa posición puede ofrecer a la investigación para desactivar silencios, para indagar en los desafíos que el tema memoria acarrea, para buscar lo problemático en vez de solo describir lo que ocurre. Más aún, partiendo de la premisa de Haraway de que todo conocimiento es situado, pudimos ver que incluso en las investigaciones con un sujeto aparentemente invisible, el tipo de conocimiento que se levanta no puede hacerse desde ninguna parte, no está en una realidad

externa sino en nuestras mediaciones con ella, por ejemplo, como cuando en la investigación de Marchesi identificar silencios, incoherencias u “olvidos”, solo puede hacerse desde una determinada posición. Al revés, un estudio como el de Da Silva, donde el sujeto de investigación está permanentemente expuesto y donde su propia relación con el “objeto de estudio” es más bien una relación entre dos posiciones sujeto, permite un sujeto de investigación más autoreflexivo de su práctica, atento a la implicación más que al distanciamiento y que usa su historia personal como un recurso para la propia investigación; pero, además, permite un tipo de conocimiento que fortalece su capacidad crítica arriesgando conclusiones teóricas y políticas, donde el conocimiento desactiva no solo lo sabido –los sentidos comunes- sino que abre nuevas posibilidades para la crítica y la acción transformadora del conocimiento. Arriesgar opiniones, preguntas, inquietudes o desafíos políticos muestra, en este caso, cómo se puede ejercer la responsabilidad científica desde su práctica investigadora para evitar tener que elegir entre relativismo o universalización. En Da Silva quedaba claro que la suya no era una perspectiva omnicomprendensiva, todo lo contrario, era una parcial, sin que ello significara apostar por el relativismo.

Por otro lado, como desarrollamos en el marco teórico, para Haraway la objetividad feminista tiene que ver con prótesis específicas de traducción, lo que implica asumir que la ciencia trata con objetos problemáticos. Al respecto, éste es uno de los elementos más fáciles de pesquisar en la mayor parte de las investigaciones del programa analizado. Esa complejidad de los “objetos” se evidencia desde diferentes recursos: privilegiando posiciones sujeto más que sus naturalezas o identidades fijas, mostrando cómo a los “objetos” no se accede linealmente; utilizando el recurso de la historización para mostrar cómo se resignifican los sentidos y cómo opera la articulación en su sentido más político y; dejando ver la complejidad de la acción social como entramada en unidades espacio-temporales. Todo ello permite deconstruir trayectos, escenarios y prácticas ligadas a las luchas por las memorias de la represión, y funciona como otra forma de operacionalizar la investigación crítica. Como vimos en el caso de uno de los estudios, el único riesgo en esto opera cuando el recurso de historizar no va acompañado de una cierta reflexividad o posición desde donde tal reconstrucción histórica se hace, en tales casos una investigación “comprometida” puede perder parte de su capacidad crítica y su posibilidad de articularse o al menos de conectarse con otros a través del distanciamiento y la mirada externa.

Por otra parte, la complejidad de los objetos de investigación se hace mucho más evidente en la mayor parte de las investigaciones cuando logran acercarse a esa cualidad de los objetos que

también hemos aprendido con Haraway: su cualidad material-semiótica. Ver los objetos de conocimiento con esa doble característica es algo que funciona de manera provechosa en las investigaciones revisadas, al servicio tanto de conocimientos rigurosos como comprometidos.

Uno podría sostener que si los CS requieren un “objeto” de conocimiento visto como un actante, como un ente astuto, la división que conduce a las ciencias sociales a ocuparse solo de la agencia social asociada a la capacidad humana, pareciera hacer más difícil –al menos en las investigaciones analizadas- ver nuestras redes con lo no humano. Esto ha sido lo más complicado de aterrizar del modelo epistemológico que seleccionamos.

Sin embargo, y tal como lo mostramos, con los datos de ciertas investigaciones uno podría hacer una lectura no necesariamente contradictoria a la de sus investigadores, pero si desde otras premisas epistemológicas (la de los CS), para mostrar que no necesariamente toda la acción está en la capacidad de actancia exclusivamente humana.

Tras la premisa de que la objetividad científica no necesita igualarse con la neutralidad ni asentarse en reclamos universales de conocimiento, en este capítulo nos interesamos por cómo podía operar la encarnación del conocimiento científico social. Ello lo buscamos en gran medida en la subjetividad de los investigadores, pero también en la particularidad del programa de formación e investigación en el que participaron.

Al respecto, podemos sostener que a la encarnación del conocimiento –en estas investigaciones– se llega a través de recursos como la retórica cargada de metáforas que utilizan varios de los investigadores/as como un recurso analítico-interpretativo y también como una estrategia de traducción del conocimiento. Otra forma de pesquisar cómo opera la encarnación –en vez de la universalidad estandarizada y distanciada- es reconocer (con Haraway) que la teoría es siempre teoría encarnada, algo que en el programa memoria tiene su traducción en el hecho de que la teoría que se construye no puede separarse de los escenarios políticos e históricos y de las historias personales de los sujetos investigadores.

Y, como vimos, la encarnación en este programa se asienta también y en gran medida en las particularidades del propio programa: su forma de funcionamiento, su relacionalidad, los contextos histórico-espaciales, entre otros. A su vez, este tipo de encarnación que da asiento al conocimiento como algo situado, tiene su contraparte en el tipo de responsabilidad que asumen los investigadores y el propio programa, por ejemplo, las estrategias de traducción del



conocimiento o los propósitos no solo académicos sino también pedagógicos y políticos del programa.

Todo lo anterior va acumulando recursos que permiten revisar las posibilidades de ejercer la crítica en las investigaciones empíricas del programa memoria y al hacerlo, pudimos constatar cómo los recursos críticos de estos estudios muestran lo insostenible de seguir pensando los tres ámbitos de la crítica -formal, material y estética- como esferas independientes. Desde la crítica teórica revisamos que no da lo mismo que sean unos u otros los resultados empíricos y las traducciones teóricas del conocimiento sobre las memorias de la represión, especialmente si recordamos que las investigaciones en este tema participan con una autorización especial –como conocimiento científico- de las luchas por las memorias de la represión. Y es desde esta premisa que resulta complicado que en ciertas investigaciones, aquellas en las que el investigador intenta invisibilizarse, no podamos saber para qué están y con quienes conversa, aun cuando de igual modo puedan ejercer una función crítica a partir de la potencialidad del conocimiento que producen como aporte teórico al campo de estudio en cuestión.

Todos los estudios revisados ejercen la crítica formal o teórica, aunque ésta resulta más interesante cuando se desactivan las pretensiones del conocimiento objetivo igualado como neutralidad o como reclamo universal. Por el contrario, desafían más elementos teóricos cuando hay una posición particular desde donde mirar, mezclando los intereses teóricos con aquellos más abiertamente políticos o éticos.

Respecto de la crítica sustantiva o material, como vimos, por el propio tema de investigación casi todas las investigaciones la ejercen: sus datos y sus análisis de uno u otro modo denuncian la represión política que se desató durante las dictaduras, desafían silencios, olvidos y sentidos que se han instalado. Sin embargo, ello no excluye el debilitamiento de las posibilidades de ejercer la crítica material cuando los sujetos de investigación evitan mostrarse e interactuar de modo más complejo con sus “objetos” de estudio. Por el contrario, los mejores elementos de crítica sustantiva los encontramos en estudios como el de Da Silva que arriesgan opiniones, preguntas y desafíos políticos y éticos sin que ello esté dissociado del trabajo teórico y empírico que se presenta en la investigación, con lo cual la crítica sustantiva (material) y formal (teórica) no necesariamente aparecen dissociadas.

Así, los tres estudios aportan a un conocimiento crítico en términos teóricos o formales. Sin embargo, ello no es suficiente cuando el tema de las memorias de la represión asociadas a las

últimas dictaduras del Cono Sur es una cuestión candente en los respectivos contextos históricos de estos estudios, cuando el propio programa memoria partió como una forma de intervención (formación de investigadores y contribución a los procesos de democratización), cuando los investigadores se han “acercado al tema” desde una posición particular y cuando todas las investigaciones son parte de un espacio cultural específico cargado de poder/saber como es el campo científico. Del mismo modo en que antes argumentamos, para favorecer la capacidad crítica y las posibilidades de articulación con proyectos progresistas, asumir y construir complejamente la situacionalidad del conocimiento ha sido un recurso que potencia las pretensiones críticas de los estudios del programa memoria.

Con ello podemos sostener que a partir del ejercicio de revisar estas investigaciones cobra sentido el reclamo de las epistemologías feministas respecto a que reconocer las implicaciones políticas de una posición o de un conocimiento, lejos de invalidarlo como ideología o de conducirnos a un relativismo del todo-vale, nos emplaza a una producción de conocimiento socialmente comprometida y responsable.

Por lo tanto, podemos señalar que iniciamos esta investigación sobre textos que vehiculizan diferentes prácticas de investigación en el campo de los estudios de memoria social sobre las represiones políticas en el Cono Sur inspiradas –tal como expusimos en el capítulo cuatro- en los reclamos que las etnografías postmodernas hacían al vínculo entre el trabajo de campo de producir un conocimiento y los aparatos culturales tales como los textos científicos que los difunden. No obstante, el lente teórico que armamos nos permite encontrar un sustento epistemológico a esos reclamos a partir de la propuesta de los CS. Con ello, tal como hemos argumentado, podemos señalar que las condiciones de posibilidad de la crítica llevado al ámbito de las prácticas de investigación de las ciencias sociales no se sostienen solo en un sujeto de investigación comprometido con la dimensión ético-política de su estudio, ni en estudiar “temas críticos” como podrían ser las memorias que expusimos, sino más bien en las formas que se investigan y, a propósito de este capítulo, en cómo ellas se plasman en vehículos tales como los textos que las exponen de una manera más o menos inocente.

Recuperando la idea que presentamos en el marco teórico con respecto a lo que supone asumir las posiciones *monstruosas* en vez de las categorías de *dominados* y *dominadores* como puntos fijos, investigar sobre la tecnociencia desde los puntos de vista monstruosos de Star (Haraway, 1999) no implica centrarse necesariamente en quienes no encajan, sino más bien en las

articulaciones semiótico-materiales contingentes que crean y mantienen esas posiciones desencajadas. Así, con lo mostrado en este capítulo podemos sostener que la investigación crítica no implica necesariamente investigar a los que no encajan, a las categorías sociales que homogéneamente ubicamos en posiciones subalternas despachando con ello demasiado rápido lo que significa asumirse como investigador “comprometido”. Encajar o no en las normas no es algo estático, definitivo o permanente porque ello no garantiza que no reproduzcamos lógicas de la representación. Importa más bien indagar en intersticios de las *articulaciones semiótico-materiales* siempre contingentes y precarias que (re)producen tales posiciones. La posición subalterna no es en sí misma seguro de perspectiva privilegiada, para ello necesita hacerse cargo de su situación.

## **8. CAPÍTULO OCHO: “*NOSOTRAS LAS DE ENTONCES YA NO SOMOS LAS MISMAS*”, MEMORIAS DE LA DICTADURA EN CHILE COMO CONOCIMIENTO SITUADO<sup>89</sup>**

### **8.1. Presentación**

Como argumentamos en la primera parte, el oficio de investigar en el ámbito de las ciencias sociales ha sido continuamente interrogado en el plano teórico-epistemológico, más aún en el contexto de la llamada crisis de la modernidad, siendo uno de los focos del debate la posibilidad de seguir operando con un concepto de ciencia y de conocimiento científico que funda gran parte de su rigurosidad en la exigencia de objetividad entendida como sinónimo de neutralidad. La finalidad de este capítulo es mostrar la forma en que hemos llevado a la práctica de la investigación científica social este debate, asumiendo el planteamiento de los conocimientos situados (Haraway, 1997, 1999, 2004) que, por una parte, sostiene que las versiones del mundo que co-construimos en la investigación no son meros relatos fantásticos o un discurso como cualquier otro, mientras que por otra, reconoce la imposibilidad de plantear que el conocimiento refleja una realidad de manera neutra, más aún si asumimos que éste se nutre de inquietudes ciudadanas, políticas e ideológicas de los investigadores.

El escenario particular que nos ha permitido aterrizar este debate es la investigación “Memorias de la Dictadura Militar: voces e imágenes en la dialogía intergeneracional” (Proyecto Fondecyt N°1110411) donde nos incluimos, las investigadoras, como parte del objeto de estudio a través de la producción y análisis de nuestros “autorrelatos” sobre la experiencia de la dictadura militar chilena.

Aquí presentamos los resultados de ese ejercicio de ponernos en el doble lugar de sujetos y objetos de investigación como una forma de llevar al campo de las prácticas de investigación las abstractas inquietudes epistemológicas y políticas sobre la objetividad científica que hemos venido sosteniendo a lo largo de esta tesis en una temática sensible que nos implicaba académica y políticamente.

---

<sup>89</sup> Este capítulo fue publicado en la Revista Cinta de Moebio junto al equipo de investigación del Proyecto Fondecyt 1110411 (Cruz, Reyes, Cornejo, & Banda, 2012). Aquí hemos modificado sólo algunos aspectos que son de mi entera responsabilidad en función de mantener el hilo con el resto de esta tesis.

Si bien las tres investigadoras del citado proyecto desde su inicio estábamos preocupadas por cómo hacernos cargo de nuestra subjetividad al estudiar las memorias de la dictadura militar chilena, lo cierto es que cada una de nosotras lo hacía desde una trayectoria diferente. Así, mientras María José Reyes era la más experta de todas en el abordaje de la memoria social desde una perspectiva dialógica, producto de su tesis de doctorado (Reyes M. J., 2009a; Reyes M. J., 2009b), Marcela Cornejo lo era tanto en el uso de relatos de vida como parte del método biográfico como en la investigación sobre prisión política, tortura y exilio (Cornejo M., 2008; Cornejo M., 2006a; Cornejo, Rojas, Buzonni, Mendoza, Concha, & Cabach, 2007). Aun cuando entre mis temas de investigación también estaba la memoria social de la dictadura (Cruz M. A., 2004; Cruz M. A., 2002; Cruz & Ramírez, 2015) mi aporte iba precisamente en la dirección de abordar nuestra preocupación por la subjetividad de los investigadores en las prácticas de investigación que se asumen comprometidas desde la epistemología de la articulación basada en la propuesta de los conocimientos situados de Haraway (García Selgas, 2008; Haraway, 1995, 1999, 2004) como una forma de afirmar un tipo de objetividad rigurosa, pero no neutral.

Con ello en mente ideamos el dispositivo de los autorrelatos que aquí presentamos, cuya pretensión está lejos de entregar una fórmula o “recetario” de cómo aterrizar en las ciencias sociales esta nueva epistemología. Se trata más bien de un ejercicio de aplicación y reflexividad de una determinada epistemología que nos abrió múltiples recursos que nos permiten apuntalar la pretensión crítica con la que partimos el estudio y que sabíamos, tal como problematizamos en el capítulo anterior, no se resolvía con estar comprometidas con la defensa de los derechos humanos y las luchas contra la impunidad asociada a la dictadura militar. Nuestra búsqueda era aportar al debate epistemológico a través de nuevas preguntas que emergen a propósito del ejercicio metodológico de hacernos parte reflexivamente de lo que investigamos.

## **8.2. La objetividad/subjetividad en la investigación social**

En los procesos de investigación, tras una toma de distancia del vínculo tradicional entre un “sujeto” que conoce y un “objeto” que se busca conocer (S-O), las ciencias sociales han llegado a entender esta relación como una correspondencia entre sujetos (S-S). Entendemos que al alero del debate teórico sobre esa relación, se juega la posibilidad de un aterrizaje concreto de las apuestas por el reconocimiento de la subjetividad en la investigación.

Un punto común de tales abordajes, es la crítica a las formas tradicionales de representación de la actividad científica –en general herederas del positivismo- junto a la revisión de nuevas definiciones del conocimiento. En tal sentido, el conocimiento se entiende como una relación social atravesada por relaciones de poder, lo que supone pasar de entenderlo como una verdad externa y aprehensible de manera aséptica, a verdades heterogéneas, “necesariamente polisémicas” (Aguado & Rogel, 2002, pág. 8) y localizadas según contextos socio-históricos y geopolíticos. Esto pone en entredicho la clásica distinción sujeto-objeto, al tiempo que la tematiza más allá de las identidades estáticas a las que aludía tradicionalmente, en una práctica investigativa que solía defender una oposición radical y jerarquizada entre quien conoce y lo que se conoce. Lejos de ello, tal y como sostienen Scribano y De Sena (2009), se apela a entender la práctica del conocer como un momento de imaginación sociológica en que sujeto y objeto se distinguen como dos polos, pudiendo los participantes ocupar múltiples posiciones.

Es en este contexto que buscamos comprender el lugar del investigador, y lo haremos en una suerte de zoom que va desde las discusiones más específicas sobre las tecnologías metodológicas de la investigación social, a los debates más epistemológicos.

Como se sabe, en el campo de la investigación social cualitativa (ISCUAL) se ha descartado enérgicamente la posibilidad de un conocimiento independiente de los investigadores, asumiendo que todo conocimiento es “portador de características del sujeto que conoce, y por tanto, irrevocable e intrínsecamente subjetivo” (Breuer, 2004, pág. 2). Sin embargo, y como hemos argumentado antes, desde los CS no se trata de reivindicar sólo la subjetividad, sino de disputar qué entendemos por objetivo. No obstante, consolidar el reconocimiento de tal subjetividad ha sido –como también describimos en la primera parte de esta tesis- un rasgo fundamental del debate de la ISCUAL y, por ende, una exigencia básica a considerar en los diseños cualitativos. Así, se reivindica la condición subjetiva del científico social, quien comparte el conocimiento sobre lo social con los sujetos investigados quienes, en tanto tales, lo hacen más en calidad de co-constructores que de informantes. A partir de ello, se enfatiza “la importancia de planificar dispositivos de 'socio- análisis' de las prácticas involucradas en la acción sociológica, lo que implica la incorporación de indagaciones tendientes principalmente a reflexionar sobre la reflexividad de la misma” (Scribano, 2001, pág. 8).

De ahí que la metodología cualitativa, tal y como señalase Wiesenfeld (2000), sea vista como un espacio privilegiado para el auto-análisis de los investigadores, en la medida que se acepta la

implicación de sus subjetividades y el diálogo reflexivo en los procesos de investigación. Hay quienes sostienen que “existe un consenso entre las comunidades epistémicas acerca de la necesidad de considerar las ciencias socioculturales como ciencias interpretativas, lo que se ha traducido en una proliferación de investigaciones de corte 'cualitativo' en oposición a las 'cuantitativas’” (Aguado & Rogel, 2002, pág. 2). Dicho incremento, así como la constitución del campo de lo cualitativo como espacio específico de teorización metodológica transdisciplinaria, no obedecería solo a devenires metodológicos intra-científicos, sino también, como nos lo demuestran Cornejo, Besoain y Mendoza (2011), al interés contemporáneo de constituir como objetos de estudio al sujeto y a lo subjetivo. No obstante, esto no quiere decir que la metodología cualitativa sea el único espacio posible para pensar en formas de desarrollar la reflexividad como principio de la investigación. Las nuevas propuestas, según Aguado y Rogel (2002), permiten plantear la necesidad de renunciar a la ‘pureza’ de los géneros o perspectivas, sobre todo si se reconoce que hay una dimensión cualitativa en lo cuantitativo y viceversa.

Así, se ha propuesto entender los diseños metodológicos como espacios continuos, cuyos extremos no están definidos por lo cuantitativo de un lado y lo cualitativo por el otro, oponiéndose y excluyéndose, sino por “una gradación que va desde el énfasis en la técnica y la ausencia de una reflexión epistemológica, hasta el énfasis precisamente en la reflexión metodológica y epistemológica” (Gutiérrez & Delgado, 1995, pág. 27). Ahora bien, quienes sostienen que en ningún ámbito de la actividad humana existe una realidad dada, independiente del sujeto, apelan por considerar la totalidad de las técnicas y prácticas de investigación como configuraciones históricas (contingentes, coyunturales, sintomáticas) destinadas a la invención o construcción de las realidades, las dinámicas y/o los actores que se estudian. En aras de ese interés, se ha reconocido en esta fase de la relación cualitativo/cuantitativo, su “superación desde un punto de vista dicotómico, diluyendo un tratamiento apirético de la misma” para centrar la atención en una mejor articulación entre estrategias (Scribano, 2001, pág. 3). Como veremos más adelante, el problema no es solo la recomendación sobre el qué hacer -las estrategias de investigación-, sino más bien cómo hacernos cargo que la “realidad” que buscamos conocer no es externa ni está dada de antemano a los procesos de producción del conocimiento científico y que como investigadores estamos implicados en estos procesos.

Más allá de reconocer y reivindicar el papel de la subjetividad en la investigación social, los acercamientos más cualitativos coinciden en la preocupación por “alternativas metodológicas” (Breuer, 2004, pág. 41) que hagan efectiva esta reivindicación, pues dicho consenso

epistemológico queda usualmente restringido a una mera declaración, “pues cuando se trata de la acción concreta, es decir, la metodología socio-científica aplicada en la praxis, tal adhesión epistemológica al constructivismo o una de sus variantes frecuentemente no tiene consecuencias” (Breuer, 2004, pág. 12). En el marco de nuestra investigación, y del ejercicio del que daremos cuenta, adherimos a la consideración de estos debates como una oportunidad para ensayar tales innovaciones.

El ejercicio metodológico en el que incursionamos -los autorrelatos de las investigadoras para el estudio de la dialogía intergeneracional en las memorias de la dictadura militar chilena- no estuvo motivado solo por preocupaciones metodológicas, sino también por inquietudes epistemológicas y políticas respecto a cómo fundamentar la producción de un conocimiento del cual somos parte y que nos implica biográficamente.

Tal como argumentamos al inicio de este trabajo, para ello es necesario detenerse en discusiones metateóricas sobre cómo podemos reapropiarnos de la noción de objetividad como un parámetro de rigurosidad que no sea sinónimo de neutralidad. Lo anterior supone hacerse cargo de ciertos retos postmodernos para todos los saberes y, de todos ellos, tal vez lo más difícil de repensar es que el conocimiento científico equivalga a una representación que se asume a la vez distante y desinteresada de los objetos. Aquí conviene recordar lo que detallamos en la primera parte: la ciencia moderna para cumplir con su rol histórico de fundamento del proyecto moderno se representó a sí misma como i) un conocimiento lógico, ii) que controla la falibilidad mediante el rigor de su metodología, y iii) que se centra en lo empírico; siendo, por tanto, la legitimación del conocimiento científico “el que tenga una ordenación lógica, que sería reflejo o correspondencia de la ordenación lógico-matemática del mundo; el que su método permita eliminar las ‘contaminaciones’ subjetivas, pues en eso vendría a consistir la objetividad del reflejo, y el que la observación del hecho permite la corroboración del enunciado que lo afirma (...) que nos permite pensar una cierta identidad entre el enunciado ‘la nieve es blanca’ y el hecho de que la nieve sea blanca” (García Selgas 2008, pág. 151). Es justamente en este núcleo de la “epistemología de la representación” donde buscamos nuevas formas de entender el conocimiento, la relación entre sujeto-objeto y su consecuente imaginaria de la objetividad.

Como también ya detallamos, el cambio en la forma de entender el fundamento del conocimiento científico va a tener consecuencias sobre las condiciones de posibilidad de la crítica. Para abordarlas, nos hemos basado en la propuesta de los conocimientos situados (CS) elaborado por



Donna Haraway. Así, con los conceptos de cyborg y de objetividad encarnada dejamos de pensar al sujeto y objeto de investigación desde la inocencia y los proyectos de autoidentidad, en aras de la multidimensionalidad y el posicionamiento de todos los agentes que participan en la producción de conocimiento (S y O). Esto implica que aceptamos que el objeto de conocimiento, naturaleza y cultura, pueden operar como agentes activos e incluso irónicos. De este modo, entendiendo a todo conocimiento como situado, nos ubicamos en una lógica de “racionalidad posicionada y dialógica; que requiere la (re)interpretación y (re)negociación continua de cuerpos, sentidos y posiciones (...) ambos movimientos implican la responsabilidad o conciencia moral y política ante la toma de posición que supone cualquier acto de conocimiento” (García Selgas, 2001, pág. 371).

En tal sentido, la propuesta de Haraway ha supuesto una alternativa a la epistemología de la representación en lo que se reconoce como una epistemología de la articulación desde la cual: “los objetos y hechos, los conocimientos o discursos y los agentes son todos configurados en una práctica cognitiva cuya lógica no es la de la identidad sino la de la difracción, cuya epistemología no es la de la representación sino la epistemología cyborg de la articulación y cuya política no es la representación formal sino la de las alianzas materiales, la búsqueda de afinidades. Se desmiente así la visión del conocer como representación desinteresada y se nos invita a entenderlo como articulación parcial y difractoría de aparatos expertos, relaciones sociopolíticas y entidades no humanas” (García Selgas, 2008, pág. 167).

Como hemos venido mostrando, todo lo anterior abarca diversas dimensiones y niveles. Nuestra pretensión en este capítulo es aterrizar esta propuesta epistemológica a una práctica de investigación específica que estuvo guiada por tal epistemología con el objetivo de construir críticamente los conocimientos que nos constituyen.

### **8.3. La dialogía intergeneracional en la construcción de memorias sociales sobre la dictadura militar chilena**

Como adelantamos en el capítulo anterior, en el caso de los países del Cono Sur, los estudios de memoria se han centrado principalmente en el pasado que remite a gobiernos autoritarios o totalitarios, donde la violencia y violación a los derechos humanos formaron parte de la cotidianidad. En Chile, la relevancia de estas investigaciones se han sustentado en la necesidad de enfrentar a un pasado reciente que sigue estando presente, en reparar simbólica y socialmente

tanto a las víctimas de la represión política, como a la sociedad en su conjunto y en asumir el hecho que el cómo se aborda lo “ya acontecido” en la sociedad, tiene implicancias en la articulación del orden social.

Situados en el ámbito de las ciencias sociales, los estudios sobre el caso chileno se han focalizado principalmente en investigar cómo se ha enfrentado y/o elaborado el pasado tanto desde el ámbito político-institucional (Lira & Loveman, 2000; Garretón M., 2000); desde la sociedad en su conjunto (Lechner, 2002); así como desde las víctimas de represión política y sus familiares (Lira & Piper, 1996). En ese contexto entendemos que en Chile, después de las primeras investigaciones centradas más en las disputas colectivas y en el asentamiento de memorias “emblemáticas” de la Dictadura Militar (Stern, 2000, 2004; Lira & Loveman, 2000, 2002), se ha indagado en los espacios y prácticas sociales que actúan como “vehículos de memoria” (Jelin & Langland, 2003). Se ha abordado, por ejemplo, la enseñanza de la historia reciente (Reyes, 2004) o los lugares de memoria (Piper, Reyes, Escobar & Arteaga, 2008). Tales estudios suelen centrar su atención en la voluntad e intención de quienes van a transmitir, es decir, en los llamados *emprendedores de la memoria* (Jelin, 2002) y en las acciones estratégicas que generan para desarrollar una política activa respecto al sentido del pasado que pretenden legar.

Inscritos en este campo, una de las preocupaciones más acuciantes que se perfila actualmente en el ámbito social y político del país, es aquella que versa sobre los “legados del pasado” hacia las nuevas generaciones. ¿Qué recordar?, ¿qué olvidar?, en definitiva, ¿qué “transmitir”?, son interrogantes que emergen con fuerza, más aún al anticipar el “relevo generacional” (Aguilar, Barahona de Brito, & González, 2002) .

Los estudios de memoria “suelen centrar su atención en la voluntad e intención de quiénes van a transmitir, es decir, en los llamados ‘emprendedores de la memoria’ (Jelin, 2002) y en las acciones estratégicas que generan para desarrollar una política activa respecto al sentido del pasado que pretenden legar. Así, preguntas como ¿quiénes se constituyen en ‘emprendedores de la memoria’?, ¿qué memoria es aquella que buscan ‘transmitir’?, ¿qué realzan y qué olvidan del pasado? son insoslayables” (Reyes, 2009, pág. 79).

Uno de los efectos que se produce en dichos estudios, es el circunscribir la problemática de los “legados del pasado” a un movimiento unidireccional que va desde un “emisor” hacia el “receptor”, o dicho en los términos que nos interesa, desde la posición generacional protagonista del pasado reciente, hacia la posición generacional sucesora realzando, de este modo, la noción

de “transmisión generacional”. Forma de abordaje que, en muchas ocasiones “olvida” el rol activo que cumplen aquellos denominados ‘sucesores’ y/o ‘herederos’ del pasado, y primordialmente, el espacio relacional y dialógico que implica el acto de hacer memoria” (Reyes, 2009, pág. 79).

Si asumimos la memoria como una práctica social, es decir, como proceso intersubjetivo continuo, contingente y contextual, tal y como lo han sostenido diversos autores como Halbwachs (1968), Middleton y Edwards (1990), Shotter (1990), y Vázquez (2002), cobra sentido abordar las configuraciones de memorias desde una perspectiva dialógica, es decir, considerando y asumiendo lo planteado por Reyes (2009) que apunta a que aquello que uno recuerda, es una construcción que, de una u otra forma, responde a un otro. Como señala Vázquez, de modo permanente estamos obligados a defender, argumentar, explicar, justificar y/o silenciar el pasado para sostener una versión que nos dé sentido. Cada contexto relacional nos sitúa en la disposición de tener que reconfigurar lo “ya acontecido” en función de lo que está siendo para legitimar la propia memoria, y por tanto, la propia identidad y posición. De ahí que las versiones del pasado, “nunca sean iguales, pues deben adecuarse al contexto comunicativo y a los efectos que pretenden producir” (Vázquez, 2002, pág. 1063).

En este marco, la noción de transmisión generacional de memorias en tanto legado que la generación protagonista del pasado reciente entrega a la generación sucesora, deja de tener pertinencia, pues no estamos ante una memoria acabada y concluida, menos aún ante una memoria que es propiedad de unos y que luego es trasferida a otros. Para hacernos cargo de ello, la investigación que desarrollamos (Cornejo, y otros, 2013) centró su atención en el concepto planteado por Reyes (2009) de dialogía intergeneracional, en particular, en cómo dicha dialogía construye memorias sociales sobre la dictadura militar chilena a través de discursos.

El concepto de dialogía apunta al espacio relacional que se produce, en este caso, entre generaciones al hacer memoria del pasado. De este modo considera, por una parte, cómo se articula una posición generacional en relación a otras, siendo preguntas fundamentales ¿desde qué generación se enuncia el recuerdo?, ¿hacia qué generaciones va dirigida dicha enunciación?, ¿cuáles son las posiciones generacionales que son parte de la narración del pasado y qué rol juegan en ella?; mientras que por otra, cómo las narraciones del pasado -el qué y el cómo se recuerda- están condicionadas por dichas relaciones, en otros términos, cómo la forma de la narración depende, entre otras condicionantes, del tipo de relación que se produce entre las

posiciones generacionales, como por ejemplo, de conflicto, de apoyo, de diálogo, de aprendizaje, entre otros. En este sentido, y parafraseando a Aróstegui, la dialogía intergeneracional asume que una generación tiene su memoria, la que queda definida en interacción constante con las otras generaciones coexistentes (Aróstegui, 2004, pág. 110).

#### **8.4. El proyecto de investigación y la emergencia de los autorrelatos de las investigadoras**

La investigación “Memorias de la Dictadura Militar: Voces e imágenes en la dialogía intergeneracional” que llevamos a cabo, tuvo por objetivo comprender la configuración del proceso dialógico intergeneracional en la construcción de memorias sociales sobre la dictadura militar chilena, a través de discursos narrativos y fotográficos. Para llevarlo a cabo, se proyectaron dos fases en la producción y análisis de los datos: una singular -relatos de vida- y otra interaccional -grupos de discusión.

La primera fase de los relatos de vida se llevó a cabo a través de dos encuentros con cada uno de los participantes (25 en total). En el primer encuentro, invitamos al narrador a contar su historia acerca de la dictadura militar, mientras que en el segundo, a trabajar sobre fotografías que él mismo previamente debía elegir y aportar con el único criterio que sintetizara dicha historia, permitiéndole contarla a otras generaciones. Los narradores fueron reclutados de acuerdo a ciertas condiciones muestrales que definimos teórica e intencionadamente: posición generacional, posición ideológica, posiciones respecto a la represión política (afectados directos o familiares, y afectados indirectos) y adscripción territorial (incluimos además de Santiago ciudades de Chile donde la dictadura tuvo manifestaciones particulares: Antofagasta, Calama, Valparaíso, San Antonio, Concepción, Temuco). En cuanto a la segunda fase, se realizaron 6 grupos de discusión compuestos en función de los criterios muestrales definidos teórica e intencionadamente como relevantes.

Sin embargo, antes de dar comienzo a la primera fase de los relatos de vida, en enero de 2011 se generó la necesidad de construir el dispositivo metodológico y probarlo a través de casos pilotos con el fin de ensayar cómo establecer procedimientos y formas para el reclutamiento, cómo presentar el proyecto y al equipo de investigación, cómo prepararnos como investigadoras tanto para la escucha de las historias de la dictadura, como para la construcción del vínculo con los narradores. Y entonces surgió la tensión: investigar sobre la dialogía intergeneracional en la

construcción de memorias sociales de inmediato trae consigo la interrogante de cómo situarnos en tanto investigadoras respecto al objeto de estudio, pues junto con ser contemporáneas a ciertas narraciones sobre el pasado, estamos implicadas en ellas. Interrogante que se hacía aún más apremiante si asumíamos uno de los supuestos de la epistemología de los conocimientos situados: que el investigador es parte constitutiva del mundo que se despliega desde la investigación.

Como equipo de investigación no nos conocíamos, sabíamos del trabajo que cada una había realizado en torno a estas temáticas, e implícitamente asumíamos que para trabajar en estos temas, de esta historia, de las propias historias de la dictadura, era necesario saber quién se tiene al frente, y también quién se tiene al lado. De este modo, el objeto del estudio se impuso: si queríamos preguntar a otros acerca de las historias silenciadas y el silencio acerca de la dictadura, era necesario preguntarnos por las nuestras, contarlas y escuchar las historias de las otras investigadoras. En definitiva, girarnos hacia nosotras mismas, a nuestra “relación” como investigadoras, como ciudadanas, como parte de una generación, como mujeres, con dicha historia.

¿Cómo fue para cada una su historia de la dictadura?, ¿desde qué lugar la vivenciamos?, ¿cómo y por qué nos hemos interesado en esta parte de la historia?, ¿por qué investigamos en estos temas?, y entonces: ¿cómo esto influirá al momento de escuchar y analizar los relatos de los participantes de nuestra investigación?, ¿cómo nos posicionaríamos en los distintos grupos de discusión?, ¿cómo se sitúa cada una de las investigadoras, aquellas con las que se tomarán decisiones cruciales respecto al curso de la investigación? Interrogantes que apuntaban a la posición que no solo adoptamos, sino más específicamente, encarnamos respecto a la dictadura militar, la que de un u otro modo tamizó nuestras decisiones metodológicas y conceptuales. En definitiva, preguntas que apuntaban a trabajar con nuestra subjetividad en una temática que nos implica, o más bien, donde nuestras propias subjetividades se hacen también parte del objeto de investigación.

#### **8.4.1. Los autorrelatos de las investigadoras como abordaje de la subjetividad del sujeto que conoce**

En esta investigación, estas preocupaciones tomaron la forma de autorrelatos, técnica cualitativa que es parte del enfoque biográfico, el cual, tal y como señala Cornejo (2006), asume que es en el encuentro y diálogo entre el sujeto investigador y el sujeto investigado, el lugar donde ocurre

aquello que es posible convertir, a partir de análisis interpretativos, en conocimiento científico. Es un encuentro histórico, contextual, que se co-construye entre investigador y participante, cada uno con sus recursos simbólicos y sociales en acción. El sujeto investigador realiza a otro una solicitud de palabras, de historias para construir conocimiento a partir de ellas; y el sujeto investigado destina, dirige sus palabras y sus historias al investigador, y a través de él a sus interlocutores reales, virtuales y fantaseados presentes en el contexto discursivo. Sin embargo, para poder decir algo sobre lo que ocurre en ese encuentro, hay que pasar necesariamente por nuestra experiencia como sujetos investigadores, como sujetos activos, históricos, situados, como señalase Cornejo (2006); la palabra del sujeto participante carece de sentido si no contamos con el marco de quien la escucha. De este modo, los autorrelatos de las investigadoras ponen a operar premisas fundantes del enfoque biográfico, pero también del conocimiento situado, a saber que los investigadores somos parte de lo investigado, que afectamos y/o somos parte de nuestros objetos de estudio, enunciaciones que apuntan a considerar al investigador como parte constituyente y constitutiva de los objetos de estudio.

El autorrelato tomó la forma de una narración escrita, donde cada investigadora debía contar su historia de la dictadura respondiendo a preguntas como ¿cuéntame cómo fue tu historia durante la dictadura?, ¿cuáles son las fuentes de tu historia?, ¿qué fotografías (3 a 5) permiten contar a personas de otras generaciones tu historia de la dictadura?, ¿quiénes son esas otras generaciones?, ¿por qué esas y no otras?, ¿qué quieres transmitir?

Nos enviamos vía correo electrónico estos escritos para luego reunirnos a comentar la escritura y las lecturas de los relatos. Continuando con este trabajo, nos decidimos a analizar cada uno de estos escritos a través de una pauta que consideraba a los autorrelatos como “datos” de la investigación: ¿cuál es el clima/tono del autorrelato?, ¿cuál es la trama y/o intriga que lo articula?, ¿qué hechos, hitos y/o escenas emergen como relevantes?, ¿cuáles son los personajes de la trama/intriga?, ¿desde qué lugar/posición social se narra el autorrelato?, ¿qué pistas hay sobre cómo aparece la dialogía?, pero también como dispositivo que facilitaría la producción de los datos, es decir, la escucha hacia los relatos de otros: ¿qué aporta el autorrelato para la empatía con el entrevistado/a; para la comprensión del contenido de los relatos de vida; para el posicionamiento de la investigadora en la dialogía intergeneracional; para la constitución del equipo de investigación?

A través de la escritura de la propia historia, de la escucha de los relatos de las otras investigadoras y de su análisis, el objeto de estudio -la construcción de memorias de la dictadura a través de la dialogía intergeneracional- se comenzaba a configurar.

## **8.5. Resultados: implicancias de los autorrelatos en el proceso de investigación**

El ejercicio llevado a cabo no pretendía solo conocer las historias de la dictadura de las investigadoras, sino y más fuertemente dar comienzo y ser parte constitutiva del proceso de investigación, al menos en dos aspectos. Por un lado, respecto al objeto de estudio, pues las historias de la dictadura de las investigadoras, al tiempo, hablaban y daban forma a la dialogía intergeneracional de las memorias de dicho período. Por otro lado, sobre el diseño metodológico, pues al experimentar los dispositivos para la producción y análisis de datos en las propias investigadoras, se posibilitaba una toma de decisión en el transcurso de la investigación considerando aquello que puede vivenciar el sujeto investigado al narrar su historia de la dictadura.

### **8.5.1. Implicancias respecto al objeto de estudio**

Indagar en la construcción de memorias de la dictadura a través de la dialogía intergeneracional en los autorrelatos de las investigadoras tiene sus particularidades, por lo que es necesario apuntar a ellas antes de adentrarnos a sus implicancias.

Como se señaló anteriormente, el autorrelato tomó la forma de la escritura, posibilitando a las investigadoras el juego constante de estar dentro y fuera del objeto de estudio, dinámica central en la investigación cualitativa, la que más que explicar, pretende comprender los fenómenos. Así, el recuerdo se fue articulando en palabras inscritas que fueron dirigidas a uno -recordemos, es un autorrelato- y a un otro -en este caso, las otras investigadoras. Escritura que se produjo en los espacios y tiempos que cada autora decidió y que tuvo la particularidad de generar, en su propia producción, reflexión, posibilitando probar cómo y qué decir del pasado de la dictadura.

El autorrelato facilitó ensayar palabras y conjugaciones, ejercitar estilos, borrar, guardar, enfatizar, matizar, insinuar, entre otras, formas de objetivar la memoria de la dictadura del investigador, y por lo tanto, de su subjetividad. En otros términos, el autorrelato fue un ejercicio

que posibilitó experimentar qué y cómo nombrar y narrar a un otro y a uno mismo del pasado de la dictadura.

Asumiendo que lo que es posible enunciar, en este caso, a través de la escritura, da cuenta de nuestro particular contexto político-social, y por lo tanto, de nuestro campo problemático, expondremos a continuación cómo y de qué nos hablan los autorrelatos de las investigadoras respecto al objeto de estudio de esta investigación.

#### ***8.5.1.1. Uno mismo y el otro: el destinatario***

El autorrelato es dirigido a uno mismo y a un otro, en este caso, las otras investigadoras, surgiendo una serie de interrogantes: ¿cómo narrar un pasado que es propio y que me constituye?, ¿cómo, a través del relato, hacerme cargo de mi historia?, ¿qué entenderán de lo que digo y/o dejo de decir?, ¿cuánto develar-me frente a las otras investigadoras? En definitiva, ¿qué y cómo recordar/olvidar/silenciar ante uno misma y las otras?

Una de las primeras cuestiones que surge es la “dificultad para relatarse”. Asumirse parte del “objeto de estudio” fue un acto nada fácil, en tanto nos exponíamos a revisar parte de nuestras vidas, a compartirlas con otras colegas en un contexto de “trabajo” y a que fueran parte del material empírico de la investigación. De ahí que, en la reunión que tuvimos posterior al ejercicio, lo más frecuente entre nosotras fuera relatar lo “difícil” que había sido realizar los autorrelatos. Esa dificultad adoptó diversas formas: la suerte de vértigo que produce adentrarse en un pasado que no siempre ha sido nombrado, visibilizado, ordenado; el no tener siempre claras las referencias temporales de lo que, en nuestro caso, era la infancia y la adolescencia; o por el contrario, el volver a mirar aspectos biográficos que ya habían sido “trabajados” en el sentido terapéutico del término. Más aún, como no era un relato contado a un otro presente, sino un autorrelato escrito, hubo dificultad respecto a las tesituras propias de verse enfrentado a este ejercicio: ¿qué acontecimientos, personajes, situaciones, climas, tonos, entre otros, configurarían la narración? En pocas palabras, “no fue llegar y contar”.

También hubo dificultad de analizarse y analizar el escrito del otro. Era como si todo estuviera “mejor dicho” en los textos producidos, y por tanto, se hiciera más difícil o artificial intentar analizarlo desde nuestros aparatos de visión teórica y nuestro saber hacer como investigadoras. Es como si la encarnación de las memorias de la dictadura, en los rostros y cuerpos de un grupo



de investigadoras que comenzaba a conocerse, se transformara en un acto de imposibilidad de tomar distancia con el texto, en tanto la corporalidad allí se hacía presente.

La dificultad habla de obstáculo, inconveniente, oposición o contrariedad que impide conseguir, ejecutar o entender bien algo. Relatar el pasado de la dictadura, tal y como han dado cuenta otras investigaciones en Chile (Cornejo y otros, 2007; Corporación Humanas & Fundación Instituto de la Mujer, 2005; Joignant, 2007; Lechner, 2002; Lira & Loveman, 2002; Piper I., 2005; Reyes M. J., 2011; Richard, 1998; Stern, 2004), no es sencillo. Es un tema que afecta, pues como se ha señalado en muchas ocasiones constituye al sujeto.

La dificultad también emerge fuertemente cuando centramos la mirada en el destinatario/a del autorrelato. La dimensión afectiva fue un trasfondo permanente en el ejercicio de autorrelatarse, en el compartir el material con el equipo de investigación, así como en la disposición a ser analizadas y analizar a las otras. No se trata solo que los autorrelatos incluyan memorias cargadas de afectividad, sino que el dispositivo por el que optamos obligó a hacer manifiesto el trasfondo emocional. Ello ocurre de diversas formas: declaraciones de cariño y agradecimiento a las otras investigadoras por compartir la intimidad de sus historias, descripción de lo que emotivamente le “pasaba” a cada una al autorrelatarse, analizar(se) y debatirlo en conjunto (por ejemplo, sensaciones de dolor, alegría, paz, esperanza o temor), entre otras.

Este trasfondo emocional implicó actuar con sumo cuidado respecto al otro, cuestión que se vio reflejada fuertemente en la importancia de la confidencialidad respecto a los autorrelatos (ejemplo de ello fue el compromiso que tomamos con relación a que solo serían leídos y trabajados por las tres investigadoras y el cuidado que hubo en la elección del transcriptor, así como en las instrucciones dadas para la realización de la transcripción), así como en el ejercicio de análisis (la detención en las palabras utilizadas en la interpretación que se arriesgaba y la utilización de preguntas más que de aseveraciones para proponer una particular comprensión del texto).

La dificultad y cuidado en la producción y análisis de los autorrelatos, habla también de la dificultad y cuidado que se produce cuando se hace memoria de la dictadura ante otros. Y ello cobra sentido si se asume que recordar implica hablar de uno mismo. Más aún, al recordar, estamos construyendo la propia identidad; la memoria “es el lápiz que subraya acontecimientos, momentos, personas que nos han hecho ser quiénes somos y que han hecho de nuestro mundo lo que ahora es” (Cruz, 2002, pág. 15). Hay cuidados y resguardos cuando se corre peligro de ser

dañado, y tal como se ha evidenciado en el caso de Chile: “exponer la propia versión del pasado en el espacio público, por tanto, exponerse políticamente, implica ser objeto de interrogación, cuestionamiento y confrontación. En otros términos, es correr el riesgo de ser objetado públicamente pues, se asume como parte del juego de la convivencia que cualquiera puede opinar, reforzar y/o socavar la versión sostenida, más aún cuando la memoria del pasado reciente opera como lugar común, como bien público que pertenece a todos, pero a la vez a ninguno en particular” (Reyes 2009a, pág. 137).

#### **8.5.1.2. *La memoria habitada por otros***

El autorrelato convoca a otros para dar materialidad a la memoria de la dictadura, siendo dos los puntos centrales para comprender la dialogía intergeneracional: por un lado, el otro que es escogido, mientras que por otro, la relación que se establece con él.

El padre, la madre, el abuelo o la abuela, los tíos, son personajes centrales en estos autorrelatos. Es decir, la familia cumple un rol central en la estructuración de la narración. Al recordar la dictadura desde la infancia y/o adolescencia, como es el caso de los tres autorrelatos, es un insoslayable convocar por sus acciones, omisiones y/o silencios a familiares, los que se constituyen en referentes protagónicos de las historias. Por tanto, ya sea de forma explícita o bien implícita, se establece una relación clara hacia ellos/as: se les reclama, se les disculpa, se les agradece y/o se les interroga, respecto a cómo involucraron a los niños y/o adolescentes (es decir, a las autoras del autorrelato) al contexto sociopolítico. No hay indiferencia, tampoco desafección, sino al contrario. Se les reconoce, en tanto generación protagonista de los tiempos de dictadura, cómo hicieron partícipes a la generación sucesora de los conflictos de aquella época.

Emergen también otros contemporáneos, los pares, los que actúan como un coro que silencia, o como parte del “otro bando”, o bien como cómplices que posibilitan sentirse parte de una misma comunidad ideológica y generacional. Estos últimos aparecen emergen como un otro central en los tres autorrelatos, mostrando una pista generacional: la importancia de sentirse perteneciente a un colectivo.

Por último, en los distintos relatos de la dictadura surgen “otros determinados”, como por ejemplo los militares, los exiliados, los desaparecidos, que cumplen la función de telón de fondo,

y que tienen la particularidad de ser posiciones respecto al conflicto de violencia que se articula como centro de estas narraciones.

### **8.5.1.3. *La toma de posición***

Preguntas como ¿desde dónde recuerdo?, o siguiendo a Halbwachs (1968), ¿a qué comunidades afectivas pertenezco?, serán centrales para comprender las sujeciones, las condicionantes, los referentes desde dónde se urde el tejido de la memoria. De este modo, el autorrelato posibilita situar a cada narradora respecto a sus inscripciones sociales relevantes a la hora de abordar la memoria de la dictadura, cuestión que por cierto también, como veremos más adelante, será de importancia a la hora de situarse en la posición de investigadora que escucha las historias de otros.

Una primera inscripción social que emerge en los autorrelatos y que opera en su escritura respecto a qué decir, callar, enfatizar, insinuar en función del otro que leerá, es la posición generacional.

Como ya lo señalásemos anteriormente, el autorrelato va destinado a otro, en este caso, las investigadoras. Sin embargo, es de relevancia dar cuenta cuál es la posición que se le otorga a ese destinatario. En este caso, la escritura “delató” rápidamente cómo la historia estaba siendo contada a un par generacional. Ejemplo de ello fue el uso del sobrentendido cada vez que se aludían a acontecimientos, personajes y experiencias, las que en muchas ocasiones no era necesario describir detalladamente, tampoco aclarar, pues se asumía que con solo una señal el otro comprendería su sentido y significado. Inscribir el nacimiento en “los años 70” o en “plena UP”, sin dar cuenta de mayores coordenadas, es una síntesis emblemática de ello.

Otra posición común es la ideológica. Previo al autorrelato, el hecho de decidir trabajar en conjunto las “Memorias de la Dictadura” nos situaba en una sintonía de complicidad: no “todos” nombran al pasado reciente como “dictadura”, no a todos les interesa indagar sobre cómo se recuerda, ni tampoco en los efectos que se producen en las subjetividades y relaciones. Sin embargo, qué forma adoptaba esa sintonía no estaba explicitada. Si bien los autorrelatos reafirmaron cómo cada una de las investigadoras era parte de una tradición de izquierda, se evidenciaron diferencias en función de los círculos en los cuales se socializaron. Así por ejemplo, estar en contacto con circuitos inscritos en partidos políticos implica un acervo distinto a

vincularse con un pensamiento de izquierda desde prácticas desplegadas en una población, un colegio o una institución como la iglesia.

Junto a lo anterior, se sobrepone la posición de clase social, la que opera a tal punto como perspectiva que limita y a la vez posibilita comprender el mundo, en este caso, de la experiencia dictatorial, que genera efectos como (tal como señala una de las investigadoras al leer los otros relatos) el “sentirse analfabeta cultural” cuando no se ha sido parte de ciertos sectores sociales.

Finalmente, y reafirmando resultados de otras investigaciones como las realizadas por Cornejo (2008), Morales & Rojas (2013), Lira & Loveman, 2005 y Reyes (2003, 2009a, 2009b), la posición de “víctima o no víctima” directa respecto a la violencia política vivida en época de dictadura cruzó y estructuró las historias y memorias del pasado reciente de las investigadoras.

## **8.5.2. Implicancias respecto al diseño metodológico**

### ***8.5.2.1. El sujeto investigador como sujeto investigado***

El autorrelato como técnica posibilita, en este particular estudio, que el investigador experimente el lugar del sujeto investigado en la figura de “narrador”, viéndose sujeto a la operación que impone la producción de datos desde los relatos de vida, a saber: el distanciarse del presente al configurar el pasado, y el acercarse al presente desde una nueva lectura a partir del relato del pasado. De este modo, las investigadoras debieron enfrentar interrogaciones, tensiones, conflictos, imágenes, sensaciones, emociones, personajes y relaciones que emergían al construir memoria del pasado reciente desde la propia biografía.

Este reposicionamiento por parte del sujeto investigador permitió instalar un “cuidado” hacia quien aceptara ser sujeto investigado. El cuidado habla de resguardo, de atención, de accionar con la advertencia de lo que dicha acción puede provocar en el otro. Y no se cuida cualquier cosa, sino aquello que, de antemano se tiene noticia, puede afectarse. Si bien en la ISCUAL el cuidado hacia el sujeto investigado es fundamental, tal y como lo señalan Pitts y Miller-Day (2007) o Liangputtong y Ezzy (2005), que el investigador realice el mismo ejercicio que el otro investigado permite que experimente cómo el dispositivo metodológico, en este caso, el relato de vida, afecta e implica realmente al sujeto, favoreciendo que las acciones realizadas desde el lugar del investigador sean aún más cuidadosas. En este sentido, los autorrelatos favorecieron que como investigadoras atendiésemos más la relación con nuestros narradores: ejemplos de ello fue

el intentar una mayor empatía con los temas que eran dolorosos, el compartir algunas de nuestras propias experiencias durante los encuentros, o el ser más abiertas a la escucha de los relatos de posiciones ideológicas diferentes a las nuestras.

Junto con el cuidado hacia el sujeto investigado, el autorrelato propició que cada una de las investigadoras fuese más consciente del por qué ante la narración de un otro uno se detiene en algunas situaciones y/o escenas, mientras que otras pasan desapercibidas; por qué interpreta más fácilmente algunas experiencias vitales que otras; o bien qué razones hay para escuchar y empatizar más fácilmente con unos y no con otros. La memoria del pasado que construye el investigador a través del autorrelato lo constituye como sujeto, dando pistas, por tanto, de aquello que le es o no significativo en el mundo social. En otros términos, el autorrelato favorece al investigador reconocer, desde su propia trayectoria, por qué se inquieta, apasiona, conflictúa, tensiona, silencia ante lo dicho por otro; es decir, toma conciencia de lo que Legrand (1999) llama “contratransferencia” del investigador.

Que el investigador haga consciente su propia posición respecto al objeto de estudio, en este caso, su historia acerca de la dictadura, favorece que su trayecto y experiencia opere como contrapunto para interrogar, escuchar y enunciar no solo al sujeto investigado, sino también al objeto de estudio que se va constituyendo en el proceso investigativo.

De este modo, el desplazamiento que se produce en el ejercicio del autorrelato de sujeto investigador a sujeto investigado no solo genera como efecto que el investigador se visualice como sujeto -en tanto sujetado por distintas posiciones-, sino que su subjetividad se constituya efectivamente en un material que va dando forma al proceso y producción de la investigación.

No obstante, considerando la epistemología de la articulación que hemos venido defendiendo en esta tesis, esto muestra algo más que la emergencia de la subjetividad del investigador: permite que el objeto comience a desplegarse como un ente activo. Son las memorias sociales de la dictadura –en tanto objeto múltiple (Mol, 2002)- las que empiezan a “trabajar” (Jelin, 2002) a través nuestro mediante el dispositivo del autorrelato.

Aún más, con este ejercicio pudimos empezar a observar como los sentidos del pasado siempre en disputa estaban anclados en nosotras y se configuraban de diferentes modos según nuestras marcas de género, clase y experiencias más o menos directas de la violencia de Estado nos hacían enfatizar ciertos hechos, lógicas, argumentaciones, interlocutores, entre otros. Por respeto al acuerdo de resguardar nuestra intimidad no puedo dar ejemplos de ello, pero mucho de lo que

nos pasó a nosotras fue un material que luego redescubrimos en los relatos de nuestros entrevistados, se conectó de determinadas formas con el debate teórico con el que trabajamos e hizo que la interpretación de los resultados funcionara en unos sentidos y no en otros.

#### **8.5.2.2. *Rediseño en la producción e interpretación de los datos***

Tanto la escritura del autorrelato como el posterior análisis posibilitaron reestructurar tanto los dispositivos de producción como los dispositivos de análisis de datos.

Considerando el análisis de los autorrelatos, se optó por intencionar los casos de la aplicación piloto hacia posiciones que apuntaran a la heterogeneidad intrageneracional, considerando que las enunciaciones de las investigadoras en sus autorrelatos respondían a una misma posición generacional. El objetivo era doble: por una parte, exponer al sujeto investigador con las posiciones que eran entendidas como radicalmente opuestas a las propias, con el fin de trabajar aquello que obstaculizara una escucha atenta y analítica; mientras que por otra, comenzar a indagar en la heterogeneidad, las tensiones y los conflictos que implican las memorias de la dictadura al interior de una misma generación. De este modo, se convocó a narradores posicionados en otra ladera ideológica (derecha política) a la de las investigadoras.

Asimismo, el análisis de los autorrelatos posibilitó la reelaboración de las pautas de producción, de transcripción e informe de caso que guiaron la fase de los relatos de vida. Cuestión nada menor si se considera que dichas pautas -tal y como enuncia esta palabra-, señalan una ruta convenida para transitar en el proceso investigativo, predefiniendo, por tanto, al objeto de estudio.

Finalmente, el análisis, procedimiento que posibilita distanciarse, observar e interrogar, evidenció cómo cada autorrelato se estructuraba desde distintas “comunidades afectivas” (Halbwachs, 1968) que sostenían a quien estaba recordando su historia de la dictadura militar. Diferencias en cuanto al clima del relato, la intriga en el despliegue de la historia, los personajes que la componían y en la o las posiciones sociales desde las cuales se narraba la historia de la dictadura, llevaron a construir particulares ejes analíticos que han operado como claves de interpretación en los relatos de vida.

Lo anterior permite sostener que el ejercicio de los autorrelatos no operó como un mero añadido del diseño metodológico, sino al contrario, se constituyó en fundamentación que obligó a

rearticular el andamiaje investigativo. Aún más, para los objetivos que aquí nos ocupan, ese ejercicio nos permitió comprender cómo puede operar la epistemología de la articulación.

### **8.6. A modo de conclusiones: reflexividades epistemológicas de los conocimientos situados**

Tal como señalábamos al inicio de este capítulo, cuando las investigadoras decidimos trasladarnos desde nuestro tradicional lugar de sujeto que conoce al de objeto a conocer, estábamos buscando una forma de aterrizar e incluir, en la práctica de la investigación social, nuestras preocupaciones epistemológicas y políticas. Como mostramos en el apartado teórico, tales cavilaciones no son meros caprichos personales, sino cuestiones que actualmente se discuten desde diversos campos de estudio que ponen a la ciencia en cuestión.

En ese intento, la propuesta sobre los conocimientos situados de Donna Haraway (1995, 1999, 2004) nos sirvió como un recurso teórico capaz de fundamentar que la investigación científico social que se pretende científica, y que a la vez aspira a incrementar la crítica, requiere de nuevas formas de asumir la objetividad donde el rigor no se iguale con la neutralidad.

A partir de esa premisa mostramos las implicancias que supuso el traslado desde el lugar de investigadoras al de investigadas -a través de la producción y análisis de nuestros autorrelatos sobre la dictadura militar- tanto para el objeto de estudio en cuestión, como para el diseño metodológico.

Al respecto, lo primero a tener en cuenta es que el hecho que las principales consecuencias que pudimos identificar, a propósito de este desplazamiento, tuvieran relación precisamente con lo que tradicionalmente se define como objeto de estudio y decisiones metodológicas, no es menor si recordamos que una de las viejas dificultades del oficio de investigar es vincular la teoría y el método.

Más allá de esto, que dichos hallazgos se ubicaran en estos dos espacios, que solo analíticamente podemos revisar por separado, nos trae de vuelta uno de los principales reclamos de la epistemología feminista, como también de otros recursos críticos de la reflexión sobre la ciencia y la objetividad moderna entendida como distanciamiento y neutralidad: los enfoques teórico-metodológicos siempre operan como “aparatos de visión” (Haraway, 1995) que no solo condicionan nuestra aproximación a aquello que solemos situar como “realidad”, sino que también nos constituyen. La teoría es siempre teoría encarnada dirá Haraway.

Por su parte, las consecuencias más específicamente metodológicas que nos implicó el pasar por el lugar del narrador, supuso incrementar nuestro cuidado con las personas que luego incluimos en el estudio como participantes. Ponernos en dicha situación nos mostró que el asumir la materialidad de las prácticas de investigación, como parte de la situacionalidad del conocimiento que se produce, no es solo un ejercicio epistemológico, sino también ético. A su vez, nos facilitó dar mayor visibilidad a las cuestiones del punto de vista (Harding, 2004) aplicado al tema de investigación: por qué nos molestaban, inquietaban, simpatizaban o desconcertaban más unos narradores y sus relatos que otros, unos fragmentos, énfasis, reclamos o silencios y no otros. Ello no aumenta nuestra objetividad por evitación de nuestros sesgos, sino que por el contrario, la fortalece a partir de la búsqueda de una objetividad fuerte, donde lo que estaba opaco se nos vuelve más transparente en el reconocimiento de la intersubjetividad que supone la investigación con otros entendida en sí misma como un proceso dialógico, abierto y contingente, y no como la captura de un otro distinto y extraño como a veces se arriesga representar a las memorias subalternas dejándolas encapsuladas sólo en la lógica de víctimas o en la naturalización de los vínculos familiares como única fuente de autoridad para tomar la palabra en las luchas contra la impunidad por las violaciones a los derechos humanos.

Por ende, posicionarse epistemológicamente en los conocimientos situados e intencionar una práctica investigativa acorde, como lo fue en este caso el dispositivo de los autorrelatos de las investigadoras, nos posibilita aseverar que la objetividad puede no ser sinónimo de neutralidad. Por una parte, porque no hay asepsia política, afectiva ni teórica; los autorrelatos dan cuenta de cómo las investigadoras estamos implicadas con el pasado de la dictadura, condicionando la forma de estudiar los procesos de memoria. Por otra parte, porque la memoria social en tanto objeto de estudio participa con nosotras -y con otros colectivos- de la producción de conocimiento. Y por último, pues en este ejercicio lejos estamos de negar que nuestra producción de conocimiento se realiza desde una práctica particular, la práctica científica, que tiene sus particulares reglas, normas, formas de hacer y de interpretar el mundo. El ejercicio del autorrelato propició desplazarnos del lugar tradicional de investigadoras distantes del “objeto” y, por tanto, de la operación propia de una concepción moderna de la producción del conocimiento científico, a saber: la representación “desinteresada” del objeto.

Más aún, con nuestro ejercicio pudimos constatar una de las características básicas de epistemología de la articulación: que tanto el sujeto investigador como el objeto de estudio son activos y dependientes del proceso de investigación -en este caso, del ejercicio de los



autorrelatos- y a su vez constitutivos de la producción de conocimiento. En otras palabras, que más que un sujeto invisible, abstracto y desinteresado -un testigo modesto en palabras de Haraway (2004)- estamos frente a sujetos de investigación activos, interesados, visibles, corpóreos y marcados, más un objeto múltiple (Mol, 2002), también activo y astuto (Haraway, 2009); ambos, en tanto entidades semiótico-materiales, se articulan y mutuamente modifican en el proceso de producción de conocimientos y en dicha articulación logran difractar “la realidad” más que reflejarla como tradicionalmente lo supuso la epistemología de la representación (García Selgas, 2008).

Así, si bien este capítulo también nos confrontó con los dilemas y desafíos de asumir que el sujeto no es *modesto* en el sentido de tener que basar su credibilidad para dar testimonio de lo que observa en su desinterés, des-implicación e imparcialidad –algo que hemos revisado en extenso en los capítulos anteriores- pudimos sobretodo profundizar en el lado del objeto de estudio. El ejercicio metodológico que presentamos nos permitió ver cómo el supuesto de los conocimientos situados se despliega en una práctica de investigación concreta que además de impedir que el conocimiento siga siendo entendido solo desde la lógica abstracta, neutral, y distanciada, permite desafiar las dicotomías del universalismo/relativismo, sujeto/objeto y activo/pasivo al mostrar que el objeto de investigación también actúa y modifica al sujeto a la vez que es reconfigurado por éste. Si bien el proyecto de investigación tenía un marco teórico y un marco o diseño metodológico previamente planificado (y por ende nuestra forma de entender la dialogía intergeneracional en los procesos de construcción de memorias de la dictadura militar chilena venía pre-formateada por las distintas tradiciones teóricas, formaciones disciplinarias e inserciones académicas de cada una de las investigadoras), el ejercicio del autorrelato nos mostró cómo tales prenociones se modifican en el transcurso de una investigación. Algo que uno suele saber cognitivamente, pero que aquí experimentamos en nosotras mismas.

En tal sentido, las diversas pistas relativas al objeto de estudio que mostramos dialogan con la perspectiva teórica desde la cual se gestó el proyecto de investigación -por ejemplo, “a quiénes convoca el relato” o bien “la toma de posición”- constituyéndose como parte de los primeros resultados de la investigación. Así, el ejercicio de los autorrelatos no fue solo una forma de pesquisar la situacionalidad del conocimiento en términos epistemológicos y políticos, sino que también incrementó nuestra capacidad para comprender teóricamente el tema en estudio,

fortaleciendo la capacidad heurística y de análisis del fenómeno en cuestión. Además, para el caso de la “toma de posición” supone -como indicamos- que el autorrelato permite situar a las investigadoras-narradoras con relación a sus inscripciones sociales más significativas al momento de abordar la memoria de la dictadura, incluida la posición generacional que es uno de los focos de la investigación.

Sin embargo, creemos que uno de los elementos más importantes con relación a las implicancias sobre el objeto de estudio que el autorrelato releva, es cómo las memorias de la dictadura militar cobran su materialidad en la escritura y posteriormente en su lectura y análisis. Tal como lo indicamos, el autorrelato tomó la forma de la escritura, articulando palabras inscritas donde era posible ensayar, borrar, editar, narrar de una manera particular. Como señala la misma epistemóloga feminista en la que nos basamos, ya no es sostenible mantener separadas las dimensiones simbólicas (significados, sentidos, construcciones teóricas, discursos, etc.) y materiales (cuerpos, objetos, tecnologías y todo lo que se ha venido en nombrar como lo “no humano”) porque somos precisamente cuasi objetos y cuasi sujetos material-semióticos. Algo que también los precursores de los nuevos estudios sociales de la ciencia han venido en teorizar desde otros recursos como la llamada Teoría del Actor Red, particularmente por lo que supone la construcción de reportes de investigación escritos para las prácticas de producción del conocimiento científico social (Latour, 2008). Nuestros relatos plasmados en papeles son otro escenario donde podemos seguir pensando cómo aterrizar la pregunta por la semiótico-materialidad del proceso de investigación, incluido este escrito en el que finalmente decidimos estampar nuestras reflexiones.

Aún más, la materialidad de la escritura de los autorrelatos nos permite entender que la memoria no es un “ente” pasivo, un terreno inmóvil e inerte a la espera de ser descubierto y disponible para nuestro conocimiento, sino al contrario. Siguiendo a Haraway (1997), podemos comprender a la memoria como una entidad astuta que no solo cambia y se transforma constantemente (cada una de las investigadoras conocía su propia historia de la dictadura, pero con el ejercicio del autorrelato esa historia se transformó), sino que cambia con nosotras en tanto sujetos que recuerdan (el cambio opera a través de nosotras puestas como “objetos de investigación” y a la vez, “sujetos investigadores”). En otras palabras, las memorias sociales de la dictadura militar – entendidas como objeto de estudio activo y astuto- “trabajaron” (Jelin, 2002) en y a través de nosotras de diferentes maneras, y nos sorprendieron de modos que ninguna de nosotras

imaginábamos y que por respeto al pacto de resguardo de nuestra intimidad que acordamos no he descrito.

Visualizar al objeto de estudio como activo en la producción de conocimiento puede parecer obvio en el caso de los objetos que estudian las ciencias sociales –y casi extremo cuando su objeto de estudio es un sujeto-; sin embargo, tal vez por obvio, rápidamente lo desechamos o lo olvidamos en nuestras prácticas de investigación, y tendemos a operar como si fueran terrenos pasivos o congelados en aquel momento en que nos disponemos a conocerlo.

Del lado del sujeto investigador, en el ejercicio de los autorrelatos se evidencia no solo cómo la subjetividad influye y/o condiciona el proceso investigativo –como vimos anteriormente fue crucial para la toma de decisiones metodológicas y su puesta en ejecución- sino y más fuertemente, cómo se hace parte del objeto de estudio -los autorrelatos finalmente fueron abordados como “datos” de nuestra investigación. En este sentido, la opción de narrar por parte de las investigadoras la propia historia de la dictadura, siguiendo a Haraway (1997), fue un ensayo de vernos intencionada y explícitamente *manchadas* y por tanto *responsables* (Haraway, 1995) de la producción de conocimiento.

Tales búsquedas de la responsabilidad no equivalen a simples buenas intenciones. El ejercicio de autorrelatarse, analizarnos a nosotras y a nuestras colegas, y compartirlo críticamente, es decir, de fijar, aunque sea temporal y frágilmente, la situacionalidad del conocimiento que se construye cuando se asume la presencia nunca modesta (Haraway, 1997) del sujeto que conoce, no fue fácil. Más aún si se entiende que la situacionalidad del conocimiento no es dar cuenta de nuestras adscripciones y adquisiciones realizando lo puramente personal y biográfico -por ejemplo, declarando si se es mujer u hombre, blanca, burguesa o heterosexual como posiciones privilegiadas; o ser feminista, de izquierda, verde, comprometida, crítica o tercermundista, como posiciones subalternas-, sino más bien focalizar sobre fijaciones contingentes, atravesadas por el conflicto, las inconsistencias, los proyectos.

Tal como intentamos mostrar, mirarnos, relatarnos, analizarnos y compartirlo fue un acto delicado, difícil y que requirió diversas sutilezas, incomodidades y cuidados. Tal vez cualquier investigación donde los investigadores se asomen al punto de vista de lo que supone investigarse a sí mismos cuando inician sus proyectos de estudio tendría dificultades análogas, pero en este caso, ello era aún más complejo pues el tema de la memoria social está estrechamente vinculado a la identidad social y personal.

Tal “dificultad” se mezcló también con lo que nos supuso hacernos cargo de la emocionalidad que operó como parte del trasfondo y la superficie de todo el proceso que implicó el ejercicio del autorrelato. Tales emociones pueden ser entendidas como parte de la constitución semiótico-material de las investigadoras en tantos sujetos de investigación-objetos de estudio. Se trata de una emocionalidad que no puede ser encapsulada ni como pura construcción social de la afectividad, ni como pura corporalidad meramente biológica. Como señalamos, ese trasfondo afectivo impulsó las diversas formas en que el “cuidado” operó en el proceso de producción y análisis de los autorrelatos, vinculándose con las dificultades que tiene el “hacer memoria” del pasado reciente en el Chile postdictadura. Por ende, se trata de una materialidad-semiótica que está situada en la forma de entender el contexto sociopolítico chileno desde el aparato visual que supone la pregunta teórica sobre la memoria con que operamos.

Todo lo anterior posibilita que se constate que tanto el sujeto investigador como el objeto de estudio no están pre-constituídos a la relación de investigación, tal y como se afirma desde la epistemología de la representación, sino más bien, como señalan Arensburg, Haye, Jeanneret, Sandoval y Reyes (2013), estos se definen en el ejercicio mismo de la investigación. Como plantea García Selgas, la epistemología de la representación asume el supuesto de que la “distancia” entre sujeto y objeto es la que permite el “desinterés” y la neutralidad por parte del investigador ante su objeto investigado, así como el de la oposición entre ambos -mientras el sujeto es activo y cargado de desarrollo cultural y tecnológico, el objeto en cambio es pasivo e inerte ante el investigador. La epistemología de la articulación que actúa de trasfondo en los conocimientos situados, es justamente la revisión de la relación que se establece en el acto de conocer, entendiéndose al conocimiento como “una relación parcial, situada, precaria y material” más que “formal, universal, exacta y especular” (García Selgas, 2008, pág. 155). De este modo, la epistemología de Haraway no solo nos permite criticar el desinterés y la distancia que supone el modelo epistemológico representacionista, sino que también nos ofrece una versión sobre el conocimiento: su producción es algo interesado y situado donde el objeto también es activo.

Así, y siguiendo a Haraway, estamos autorizadas a investigar sobre las memorias de la dictadura militar desde la dialogía intergeneracional en la medida que nos implica y nos constituye. En este sentido, la búsqueda no es neutralizar nuestras memorias sociales, sino al contrario. Desde este prisma, es necesario narrarlas y elaborarlas, hacerlas parte de la producción del conocimiento, operando en este la transformación no solo del objeto de estudio, sino también la de las

investigadoras. Luego de autorrelatarnos, y parafraseando a Neruda (1924), *nosotras, las de entonces, ya no somos las mismas*.

## CONCLUSIONES

Cuando comencé mis estudios de doctorado escuchar la situación paradójica en que había quedado la crítica tras los embates postmodernos, y sus consecuentes salidas *cínica*, *cómica* y *clínica* (García Selgas, 2002), me hizo mucho sentido, a pesar del remezón de los supuestos que implicaba. A ello creo que contribuyó mi experiencia de crecer bajo la dictadura militar y formarme como socióloga durante la transición democrática, en el contexto del impacto que había provocado en Chile “salir de la dictadura” y enfrentar al mismo tiempo la “caída del Muro de Berlín”. Ya no había muchos más cimientos que remover; y sin embargo, las consecuencias de la represión política en Chile y mis trabajos sobre la memoria social de ese pasado inmediatamente cercano me impedían la salida “cínica”. No obstante, la propuesta “clínica” me resultaba “cómica”, en tanto se me asemejaba demasiado a los soportes modernos de reconfiguración de la subjetividad anormal sintetizados en la terapia psicológica. Pasar por el feminismo, como artefacto teórico y sociopolítico, cambió esa primera impresión: asumir la desigualdad de género en carne propia, y sus cruces con las marcas de clase y etnia, supone pasar por el dolor y el rechazo de asumirse como “marcada”. Llegado a este punto, trabajar lo clínico y lo terapéutico a través de la inmersión en la política y en la teoría del feminismo ha sido muy sanador. Mi intuición era que si todo lo “personal” es “político”, como reclamaba el feminismo, todo esto no podía no tener relación con las prácticas de investigación de la sociología que se pretende crítica, y que ese oficio podía alimentarse del feminismo como recursos epistemológico. Ensayar esta forma de salida clínica es lo que hicimos en este trabajo y fue un aprendizaje terapéutico y esperanzador.

Por lo tanto, esta investigación partió motivada por una serie de preguntas relacionadas con mi situación biográfica, entre ellas, la preocupación por cómo podía conectarse la investigación empírica de las ciencias sociales con un modelo epistemológico a partir del cual se desarmaron muchos de los supuestos de mi formación sociológica (y también personal y política). Las propuestas de Haraway, en un principio, me parecían demasiado abstractas, complejas, irreverentes y lejanas a los temas de las ciencias sociales. Mucho de lo que proponía solo parecía tener sentido para las cuestiones relacionadas con las ciencias naturales de un primer mundo imbuido de una sofisticada tecnociencia. Y sin embargo, su propuesta, anclada también en sus preocupaciones por y desde los desafíos que enfrenta el feminismo en tiempos postmodernos, me hacía pensar en que al menos esta epistemología había ofrecido recursos a proyectos de

conocimiento ligados a preocupaciones ético-políticas. Y ello encajaba con mi interés por lo que ocurría con la sociología crítica y sus posibilidades en Chile.

De ahí que esta tesis se haya preguntado por las condiciones de posibilidad de una sociología crítica en Chile desde un punto de vista epistemológico. Esta pregunta surge del reconocimiento de que, como sostuvimos durante la presentación de las coordenadas teóricas, la ciencia no es una esfera autónoma sino una enlazada al orden social de múltiples modos, particularmente a las formas en que se ejerce la gubernamentalidad neoliberal. Es por esa misma razón que, al presentar los antecedentes de nuestro problema de investigación, dimos cuenta de diversos diagnósticos que sentencian cómo en tal forma de gubernamentalidad la crítica social, como pensamiento y movilización, se ha debilitado progresivamente, especialmente aquella inspirada en el marxismo y sus derivaciones.

Aunque este diagnóstico sirve también para explicar el deambular de la ciencia social, como detallamos en el apartado dedicado a las metodologías de investigación y a la etnografía postmoderna, se han venido ensayando algunos esfuerzos por desarrollar unas ciencias sociales críticas a partir de una cierta reflexividad sobre sus prácticas de investigación, en aras de promover investigaciones comprometidas con el cambio social.

El caso de América Latina constituye un buen ejemplo de lo anterior. Entre finales del siglo XIX y los años 50', bajo el influjo del positivismo, la ciencia social aportó narrativas legitimadoras de la gubernamentalidad estatal, en lo que se conoce como la sociología de cátedra. Mientras que entre los años 50' y 70' la fuerza que adquirió la necesidad de un cambio social hizo que se sucedieran las llamadas sociologías del desarrollo en sus versiones cepalina y marxista, demandando ambas una fuerte injerencia estatal. En ambos contextos las ciencias sociales aportaron una metanarrativa que ayudó a deslegitimar el orden vigente, sirviendo de justificación a diferentes proyectos de cambio estructural que fueron interrumpidos violentamente por las dictaduras cívico-militares.

Por lo que se refiere a Chile, durante la dictadura la sociología fue duramente castigada como ícono de las ciencias sociales críticas, teniendo que refugiarse en los Centros Académicos Independientes (CAI) opositores al gobierno de facto. Como documentamos, tras la recuperación del régimen democrático ha primado una producción de conocimiento sociológico orientado a las políticas públicas, con escasas producciones posibles de enmarcar en algún paradigma crítico y una aún más escasa reflexión sobre sus condiciones de producción.

La ruptura generacional entre lo que fue la sociología crítica de los 60 y lo que hoy se practica fue el punto de inicio de este trabajo, pero no el hilo que lo guio. Nuestra preocupación no ha sido si hay o no, en términos fácticos, experiencias de sociología crítica, sino más bien si ésta aún puede sustentarse en términos epistemológicos. Si las ciencias sociales han contribuido a que la gubernamentalidad neoliberal se haya globalizado atravesando todos los ámbitos de la vida social, cabe preguntarse cuáles son sus condiciones de posibilidad para seguir pensándose como una forma de crítica, una vez que dejamos de creer en la supuesta pureza y autonomía de las ciencias.

Tal como argumentamos en el marco teórico, para enfrentar ese dilema tuvimos que hacernos cargo del problema que se le ha presentado a la teoría crítica tras los embates postmodernos y su consecuente paradoja: una necesidad que sabiéndose imposible de satisfacer, se vive como ineludible. Que la necesidad persista obedece a la vocación de la teoría social crítica de avanzar en la emancipación e iluminación de los seres humanos, lo que supone no abandonar ni la confianza en la razón científica como un recurso potente para comprendernos a nosotros mismos y a nuestro entorno, ni la lucha política contra las diferentes formas de dominación. Luego lo insatisfacible, asume que pese a tal necesidad, los diversos acontecimientos históricos, políticos y epistemológicos de las últimas décadas han desmoronado el sueño ilustrado, su legitimación universal y sus pretensiones de lograr un punto de vista objetivo o universal tanto para el conocimiento como para la política. Y pese a todo, parece casi imposible dejar de creer que tenemos buenas razones para defender que una posición o acción es más emancipadora que otra, y que en algún lugar podríamos encontrar pruebas (empíricas y teóricas) para defender que, por ahora, ésta es la mejor descripción de los hechos. He allí su carácter ineludible. Y en esa búsqueda de pruebas cobra sentido preguntarse por las prácticas de investigación.

Como adelantamos, frente a esta paradoja apostamos por la salida *clínica* como aquella capaz de dar condiciones de posibilidad para la crítica en tiempos no modernos. Esa salida exigía a lo menos tareas terapéuticas tales como desarrollar una noción fuerte de conocimiento situado y de objetividad encarnada; estudiar las relaciones de poder-saber renunciando al refugio de la inocencia y asumir un rechazo ineludible a cualquier forma de esencialismo, dicotomías heredadas y esperanzas de encontrar “la” perspectiva correcta.

Tal salida terapéutica la cursamos a través de la epistemología de la articulación (Haraway, 1995, 1999, 2004; García Selgas, 2008) que sostiene a los conocimientos situados (CS). Como



desarrollamos en el marco teórico, se trata de una propuesta que desafía la forma tradicional de la epistemología de la representación, y que ha sido formulada pensando más bien en las ciencias “de la vida”, como parte de la disputa que el feminismo hace de lo que entendemos como ciencia y sus formas de fundamentarse. La pregunta era si tal propuesta podía apuntalar los anhelos de nuevas formas de sociologías críticas. Y si con ello, tales sociologías podían aprender del feminismo como proyecto que ha debido enfrentar los dilemas de reconocerse como movimiento social, como producción científica y como teoría crítica; que ha pasado de cuestionar la falta de equidad de género en la ciencia y el androcentrismo de sus conocimientos a hacer de la ciencia un objeto de disputa en el que estamos interesadas en seguir participando; y, que en tanto proyecto teórico-político ha asumido –con diferentes opciones- los embates postmodernos, particularmente en las formas de concebir al sujeto, las relaciones entre igualdad y diferencia, universalismo y particularismo, entre otros.

Nuestro objetivo era investigar entonces si la epistemología de la articulación puede alfabetizarnos en unas coordenadas que nos permitan fundamentar prácticas de investigación críticas, tras la situación en que ha quedado la crítica en el espacio-tiempo de la postmodernidad.

Esa búsqueda la hacíamos desde una posición geopolítica y cultural que no supone una condición identitaria esencialista, coherente, fija, trascendente u homogénea, pero que tampoco es una ubicación irrelevante. Nos referimos a los desafíos de apuntalar sociologías críticas en el Chile de la postdictadura.

No abordamos todas las formas de hacer sociología crítica, entre las que figuran la teoría y las prácticas de intervención social. Nuestra pregunta la focalizamos en las prácticas de investigación. Tales prácticas cuando son interrogadas desde la epistemología suelen apuntar a su fundamentación metodológica. Aquí en cambio, inspirados en la Teoría del Actor Red como punto de partida, y convencidos de las relevancias de ensayar la praxiología que propone Mol (2002), apostamos por una epistemología aplicada que usa diversos *escenarios empíricos* para comprender la investigación sobrepasando las fronteras de sus métodos, específicamente buscamos en espacios donde se movilizan formas de *validación, uso, difusión y producción* del conocimiento científico.

La validación la indagamos al enfocarnos en la relación entre tecnociencia social y ciertas reformas en materia de educación, seguridad social y salario equitativo (escenario uno); el uso, al estudiar el vínculo entre estudios de género y políticas públicas de género (escenario dos); la

difusión, al analizar cómo se han creado y publicado algunas investigaciones en el campo de los estudios de memoria social sobre las dictaduras del Cono Sur (escenario tres); y la producción, al ensayar nuevos dispositivos metodológicos que asuman la lógica de los CS (escenario cuatro). Tales escenarios los utilizamos como figuras que permiten ilustrar nuestro argumento sobre cómo entender, desde nuestras preocupaciones, las relaciones entre ciencias sociales y sociedad.

Tras lo argumentado en los cuatro escenarios, podemos señalar a modo de respuesta a nuestra interrogante inicial, que los CS sí pueden fundamentar las prácticas de investigación que se pretenden críticas. Esto se sustenta en que al mirar los cuatro escenarios, podemos interpretar que el primero encarna una tecnociencia fundamentada desde el positivismo donde el sujeto es invisible, neutro y autónomo y solo en tanto tal está autorizado como testigo. Aquí la objetividad es sinónimo de neutralidad y con ello la tecnociencia se refugia en la inocencia, desaprovecha los puntos de vista que ofrecen las posiciones subalternas para fortalecer la objetividad; dificulta formas de articulación más horizontales entre saberes tecnocientíficos y otros conocimientos sociales en los espacios donde se discuten decisiones sobre el bien común e impide reconocer la complejidad que supone entender la realidad de manera múltiple.

Con el segundo escenario avanzamos en mostrar la parcialidad del sujeto, pero nos quedamos más cerca de los primeros reclamos de las epistemólogas feministas que mantienen una noción de objetividad más próxima al empirismo feminista que no logra desafiar del todo la epistemología moderna y así, aun cuando asumen posiciones normativas y diversas maneras de implicación con las políticas públicas, arriesgan reproducir la trampa de la modestia científica en la medida que las marcas del sujeto son invisibilizadas y las diversas condiciones de producción del conocimiento ignoradas; ambas son constitutivas de la parcialidad de los estudios de género.

A su vez, desde esta lógica el objeto “género” permanece como ente pasivo y no se logran problematizar las formas en que el género, en tanto objeto científico y social, ha sido reconstituido en el ensamblaje entre estudios y políticas de género; desde ahí, se vuelve más difícil también su articulación con el resto de las prácticas que constituyen al movimiento feminista.

En el tercer escenario, encontramos posiciones como las dos anteriores, pero también estudios que basan su rigor en lo que será la objetividad fuerte que vienen reclamando las “epistemologías del punto de vista” como las de Harding (2008), en la medida que se logran comprender las disputas por las memorias de la represión política de un modo más objetivo a partir de los

recursos que proveen puntos de vista subalternos como son algunas memorias subterráneas que disputan las narrativas que han vehiculizado las memorias oficiales. Ahora bien, eso se logra precisamente en aquellos estudios donde pudimos identificar una lógica de producción de investigaciones más cercana a los postulados de los CS, vale decir, donde los sujetos arriesgaban implicarse, donde a los objetos no humanos se les permitía desplegar su agencia, donde las retóricas apostaban por las ficciones, entre otros. En base a ello, pudimos también entender que la crítica en sus versiones teórica material y estética no logran fundamentar por qué la relación entre sujeto y objeto es más que reflejar la realidad y por qué una posición crítica es mejor que otra.

El último escenario, al recoger una investigación que fue pensada desde la epistemología de los CS nos permite ya no solo ver un sujeto parcial, sino también un objeto activo y una relación entre ambos donde se difracta la realidad de manera que ambos son modificados; esto es lo que permite mostrar cómo puede operar la objetividad encarnada que defiende la epistemología de la articulación y aprovechar su lógica para robustecer la reflexividad.

Por lo tanto, diremos que la crítica que es posible hacer desde una investigación social se fundamenta en el modo como dicha práctica, motivada por el compromiso de desafiar el orden vigente desde las herramientas científico-sociales, modifica la realidad en un sentido posthumanista (García Selgas, F. J., 2008) donde no es el sujeto autónomo e imparcial el que dirige la acción, sino una articulación entre sujetos y objetos ambos activos, ambos material-semióticos, ambos cuasi-objetos y cuasi-sujetos (Latour, 2008), ambos marcados, interesados y finitos. Tal modificación está amarrada a diferentes condiciones de producción del conocimiento que allí se gesta, incluidos los compromisos políticos de los sujetos, pero sin que ellos sean fundamento de la crítica, lo que sería lo mismo que reproducir el voluntarismo que ha caracterizado a los proyectos modernos de la sociología crítica. Toda esa situacionalidad impide la trascendencia de la crítica moderna o el cinismo del todo vale. A cambio, obliga a perder la inocencia y a asumir la responsabilidad.

Lo anterior supone modificar también nuestros imaginarios sobre lo que es o debiera ser la crítica en el espacio-tiempo no moderno, necesariamente es parcial y precaria, por lo que los diagnósticos sobre su debilitamiento actual, no debieran seguir esperando relatos globales, plenamente articulados y unificadores como los de la crítica moderna.

Llegados a este punto, y aceptando que todo conocimiento científico es situado y que tanto puede contribuir a la gestión del orden social como a su impugnación, queda por responder: ¿Por qué

fundamentar epistemológicamente de este modo el conocimiento científico se convierte en una forma de renovar las condiciones de posibilidad de la sociología crítica? Porque el problema de recuperar la tradición crítica de la sociología en Chile no puede evadir la revisión y reconstitución epistemológica y, porque a eso aportan los CS posibilitando ejercer la responsabilidad y el posicionamiento, como recursos para sustentar la crítica desde la investigación empírica.

Primero, porque la sociología crítica moderna, incluida su vertiente latinoamericana y chilena, permaneció amarrada a los supuestos de la tradición marxista y sus derivadas, desde las cuales se confiaba en que había “una” perspectiva correcta capaz de develar ideologías, contradicciones y condiciones para el cambio. Con los CS abandonamos la posibilidad de esa perspectiva única, pero no el que podamos ir encontrando posiciones parciales desde donde impugnar hegemonías o apostar por posibles transformaciones, pero sin ninguna certeza de que tales posiciones pueden superar las infinitas posibilidades que encierra toda práctica contingente y múltiple. Por lo tanto, y retomando la paradoja de la crítica, asumir los embates postmodernos no nos obliga a dejar de luchar contra las diversas formas de dominación desde el oficio de la investigación, pero sí cambia el cómo hacerlo.

A su vez, porque en esa misma sociología crítica el sociólogo (generalmente masculino) que la practicaba terminaba investido de un privilegio epistemológico que le permitía ver lo que otros no podían ver, y desde ese privilegio, más el compromiso vital con determinadas posiciones políticas contestatarias, al menos arriesgaba –cuando no ejercía- actitudes y prácticas mesiánicas o heroicas, desde las cuales se romantizaban las posiciones subalternas o se terminaba haciendo de ventrílocuo de las mismas. Con los CS podemos evadir tales riesgos porque los sociólogos –y ahora sí más sociólogas- no son analistas externos a las posiciones subalternas, pero tampoco pueden hablar por ellas ni mucho menos comprometer sus futuros. Son una voz, entre otras, marcadas por intereses políticos, que dada su práctica científica entendida como parcial y encarnada, participan con otros en las promulgaciones sobre una realidad asumida como múltiple, y en las disputas por decidir las “mejores” formas de actuar en ella. Esto para algunos podría implicar una pérdida de poder y capacidad de la sociología crítica, ya que si ella es necesariamente situada sería una más entre otras, arriesgando irrelevancia o la equivalencia del todo vale relativista, pero ello no tiene por qué ser. Una sociología crítica basada en prácticas de investigación situada es capaz de ofrecer recursos propios de su oficio (aparatos visuales, metodológicos, condiciones institucionales, disciplinarias, etc.) que otros no ofrecen. Más aún, si

aprovecha la reflexividad fuerte que ofrece la epistemología de los CS es capaz de problematizar la parcialidad que la constituye a través de tales recursos como una forma de fortalecer su objetividad.

Junto con eso, una sociología crítica dispuesta a asumirse como situada en el sentido aquí expuesto puede aprovechar nuevas formas de entender las relaciones sociales una vez que abandona la preeminencia humanista y se abre a reconocer que las entidades no humanas participan con nosotros en la acción social. Ello abre nuevos espacios para disputar el orden vigente y apostar por formas de cambio como las que se han venido impulsando desde las posiciones cyborg que expusimos en el marco teórico.

Sin embargo, la mayor ganancia que lograría la sociología crítica que aprovecha esta epistemología es que al reconocer la parcialidad del sujeto, la capacidad activa y astuta del objeto y el efecto difractorio que supone hacer una diferencia en el mundo, tiene la obligatoriedad de hacerse responsable de sus prácticas de investigación en los diferentes circuitos donde tales transcurren (en la producción, circulación, uso y validación del conocimiento, entre otras) y por ende debe asumir que la suya es una posición impugnable que necesariamente debe entrar en una relación de disputa, seducción y articulación política con otras voces. Así, definirse como un investigador o investigadora crítica ya no puede fundamentarse solo en que adherimos a proyectos políticos progresistas y que para justificar nuestras denuncias utilizamos correctamente el método, como era el riesgo que mostramos en el escenario dos sobre las investigadoras feministas; tampoco se resuelve en que optemos por investigar temas “comprometidos” movilizadores por nuestras indignaciones sobre el orden social y que en ello intentemos visibilizar los puntos de vista de las posiciones subalternas, como ocurre en los estudios sobre memorias de la represión política que mostramos en el escenario tres, y que pueden extrapolarse a otros temas críticos como investigar sobre mujeres, indios, pobres, abuso sexual, violencia política o muchos otros. Como tampoco ser un investigador crítico sería evitar los circuitos de influencia que otorga la “experticia” asumida como tecnociencia neutral que pudimos analizar en el primer escenario. Se trata de disputar que la producción de conocimiento científico opera de un modo diferente de aquel en el que fuimos entrenados: no hay sujetos imparciales, abstractos e invisibles, los objetos no son un terreno inerte a ser descubiertos ni en las ciencias naturales ni mucho menos en las realidades que abordan las ciencias sociales y la relación entre ambos no es un reflejo de lo que ya existe. Por el contrario, en las prácticas de investigación somos sujetos parciales y activos,

articulados con objetos también activos, co-participando en un proceso de difracción de la realidad, que es lo que buscamos poner en práctica en el escenario cuatro.

Así, aceptadas las premisas anteriores, podríamos sostener que la sociología crítica, vehiculizada a través de sus prácticas de investigación situada, podría dar razón de sí más allá del mero voluntarismo de “ser” crítica. Nada de esto garantiza que una sociología tal pueda tener efectos en la desestabilización del orden, pero permite que pueda seguir autocalificándose como disciplina científica y político-crítica responsablemente.

La dificultad de establecer algún tipo de continuidad con la llamada “sociología crítica” chilena de finales de los 60’ no pasa solo por cuestiones institucionales o por un mayor o menor deseo personal de los sociólogos de ser más o menos críticos, ni tan solo por los cambios históricos asociados a la dictadura y los procesos de transición democrática. Hay cuestiones epistemológicas que no pueden seguir pasándose por alto.

Ante el panorama de las profundas transformaciones sociopolíticas a las que nos hemos referido en la primera parte y sus consabidas consecuencias en cuanto a la desaparición de referentes epistemológicos para una sociología crítica, quienes siguen apostando por la necesidad de proyectos de ciencias sociales críticas no encuentran nuevos modelos en los que basarse, y más bien alegan –muchas veces nostálgicamente– la ausencia de teorías, ensayos e investigaciones que den cuenta críticamente de las grandes tendencias, proyecciones y conflictos que atraviesan la sociedad. Detrás de esto está la imagen del modelo de sociología marxista, porque aunque muchos ya no sigan creyendo en sus supuestos, siguen atados a la anhelada “promesa” que tal sociología ofrecía. Frente a eso, entre las nuevas generaciones de investigadores hay quienes también deseamos ejercer una práctica científica favorable a proyectos transformadores, pero careciendo de la confianza en la posibilidad de que la vieja sociología crítica tenga alguna capacidad de fundamentarse; menos aun creemos que tenga sentido absorber toda la complejidad social, incluidas sus dominaciones, en una gran teoría capaz de descifrar un conflicto central.

Y sin embargo, sigue siendo necesario preguntarse por las posibilidades de la crítica. De este modo –y como lo mostramos en el capítulo uno- para algunos la debilidad de la producción sociológica actual es que no logra hacer frente a una realidad donde no parece haber una esfera de la sociedad que la ordene en su conjunto o que determine a las otras esferas, donde la crítica se reduce a algo puntual, permitiendo solo cambios graduales y mínimos, ante lo cual surge la autocomplacencia, la ausencia de un debate global, la preeminencia de críticas parciales o el

refugio en ciertos fundamentalismos. Frente a eso, nuestro convencimiento es que gran parte del estancamiento de la vocación crítica de la sociología viene de las trampas inmovilizadoras en que nos ha dejado el tener que optar entre universalismo y relativismo. Por eso es que las cuestiones epistemológicas son cuestiones de primer orden para afrontar reflexiva y responsablemente nuestros deseos de unas ciencias sociales críticas y capaces de participar constructivamente en las nunca fáciles posibilidades de transformación social, precisamente a partir de la parcialidad. La crisis de la sociología crítica o la discontinuidad generacional de su ejercicio necesita una amplia y profunda discusión epistemológica para poder sostener que nuestras prácticas científicas son también críticas y comprometidas.

Ese es nuestro mayor aprendizaje, la epistemología es un recurso profundamente político y prometedor y el marco que ofrece Haraway por lo menos nos hace conscientes de la necesidad de romper con el infantilismo de la inocencia y buscar formas para ejercitar la responsabilidad. Ello porque si bien la situacionalidad afecta a todo tipo de conocimiento es aún más peligrosa la inocencia de quienes creen estar siendo críticos sin asumir ninguna responsabilidad. De momento mi propia práctica de investigación ya no puede encontrar refugio ni en los buenos deseos, ni en la elección de los temas de investigación “comprometidos”, ni en la solidaridad con los grupos subalternos. Cruzar con Haraway el umbral de la inocencia científica y política es un camino sin retorno, aunque una no sepa todavía hacia donde se dirige.

Llegamos a esta tesis, desde una posición parcial: el compromiso con el feminismo, con las luchas por las memorias de la dictadura desde una posición generacional, de clase y género particular; y también con la sociología, particularmente con la práctica de investigar y “enseñar” a hacerlo. Desde allí reconocemos ciertas cuestiones abiertas, limitaciones y proyecciones.

Entre lo que dejamos abierto figura la pregunta de si la ‘ontología múltiple’ de Mol no debiera pensarse como una condición necesaria para sostener la epistemología de los CS, ya que si ella supone que los conocimientos en tanto situados no pueden pretender ser la única versión sobre la realidad, para que tal diversidad no se asuma como diferentes perspectivas sobre un mismo objeto, habría que aceptar que tales objetos siempre son múltiples. Es una hipótesis para seguir trabajando, aquí usamos tal ontología y epistemología como recursos complementarios, pero tal vez una es condición de la otra.

Por otra parte, antes indicamos que los tres dominios de la crítica, i.e.: teórica, material y estética, podían identificarse en las investigaciones que se pretenden críticas, pero no podían seguir

pensándose como dominios separados ni lograban dar razón de su capacidad crítica. De todos modos cabe preguntarse si es posible sostener que hay críticas teóricas, materiales y estéticas situadas y en tanto tales logran fundamentar su capacidad crítica.

En cuanto a las limitaciones, finalmente no fue posible aplicar los recursos metodológicos que se describieron en el marco teórico en el análisis de los casos empíricos, particularmente la etnografía postmoderna y la propuesta de Law sobre el método. Los tuvimos presentes como coordenadas teóricas, pero no los aplicamos. Esto se debió a que en el transcurso del análisis nos dimos cuenta que era necesario concentrar la investigación en cómo operaba la epistemología de la articulación. Con todo, es un diálogo teórico que vale la pena desarrollar en futuros trabajos.

En otro sentido, si bien la propuesta de los CS nos permite encontrar condiciones de posibilidad epistemológica para fundamentar la crítica a través de las prácticas de investigación social, ello no implica que en la promulgación de tales prácticas –como objeto múltiple– la moderna epistemología no siga vigente. Aquí cobra sentido interpretar, en la línea de Bourdieu, a la sociología como campo de disputas donde posiciones con hábitos sedimentados entran en conflicto. Que la epistemología de la difracción gane o no terreno dependerá en gran medida de esas luchas. Por lo tanto, tras esta tesis podemos fundamentar mejor las condiciones de posibilidad de las investigaciones que se pretenden críticas, pero no podemos predecir que ellas logren reconocimiento intra, inter y extra disciplinar. Aquí es donde tiene sentido también hacer no solo epistemología de las prácticas científicas, sino sociología de tales prácticas como las que propone Latour o Ramos.

Por otra parte, una limitación de esta tesis es que no incorpora las voces de posiciones subalternas relacionadas a los temas que se trataron en los diferentes escenarios, tales como organizaciones sindicales, estudiantiles, feministas o vinculadas a los derechos humanos transgredidos durante la dictadura militar. Ello supone que no conocemos cómo desde tales posiciones y prácticas se promulgan los “objetos” a los que nos hemos referido. Si bien no era el objetivo de este trabajo abordarlo, para pensar la articulación no solo en su sentido epistemológico sino también político habría sido importante indagarlo y con ello habríamos mejorado probablemente la complejidad de nuestra preocupación por las prácticas de investigación que se pretenden críticas, prácticas que no son irrelevantes para los proyectos de tales actores. Aun siendo una limitación, puede ser también una posibilidad para seguir trabajando el tema, lo que sería nuestra primera proyección.



Una segunda proyección es continuar con la investigación metodológica, ya que creemos que en particular la posibilidad de dejar que los objetos de estudio muestren su capacidad de agencia pasa por investigar y proponer nuevos dispositivos metodológicos que permitan traducir la epistemología de la difracción de un modo más coherente que lo que hoy estamos haciendo. Ello pasa también por asumir el desafío que antes señalamos: cómo investigar una realidad que se asume ontológicamente como múltiple y promulgada en diversas prácticas. Con este trabajo se abren una serie de interrogantes sobre las posibilidades de seguir abordando lo social, al menos desde la sociología que se practica en Chile, prioritariamente sobre la base de dispositivos lingüísticos amarrados a lo que dicen los actores, sea mediante encuestas o a través de técnicas cualitativas. Aquí el sentido de asumir toda entidad –sujetos y objetos de investigación– como posiciones cyborg, cuasi-objetos y cuasi-sujetos material-semióticos, articulación entre agencias humanas y no humanas, por nombrar algunas, desafía nuestros modos de entender el método de manera compleja, tal como ya se ha venido anunciando (Law, 2007).

Nosotros utilizamos en esta tesis dispositivos metodológicos cualitativos tales como entrevistas semiestructuradas a expertos (escenario uno); entrevistas abiertas o en profundidad (escenario dos), análisis de documentos focalizados en textos que difundían investigaciones (escenario tres) y los autorrelatos propios del método biográfico aplicado a las mismas investigadoras (escenario cuatro); sin embargo, en la última investigación sobre las relaciones de transmisión de las memorias de la dictadura chilena a la que aludimos en el cuarto escenario trabajamos también con imágenes desde la lógica de la sociología visual y allí hemos ido encontrando recursos que permiten abrirnos a registros más sensoriales que posibilitan un juego más diverso para explorar la cualidad material-semiótica de los objetos.

Asociado a tales inquietudes metodológicas, a la preocupación por una fundamentación epistemológica de las ciencias sociales basadas en la epistemología de la articulación, al aporte que hemos aprendido del feminismo en este ámbito y a la preocupación por cómo se vienen transmitiendo generacionalmente las formas de ejercer la sociología, incluidas las sociologías críticas y su pasado traumático, nos parece necesario abordar cómo la disciplina está traduciendo los diferentes embates postmodernos (epistemológicos, teóricos, metodológicos) en sus dispositivos de formación disciplinaria. Las condiciones de posibilidad de las prácticas de las sociologías críticas (no solo las de investigación) tienen que ver con este tipo de soportes donde se juegan las disputas por definir qué es el conocimiento, la práctica, la sociología, la crítica o el oficio científico y profesional.

Finalmente, tratamos por separado escenarios temáticos que nos gustaría a futuro investigar en su conjunción, particularmente cruzar nuestro interés por el feminismo y los estudios de memoria social sobre la dictadura militar para estudiar género y memoria de manera simultánea, vale decir, investigar cómo están trabajando las memorias sociales de la dictadura en su articulación con las relaciones de género desde una perspectiva feminista.

A pesar de todos estos desafíos pendientes, tenemos la confianza de que esta tesis ha permitido encontrar razones que posibiliten a las prácticas de investigación crítica poder fundamentar su hacer. Y así, coherente con mi historia y mis inquietudes como socióloga, espero haber contribuido en potenciar el desarrollo de investigaciones epistemológicas sobre la sociología crítica en Chile.

## BIBLIOGRAFÍA

- Haye, A., Carvacho, H., González, R., Manzi, J., & Segovia, C. (2009). *Relación entre orientación política y condición socioeconómica: aproximaciones desde la psicología política*. (C. d. (CISPO), Ed.) Recuperado el agosto de 15 de 2010, de Revista Polis [en línea] 23: URL : <http://polis.revues.org/1789>
- Aguado, E., & Rogel, R. (2002). La Recuperación del Observador en la Construcción del Dato. *Cinta de Moebio*(13), 1-20.
- Aguilar, P. (2008). *Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparada*. Madrid: Alianza.
- Aguilar, P., Barahona de Brito, A., & González, C. (2002). *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*. Itsmo: Madrid.
- Aguilera, C. (2007). Participación ciudadana en el gobierno de Bachelet: Consejos Asesores Presidenciales. *América Latina Hoy*, 46, 119-143.
- Aguilera, C. (2009). *Las Comisiones Asesoras Presidenciales del Gobierno de Michelle Bachelet*. Santiago: FLACSO.
- Alcoff, L., & Potter, E. (Edits.). (1993). *Feminist Epistemologies*. New York: Routledge.
- Alcoff, L., & Potter, E. (1993A). When Feminisms Inrersect Epistemology. En L. Alcoff, & P. Elizabeth (Edits.), *Feminist Epistemologies* (págs. 11-14). New York: Routledge.
- Alexander, J. (2001). La centralidad de los clásicos. En A. Giddens, & J. Turner, *La teoría social, hoy*. (págs. 22-72). Madrid: Alianza.
- Álvarez, S. (2003). Presentación. En M. Ríos, L. Godoy, & E. Guerrero, *¿Un Nuevo Silencio Feminista?* (págs. 15-19). Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- Anderson, P. (1999). *Los orígenes de la posmodernidad*. Barcelona: Anagrama.
- Arditi, J. (1995). Analítica de la postmodernidad. En D. Haraway, *Ciencia, cyborg y mujeres* (págs. 8-19). Madrid: Cátedra.

- Arenas, A. (2010). *Historia de la Reforma Previsional Chilena: Una Experiencia Exitosa de Política Pública en Democracia*. Santiago: Oficina Internacional del Trabajo.
- Arensburg Castelli, S., Haye Molina, A., Jeanneret Brith, F., Sandoval Moya, J., & Reyes Andreani, M. J. (2013). From the subjectivity of the object to the subjectivation of research: Practices of social research in Chile. *Annual Review of Critical Psychology*(10), 232-256.
- Aristía, T. (Ed.). (2012). *Produciendo lo social. Usos de las ciencias sociales en el Chile reciente*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Arnold, M. (2004). Introducción a las epistemologías sistémico/constructivista. En F. Osorio (Ed.), *Ensayos sobre socioautopoiesis y epistemología constructivista* (págs. 7-15). Santiago de Chile: MAD.
- Aron, R. (2004). *Las Etapas del Pensamiento Sociológico*. Madrid: Tecnos.
- Aron, R. (2009). Introducción. En Weber, *El político y el científico* (págs. 9-77). Madrid: Alianza.
- Aróstegui, J. (2004). *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid : Alianza.
- Atria, R. (2012). La sociología weberiana. En M. Canales, O. Avendaño, & R. Atria, *Sociología. Introducción a los clásicos* (págs. 111-147). Santiago de Chile: LOM.
- Auriat, N. (2007). *Las políticas sociales y la investigación social: reapertura del debate*. Recuperado el 1 de julio de 2010, de <http://www.unesco.org/issj/rics156/auriatspa.html> .
- Avendaño, O. (2012). Teoría social y sociología histórica en la obra de Marx. En M. Canales, O. Avendaño, & R. Atria, *Sociología. Introducción a los clásicos* (págs. 23-77). Santiago de Chile: LOM.
- Barnes, B. (1977). *Interests and the Growth of Knowledge*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Barrig, M. (1998). Los malestares del Feminismo Latinoamericano: Una nueva lectura. *Meeting of the Latin American Studies Association* (págs. 1-18). Chicago: s.r.
- Bauman, Z. (1997). *Modernidad y Holocausto*. Madrid: Sequitur.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Beck, U., Giddens, A., & Lash, S. (1997). *Modernización Reflexiva*. Madrid: Alianza.
- Becker, D., Castillo, M., & Díaz, M. (1991). *Trauma y reparación después de la dictadura en Chile: consideraciones clínicas y sociales*. Santiago de Chile: ILAS.
- Becker, D., Morales, G., & Aguilar, M. (1994). *Trauma Psicosocial y Adolescentes Latinoamericanos: Formas de Acción Grupal*. Santiago de Chile: Ediciones Chile América CESOC. Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos (ILAS).
- Bell, D. (1991). *El Advenimiento de la sociedad post-industrial*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bisaillon, L., & Rankin, J. (2012). Navigating the Politics of Fieldwork Using Institutional Ethnography: Strategies for Practice . *Forum: Qualitative Social Research (electrónica)*, 14(1), 64 paragraphs.
- Bloj, C. (2005). Conocimiento social y políticas públicas: claves para pensar nexos y contratiempos. *Foro "Hacia políticas laborales con equidad de género: el caso del sector financiero en Costa Rica"*. San José de Costa Rica: CEPAL.
- Bloor, D. (1976). *Knowledge and Imaginery*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Bourdieu, P. (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bourdieu, P. (2003). *El oficio de científico*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2007). *El Sentido de lo Práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J.-C., & Passeron, J.-C. (1994). Introducción: Epistemología y Metodología. En P. Bourdieu, J.-C. Chamboredon, & J.-C. Passeron, *El oficio del sociólogo: Presupuestos epistemológicos* (págs. 15-30). Madrid: Siglo XXI.
- Bravo, L. (2013). Cincuenta Años de la Psicología en Chile: Una perspectiva Personal. *Psykhé*, 22(1), 125-137.
- Breuer, F. (2004). Subjectivity and reflexivity in the social science: epistemic windows and methodical consequences. *Forum Qualitative Social Research*, IV(2), s.r.

- Brunner, J. J. (1986). *Las Ciencias Sociales en Chile: Institución política y mercado en el caso de la sociología, Documento de Trabajo N° 35, FLACSO, Santiago*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Brunner, J. J. (1996). Investigación social y decisiones políticas: El mercado del conocimiento. *Nueva Sociedad*(146), 108-121.
- Burawoy, M. (2005). Por una sociología pública. *Política y Sociedad*, 42(1), 197-225.
- Burotto, A., & Torres, C. (Edits.). (2010). *Y votamos por ella. Michelle Bachelet: miradas feministas*. Santiago: Fundación Instituto de la Mujer.
- Butler, J. (2001). Fundamentos contingentes: el feminismo y la cuestión del "posmodernismo". *La Ventana*, 1(13), 7-41.
- Callon, M. &. (1990). *La science telle qu'elle se fait. Anthologie de la Sociologie des sciences en langue anglaise*. . París: La Découverte.
- Canales, M. (2012). Introducción. Tres sociólogos mirando la misma sociedad. En M. Canales, O. Avendaño, & R. Atria, *Sociología. Introducción a los clásicos* (págs. 9-21). Santiago de Chile: LOM.
- Canales, M., Avendaño, O., & Atria, R. (2012). *Sociología. Introducción a los clásicos*. Santiago de Chile: LOM.
- Cardoso, F., & Faletto, E. (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Casado Aparicio, E. (2002). La construcción socio-cognitiva de las identidades de género de las mujeres españolas (1975-1995) Tesis Doctoral. *Programa de Doctorado en Teoría Sociológica. Universidad Complutense de Madrid*. Madrid.
- Casper, M. (1995). The Making of the Unborn Patient: Medical Work and the Politics of Reproduction in Experimental Fetal Surgery, 1963-1993. San Francisco: Tesis Doctoral. Graduate Program in Sociology, University of California.
- Castells, M. (1999). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad. Vol. II*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Castillo, A. (2006). *La república masculina y la promesa igualitaria. Tesis para optar al grado de Doctor en Filosofía, mención Filosofía Política*. Santiago de Chile: s.r.
- CEPAL. (1998). *Cincuenta años del pensamiento de la CEPAL*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica-Chile.
- Chile, F. . (2007). *Memoriales de Derechos Humanos en Chile. Homenajes a las víctimas de violaciones a los derechos humanos entre 1973 y 1990*. Santiago de Chile: FLACSO - Chile.
- Clarke, A., & Montini, T. (1993). The Many Faces of RU486: Tales of Situated Knowledges and Technological Contestations. *Science, Technology and Human Values*, 1(18), 42-78.
- Clifford, J. (2003). Sobre la Autoridad Etnográfica. En C. Reynoso, *El Surgimiento de la Antropología Posmoderna* (págs. 141-169). Barcelona: Gedisa.
- Cohen, E., Tapia, L., Navarrete, C., Gil, C., & Fanta, G. (2001). *Los desafíos de la reforma del Estado en los programas sociales: tres estudios de caso*. Santiago de Chile: División de Desarrollo Social-CEPAL.
- Cornejo, M. (2006). El enfoque biográfico: Trayectorias, desarrollos teóricos y perspectivas. *Psykhé*(15), 95-106.
- Cornejo, M. (2008). Political Exile and the Construction of Identity: A Life Stories Approach. *Journal of Community and Applied Social Psychology*(18), 333-348.
- Cornejo, M., Rojas, R., Buzonni, M. E., Mendoza, F., Concha, M., & Cabach, C. (2007). Prisión Política y Tortura: Desde las Intervenciones Psicosociales a las Políticas de Reparación. *Persona y Sociedad*, XXI(1), 59-81.
- Cornejo, M., Besoain, C., & Mendoza, F. (2011). *Desafíos en la generación de conocimiento en la investigación social cualitativa contemporánea*. Recuperado el 2012, de <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1527/3140>
- Cornejo, M., Mendoza, F., & Rojas, R. C. (2008). La investigación con relatos de vida: pistas y opciones del diseño metodológico. *Psykhé*, 17(1), 29-39.

- Cornejo, M., Reyes, M. J., Cruz, M. A., Villarroel, N., Vivanco, A., Cáceres, E., y otros. (2013). Historias de la Dictadura Militar Chilena desde Voces Generacionales. *Psykhé*, 22(2), 49-65.
- Corporación Humanas & Fundación Instituto de la Mujer. (2005). *Memorias de Ocupación. Violencia sexual contra mujeres detenidas durante la dictadura*. Santiago de Chile: Humanas.
- Cruz, M. (2002). *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós.
- Cruz, M. (2015). La investigación en memorias de las dictaduras militares del Cono Sur como conocimiento situado. En *Historias y memorias. Diálogos desde una perspectiva interdisciplinaria* (pág. en revisión editorial). Temuco: Universidad de la Frontera.
- Cruz, M. A. (2002). Silencios, contingencias y desafíos: el Archivo de la Vicaría de la Solidaridad en Chile. En L. Da Silva Catela, & E. Jelin (Edits.), *Los Archivos de la Represión: Documentos, memoria, y verdad* (págs. 137-178). Madrid: Siglo Veintiuno.
- Cruz, M. A. (2004). *Iglesia, Represión y Memoria. El Caso Chileno*. Madrid: Siglo XXI.
- Cruz, M. A., & Ramírez, C. (2015). Memorias Subalternas sobre la Dictadura Militar en Chile: el Caso de la Corriente Liberadora de la Iglesia Católica. *Archives de sciences sociales des religions*, en prensa.
- Cruz, M. A., Reyes, M. J., Cornejo, M., & Banda, M. I. (2012). Conocimiento Situado y el Problema de la Subjetividad del Investigador/a. *Revista Cinta de Moebio*(45), 253-274.
- Curiel, O. (2009). Identidades esencialistas o Construcción de identidades políticas: El dilema de las feministas afrodescendientes. *Revista Electrónica Construyendo Nuestra Interculturalidad*, 4(5), 1-16.
- Da Silva Catela, L. (2002). Territorios de memoria política. Los Archivos de la Represión en Brasil. En L. y. Da Silva Catela (Ed.), *Los Archivos de la Represión: Documentos, Memoria y Verdad* (págs. 15-84). Madrid: Siglo XXI.
- Da Silva Catela, L., & Jelin, E. (Edits.). (2002). *Los Archivos de la Represión: Documentos, Memoria y Verdad*. Madrid: Siglo XXI.



- De Lauretis, T. (1992). *Alicia ya no. Feminismo, semiótica y cine*. Madrid: Cátedra.
- De Sierra, G., Garretón, M. A., Murmis, M., & Trindade, H. (2007). Las ciencias sociales en América Latina en una mirada comparativa. En H. Trindade (Ed.), *Las ciencias sociales en América Latina en una mirada comparativa* (págs. 17-52). México: Siglo XXI.
- Delamaza, G. (2010). Conflicto político y diseños institucionales de participación en el caso chileno. *Revista de Sociología*(23), 11-37.
- Denzin, N., & Lincoln, Y. (Edits.). (2005). *The Sage Handbook of Qualitative Research* (3era. ed.). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Doménech, M., & Tirado (comps.), J. (1998). *Sociología Asimétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*. Barcelona: Gedisa.
- Dos Santos, T. (2011). *Imperialismo y Dependencia*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 2011.
- Dunn, W. (2004). *Public policy analysis. An introduction*. New Jersey: Pearson Prentice Hall.
- Ema, J. L., García Dauder, S., & Sandoval Moya, J. (2003). Fijaciones políticas y trasfondo de la acción: movimientos dentro/fuera del socioconstruccionismo. *Política y Sociedad*, 40(1), 71-86.
- Equidad, C. A. (2008). *Informe Final, Hacia un Chile más justo: Trabajo, Salario, Competitividad y Equidad Social*. Santiago de Chile: s/r.
- Estébanez, M. E. (2007). Ciencia, tecnología y políticas sociales. Ciencia, docencia y tecnología. 18(34), 13-63.
- Fernández, C. (2008). *Archivos testimoniales en formato audiovisual..* Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Flacso Chile. (2000). *Chile 1999-2000. Nuevo Gobierno: desafíos de la reconciliación*. Santiago de Chile: FLACSO- Chile.
- Fleck, L. (1986). *La génesis y el desarrollo de un hecho científico*. Madrid: Alianza.

- Foley, D., & Valenzuela, Á. (2012). Etnografía Crítica. La política de la colaboración. En N. K. Denzin, & Y. S. Lincoln (Edits.), *Paradigmas y perspectivas en disputa* (págs. 79-110). Buenos Aires: Gedisa.
- Foucault, M. (2005). *El Poder Psiquiátrico. Curso en el College de France (1973-1974)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fraser, N. (2008). La justicia social en la era de la política de identidad: redistribución, reconocimiento y participación. *Revista de Trabajo. Agosto Diciembre*(6), 83-99.
- Freitas, R. (2005). La sociología política en Max Weber. *STVDIVM. Revista de Humanidades*(11), 227-240.
- Fung, A. (2006). Varieties of participation in complex governance. *Public Administration Review*, 66, 66-75.
- Funtowicz, S., & Stand, R. (2007). De la demostración experta al diálogo participativo. *Revista CTS*(3), 97-113.
- Gárate, M. (2012). El nuevo estatus del economista y el papel de los think tanks en Chile: el caso de Cieplan. En T. Aristía (Ed.), *Produciendo lo social. Usos de las ciencias sociales en el Chile reciente* (págs. 101-129). Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- García Dauder, S. (2003). Fertilizaciones cruzadas entre la psicología social de la ciencia y los estudios feministas de la ciencia. *Athenea Digital*(4), 109-150.
- García Dauder, S., & Romero, C. (2002). Rompiendo viejos dualismos: De las (im)posibilidades de la articulación. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 42-61.
- García Selgas, F. (2002). Vías para una teoría social crítica en la postmodernidad. *Tropelías*, 11, 33-48.
- García Selgas, F. (2003). "Para una ontología política de la fluidez social: el desbordamiento de los constructivismos". *Revista Política y Sociedad*, 1(40), 27-55.
- García Selgas, F. (2004). Feminist Epistemologies for Critical Social Theory: From Standpoint Theory to Situated Knowledge. En S. Harding (Comps.), *The Feminist Standpoint Theory Reader: Intellectual and Political Controversies* (págs. 292-309). New York.: Routledge.

- García Selgas, F. (2007). *Sobre la fluidez social: Elementos para una cartografía*. Madrid: CIS.
- García Selgas, F. (2008). Epistemología ciborg: de la representación a la articulación. En I. Sádaba Rodríguez, & A. J. Gordo López, *Cultura Digital y movimientos sociales* (págs. 149-172). Madrid: Catarata.
- García Selgas, F. (2010). Argumentos para una Sociología posthumanista y postsocialal. *Athenea Digital*, 19, 7-27.
- García Selgas, F. J. (1994). *Teoría social y metateoría hoy: el caso de Anthony Giddens*. Madrid: CIS.
- García Selgas, F. J. (1995). El cuerpo como base del sentido de la acción social. *REIS*(68), 41-83.
- García Selgas, F. J. (1996). La teoría social en la posmodernidad. En A. Pérez-Agote Poveda, & I. Sánchez de la Yncera (Edits.), *Complejidad y teoría social* (págs. 97-127). Madrid: CIS.
- García Selgas, F. J. (1999). Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad. En J. M. Delgado, & J. Gutiérrez (Coords.), *Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales* (págs. 497-501). Madrid: Síntesis.
- García Selgas, F. J. (2001). Donna Haraway: una epistemología feminista y posmoderna. *Ciencia y Género*, 357-372. (E. Pérez Sedeño, & P. Alcalá Cortijo, Recopiladores) Editorial Complutense.
- García Selgas, F. J. (2002). "De la sociedad de la información a la fluidez social: Emergencia de una nueva ontopolítica". En J. M. García Blanco, & P. Navarro Sustaeta (Edits.), *¿Más allá de la Modernidad?* (págs. 577-606). Madrid: CIS.
- García Selgas, F. J. (2002). Preámbulo para una ontología política de la fluidez social. *Athenea Digital*(1), 31-66.
- García Selgas, F. J. (2008). Posthumanismo(s) y ciencias sociales: una introducción. *Política y Sociedad*, 45(3), 7-15.
- García Selgas, F., & Monleón, J. (1999). Introducción. En F. Garcia Selgas, & J. Monleón (Edits.), *Retos de la Postmodernidad. Ciencias Sociales y Humanas* (págs. 11-29). Madrid: Trotta.

- García Selgas, F., García, A., & Casado, E. (2012). Análisis crítico de los indicadores de violencia de género en parejas heterosexuales en España. *Empiria*(24), 163-186.
- García, R. (2001). Fundamentación de una epistemología en las ciencias sociales. *Estudios Sociológicos del Colegio de México*, XIX(57), 615-619.
- Garretón, M. (1993). *La Faz Sumergida del Iceberg*. Santiago de Chile: LOM-CESOC.
- Garretón, M. (2000). *La Sociedad en que Vivi(re)mos*. Santiago de Chile: LOM.
- Garretón, M. A. (1982). *Las Ciencias Sociales en Chile. Situación problemas y perspectivas*. Santiago de Chile: Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Garretón, M. A. (2007). Las ciencias sociales en Chile. Institucionalización, ruptura y renacimiento. En H. Trindade (Ed.), *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada* (págs. 193-248). México: Siglo XXI.
- Garretón, M. A. (2010). Dimensiones políticas del estado social de derechos. . En X. Erazo,, L. Pautassi , & A. Santos (Edits.), *Exigibilidad y realización de derechos sociales. Impacto en la política pública* (págs. 43-56). Santiago: LOM.
- Garretón, M. A., Cruz, M. A., & Espinoza, F. (2010). Ciencias Sociales y Políticas Públicas en Chile: Qué, Cómo y Para Qué se Investiga en el Estado. *Revista Sociologías*, N° 24, Programa de Pós-Graduacao em Sociologia, N° 24, 76-119.
- Garretón, M. A., Cruz, M. A., Aguirre, F., Bro, N., Farías, E., Ferretti, P., y otros. (2011). Movimiento Social, nuevas formas de hacer política y enclaves autoritarios. Los Debates del Consejo Asesor para la Educación en el Gobierno de Michelle Bachelet en Chile. *Polis*(30).
- Geertz, C. (1989). *El Antropólogo como Autor*. Barcelona: Paidós.
- Giddens, A. (1991). *Sociología*. Madrid: Alianza .
- Giddens, A. (1995). *Las consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- Giddens, A., & Turner, J. (. (2001). *La Teoría Social, Hoy*. Madrid: Alianza.

- Ginsburg, M., & Gorostiaga, J. (2005). Las relaciones entre teóricos/investigadores y los decisores/profesionales: repensando la tesis de las dos culturas y la posibilidad del diálogo en el sector educativo. *Revista de Educación Comparada*(11), 285-314.
- Gonzalez, M. (2004). *La flor*. Santiago: LOM.
- Grosz, E. (1993). Bodies and Knowledges: Feminism and the crisis of reason. En L. Alcoff, & E. Potter (Edits.), *Feminist Epistemologies* (págs. 187-213). New York: Routledge.
- Guba, E. G., & Lincoln, Y. S. (2012). Controversias paradigmáticas, contradicciones y confluencias emergentes. En N. K. Denzin, & Y. S. Lincoln (Edits.), *Paradigmas y perspectivas en disputa, Barcelona* (págs. 38-78). Buenos Aires: Gedisa.
- Gutiérrez, J., & Delgado, J. (1995). Introducción. En J. Gutiérrez, & J. Delgado, *Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales* (págs. 25-50). España: Síntesis Psicológica.
- Guzmán, V., & Hola, E. (Edits.). (1996). *El Conocimiento como un hecho político*. Santiago de Chile: CEM.
- Habermas, J. (1986 [1968]). *Ciencia y técnica como ideología*. Madrid: Tecnos.
- Habermas, J. (1989). *El discurso filosófico de la postmodernidad*. Madrid: Taurus.
- Halbwachs, M. (1968). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, Cyborgs y Mujeres*. Madrid: Cátedra.
- Haraway, D. (1997). *Modest\_Witness@Second\_Millennium.FemaleMan\_Meets\_OncoMouse*. New York-London: Routledge.
- Haraway, D. (1999). La promesa de los monstruos: una política regeneradora. *Política y Sociedad*(30), 121-164.
- Haraway, D. (2000). *How Like a Leaf. An Interview with Thyrza Nichols Goodeve*. N. York, London: Routledge.
- Haraway, D. (2004). *Testigo Modesto@segundo Milenio.hombrehembra@ Conoce Oncorotón*. Barcelona: UOC, S.I.

- Harding, S. (1996). *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.
- Harding, S. (1998). *Is science multicultural?: postcolonialisms, feminisms, and epistemologies*. Library of Congress Cataloging-in-Publication Data.
- Harding, S. (2004). Rethinking Standpoint Epistemology: What Is 'Strong Objectivity'? En S. Harding (Ed.), *The Feminist Standpoint Theory Reader. Intellectual & Political Controversies* (págs. 127-140). New York: Routledge.
- Harding, S. (Ed.). (2004). *The Feminist Standpoint Theory Reader. Intellectual & Political Controversies*. New York: Routledge.
- Harding, S. (2008). *Sciences from below. Feminisms, Postcolonialism and Modernities*. Durham - London: Duke University Press.
- Haye, A., Carvacho, H., González, R., Manzi, J., & Segovia, C. (2009). Configuración ideológica de la cultura política chilena: Interacción entre orientación política y condición socioeconómica. *Polis* [versión electrónica], <http://www.revistapolis.cl/polis%20final/23/art15.htm>, s.r.
- Hooks, B. (1990). *Yearning*. Boston: Southend Press.
- Huyseen, A. (2000). En busca del tiempo futuro. *Puentes*, 1(2), 12-29.
- Huyseen, A. (2002). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ihl, O., & Kaluszynski, M. (2002). Pour une sociologie historique des sciences de gouvernement. *Revue Francaise d' Administration Publique*(102), 229-243.
- ILAS. (1989). *Derechos Humanos: todo es según el dolor con que se mire*. Santiago de Chile: ILAS/CESOC.
- Iranzo, J., & Blanco, J. R. (1999). *Sociología del conocimiento científico*. Madrid: CIS.
- Jameson, F. (1991). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Buenos Aires: Paidós.
- Jameson, F. (1996). *Teoría de la posmodernidad*. Madrid: Trotta.

- Jelin, E. (2001). *Elizabeth Jelin' reflections on the program evaluation*. s.r.
- Jelin, E. (2001). Exclusión, memorias y luchas política . En D. Mato, *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Buenos Aires: CLACSO.
- Jelin, E. (Ed.). (2002). *Las Conmemoraciones: Las Disputas en las Fechas "In-felices"*. Madrid: Siglo XXI.
- Jelin, E. (2002). Los Sentidos de la Conmemoración. En E. Jelin (Ed.), *Las Conmemoraciones: Las Disputas en las Fechas "In-felices"*. Madrid: Siglo XXI.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Jelin, E., & Langland, V. (Edits.). (2003). *Monumentos, Memoriales y Marcas Territoriales*. Madrid-Buenos Aires: Siglo XXI.
- Jelin, E., & Langland, V. (2003A). Introducción: Las marcas territoriales como nexo entre pasado y presente. En E. Jelin, & V. Langland (Edits.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. (págs. 1-18). Madrid: Siglo XXI.
- Jiménez, F. (1997). *Notas sobre la fragmentación de la razón. Lección inaugural del curso 1997-1998*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Jocelyn-Holt, A. (2000). *Espejo Retrovisor. Ensayos Histórico-políticos 1992-2000*. Santiago de Chile: Planeta.
- Joignant, A. (2007). *Un día distinto. Memorias festivas y batallas conmemorativas en torno al 11 de septiembre de Chile 1974-2006*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Kelle, U. (2005). "Emergence" vs. "Forcing" of Empirical Data? A Crucial Problem of "Grounded Theory" Reconsidered. . *Forum: Qualitative Social Research (versión electrónica, 6(2), párrafo 467*.
- Kincheloe, J. L., & McLaren, P. (2012). Replanteo de la teoría crítica y de la investigación cualitativa. En N. K. Denzin, & Y. S. Lincoln (Edits.), *Paradigmas y perspectivas en disputa* (págs. 241-315). Buenos Aires: Gedisa.

- Kirkwood, J. (2010). *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. Santiago de Chile: LOM.
- Knorr Cetina, K. (2005). *La fabricación del conocimiento. Un ensayo sobre el carácter constructivista y contextual de la ciencia*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Kusenbach, M. (2005). Across the Atlantic: Current Issues and Debates in US Ethnography. *Forum: Qualitative Research*, 6(3), Art. 47.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: FCE.
- Ladson-Billings, G., & Donnor, J. (2012). El papel activista moral de los estudios de la teoría crítica de la raza. En N. K. Denzin, & Y. S. Lincoln, *Paradigmas y perspectivas en disputa* (págs. 199-240). Buenos Aires: Gedisa.
- Lahera, E. (2002). *Introducción a las políticas públicas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lasch, S. (1997). *Sociología del posmodernismo*. Buenos Aires: : Amorrortu.
- Lash, S. (2005). Poder no lineal: McLuhan y Haraway. En S. Lash, *Crítica de la información* (págs. 295-336). Buenos Aires: Amorrortu.
- Latour, B. (1987). *Science in Action*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Latour, B. (1988). *The Pasteurization of France*. Cambridge, Mass.: Harvard Univesity Press.
- Latour, B. (1991/1998). La tecnología es la sociedad hecha para que dure. En M. Doménech, & F. Tirado (Edits.), *Sociologia Simétrica* (págs. 109-142). Barcelona: Gedisa.
- Latour, B. (1993). *Nunca hemos sido modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Madrid: Debate.
- Latour, B. (1995). Dadme un laboratorio y moveré el mundo. En J. M. Iranzo , J. R. Blanco, T. González de la Fe, T. González de la Fé, C. Torres, & A. Cotillo (Edits.), *Sociología de la Ciencia y la Tecnología* (págs. 237-258). CSIC: Madrid.
- Latour, B. (1999). On Recalling ANT. En Law, & H. (eds.), *Acto-Network Theory and After* (págs. 15-26). Oxford: Blackwell Publishers.



- Latour, B. (2001). *La esperanza de Pandora: Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.
- Latour, B. (2004). *Politics of Nature: How to Bring the Sciences into Democracy*. HARVARD UNIVERSITY PRESS: Cambridge, Massachusetts.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Latour, B., & Woolgar, S. (1986). *Laboratory Life: The Construction of Scientific Facts*. Princeton: Princeton University Press.
- Latour, B., & Woolgar, S. (1995). *La Vida en el Laboratorio: la construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza.
- Laucken, U. (2002). Quality Criteria as Instruments for Political Control of Sciences. *Forum: Qualitative Social Research*, 3(1).
- Law, J. (2007). *After Method. Mess in social science research*. New York: Routledge.
- Lazzara, M. (2003). Tres Recorridos de Villa Grimaldi. En E. Jelin, & V. Langland (Edits.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales* (págs. 127-148). Madrid: Siglo XXI.
- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago de Chile: LOM.
- Lefranc, S. (2002). *Políticas del perdón*. Madrid: Cátedra.
- Legrand, M. (1993). *L'approche biographique*. París: Hommes et perspectives - Desclée de Brouwer.
- Legrand, M. (1999). La contra-transferencia del investigador en los relatos de vida. *Proposiciones*(29), 115-121.
- Liamputtong, P., & Ezzy, D. (2005). *Qualitative research methods*. South Melbourne: Oxford University Press.
- Lira, E., & Loveman, B. (1999). *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932*. Santiago de Chile: LOM.

- Lira, E., & Loveman, B. (2000). *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1832-1994*. Santiago de Chile: LOM.
- Lira, E., & Loveman, B. (2002). *El espejismo de la reconciliación política. Chile 1990-2002*. Santiago de Chile: LOM.
- Lira, E., & Loveman, B. (2005). *Políticas de reparación*. Santiago de Chile: LOM.
- Lira, E., & Piper, I. (1996). *Reparación, Derechos Humanos y Salud Mental*. Santiago de Chile:: ILAS.
- Longino, H. (1993). Subjects, power and Knowledge: Description and Prescription in Feminist Philosophies of Science. En L. Alcoff, & E. Potter, *Feminist Epistemologies* (págs. 101-120). New York: Routledge.
- Loveman, B., & Lira, E. (2001). Políticas de la Verdad en Chile 1891-1991. En E. Lira, B. Loveman, P. Salvat , & T. Misfud, *Historia, política y ética de la verdad en Chile, 1891-2001. Reflexiones sobre la paz social y la impunidad*. Santiago de Chile: LOM.
- Luhmann, N. (1995). *Social Systems*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Luhmann, N. (1996). *La Ciencia de la Sociedad*. México: Universidad Iberoamericana, Anthropos, ITESO.
- Luhmann, N. (1998). *Complejidad y modernidad*. Madrid: Trotta.
- Luhmann, N. (1998). *Sistemas Sociales. Lineamientos para una teoría general*. México D.F: Anthropos, Universidad Iberoamericana, Pontificia Universidad Javeriana.
- Luhmann, N. (2008). *El amor como pasión*. Barcelona: Ediciones Península.
- Lyotard, J. (1984). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Manzi, J., Helsper, E., Ruiz, S., Krause, M., & Kronmüller, E. (2003). El pasado que nos pesa: la memoria colectiva del 11 de septiembre de 1973. *Revista de Ciencia Política*, XXII(2), 177-214.
- Marchesi, A. (2002). ¿'Guerra' o 'terrorismo de Estado'? Recuerdos enfrentados sobre el pasado reciente uruguayo, . En E. Jelin (Ed.), *Las Conmemoraciones: Las Disputas en las Fechas "In-felices"*. Madrid: Siglo XXI.

- Martin, O. (2003). *Sociología de las Ciencias*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Mascareño, A. (2010). *Diferenciación y contingencia en América Latina*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Mejía, J. (2003). Perspectiva de la Investigación Social de Segundo Orden. *Cinta de Moebio*(14), 200-225.
- Méndez, L. (2006). Administrando la desigualdad de los sexos: ¿los estudios de género a la dervia? En F. García Selgas, & C. Romero Bachiller (Edits.), *El Doble Filo de la Navaja: violencia y representación* (págs. 169-187). Madrid: Trotta.
- Menéndez-Carrión, A., & Joignant, A. (1999). *La caja de Pandora: el retorno de la transición chilena*. Santiago de Chile: Planeta/Ariel.
- Merton, R. (1973). *The Sociology of Science*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Meynaud, J. (1964). *La technocratie. Mythe ou réalité?* . Paris: Les Éditions Payot.
- Middleton, D., & Edwards, D. (1990). *Memoria compartida. La naturaleza del recuerdo y del olvido*. Barcelona: Paidós.
- Mills, W. (1964). *La Imaginación Sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mogrovejo, N. (s.f.). *El Feminismo en la era del Neoliberalismo Hegemónico*. Recuperado el marzo de 1 de 2014, de Ojo de Bruja Ediciones feministas y lésbicas independientes: <http://difusionfeminista.blogspot.com>
- Mol, A. (2002). *The Body Multiple: ontology in medical practice*. Durham and London: Duke University Press.
- Mol, A., & Law, J. (2002). Complexities: An Introduction. En J. Law, & A. Mol (Edits.), *Complexities* (págs. 1-22). Durham: Duke University Press.
- Mombello, L. (2003). Neuquén, la memoria peregrina. En E. Jelin, & V. Langland (Edits.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales* (págs. 149-164). Madrid: Siglo XXI.
- Montecino, S., & Obach, A. (Edits.). (1999). *Género y Epistemología. Mujeres y disciplinas*. Santiago de Chile: LOM.

- Montecinos, V., & Markoff, J. (2012). Del poder de las ideas económicas al poder de los economicistas. En T. Aristía (Ed.), *Produciendo lo social. Usos de las ciencias sociales en el Chile reciente* (págs. 25-72). Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Montezemolo, F. (2003). Conversando con Renato Rosaldo. *Revista de Antropología Social*(12), 321-345.
- Mora, M. (2002). *Poder y resistencia en entornos virtuales: notas para un debate sobre el fetichismo de las TIC y la desmovilización política*. Recuperado el 13 de marzo de 2004, de Cultura & Política @ Ciberespacio: <http://cibersociedad.rediris.es/congreso>.
- Morales, G., & Rojas, R. (2013). El Rol de lo Institucional en la Experiencia de Escucha de la Tortura de Profesionales de la Comisión Nacional Sobre Prisión Política y Tortura. *Psyche*, 22(1), 97-109.
- Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Moulián, T. (1997). *Chile Actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM.
- Mulkay, M. (1993). Retórica y Control Social en el gran Debate sobre los embriones. *Política y Sociedad*, 14(15), 143-154.
- Neruda, P. (1924). *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Santiago de Chile: Nascimento.
- Niewiadomski, C., & De Villers, G. (2002). Prolégomènes. En C. Niewiadomski , & G. De Villers, *Souci et soin de soi. Liens et frontières entre histoire de vie, psychothérapie et psychanalyse*. París: L'Harmattan.
- Nora, P. (2009). *Pierre Norra en Les lieux de mémoire* . Santiago de Chile: LOM.
- Nowotny, H., Scott, P., & Gibbons, M. (2003). 'Mode 2' Revisited: The New Production of Knowledge. *Minerva*(41), 179-194.
- Núñez, I. M. (2008). El sujeto femenino en la pampa salitera. Una mirada desde los estudios de género. *Diálogo Andino*(31), versión electrónica.

- Olesen, V. (2012). Investigación cualitativa feminista de principios de milenio. En N. Denzin, Y. Lincoln, & (comps.), *Paradigmas y perspectivas en disputa* (págs. 111-198). Barcelona: Gedisa.
- Olivé, L. (2007). *La ciencia y la tecnología en la sociedad del conocimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Osorio, F. (. (2004). *Ensayos sobre Socioautopoiesis y Epistemología Constructivista*. Santiago de Chile: Ediciones MAD.
- Ossandón, J. (2012). ¿Cómo se hace un mercado? ...Aguete formaciones sociales, conflictos políticos y economistas. En T. Aristía (Ed.), *Produciendo lo social. Usos de las ciencias sociales en el Chile reciente* (págs. 285-310). Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Ovejero, A. (2004). La psicología social de la ciencia y el giro “sociopsicológico” en el análisis de la ciencia y del conocimiento científico. En J. Valero, *Sociología de la Ciencia*. Madrid: EDAF.
- Pickering, A. (Ed.). (1992). *Science as Practice and Culture*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Piper, I. (2005). Las obstinaciones de la memoria: la dictadura militar chilena en las tramas del recuerdo. *Tesis Doctoral* . Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Piper, I., Reyes, M. J., Escobar, M., Fernández, R., & Arteaga, C. (2008). Proyecto Fondecyt Regular 1070926. *Usos del espacio, identidades sociales y políticas del recuerdo: Análisis psicosocial de lugares de memoria de los conflictos violentos de nuestro pasado reciente*. Chile.
- Pitts, M., & Miller-Day, M. (2007). Upward turning points and positive rapport-development across time in researcher–participant relationships. *Qualitative Research*, 7(2), 177-201.
- Portelli, A. (2004). *La orden ya fue ejecutada: Roma, las Fosas Ardeatinas*. Buenos Aires: Fondo De Cultura Económica.
- Rabinow, P. (1977). *Reflexions on Fieldwork in Morocco*. (U. C. Press, Ed.) Berkeley.

- Ramos Torre, R. (2011). Prefacio La Sociología de Durkheim y la Política. En Vernik (Ed.), *Émile Durkheim. Escritos Políticos* (págs. 9-43). Barcelona: Gedisa.
- Ramos Zincke, C. (2012). *El ensamblaje de ciencia social y sociedad. Conocimiento científico, gobierno de las conductas y producción de lo social*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Ramos, C. (2005). Cómo investigan los sociólogos chilenos en los albores del siglo XXI: paradigmas y herramientas del oficio. *Persona y Sociedad*, XIX(3), 85-119.
- Ramos, R. (1989). Maurice Halbwachs y la memoria colectiva. *Revista de Occidente*(100), 63-81.
- Real Academia Española. (s.f.). *Diccionario de la Lengua Española*. Recuperado el 1 de julio de 2004, de RAE.ES: <http://www.rae.es/recursos/diccionarios/drae>
- Remy, M. (2011). Participación ciudadana y gobiernos descentralizados. *Cuadernos Descentralistas*(28), s/r.
- Reyes , M. J. (2003). Entre la reconciliación y la convivencia. Un análisis de las narraciones cotidianas en el contexto chileno. *Tesis de Magíster no publicada*. Barcelona.: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Reyes, L. (2004). Actores, Conflicto y Memoria: Reforma Curricular de Historia y Ciencias Sociales en Chile, 1990-2003. En E. Jelin , & F. Lorenz, *Educación y Memoria. La Escuela Elabora el Pasado*. Madrid, Buenos Aires: Siglo XX.
- Reyes, M. J. (2009A). Política de memoria como producción cotidiana: la despolitización y la privatización del pasado reciente en el Chile actual. *Tesis Doctoral* . Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Reyes, M. J. (2009B). Generaciones de memoria: una dialógica conflictiva. *Revista Praxis*(15), 77-97.
- Reyes, M. J. (2011). Dialogía intergeneracional en la construcción de memorias del pasado reciente. En C. Aguilera, & R. Millán, *Ciudadanía y Memorias, desarrollo de sitios de conciencia para el aprendizaje en Derechos Humanos*. Santiago de Chile: Corporación Villa Grimaldi y Ediciones Böll.

- Reynoso, C. (2003). Presentación. En C. Reynoso (Ed.), *El Surgimiento de la Antropología Posmoderna* (págs. 11-60). Barcelona: Gedisa.
- Richard, N. (1998). *Residuos y metáforas. (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición)*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- Richard, N. (2008). *Feminismo, género y diferencia*. Santiago de Chile: Palinodia.
- Richard, N. (2008). *Feminismo, género y diferencia*. Santiago de Chile: Palinodia.
- Richard, N. (2008). *Feminismo, género y diferencia (s)*. Santiago de Chile: Palinodia.
- Ricoeur, P. (2000). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.
- Ríos, M., Godoy, L., & Guerrero, E. (2003). *¿Un Nuevo Silencio Feminista? La Transformación de un movimiento en el Chile posdictadura*. Santiago: Cuarto Propio- Centro de Estudios de la Mujer.
- Ritzer, G. (2001). *Teoría sociológica*. Madrid: PIUCO.
- Rodríguez, I. (1999). *¿Un nuevo malestar en la cultura? Variaciones sobre la crisis de la Modernidad*. Madrid: CIS.
- Roitman, M. (2008). *Pensar América Latina: El Desarrollo de la Sociología Latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.
- Romero Bachiller, C. (2003). Los desplazamientos de la “raza”: de una invención política y la materialidad de sus efectos. *Política y Sociedad*, 40(1), 111-128.
- Rosaldo, R. (1999). Identidades y Movimientos Sociales en Norteamérica. Auto-etnografía desde el punto de vista de uno de sus participantes. *Política y Sociedad. La Deconstrucción del Agente Social*(30), 53-59.
- Russell, G., & Kelly, N. (2002). Research as Interacting Dialogic Processes: Implications for Reflexivity. *Forum Qualitative Social Research*, 3(18), 47 paragraphs.
- Sádaba, I., & Gordo, A. (2008). *Cultura digital y movimientos sociales*. Madrid: Catarata.
- Salazar, G., & Pinto, J. (2002). *Historia contemporánea de Chile. Tomo IV: Hombres y feminidad*. Santiago de Chile: LOM.

- Sánchez, K. (2006). El ingreso de la mujer chilena a la Universidad y los cambios en la costumbre por medio de la ley 1872-1877. *Historia*, 39(2), 497-529.
- Sandoval, J. (2013). Una perspectiva situada de la investigación cualitativa en Ciencias Sociales. *Cinta de Moebio*(46), 37-46.
- Schwartzman, S. (2002). A pesquisa científica e o interesse público. *Revista Brasileira de Inovação*(1), 361-395.
- Scribano, A. (2001). *Investigación Cualitativa y Textualidad*. Recuperado el 9 de junio de 2011, de <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=10101104>
- Scribano, A., & De Sena, A. (2009). . Construcción de conocimiento en Latinoamérica: Algunas reflexiones desde la auto-etnografía como estrategia de investigación. *Cinta de Moebio*(34), 1-15.
- Shapin, S., & Schaffer, S. (2005). *El Leviathan y la bomba de vacío*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Shotter, J. (1990). La construcción social del recuerdo y el olvido. En D. Middleton , & D. Edwards, *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y el olvido*. Barcelona: Paidós.
- Sidicaro, R. (2011). Postfacio. La política según Durkheim. En Vernik (Ed.), *Émile Durkheim. Escritos políticos* (págs. 217-253). Barcelona: Gedisa.
- Silva, P. (2012). Tecnócratas y política en Chile: de los Chicago Boys a los Monjes de Cieplan. En T. Aristía (Ed.), *Produciendo lo social. Usos de las ciencias sociales en el Chile reciente* (págs. 73-100). Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Smith, D. E. (2005). *Institutional Ethnography: A Sociology for People*. Walnut Creek (California): Altamira Press.
- Stern , S. (2000). De la Memoria Suelta a la Memoria Emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998). En G. M. (comp.), *Memoria para un nuevo siglo, Chile miradas a la segunda mitad del Siglo XX* (págs. 11-33). Santiago de Chile: LOM.



- Stern, S. (2004). *Recordando el Chile de Pinochet. En vísperas de Londres 1998*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Street, & Street, S. (2008). Un recuento autoetnográfico: La representación y la reflexividad. *Revista Sinéctica [versión electrónica]*, [http://portal.iteso.mx/portal/page/portal/Sinectica/Revista/Articulo006\(30\)](http://portal.iteso.mx/portal/page/portal/Sinectica/Revista/Articulo006(30)), s.r.
- Tatagiba, L. (2002). Los consejos gestores y la democratización de las políticas públicas en Brasil. En E. Dagnino (Ed.), *Sociedad civil, esfera pública y democratización en América Latina: Brasil*. México: Unicamp-Fondo de Cultura Económica.
- Tironi, M. (2010). Pastelero a tus pasteles: experticia, performatividad y controversias urbanas en Santiago de Chile. *Conferencia Produciendo lo social: una mirada reflexiva a las ciencias sociales en Chile y América Latina*. Fac. de Ciencias Sociales e Historia, Universidad Diego Portales.
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Toledo, M. I., & Magendzo, A. (2008). Estudio exploratorio de la enseñanza y aprendizaje de la sub-unidad Régimen Militar y Transición a la Democracia. *Proyecto Fondecyt Regular (N° 1060550)*. Chile.
- Torres Albero, C. (1994). *Sociología política de la ciencia*. Madrid: C.I.S.-Siglo XXI.
- Touraine, A. (1993). *Crítica de la Modernidad*. Madrid: Temas de Hoy.
- Traverso, E. (2007). *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pon.
- Tyler, S. (2003). La etnografía posmoderna: de documento de lo oculto a documento oculto. En C. Reynoso, *El Surgimineto de la Antropología Posmoderna* (págs. 297-313). Barcelona: Gedisa.
- Urry, L. (2007). *Mobilities*. Oxford: Polity Press.
- Valdés Echenique, T., & Gomáriz Moraga, E. (1995). *Mujeres latinoamericanas en cifras*. Instituto de la Mujer, Ministerio de Asuntos Sociales de España y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Santiago de Chile.

- Valdés Subercaseaux, X. (2012). Desincronización temporal y espacial entre trabajo y familia: Hacerse el salario en las migraciones estacionales de los/as temporeros/as de la uva. *Revista Polis*, 11(31), 449-476.
- Valdés, T. (2000). *De lo Social a lo Político. La Acción de las Mujeres Latinoamericanas*. Santiago: FLACSO-LOM.
- Valero, J. (2004). Sociología de la Ciencia, un Análisis Postmertonianiano. En J. Valero, *Sociología de la Ciencia*. Santiago de Chile: EDAF.
- Vaughan, D. (1996). *The Challenger Launch Decision: Risky Technology, Culture, and Deviance at NASA*. Chicago: University of Chicago Press.
- Vázquez, F. (2002). Construyendo el pasado: la memoria como práctica social. *Estudios Centroamericanos (ECA)*(649-650), 1049-1065.
- Vázquez, F. (2003). *Psicología del comportamiento colectivo*. Barcelona: UOC.
- Vázquez, J. (2001). *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Vercelli, A. (2010). Reconsiderando las tecnologías sociales como bienes comunes. *Iconos*(37), 55-64.
- Wacquant, L. (2002). Scrutinizing the Street: Poverty, Morality, and the Pitfalls of Urban Ethnography. *American Journal of Sociology*, 107, 1468-1532.
- Wajcman, J. (2006). *El Tecnofeminismo*. Madrid: Cátedra.
- Weber, M. (1998 ). *El Político y el Científico*. Madrid: Alianza.
- Wiesenfeld, E. (2000). The researcher's place in qualitative inquiries: un-fulfilled promises? *Forum: Qualitative Social Research [versión electrónica]*, 1(2), s.r.
- Winkler, M. I. (2007). *Pioneras sin monumentos. Mujeres en Psicología*. Santiago de Chile: LOM.
- Winn, P. (2001). *The Collective Memory of Represión Program: An Evaluation*.
- Woolgar, S. (1991). *Ciencia: Abriendo la caja negra*. Barcelona: Anthropos.

Zamora, J. (2005). *Ciencia pública - ciencia privada. Reflexiones sobre la producción del saber científico*. México: Fondo de Cultura Económica.

## Extended Summary

Title: Donna Haraway's *Situated Knowledges* as an epistemology resource for critical social research. Four scenarios to analyse the Social Science and Politics assembly in Post-Dictatorship Chile.

In the context of the challenges posed by postmodernism to the social sciences, this thesis provides arguments to sustain that social scientific knowledge can be both objective and partial. Following Donna Haraway's proposal on *situated knowledge*, our interest is twofold; testing Haraway's articulation upon epistemology in the field of empirical social research practices and investigating what critical sociology in post-dictatorship Chile can learn from feminism as a critical, rigorous and partial knowledge.

Our research does not follow the usual path traced by some theoretical discussions in the fields of social theory, epistemology, political theory, sociology and social studies of science. Rather, we analyze some spaces where such concerns may have to deal with the practices of sociological research. Specifically, it describes not only how some of these theoretical debates challenge the notion of positivist objectivity in the field of the empirical social research, but the implications arising from participating in the production of a knowledge that is recognized as situated and, at the same time, seeks to be a form of objectivity.

In addressing this issue we refer to a variety of sources. Our main theoretical reference is the feminist movement, mainly in its epistemological aspect for being a tradition that looks at itself critically, in the search for new forms of strong partial objectivity. From that option we arrive to the science issue in feminism troubled by feminist epistemologists, especially Donna Haraway and her commitment to *situated knowledge* (henceforth CS) as a project of political and cognitive objectivity.

In a nutshell, this thesis is located in the conjunction of three theoretical areas - the challenges of postmodernism, feminist epistemologies, and the relationship between science and politics - from which we seek to contribute to address a theoretical question: How do we test the relationship between science and politics from the CS proposal? This question is researched by means of four scenarios proposed as specific contexts where relationships with scientific practice are embodied in social scientific research and political normative commitments.

In this sense, the research problem of this study operates as a sort double mirror that allows us to look at some of the elements of Haraway's CS, on the one hand, and four scenarios of empirical research on the other hand. The thesis does not evaluate the epistemological model nor empirical programs, but rather investigates which characteristics have implications.

Since Haraway's proposal crosses a wide range of epistemological discussions, we have chosen to focus on her defense of objectivity as somewhat non-neutral through the situated knowledge, particularly in what refers to the relationship between research subject and object of study (SW) which is embodied in the articulation epistemology (Garcia Selgas F., 2008).

In summary, this epistemology assumes that scientific knowledge is produced in a relationship between a partial and active subject and also active object, through which reality is *diffracted instead of reflected*. To illustrate how this logic operates, the first two empirical scenarios put emphasis on the subject; the first of them denying their bias and the second recognizing it, while the third is dealing with a problematization of the object. Only on the fourth stage we can show that the object operates as an active entity, and that the relationship between subject and object diffracts the reality.

Keeping this in mind, the research intends to find out to what extent the epistemology of the CS, in relation to the SW relationship, can give reason for certain areas of validation, use, dissemination and production of scientific knowledge in the social sciences, that highlight the relationships between the scientific and the political. As a consequence, the research question is formulated in the following way: how can the CS assumptions concerning the relationship subject-object operate in certain practices of research that showed the assemblies between social sciences and politics?

Furthermore, the general objective intends to understand how the epistemology of the CS can be condition of possibility to argue for the critical function of empirical social-scientific investigations, which are assumed 'critical' and/or committed politically, without renouncing to a form of scientific and rigorous, but not neutral objectivity. Such an objective can be decomposed into a series of more specific purposes intended to investigate how this critical dimension appears in the four selected scenarios; exploring how the objectivity defended by the CS is expressed and constructed; review how the logic of the incarnation/distancing debated by the CS operates; analyzing how the Subject-Object of knowledge relationship proposed by the CS works, and

especially, understanding how the presumption of innocence/responsibility of knowledge discussed by the CS works in the three selected scenarios.

The first chapter of this work presents the construction and justification of the research problem, in the context of the theoretical debates that make it relevant. We described how the social sciences have been affected in their most basic foundations after the changes associated with the crisis of modernity, and along with it, we exposed the dilemmas facing critical sociology in the case of Chilean sociology.

Part I, comprising chapters Two to Four, presents the theoretical and epistemological coordinates that will lead to the empirical stages through which we investigate the problem. In the first place we discussed the reasons that made us to discard some of the resources of contemporary social theory to understand relations between social sciences and society, as exemplified by Luhmann and Bourdieu. Secondly, we present arguments from the sociology of science. We argue specifically that Latour's proposal constitutes a necessary but insufficient point of departure. Then, the main course of this thesis develops in what we assume is the paradox that critical theory faces in postmodern times. Such paradox takes the form of a dilemma which presupposes the recognition of the implosion of a series of dichotomies that claimed modern thought, and that crumbled in postmodernity, not only in representations, but in reality; the paradox of being dragged by a need of criticism which, even though it's impossible to satisfy, it's still impossible to elude.

After that, we present the development of our theoretical lens that includes the proposal of articulation epistemology (Garcia Selgas, 2008) based on the theoretical program of Donna Haraway (1995, 1997, 1999), a complementary perspective such as Sandra Harding's (1996) postulate about the strong objectivity and multiple ontology, and Annemarie Mol's multiple ontology (2002). Finally, we include some of the debates closed to our proposal discussion from which have been trying the practices of critical research issues; among others, Law's proposals (2007) on the method assemblage, and recent discussions of qualitative methodologies and reflections of postmodern ethnography.

Trying to substantiate the relevance of applying the epistemology of situated knowledge proposed by Haraway, in the four following chapters that make up the second part, we show some ways that allow us to study the situationality of knowledge, produced by the practices of social scientific research to be critical. On that end, we make a full revision of our own

profession as researchers, using different projects in which we have participated, from a second order perspective which seeks to look at such practices and ask for the possibilities offered by Haraway's proposal to strengthen the critical vocation of Latin American sociology, and in particular Chilean sociology. The common thread has been a focus on the wider theoretical question about assemblies between scientific concerns and politician regulations. For this reason we search for situations that allow us to look at that question in different scenarios. Thus, we assume that epistemology is not just an abstract question, but can also be grounded in several areas where social scientific knowledge is valid and circulates (stage one); where it is used (stage two), spreads (stage three) occurs and self-understanding (stage 4) as a way to diversify as much as possible the scope of this epistemology.

Thus, in chapter five we present the first scenario dedicated to the exploration of the participation of scientific knowledge, focused in the figures of the 'experts' in social and economic sciences, who participated in Presidential Board Advisors (CAPs) during the first Government of Michelle Bachelet, with the purpose of discussing a series of reforms in the fields of education, social welfare and the living wage. Using this scenario as a way of observing how scientific knowledge validates itself, allows us to expose the problem of maintaining modern epistemology of representation, which equals scientific neutrality with objectivity, so that 'experts' as conveyors of techno-social and economic science, appear as autonomous and disinterested subjects who only participate in the processes of discussion of such reforms. Thus, we can see the opposite of the epistemology of the CS, where science denies ties with the political and appears incapable of showing disputes responsible for enacting the reality, including discussions about how to improve it. As detailed in the respective chapter, this scenario is based on an investigation on how expert knowledge validates itself, funded by FONDECYT and developed together with Manuel Antonio Garretón and Félix Aguirre, between 2009 and 2010.

Chapter six presents a second stage from which we look at the speeches of various feminist researchers; about its practices of collaboration with the state, specifically with the National Service of Women (SERNAM), which focuses on multiple studies of gender along left wing parties (the so called CONCERTACIÓN, the coalition of government that followed the dictatorship military in Chile between 1990 and 2005. We problematize how feminist researchers have been convened by the state as 'experts in gender studies'. Their research serves as input for the production and management of public policies for gender. It is, therefore, a figure that allows us to analyze the ways of use of social scientific knowledge. As we pointed out when analyzed

the way in which such researchers conceive their practice and put it into dialogue with how the state has been used, in this scenario we depart from the modern subject of traditional epistemology, as long as such research shows that they have been heavily involved normatively and politically in their work both as scientists and feminists. In addition, we describe how, during the post-dictatorship years in Chile, gender studies have altered their own definition of "gender" as scientific and social object. We discussed how this dislocation opens a series of questions and challenges for feminism as a multiple object (Mol, 2002). As we described in that chapter, the results discussed below are part of another FONDECYT research project, together with Manuel Antonio Garretón in which we described the uses of social scientific knowledge by the state between 2007 and 2008.

The third scenario (chapter seven) shows how research practices influence a non-academic public about military dictatorship memories. In those kinds of texts, finding a way to practice criticism is even more complex. The condition of the 'committed researcher' is not enough. We analyzed some published research in a collection that was part of a training program with a focus on young researchers in social reports on the military dictatorships in the Southern Cone of Latin America, as part of the process of transition and democratization of political systems at the beginning of the 2000s, program in which I participated as a fellow researcher. A relatively traditional way to understand the link between scientific knowledge and policy, which used to be assumed as 'committed subjects' or 'sensitive', which may be generally give account situations of oppression, 'subalterns' or 'emancipatory projects'. Thus we sought to apply the epistemology of the CS to the forms of production and dissemination of knowledge. We come here to the logic of 'epistemology point of view' (Harding, 2004) in dialogue to the CS; in this case, views of subaltern memories in relation to dominant or official reports on political violence. The results presented here will be published in an edited volume in 2015 (Cruz M., 2015).

Chapter eight presents a fourth scenario that is much more related to the production of knowledge, intentionally made from the epistemology of the CS. It is a piece of research on the forms of intergenerational transmission of the memories during the Chilean dictatorship. This could be further studied in depth using a methodology that made the researchers take the place as "object" of study through the production of self-life stories of our own memories. In this chapter we see how the assumptions and articulations unfold in epistemology, as long as it assumes that the subject and the object are partial and active, and that the relationship that binds them is more a diffraction than a reflection of reality. As we described, this exercise is part of another



FONDECYT research developed together with María José Reyes and Marcela Cornejo, between 2011 and 2012.

In the last chapter on the conclusions we argue that articulation epistemology can be applied to social science research practices, and can end up being a powerful resource to renew critical sociology projects. Besides, we present those issues we left open, the limitations and the projections of this work, as a pretext to reflect on the possibilities of renewing and justifying critical sociology in Chile since its located research practices.

In methodological terms this thesis has been a work of applied epistemology, in the sense of both analyzing how the conception of situated knowledge helps to rethink basic issues of epistemology, to different cases of sociological research in the direction of test and check the applicability of that vision. Therefore the methodology of this thesis is basically reflective and argumentative, but enriched with the analysis and the comparison of speeches, in-depth interviews and analysis of documents which are the techniques of empirical research that were used in various investigations.

The first scenario feeds on materials and reflections of two research projects in which I participated as joint-researcher with Manuel Antonio Garretón ('Empirical research in the Social Sciences from the State, 1990-2005: changes and continuities in a production field of the social sciences and the articulation between public policy and expert knowledge', FONDECYT 1070966) and with Garretón and Félix Aguirre ('Social mobilizations, welfare State and expert knowledge. The meaning of Presidential Advisory Boards', FONDECYT 1090127). At the same time, this chapter contains much of what I have already published along with teams of researchers of both projects (Garretón, Cruz, & Espinoza, 2010; Garretón, Cruz & Aguirre, 2011; Garretón, Cruz, & Aguirre, 2012) and what is in the process of being published in a collective book in which I participated as an author. The second scenario is based on a case study that was inserted in the research project 'Empirical research in the Social Sciences since the State between 1990-2009: changes and continuities in a field of social science, and articulation between public policies and social scientific knowledge production', funded by FONDECYT (2007-2009). The research sought to "(...) understand and analyze the type of empirical research in the social sciences that have been carried out in Chile, from the bodies of the State, and linked to the formulation of public policies". In this exploratory study we work with a mixed design based on a strategy combining quantitative and qualitative research techniques and data in two phases. The

first one consisted in the analysis of 210 research made (executed or tendered) by five ministers or ministerial divisions (Ministry of Education, Ministry of Housing, the Social Organizations Division, General Secretariat of Government, Work Direction, National Women's Service, and the Ministry of Planning) between 1992 and 2005. Those studies were read, analyzed and codified, in order to be statistically processed to characterize them in diverse variables (type of study, theoretical framework, executants, inter alia). The second phase focused on an in depth study of two cases, the National Women's Service and the Ministry of Education, through 45 interviews with key informants, basically officers working in both ministries and researchers who had conducted any study for those entities between 1990 and 2009. Part of the results of the first stage was published in Garretón, Cruz, & Espinoza (2010).

The third chapter corresponds to a theoretical exploratory research, conducive to the Research Sufficiency Diploma (in Spanish DEA) of this PhD program. The data of this particular research consists in all the studies published up to 2003 by the Memory Program (21 texts), presented in three books of the Political Repression Memory Collection of “Siglo XXI” Editors. Three of them, besides some documents informing of the program functioning and evaluation, conform the research sources. This original data analysis consisted on a cross-wise reading of the whole studies, looking for a way to understand them from the Haraway’s Situated Knowledges perspective, followed by the selection of those studies that, according to our perspective, best showed the possibilities of drawing near this theoretical framework to empirical studies.

The fourth scenario is based on a study aiming to understand the configuration of the dialogical process between generations in the construction of social reports on the military Chilean’s dictatorship, through photographic and narrative discourse. This study put itself as a qualitative social research, oriented to capture and rebuild senses of situations and processes, linking them to specific historical contexts in which they arise and delving into the meanings attributed by the social actors to such processes or social phenomena. The study was exploratory and comprehensive. Sustained by a progressive approach to the phenomenon of study we seek to understand and guided by an analitic-relacional design. It was an exploratory study, insofar as it sought to raise systematic information on aspects little investigated in Chile, as it is the setting of the dialogical process between generations in the construction of memories about the recent past, both from narrations (individual and collective), and from photographic images. It was an exploratory study, insofar as it sought to raise systematic information on aspects little investigated in Chile, as it is the setting of the dialogical process between generations in the

construction of memories about the recent past, both from narrations (individual and collective), and from photographic images. This was in addition to a comprehensive study, in the sense that sought how these narratives and images about the dictatorship are articulated with different discursive positions held in subjects. We sought how discursive positions relating the relevance of their role in the memory configuration, such as generational position, ideological position, socioeconomic status, territoriality, the experience of political repression and gender. It was not only described but explains such relations comprehensively. The complexity and conflict of the phenomenon of the construction of memories about the recent past, required multiple approaches, both with regard to the different discursive positions held in participants, and from listening devices implemented with them. The project included two phases in which we produced and analyzed data from two inputs link to the phenomenon of the memory of the Chilean military dictatorship; one of these is singular and the other interactional: unique life stories and focus groups. In the construction of both listening devices two discursive planes: narrations and photographic images. Then we point out the main methodological strategies of the singular stage that we use in this thesis. The sample was composed by 25 participants (see table below) that narrated their experiences under the device of life stories, they are joined cases 3 pilots, more three self-life stories of the researchers on the same object of study.

### **Main results and conclusions**

In the case of Latin America, between the late XIX century and the 50' decade, and under the influence of positivism, social sciences built narratives that legitimated estate governmentality, in which is known as "chair sociology". Then, between the 50' and 70', the overwhelming need of social change gave birth to the so called development sociologies, in its two versions, Cepal's and Marxist, both demanding a strong interference of state in social matters. Both meta-narratives helped to delegitimise the order then in force, justifying several structural social change projects violently interrupted by civic-military dictatorships. During the dictatorship, as far as Chile is concerned, sociology was harshly punished as an icon of critical social sciences, having to take refuge in the Independent Academic Centers (CAI) opposition to the current Government. After the recovery of democratic rule a production of sociological knowledge oriented policies has prevailed, with few range productions framing in some critical paradigm and an even more scarce reflection on their conditions of production.

If the social sciences have contributed to a globalized neoliberal governance through all areas of social life, the question is what are the conditions of possibility to continue thinking like a form of criticism, once we cease to believe in the supposed purity and autonomy of science. To address this dilemma we had to take care of the problem that has been presented after the ravages of postmodern critical theory and its consequent paradox: *a necessity that is impossible to satisfy, but inescapable*. In front to this paradox we were committed to the *exit clinic*, as one capable of giving us conditions of possibility for a criticism in non-modern-times. We issued such therapeutic way out through the articulation epistemology (Haraway, 1995, 1999, 2004; Garcia Selgas, 2008). We did this search from a cultural and geopolitical position which does not imply an essentialist, consistent, fixed, transcendent or homogeneous identity condition, but that is not an irrelevant position, thus we refer to the challenges of shoring up critical sociologies in the post-dictatorship Chile.

After reviewing the four scenarios we noticed, in response to our initial question, that CS can be applied to critical social research practices. First scenario, which deals the participation of experts on Presidential Advisory Boards which discussed proposals for reform in education, salary and welfare, embodies a techno-science based in positivism where the subject as he is invisible, neutral and autonomous is authorized as a witness. In this case the objectivity is synonymous to neutrality and thereby techno-science takes refuge in innocence, and misses the perspective offered by subordinate positions to strengthen the objectivity; it hinders more horizontal forms of articulation between technical knowledge and other social knowledge in areas where decisions are discussed on the common good and prevents from recognizing the complexity involved in understanding reality in multiple ways.

The second scenario, which focuses on the use of gender studies in the management of public gender policies and the ways in which the feminist researchers give meaning to their practice of collaboration with the state, showed the bias of the subject, but we stayed closer to the first claims of the feminist epistemologists that maintain a notion of objectivity next to feminist empiricism that fails to challenge all modern epistemology, and thus, even though they assume policy positions and different ways of involvement with public policy, risk to play the trap of scientific modesty to the extent that the subject marks are invisible and the different conditions of production of knowledge ignored; both are constitutive of the bias of gender studies. From this logic the 'gender' object remains a passive entity and fails to discuss ways in which gender, as

both scientific and social object, has been reconstituted the articulation between studies and gender policies.

The third scenario, studies of social reports on political repression in Latin America's Southern Cone, shows similar positions as the previous two, but also a range of studies based in the *strong objectivity* that 'epistemologies of point of view' are claiming (Harding, 2008) to understand disputes by memories of political repression in a more objective way from that provided by subaltern points of view such as some underground reports which disputed the narratives that have conducted the official memoirs. Such point of view appears in those studies where we can identify a logic of production closer to the postulates of the CS research, i.e., where subjects takes the risk of implicating themselves; where non-human-objects can deploy their agency; where the rhetoric forms become fictions, among others. On this basis, we also understood that theoretical material and aesthetic critique versions failed to explain why the relationship between subject and object is more than a reflect of reality, and why we prefer a critical position.

The last scenario focused on the generational transmission of social memories of the dictatorship in Chile, described as an investigation that was intended from the epistemology of the CS in which we can not only see a partial subject, but also an active object and the relationship between them, and how reality is diffracts so far that both are modified and showed how can operate embodied objectivity that defends the articulation epistemology and its strong objectivity.

Therefore, as the main conclusion in the thesis we argues that: (i) the articulation epistemology can be applied to social science research practices; (ii) this epistemology gives conditions of possibility for those investigations that pretend to be critical; and, (iii) thus becomes a powerful resource to renew projects on critical sociologies in post-dictatorship Chile.

We hold that criticism in social research is based on practice, motivated by the commitment to challenge the current order from the analysis tools modifies reality in a poshumanist sense (García Selgas, 2008), where it is not the autonomous and impartial subject that directs the action, but an articulation between subjects and objects; both active; both material-semiotics; both quasi-objects and quasi-subjects (Latour, 2008), both concerned and both finites. Such modification is tied to different requirements of knowledge production, including subject's political commitments, but without considering them to be the criticism foundation, which would be once again the logic of modern critical sociology. This situatedness prevents the

transcendence significance of modern criticism or 'cynical relativism'. In return it forced us to miss the innocence and to assume responsibility.

The preceding statement implies to modify also our imaginary about what is, or should be, criticism in the non-modern space-time, such a partial and precarious criticism, thus the diagnostics on its current weakening not should continue waiting for global narrations, fully articulated and unified as those of modern criticism.

At this point, we are willing to answer a central question: why epistemologically thus substantiate the scientific knowledge becomes a way to renew the conditions of possibility for a critical sociology? Because the problem of recovering the critical tradition of sociology in Chile may not evade the need of an epistemological review and rebuilding, and because that will be provide to enable the CS exercise to practice responsibility and positioning as resources to sustain criticism from empirical research.

In the first place, because modern critical sociology, including its Latin American and Chilean face, remained tied to the assumptions of the Marxist tradition, from which it was confident that there was a proper perspective able to reveal ideologies, contradictions and conditions change. CS position leaves aside the possibility of claiming a unique perspective, but not in the way to find partial positions from where contested hegemonies or bet possible transformations, but without any certainty that such positions can overcome the endless possibilities that encloses all contingent and multiple practices. Therefore, returning to the paradox of the criticism, we assume that the postmodern pounding does not require us to stop fighting against the various forms of domination from the craft of research, but it does change how to do it.

In turn, in that precise critical sociology, the sociologist (often male) ended up invested in an epistemological privilege, which allowed him to see what others could not, and from such a privilege, he risked at least –when he didn't directly perform- heroic or messianic attitudes and practices, from which subaltern positions were romanticized or its voices replaced. With SK, we can elude such risks, because sociologists –and also female sociologists- are not external analysts of the subaltern positions, but they cannot speak for them neither, not to mention compromising their futures. They are a voice among others, marked by political interests, who given their scientific practice, understood as partial and embodied, participate with others in promulgating a reality, a reality assumed as multiple, and in deciding the "best" way of acting upon it. This may imply, for some, a critical sociology loss of power and capability, since if critical sociology is

situated, it seems just one more among others, assuming the risk of seeming irrelevant or looking like a relativism accomplice. But there is no need to be so. A critical sociology, based on situated research practices, is capable of offering the characteristic resources of its job (visual apparatuses, methodologies, institutional and disciplinary conditions, etc.). Even more, if it avails the strong reflexivity offered by SKs epistemology, it is capable of problematizing the partiality which constitutes it through such resources, as a way of strengthening its objectivity.

Along with it, a critical sociology, willing to assume itself as situated in the sense we have exposed here, may avail new ways of understanding social relations, once it abandons humanist pre-eminence and opens itself to recognize that non-human entities participate next to us in social action. That opens new spaces for disputing establishment, and betting on new change forms as the ones Cyborg positions have been promoting.

However, the biggest gain achieved by a critical sociology that avails this epistemology is that, while recognizing Subject's partiality, Object's active and clever capacity, and the diffraction effect which making a difference may imply, it has the obligation to assume the responsibility of its research practices, in the various circuits in which they occur (in knowledge production, circulation, use and validation, inter alia), hence, it has to assume its position as challengeable, necessarily in dispute, seduction and articulation with other voices.

Thus, by accepting previous premises, we could hold up that critical sociology, through its situated research practices, may answer for itself beyond mere voluntarism of being "critical". None of that can guarantee any effects in the current social order, but it allows sociology to describe itself as scientifically and politically responsible.

That is our major insight; epistemology is a profoundly promising and political resource, and Haraway's framework makes us at least conscious about the need of breaking up with the innocence infantilism, aiming for ways of exercising responsibility. The innocence of those who believe they are being critical without assuming any responsibility is even more dangerous. In the meantime, my own research practice cannot find refuge anymore, not in good will, nor in choosing "compromising" research problems, and certainly not in mere solidarity with subaltern groups. Crossing, next to Haraway, the bridge of scientific and political innocence is a path of no return, even though we may still don't know where it leads us.

## ANEXOS METODOLÓGICOS

Tal como se argumentó en el capítulo uno, esta tesis ha sido un trabajo de epistemología aplicada, en el sentido tanto de analizar cómo la concepción de los Conocimientos Situados ayuda a repensar problemas básicos de la epistemología para distintos casos de investigación sociológica, cuanto en el sentido de probar y comprobar la aplicabilidad de esa visión. Por lo tanto la metodología de esta tesis es básicamente reflexiva y argumentativa, pero enriquecida con el análisis y la contrastación de discursos, entrevistas en profundidad y análisis de documentos que son las técnicas de investigación empírica que se utilizaron en las diversas investigaciones en las que he participado y que se presentan en los capítulos cinco al ocho.

Para documentar los dispositivos metodológicos de tales investigaciones empíricas en adelante se expone un resumen de las estrategias metodológicas (tipo de estudios, decisiones muestrales, técnicas de investigación, pautas de entrevistas, modelos de análisis, consentimientos informados, entre otros) de cada uno de ellas.

### **ANEXO ESCENARIO I: PROYECTO FONDECYT 1090127. Movilizaciones Sociales, Estado de Bienestar y Conocimiento Experto. El Significado de los Consejos Asesores Presidenciales.**

#### **PRESENTACIÓN**

El presente anexo describe y explica la estrategia metodológica del proyecto de investigación del cual forman parte los resultados presentados en el Escenario 1.

El tipo de estudio realizado correspondió a los niveles exploratorio y descriptivo, mientras que su diseño fue de carácter no experimental y transversal. Asimismo, se usaron técnicas cualitativas de producción y análisis de la información, pues éstas permitieron captar y reconstruir los sentidos y significaciones de las situaciones y procesos en estudio, vinculándolos a los contextos históricos en que se produjeron. Específicamente, se trabajó un diseño cualitativo basado en el estudio de casos, donde cada Consejo Asesor Presidencial constituyó un caso de análisis a ser abordado a partir de las diversas técnicas cualitativas de investigación. Durante el estudio se utilizaron tanto datos primarios, producidos a través de entrevistas y grupos focales, como datos secundarios, recopilados de archivos y fuentes documentales disponibles para cada consejo.

La investigación se desarrolló en dos etapas correspondientes a los dos años de ejecución del proyecto. En la primera, se reconstruyó la forma en que se crearon y funcionaron los CAPs; mientras que en la segunda, se analizó cómo diversos actores significativos evaluaron la creación, funcionamiento e impacto de tales consejos.

La metodología incluyó, en total, la realización de 71 entrevistas semi-estructuradas (38 el primer año y 33 el segundo), así como 3 grupos focales que contaron con la participación de 16 personas en total. Además, se revisó un gran número de documentos producidos por los Consejos Asesores Presidenciales, así como notas de prensa y diversos documentos públicos que contribuyera a dar respuesta a la pregunta de investigación. Adicionalmente, se realizó una amplia revisión bibliográfica de la literatura disponible sobre Estado de Bienestar, conocimiento experto y movilizaciones sociales.

El Cuadro N° 1 presenta un resumen que vincula los objetivos, las técnicas y las fuentes de la investigación. En las páginas siguientes se detalla el resto de la información metodológica (descripción de las muestras, instrumentos de producción de la información, categorías de codificación, entre otras) relativa a la ejecución del estudio.



## CUADRO N° 1. OBJETIVOS, TÉCNICAS Y FUENTES DE LA INVESTIGACIÓN

Objetivos Específicos	Técnicas	Fuentes
1. Describir y analizar el contexto en que se constituyen los CAP y sus formas de generación y funcionamiento.	- Revisión documental	- Prensa
2. Conocer las formas de institucionalización y los contenidos de debate de los CAPs.	- Entrevistas Semiestructuradas	- Miembros de los CAP (Presidentes y Consejeros)
3. Identificar el tipo de actores políticos que constituyeron los CAP y sus estrategias y modos de participación.	- Análisis de contenido y análisis de discurso	- Documentos, informes de avance y finales elaborados por los CAP, registros escritos de las audiencias de los CAP, documentos de gobierno oficiales relacionados con los CAP (proyectos de ley, discursos, etc.), páginas web de los CAP, documentos utilizados por los CAP, protocolos de funcionamiento de los CAP.
4. Analizar el rol del conocimiento experto en los CAP.		
5. Identificar los tipos de consensos y disensos que marcaron el funcionamiento de los CAP.		
6. Conocer cómo los actores sociales vinculados a los CAP (movimientos sociales, expertos, políticos, prensa, élite del aparato público) valoran su creación, funcionamiento y resultados.	- Entrevistas semiestructuradas - Grupos focales - Análisis de contenido y de discurso	- Miembros de los CAP (Presidentes y Consejeros). - Representantes de organizaciones sociales y movilizaciones políticas, de expertos, élites políticas y de organizaciones sociales, religiosas y étnicas vinculadas a los CAP.
7. Analizar el modo como las propuestas de los CAP se transforman en políticas públicas.	- Revisión documental - Entrevistas semiestructuradas - Grupos focales	- Biblioteca del Congreso Miembros de los CAP. - Representantes de organizaciones sociales y movilizaciones políticas, de expertos, élites políticas y de organizaciones sociales, religiosas y étnicas vinculadas a los CAP.
8. Analizar si en la generación, funcionamiento y resultados de los CAP se están configurando formas incipientes de un nuevo Estado de Bienestar.	- Análisis teórico acumulado de todos los análisis previos	- Marco teórico del estudio. - Informes de análisis preliminares de todos los datos empíricos.

### PRIMERA ETAPA (2009): MUESTRA DE ENTREVISTAS SEMIESTRUCTURADAS A CONSEJEROS

Del universo de consejeros que compusieron los tres CAPs que se estudiaron se seleccionó una muestra de 47 consejeros. El muestreo, de tipo estructural y teórico, buscó reflejar la heterogénea composición que caracterizó a cada Consejo. Para ello, se clasificó a los consejeros según el tipo de actor social que representaban –experto, político o representante de alguna organización de la sociedad civil– y la tendencia política a la que más se acercaban –gobierno, oposición de derecha, oposición de izquierda o no identificada. En el cuadro siguiente se observa la distribución de la muestra planificada.

**CUADRO N º2. DISTRIBUCIÓN DEL MUESTREO ESTRUCTURAL DE LOS CONSEJEROS POR CAPS**

		Pro gobierno	Oposición derecha	Oposición izquierda	No identificada	Total
CAP Reforma Previsional	Experto	4	2	0	0	
	Político	3	1	0	0	
	Sociedad Civil	0	0	0	0	
	Total CAPRP					10
CAP Calidad de la Educación	Experto	5	2	1	4	
	Político	1	1	0	0	
	Sociedad Civil	2	0	2	4	
	Total CAPCE					22
CAP Trabajo y Equidad	Experto	3	1	1	1	
	Político	2	2	0	0	
	Sociedad Civil	2	1	0	2	
	Total CAPTyE					15

Se mantuvo una cierta proporcionalidad respecto al número de consejeros a entrevistar en relación con el tamaño de cada consejo. En el caso del Consejo para la Calidad de la Educación, compuesto por 82 miembros, se seleccionaron 22 consejeros; para el Consejo de Trabajo y Equidad, conformado por 48 consejeros, se eligió a 15, y del Consejo para la Reforma Previsional, en el cual participaron 15 consejeros, se seleccionaron a 10 para entrevistarlos.

Otro criterio a privilegiar en la selección de la muestra fue elegir a todos los consejeros que participaron en dos o más CAPs, así como aquellos que hubieran ocupado cargos importantes al interior de los consejos (presidentes, secretarios ejecutivos, coordinadores de subcomisiones).

## TRABAJO DE CAMPO

Entre noviembre del 2009 y enero del 2010 se realizaron 38 entrevistas a miembros de los Consejos Asesores Presidenciales, las cuales fueron llevadas a cabo por todos los integrantes del equipo investigador. En términos operativos, los entrevistados fueron contactados mediante correo electrónico, medio por el cual se les hizo llegar una carta donde se explicaban los objetivos de la investigación y las razones de su selección como entrevistado, así como se les solicitaba también su colaboración en el proyecto.

A su vez, cada entrevista fue acompañada de un consentimiento informado, en éste se reiteraban los objetivos del estudio, se indicaban las formas de uso de la información que entregaría cada entrevista y se estipulaba el contrato de confidencialidad, vale decir, se estipulaba si la entrevista sería anónima o no<sup>90</sup>.

En la práctica, durante el primer año se lograron realizar 38 entrevistas de las 47 planeadas originalmente, lo que corresponde a un 80,8% del total. En términos generales los seleccionados se mostraron muy dispuestos a colaborar con la investigación. No obstante, hubo problemas para concertar algunas entrevistas especialmente por falta de tiempo de los seleccionados, quienes si bien accedieron a conceder la entrevista no llegaron a concretarla o por sus compromisos con la campaña política por las elecciones presidenciales o por estadías en el extranjero. En algunos casos, cuando los consejeros seleccionados contestaron negativamente a nuestra solicitud o cuando fue imposible

<sup>90</sup> Se adjunta este documento al final de este anexo.

contactarlos, fueron reemplazados por otros consejeros de características similares. La lista de consejeros que finalmente pudieron ser entrevistados, y que suman 38 entrevistas que constituyen el corpus de la primera etapa del estudio.

## PAUTA DE ENTREVISTA

Se consideró que la entrevista semiestructurada era la más apropiada dado el tipo de información a discutir a con los entrevistados. Considerando que los entrevistados ocuparon diversos cargos dentro de los consejos, se elaboraron pautas de entrevista específicas tanto para presidentes y coordinadores de subcomisiones, como para el resto de los consejeros. Las dos pautas de entrevista se presentan a continuación:

### CUADRO N° 3. PAUTA DE ENTREVISTA PARA CONSEJEROS DE CAPS EN GENERAL

#### D1 EXPERIENCIA Y CONOCIMIENTO PREVIO SOBRE CAPS

¿Había escuchado sobre experiencias similares?; ¿Usted sabía algo sobre los Consejos Asesores Presidenciales antes de los que convocara Bachelet? ¿Los conocía de experiencias internacionales?

#### D2 VALORACIÓN SOBRE EL CONTEXTO:

¿Qué podría decir sobre el contexto social del momento en que surgió el CAP XXX?; ¿A qué cree que está asociada la conformación del Consejo en el que Ud. participó? (a un contexto de movilización social, a políticas de gobierno, etc.)

#### D3 EXPERIENCIA DEL CONSEJERO

En su caso, ¿cómo recibió la invitación de participar en el Consejo? ¿Quién lo llamó para ofrecerle participar en el CAP? O ¿cómo fue que se le comunicó la decisión de nombrarlo en este cargo?; ¿Ud. Sabe si hubo algún mecanismo para nominarlo? ¿Podría contarme acerca de éste?

Su participación en el Consejo, representaba a algún sector social (Ej. político, económico, etc.). Cuál. Si es así, de qué manera influye su sector para que se lo designe a usted como miembro del Consejo.

#### D4 COMPOSICIÓN

¿Qué sectores relevantes es posible identificar al interior del CAP?

¿Cuáles eran sus demandas y/o posicionamientos?

¿Hay algún sector relevante que no estuvo representado al interior del CAP?

¿Considera que la participación de algún actor, externo al CAP (por ej. Si se realizaron “audiencias”), fue significativa?

#### D5 FUNCIONAMIENTO

¿Cuál fue la modalidad de trabajo del CAP? (metodología de convocatorias; comunicación entre consejeros, etc.).

¿Cómo se establecieron los mecanismos de toma de decisión del Consejo?

¿Le acomodó la forma de funcionamiento del CAP? ¿Qué habría cambiado?

¿Cuáles son los aportes más relevantes que pueden rescatarse del funcionamiento del CAP?

#### D6 INFLUENCIA DEL CONSEJERO

¿El sector y/o posición con la cual usted se identifica al interior del CAP tuvo injerencia en la elaboración final de las propuestas? ¿En qué temas específicamente fue considerada esta posición?

¿En cuáles no fue considerada y por qué?

#### D7 CONTENIDOS: CONSENSOS Y DISENSOS

¿Cuáles fueron –y cómo se definieron- los temas específicos que trataría el Consejo y/o la subcomisión en la que usted participó?

¿Qué temas generaron mayor consenso al interior del CAP?

Y al revés, ¿Qué temas generaron mayor disenso al interior del CAP? ¿Quiénes defendieron las posiciones en disputa?

¿Qué mecanismos se utilizaron para abordar las discrepancias al interior del CAP? ¿Fueron efectivos estos

mecanismos?

¿Cree que faltó tratar algún tema en el Consejo en el que participó?

¿Podrían haberse logrado los consensos alcanzados y las propuestas generadas por el CAP por otra vía alternativa a la conformación de un consejo con estas características? ¿Por qué?

#### D8 REPRESENTATIVIDAD

De acuerdo a la información oficial sobre los Consejos, éstos se conforman tratando de representar a la mayor cantidad de sectores sociales. A su juicio, ¿se logró este objetivo?

¿Cree que los invitados a participar fueron los más adecuados?

A su parecer ¿quién faltó? ¿La participación de quién hubiese sido relevante?

¿Qué opinión le amerita la participación general de los consejeros?

Desde su perspectiva, existió algún sector social cuya opinión fuera más determinante en el desarrollo del Consejo.

#### D9 SIGNIFICADO POLÍTICO DEL CAP

¿Cuál es su mirada sobre la significación social y política que tienen los Consejos Asesores Presidenciales? (por ejemplo, relación con la democratización de los sistemas políticos, con la participación ciudadana, con la canalización de las demandas sociales y con la participación del conocimiento experto, etc.)

Qué opinión tiene acerca del carácter consultivo del Consejo. Considera que las propuestas del Consejo podrían haber tenido otro “carácter” ¿Cuál?

#### D10 GOBERNABILIDAD:

Sobre su impacto en la gobernabilidad (en general), entendida ésta como un mecanismo para fomentar la participación y el diálogo social

¿Cuál es su percepción sobre el impacto de estos Consejos en las políticas de protección social implementadas por el actual gobierno? (por ej. impacto sobre la igualdad de oportunidades; sobre el acceso a prestaciones sociales; sobre la ampliación de derechos individuales y sociales; sobre la distribución de la riqueza)

Percepción de la relación entre la naturaleza de los Consejos y el estilo de gobierno.

Valoración sobre la “transparencia” en el accionar de los Consejos y sobre la publicidad que adquirió su funcionamiento y sus decisiones.

Valoración sobre la “vinculación” de los Consejos con órganos (agencias o ministerios) del gobierno durante todas las etapas de su funcionamiento.

#### D 11 CONOCIMIENTO EXPERTO

A su juicio ¿qué relación debiera haber entre conocimiento experto y política?

¿Qué rol le cabe al conocimiento experto, científico o técnico específicamente en formulación y gestión de las políticas públicas?

Según su experiencia, ¿cómo se ha dado esa relación en Chile?

En algunos CAPs se encargaron estudios, si es el caso ¿por qué se decidió esto? ¿Cómo se seleccionaron a las instituciones que realizaron estos estudios?

¿Quiénes accedieron a los resultados de tales estudios? Evaluar la disponibilidad interna al CAP y externa al mismo.

¿Qué se hizo con los resultados de tales estudios? (ej. Aportaron al debate, fundamentaron las propuestas de políticas, no se usaron, etc.)

A partir de esta experiencia de los CAP, qué desafíos presenta la relación entre conocimiento experto, la formulación de políticas públicas y la participación social.

#### D12 EVALUACIÓN, RESULTADOS Y PROYECCIONES

¿Cuál sería su evaluación del impacto del trabajo del Consejo en cuanto a formulación de proyectos de ley u otras medidas concretas de política pública que se hayan inspirado en las propuestas emanadas del Consejo?

¿Piensa que el CAP representa un nuevo modo de institucionalizar políticas públicas?

¿Hubo conflictos entre este eventual modo alternativo de institucionalizar políticas públicas y el modo tradicional, consistente en proyectos de ley emanados de los partidos políticos?

¿Se lograron alcanzar los objetivos del Consejo, en qué medida?

La creación de este tipo de instancias -como forma de resolver temáticas de alta complejidad ¿es la más eficaz?

¿Por qué?

A tres años de la conformación del CAP, ¿cuál es el sentido o el significado que le atribuye al trabajo realizado en él?

De acuerdo a su experiencia, ¿estaría de acuerdo en replicar este tipo de instancias para otras temáticas?

Cómo podría mejorarse el accionar de este tipo de instancias. Qué modificaciones sugeriría tanto a su funcionamiento como al uso que se le da a los resultados del Consejo.

**D13 MOVIMIENTOS, MOVILIZACIONES SOCIALES.**

Ahondar en los aspectos que del movimiento estudiantil/movilizaciónes de los trabajadores del cobre inciden en la conformación del CAP respectivo.

¿Cuál es la relación existente entre el movimiento y la conformación del CAP?

¿De qué forma el movimiento puede haber incidido en la conformación del Consejo Asesor Presidencial? ¿Qué características específicas al movimiento pueden haber influido?

¿Por qué se canalizó el conflicto con los estudiantes por medio del consejo asesor y no por otros medios? ¿Cuáles medios alternativos de canalización se discutieron?

Ahondar en la relación entre el movimiento y los consejeros del CAP respectivo durante el funcionamiento del CAP.

¿Qué papel o rol le cabe al movimiento mientras funciona el CAP?

¿Existía relación con el movimiento durante el funcionamiento del CAP?. De ser así, ¿cómo era esa relación?

¿Existía un trabajo paralelo al CAP por parte del movimiento (reuniones, asambleas, alianzas externas al trabajo del CAP)? ¿Cuáles eran los mecanismos de comunicación entre el movimiento y el CAP? ¿Cuáles eran los mecanismos de decisión?.

¿El movimiento se adaptó o modificó algunas de sus formas de organización en de las formas de trabajo del CAP?

¿Qué consejeros se mostraban más cercanos al movimiento?

¿Cuáles son los cambios que vivió el movimiento una vez que entra en funcionamiento el CAP? ¿Qué continuidad se le veía al movimiento una vez que el CAP se conformó?

## **TÉCNICAS DE ANÁLISIS DEL CORPUS DE ENTREVISTAS.**

Las entrevistas fueron grabadas en formato digital y fueron transcritas literalmente, luego fueron codificadas con el software Atlas/ti para procesamiento de material cualitativo. Los códigos se elaboraron fundamentalmente a partir de las pautas de entrevistas, pero en el momento del análisis surgieron nuevos códigos que se sumaron a la lista inicial. Una vez que todas las entrevistas fueron codificadas –es decir se clasificaron las distintas unidades de sentido como párrafos o frases – se procedió a obtener los “output” o “salidas” de los códigos pertinentes para contestar los objetivos de esta primera etapa de investigación. Estas “salidas” se hicieron llegar a los investigadores y asistentes de investigación para proceder a su análisis.

### **Segunda Etapa (2010): Entrevistas semiestructuradas y grupos focales con actores relevantes vinculados a las temáticas de los CAPs, y análisis de planes, programas y proyectos de ley derivados de las propuestas de los CAPs.**

En la segunda etapa del proyecto de investigación, se entrevistó a personas que pertenecieran o representaran a organizaciones cuyos ámbitos de acción pudiesen haberse visto o efectivamente hubieran sido afectados por la creación, funcionamiento o resultados de cada uno de los Consejos Asesores Presidenciales considerados en el presente estudio. Se incluyó a representantes de organizaciones gremiales y movilizaciones políticas, expertos, élites políticas y de organizaciones sociales, religiosas y de mujeres.

## **MUESTRA**

La muestra de entrevistados, en coherencia con las características de la metodología cualitativa que se adoptó, siguió criterios teóricos de distribución de las posiciones de los entrevistados. En primer lugar se consideró el consejo asesor presidencial cuyo ámbito de acción afectaba a los entrevistados: i) Consejo Asesor Presidencial para la Calidad de la Educación (CAPCE); (ii) Consejo Asesor Presidencial Trabajo y Equidad (CAPTyE); y (iii) Consejo Asesor Presidencial para la Reforma Previsional (CAPRP). Acto seguido, se distinguió el sector social al que pertenecían los entrevistados, diferenciando entre (i) políticos, (ii) sector privado, (iii) sociedad civil, (iv) iglesias, (v) expertos, y (vi) burocracia pública.

Es importante hacer dos comentarios respecto a la composición de la muestra. En primer lugar, que algunos de los individuos que la compusieron participaron de los consejos asesores presidenciales en tanto consejeros, lo que correspondía a la primera etapa del proyecto; pero forman parte de la muestra de la segunda etapa, en su calidad de expertos y miembros de centros de estudios cuyos ámbitos de acción y/o estudio tenían relación con el ámbito que trabajó cada consejo presidencial. En segundo lugar, que algunos de los entrevistados, en virtud de sus cargos o actividades, fueron consultados en virtud de dos de los tres consejos presidenciales analizados.

La muestra final de las entrevistas semi-estructuradas individuales estuvo compuesta por 33 sujetos.

## **TRABAJO DE CAMPO**

Las entrevistas se realizaron durante los meses de agosto y septiembre del 2010, y luego fueron transcritas literalmente para su análisis a través del software Atlas/Ti. A modo de protocolo de seguimiento, se estableció primero el envío de un correo electrónico y carta de invitación, para luego confirmar la recepción de la invitación telefónicamente. La carta de invitación puede encontrarse al final de este documento.

Algunas personas, que habían sido inicialmente seleccionadas, no pudieron participar por diferentes motivos (falta de tiempo, desinterés, estaba fuera de Chile, entre otros). A continuación se presenta la lista de entrevistados que estuvieron considerados en la muestra inicial, pero con quienes finalmente no se pudo concretar la entrevista:

La pauta de entrevista se basó en la utilizada en la primera etapa del proyecto de investigación, más algunas modificaciones según el tipo de entrevistado.

## **TÉCNICAS DE ANÁLISIS DEL CORPUS DE LA SEGUNDA ETAPA.**

Del mismo modo que en la primera etapa, se transcribió literalmente la totalidad de las entrevistas, para luego recodificarlas con la ayuda del software Atlas/Ti. La lista de códigos considerados puede observarse a continuación. En este caso, se distinguió entre códigos que hacían referencia a la creación, al funcionamiento o los resultados de cada uno de los CAPs.

## **GRUPOS FOCALES CON ACTORES RELEVANTES VINCULADOS A LOS CAPS.**

La técnica del grupo focal fue elegida con el objetivo de conocer, en un contexto de interacción, cómo diferentes actores que de uno u otro modo pudieron ser impactados por el trabajo de los CAPs, significaban su creación, funcionamiento y resultados. Se convocó a distintos representantes de sectores sociales que hayan resultado afectados por las propuestas de los consejos, así como actores sociales que se dedicaron a analizar y marcar posición respecto a sus propuestas. No detallamos esta fase dado que sus resultados no se utilizaron en esta tesis.

## **ANÁLISIS DE PLANES, PROGRAMAS Y PROYECTOS DE LEY DERIVADOS DE LAS PROPUESTAS DE LOS CAPS.**

Específicamente para dar cuenta del objetivo 7 del proyecto –Analizar el modo cómo las propuestas de los CAP se transforman en políticas públicas– se revisaron las distintas rutas que tomaron las diferentes propuestas y recomendaciones que fueron fruto del trabajo de los CAPs estudiados. Para esto, se revisaron diversas fuentes: las historias de ley (recopilación realizada por la Biblioteca del Congreso Nacional de todos los documentos producidos en la tramitación de una ley desde su presentación hasta su promulgación) y proyectos de ley vinculados a las propuestas de cada uno de los CAP –en el caso del CAPRP corresponde a la Ley de Reforma Previsional y en el caso del CAPCE a la LGE–; las notas de prensa que dan cuenta de ciertos debates públicos (sin limitación de medios); la implementación de ciertos proyectos, planes y programas sociales; los programas de gobierno propuestos por los cuatro candidatos a la elección presidencial de diciembre de 2009; y los mensajes presidenciales de los 21 de mayo de los años en que estuvieron vigentes los consejos.

## CARTAS DE INVITACIÓN Y CONSENTIMIENTOS INFORMADOS

### CUADRO N° 4. CARTA DE INVITACIÓN A PARTICIPAR COMO ENTREVISTADO DEL PROYECTO. PRIMERA ETAPA.

Estimado Sr. [NOMBRE DEL ENTREVISTADO]

Junto con saludarle cordialmente, nos dirigimos a usted para pedir su colaboración en el proyecto FONDECYT N° 1090127, titulado “Movilizaciones Sociales, Estado de Bienestar y Conocimiento Experto. El Significado de los Consejos Presidenciales en Chile”, proyecto en el que nos desempeñamos como investigadores responsables y que está siendo patrocinado por la Universidad de Chile y por la Universidad de Valparaíso.

Durante el segundo semestre del presente año académico hemos iniciado la fase de entrevistas a una muestra de “informantes claves”, entre los que se encuentra usted, que han participado en alguno los tres Consejos Asesores Presidenciales que son objeto de esta investigación o que estuvieron relacionados directa o indirectamente con su creación, su funcionamiento o impacto; concretamente, el Consejo Asesor Presidencial para la Reforma Previsional, el Consejo Asesor Presidencial para la Calidad de la Educación y el Consejo Asesor Presidencial Trabajo y Equidad.

Para el equipo de investigadores que asumimos la responsabilidad de ejecutar este proyecto, sabedores de su dilatada experiencia en estos temas, resulta imprescindible conocer su opinión sobre los diferentes debates que surgieron durante el desarrollo de los mencionados Consejos. A partir de esa valiosa información, estaremos en condiciones de valorar más objetivamente el contexto en que se constituyeron los tres CAP mencionados, su articulación institucional y su funcionamiento; la calidad de la participación de los actores que concurrieron, sus estrategias, los consensos y disensos que se produjeron, analizando además el rol que desempeñó el conocimiento experto en los mismos.

La calendarización de las entrevistas será coordinada por los asistentes de investigación, Pierina Ferretti, Tamara Ramos y Francisco Espinoza, quienes se contactarán con usted a la brevedad mediante correo electrónico y llamadas telefónicas, mientras que la realización de las mismas estará a cargo de este equipo de investigadores. Por supuesto, nos adaptaremos al horario y lugar que usted nos proponga.

Desde ya le agradecemos su tiempo y disposición.

Se despiden atentamente,

Manuel Antonio Garretón  
Investigador Responsable  
Universidad de Chile

María Angélica Cruz  
Co-Investigadora  
Universidad de Valparaíso

Félix Aguirre  
Co-Investigador  
Universidad de Valparaíso

## CUADRO N° 5. CARTA Y FORMULARIO DE CONSENTIMIENTO INFORMADO. PRIMERA ETAPA

Santiago, [fecha] de 2009.

Estimado Sr. [Nombre del entrevistado]

De nuestra consideración,

Junto con saludarlo/a, nos dirigimos a usted para invitarlo/a y pedir su colaboración en el proyecto FONDECYT N° 1090127 que actualmente estamos realizando. El estudio se titula "Movilizaciones sociales, Estado de Bienestar y conocimiento experto. El significado de los Consejos Asesores Presidenciales", y está a cargo de Manuel Antonio Garretón como investigador responsable patrocinado por la Universidad de Chile, y cuyos co-investigadores son María Angélica Cruz y Félix Aguirre académicos patrocinados por la Universidad de Valparaíso.

Este proyecto tiene como principal objetivo, conocer las nuevas formas de resolución de conflictos sociales y de institucionalización de las políticas públicas -que articulan conocimiento experto y participación política- a través de los "Consejos Asesores Presidenciales" durante el gobierno de Michelle Bachelet sobre trabajo y equidad social, calidad de la educación, y previsión social; como mecanismos de redefinición de las relaciones entre Estado y sociedad del Chile postransición (2006-2010).

En el marco de nuestro proyecto, hemos decidido realizar un conjunto de entrevistas a "informantes claves", dentro de los cuales usted ha sido seleccionado/a. La importancia de su colaboración, radica en nuestro deseo de rescatar su experiencia adquirida durante su participación en el Consejo Asesor Presidencial para la Calidad de la Educación, para poder profundizar en el análisis de un campo de producción de políticas públicas y canalización de demandas sociales, y de esta forma, contribuir tanto al debate académico nacional sobre estas temáticas, como al desarrollo mismo de las políticas públicas.

El objetivo de esta entrevista, es fundamentalmente rescatar su experiencia en la participación del desarrollo del consejo, y conocer su opinión respecto a la valoración que le otorga a su creación, funcionamiento y resultados. Esta entrevista ha sido pensada con un tiempo que varía entre los 45 minutos y una hora de duración, para la cual solicitamos su autorización para poder grabar nuestra conversación. También, es importante decirle que si usted decide participar en esta iniciativa, está en todo su derecho a negarse a contestar aquello que no desee y a retirarse en cualquier momento por los motivos que estime conveniente.

Los aspectos éticos de este proyecto fueron evaluados y aprobados por el Comité de Ética en Ciencias Sociales y Humanidades de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la U. de Chile, y por el Comité de Ética para la Investigación en Ciencias Sociales de la U. de Valparaíso, cuyos respectivos presidentes son Marcela Ferrer Lues (fono (2) 978 7881, e-mail [mferrer@uchile.cl](mailto:mferrer@uchile.cl)) y Juan Orellana Peralta (fono (32) 250 7878, e-mail [juan.orellana@uv.cl](mailto:juan.orellana@uv.cl)) a quienes pueden dirigirse en caso de alguna duda al respecto.

Por último, sólo nos resta contarle que la coordinación y realización de la entrevista está a cargo de Pierna Ferretti, Asistente de Investigación, quien se pondrá en contacto con usted dentro de los próximos días para acomodarse al horario y lugar que usted prefiera, y con quién podrá coordinar la forma en que le entregaremos los resultados del proyecto.

Desde ya le agradecemos su tiempo y disposición, atentamente se despiden

Manuel Antonio

Garretón Merino

Investigador Responsable

[mgarret@uchile.cl](mailto:mgarret@uchile.cl)

María Angélica

Cruz Contreras

Co-Investigadora

[angecruz@hotmail.com](mailto:angecruz@hotmail.com)

Félix José

Aguirre Díaz

Co-Investigador

[Felix.aguirre@uv.cl](mailto:Felix.aguirre@uv.cl)



## CUADRO N°6. CONSENTIMIENTO INFORMADO PRIMERA ETAPA

### CARTA DE CONSENTIMIENTO INFORMADO ENTREVISTA

Santiago, XXX de XXX de 2009

Yo, \_\_\_\_\_, residente de la Comuna de \_\_\_\_\_, acepto participar, de manera informada y voluntaria, en la entrevista realizada por el investigador \_\_\_\_\_, en el lugar previamente acordado con el entrevistador, y que corresponde a \_\_\_\_\_, ubicado en la comuna de \_\_\_\_\_.

Por medio de la presente, declaro haber sido informado de los propósitos del estudio que están realizando los investigadores, como parte del proyecto FONDECYT N°\_\_\_\_\_, y del uso que se le dará a la información recopilada durante la entrevista en que participé (será transcrita, analizada e incorporada a los informes).

Acordamos que la entrevista será:

- a) Anónima \_\_\_\_\_ y que mi identidad sólo la conocerá el entrevistador.
- b) No Anónima \_\_\_\_\_ y que mi identidad podrá ser citada en los informes.

Sin otro particular,

Otras observaciones que en el entrevistado/a desee agregar: \_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

Nombre y Firma

## **ANEXO ESCENARIO II: Proyecto FONDECYT 1070966 “Las investigaciones empíricas de las Ciencias Sociales realizadas desde el Estado entre 1990-2005: cambios y continuidades en un campo de producción de las ciencias sociales, y de articulación entre políticas públicas y conocimiento científico social”.**

El presente anexo describe y explica la estrategia metodológica del proyecto de investigación del cual forman parte los resultados presentados en el Escenario 2

Para esta investigación se utilizó uno de los estudios de caso del proyecto de “Las investigaciones empíricas de las Ciencias Sociales realizadas desde el Estado entre 1990-2009: cambios y continuidades en un campo de producción de las ciencias sociales, y de articulación entre políticas públicas y conocimiento científico social”, proyecto financiado por el Concurso Regular Fondecyt 2007-2009, a cargo de Manuel Antonio Garretón como investigador responsable y María Angélica Cruz como co-investigadora. La investigación buscaba “Conocer y analizar el tipo de investigaciones empíricas de las ciencias sociales que se han realizado en Chile, desde los organismos del Estado, y ligado a la formulación de políticas públicas”. En dicho estudio, principalmente de carácter exploratorio, trabajamos con un diseño mixto basado en una estrategia que combinaba técnicas de investigación cuantitativa y cualitativa en dos etapas. En la primera se analizó una muestra de 210 investigaciones realizadas (encargadas o ejecutadas) por cinco ministerios o unidades ministeriales (Ministerio de Educación, Ministerio de Vivienda, la Dirección de Organizaciones Sociales, la Secretaría General de la Presidencia, la Dirección del Trabajo, el Servicio Nacional de la Mujer y el Ministerio de Planificación) durante el período 1992-2005. Tales estudios fueron leídos, analizados y codificados para luego ser procesados estadísticamente, de modo de caracterizar a las investigaciones en diversas variables (tipo de estudio, marcos teóricos y metodológicos, ejecutores, entre otras). En la segunda etapa, parte de cuyos datos aquí reanalizamos, se centró en el estudio en profundidad de los casos de MINEDUC y SERNAM, especialmente a partir de 45 entrevistas a informantes claves, básicamente funcionarios de ambos ministerios e investigadores que han realizado estudios para esas entidades entre 1990-2009.

### **TIPO DE ESTUDIO Y DISEÑO DE INVESTIGACIÓN**

El tipo de estudio que se propuso fue principalmente de carácter descriptivo y asociativo, en tanto buscaba levantar información sistemática sobre variables no investigadas en Chile -las características y contextos de las investigaciones sociales empíricas realizadas desde el Estado entre 1990 y 2005-, pero también propusimos conocer el tipo de asociación entre las variables que caractericen tales investigaciones. Secundariamente, el estudio fue de carácter exploratorio, dado que indagó en las formas de uso de algunos de los estudios empíricos de las ciencias sociales financiados por el Estado, y su relación con las políticas públicas; específicamente los casos de las investigaciones realizadas o licitadas por SERNAM y el Ministerio de Educación.

A nivel de diseño, la investigación tuvo un carácter no experimental, ya que el objeto de estudio fue tratado en condiciones de no manipulación, es decir, sin introducir ningún control de variables o de contexto. El control de variables se realizó por medios estadísticos para el caso de los datos cuantitativo. A su vez, dentro de los diseños no experimentales, esta investigación fue de tipo longitudinal, en tanto se levantaron los datos en 2007, pero el objeto de estudio se compone de fenómenos ocurridos en un período de los 15 años. Así, el diseño buscó historizar el fenómeno por lo que se propone reconstruir el período 1990-2005.

Para lograr el objetivo general N° 1 y sus respectivos objetivos específicos, utilizamos la metodología de investigación social cuantitativa, ya que 1) era la más pertinente para la caracterización de grandes grupos de información en torno a variables medibles (Ej. dimensionar el cúmulo de investigaciones que se han licitado desde los diferentes aparatos del Estado); 2) porque era la que permitía determinar el grado de asociación entre variables (Ej. tipo de investigaciones y montos de recursos asignados) y c) porque permitía extrapolar los datos de la muestra al universo conociendo los intervalos de error bajo determinados niveles de confianza. Para el objetivo general N° 2 y sus objetivos específicos derivados, en cambio, propusimos la metodología de investigación social cualitativa, ya que que facilitaba explorar variables que son más difíciles de cuantificar en un nivel exploratorio, y porque permitía profundizar en aspectos que no se podía estandarizar previamente. Su ventaja es que permitió captar y reconstruir sentidos y significados de situaciones y procesos, reconstruyendo observaciones de “segundo orden”, indagando en la estructura particular de lo que interesaba conocer, en este caso, el uso de las investigaciones sociales financiadas por el Estado y su vinculación con las políticas públicas. Así se pudo complementar la reconstrucción externa y centrada en distribuciones y relaciones entre variables estandarizadas (metodología cuantitativa), con el análisis profundo de la particularidad de ciertos procesos específicos, incluyendo los significados atribuidos por los actores sociales a tales procesos.

Por otro lado, la investigación utilizó datos primarios y secundarios, es decir, se produjeron a través de instrumentos -cuantitativos y cualitativos, parte de la información que luego se analizó, en tanto que otros datos se obtuvieron de fuentes estadísticas y archivos ya existentes.

## **INSTRUMENTOS DE PRODUCCIÓN DE INFORMACIÓN:**

Para la producción de la información utilizamos técnicas de investigación cuantitativas y cualitativas, pero el principal instrumento fue un ficha de codificación que contenía una serie de ítems con los que se midieron las distintas variables que incluía el estudio. Además cada unidad de análisis fue caracterizada por una ficha que contenía información cuantitativa y cualitativa. La segunda parte del estudio correspondió a la técnica del estudio de caso, de carácter cualitativo. Por lo tanto se trabajó con tres tipos de instrumentos que juntos integraron la estrategia de campo del estudio:

Ficha de codificación de las investigaciones: se diseñó para ser aplicada a las 300 investigaciones seleccionadas como muestra. Las investigaciones fueron leídas, y a partir de su información explícita e implícita, se completó una ficha que operó como un cuestionario que se aplicó a cada investigación. Cada ficha incluía sub instrumentos, índices compuestos por 1 a 4 preguntas para medir diversos conceptos y transformarlos en variables, por ejemplo, tipo de diseño metodológico, tipo de temática, montos de financiamiento, etc. Los datos de cada ficha, en su mayoría operacionalizados en variables numéricas (cuantitativas) de carácter nominal, ordinal e intervalar, fueron digitados en una base de datos para su posterior análisis estadístico mediante SPSS.

Construcción de Ficha de Identificación de las unidades del aparato público: se construyó una ficha con datos secundarios respecto de cada una de las unidades que producen y/o encargan investigaciones científico sociales como insumos para sus respectivas políticas públicas. La ficha tuvo por objeto sintetizar información relativa a la vinculación de los estudios con las políticas públicas respectivas. Sus contenidos permitieron identificar el tipo de información que pudo lograrse mediante diversas fuentes (datos secundarios, misión institucional, orientaciones de política pública, etc.) referida a las políticas públicas y al contexto de producción de las investigaciones realizadas desde el Estado. Algunos de los datos que contenía la ficha fueron: a) caracterización de la unidad del aparato público (misión institucional, presupuesto asignado, objetivos, planta de funcionarios, etc.); b) datos sobre uso de los estudios: inclusión en archivos bibliotecarios, políticas de publicación de los estudios, tipo de acceso a los informes de investigación, entre otros; y, c) políticas públicas (tipo de políticas públicas, tipo de destinatarios, entre otros).

Tanto los instrumentos 2.1 y 2.2 fueron validados mediante el juicio de expertos en el tema de investigación.

Estudio de Caso: está técnica combinó diversos instrumentos tales como entrevistas (ver pauta más abajo) a informantes claves, análisis de archivos, análisis de documentos, observaciones, análisis bibliográfico, entre otras. A través de tales instrumentos cualitativos se buscó reconstruir dos casos particulares de producción de investigaciones sociales empíricas desde el Estado, para ser analizados como “tipos ideales”.

## **UNIVERSO Y TÉCNICAS DE MUESTREO:**

### **a) Universo de estudio:**

El universo de esta investigación correspondió a las investigaciones de las ciencias sociales financiadas por Ministerios del Estado como parte de las políticas públicas del Estado entre 1990 y 2005. Se incluyeron tanto los estudios realizados directamente por sub- unidades de estas dependencias (ej. Departamentos de Estudio) como aquellas encargadas a otras instituciones (Ej. universidades, centros de investigación, empresas de estudios de opinión), ya sea por licitaciones abiertas o mediante contrataciones no sujetas a concurso público. Se excluyeron del universo las investigaciones financiadas por el Estado como parte de la política de desarrollo científico (Ej. proyectos financiados por CONICYT en sus diversas modalidades). Además, se excluyeron las investigaciones sociodemográficas que realiza el Estado como parte de sus funciones de administración y monitoreo de la población chilena (ej. Censo, CASEN). Sin embargo, no se descartaron los estudios realizados o encargados por las unidades ministeriales que utilicen este tipo de información secundaria (Ej. estudio sobre evolución de las formas de familia en base al CENSO).

### **b) Selección y tamaño de la muestra:**

b.1) Para los datos cuantitativos: investigaciones sociales empíricas realizadas o encargadas por unidades ministeriales y servicios públicos.

La investigación se realizará desde Santiago, pero su alcance fue nacional. La primera tarea, y probablemente la más difícil, fue construir el marco muestral, es decir, el listado de todas las investigaciones que componían el universo. Para ello se utilizaron como fuentes de información los presupuestos públicos, las memorias anuales de las dependencias públicas y diversas otras fuentes que permitieron reconstruir el universo. De dicho marco muestral se seleccionó una muestra de 210 investigaciones buscando reflejar la máxima diversidad de situaciones posibles. Se utilizó el tipo de muestreo aleatorio que mejor se adaptaba a las características del universo una vez que se identificaron sus características básicas. Sin embargo, por criterios prácticos y de presupuesto, el tamaño muestral tendrá que respetar:

Un mínimo de casos que permitiera usar la estadística paramétrica, pero que al mismo tiempo hagan factible el estudio. En principio, se postuló trabajar con una muestra de 300 investigaciones, la que se redujo a 210

Una diversidad muestral que permitiera abarcar los diferentes Ministerios y Servicios Públicos, así como el período de tiempo que se postula investigar.

En principio, se propuso el muestreo probabilístico polietápico por conglomerados, en tanto aunque implica aceptar un error mayor que el muestreo al azar simple, facilitó la obtención de muestras de universos masivos y de difícil acceso dado la extensión nacional del estudio.

Las etapas del muestreo fueron las siguientes: 1) Se confeccionó una lista de las investigaciones empíricas de ciencias sociales realizadas por Estado para cada uno de los Ministerios y Servicios Públicos, y en base a ello se seleccionó aleatoriamente un primer grupo de conglomerados correspondiente a las unidades desde donde se realizan las investigaciones; 2) luego se escogieron aleatoriamente, y para cada uno de los Ministerios y Servicios Públicos seleccionados, los años del período 1990-2005; 3) finalmente, se aplicó el instrumento (fichas de codificación) a todas las investigaciones de cada uno de los conglomerados seleccionados según años e instituciones del aparato público que realizan y/o encargan investigaciones de ciencias sociales.

b.2) Para datos cuantitativos y cualitativos: unidades ministeriales que realicen (o encarguen) investigaciones sociales empíricas.

Como se señaló arriba, se construyó también una ficha de identificación de las unidades ministeriales que realizaban o encargaban investigaciones empíricas a instituciones externas. En este caso la muestra correspondió a las unidades ministeriales a las que correspondan las investigaciones seleccionadas para la encuesta. En tal sentido, actuaron como el contexto desde donde surge cada investigación.

b.3) Para datos cualitativos: 2 estudios de caso a unidades ministeriales que realizaron (o encargaron) investigaciones sociales empíricas.

Cuando se usan metodologías cualitativas los muestreos se evalúan por criterios distintos a la precisión de la representatividad que permiten los estudios cuantitativos. Importa la cualidad más que la cantidad en que ocurre un fenómeno, la que se evalúa por la cantidad de información que se logra producir (saturación) y su complejidad. En este estudio se buscaba realizar dos estudios de caso, los cuales se trabajaron como escenarios particulares para levantar hipótesis para futuros estudios, indagar tipos de relaciones teóricas críticas y construir tipologías. En tal sentido, los criterios de muestreo fueron:

La selección de contextos relevantes al problema de investigación y dentro de ellos los casos individuales (procesos, sujetos, prácticas). La selección puede hacerse siguiendo el criterio de heterogeneidad (contextos extremos o relativos), pero también buscando la tipicidad; ambos pueden combinarse con otros criterios como el de accesibilidad y de factibilidad según recursos disponibles (tiempo, dinero, etc.). Para este estudio la mezcla de estos criterios nos hizo decidir que se realizara un estudio de caso centrado en el SERNAM y otro en el Ministerio de Educación. Esto responde a lo que se conoce como “selección estratégica de casos” según las pautas de un determinado “muestreo teórico” que genera un “esquema conceptual general” en base al ordenamiento de determinadas variables. La selección estratégica en términos teóricos responde a buscar escenarios del Estado donde mejor pueda ponerse de manifiesto la compleja relación entre ciencia y políticas públicas. Ambos servicios públicos operarán como casos típicos de las nuevas orientaciones de la política (igualdad de género) y de las más tradiciones ligadas a la equidad social (educación).

Selección de actores: como parte del estudio de caso se entrevistó a informantes claves (funcionarios, directivos y ex directivos de cada caso), de las dos unidades públicas a analizar, y mediante la técnica delphi, a académicos e investigadores(a) ligados estos campos de conocimiento (género y educación), así como a los que han sido ejecutores de los proyectos de investigación desarrollados (interna o externamente) por estos servicios públicos. La selección de los informantes se hizo mediante la técnica “bola de nieve” y siguiendo criterios estratégicos a la luz del trabajo de campo. En principio, se propuso realizar 40 entrevistas (20 por caso), pero su número definitivo se fijó por el criterio de saturación fue de 45 entrevistas (ver cuadro que detalla la muestra más abajo)

Momentos y Fechas: los estudios de caso también fueron analizados desde lógica de la historización que cubría el estudio cuantitativo, pero en vez de seleccionar al azar de los años (1990-2005) se escogieron momentos críticos relevantes para el segundo objetivo general del estudio

## **TÉCNICAS DE ANÁLISIS DE LA INFORMACIÓN**

Los resultados se trabajarán mediante tres tipos de análisis, según los instrumentos de producción:

1. Ficha de codificación de las investigaciones: se construyó una base de datos con la caracterización de las distintas investigaciones que componían la muestra. Con esa base se trabajó el análisis estadístico con el programa SPSS, en la siguiente secuencia: a) Exploración de análisis de estadística descriptiva Univariada y Bivariada de tipo nominal, ordinal y escalar: medidas de tendencia central, medidas de dispersión, formas de distribución de las variables; b) Estadística descriptiva para asociación de variables; c) Estadística inferencial: estimaciones de punto, estimaciones de intervalos de confianza y pruebas de hipótesis; d) Estadística Multivariada: análisis de correspondencias múltiples y de clústers para establecer construir modelos interpretativos y en lo posible explicativos, para construir tipologías y para producir nuevas hipótesis. Los diferentes análisis permitieron una mejor caracterización de la calidad de la medición y del error que estábamos manejando, con lo que pudimos ofrecer sugerencias para el mejoramiento de estos instrumentos en futuras aplicaciones.

2. Estudio de Caso y Fichas de Identificación de las Unidades Ministeriales y de Servicios públicos: se analizaron en base al “análisis de contenido”, la “teoría fundada en los datos” y el “análisis de discurso”, apoyado en el programa ATLAS TI

Para el caso de las investigadoras del SERNAM, cuyos discursos presentamos en esta tesis, tras un primer análisis de todas las entrevistas construyó una tipología que buscaba dar cuenta de los diferentes modos de relacionarse con el Estado. Para ilustrar el argumento, seleccionamos aquellas investigadoras que mejor representaban a cada uno de los cuatro modos principales que construimos como tipos ideales.

### **5. Condiciones Éticas**

Las entrevistas contaron con un consentimiento informado (ver más abajo), y aun cuando la gran mayoría de los entrevistados/as no tuvo problemas con que se identificara su nombre, en la publicación de los resultados –incluida esta tesis– preferimos mantener el anonimato de los colaboradores.

## En SERNAM

### Funcionarios/as Ministeriales (Por orden de ejecución)

Nombre del Entrevistado	Cargo Ministerial	Fecha de la Entrevista
Gabriel de Pujadas	Jefe del Departamento de Estudios y Capacitación	6 de Mayo de 2008
Gloria Fuentes	Jefa de la Unidad de Buenas Prácticas Laborales	23 de Julio de 2008
Sylvia Musalem	Jefa de la Unidad de Desarrollo Regional y Local	24 de Julio de 2008
María Luisa Rojas	Funcionaria del Departamento de Estudios y Capacitación	28 de Julio de 2008
Christián García	Jefe de la Unidad de Violencia Intrafamiliar	7 de Agosto de 2008
Laura Echeverría	Jefa de la Unidad de Mujeres Jefas de Hogar	11 de Agosto de 2008
Andrea Reyes	Jefa del Departamento de Coordinación Intresectorial	5 de Septiembre de 2008
Débora Solís	Jefa de la Unidad de Promoción de Derechos y Participación	22 de Octubre de 2008

### Investigadores/as (Por orden de ejecución)

Nombre del Entrevistado	Institución	Fecha de la Entrevista
Thelma Gálvez	Consultora Independiente	6 de Noviembre de 2008
Ximena Valdés	Directora Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer (CEDEM)	10 de Noviembre de 2008
Soledad Larraín	UNICEF	11 de Noviembre de 2008
Claudia Dides	Programa de Género y Equidad, FLACSO	17 de Noviembre de 2008
Ximena Díaz	Directora del Centro de Estudios de la Mujer (CEM)	20 de Noviembre de 2008
Virginia Guzmán	CEM	24 de Noviembre de 2008
Ivonne Fernández	DOMOS	25 de Noviembre de 2008
Manuel Razeto	Director del Instituto TRASSE, U. Bolivariana	25 de Noviembre de 2008
Teresa Valdés	CEDEM	1 de Diciembre de 2008
Dagmar Raczynski <sup>28</sup>	Asesorías para el Desarrollo	2 de Diciembre de 2008
Lorena Fries	Directora de Corporación Humanas	15 de Diciembre de 2008
Carolina Franch	Centro Interdisciplinario de Estudios de Género (CIEG), U. de Chile	16 de Diciembre de 2008
Teresa Selamé	Consultora Independiente	17 de Diciembre de 2008

## **PAUTA DE ENTREVISTA A FUNCIONARIOS DE SERNAM**

Objetivos de la entrevista:

Conocer cómo se relacionan las investigaciones empíricas realizadas y encargadas por el ministerio con la formulación de políticas públicas.

Conocer la forma de articulación entre ciencia y política (producción de conocimiento al servicio de la generación de políticas públicas).

### **CARACTERIZACIÓN DE SU DEPARTAMENTO O UNIDAD**

Cuál es la MISIÓN, OBJETIVO o FUNCIÓN de su departamento o unidad.

Desde cuándo existe este departamento o unidad.

Cuál es la función de la investigación en esta unidad.

Cómo ha sido su EXPERIENCIA en la unidad y el ministerio.

Cuáles han sido sus DESAFÍOS, sus PROYECCIONES.

### **UNIDADES QUE REALIZAN Y/O ENCARGAN ESTUDIOS (EXPLICAR DIFERENCIA)**

CARACTERIZACIÓN DE LAS UNIDADES: ¿Esta unidad realiza investigaciones?, ¿Esta unidad encarga investigaciones?, ¿Quién(es) son los INVESTIGADORES de la unidad?, ¿Cuáles son las DISCIPLINAS de esas personas?

JUSTIFICACIÓN PARA REALIZAR LOS ESTUDIOS: ¿En estos casos por qué realizan los estudios en vez de encargarlos?, ¿Quién y cómo lo decide?, ¿Existen CRITERIOS para eso?, ¿Cuáles?

JUSTIFICACIÓN PARA ENCARGAR LOS ESTUDIOS: ¿En estos casos por qué encargan los estudios en vez de realizarlos?, ¿Quién y cómo lo decide?, ¿Existen CRITERIOS para eso?, ¿Cuáles?

De qué MODO operan las licitaciones. Quiénes definen los términos de referencia (TDR).

Cuántas licitaciones realizan al año. Se planifica, o se ve en el camino de acorde a las necesidades de cada departamento o unidad. Quién decide eso.

MODALIDAD DEL ENCARGO: ¿cómo operan los encargos, vía licitaciones abiertas, cerradas, etc.?

### **DIFERENCIAS ENTRE HACER Y ENCARGAR UN ESTUDIO**

A su juicio, cuáles son las principales diferencias entre realizar investigaciones y encargarlas a organismos ejecutores (PAUSA) Los CRITERIOS que me mencionó (en el supuesto que los hay) se vinculan con la importancia de las distintas áreas temáticas que investiga el ministerio.

### **ÁREAS DE INVESTIGACIÓN**

¿Cuáles son las principales ÁREAS o TEMAS de investigación del ministerio?, ¿Por qué estos temas?, ¿Cómo se han ido perfilando?

De las investigaciones hechas por la unidad del ministerio en que usted se desempeña, me podría decir cuáles son las principales áreas de investigación.

Hay LINEAS de investigación definidas en esta unidad. Y en el ministerio.

Ha habido CAMBIOS en las líneas de investigación (si hay). A qué se deben éstos.

¿Hay unidades ESPECÍFICAS que se encargan de cada área o tema, o son más bien TRANSVERSALES a cada unidad?

### **INSTITUCIONES EJECUTORAS (SÓLO PARA EL PERSONAL DEL MINISTERIO)**

Para las investigaciones que se encargan ¿Cuáles las instituciones ejecutoras?, ¿De qué tipo son?

Las instituciones ejecutoras en este Ministerio entran por encargo o por licitación.

(Si es por ambos) Cuáles entran por encargo, y cuáles entran por licitación.

Cuáles son los REQUISITOS participar en las licitaciones; y en los encargos Estos criterios van siempre en las bases, o las conoce sólo el jurado.

Hay criterios generales para todos los organismos del Estado.

Cuáles son los criterios de evaluación y selección de los proyectos.

Cómo pesan en las evaluaciones la experiencia...el costo...la calidad del personal.

¿Existen instituciones que tengan CONTINUIDAD en el tiempo investigando para el ministerio?

En general, ¿cómo ha sido la RELACIÓN con las instituciones ejecutoras? (con los distintos tipos)

¿Cómo ha sido la experiencia con los ejecutores externos?

### **POLÍTICAS DE INVESTIGACIÓN**

En este ministerio existe una política de investigación.

(Si hay, ésta corresponde a una normativa o es lo que ha hecho el ministerio en esta materia).

La política de investigación ha cambiado en el tiempo.

En el ministerio existe una política de registro de las investigaciones, de lo que se ha hecho, de lo que se está haciendo.

(Si hay política, corresponde a una normativa o es lo que ha hecho el ministerio en esta materia).

### **RECORRIDO DE LAS INVESTIGACIONES**

¿Cuál es el recorrido de las investigaciones?

Cuando nacen.

A quién(es) se les ocurren las investigaciones.

Quién(es) las encargan al interior de la unidad.

A quién(es) se les pidió al interior de la unidad.

Cómo se concreta la solicitud (licitación, encargo, etc.).

A quién(es) se les encarga la realización.

Quién(es) las monitorean o hacen el seguimiento.

### **COMO SE USAN LAS INVESTIGACIONES**

¿Cuál es el curso que siguen las investigaciones una vez realizadas?, ¿Qué hacen con las investigaciones dentro del ministerio? Una vez que llegan al ministerio los resultados.

Cuáles son los usos que se le dan a las investigaciones al interior del ministerio

Quién(es) las leen.

Quién(es) las usan, para qué.

Quién(es) define políticas públicas a partir de las investigaciones.

Cómo se relacionan las INVESTIGACIONES con las PP.

De qué manera se vinculan las investigaciones realizadas y encargadas por el ministerio con la generación de políticas públicas. Podría ejemplificarme lo anterior.

Existen investigaciones ÍCONOS para el ministerio, sea por su impacto, por su aporte, etc.

(Referencia al pasado de algunas investigaciones que incentivaron políticas públicas)

¿De qué otra forma son utilizadas las investigaciones?

Fue ocupado en la discusión al interior del ministerio

Fue considerado en nuevas políticas públicas

Fue considerado en acciones

Fue considerado para crear sensibilidades

Con esto, ¿Cómo considera que son APROVECHADOS los resultados de las investigaciones?



Y en términos de DIFUSIÓN, cree que los resultados son difundidos, existe una política de difusión.

Con lo que me cuenta, ¿Cuál es el sentido de hacer investigación en el ministerio?

¿Cómo valora la calidad de las investigaciones realizadas y encargadas por el ministerio?

Qué se espera de una investigación; cuándo se habla de una BUENA INVESTIGACIÓN.

### **RELACION ENTRE CONOCIMIENTO EXPERTO CON LAS POLÍTICAS PÚBLICAS**

Con los resultados de las investigaciones se hacen propuestas para la agenda investigativa nacional. DEL MINISTERIO.

Qué importancia tienen las investigaciones en el ministerio para la fundamentación de políticas. Cómo cree que debería ser. Y en su caso, qué importancia tiene.

Usted considera que el conocimiento experto define a la política o a la inversa. Por qué.

Cuál sería la relación actual entre conocimiento y política...y antes...ha cambiado...

¿Qué sucede en caso de haber discrepancias entre el conocimiento experto y la decisión política?

En este caso, las investigaciones justifican lo que ya se sabía, o abren el debate a temas nuevos.

Usted cree que la productividad académica nacional concuerda con las necesidades del país.

¿Cuáles serían a su juicio, las principales recomendaciones para potenciar el campo de la investigación en Chile?

### **PAUTA DE ENTREVISTA A INVESTIGADORES/AS**

Objetivos de la entrevista:

Conocer cómo se relacionan las investigaciones empíricas realizadas y encargadas por el ministerio con la formulación de políticas públicas.

Conocer la forma de articulación entre ciencia y política (producción de conocimiento al servicio de la generación de políticas públicas).

### **CARACTERIZACIÓN DE SU INSTITUCIÓN**

Cuál es la MISIÓN, OBJETIVO o FUNCIÓN de su institución.

Desde cuándo existe esta institución.

Cuál es la función de la investigación en esta institución.

Cómo ha sido su EXPERIENCIA en esta institución.

Cuáles han sido sus DESAFÍOS, sus PROYECCIONES.

### **INSTITUCIONES QUE REALIZAN ESTUDIOS**

CARACTERIZACIÓN DE LAS INSTITUCIONES:

¿Quién(es) RECIBEN las invitaciones para realizar una investigación?

¿Quién(es) DESARROLLAN la propuesta a presentar?

¿Quién(es) NEGOCIAN los TDR con el ministerio?

¿Quién(es) DIRIGEN las investigaciones?

¿Quién(es) son los INVESTIGADORES de la institución?

¿Cuáles son las DISCIPLINAS de esas personas?

De qué MODO operan en las licitaciones.

En cuántas licitaciones participan durante al año (capacidad investigativa).

Se planifica, o se ve en el camino de acorde a las necesidades de la institución. Quién decide eso.

Existen DIFERENCIAS entre investigaciones que licitan por concurso abierto y encargadas de manera directa. Cuáles.

## **ÁREAS DE INVESTIGACIÓN**

¿Cuáles son las principales ÁREAS o TEMAS de investigación de la institución?, ¿Por qué estos temas?, ¿Cómo se han ido perfilando?

Hay LINEAS de investigación definidas en esta institución.

De qué manera se vinculan estas líneas con las del ministerio.

Ha habido CAMBIOS en las líneas de investigación. (Si hay) a qué se deben éstos.

## **RELACIÓN CON EL MINISTERIO**

¿Existen cierta CONTINUIDAD en el tiempo investigando para el ministerio?

En general, ¿cómo ha sido la RELACIÓN con el ministerio?

¿Cómo ha sido la EXPERIENCIA con el ministerio?

## **POLÍTICAS DE INVESTIGACIÓN**

En esta institución existe una política de investigación.

(Si hay política, corresponde a una normativa o es lo que ha hecho el ministerio en materia de investigación).

Y en el caso del ministerio, ustedes ven la presencia de una línea de investigación.

La política de investigación ha cambiado en el tiempo.

En esta institución existe una política de registro de las investigaciones, de lo que se ha hecho, de lo que se está haciendo.

(Si hay política, corresponde a una normativa o es lo que ha hecho el ministerio en esta materia).

Y cuando necesitan información de lo que ha hecho el ministerio, ustedes observan la existencia de una política de registro de las investigaciones, de lo que se ha hecho, de lo que se está haciendo. Cómo ha sido la experiencia de esta institución en este sentido.

## **RECORRIDO DE LAS INVESTIGACIONES**

Ustedes han propuesto investigaciones al ministerio, sin que ellos hayan hecho la solicitud. (De ser la respuesta afirmativa). Y en esos casos, ¿Cuál es el recorrido de las investigaciones?

Cuando nacen.

A quién(es) se les ocurren las investigaciones.

A quién(es) se les pidió al interior de la institución.

Cómo se concreta la solicitud (licitación, encargo, etc.).

A quién(es) se les encarga la realización.

¿Cuál es el curso que siguen las investigaciones una vez realizadas?, ¿Qué hacen con las investigaciones dentro de la institución?

Ustedes son invitados al ministerio a presentar los resultados.

Y una vez que las investigaciones llegan al ministerio los resultados.

A quién(es) se las entregan

Quién(es) las leen.

Quién(es) las usan, para qué.

Quién(es) define políticas públicas a partir de las investigaciones.

Ustedes son invitados a participar en los usos que se le dan a las investigaciones.

¿De qué otra forma creen ustedes que son utilizadas las investigaciones?

Fue ocupado en la discusión al interior del ministerio

Fue considerado en nuevas políticas públicas

Fue considerado en acciones

Fue considerado para crear sensibilidades

Con esto, ¿Cómo considera que son APROVECHADOS los resultados de las investigaciones?

Y en términos de DIFUSIÓN, cree que los resultados son difundidos, existe una política de difusión

Por tanto, ¿Cuál sería el sentido de hacer investigación en el ministerio?

¿Cómo valora la calidad de las investigaciones encargadas por el ministerio?

Qué se espera de una investigación; cuáles son los criterios para hablar de una BUENA INVESTIGACIÓN.

### **COMO SE USAN LAS INVESTIGACIONES**

Se hace fácil o difícil usar las investigaciones, por qué. Existen dificultades para el uso de los resultados de las investigaciones.

¿Quiénes utilizan principalmente estas investigaciones?

Además del ministerio, alguien más usa las investigaciones.

Existen diferencias entre el uso que se les da dentro del ministerio con lo que se usa fuera de él.

A su juicio, cómo se relacionan las INVESTIGACIONES con las PP.

De qué manera se vinculan las investigaciones realizadas y encargadas por el ministerio con la generación de políticas públicas. Podría ejemplificarme lo anterior.

Existen investigaciones realizadas por esta institución o por usted que sean ÍCONOS para el ministerio, sea por su impacto, por su aporte, etc.

(Referencia al pasado de algunas investigaciones que incentivaron políticas públicas)

### **RELACION ENTRE CONOCIMIENTO EXPERTO CON LAS POLÍTICAS PÚBLICAS**

Con los resultados de las investigaciones se hacen propuestas para la agenda investigativa nacional. Y la del ministerio.

Qué importancia creen ustedes que tienen las investigaciones en el ministerio para la fundamentación de políticas. Cómo cree que debería ser.

Usted considera que el conocimiento experto define a la política o a la inversa. Por qué.

Cuál sería la relación actual entre conocimiento y política...y antes...ha cambiado...

¿Qué cree sucede en caso de haber discrepancias entre el conocimiento experto y las decisiones políticas?

En este caso, las investigaciones justifican lo que ya se sabía, o abren el debate a temas que no estaban...

Usted cree que la productividad académica nacional concuerda con las necesidades del país.

¿Cuáles serían a su juicio, las principales recomendaciones para potenciar el campo de la investigación en Chile?

## MODELO DE MAIL A LOS ENTREVISTADOS SERNAM

Santiago, Junio de 2008.

Estimada Sr. / Sra. <<Nombre>>

<<Cargo>>

De nuestra consideración

Junto con saludarlo/a, nos dirigimos a usted para pedir su colaboración en un proyecto FONDECYT que actualmente estamos realizando. El estudio se titula “Las investigaciones empíricas de las Ciencias Sociales realizadas desde el Estado entre 1990-2005: cambios y continuidades en un campo de producción de las ciencias sociales, y de articulación entre políticas públicas y conocimiento científico social”, y está a cargo de Manuel Antonio Garretón como investigador responsable, y de María Angélica Cruz, como co-investigadora, académicos patrocinados por la Universidad de Chile y la Universidad de Valparaíso, respectivamente.

En el marco de dicho estudio, durante el 2007 analizamos una muestra de investigaciones vinculadas a las políticas públicas ejecutadas y/o encargados por diversos Ministerios. Tras esa primera etapa, este año tenemos que realizar dos estudios de caso, centrados en MINEDUC y SERNAM, para profundizar en cómo se han usado las investigaciones en cada uno de los Ministerios.

Para esos efectos tenemos que entrevistar a un conjunto de “informantes claves”, dentro de los cuales Usted ha sido seleccionado/a. La importancia de su colaboración, radica en que a partir de su experiencia y conocimiento sobre las materias involucradas en este estudio, podremos profundizar en el análisis de un campo de producción de políticas públicas, y de esta forma, contribuir tanto al debate académico nacional sobre estas temáticas, como al desarrollo mismo de las políticas públicas.

Para desarrollar esta investigación contamos con el apoyo del SERNAM, a través del Departamento de Estudios y Capacitación por medio de Gabriel de Pujadas, jefe de dicho departamento, quien está al tanto de los objetivos del estudio, y de que solicitaríamos su colaboración para ser entrevistado en su calidad de funcionario/a experto/a del Ministerio.

La coordinación y realización de la entrevista, para el caso de SERNAM, está a cargo de nuestro asistente de investigación Francisco Espinoza, quien posee completa disposición horaria para acomodarse al horario y lugar que Usted prefiera, para lo cual dentro de estos días se contactará con usted.

Desde ya le agradecemos su tiempo y disposición, atentamente se despiden

Manuel Antonio Garretón Merino

[magarret@uchile.cl](mailto:magarret@uchile.cl)

María Angélica Cruz

[angecruz@hotmail.com](mailto:angecruz@hotmail.com)

PD: Cualquier información adicional sobre el proyecto no dude en pedírnosla a nuestros correos o a Francisco Espinoza al correo [fcoespinozaoliv@gmail.com](mailto:fcoespinozaoliv@gmail.com), a su fono de oficina (2) 978 78 25 o al celular 7 451 41 93)

## CONSENTIMIENTO INFORMADO

Santiago, <<Mes>> de 2009.

Estimado/a

<<NOMBRE DEL INVITADO>>

<<CARGO/FUNCIÓN>>

De nuestra consideración

Junto con saludarlo/a, nos dirigimos a usted para invitarlo/a y pedir su colaboración en el proyecto FONDECYT N° 1090127 que actualmente estamos realizando. El estudio se titula “Movilizaciones sociales, Estado de Bienestar y conocimiento experto. El significado de los Consejos Asesores Presidenciales”, y está a cargo de Manuel Antonio Garretón como investigador responsable patrocinado por la Universidad de Chile, y cuyos co-investigadores son María Angélica Cruz y Félix Aguirre académicos patrocinados por la Universidad de Valparaíso.

Este proyecto tiene como principal objetivo, conocer las nuevas formas de resolución de conflictos sociales y de institucionalización de las políticas públicas -que articulan conocimiento experto y participación política- a través de los "Consejos Asesores Presidenciales" durante el gobierno de Michelle Bachelet sobre trabajo y equidad social, calidad de la educación, y previsión social; como mecanismos de redefinición de las relaciones entre Estado y sociedad del Chile postransición (2006-2010).

En el marco de nuestro proyecto, hemos decidido realizar un conjunto de entrevistas a “informantes claves”, dentro de los cuales usted ha sido seleccionado/a. La importancia de su colaboración, radica en que nuestro deseo de rescatar su experiencia adquirida durante su participación en el Consejo Asesor Presidencial <<NOMBRE DEL CONSEJO>>, para poder profundizar en el análisis de un campo de producción de políticas públicas y canalización de demandas sociales, y de esta forma, contribuir tanto al debate académico nacional sobre estas temáticas, como al desarrollo mismo de las políticas públicas.

El objetivo de esta entrevista, es fundamentalmente rescatar su experiencia en la participación del desarrollo del consejo, y conocer su opinión respecto a la valoración que le otorga a su creación, funcionamiento y resultados. Esta entrevista ha sido pensada con un tiempo que varía entre los 45 minutos y una hora de duración, para la cual solicitamos su autorización para poder grabar nuestra conversación. También, es importante decirle que si usted decide participar en esta iniciativa, está en todo su derecho a negarse a contestar aquello que no desee y a retirarse en cualquier momento por los motivos que estime conveniente.

Los aspectos éticos de este proyecto fueron evaluados y aprobados por el Comité de Ética en Ciencias Sociales y Humanidades de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la U. de Chile, y por el Comité de Ética para la Investigación en Ciencias Sociales de la U. de Valparaíso, cuyos respectivos presidentes son Marcela Ferrer Lues (fono (2) 978 7881, e-mail [mferrer@uchile.cl](mailto:mferrer@uchile.cl)) y Juan Orellana Peralta (fono (32) 250 7878, e-mail [joreellana@uv.cl](mailto:joreellana@uv.cl)) a quienes pueden dirigirse en caso de alguna duda al respecto.

Por último, sólo nos resta contarle que la coordinación y realización de la entrevista está a cargo de <<NOMBRE Y FUNCIÓN DEL ENTREVISTADOR>>, quien se pondrá en contacto con usted dentro de los próximos días para acomodarse al horario y lugar que usted prefiera, y con quien podrá coordinar la forma en que le entregaremos los resultados del proyecto.

Desde ya le agradecemos su tiempo y disposición, atentamente se despiden

Manuel Antonio  
Garretón Merino  
[magarret@uchile.cl](mailto:magarret@uchile.cl)

María Angélica  
Cruz Contreras  
[angecruz@hotmail.com](mailto:angecruz@hotmail.com)

Félix José  
Aguirre Díaz  
[felix.aguirre@uv.cl](mailto:felix.aguirre@uv.cl)

PD: Cualquier información adicional sobre el proyecto no dude en pedirnosla a nuestros correos o a <<NOMBRE ASISTENTE>> al correo <<MAIL ASISTENTE>>, o a su fono <<FONO ASISTENTE>>.

## CARTA DE CONSENTIMIENTO INFORMADO ENTREVISTA

Santiago,.....

Yo, \_\_\_\_\_, residente de la Comuna de \_\_\_\_\_, acepto participar, de manera informada y voluntaria, en la entrevista realizada por el investigador \_\_\_\_\_, en el lugar previamente acordado con el entrevistador, y que corresponde a \_\_\_\_\_, ubicado en la comuna de \_\_\_\_\_.

Por medio de la presente, declaro haber sido informado de los propósitos del estudio que están realizando los investigadores, como parte del proyecto FONDECYT N° \_\_\_\_\_, y del uso que se le dará a la información recopilada durante la entrevista en que participé.

Acordamos que la entrevista será:

- a) Anónima \_\_\_\_\_ y que mi identidad sólo la conocerá el entrevistador.
- b) No Anónima \_\_\_\_\_ y que mi identidad podrá ser citada en los informes.

Sin otro particular,

Otras observaciones que en el entrevistado/a desee agregar: \_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

Nombre y Firma

**ANEXO METODOLÓGICO ESCENARIO III: Investigación “Conocimientos Situados e Investigación crítica: el caso de los Estudios sobre Memorias Colectivas de la represión en el Cono Sur Latinoamericano”. Tesina desarrollada por María Angélica Cruz, bajo la dirección del prof. Fernando García Selgas, para obtener la suficiencia investigadora de Programa de Doctorado, 2004.**

La investigación es de tipo teórica y situada en un nivel del estudio de carácter exploratorio.

Los datos con que se trabajó en esta investigación corresponden a todas las investigaciones del programa memoria publicadas hasta el 2003 (21 textos) y que se presentan en tres libros de la colección memorias de la represión de Editorial Siglo XXI. De ellas se han seleccionaron tres que son las que se analizan en el capítulo siete. A ello se suman algunos documentos del SRSS que informan sobre el funcionamiento y evaluación del programa memoria.

El análisis de los datos se realizó mediante una lectura transversal de las investigaciones del programa memoria, buscando cómo podían operar las premisas del marco epistemológico de los conocimientos situados propuestos por Haraway que expusimos en el capítulo siete. Luego se seleccionó el análisis de las investigaciones que a nuestro juicio mejor mostraban las posibilidades de acercar ese modelo teórico a las investigaciones empíricas. Todo el proceso fue apoyado por las reuniones de trabajo sostenidas con el tutor de esta investigación, el profesor Fernando García Selgas.

La selección del programa memoria, sus antecedentes e investigaciones se hizo en función de que era un programa que se ha definido como una instancia de producción de conocimiento científico social riguroso, pero también sensible a sus implicaciones políticas. El propio tema del programa, memorias de la represión política en el Cono Sur, ofrece además la posibilidad de pesquisar las posibilidades de aplicación de los postulados epistemológicos de los conocimientos situados, en un tema donde lo político y lo ético es muy difícil de eludir, menos aún si el programa se ha propuesto no eludir tales implicaciones y su vinculación con las historias personales de los investigadores.

El programa memoria cuyas investigaciones y antecedentes analizamos en esta investigación, funcionó durante el curso de tres años (1999-2001), preparando a 56 investigadores jóvenes de seis países de Sur América y los Estados Unidos para analizar e investigar las memorias de la represión política en el Cono Sur, de ahí su carácter de programa de formación e investigación.

#### **ANEXO METODOLOGICO ESCENARIO IV: Proyecto Fondecyt 1110411 Memorias de la dictadura militar: voces e imágenes en la dialogía intergeneracional**

El estudio estuvo orientado a comprender la configuración del proceso dialógico intergeneracional en la construcción de memorias sociales sobre la Dictadura Militar chilena, a través de discursos narrativos y fotográficos, se situó como una investigación social cualitativa, orientada a captar y reconstruir sentidos de situaciones y procesos, vinculándolos a los contextos históricos particulares en que se producen e indagando en los significados atribuidos por los actores sociales a tales procesos o fenómenos sociales.

El estudio se situó desde una lógica exploratoria y comprensiva, sostenida por una aproximación progresiva al fenómeno de estudio que buscamos comprender y orientado por un diseño analítico-relacional. Fue un estudio exploratorio, en cuanto buscaba levantar información sistemática sobre aspectos poco investigados en Chile, como es la configuración del proceso dialógico intergeneracional en la construcción de memorias acerca del pasado reciente, tanto a partir de narraciones (individuales y colectivas), como a partir de imágenes fotográficas. Se trató además de un estudio comprensivo, en el sentido que buscaba conocer cómo estas narraciones e imágenes acerca de la dictadura se articulan con distintas posiciones discursivas convocadas en los sujetos, posiciones discursivas en donde hay evidencia respecto a la relevancia de su rol en la configuración de la memoria, como son la posición generacional, la posición ideológica, el nivel socioeconómico, la territorialidad, la experiencia de represión política y el género. Se trataba no solo de describir sino de explicar comprensivamente tales relaciones.

La complejidad y conflictividad del fenómeno de la construcción de memorias acerca del pasado reciente, requería de abordajes múltiples, tanto respecto de las diversas posiciones discursivas convocadas en los sujetos participantes, como desde los dispositivos de escucha implementados con ellos. El proyecto incluyó dos fases en las que se produjeron y analizaron los datos desde dos entradas respecto al fenómeno de la memoria de la Dictadura Militar chilena, una singular y otra interaccional: relatos de vida singulares y grupos de discusión. En la construcción de ambos dispositivos de escucha, se convocaron dos planos discursivos como son las narraciones y las imágenes fotográficas. Se señalan a continuación las principales estrategias metodológicas de la fase singular que es la que usamos en esta tesis.

La muestra estuvo compuesta por 25 participantes (ver cuadro siguiente) que narraron sus experiencias bajo el dispositivo de los relatos de vida, a ellos se suman 3 casos pilotos, más tres autorrelatos de las investigadoras sobre el mismo objeto de estudio.



## MUESTRA

### PRODUCCION DE DATOS AÑO 1: RELATOS DE VIDA

	NARRADOR							RELATOS						
	Seudónimo	Generación	Edad	Sexo	NSE	Represión Política	Posición ideológica	Territorio	A			B		
									Fecha	Duración (min)	Lugar Encuentro	Fecha	Duración (min)	Lugar Encuentro
1	Verónica	G1 > 55 años	84	F	Medio	Con directa	Izquierda	Santiago	07-09-2011	80	Hogar de Narrador	27-09-2011	41	Hogar de Narrador
2	Vicente	G1 > 55 años	69	M	Medio	Con directa	Izquierda	Temuco	25-08-2011	89	Lugar de Trabajo Narrador	22-09-2011	71	Lugar de Trabajo Narrador
3	Bernardo	G1 > 55 años	66	M	Alto	Con directa	Indignado	Santiago	02-09-2011	85	Hogar de Narrador	23-09-2011	93	Hogar de Narrador
4	José	G1 > 55 años	62	M	Alto	Con directa	Izquierda	Calama	09-09-2011	132	Café/Restaurant	14-10-2011	119	Café/Restaurant
5	Gabriela	G1 > 55 años	56	F	Medio	Con familiar	Izquierda	Antofagasta	26-09-2011	102	Hogar de Narrador	08-11-2011	63	Hogar de Narrador
6	Guillermo	G1 > 55 años	56	M	Medio	Sin	Apolítico/a	Viña del Mar	09/11/11	54	Lugar de Trabajo Narrador	21/12/11	32	Lugar de Trabajo Narrador
7	Antonia	G1 > 55 años	53	F	Medio	Sin	Derecha	Villa Alemana	12/10/11	62	Café/Restaurant	19/10/11	33	Café/Restaurant
8	Gabriel	G2 40-55 años	53	M	Alto	Con directa	Izquierda	Santiago	16-11-2011	105	Lugar de Trabajo Narrador	16-12-2011	67	Lugar de Trabajo Narrador
9	Sonia	G2 40-55 años	48	F	Bajo	Sin	Apolítico/a	Concepción	07-09-2011	72	Hogar de Narrador	07-10-2011	69	Hogar de Narrador
10	Amanda	G2 40-55 años	48	F	Alto	Con familiar	Apolítico/a	Santiago	18-08-2011	63	Hogar de Narrador	06-09-2011	69	Hogar de Narrador
11	Mariela	G2 40-55 años	44	F	Bajo	Con directa	Izquierda	Viña del Mar	23/08/11	61	Hogar de Narrador	23/09/11	44	Hogar de Narrador
12	Hugo	G2 40-55 años	42	M	Bajo	Con directa	Derecha	Santiago	22-11-2011	60	Hogar de Narrador	17-12-2011	59	Hogar de Narrador
13	Claudio	G2 40-55 años	42	M	Alto	Sin	Izquierda	Viña del Mar	17/03/11	75	Café/Restaurant			*No hubo segundo encuentro
14	El Flaco	G3 30-40 años	41	M	Bajo	Con familiar	Izquierda	Concepción	06-09-2011	130	Hogar de Narrador	06-10-2011	43	Hogar de Narrador
15	Ana	G3 30-40 años	40	F	Medio	Sin	Derecha	Santiago	19-03-2011	59	Hogar de Narrador	21-04-2011	57	Café/Restaurant
16	Andrea	G3 30-40 años	37	F	Alto	Sin	Derecha	Santiago	14-03-2011	52	Lugar de Trabajo Narrador	24-03-2011	82	Hogar de Narrador
17	Raúl	G3 30-40 años	36	M	Alto	Sin	Derecha	Calama	09-09-2011	66	Café/Restaurant	14-10-2011	48	Café/Restaurant
18	Manuela	G3 30-40 años	35	F	Bajo	Sin	Derecha	Santiago	29-12-2011	62	Hogar de Narrador	en proceso		Hogar de Narrador
19	Rolando	G3 30-40 años	34	M	Bajo	Sin	Derecha	Santiago	13-12-2011	58	Lugar proporcionado por narratorio	26-12-2011	66	Hogar de Narrador
20	David	G3 30-40 años	34	M	Medio	Con familiar	Centro	Viña del Mar	14/08/11	54	Hogar de Narrador	29/09/11	90	Hogar de Narrador
21	Mauricio	G3 30-40 años	30	M	Medio	Sin	Derecha	Temuco	26-08-2011	87	Café/Restaurant	22-09-2011	56	Café/Restaurant
22	Dominga	G4 20-30 años	26	F	Alto	Sin	Centro Derecha	Santiago	04-10-2011	58	Café/Restaurant	25-10-2011	50	Café/Restaurant
23	Matías	G4 20-30 años	23	M	Bajo	Con familiar	Izquierda	Santiago	21-10-2011	72	Café/Restaurant	18-11-2011	57	Parque
24	Manolo	G4 20-30 años	23	M	Medio	Sin	Apolítico/a	Valparaíso	04/10/11	39	Oficina de Narratorio	11/10/11	22	Oficina de Narratorio
25	Fernanda	G4 20-30 años	22	F	Medio	Sin	Izquierda	Antofagasta	26-09-2011	43	Café/Restaurant	07-11-2011	35	Café/Restaurant

## DISPOSITIVO PRODUCCIÓN DE RELATOS: PAUTA

### Encuentro 1

- Presentación de narrador y de narratario.
- Revisión y firma de consentimiento informado. Aclarar dudas. Agradecer su participación.
- Preguntar ¿por qué aceptaste participar en este estudio?
- Consigna: Cuéntame tu historia de la dictadura.
- Narración libre.
- ¿Desde dónde crees que se ha ido armando tu historia? (si no se lanza, proponer: experiencias personales, cosas que otros te han contado, cosas que has leído, otros)
- Para casos de personas que digan “no saber nada”, probar: ¿Cómo te fuiste informando de todo esto?
- Para preparar segundo encuentro: Tienes que traer 3 a 5 fotos, propias, de publicaciones, de la web o realizadas para la ocasión, que te ayuden a contar tu historia de la dictadura a personas de otras generaciones. Te enviaré la transcripción de este encuentro para que ambos lo leamos.(pedir mail o dirección física)

### Encuentro 2

- Reacciones del primer encuentro: ¿Te pasaron cosas al contar tu historia de la dictadura? ¿Te quedaron dando vuelta algunas cosas? ¿Qué te pasó al leer la transcripción?
- Narración y fotografías: Revisar cada foto: describirla, a qué parte de la historia apunta, por qué esa foto, ¿Cómo se eligieron las fotos? ¿Fue fácil o difícil?
- ¿Pensando en cuál/es generación/es escogiste esas fotos?
- ¿Por qué a esas generaciones le contarías tu historia de la dictadura?
- ¿A cuáles generaciones no le contarías esta historia? ¿Por qué?
- En función de generaciones nombradas en 1º encuentro y que no sean a las que sí se les contaría o no se contaría ¿qué pasa con esas generaciones?
- Algunos datos de identificación del narratario (preguntar solo si no han salido): fecha de nacimiento, ocupación, escolaridad, lugar de residencia, situación familiar, definición política.
- Cierre: Agradecimiento. Regalo. Cosas que quedaron dando vueltas. Quedar disponibles para ser contactadas en caso de querer hablar. Se le enviará la transcripción de este encuentro y se le invitará a alguna muestra de los resultados.

## DESCRIPCIÓN DE PARTICIPANTES: FASE RELATOS DE VIDA

La primera fase de producción de datos, –correspondiente a Relatos de Vida– fue realizada entre los meses de marzo 2011 y enero 2012, convocó a un total de 25 participantes que cumplieron con los criterios muestrales intencionados.

El proceso de contacto y reclutamiento de los participantes del estudio, se realizó a través de informantes clave, contactos personales de las investigadoras del proyecto y proceso de muestreo a través de bolas de nieve. El arranque muestral en ambas fases del estudio se realizó a partir de casos típicos y extremos, intencionando siempre el criterio de la posición generacional, foco principal del estudio. A medida que avanzó la producción de datos y sus análisis, el muestreo de los participantes fue además intencionado y guiado teóricamente, a partir de las necesidades de información detectadas en los mismos análisis y en los resultados generados desde los casos realizados.

Al finalizar la primera fase del estudio, de la muestra de 25 participantes, 11 son mujeres y 14 son hombres, 8 personas son de nivel socioeconómico alto, 10 de nivel medio y 7 de nivel socioeconómico bajo. De la totalidad de los participantes, 7 tuvieron experiencia de represión política directa durante el periodo de la dictadura, 5 de ellos tienen un familiar cercano que sufrió algún tipo de represión durante la dictadura y 13 no tuvieron experiencias de represión. En cuanto a la posición ideológica de los participantes, 8 son de derecha, 1 de centro-derecha, 1 de centro, 10 de izquierda, 4 apolíticos y 1 “indignado”<sup>2</sup>. Finalmente en cuanto al territorio, 2 personas de la muestra

pertenecen a la ciudad de Antofagasta, 2 de Calama, 6 de la región de Valparaíso, 11 de Santiago, 2 de Concepción y 2 participantes residen en la ciudad de Temuco.

Considerando que el objetivo principal de la presente investigación es comprender la construcción de memorias sociales sobre la Dictadura Militar Chilena desde la configuración de procesos dialógicos intergeneracionales, resulta fundamental desagregar detalladamente las características muestrales de los participantes desde su posición generacional de pertenencia. En esta primera fase del estudio se convocaron cuatro generaciones donde la Generación 1, los “mayores”, incluyó a mayores de 55 años; la Generación 2, los “adultos”, a participantes entre 40 y 55 años; la Generación 3, los “adultos-jóvenes”, a participantes entre 30 y 40 años y la Generación 4, “los jóvenes” a personas entre 20 y 30 años de edad.

## **PROCEDIMIENTO:**

### **Fase Autorrelatos de las Investigadoras**

Dada la opción epistemológica adoptada en esta investigación, el rol que juega el investigador, al momento de construir conocimiento en conjunto con un otro, es fundamental; y es que no es inocuo el lugar desde cual este se posiciona, y no da lo mismo el lugar que adopta cada persona dentro de un entramado de conocimiento construido entre los miembros del equipo.

Es desde este marco que se hizo importante tomar conciencia de la propia historia de la Dictadura al momento de aproximarse a este objeto de estudio. Es por esto que en esta primera fase de la investigación, las investigadoras a cargo del proyecto, –Marcela Cornejo, María José Reyes y Angélica Cruz–, tomaron la decisión de relatar cada una su propia historia de la Dictadura considerándose no solo como investigadoras, sino que también estando situadas desde una posición generacional, un territorio, un grupo social; en fin, habiendo vivido también la Dictadura. Esto lo hicieron en formato escrito, y luego cada relato fue analizado por ellas mismas.

El contar su historia estuvo guiado por preguntas que apuntaban a la experiencia y a las fuentes a las que guiaba esa experiencia de Dictadura; al registro fotográfico y el rol que jugaba al ser parte del relato; y a la dialogía intergeneracional, indagando por la generación a la cual esta historia sería contada y por qué.

El análisis estuvo guiado por preguntas que apuntaban a los autorrelatos como datos de investigación, estando enfocadas en las narraciones mismas, su tono emocional, personajes, intrigas, entre otras. También se enfocaron en lo dialógico del contar la historia: desde dónde es contada, a quiénes, qué efectos producen en el narratario y en el narrador. Y por último, también apuntaban al concepto central: la dialogía intergeneracional en la historia de la Dictadura. Luego se enfocaron hacia los relatos de las investigadoras como dispositivo analítico: cómo aporta el autorrelato en la empatía para con el entrevistado, cómo aporta en la comprensión de los relatos de vida, cómo aporta en el posicionamiento de la investigadora en la dialogía intergeneracional y cómo aporta en la constitución del equipo de investigación.

Quizás uno de los aspectos más importantes que se puede rescatar de esta fase de los autorelatos es la importancia de la reflexividad en la investigación, y cómo el estar consciente del propio posicionamiento puede ser una herramienta de conocimiento. Esto es relevante porque influye en la manera en que se producen y analizan los datos; influye en su interpretación, influye en lo que se escucha y se deja de escuchar, en lo que se ve y lo que se entrevé de las narraciones. Entonces la reflexividad se concretiza en la acción, dejando de ser algo que solo “se tiene en cuenta”, para ahora ser una pieza fundamental de la investigación, que tiene efectos en los diferentes momentos de la producción y análisis de datos.

### **Relatos Piloto**

Una vez finalizada la fase de autorelatos, se procedió a probar el dispositivo de producción de Relatos de Vida para evaluar cómo se daba en la situación de interlocución, cómo le resultaba al narratario y narrador, entre otros. Para esto, y habiendo considerado el análisis de los autorelatos, se intencionó la búsqueda de participantes según posición generacional y posición ideológica. Para lo primero, se optó por buscar participantes que fueran generacionalmente cercanos a las investigadoras, es decir, entre 35 y 40 años de edad; y en cuanto a lo segundo, se optó por buscar participantes que tuvieran una tendencia ideológica opuesta a la de las investigadoras, es decir, casos de derecha o apolíticos.

Finalmente, cada una de las investigadoras llevó a cabo un caso piloto, de seudónimos Ana, Andrea y Claudio. Las características de estos tres participantes, de acuerdo a los criterios muestrales, son: Andrea y Claudio son de NSE alto, mientras que Ana es de nivel medio; ninguno de los tres ha tenido experiencias de represión política. En cuanto a la posición ideológica, Andrea y Ana son de derecha, mientras que Claudio es de izquierda, lo que no se condijo con los criterios asignados previamente a la fase piloto, pero cabe destacar que al momento de ser reclutado, él se definió como “libre pensador”. En cuanto al territorio, Ana y Andrea son de la ciudad de Santiago, mientras que

Claudio es de Valparaíso; y sobre la posición generacional de los participantes, las primeras son de la Generación 3 (Ana tiene 40 y Andrea 37 años), mientras que Claudio es de la Generación 2 (tiene 42 años).

Los relatos piloto se produjeron durante los meses de marzo y abril de 2011. El intervalo de tiempo entre el primer y segundo encuentro fue de 21 días en promedio. Sin embargo, hay que destacar que, en este aspecto, las diferencias entre los casos son notorias, dado que para el caso de Andrea, el intervalo fue de 10 días, mientras que para el caso de Ana, el intervalo entre encuentros fue de 33 días. Para el caso de Claudio, el segundo encuentro no se concretó. Sobre la duración de los relatos, en el primer encuentro el promedio de tiempo fue de 62 minutos, oscilando entre los 75 minutos el más largo y 52 minutos el más breve. Mientras que para el segundo encuentro, el promedio fue de 69 minutos; siendo el de Andrea el más largo (82 minutos) mientras que el de Ana duró 57 minutos. Sobre el lugar donde se produjeron los relatos, en el primer encuentro Ana invitó a la narrataria a su casa, Andrea prefirió su lugar de trabajo, y Claudio un café/restaurant. Llama la atención que para los segundos encuentros, Ana y Andrea decidieron cambiar el lugar en donde se llevó a cabo; la primera prefirió hacerlo en un café/restaurant, mientras que la segunda prefirió en su casa.

### **Relatos de Vida**

Una vez terminada la fase de preparación para la producción de datos –los autorelatos y los pilotos–, se dio inicio a la fase de Relatos de Vida propiamente tal, convocando a participantes que cumplieran los criterios muestrales establecidos en la investigación. El reclutamiento se realizó a través de informantes clave, a los cuales se les envió un documento de presentación del proyecto, como herramienta para convocar de manera informada a los potenciales participantes. Este documento exponía los objetivos de la investigación, presentaba a las investigadoras a cargo, las líneas de trabajo del proyecto y describía en qué consistía la participación en él, a saber: dos encuentros con una de las investigadoras de 1 a 1 ½ hora de duración, con un intervalo de dos a tres semanas entre ellos y en un lugar escogido por el participante. El documento explicaba que los encuentros serían grabados y que el participante recibiría una copia de la transcripción del primer encuentro, con el objetivo de leerla y dar sus comentarios en el siguiente encuentro.

Con esta información, se les señaló a los informantes clave los criterios muestrales de los participantes que debían reclutar. El muestreo se fue construyendo sistemáticamente de manera de ir cubriendo los criterios muestrales más relevantes del estudio –privilegiando posición generacional y territorio–, buscando tener una muestra diversa más que representativa y así ir cubriendo las particularidades de cada criterio muestral. El proceso comenzó como muestreo intencionado para luego combinarse con un muestreo guiado teóricamente.

Los narratorios fueron cuatro psicólogos y dos sociólogas; luego del contacto a través del informante clave, el narratorio volvía a contactarse con el potencial narrador, se daban detalles de su participación y se agendaba el primer encuentro en un lugar escogido por el participante, asumiendo que la puesta en narración de la historia de un sujeto, implica también una puesta en escena en donde los contextos físicos y materiales son también relevantes.

En este sentido, de los 25 casos que se produjeron en esta fase del proyecto, para el primer encuentro, 11 narradores escogieron reunirse con el narratorio en su casa; 8 narradores escogieron cafés o restaurantes; 4 se decidieron por su lugar de trabajo y 2 de ellos fueron en lugares proporcionados por el narratorio. Respecto al segundo encuentro, 12 narradores eligieron recibir al narratorio en su casa; 7 escogieron cafés o restaurantes; 3 se decidieron por su lugar de trabajo; 1 prefirió un lugar proporcionado por el narratorio y 1 eligió un parque. Si bien la elección de los lugares fue en la mayor parte de los casos la misma tanto para el encuentro A como para el B, cuatro participantes cambiaron el lugar para dar su relato entre el primer y segundo encuentro (Rolando, Ana, Matías y Andrea).

### **ANÁLISIS DE DATOS**

Considerando que desde el enfoque biográfico las posibilidades y ángulos de análisis son diversos, para el análisis de los relatos se creó un dispositivo que articula dos lógicas de análisis (Cornejo et al., 2008): una lógica singular y una lógica transversal.

El dispositivo es el “Informe de Presentación de Caso Relatos de Vida”, que es escrito por el narratorio que estuvo presente durante los encuentros con el narrador. Este dispositivo articula las lógicas arriba mencionadas por medio de diferentes ítems que buscan abarcarlas. Lo singular está orientado a analizar la historia particular de cada participante a partir de eventos y personajes significativos presentes en el relato, interlocutores a los que se dirige el discurso y tramas o intrigas que construyen la historia; mientras que lo transversal se aboca a la construcción de ejes analíticos temáticos emergentes, a partir de los cuales se volverán a analizar todas las historias en su conjunto, rescatando elementos que se orienten a dar cuenta en términos generales del fenómeno estudiado. La lógica transversal permite la comparación entre diferentes sujetos, otorgando claves para la comprensión de las relaciones de la dialogía y la posición de género, socioeconómica, ideológica, generacional y territorial.

Por otra parte, el Informe de Presentación de Casos permite reflexionar sobre la fotografía considerándola en tanto producto cultural, donde se plasman visiones de mundo de quien las produce y su entorno, así como de quien las observa para de esta manera poder reconstruir los sistemas de valorización que han guiado la producción o selección de tales imágenes (Suárez, 2008).

Considerando lo anterior, el Informe de Presentación de Casos se estructura en varios ítems, siendo el primero de ellos una recopilación de antecedentes del narrador, que reúne información como seudónimo, edad, estado civil, NSE, territorio, experiencia de represión, entre otros; esto con el fin de tener a la mano ciertos datos que pueden tener relación a la hora de explicar ciertos aspectos de los Relatos de Vida. Asimismo, se indaga también sobre las condiciones de producción de los encuentros A y B; cómo fue el contacto, cuáles fueron los criterios para el reclutamiento, cómo reaccionó el potencial narrador ante la invitación a participar del estudio, el lugar escogido, y otra información que el narratorio pueda considerar relevante. Relacionado con las condiciones de producción, en el informe también se pide dar cuenta del contexto de interlocución, que indaga sobre la posición desde dónde se cuenta la historia, a quién es dirigida, y el tono emocional durante los encuentros. Lo interesante es que este ejercicio reflexivo apunta tanto al narrador como al narratorio, siendo para este último la posición desde dónde escucha la historia, el tono emocional que percibió durante el encuentro, y las resonancias que tuvo el relato respecto a la propia historia del narratorio. De esta manera, se ahonda en el marco en el que el relato se dio, sin entrar a analizar la historia en términos de contenido aún. Resulta interesante que no se ahonde solo sobre el narrador, sino que también está la vuelta hacia el narratorio, sobre todo al considerar que la posición que este/a adopta al momento del encuentro es uno de los tantos factores que posibilitan que el relato sea de una u otra manera.

En el Informe de presentación de casos también se da pie a nuevas preguntas a realizar en el segundo encuentro, así como sugerencias para mejorar el dispositivo de producción de Relatos de Vida.

Por último, el Informe de presentación de casos ahonda en distintos ejes de análisis de historias de vida, dentro de los cuales se incluye la trama, la intriga, los/las personajes, la posición social del narrador, comentarios sobre cómo se presenta la dialogía intergeneracional, y por último, un comentario sobre las características de las imágenes. Estos ejes satisfacen tanto la lógica singular como la transversal, pues da pie para hacer dialogar las distintas historias, como también permite el análisis específico de la narración.

La trama remite a los eventos y sucesos principales de la historia, mientras que la intriga refiere al mito o temática que entrama y articula la historia, dándole un sentido característico y único. Por otra parte, cuando se habla de los personajes, básicamente se trata de identificar aquellos personajes que aparecen en la narración, y pueden tomar la forma de personajes principales, secundarios, episódicos (los ocasionales), específicos (aquellas personas puntuales que están presentes en el relato), y generales (personajes que actúan como coro o como un otro generalizado).

La posición social del narrador refiere a marcas sociales que lo identifican y que actúan como referentes en su relato. Esto remite tanto a la estructura social —clase, etnia, género, posición ideológica, entre otras—, como a las posiciones narrativas o discursivas desde las cuales se posiciona: quién habla y desde qué lugar se articula su historia en el relato.

La dialogía intergeneracional se presenta en el informe como un eje que busca dar pistas sobre el espacio relacional que se produce entre generaciones al hacer memoria del pasado. Por lo tanto, considera cómo, al momento de recordar, es que se articula una posición generacional respecto a otras, indagando desde qué generación se enuncia el recuerdo, a qué generaciones se dirige, entre otras. Al mismo tiempo, indaga sobre cómo estas narraciones del pasado están condicionadas por dichas relaciones intergeneracionales, es decir, cómo la narración depende del tipo de relación que se produce entre las posiciones generacionales.

Por último, el comentario sobre las imágenes busca ahondar en las características distintivas de la selección de fotos o imágenes, así como en las características principales de estas al ser consideradas en su conjunto.

Si bien en el Informe de presentación de casos hay ciertos lineamientos de análisis, el carácter único de cada historia, sumado a los espacios de indeterminación que este deja, permite que el análisis se abra hacia otros lugares densos en información, como lo es la subjetividad del narratorio, sensaciones que deja la relación de la historia, entre otros que pueden aparecer.

## **CONSIDERACIONES ÉTICAS**

Para la fase de producción de Relatos de Vida, se hizo realizó un proceso de consentimiento informado con cada uno de los participantes. En este documento, considerando la protección y autonomía de los participantes, se ha asegurado su libertad de participación y el derecho de abandonarla sin ningún perjuicio. Se señalan claramente aspectos relativos a la finalidad del estudio y procedimientos empleados. Estos consentimientos ponen énfasis en el resguardo de la confidencialidad, asegurando que la información integral solo será conocida por el equipo de investigación y que cualquier extracto publicado se hará modificando datos (nombres, lugares) que hagan

reconocible a su autor. Respecto a las fotografías, en este se solicita autorización para guardar copias de estas (escaneándolas), así como para utilizarlas en la fase 2 del estudio, en los grupos de discusión, sin revelar el nombre de su dueño o autor. Finalmente, se ha consignado también en los consentimientos que los datos recogidos serán almacenados en un lugar seguro, al cual solo tendrán acceso las investigadoras a cargo del proyecto, así como también se ha dejado la opción, en caso de ser necesario, de poner en contacto al participante con un equipo de ayuda psicológica debido a algún efecto que el relato pudo haber tenido en él.

A lo que refiere al uso de las imágenes, se creó un documento para la autorización del uso de imágenes en el estudio. En este documento se explica el objetivo del estudio y el contexto en el que la imagen fue presentada, es decir, en el marco de los encuentros entre narrador y narratario. Desde ahí es que se pide la autorización para utilizar la imagen en los grupos de discusión que se realizarán a lo largo del país con personas de distintas generaciones. Se aclara, además, que el uso de la imagen no conlleva ningún tipo de beneficio económico o de otro tipo, sino que solo será utilizada en el marco de la investigación. Finalmente, se asegura al participante que la foto estará almacenada en un lugar seguro, teniendo acceso a la imagen solamente las investigadoras a cargo del proyecto. Estos dos documentos, el consentimiento informado y la autorización para el uso de imágenes, eran entregados a los narradores al iniciar los encuentros.

Por otra parte, se creó una carta de compromiso de los transcriutores, en la que se explica el rol del transcriptor, quien además de transcribir, debe sistematizar sus reflexiones en las notas del transcriptor y reunirse con el narratario para comentar el caso respectivo. Además, y con el fin de resguardar la identidad de los participantes del estudio, se solicita a los transcriutores mantener la confidencialidad de lo que escucharon y transcribieron, cuidando las grabaciones y el uso de estas, sin alterar la información que contuvieran, siendo parte del compromiso eliminar las grabaciones y transcripciones una vez entregados los documentos a la investigadora responsable.

Finalmente, se redactó una carta de agradecimiento a los participantes, con el fin de expresar la gratitud del equipo de investigación por la historia que contó, tomando en cuenta el contexto en que esta fue narrada. Además, en esta carta se transmitió a los narradores/as que la historia contada por ellos es de enorme riqueza y profundidad, y que ha permitido ahondar en los objetivos planteados en la investigación.



**CONSENTIMIENTO INFORMADO DE PARTICIPACIÓN EN UN ESTUDIO**  
(RELATOS DE VIDA)

Usted ha sido invitado/a a participar en el estudio *"Memorias de la Dictadura Militar: voces e imágenes en la dialogía intergeneracional"*, a cargo de las investigadoras Marcela Cornejo, María José Reyes y María Angélica Cruz. El objeto de esta carta de consentimiento es ayudarlo/a a tomar la decisión de participar en la presente investigación.

Mi nombre es \_\_\_\_\_ y trabajo en el equipo que está desarrollando esta investigación, la que busca comprender cómo personas de diferentes generaciones recuerdan el período de la Dictadura Militar chilena.

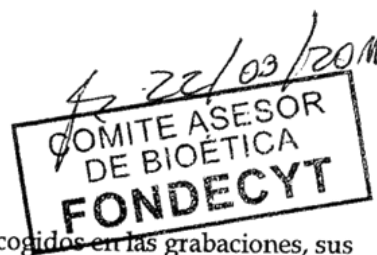
Para esto, estamos invitando a personas de diferentes generaciones, de Santiago y de otras regiones del país, para que nos cuenten cómo recuerdan la dictadura militar, a través de sus historias y a través de fotografías.

La participación en el proyecto contempla 2 encuentros (de entre 1 a 1½ hora de duración, con un intervalo de dos a tres semanas entre ellos), los que serán realizados en un lugar elegido por cada participante. En estos encuentros, el participante será invitado a contar a uno de los investigadores del proyecto, su historia durante el período de la Dictadura y a aportar fotografías (propias o públicas; actuales o pasadas) que para él/ella muestren a personas de otras generaciones lo fue este período de su historia. Los dos encuentros serán grabados y transcritos en su totalidad y el participante recibirá, entre los encuentros, la transcripción textual del primero para su lectura y comentarios en el encuentro siguiente.

Le solicitamos nos autorice a guardar una copia (a través de un scanner) de las fotografías que usted aporte, para poder analizarlas posteriormente y además utilizarlas en entrevistas grupales que realizaremos en el segundo año de este estudio, también con personas de diferentes generaciones y regiones del país. Al usar las fotografías, su nombre no será nunca revelado. La utilización de las fotografías no contempla ningún beneficio económico ni de otra índole y solo serán utilizadas en el marco del presente proyecto de investigación.

En el caso que en las fotografías aparezcan otras personas aparte de usted, le solicitamos que nos entregue referencias de modo a contactar a esas personas y solicitar su autorización expresa para la utilización de las fotos en el segundo año del estudio.

Más allá del compromiso de tiempo, anticipamos que esta actividad no tendrá ningún otro inconveniente o riesgo para usted. La información obtenida de estos encuentros, así como las fotografías, serán tratados como material absolutamente confidencial y serán conocido integralmente



solo por el equipo de investigación a cargo de este estudio. Los datos recogidos en las grabaciones, sus transcripciones y las fotografías, serán almacenados en un lugar seguro, al cual solo tendrán acceso los investigadores a cargo del proyecto.

Si algún participante del estudio, a raíz de contenidos aparecidos en sus relatos de vida, considera que requiere apoyo psicológico, el equipo de investigación le entregará información pertinente al respecto, contactándolo con instancias que pudieran apoyarlo en este sentido.

El participante puede solicitar que se borre parte del registro de audio si así le parece necesario. El resguardo del anonimato del participante será asegurado a partir de la modificación de nombres de lugares, de personas y de toda otra información que emerja de su entrevista, de manera a no hacerlo reconocible.

El participante se encuentra informado que los resultados de esta investigación tendrán como producto informes de investigación, publicaciones y comunicaciones científicas, donde podrán ser utilizados algunos extractos de sus entrevistas o las fotografías aportadas, sin que aparezcan sus datos de identificación personal.

Por medio de este consentimiento, el participante acepta la invitación al proyecto de manera enteramente voluntaria, y podrá abandonarlo en el momento que estime conveniente, sin que esto tenga consecuencias de ningún tipo.

---

Firma investigadora

Yo, \_\_\_\_\_ declaro que he leído el presente documento, se me ha explicado en qué consiste el estudio y mi participación en el mismo, he tenido la posibilidad de aclarar mis dudas y tomo libremente la decisión de participar en el estudio. Además se me ha entregado un duplicado firmado de este documento.

---

Firma participante

En \_\_\_\_\_, a \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_ de 2011

Cualquier pregunta o inquietud contactarse con Marcela Cornejo, Investigadora Responsable del Proyecto, [marcela@uc.cl](mailto:marcela@uc.cl).

Si tiene preguntas respecto de sus derechos como participante puede contactarse con el Comité de Ética de la Escuela de Psicología de la P. Universidad Católica de Chile, e-mail: [comite.etica.psicologia@uc.cl](mailto:comite.etica.psicologia@uc.cl)